VARIAS Y CURIOSAS NOTICIAS DEL REINO DE CHILE

HISTORICA RELACION

DEL

REYNO DE CHILE

Y DE LAS

MISIONES Y MINISTERIOS QUE EJERCITA

EN ÉL

LA COMPAÑIA DE JESUS

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DIOS-HOMBRE Y A LA SANTISIMA VIRJEN
Y MADRE MARIA SEÑORA DEL CIELO Y DE LA TIERRA
Y A LOS SANTOS JOSÉ, JOAQUIN, ANA, SUS PADRES Y AGUELOS

ALONSO DE OVALLE

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, NATURAL DE SANTIAGO DE CHILE,
Y SU PROCURADOR A ROMA

Reimpresa con una Introduccion biográfica y algunas notas

POR

J. T. MEDINA

TOMO II

EN ROMA, por Francisco Cauallo, D.DC.XLVI.

Con licencia de los Superiores

TIRADA DE 600 EJEMPLARES

LIBRO SESTO

EN QUE SE CONTIENEN VARIOS SUCESOS

DE LA

GUERRA EN TIEMPO DE LOS OTROS GOBERNADORES

DE CHILE

QUE SUCEDIERON A LOS PASADOS

HISTORICA RELACION

DEL REINO DE CHILE

CAPÍTULO I

Va de España por gobernador de Chile don Alonso de Sotomayor y comienza su gobierno.

El año de 1579 envió el Virey del Perú don Francisco de Toledo al capitan Pedro Sarmiento con dos naves que salieron del Callao a 11 de octubre en seguimiento del pirata Francisco Draque, y pasando el Estrecho de Magallanes, como se apuntó en su lugar, llegó a España, donde habiéndole el Rey honrado, conforme lo merecian sus servicios, le volvió a enviar a Chile con una armada, que segun los autores citados en el último capítulo del libro V, fué de veinte y tres naves con dos mil hombres y por jeneral a don Diego Flores de Valdes, con órden de fortificar y asegurar aquel reino y el del Perú. Para esto se mandó fundar una ciudad a la boca del Estrecho, de la cual quedase por gobernador el dicho Pedro Sarmiento, como se hizo, fundando la ciudad que llamaron de San Phelipe, a la parte septentrional del dicho estrecho; pero esta ciudad no pudo por entónces conservarse por no poder tener comunicacion con

las otras de Chile y estar tan léjos de todo comercio con ninguna otra y ser tan insufribles los frios en aquellas partes. Mejor salió el otro intento de esta armada, que fué llevar a Chile un socorro de quinientos hombres, de que habia suma necesidad para llevar adelante la conquista y fundacion de aquel reino y asegurarle contra los araucanos y demas indios que tanto resistian. Para esto pasó en esta ocasion por cabo de esta jente y gobernador de Chile don Alonso de Sotomayor, caballero del hábito de Santiago y despues marqués de Villa Hermosa (y con esto queda dicho de una vez la nobleza de su esclarecida sangre tan conocida en España, como emparentada con la muy ilustre de tantos señores que con ella se honran): fué este señor el primer gobernador que pasó a Chile de España con fuerza de jente, con la cual entró por Buenos Aires, aunque muy mal parada de una navegacion y viaje tan largo y prolijo en que se perdieron algunas naves, y fué menester arribar dos o tres veces al Rio Jeneiro y invernar allí para asegurar el tiempo oportuno para el Estrecho, a donde se enderezaba la armada para fundar la ciudad y fortaleza que se pretendia hacer en una de sus gargantas.

Llegó el nuevo gobernador con su jente a la ciudad de Santiago, donde la reparó del mal pasaje del camino con el regalo y buena acojida que los vecinos le hicieron en sus casas, hospedando cada uno los que le tocaron, con la liberalidad y buen agasajo que acostumbran y que tan proprio ha sido siempre de aquella tierra, no solo con los que han ido a defenderla y ayudarla, pero aun con el mas estraño y ménos conocido forastero, como lo pondera Juan Laet y otros autores citados arriba y es notorio a todos. Con el aviso que tuvieron los araucanos de la llegada del nuevo gobernador, aunque le tuvieron juntamente de la fuerza que traia de jente, no solo no se acobardaron, pero aguzaron las lanzas para recebirlos en ellas, si bien no debieron de persuadirse que era tanta como despues vieron, porque hubieran sido más prestos en armarse, como lo fué el gobernador, que al punto que llegó dió aviso a todas las ciudades disponiendo en ellas lo que importaba para su defensa y para hacer guerra al enemigo, para lo cual envió a don Luis de Sotomayor, su hermano, con buena fuerza de jente, dándole título de coronel del reino, y por maese de campo a Francisco del Campo, y despues de haberlos despachado a las ciudades de Valdivia, Osorno y a la Villarrica, teniendo ya reparada su jente del estrago y mal tratamiento del camino, la apercibió para el verano siguiente, y disponiendo su ejército, comenzó a 14 de otubre de 1584 a marchar hácia la Concepcion, y pasando de allí a la ciudad de Chillan, que a la sazon se hallaba muy apretada, la dejó bien defendida, y habiendo recreado allí sus soldados con el comun agasajo que les hicieron sus vecinos, pasó al valle de Quinel, donde, para hacer prueba de su jente, hizo tocar una arma falsa, a que saltaron todos con tan gran presteza, acudiendo cada cual al puesto que le tocaba, como si estuvieran muy prevenidos esperándola.

Gran gusto recibió el gobernador de haber hecho esperiencia, aunque en seco, de la prontitud, ánimo y valor que mostraron sus soldados, con que dándoles nuevo aliento, comenzó a correr la tierra de Angol, haciendo al enemigo el mal que pudo, en particular a un indio, de diez que el

capitan Pedro Cortes cojió en una emboscada que hizo: al cual cortadas las manos, como a otro Gualbarino, enviaron a su tierra para poner espanto y miedo a los suyos y que se rindiesen, viendo el intento que traian los españoles de llevarlo todo a sangre y fuego. Partió el campo de este asiento, y el maese de campo jeneral Alonso García Ramon (de quien hablaremos despues en su gobierno) dió una trasnochada para llegar a Mareguano y darse allí a sentir y castigar a Chipimo y Mayorebe, por el grande aprieto en que tenian de ordinario a la ciudad de Angol. Elijió para esto ciento y cincuenta valerosos soldados, con los cuales consiguió lo que pretendia, porque hallando al enemigo descuidado, hizo en él muy grande estrago, matándole mucha jente, y con esto volvió cargado de despojos y de mucho ganado que se llevaron por delante. Otro dia despues de haberse partido, llegó al enemigo desbeozado un socorro de jente de la que se juntaba en la cordillera para su defensa, pero llegaron tarde y por parecerles que traian poca fuerza, no se atrevieron a pasar del valle de Ranchenque en seguimiento del campo español que marchaba de retirada a juntarse con el gobernador, a alojarse, como lo hicieron, en un apacible y alegre sitio sobre el rio de Angol.

Aquí mandó el capitan jeneral hacer reseña de su jente, por verse ya a las puertas de Arauco, para entrar mas prevenido a los combates con aquel poderoso enemigo que tanto habia dado en qué entender a sus antecesores. Repartióse la jente en diez compañías a cargo de los valerosos y esperimentados capitanes Campo Frio, Loaysa, Juan Ruiz de Leon, Francisco Hernandez, Pedro Cortes, Francisco de Herrera, Juan de Ocampo, Juan de Gumar, Martin de Avendaño y N. Orovo, fuera de los reformados que pertenecian a la compañía del maese de campo, entre los cuales iban los valerosos Aguilera, Bernal, Mercado, Miranda y Alvarado, que eran los consejeros por su gran prudencia y por la esperiencia que tenian de la tierra. Hecha esta prevencion, se levantó el campo de este asiento con resolucion de entrar en el estado de Arauco, como lo hicieron, a 20 de diciembre del mesmo año 84; entraron por Puren, y aunque dieron tambien de noche, no tuvieron tan buena suerte como en Mareguano, porque estando los purenes sobre aviso, no hallándose con fuerza para resistir a la del español, se retiraron y pusieron en cobro, con lo cual se levantó el campo y pasó a Elicura, Quiapo y Millarapue, donde hizo una gran presa de ganado, que aunque ántes de la entrada de los españoles no le tenian los indios, habian aumentado despues en tanto número que ya por aquel tiempo cubrian los campos. No pudo el ejército español hacer otra faccion en estos valles porque los halló sin jente por haberse retirado todos y desamparado sus lugares por la pujanza con que el gobernador entraba arrasándolo todo, y así pudo pasar sin resistencia hasta entrar en el estado de Arauco.

Alojóse el campo sobre el rio y hallándose los indios descuidados, en esta ocasion no tuvieron otro consejo que tomar sino dar fuego a sus casas (que entre ellos es señal de guerra y hacen esto por hallarse con ménos prendas que les embaracen y traben la voluntad con amor de lo que pueden perder para estar con esto mas animosos y alentados); echaron la chusma a los montes recojiendo a ellos todo lo que pudieron

sin poder hacer por entónces otra cosa, porque fué esta entrada de los españoles en su tierra muy fuera de su opinion, por estar muy persuadidos que no se hubieran atrevido a tanto. Solo pudieron cojer esta vez tres indios que empalaron para poner terror a los otros, y con esto se retiraron marchando siempre con gran cuidado por la voz que corria de que el mestizo Alonso Diaz aguardaba en una emboscada para dar en el campo por la retaguardia con ochocientos indios que tenia consigo. Fué este Alonso Diaz un apóstata que habia mas de diez años que se habia huido al enemigo y se habia hecho tan buen lugar entre los indios juntamente con un mulato, su compañero, que era ya una de las cabezas de la guerra, y habia hecho el uno y el otro grandísimo daño en los nuestros y aunque los gobernadores los habian combinado muchas veces con la paz, prometiéndoles perdon de su delito, nunca habian querido aceptarla.

Salió, como se sospechaba, Payñañango (que este nombre habia tomado el mestizo dejando el de cristiano) y picando en la retaguardia comenzó a apretar a los españoles, pero estos, haciendo alto la vanguardia, le hicieron rostro y embistiendo como leones la hilera de los famosos soldados Diego de Ulloa, N. Silva, Juan de Vera, N. Gualdamez y Juan Martin abrieron calle por el escuadron del enemigo, de manera que dando lugar a que entrase la demas jente, le dieron una tan terrible rota, que el que pudo huir se tuvo esta vez por mas dichoso. Tuvo gran parte en esta victoria un señalado tiro con que el capitan Zapata derribó a uno de los principales capitanes del enemigo, y siguiendo el alcance los vencedores, tuvo dicha el ya nombrado Juan Martin de dar en un cañaveral con Payñañango y queriéndole dar allí la muerte, al tiempo de ejecutar el golpe, reconociendo el miserable el paradero de su desdichada vida, se le arrojó a los piés, pidiéndole que le diese no ya la vida del cuerpo sino la del alma, dándole lugar a confesarse, como lo hizo, prevaleciendo al ímpetu y orgullo militar el cristiano celo de no echar aquella alma al infierno. Llevóle preso al real, donde viéndose entre los cristianos, dijo que pues Dios le habia dado vida para reconocer sus culpas y volver a su conocimiento, queria ayudar a los cristianos, pues podia hacerlo con tanta ventaja, por ser dueño de la tierra y muy práctico en ella. Ofreció, lo primero, guiar los nuestros a donde pudiesen cojer al mulato su compañero, y así partieron luego los que fueron menester para este efecto, llevando por guia al prisionero Alonso Diaz, y aunque dieron en la casa donde el mulato estaba retirado, anduvo tan listo que se escapó echándose por la ladera abajo a un rio donde nadando como un peje se libró esta vez de ser preso, pero si los nuestros no tuvieron dicha de salir con esta su pretension, la tuvieron de dar la vida a un español que seis indios enemigos llevaban preso atadas las manos y estaban ya para darle la muerte dentro de una hora, como la habian dado ya a su compañero; pero reconociendo los indios a los nuestros echaron a huir dejándose la presa a quien quiso guardar Dios la vida por este medio. Con esto volvieron al real, que habia hecho alto en Talcamahuida, de donde salido el gobernador por Tabolevo, llegó al estero con ánimo de pasar adelante y no parar hasta volver a entrar en Ma-

reguano y asolarlo, como lo iba haciendo por donde pasaba, colgando los indios de los árboles para poner terror a los demas.

Teniendo aviso el cacique Cayencura, señor del valle de Mareguano, del intento que llevaba el gobernador, previniendo espías que le fuesen dando los avisos de todo, convocó su jente, envió ciento y cincuenta mensajeros a várias partes con la flecha a los caciques vecinos para que viniesen a ayudarle (ceremonia con que esta jente se convoca cuando quieren hacer liga para unirse en ocasiones de guerra y por el mesmo caso que un cacique recibe con su jente la flecha queda obligado como con juramento a seguir la parte del que se la envia). Llegaron unos a Arauco, otros a Puren, éstos dan el aviso a Antelevo, aquellos a Andalican, a Gualqui y Talcamahuida y a otras partes; ni fué menester que los embajadores gastasen mucha retórica para persuádir esta liga, porque teniendo cada cual esta causa por propria, bastó un simple aviso para poner en todos un ánimo y un corazon y encenderle en saña y furor contra los españoles en favor de Cayencura, a quien acudieron luego todos con su jente con gran puntualidad y presteza. Longonabal, que era el señor de Arauco, acudió con dos mil soldados llevando por capitanes, entre otros, a los famosos Aliencura, Arancomo y Quelenante; Antelevo, que es señor de Puren y de Guadava, acudió con mil lanzas, llevando por capitanes a los afamiados por sus hechos Catequanquen, Capi y Quincatipay, Talcamahuida, Palqui, y Millapoa, Andalican, Chipimo y Mayorebe: nombran por cabo de su jente a Pilquitoa, el cual la repartió entre los capitanes Paynamilla, Huanopilque y otros. Tarochina acudió de los llanos con quinientos soldados, y Cayeayande con cuatrocientos, entre los cuales llevó dos capitanes de fama, Mereande y Cutempello. De la cordillera salieron trescientos entre pueliches y serranos, a cargo de Millandoro, que fué escojido para el efecto por Rencheuque, Tavolevo y Maquelboro, y juntos todos, que llegaban a cinco mil, comenzaron a marchar a Catiray donde el capitan Ancatarea, que allí gobernaba, fué acomodando las tropas como iban llegando; y estando ya todos juntos con Cayencura, que era el principal que los habia convocado, entraron en consejo y comenzaron a deliberar sobre el modo y traza que seria mejor para resistir la pujanza del español y desbaratarle; púsose en medio Cayencura y con una maza en las manos a usansa de guerra, comenzó su parlamento con su acostumbrada arrogancia y soberbia.

Fuera menester alargarme demasiado si hubiera de referir por menor la diversidad que hubo aquí de pareceres y la hinchazon y modo con que cada uno dijo el suyo; pedia esto relacion aparte, porque es muy de ver la altivez y presuncion con que cada uno se ofrece a los peligros, la enerjía y fuerza de razones con que persuaden su intento: decian unos, que era bien dar de noche, otros que de dia, éstos presentando la batalla, aquellos que nó, sino cojiéndolos descuidados. El viejo Cayeayande fué de parecer de usar de estratajema y asegurar a los españoles dándoles a entender o que huian de su fuerza, o que licenciaban el ejército; porque haciendo esto, dijo, podemos dar paso franco al enemigo por el valle y dejarle volver a Arauco, donde, segun tengo entendido, pretende levantar una fortaleza, que miéntras él pasa con este intento, será

mejor que demos en una de sus ciudades que están descuidadas y podemos hacer una gran suerte. No vengo en esto, dijo Pilquitoa, la ocasion se recobra difícilmente si una vez se pierde y no es de despreciar la que tenemos presente; la costa tenemos hecha, bramando los soldados con deseo de llegar a las manos y impacientes por lo que esto se les dilata; demos luego sobre el contrario y sea de noche para asegurar mas la victoria. Así se resolvió y que el campo dividido en tres tercios acometiese al del español por tres partes: elijieron por sarjento al mulato que hemos dicho y trazaron de comenzar luego a disponer los escuadrones.

Habiendo tomado esta resolucion, se levanta en medio de todos un muchacho, que no pasaba de quince años, y levantando la voz, pide audiencia y dice que para mejor acierto de la resolucion que se ha tomado, se profiere ir al campo español y entrar solo en él y espiar y reconocer sus intentos, la jente y fuerza que tienen y la próxima disposicion en que se hallan. Yo, dice, me he criado entre ellos, hablo bien su lengua, y podré entrar públicamente en sus reales y rejistrarlo todo con esta traza: dáme diez indios que vayan en mi compañía, hasta ponerme a su vista sobre el rio donde están alojados; llegando allí haré que me escapo y huyo de mis compañeros, y correré hasta ponerme en parte donde me oigan; pediré socorro diciendo que voy huyendo, dáreme a conocer, llamando al capitan Fernando Alvarez de Toledo (que me ha criado y de quien me huí desde Chillan) y con esto me acojerán, y podré muy a mi salvo hacer lo que ofrezco. Así lo dijo y así lo cumplió; llegó con los diez indios y hizo el papel de huirse de ellos y todo lo demas como lo habia pensado. Los españoles al punto que le oyeron, salieron a socorrerle y tomándole a las ancas el capitan Juan Ortiz de Cárdenas, lo llevó al real, muy gozoso de la presa por poder tomar lengua de lo que hacian los indios y de los intentos que tenian; así lo hicieron, preguntando al muchacho Andres (que así se llamaba el finjido Simon) todo lo que deseaban saber: a que respondía dando satisfaccion a unos y a otros y engañándolos a todos. No hay que temer, señores, les dice en lengua castellana (que la cortaba tan bien como si él lo fuera) el campo teneis por vuestro, de junta no se trata porque los indios andan tan acobardados que no parecen hombres: todos se han retirado a los montes, y así descansad y no tengais ningun recelo; disponed vuestras cosas a vuestro placer, que no habrá quien os vaya a la mano, para fundar vuestras fortalezas y ciudades donde quisiereis. Con esta seguridad comenzó Andres a pasar como los demas, sirviendo a su antiguo amo, y así pudo sin ningun estorbo rejistrar todo cuanto pasaba y tomar todas las noticias que quiso, porque no hubo en todo el campo quien le pasase por el pensamiento lo que maquinaba.

CAPÍTULO II

Vuelve Andres al real de los enemigos, y dan éstos en el de los españoles.

Dos dias solos estuvo el muchacho Andres entre los españoles, y habiendo espiado y reconocido todo lo que quiso, tomó ocasion una tarde de ir al rio a dar de beber a un caballo, y subiendo en él, dió una carrera con que sin que nadie le pudiese tocar al pelo, se volvió a los suyos y dió el aviso deseado de todo lo que pasaba, y que el real español estaba alojado en tres calles, por donde podrian embestirle los tres trozos de jente que habian resuelto acometiesen por tres partes. Así lo hicieron luego sin tardanza, y habiendo el jeneral Cayencura hecho su parlamento acostumbrado al ejército, poniendo a todos nuevo ánimo con la eficacia de sus encendidas palabras, comenzó Longonabal, que era cabo del primer tercio, a marchar con veinte compañías de jente muy valerosa, a quien se siguió Antelebo con la suya, y a vista de entrambos, Tarochina con el tercero escuadron que llevaba a su cargo. Iba haciendo la guia el muchacho Andres, y habiendo llegado cerca del real de los españoles, se emboscaron todos en un monte, hasta hacerse noche; y cuando les pareció que todos estarian durmiendo, comenzaron a marchar cada uno por su parte para dar el asalto por la que a cada uno tocaba. Las centinelas de los españoles, que no dormian, reconociendo la polvareda que el enemigo traia y sospechando lo que podia ser, tocaron arma viva, pero fué tal la priesa que los indios se dieron en llegar, que apénas se oyó cuando entraba ya Longonabal por la calle del alojamiento que le tocó, y Antelevo y Tarochina por las suyas, haciendo gran destrozo en los indios amigos, que estaban los primeros: hacian arneros los toldos y pabellones de los españoles, pensando que daban en sus cuerpos; pero fué su ventura que habian salido aquella noche algunas compañías a hacer la guardia (en que estuvo su remedio) porque a estar durmiendo dentro de sus tiendas, los hubieran cosido a lanzadas con el suelo.

Ya estaba Longonaval apoderado de una calle cuando le salió al encuentro el gobernador con tan grande esfuerzo, ánimo y valentía, que pudo reprimir su orgullo y detenerle el paso, con no ménos admiracion que si oponiéndose a la avenida y furioso raudal de un poderoso rio, le hubiera puesto represa y hecho parar su impetuosa corriente, porque no venia ménos pujante y soberbio este bárbaro, llevándose consigo cuanto encontraba; pero la resistencia y daño que este famoso capitan jeneral hizo a su jente fué tan grande, que viendo Longonabal caida mucha de ella y la demas mal herida, le obligó a retirarse. En este mesmo tiempo salió al encuentro el capitan Francisco Hernandez a Antelevo, que se iba ya apoderando de la otra calle, y dióle tal priesa con una y otra carga, que le hizo tambien retirar, por haber perdido, entre otros, tres famosos capitanes y estar él muy mal herido. El sarjento mayor, que aunque se hallaba mal dispuesto habia salido con los demas y hasta entónces habia estado ocupado en disponer su jente, dejando a cada uno en su puesto, acudió a la tercera calle que tenia ya por suya Tarochina, y le rebatió el orgullo y aliento con que entraba, con tan gallarda resolucion, que matándole un hermano, y con él al mulano, que venia por sarjento mayor del enemigo, le hizo tambien desamparar la calle y retirarse con los demas; a quienes el maese de campo, que habia salido por de fuera a caballo, hallándose con treinta valerosos soldados, fué siguiendo el alcance por la vega, cantando victoria, la cual fué una de las mas gloriosas que ha tenido el campo español en aquel reino.

Hallábase el jeneral Cayencura con diez soldados, con quien estaba a la mira de lo que pasaba, y cuando vió que se retiraba su jente, les salió al encuentro, y se les puso delante, diciéndoles: ¿cómo? ¿no hay mas valor? ¿Así os dejais rendir de vuestro contrario? ¿No veis la altivez que cobrará de esta victoria? ¿Con qué cara habeis de parecer en vuestras tierras vencidos y desbaratados de los que teniais ya por tan vuestros? Animo, capitanes y soldados, no pongais esta mancha a vuestro nombre. Gran confusion causó en todos este razonamiento y teniendo por mas fácil hacer punta al ejército victorioso de los españoles, que a las razones de Cayencura, hicieron alto aprestándose a nueva batalla; pero no fué menester que volviesen a darla al alojamiento de sus contrarios, porque el sarjento mayor, acompañado de los ínclitos capitanes Bernal, Campofrio, Aguilera, Miranda, Palomoque y Alvarado, Juan Ruiz de Leon y Loaisa y Juan de Ocampo, con otros que entresacaron de las compañías, les salieron al encuentro, y comenzando de nuevo la batalla, pelearon de la una y otra parte con grande brio; pero no pudiendo últimamente resistir los indios, por la mucha jente que les faltaba y de la mas valerosa, y estar muchos de ellos mal heridos, se hubieron de retirar a gran priesa, dejando muertos en aquel campo, entre otros, a los valerosos Antelevo y Carapi y con esto se volvieron los nuestros al real, dando gracias a Dios por esta victoria que les dió, a 16 de enero de 1585.

CAPÍTULO III

Prosíguense otros sucesos de la guerra.

Dejando el campo español el venturoso alojamiento donde le dió Dios tan buena suerte, marchó hácia Millapoa, con ánimo de hacer allí la guerra y tambien en Rancheuque Mareguano y Tabolevo, Talcaguano, Gualqui y Quilacoya el resto del verano. Sitiáronse sobre el gran rio Biobio, donde hicieron para su defensa una fuerte empalizada de gruesos árboles y despues hicieron a vista de Rancheuque y Tabolevo un buen fuerte, trabajando en su fábrica todos los capitanes y soldados, con el ejemplo con que iba delante en todo el gobernador, no perdonando ningun trabajo personal, como si hubieran nacido para ello y criádose en semejantes ejercicios. Llamóse este fuerte de la Trinidad, y para su correspondencia y mejor avío, se comenzó a labrar otro que llamaron del Espíritu Santo, en tierras de Yumbel, que eran de Tarochina y las habia desamparado, como lo hicieron otros caciques con las suyas, no pudiendo defenderlas de la fuerza que llevaba el ejército español. Para el comercio de estos dos fuertes y poder ayudarse el uno al otro, hizo hacer el gobernador algunas piraguas en la Concepcion; pero habiéndolo entendido Tarochina, se emboscó con mil y doscientos soldados en un paraje del rio, por donde habian de pasar. Veníalas convoyando el maese de campo con su jente, cuando sale Tarochina con la suya, y echándose al rio como pejes, las cojieron en medio, y habiéndolas ganado, las hicieron pedazos, con que impidieron a los españoles este socorro, que entónces era de mucha consideracion.

El jeneral don Luis de Sotomayor, hermano del gobernador, que habia ido a socorrer las ciudades que tan apretadas se hallaban del enemigo, como dijimos arriba, habiendo cumplido con este oficio, volvió a juntarse con el campo, habiendo ganado primero el fuerte de Liben, que habian defendido los indios mucho tiempo con gran valor; y dejando allí la

fuerza que pudo, corrió toda aquella tierra, talando al enemigo las comidas, haciéndole el daño que pudo y mostrándose por su parte tan valeroso en todo como el gobernador, su hermano, por la suya, ayudándoles sus capitanes y soldados con la fidelidad, teson y perseverancia, que no hubiera tenido lugar ménos que en sus nobles pechos que parecian mas de acero que humanos, segun se mostraban incontrastables a los peligros y trabajos, a la hambre, desnudez y incomodidades que padecian (que han sido siempre sin medida en aquel reino) sin que bastase para remediarlas el de sangrar y desustanciar las ciudades que en aquellos principios estaban mas para socorridas y ayudadas de otras que para las perpétuas derramas que cada dia era fuerza echar sobre ellas para tener en pié el real ejército, que ha sido, si bien muro y defensa de aquel reino, polilla y carcoma para desustanciarlo y consumirlo, que a no ser de suyo la tierra tan fértil y abundante, no hubiera podido sufrir sobre sí tan grande peso.

Entre otros que mostraron mayor sentimiento de la pérdida del fuerte fué el cacique Guepotaen, y así convocó una buena junta de indios para recobrarle. Eligió por maese de campo a Millalermo, y formando seis escuadrones, caminaron de noche hasta que se pusieron a vista del fuerte, sin ser sentidos: allí se emboscaron, divididos en tres partes para el asalto, conforme lo llevaban dispuesto. Habia salido del fuerte una escolta de quince soldados con su capitan para hacer yerba, muy descuidados y seguros de esta emboscada, y hallando Guepotaen esta buena ocasion, salió del monte y pasando por la puente un estero que hacia foso al fuerte y no podia pasarse por otra parte, dejó allí el uno de sus escuadrones para cortar a los de la escolta y estorbarles el paso para que no pudiesen socorrer el fuerte; pero cuando estos vieron lo que pasaba y que subia ya el enemigo por un lado a ganarle; sin embargo de ver ya tomado el paso y ser tan pocos para tantos, dando de la espuela a los caballos, embistieron a la puente con tan gran valor que pasaron por entre picas, lanzas, macanas y flechería, sin que pudiesen derribar mas que uno solo, el cual tambien se escapó y pasó con los demas a defender el fuerte, como lo hicieron, peleando con tan gran valor que cada uno hacia tanto como si fuese muchos, matando y destrozando mucha jente y entre ellos a tres de los mas famosos capitanes, Guechunturco, Guilqui y Millacauco; con que desahuciados los demas de ganar en esta refriega, se retiraron, y tan triste y corrido Guepotaen que se condenó a sí mismo a perpétuo destierro en una quebraba de la cordillera, hasta morir, que era ya viejo, y quedó muy desanimado por haber perdido en esta ocasion ochenta de los valientes en que mas confiaba. Quedaron los cristianos cantando victoria y alabanzas a Dios por habérselas dado tan milagrosamente, que aunque su valor era tan singular, no fuera bastante para tan grande hazaña, si el cielo no los hubiera favorecido tan a las claras, particularmente a los quince que pudieron romper por tan cerrados escuadrones en paso tan estrecho: hallo nombrados entre éstos a los famosos Diego Vasquez, Bufardo, Fragoso, Andres Perez, Luis Sanchez, Biveros, Duarte, Urbanega, Gudinez, Valiente y Francisco Hernandez, que fué al que derribaron y se defendió hasta seguir a los demas.

Con esto, entrando ya el ivierno, se retiró nuestro campo a los fuertes de donde el gobernador despachó a Santiago al sarjento mayor para que hiciese una buena leva de jente para la primavera; y habiendo entendido que el mestizo Alonso Diaz, por ser yerno de Longonabal y estar emparentado en todo Arauco, se comunicaba con ellos por secretas espías, le dió sentencia de muerte, la cual parece fué el medio de su predestinacion, porque la recibió, habiéndose confesado y dado muestras de arrepentimiento de sus culpas, que no da poco que ponderar y admirar los ocultos juicios de Dios para dar aliento a los pecadores, por mas desesperados que parezcan, y a todos ocasion de engrandecer la divina clemencia y de amar a quien tan liberal se muestra aun con sus mayores enemigos, como lo era éste, que habia sido causa de que se derramase tanta sangre de cristianos y se impidiese la propagacion de la fée, mediante la predicacion del Evanjelio. Sabida en Arauco esta muerte y que el gobernador habia salido a visitar las fronteras, determinaron los indios salir luego a vengarla, aunque fuese en lo duro del ivierno. Ya estaban juntos para salir al intento, cuando por haber entendido que el gobernador habia ya vuelto al fuerte, parece que comenzaron a resfriarse y desistir del intento que tenian de dar en él. Supo esto Nangoniel y habló a la junta con tan grande elocuencia y mostrando tan alentado ánimo y valor que todos a una voz, ardiendo en saña y deseo de la venganza, le elijieron por su cabeza; el cual elijió luego cincuenta de a caballo de los mas valientes y animosos que fuesen delante, abriendo el paso a tres escuadrones en que dividió la infantería y la entregó a tres insignes capitanes, Ancatureo, Catepillan y Quilacanco, y dando a todos el órden de lo que habian de hacer, comenzaron a marchar hácia el fuerte, advertidos de cojer alguno de los nuestros que anduviese fuera para tomar lengua.

Habiendo caminado toda la noche, se emboscaron en una montaña, atisbando la ocasion de alguna buena suerte. Tuviéronla luego a su deseo, porque habiendo salido el capitan Francisco Hernandez de Herrera con veinte y tres soldados a hacer su escolta sobre el rio, dió el enemigo sobre seis de ellos, que seguros del oculto mal de la emboscada, se habian apartado de los demas a un verde prado donde estaban dando de comer a sus caballos, y aunque se defendieron mas de lo que se puede encarecer, porque eran muy valientes, mataron los indios cuatro de ellos y obligaron a los dos a echarse al rio (que fué el último remedio que tuvieron) cortaron las cabezas a los muertos, porque es costumbre entre esta jente cuando han vencido a algunos soldados valientes y animosos (como se habian mostrado estos cuatro, sin querer rendirse a tan superior fuerza hasta morir) hacer de sus cabezas vasos en que beber en las juntas de guerra, ni es lícito beber en ellos sino solo a los soldados. En esto estaban entretenidos cuando el capitan Francisco Hernandez, que recojiendo su escolta, habia echado ménos sus seis soldados, viniendo en su busca, comenzó a pelear con el enemigo, cuyos escuadrones viendo a los españoles sobre sí bicieron allo y comenzaron a trabar batalla, en la cual les hubieran dado mucho en que entender y ganado el fuerte a los cristianos, sino fuera por un famoso tiro que hizo el valeroso To-

mas de la Barria, el cual apuntando a Nangolien, lo derribó en tierra, hecho pedazos un brazo por dos partes; con que acudiendo los indios a su jeneral, dieron lugar a los españoles a retirarse, como lo hicieron, porque tenian ya muy cansados los caballos, y ellos tambien se retiraron y deshicieron el ejército.

Llegada la primavera al fin de otubre de ochenta y cinco, partió el sarjento mayor de Santiago con dos mil caballos y la jente que allí habia levantado (que podemos decir ha sido este el anual tributo con que ha acudido siempre aquella ciudad a la guerra, siendo uno como almacen para sus gastos, para pertrechar los soldados y aviarlos, sin que hasta hoy pueda verse libre de esta carga). Salió luego que llegó a las fronteras con cien hombres a la cordillera, y habiendo cojido dos indios, los llevó por guias, para dar, como dió, en un valle donde halló una gran muchedumbre de indios que se habian juntado allí a sus acostumbrados entretenimientos y alegrias, que son beber hasta caer; y como los halló descuidados, hizo una gran matanza y estrago en ellos. Llegó la nueva de esta desgracia a Perquincheo, que gobernaba en Ayllarague, y considerando cuan victoriosos andaban los españoles, sin dejarles poner pié en el suelo y persiguiéndolos hasta las quebradas y valles mas retirados, talándoles las comidas y no dejándolos vivir; acordó de dar la paz, porque verdaderamente perecian de hambre (que es la que amansa a las mesmas fieras). Envió para esto dos embajadores con órden de que llegando a vista de los cristianos, levantasen dos cruces, como quien enarbola bandera blanca en señal de paz. Así lo hicieron y fueron recebidos de los españoles con estraordinarias muestras de alegrías y señales de amistad. Vino despues en persona el mesmo cacique y dió la paz en nombre de Levo, y con su ejemplo la dió tambien Millachigue, señor de Pangalemo, y otros, que fueron todos hasta tres mil. Entre otros caciques que dieron la paz, fué uno Ayñande, el cual aconsejó al gobernador que alojase su campo en el valle de Gualqui, para obligar a los indios que allí habia a dar tambien la paz: admitido el consejo, envió el dicho Ayñande sus mensajeros a los de Gualqui, aconsejándoles que diesen la paz, como ellos la habian dado; a lo cual estaba ya toda aquella jente determinada, cuando habiéndolo entendido Nangoniel (que habia ya sanado del brazo que le habia hecho pedazos la bala que le disparó Olabarria) vino acompañado con cien caballos lijeros y habló a los indios con tal enerjía y fuerza de razones, poniéndoles delante la propria libertad, que debian anteponer a cualquiera otra cosa, que los encendió de manera que levantaron todos a una la voz, diciendo guerra, guerra, para lo cual desampararon el valle que estaba todo sembrado de buenas sementeras, con ánimo de pasarse a Arauco, como se los habia persuadido Nangoniel; y esta fué la respuesta con que volvieron los mensajeros al campo español, el cual llegando al valle lo abrasó y consumió todo, convirtiendo en humo y ceniza las casas y los sembrados y cuanto en él habia. Desta manera fué marchando el campo, arrasando a todo Chipimo y Mareguano. Rabioso Nangoniel del estrago que los españoles hacian en sus tierras, les fué siguiendo con quinientos valerosos mareguanos, y haciendo alto en la cumbre de un cerro, a vista del campo español, bajó un indio a él, a puestas del sol, a

retarle con tan grande arrogancia, que admiró a los que le oyeron; con todo eso se estaban los indios en lo alto y no querian embestir hasta que llegasen los araucanos, a quien estaban esperando; pero los españoles, usando de estratajema, levantaron el campo, haciendo que se partian, quedando emboscado el sarjento mayor con un buen trozo de jente en una parte y en otra el capitan Cortes con su compañía.

Viendo los indios que eran ya partidos de aquel sitio los cristianos, bajaron de lo alto algunos con su jeneral Nangoniel, el cual estando bien descuidado del suceso, vió salir de repente, como leones, de la emboscada, a los que en ella le aguardaban: no se turbó, ántes recojiendo ciento y cincuenta de los suyos, con quien se halló en aquel llano, aguardó al español y apiñados todos en escuadron cerrado, pelearon valerosamente un largo tiempo, hasta que hallándose Nangoniel herido de muerte, con tres heridas que le habia dado el sarjento mayor, se hubo de retirar, aunque tarde, porque le siguió hasta derribarle y dejarle muerto con otros ciento que quedaron allí con él. Los que de los nuestros se señalaron en esta ocasion, como tambien en otras, los nombra el capitan Fernando Alvarez de Toledo (caballero andaluz, muy valeroso y gran cristiano, que se halló presente, y es el que me ha dado la materia que toco de este gobierno) en estas dos octavas de su Araucana,[1] que para honra de los contenidos en ellas y de sus nobles decendientes, de que viven hoy muchos, quiero yo poner aquí como las hallo en su autor:

¡Oh gran don Luis Jofré, que siempre has dado
Gran muestra de valor en tu persona,
Hoy Miranda, Duran y Maldonado,
Y el de Aténas, sois dignos de corona,
Aguirre, don Gaspar, y Juan Hurtado
Tobar, Luis de Toledo: ya pregona
La fama vuestros hechos sonorosa
Con los de Cerda, Silva y Espinosa!
Alonso de Riveros, Honorato
Luis de Cuevas, Fagundes, y el de Vera
Aranda, Alonso Sanchez y Serrato
Pero Gomez, Ortiz el de Rivera,
Pedro Pasten, Cisternas y Morato,
Miguel de la Barria, y Aguilera,
Cada cual firme anduvo hoy en la silla
Y entre ellos Diego Vasquez de Padilla.

Otro dia despues de esta rota, llegó de Arauco el capitan Cadeguala con trescientos araucanos que habia traido para ayudar a Nangoniel, por cuya muerte fué aclamado de todos y elejido por cabo de los demas, con los cuales se retiró al fuerte de Caliray, donde dieron a Cayencura la triste nueva de la muerte de Nangoniel, su hijo y heredero de su casa; y

1 El Padre Ovalle, ademas de la presente, se refiere en varias ocasiones, segun se verá mas adelante, a *La Araucana* de Alvarez de Toledo, y las estrofas que nuestro autor consigna, acaso sean las únicas que se conserven de ese poema histórico. Gonzalez Barcia, (*Biblioteca Oriental y Occidental*, t. II, col. 659) Córdoba y Figueroa, (*Historia de Chile*, páj. 161) y Perez Garcia (libro VII, cap. II, nota 11, citan igualmente la obra de Alvarez de Toledo, pero, segun parece, no la vieron jamas, conociéndola solo por lo que de ella dice Ovalle. Por lo demas, puede asegurarse que éste la utilizó mucho en la composicion del libro VI de la *Histórica Relacion*. En nuestra *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, T. I, pájs. 261-298, hemos dado algunas noticias acerca de la vida de Alvarez de Toledo.

juntamente de que el campo español iba destruyendo sus tierras, talándole las comidas y matando mucha jente hasta llegar a Guadava y Chichico, donde habia comenzado a labrar un fuerte, el cual se acabó por enero de 89. Es este un valle muy delicioso y muy poblado de jente, y el presidio de los mas inespugnables que han tenido los indios, por la comodidad que les dan en él para la retirada unos pantanos impenetrables donde se acojen. Era señor de este valle el valeroso Paynamacho, hermano de Antelevo, que quedó muerto en Mareguano; y con su ayuda comenzó Cadeguala a juntar mucha jente de várias partes para oponerse al ímpetu español, que se iba apoderando de todo a gran priesa. Acudieron allí de Elicura con Cheuquetaro trecientos guerreros muy escojidos, de los Coyuncos, Melillanga con docientos, y otros de otras partes, con que se fué juntando un buen ejército, y con deseo de desalojar ya de allí a los nuestros, salieron de los pantanos seis escuadrones bien armados, marchando con gran silencio el rio arriba hasta llegar donde estaban alojados: dieron en los yanaconas de los españoles, que son la jente de su servicio, y habiendo hecho gran riza en ellos y en el ganado, se volvian llevándose mucho por delante, pero habiéndolo sabido los españoles salieron a rienda suelta a la venganza y a quitarles la presa.

Salieron a la deshilada, y adelantádose el maese de campo y hallándose con solo diez soldados, porque los demas aun no habian llegado, reconociendo que estaba el peligro en la tardanza, porque con una hora mas de tiempo se ponia el enemigo en salvo con toda la presa, se resolvió de embestir con solos los diez compañeros, como lo hizo, con tal resolucion que cada uno parecia ciento, y en efecto fué así, porque solos ellos rompieron el escuadron al enemigo y le dieron en qué entender, hasta que habiendo llegado la demas jente, dejándola peleando, se adelantaron y atajando el ganado que iba ya entrando por el monte, lo retiraron y volvieron con él a su real, dejando en gran confusion a Cadeguala con toda su jente y cantando victoria: ésta se debió principalmente al maese de campo con sus diez compañeros, que fueron D. Lorenzo, Gualdamez, Alonso Sanchez, Juan de Montiel, Francisco Salvador, Pedro de Escobar, Juan de Lararte y los ya nombrados Duarte, Toledo y Becerra; si bien no les salió de balde, pues fuera de los yanaconas que quedaron muertos, mató Cadeguala al famoso Alonso Sanchez de una lanzada que le dió en el pecho, pasándole la adarga, la cota y cueradeante, y Cheuquetaro clavó una flecha en la frente a Francisco Salvador, de que tambien murió.

CAPÍTULO IV

Acomete Cadeguala a la ciudad de Angol, pónela fuego, embiste al fuerte de Puren y muere en el desafío.

Viendo Cadeguala cuán fortalecido estaba en Puren el campo español y lo poco que con él medraba, se determinó dar en la ciudad de Angol y ganarla. Para esto escojió de toda su jente solos ciento, pero tales que cada uno valia por muchos. Iban bien armados y en caballos escojidos para el intento; llegaron cerca de la ciudad, que estaba muy segura con la paz que le habian dado los indios de la cordillera, hicieron alto una legua ántes de llegar a ella en una vega, valiéndose de un bosque de pinos, donde se escondieron y de donde inviaban frecuentemente sus espías para hacer mejor su hecho. Fué una de las mas principales el capitan Cheuquetaro, el cual entraba y salia frecuentemente finjiendo ser de paz como los otros que estaban dentro de la ciudad, a los cuales iba hablando sin perder tiempo, persuadiéndoles con eficaces razones que se restituyesen a su libertad y no permitiesen en sus personas y de sus hijos la mancha de la sujecion y servidumbre, y para persuadirles mejor esto, finjió que el campo español quedaba ya desbaratado en Puren, y que así no perdiesen la ocasion porque era la que podian desear para su intento. Con esta persuasion se resolvieron a seguir el consejo de Cheuquetaro, el cual fué de que todos a un tiempo diesen fuego una noche a la ciudad y que miéntras ésta se abrasaba, darian ellos sobre los españoles y los acabarian. Prometieron todos de guardar silencio y ser muy prontos a la ejecucion, para la cual señalaron cierto dia, y habiéndolo dejado todo ajustado, partió la espía a dar aviso a Cadeguala de la resolucion que se habia tomado.

Partieron para el dia señalado los cien soldados de la emboscada y entraron de noche en la ciudad: ganaron con facilidad y sin ser sentidos la plaza, porque estaban todos descuidados y seguros de tan inopinado su-

ceso, recojidos en sus casas y aun durmiendo, porque era ya pasada la media noche, que era el tiempo señalado para pegar fuego a las casas, como lo hicieron, cada cual en la que vivia: y salióles tan bien la accion que dentro de poco rato parecia ya la ciudad un monjibelo, saltaban los vecinos de sus camas huyendo del incendio, y cuando salian fuera de sus casas a buscar el remedio, daban con los indios de la emboscada, que repartidos ya por las calles, al salir por las puertas, los recibian en las puntas de sus lanzas, y hubieran perecido sin remedio a no haber Nuestro Señor dispuesto con particularísima providencia que el gobernador hubiera bien a caso entrado aquella noche en la ciudad dos o tres horas ántes del incendio; aunque no habia venido al intento, porque nadie llegó a sospecharle ni imajinar que el enemigo tuviese tal atrevimiento, y así se tuvo este por muy particular favor del cielo, porque saliendo el gobernador con su jente, animando a todos con su presencia y gran valor, acudia ya a éstos, ya aquéllos, sin parar un punto, discurriendo de una parte a otra, y para que peleasen todos con mas desembarazo, hizo recojer las mujeres y los niños al fuerte.

Crecia la confusion de la noche con el humo del fuego y lo uno y lo otro ayudaba al enemigo a lograr su intento; pero el gobernador le daba tanta priesa con su jente y con los demas vecinos que se le iban juntando, que se hubo de retirar contentándose con el robo y daño que habian hecho y mucho mas con haber deshecho la paz que los indios de la cordillera habian dado a los españoles, pues no pudiendo mantenerla, habiéndoles hecho tan gran daño y quebrantado la fée prometida, siguieron a Cadeguala. Sin poder hacer ya otra cosa, salió una compañía de caballos a cargo del valeroso capitan Luis Monte, en seguimiento del enemigo, y dándole alcance en la cumbre de un monte (donde viéndole venir habian hecho alto algunos por habérseles cansado los caballos) comenzaron a pelear con gran valor de la una y otra parte; y habiéndoles los nuestros herido y muerto algunos, volvieron a la ciudad con una presa de cuarenta prisioneros, que pagaron por todos el grave daño que les habian hecho, lo cual encendió nuevo fuego en Cadeguala y su jente para irle pegando, como lo hicieron, por toda la tierra, persuadiendo con gran furor y fuerza de razones a los que habian dado la paz que se revelasen de nuevo, y con efecto lo persuadió a todos, ménos a tres caciques, que fueron Millachigue, Ayñande y Perquinchco, a los cuales por haberse mostrado constantes en la fée prometida a los cristianos, publicó guerra Cadeguala, jurándoles hacérsela muy cruda en todas sus tierras, en desembarazándose de la empresa que llevaba contra los españoles, y con esto se recojió a Puren, y a su ejército muchos con que iba este engrosando y haciéndose mas poderoso.

Comenzaron a juntarse los pilmaiquenes, los ongolmos y mareguanos y de Chipimo llegó el famoso Guanoalca con cuatrocientos soldados, y del estado de Arauco envió Longonaval tres escuadrones a cargo de Curilemo. Quinientas lanzas salieron de Elicura, Vederegua y Ongolmo, y por cabo Relmoante, y de la cordillera ochocientas, cuya cabeza era Caniotaro. Siguieron a esta jente muchas de sus mujeres, que por el amor de sus maridos, se determinaron de vencer o morir en su compañía y

servirlos, como lo hacian, entrando y saliendo por momentos en el ejército cargadas de pertrechos y otras cosas necesarias y dispuestas a tomar las armas cuando la ocasion lo pidiese. Teniendo Cadeguala cuatro mil hombres juntos y bien armados, habiéndoles declarado su intento, que era de ganar el fuerte que los españoles habian levantado en Puren y echarlos de allí, y exhortádolos, conforme a su acostumbrada arrogancia, a mostrarse en la ocasion presente segun la obligacion que tenian a su heredada sangre y valor; plantó su campo a vista del fuerte, donde hizo ostentacion de su jente y armas, haciendo una y otra entrada y escaramuzas con grande voceria y ruido para poner terror a su enemigo.

Estando en esto y ya para embestir al fuerte, llegó nueva de que el gobernador venia de Angol a socorrer los suyos con un buen golpe de jente, y al punto que lo supo Cadeguala, dejando en el campo por cabeza en lugar suyo a Canlolaro, se partió con quinientas lanzas que escojió entre todos los demas de su ejército a impedir este socorro: así lo hizo, plantándose en un estrecho paso y cenegoso donde pudiese hacer mejor su hecho. El gobernador, que venia a gran priesa marchando con su jente, llevaba por delante sus corredores para la seguridad de los caminos, y habiendo llegado cinco de ellos al puesto donde esperaba Cadeguala, los recibió en las picas y lanzas, haciendo en ellos tan grande estrago, que no obstante el grande valor con que se defendieron y se escaparon de sus manos, volvieron a dar la nueva a los suyos traspasados los cuerpos de heridas y muy maltratados. Quiso el gobernador embestir al paso, pero contradiciéndole sus capitanes y aconsejándole que se retirase, porque era el peligro manifiesto y en que iba no solo el perderse él y los suyos que allí estaban, sino todo el reino, tomó su consejo y se volvió a Angol para de allí salir despues con mas fuerza de la que llevaba.

No se puede creer la altivez y soberbia que cobró Cadeguala por parecerle que le habian temido los españoles: volvió con esto muy orgulloso a su campo, corriendo en un caballo que habia ganado en la refriega a uno de ellos. El maese de campo, que veia sitiado el fuerte de tanta jente, dispuso la suya, dando órden que ningun soldado saliese fuera, sino solamente la compañía a quien tocaba salir a hacer la escolta al ganado, y esto, sin apartarse de los muros; pero luego que los indios los vieron fuera, impacientes de la tardanza, llegaron al jeneral a pedirle que no esperase mas, sino que acometiese luego. Todos le persuadian esto, ardiendo en deseo de llegar ya a las manos y alcanzar la victoria, que contaban ya por suya; pero Cadeguala, aunque estaba mas deseoso que todos de acometer, los detuvo, no por cobardía ni temor, sino con el deseo de hacer mayor la gloria de la batalla y triunfo que se prometia. No será, dijo, capitanes esforzados y jente valerosa, estraordinaria la que alcanzaremos de esta victoria que esperamos, si embestimos todos al fuerte, porque de éstas tiene contadas muchas el valor araucano hasta este dia. Dejadme esta vez a mí solo, que yo quiero vencer en uno a todo el campo español y probar con su confusion cuán superior sea mi brazo al mas valiente de todos ellos; desafiar quiero al maese de campo a que salga conmigo cuerpo a cuerpo, que acometer tantos como somos a tan poca jente

del contrario, empañará la gloria del vencer, pues esta es siempre tanto menor, cuanto es mayor la ventaja del que acomete. Llegaré solo y para justificar más nuestra causa, les propondré que desamparen el puesto y se vayan, haciendo juramento de no volver mas a inquietarnos. Si esto hicieren de suyo, habremos conseguido nuestro intento, y si no quisieren, los retaré a que salga quien quisiere cuerpo a cuerpo, y cuando esto no baste, será su daño, pues habrán de esperimentar la fuerza y valor de vuestro brazo.

A todos pareció bien este medio, y así subiendo en un famoso caballo, se fué solo y conforme a lo trazado y dispuesto. Halló al maese de campo, que de la otra banda del rio salió a esperarle, y habiéndole propuesto su intento, concluyó con retarle y desafiarle para el tercero dia. Envió ántes dél un mensajero, que fué Talcaguano, el cual llegó al amanecer, diciendo que esperasen el dia siguiente a Cadeguala, que vendria al desafío; añadió mas, que sabia que no faltaba quien estuviese descontento dentro del fuerte, y que por eso les ofrecia de parte de su jeneral todo buen pasaje a los que se pasasen a su campo. Dióse órden que nadie respondiese palabra; pero como entre muchos buenos nunca falta un ruin, tomó ocasion de esto un soldado mozo, llamado Juan de Tapia, para huirse al enemigo, con color de que iba en busca de un caballo que le faltaba, al cual recibieron los indios, haciéndole las honras que le habian prometido; y el dia siguiente salió Cadeguala al lugar y tiempo señalado, y aunque iba muy orgulloso y confiado de la victoria, para asegurarse de cualquier accidente que se pudiese temer, llevó consigo a una vista uno de sus escuadrones, que estuviese a la mira de lo que pasaba. El maese de campo, previniendo lo mesmo, salió con cuarenta de a caballo de los mas señalados en valor y fuerzas, y dejándolos a cierta distancia, salió solo a Cadeguala, que plantado en el puesto le estaba ya aguardando. Fuéronse acercando el uno al otro, armados entrambos como relojes, y a proporcionada distancia, poniendo espuelas a los caballos, se embistieron de carrera como dos tigres, pensando cada cual llevarse a su contrario por delante; entrambos lo pensaron, y con esta confianza se acometieron; pero la soberbia de Goliad, que en Cadeguala hacia las partes de su competidor, que como otro David habia salido a quitar aquel oprobrio del nombre cristiano, lo venció, permitiendo el cielo que a los primeros encuentros le diese el maese de campo tan fiero golpe, que dió con él y con su caballo en tierra.

Cuando los indios vieron derribado a su jeneral, corrieron a su defensa, y lo mesmo hicieron los cuarenta españoles para defender al suyo de su furia. No era aun muerto Cadeguala cuando le llegó el socorro, y levantándose como pudo, sin quererse rendir, por mas que el maese de campo se lo persuadia; pretendió hacer campo con sus armas, pero la muerte, a quien se rinde la mayor fuerza, fué ejecutándole de manera que dando traspiés y perdiendo ya el sentido, a pocos pasos cayó y con él el animo de los suyos, que viendo a su jeneral difunto, se fueron retirando con pérdida de algunos que los españoles dejaron allí muertos en la refriega; llegaron al real, donde sabida la triste nueva, se desbarató el ejército, volviéndose cada uno a sus casas, y así los españoles se volvie-

ron juntamente al fuerte, donde dieron a Dios infinitas gracias por tan gloriosa victoria, y al maese de campo (que, como hemos dicho, lo era Alonso García Ramon) mil parabienes y alabanzas; pues en uno solo habia vencido diez mil de aquellos filisteos, que no tenian por ménos suya la victoria ni estaban ménos orgullosos y soberbios que los otros, que a la sombra de su jigante llenaban de oprobrios y despreciaban el pueblo de Israel.

CAPÍTULO V

Dan la paz algunos caciques y prosiguen varios sucesos de la guerra.

Miéntras pasaba esto en Puren, proseguian dando la paz a los españoles muchos de los indios de Valdivia, Osorno y la Villarrica, porque la prolija guerra de diez años los tenia ya muy apurados, padeciendo grandísimas incomodidades y sobre todo mucha hambre, porque los españoles no les dejaban lograr sus sementeras, andando siempre a caza de ellas talándoselas, cuando estaban ya sazonadas y para cojerlas, con que se hallaban obligados a pasar con raíces y frutas silvestres, y esto movia a muchos a rendirse, aunque con contradicion de otros, que tenian por ménos mal morir que sujetarse y rendirse a los españoles. Los cuales para el mayor seguro de los indios amigos, hicieron tres fuertes: el uno entre Valdivia y Osorno, en el valle de Ranco; otro en la Villarica, en tierras del cacique Andelepe; y el tercero en la Imperial, sobre el rio Cauten, siete leguas de la ciudad; y todo fué menester para abrigo de los indios, que se venian reduciendo, porque los que no eran de este parecer, los perseguian y amenazaban con guerra y se la hacian con no ménos ardor y furia que a los mesmos españoles. El gobernador a este tiempo se hallaba en la Imperial, de donde envió en busca de Guepotaen, que era aquel famoso cacique tan respetado de toda su jente, el cual habia hecho resistencia al español en su fuerte de Liben, y viéndolo últimamente victorioso y que no podia prevalecer contra él, se habia retirado con algunos amigos a la cordillera, como queda dicho: no pudiendo, pues, éste sufrir la soledad en que se hallaba, por no haber podido llevar consigo a su mujer, cuando se retiró a los montes, habia bajado al llano, donde la dejó para llevarla consigo, lo cual sabido por el gobernador se valió de esta ocasion para haberle a las manos, porque habia entendido que aun de aquel retiro donde estaba era de muy grande estorbo a la

paz que se iba entablándose por lo mucho que la contradecia. Salieron los nuestros en su busca y dieron con él estando bien descuidado del suceso; no por esto se turbó ni le faltó el ánimo: echó mano a sus armas y defendiéndose todo el tiempo que pudo, últimamente, rodeado de tantos, no pudiendo combatir mas con su fuerza, se rindió, nó a sus enemigos, aunque le ofrecian la vida si así lo hiciese, sino a la muerte, a quien se rinde el mas valiente y poderoso, de la cual tomó despues venganza su mujer, como se verá mas adelante.

Hallábase en este tiempo muy apretado el real ejército pasando muy grandes incomodidades y falta de lo necesario, particularmente para vestirse, por no haber llegado a su tiempo los socorros, que ha sido siempre en aquel reino la piedra del toque de la fidelidad de aquella milicia y dudo que haya otra ninguna en ninguna parte que en servicio de la real corona padezca y trabaje mas y con ménos premio. Viven hasta hoy muchos que yo conozco a quien en esta guerra les ha salido la barba y las canas sin haberse visto libre de ella desde los primeros años de su juventud hasta la vejez, y aunque hasta ahora hay bien que padecer, pero a los principios fué mucho mas. Esta necesidad y trabajos llegaron a tanto estremo, particularmente en aquel fuerte de Puren, por estar siempre rodeado de enemigos, que la hambre, que es mala consejera, comenzaba ya a tener descontentos a algunos, porque verdaderamente padecian mas de lo que se puede encarecer. Los indios purenes no se dormian y estaban a la mira de todo, pertinaces y rebeldes en no admitir la paz aunque veian que muchos de la cordillera la daban; comenzaron a oler algo de esto por medio de sus espías secretas, y queriéndose valer de la ocasion para dar en el fuerte y desalojar de aquella tierra a los españoles, se convocaron y hicieron una gran junta, en la cual eran muchos los que pretendian empuñar el baston, pero remitiendo esto a catorce electores (que fueron de los mas principales y ancianos) nombraron por jeneral a Guanoaca, que era un valeroso soldado y muy acreditado en la guerra, el cual haciendo su modo de juramento y ceremonia, abriendo el pecho a un venado y sacándole el corazon palpitante, lo hizo pedazos con la boca, prometiendo hacer lo mesmo con los cristianos o morir en la demanda.

Estando celebrando la fiesta de esta eleccion, llegó un mensajero, que era una espía secreta que tenian los indios en el fuerte, el cual refirió el descontento de los soldados con la falta que tenian de víveres y municion por no haberles llegado el socorro que esperaban: alegrándose todos con esta nueva y deseando acometer luego al fuerte los detuvo el jeneral diciendo que se sufriesen un poco hasta ver si el español le desamparaba de suyo por no poderse sustentar en él. Así pasó, porque teniendo nueva el maese de campo que no podia llegarles socorro dentro de un año, lo dejaron yermo y se retiraron todos a la ciudad de Angol, donde remediaron como pudieron su apretada necesidad. Luego que el jeneral supo la salida del español del fuerte, lo hizo desbaratar para que no intentasen volver a él otra vez, y hallándose con su jente armada y dispuesta para la guerra, resolvió dar en el otro fuerte de Mareguano, que era el mas vecino al de Puren, que quedaba ya por el suelo. Súpolo

el gobernador que estaba atendiendo al reparo y fortaleza de los demas, y envió al punto socorro al de Mareguano, por estar en mayor peligro y saber que se iba acercando muy a priesa Guanoalca con mil y quinientos hombres de escojida infantería y ochenta de a caballos que iban de lanteros abriendo el paso.

Llegando ya cerca del fuerte cojieron un indio de nuestros amigos, de quien quisieron informarse para hacer mejor su hecho, pero anduvo éste tan fiel a los españoles y tan advertido y prudente en las respuestas que daba, que engañó a los indios y les persuadió que le dejasen volver al fuerte con promesa que les hizo, aunque finjida de ponerle fuego, para lo cual quedaron de acuerdo de irse acercando hasta emboscarse en un monte donde estuviesen a punto para dar el asalto. Despacharon con esto al indio, el cual anduvo tan leal que descubrió el campo español toda la maraña del enemigo, con que se desvaneció esta vez su intento, pero no el furor y orgullo que traia: mostróse otro dia poniéndose a vista del fuerte, el cual (que estaba ya sobre aviso) tocó a rebato y comenzó a disparar balas apriesa, aunque no salió nadie de él, porque veian que por momentos iba creciendo la fuerza y jente del cerco, que se sitió donde no pudiesen recebir daño de sus tiros, hacian sus escaramusas y entradas a vista de los españoles, los cuales se hallaban ya en grande aprieto y hubiera sido mayor si no hubiera con tiempo socorrídoles el maese de campo con un buen golpe de jente que les entró con lo demas necesario para su defensa.

Viendo esto los indios, levantaron el sitio y se retiraron, y el campo español, viéndose libre y desembarazado, salió del fuerte y corrió la tierra, talando las comidas del enemigo y destruyéndole por donde quiera que pasaba por los términos de Angol, cuyos caciques, no pudiendo resistir a la fuerza y pujanza que llevaban, enviaron sus embajadores a Puren a pedir socorro a Guanoalca, el cual juntó para esto a consejo y hablando en él a los suyos y persuadiéndoles las razones de acudir a esta demanda; se levantó Cheuquetaro y lo contradijo, diciendo que no era tiempo de sacar del valle de Puren ninguna fuerza, porque aunque los españoles habian desamparado el fuerte, no habia sido para no volver a reedificarle, sino para rehacer sus fuerzas y venir despues con mayores al intento, y que siendo esto así, como lo tenia por muy cierto, se harian dueños del valle si no hallasen en él resistencia de su parte, por lo cual juzgaba que era mejor que los serranos y pueiches que pedian el socorro, finjiesen de dar la paz y la ofreciesen a los españoles miéntras cojian sus comidas y se reparaban del mal que de ellos habian recebido, que despues habria tiempo de hacer su negocio cuando la ocasion lo permitiese. Pareció acertado este consejo y así lo abrazaron todos y volvieron con esta respuesta los embajadores, la cual les acentó a los caciques que los habian enviado; y así dieron luego la paz y bajaron en persona a establecerla Catepiuque y Mareguano, habiéndoles primero concedido el perdon de la traicion que cometieron cuando pusieron fuego a la ciudad de Angol, como queda referido.

Vióse bien ser finjida y maliciosa esta paz, pues a la primera ocasion que se ofreció mostraron la intencion dañada con que la habian dado,

como se verá en el capítulo siguiente, que a éste quiero dar fin con referir la llegada a aquellas costas del jeneral ingles Thomas Candich con su armada, con la cual pasó dos veces el Estrecho, la una el año de 1587, y la otra el de 1591, y una de ellas corriendo la costa de Chile, pasó por la isla de Santa María y tomó puerto en la Herradura, que es un puerto en la bahía de la Concepcion de donde pasó a Valparaiso, aunque no sé que tomase aquel puerto, porque pasó luego al de Quintero, donde habiendo saltado en ella para hacer aguada les hicieron los nuestros retirarse a las naves mas que de paso, y sucedió el caso así. Luego que en Santiago supieron la nueva de la llegada del inglés a aquellas costas, salieron los vecinos a Valparaiso (que está veinticuatro leguas de la ciudad y cuatro o cinco de Quintero) a defender la entrada al enemigo, el cual recelando el mal que podia temer en tierra, no permitió que ninguno saltase en ella hasta asegurarse bien del peligro, pero como necesitaban de agua y leña y de otros bastimentos, les fué forzoso que saltase la chusma, haciendo la escolta una compañía de alcabuceros; mas viendo que asomaban los españoles, que acaso se hallaron allí (porque aquel puerto es despoblado) temiendo que eran sentidos y que tras aquellos dos venian otros, se retiraron todos muy apriesa a las naves, de donde despacharon un español que habian cojido en aquellas costas con una embajada a los nuestros diciéndoles cuantos les importaba la amistad y buena correspondencia, con Inglaterra, en ocasion que Francia habia hecho liga contra España y estaban ellos tan poderosos que dentro de poco tiempo los habian de ver señores de todo aquel mar y reino de la América, que por tanto los socorriesen con bastimentos, de que venian muy necesitados.

El español halló el cielo abierto con verse libre con esta ocasion de aquel infelicísimo cautiverio y salir de luteranos y enemigos de la fé a vivir entre católicos. Llegó a los dos españoles, díjoles quien era, llevároнle a Valparaiso donde estaba la jente de Santiago, los cuales con el aviso que les dió este mensajero, partieron para Quintero, donde en una emboscada estuvieron aguardando que saliese el inglés por los bastimentos que buscaba, como lo hizo; porque viendo que tardaba el español mensajero con la respuesta y apretándoles la necesidad que tenian de provision, echaron en tierra buena fuerza de jente y mosqueteros para hacerla de agua y leña; pero saliendo de la emboscada los nuestros, dió en ellos la caballería con tal tropel y orgullo, que se tuvo por mas dichoso el mas suelto y lijero que pudo llegar mas presto al abrigo de las naves, de donde se daban priesa a disparar la artillería y mosquetería; pero no por eso dejaron los españoles de seguir el alcance casi hasta el mesmo mar, matando y hiriendo a muchos de ellos y cautivando a catorce, de los cuales justiciaron despues a los doce, no con poca dicha suya, porque dejándose persuadir de la verdad de nuestra fé, se reconciliaron con la iglesia católica romana, y así murieron como verdaderos católicos dejando prendas de su predestinacion. Los de las naves, viendo lo poco que podian ganar con la jente de aquel país (que podemos decir se destetan desde la cuna en ejercicios de la guerra) hicieron vela y navegaron al norte a las Californias y de allí a Philipinas.

Los principales que hicieron esta buena suerte, los nombra el capitan Fernando Alvarez de Toledo (que fué uno de ellos) en la primera parte de su Araucana, en esta octava que pongo aquí para honor de sus decendientes que hoy viven.

El capitan Gaspar de la Barrera
Don Gonzalo, el de Cuevas y Molina
Campofrio, Pasten y el de Herrera
Angulo, Pero Gomez y Medina
Juan Venegas: valor en gran manera
Descubre cada cual en la marina
Derribando cabezas enemigas
Cual diestro segador cortando espigas.

CAPÍTULO VI

Del nuevo levantamiento y traicion de los indios que habian dado la paz; trátase de la venganza que Yanequeo determinó tomar de la muerte de su marido.

Viendo los indios que habian dado la paz, ocupados a los españoles en defender las costas del mar del cosario que habia llegado a infestarlas, se valieron de ésta ocasion para usar de las suyas. Envió para esto Carepiuque (que era el principal cacique, que dando la paz habia bajado a los llanos, y pobládose allí con su jente) a los Coyuncos con una embajada a Talcaguano, su confidente (a quien solo habia descubierto su pecho) pidiendo a Piurume, señor de aquella tierra y muy respetado de todos, que se dejase ver en el lugar que le señalase, porque queria comunicarle un negocio de gran peso. Fué Talcaguano con la embajada, esperó Piurume a Catepiuque, el cual llegando a verse con él al lugar señalado le habló de esta manera: «sabrás, señor, que aunque me he bajado al llano con pretesto de dar la paz a los cristianos, no ha sido ese mi intento, sino hacer un hecho que sea nombrado, cuya gloria ha de ser tuya, si me das la mano: tú me has de esperar para tal tiempo con toda tu gente bien armada y dispuesta, aunque al disimulo para hacer mejor nuestro hecho, ántes fingiendo que se junta para celebrar alegres fiestas, que yo bajaré a la ciudad y persuadiré a los españoles el descuido en que vive tu jente y la buena ocasion que se les ofrece de hacer una buena suerte en tu tierra: yo vendré con mi jente con color de guiarlos y ayudarlos, y viéndolos acá, me volveré de tu parte, y dando todos en ellos, seremos dueños de la ciudad y de sus personas. Pareció bien el consejo y traza a Piurume, y dejando Catepiuque ajustado el tiempo y todo lo demas necesario para el intento, se volvió al llano, teniéndole muy secreto con gran disimulo y finjimiento.

Sucedió en esta ocasion, que cojiendo los indios enemigos un soldado

español llamado Valverde, le habian hecho pedazos y sacádole el corazon y deshéchole entre los dientes, en señal de la rabia y odio que tenian contra los demas, y el deseo de vengarse de todos ellos, lo cual sabido en la ciudad, trataron luego de salir a la venganza. Tomó ocasion de esto Catepiuque para hacer mejor su hecho, entróse a los españoles y mostrando un finjido celo de castigar tan atroz delito, se ofreció de irles acompañando con su jente, prometiendo de llevarlos por ciertos atajos y caminos por donde sin ser sentidos darian con la fuerza de la jente del cacique Piurume, que seguro de esta entrada estaba en cierto valle que él sabia, entreteniéndose en fiestas, bailes y convites, y que así podrian hacer en ellos una gran suerte. Creyeron, que no debieran, al falso Catepiuque, y resolviéndose el maese de campo de hacer este castigo, salió con cuarenta de los suyos de la jente mas granada y otros tantos que llevó Catepiuque, porque para llegar sin ser sentido, como pretendia, y hacer mejor su hecho, juzgó que esta jente era bastante, y siendo mas, habia peligro de hacer ruido.

Partieron de la ciudad, y el traidor Catepiuque envió un mensajero a Piurume, avisándole de lo que pasaba, y que estuviese prevenido para cuando llegasen. Iba él por delante haciendo guia a los españoles, los cuales llegando a un alto, en cuya bajada estaba Piurume con su jente, por no poder bajar a caballo, se apeó el maesse de campo con otros veinte y dejando a los demas en aquel puesto para guardar el bagaje, bajaron como rayos, con seguro y confianza de que por estar el enemigo descuidado y en fiestas, bastaban ellos solos con la ayuda de los falsos amigos (que tenian por fieles y verdaderos) para alcanzar la victoria. Llevaban aquellos consigo a un español arcabucero, al cual hicieron pedazos luego que llegaron a los enemigos y cortándole la cabeza la levantaron en una pica, y de esta manera, cantando victoria, recibieron a los españoles que ya habian bajado, los cuales reconociendo la traicion de Catepiuque, con grande reportacion y sin turbarse, hicieron su modo de escuadron apiñándose unos con otros, vueltas las espaldas entre sí y los pechos a los enemigos, que saltando sobre ellos como enjambre de abispas, parecian que se los querian comer: llovian sobre los nuestros dardos y flechas y correspondiendo estos a los indios con sus balas, se hacia de la una y otra parte grande riza. Hallábanse ya los españoles acribillados de heridas, el maesse de campo en tierra y sin sentido de un flechazo, que le clavaron por el lagrimal del ojo izquierdo, pero aunque estaban muy apretados de los enemigos, no por esto se mostraban ménos alentados, ántes con un coraje y brío tal, que parecian ellos los vencedores. Faltábales ya la municion, y echando mano a las espadas juntamente con el maese de campo (que habia vuelto ya en sí, y aunque cubierto de sangre, echó mano a la suya) se fueron defendiendo con ellas y juntamente retirándose, cerrados siempre como una piña, espalda con espalda, hasta que se juntaron con sus compañeros que habian quedado con los caballos.

De esta manera se escaparon, si bien con muchas heridas, y aunque destrozados como si fueran vencidos, ganando aquel dia la gloria de vencedores; pues no fuera mayor la que les hubiera dado la mas insigne

victoria, porque las circunstancias de un caso tan inopinado y de ser tan pocos contra tantos y haberse vuelto contra ellos los traidores, que vendiéndose por amigos los llevaron engañados, hizo sobresalir tanto su valor que podemos decir fué sin ejemplo y no para imitado. Viendo Catepiuque que no habia salido con su intento, temiendo el rigor de la venganza que merecia su traicion, corrió a los llanos, y ántes que volviesen los españoles a dar aviso a la ciudad del suceso, se le dió él a los suyos, con que luego al punto sin ninguna tardanza, dejando en sus casas y alojamiento cuanto tenian, se retiraron a los montes publicando de nuevo guerra, y con esto se desbarató la paz comenzada, y los otros que venian a darla se volvieron, aguzando cada cual la lanza y apercibiéndose para nuevas refriegas y batallas, por tener por cierto que el español habia de seguirlos con mas coraje y furia que nunca.

En esto se ocupaba aquesta jente, cuando la famosa Yanequeo, digna de contarse entre las bravas y varoniles matronas que refieren las historias, trazando la venganza de la muerte de su marido Guepotaen (a quien quitaron los españoles la vida, como se vió en el capítulo pasado) llegó a su hermano Quechuntureo y proponiéndole la gran soledad en que la habian dejado, y el dolor y sentimiento que no podia olvidar de tan gran pérdida, le pidió la vengase de quien así la habia ofendido. No quiero, dice, quedarme afuera y valerme de tí solo y de tus riesgos para conseguir mi intento: acompañarte quiero en los peligros y ser la primera en ellos y que las balas pasen por mi pecho, primero que lleguen a herir el tuyo, y para que vea el mundo que mis palabras no son desahogos de mujer agraviada, sino verdadero sentimiento de quien ama, no creas lo que digo sino mira lo que hago. Diciendo esto se levantó y sin que el hermano la pudiese detener ni persuadirla con razones que le dejase a él solo la venganza, comenzó por su parte a solicitar los ánimos de los suyos a que la siguiesen, y haciendo lo mesmo Quechuntureo por la suya, juntaron en breve un ejército de pueiches y serranos (que son jente de estatura jigantea, y van a la guerra desnudos y embijados, y usan de unas flechas emponzoñadas de un veneno tan activo y mordaz que no dejan reposar un punto al que hieren y son casi incurables las heridas). De esta jente se valió Yanequeo para vengarse de quien habia causado su viudez: juntáronse en la vega de un rio, donde levantándose esta varonil mujer en medio de todos los capitanes y soldados con la aljaba pendiente al hombro y con el arco y flecha en las manos, les hizo un razonamiento que causó admiracion, poniéndoles delante de los ojos la obligacion que tenian al gran Guepotaen, su marido, que fué su señor, y la que tenian a sí mismos y a su patria, pues en este negocio hacian el de todos.

Mil y doscientos serranos fueron los que aquí se juntaron, y lo primero que hicieron fué provocar a los que habian dado la paz a que se revelasen, y a los que no quisieron publicaron guerra y amenazaron de destruir sus tierras; y con esto se fué aumentando de jente el ejército, no cesando un punto Yanequeo de solicitar los ánimos de unos y otros y encenderlos en saña y furor para su intento. Deseaban ya todos la ocasion para señalarse en ella, y habiendo cojido dos españoles que pasaban

de Osorno a la Villarrica, les quitaron las cabezas y se las presentaron a su señora, en prendas del deseo y ánimo que tenian de vengarla de los demas, y en órden a esto comenzó a marchar el campo hácia el valle de Andelepe, donde estaba uno de los fuertes, siete leguas de la Villarrica, porque el intento era de ganarle para dar principio a lo que pretendian; pero cuando iba el ejército mas orgulloso, yendo en la hilera del primer escuadron Yanequeo, llegó una nueva que les detuvo el paso, y fué de un socorro que el virrey del Perú, Conde del Vidal,[1] envió a Chile de dos navios de ropa, jente y municiones, con que Quechuntureo mudó de consejo, teniendo por mas acertado retirarse por entónces a la cordillera, como lo hizo, asegurando toda su jente con una fuerte albarrada que hizo de gruesos árboles en lo alto de un cerro, de donde podia hacer mucho daño sin recebirle.

1 Así dice el orijinal, pero debe leerse Villar.

CAPÍTULO VII

Va el gobernador en busca de Quechuntureo; prosigue Yanequeo su venganza y dan la paz algunos caciques.

Hallándose el gobernador con el socorro que le habia venido del Perú, trató luego de ir en busca de Quechuntureo, y en el camino fué haciendo grande estrago en los pueblos y sementeras y en los indios que encontraba, haciendo ejemplares castigos en ellos, para escarmiento de los demas. Entre otros que mandó ahorcar, fué un arrogante, que, sentenciado a muerte pidió que se la diesen en la cumbre de un árbol, el mas alto que allí se hallase, para quedar mas a la vista de cuantos por allí pasasen y que todos supiesen que él era el que estaba allí muerto por la patria y por la defensa de la comun libertad de los suyos, lo cual tenia por suma felicidad, porque no habia mayor desdicha que la sujecion y el servir a otros, en cuya comparacion la mesma muerte venia a ser ya buena dicha y fortuna. Persuadíanle a que se dejase de aquellas bravatas y se bautizase, trayéndole para esto las razones que debieran persuadírselo, si no tuviera tan cerrada la puerta a la luz del cielo, pero sus pecados y gran soberbia debian de tenerle robados los sentidos del alma para no dar lugar a la divina inspiracion, y así no haciendo caso de lo que le predicaban, dijo que no se cansasen en vano, que no pretendia mas gloria que saberse en el mundo la honrosa causa de su muerte; que no queria dilaciones ni términos, que se hacia ya tarde, y así que no se detuviesen mas en dársela, que acabasen de una vez, como lo hicieron.

Cuatrocientos indios llevaba el gobernador por delante de los que estaban de paz, para hacer prueba de su fé y empeñarlos mas contra los que no la habian dado, y proseguia haciendo el mal que podia hasta llegar a verse con Quechuntureo; el cual no aguardó en el puesto donde estaba, mas salióle al encuentro, aunque no con ánimo de presentarle batalla sino de embestirle en secretas emboscadas, dando una y otra trasnocha-

da en que hacia buenas presas en el bagaje, matándonos alguna jente y llevándose algunos caballos. Viendo el gobernador que no podia dar alcance a este enemigo, dilatando esta empresa para otra ocasion, acudió a lo que mas apretaba, que era el reparo de los dos fuertes que dijimos de la Trinidad y del Espíritu Santo, los cuales por sustentarse con grandísima dificultad y viendo que por entónces no podia levantar el fuerte de Arauco, que habia sido el principal motivo que tuvo en fabricarlos, los deshizo, haciendo de los dos uno para seguro de la ciudad de Angol, sobre el rio Puchanqui, el cual comenzaron a labrar a gran priesa sin escusarse nadie del trabajo; aunque no por esto dejaban de hacer sus correrías y todo el mal que podian al enemigo, en particular salió el maese de campo con sesenta soldados (que valian por seiscientos, segun era su valor, por ser de la jente mas granada y escojida) a vengar la traicion, que le hizo Catepiuque, entregándole en manos de Piurome, el cual habiendo tenido aviso de esta determinacion, dejó su casa y se retiró a un lugar mas remoto y seguro; pero sabiendo donde estaba, que el maese de campo habia llegado ya a sus tierras y destruídolas con sus casas y sementeras, no teniendo ya lugar mas retirado para su defensa, se fortificó en aquel donde estaba, convocando todos cuántos pudo, haciendo para esto grandes fiestas y borracheras para obligar con esto a los indios a que fuesen a defenderle.

Entre tanto marchaban los españoles libremente por aquellos lugares, sin que hubiese quien les hiciese resistencia, porque todos se habian retirado a lo mas dentro de los montes. Tuvieron dicha de ver, algo a la larga, seis indios y mayor en darles alcance: cojieron dos de ellos vivos, porque los otros cuatro quisieron morir primero que rendirse: era uno de ellos hermano de Piurome, a quien buscaban, el cual no pudo ménos que descubrir el sitio donde estaba retirado su hermano. Llegaron a él en breve y hallando a los indios entreteniéndose en sus fiestas, dieron en ellos, que estaban descuidados, y mataron muchos y cautivaron entre otros a un mancebo de gallarda disposicion, que en su semblante y modo mostraba bien quien era, y despues se supo que era hijo del cacique Piurome, el cual con buena dilijencia se escapó en un famoso caballo, sin que pudiesen darle alcance. Con esta presa se retiraron los nuestros, pareciéndoles que con ella llevaban ya asegurada la paz que tanto deseaban; pero miéntras pensaban en esto, pensaban los dos hermanos Yanequeo y Quechuntureo muy al contrario, porque con el antiguo deseo de la venganza no sosegaban un punto, trazándola de mil modos, y el primero que determinaron ejecutar, fué ganar el nuevo fuerte, que estaba ya acabado y habia quedado por cabo dél el capitan Cristóbal de Aranda, señor que era del valle de Antelepe, donde el fuerte se habia fabricado.

Marchó Quechuntureo con su jente sarjenteándola Yanequeo, y poniendo fuego a los soldados, que estaban maravillados del esfuerzo y valor tan singular de esta insigne mujer, acercábanse ya al fuerte los escuadrones, resueltos todos de morir o alcanzar victoria, sin volver el pié atras hasta verla ejecutada; y habiendo tenido aviso de esto el capitan Aranda, juzgando que era mejor salir al encuentro al enemigo, que esperarle en el fuerte a pié quedo, salió con veintidos soldados, todos tan

valientes y escojidos, que aunque los contrarios eran tantos que les parecia que ellos solos eran bastantes a oponérseles y detenerles el paso, porque en aquellos tiempos, como los españoles eran tan pocos, se hallaba obligado cada uno a hacer por muchos, midiendo las empresas y hazañas, no con el número, sino con el valor de sus personas, si bien se valian de la ayuda de los indios amigos, y en esta ocasion no dejarian de ir algunos ántes de partir del fuerte. Estaba el capitan animando a sus soldados y disponiendo con ellos el modo de pelear con el enemigo y el que habian de guardar en todo en aquella ocasion, cuando llega un mensajero bañado todo en sangre, diciendo que habia escapado por gran ventura (aunque tan mal herido) de las manos de Quechuntureo, que orgulloso bajaba ya por las faldas de la sierra a aquel valle, resuelto de llevarse el fuerte o morir en la demanda; con el cual aviso apresuró el capitan la salida y embistió el primero a los primeros que venian en la vanguardia del ejército; pero afirmándose éstos en sus picas, le recibieron en ellas con tan impenetrable resistencia, que aunque peleó con no inimitable ánimo y valor, le derribaron en tierra, y allí le hicieron pedazos; lo cual viendo Yanequeo (que no habia sido la postrera ni mas lerda en jugar las armas) comenzó a cantar victoria, animando a sus soldados y diciéndoles, ánimo, valientes serranos, que es ya vuestra la victoria, pues teneis en el suelo y muerto ya a la cabeza de vuestros contrarios, en quien los habeis ya vencidos a todos. Levantaron la cabeza clavada en una pica, para dar mas ánimo a la jente (aunque le tenia bien sobrado) y aclamando victoria, se embravecian mas y mas contra los nuestros, los cuales aunque peleaban con su acostumbrado valor no les valia; embestian por uno y otro lado pero hallaban siempre cerrado el escuadron de manera que no parecia posible entrarle.

Mostráronse dos soldados, Pedro Calderon y Juan Rubio, mas valerosos, aunque fueron en esto mas desdichados, porque haciendo estraordinario esfuerzo, rompieron por un lado y entraron dentro del escuadron; pero los indios, que no pudieron defenderles la entrada, porque su resuelta determinacion fué mayor que la resistencia que le hacian; luego que los vieron dentro, se cerraron de manera que cuando viéndose apretados del enemigo, quisieron hacerse afuera, no pudieron: con que traspasados de heridas, quedaron allí con su capitan, lo cual viendo los demas y que era temeridad y desvarío hacer punta a tan aventajada fuerza, se fueron retirando a gran priesa, y siguiéndolos el enemigo hasta dos leguas, no quisieron proseguir mas el alcance ni el de la victoria, como pudieran, dando luego en la Villarrica (que estaba con harto temor de esto) porque juzgaron por mas acertado aplicarse luego allí a sangre caliente a levantar la jente, que en aquella comarca estaba de paz, para embestir con mayor fuerza a todo; y así lo ejecutaron llevándose por delante maniatados a los que no querian seguirles, quemándoles sus casas y sementeras y poniendo fuego por donde quiera que pasaban; pero viendo que entraba ya muy apriesa y con gran rigor el ivierno, se retiraron a la tierra donde, para su mayor seguro, hicieron un fuerte y albarrada, en que se recojieron para ivernar allí Quechuntureo y su hermana hasta el verano, con cuatro mil hombres de su ejército.

Viendo el gobernador el daño que estos dos hermanos hacian en toda aquella tierra, no quiso aguardar al verano para poner el debido remedio, y así despachó luego al coronel con buena fuerza de jente para que fuese en busca de Quechuntureo, como lo hizo, aunque padeciendo indecibles trabajos por la aspereza del ivierno, que tenia robados los caminos: eran grandes los pantanos, venian mayores los rios, las aguas perpétuas y los frios y demas incomodidas insufribles; pero a todo hacian rostro los españoles con ánimos invencibles, por no perder la ocasion de salir con su intento, pareciéndoles que los mesmos rigores del tiempo les habian de ayudar a ello. Acercábanse ya al sitio donde estaba recojido Quechuntureo, el cual luego que lo supo salió al encuentro al ejército español, aunque viéndole tan poderoso y pujante, tuvo por mas acertado esperarle en su fuerte y así se retiró a él. Subieron los españoles y comenzaron a batirlo, y aunque hallaron grandísima resistencia, porque los que estaban dentro resistian la entrada todo lo posible; pero como el fuerte no era de muro, sino una albarrada de gruesos árboles, entraron dentro y trabaron una muy reñida batalla. Estuvo mucho tiempo dudosa la victoria, hasta que mostrándose claramente por parte de los españoles, comenzaron los indios a retirarse, y últimamente hizo lo mesmo Quechuntureo, a quien dieron alcance en una quebrada donde se habia retirado, el cual viéndose cautivo, pidió por merced la vida, ofreciendo en recompensa hacer que todos los suyos diesen la paz. Otorgáronle lo que pedia y él cumplió con su palabra; con que se entabló de nuevo la paz con aquellos serranos, que comenzando a bajar de la cordillera, venian cada dia a poblarse a los llanos, y con esto comenzaron a respirar las tres ciudades de Osorno, Valdivia y la Villarrica, que habia diez años que se hallaban oprimidas de la guerra, cerrados los caminos al comercio de manera que no podian llevar el sustento de la una a la otra sin inmensos trabajos y costa de muchas vidas.

Pasó el campo el resto del ivierno en el valle de Cavillanga, donde vino el cacique principal a dar la paz, y lo mesmo iban haciendo otros, llamándose unos a otros con la fama del buen pasaje y agasajo que hallaban en los españoles. Llegó la voz y nueva de lo que pasaba al cacique Piurome, señor de los Coyuncos, el cual no pudiendo hallar consuelo desde el dia que le cautivaron su hijo, considerándole en prision y duro cautiverio, ponderando, por otra parte, cuán dificultoso era darle libertad por fuerza de armas, por ver tantos que iban dando la paz, se resolvió tambien a darla. Envió para esto un mensajero a pedir al español salvoconducto para poder ir en persona a asentar el modo que se habia de guardar en esto, y habiéndole alcanzado, entró en la ciudad de Angol, donde trató con el maese de campo los asientos de paz que a entrambos convenian. Fué uno, entre otros, que le diese libre a su hijo (a quien sacando de la cadena y quedando en rehenes otro hermano suyo en ella, se le habian traido para que le viese): eso respondió el maese de campo, no está en mi mano, que aunque ella fué la que le cautivó, depende del gobernador su libertad; pero yo te prometo de negociarlo, con tal que la paz que prometes no sea como la del traidor Catepiuque. Seguro puedes estar, le respondió el cacique, de mi fée, y en prendas de ella te prometo traerlo a

tu sujecion rendido, o su cabeza, si resistiere, y así con tu licencia me parto a ejecutarlo.

Así lo hizo, y llegando a su tierra, convocó a los demas caciques sus aliados Turipillan, Rayllanga, Cariguano, Guachapcuque, Talcaguano y otros, entre los cuales vino tambien el ya nombrado Catepiuque, y estando todos juntos les propuso el intento que tenia de dar de corazon la paz a los cristianos, cansado ya de tanta guerra, pues habia mas de treinta años que la seguia con tanta inquietud y desasosiego y pérdida de los suyos. Era muy respetado de todos este cacique, y así viéndole resuelto a dejar las armas, se resolvieron los demas a lo mesmo, ménos Catepiuque, que, o por su mal natural, o porque le acusaba su pecado de la traicion cometida, se levantó entre todos diciendo que él no venia en lo votado; y procurando atraer a su parecer a los otros con vivas razones que les proponia, se puso Piurome en pié, y teniendo a desacato la resistencia y arrogancia del rebelde, le dijo que se hiciese afuera, que con él solo las habia de haber y entre los dos se habia de concluir aquel punto, o con la muerte, o rendimiento del que saliese vencido. No se negó a este lance Catepiuque, aunque le costó la vida, porque comenzando a jugar cada uno sus armas, lo tendió en el suelo Piurome al segundo golpe y cortándole la cabeza, partió con ella a presentársela al maese de campo, como se lo habia prometio, el cual lo recibió con grandes honras, y se hicieron por este hecho en el fuerte estraordinarias alegrías, despues de las cuales, ajustadas las capitulaciones de la paz, bajaron los caciques referidos con sus mujeres y hijos a lo llano, al valle de Molchen, donde se acimentaron, labraron sus casas, hicieron sus huertas y sementeras, dando señales y muestras de proceder sin doblez ni finjimiento, sino con la verdad que aseguraban sus palabras y promesas.

CAPITULO VIII

Envía el virrey don García Hurtado de Mendoza un buen socorro y sale con él el gobernador a Arauco, donde tuvo una muy reñida batalla.

Los heredados méritos de don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, le hicieron juntamente heredero del estado y del oficio de virey del Perú, que su padre don Antonio habia tenido, gobernando aquel reino con tan grande acierto y admiracion del uno y otro mundo, como es notorio a entrambos, con que vinieron a sobrar a don García los propios de sus ilustres hechos y hazañas (particularmente las que obró en Chile, siendo su gobernador) para aumentar la gloria de su casa y el resplandor y lustre de su muy esclarecida sangre. Viéndose, pues, este excelentísimo señor Virey del Perú y acordándose de aquel su favorecido reino que habia servido como de primeras gradas a sus ascensos, y sabiendo la necesidad que tenia de socorro, le envió dos navíos cargados de ropa, municion y jente, a cargo de los dos famosos capitanes que habia traido consigo de España don Pedro Castillejo y N. Peñalosa, personas que habian acreditado bien su gran valor en las guerras de Italia y otras partes de Europa. No es decible lo que este socorro alegró y alentó al reino, particularmente al gobernador, por la gran necesidad que dél habia; pero no pudiéndose por entónces valer dél para el intento que tenia de poblar a Arauco, por ser ya entrado el ivierno; repartió la jente en las tres fronteras hasta que llegó la primera, cuando haciendo reseña universal, se apercibió la jente que pareció mas a propósito para la empresa y se dividió en diez compañías, a cargo de los valerosos capitanes don Cárlos de Irarrázabal, Juan Ruiz de Leon, Juan de Gumar, Francisco Jofré, don Juan Rodolfo y los ya nombrados otras veces Cortes, Quiros, Ulloa, Galleguillos y Avendaño, y marchando el campo, se alojó en el valle de Millapoa, con ánimo de asolarle y sujetar de esta vez al indómito araucano.

Habia éste el ivierno hecho una fuerte albarrada para su defensa, y sabiendo que el campo español habia ya salido para hacerle guerra, le salió al encuentro, con resolucion de no dejarle pasar adelante ni asentar el pié en su tierra, que era lo que tan porfiadamente habian siempre resistido desde los principios. Orgullosos se iban acercando entrambos campos, cuando adelantándose Reureante se dió a la vista del español, blandiendo por el cuento una pica de veinte y cinco palmos, y dando voces llegó a las centinelas preguntando por el gobernador porque queria hablarle: habida licencia entró por nuestros reales, mostrando tal brío y jentileza (porque era ajigantado, de lindo garbo y talle) que causó admiracion a todos los que le veian entrar tan confiado y seguro por entre sus enemigos, y estando delante del gobernador, le habló de esta manera: Yo, señor, soy uno de los caciques araucanos que se han juntado a defender sus tierras, la patria y libertad tan estimada, pero acordándome que mis padres recibieron muy buenas obras de los cristianos, hurtándome a los mios, he querido venir a rogarte que te vuelvas de aquí, porque no es posible que ganes nada esta vez, por la fuerza que trae el araucano ejército, donde están juntos hoy mas de dos mil soldados purenes, mareguanos y araucanos, y si los tucapeles llegan, será del todo incontrastable su fuerza, porque vienen juramentados todos de dar primero mil vidas que rendirse; espérante en la cuesta, a quien dió nombre de Villagra la insigne victoria que alcanzaron allí los araucanos de este valeroso jeneral y de los suyos. Prosiguió añadiendo muchas razones, que parece obligaban a darle crédito y tomar su consejo; pero como el del enemigo es siempre sospechoso, no le oyeron, y no queriendo quedarse entre los nuestros, como se lo ofrecian (porque dijo que el amor de la libertad y la lealtad a la patria estaban primero que cualquier otra correspondencia) se despidió y volvió a su campo, al cual halló muy cuidadoso de un cometa que vieron en el cielo en forma de espada de fuego que les amenazaba, pero no por esto perdieron el ánimo, mas se aprestaron a la batalla, haciendo Quinteguan (que era el capitan jeneral elejido para esta ocasion) el acostumbrado razonamiento a su jente, la cual tenia repartida en compañías y escuadrones, a cargo de los famosos capitanes Untete, Quelentaro, Curileuno, Apillan, Nantoque, Nanqueando y Rapiguano, Careande, Achiguala, Navalpolo, Quinteguano y el antiguo y anciano consejero Colocolo, caciques todos muy principales del Estado. Despues de electo Quintaguan, se volvió a todos diciéndoles que quien quisiese darle algun aviso o consejo lo hiciese luego, que él los oiria de buena gana, pero que llegada la ocasion de la batalla, no le hablase hombre palabra, por mas esperimentado y anciano que fuese, porque no le oiria; porque no es posible, les dijo, que pueda ser bien gobernado un cuerpo por muchas cabezas, y, pues, habeis querido que yo lo sea de este ejército, a mí tocará el mandar y a todos los demas obedecer, haciendo cada uno el deber en el puesto que le tocare. Con esto, se dispusieron para la batalla con grande ánimo y coraje, sin embargo de haber sabido de Rareanté el que traia el español y que Tucapel se escusaba y no venia, como le esperaban, para esta ocasion.

Marchaba nuestro campo a toda priesa, haciendo todo el daño que podia por las tierras del enemigo por donde pasaba, hasta que llegó a darle vista en la célebre cuesta de Villagra, donde estaba fortalecido; y llegando a la falda de este monte, habiendo dispuesto el ejército y señalado a cada cual su puesto con órden de lo que habian de hacer en la ocasion de la pelea, deseando todos ser de los primeros y oponerse al mayor riesgo, no consintió el gobernador que ninguno se le adelantase a este peligro, porque quiso toda esta gloria para sí; y así, acompañado de veinte valerosos reformados, subió al primer puesto del monte, siguiéndole luego el maese de campo, el sarjento mayor y los demas capitanes y soldados. No aguardó el enemigo que llegasen los españoles a lo alto, sino que al punto que los vió subir, se avalanzó a ellos y los salió a recebir, y embistiéndose de la una y otra parte con tal ánimo y resolucion como si no temiesen el peligro ni la muerte, se comenzó a trabar una de las mas sangrientas batallas que ha tenido aquel estado: acometian los nuestros por este lado, y hallando resistencia invencible, embestian los otros por el suyo; porfiaban aquellos por romper los escuadrones del enemigo, y éste se defendia recibiéndolos en las picas y jugando la caballería sus lanzas, hiriéndose los unos a los otros, tan ciegos de cólera y furor, que, con las ánsias de vencer, no atendian a las heridas que recebian en sus cuerpos. Era ya mucha la sangre que de entrambas partes se derramaba, muchos los heridos que bañados en ella cobraban mayor coraje y le ponian a los compañeros y amigos que los veian, encendiéndolos en el deseo y ímpetu de la venganza; salian a sus tiempos los araucanos, sucediéndose un escuadron a otro, tan apriesa que parecia nacian de aquellas peñas, con que daban tal priesa a los nuestros que no les dejaban poner el pié en el suelo, y teniéndolos ya muy cansados, comenzaban a cantar victoria; pero haciendo el español el último esfuerzo, acometió al enemigo con tan gran fuerza que obligó al jeneral Quinteguan a retirarse, haciendo señal a los suyos a que se volviesen a lo alto a su albarrada, donde se hicieron fuertes, impidiendo con estraño valor la entrada a los nuestros, que con incansable teson les habian seguido hasta allí.

Llegando a este punto el ya citado capitan Fernando Alvarez de Toledo en su Araucana manuscrita, dice que estando los indios tan fuertes y impenetrables que no parecia posible romper por ellos, se apartó una escuadra de veinte españoles y embistió a ellos con tal ánimo y resolucion que abrieron puerta para que entrasen los demas y tuviesen el buen suceso que luego diré; y ántes de llegar a él será justo hagan paréntesis estas dos octavas en que el autor nombra estos valerosos y esforzados héroes dignos de inmortal memoria, de cuyos decendientes viven hoy muchos que conozco en Chile, y así los pongo aquí para su honor:

El capitan don Cárlos, Peñalosa,
Tomas Pasten, Diego Arias y Becerra
Don Pedro Calderon y el de Espinosa,
Luis de Cuevas, Quiros, Nicolas Serra,
Serrano, Villagra, Juan de Mendoza,
Don Luis de Esquivel, Soto, Juan Guerra,
Miguel de Roa y Juan de la Cadena,
Pero Nuño y Francisco Saez de Mena.

Aquestos veinte son los que embistieron
Por la mano siniestra el fiero asalto
Y un lienzo por dos partes les rompieron
Causándoles terrible sobresalto;
Al punto a la defensa les salieron
Los contrarios con grito horrendo y alto;
Mas la española jente entró furiosa
Con fuerte pecho y mano poderosa.

Abierta esta percha y entrada por este lado, embistió luego el maese de campo, siguiéndole jente muy granada y lucida por la parte mas alta, y lo mesmo hicieron por otras otros valerosos capitanes que refiere el mesmo autor en las siguientes octavas, las cuales añado a las de arriba para honra de sus decendientes y en señal del reconocimiento que debe aquel reino a aquellos sus primeros conquistadores.

Síguele en el cruel y fiero salto
Hoy al maese de campo brava jente
Que del fuerte acomete lo mas alto
Y mas dificultoso por la frente;
Ninguno de valor se halla falto,
Con tal brio se muestran al presente,
Que cada cual entiende ser bastante
A deshacer un muro de diamante.
El capitan Vallejo y Albarado
Don Alonso Zurita, y su sobrino
Pero Gomez, Duran y Juan Hurtado
Con el valor y pecho que convino,
Lope Ruiz, Luis Monte y Maldonado;
Juan Gudinez, Godoy, don Bernardino,
Del Aguila Xufre, que hoy tal se muestra
Con valerosa espada y feliz diestra.
Miguel de Silva, Rojas y Cabrera
Don Lorenzo, Juan Perez, la Barria
El de Sarria, y Hernandez de Herrerra
Tinoco, y el de Vargas acudia,
Don Juan Rivadencira en la primera
Hilera; su valor hoy descubria
Pedro Pasten, Azoca y Juan Henrique,
Cuyos hechos la fama los publique.
De Rodulfo don Juan por otra parte
Entró con otra banda de guerreros
Pasando foso, muro y baluarte,
En la plaza saltó de los primeros
Delante de los suyos, cual un Marte
Mostraba al enemigo los aceros
Del juvenil furor y la braveza,
Del ánimo gallardo y fortaleza.
Síguele aqueste dia el de Gaete
Don Gabriel, Morales y Bufardo
Miranda, Simon Diaz y Alderete
Urbanega, Cisternas y Guajardo
Amador Arias con valor se mete
Mostrándose cruel: Bravo y Gallardo
Verdugo, Salazar, Luzon, sarjento,
Con muchos, que pudiera y no los cuento.

Estos fueron los que mas se señalaron este dia y hallándose ya dentro de la estacada, hacian grande riza en el enemigo, aunque éste no por esto se rendia, cobrando cada vez nuevos alientos con el ánimo que les ponia Quinteguan acudiendo solícito a una y otra parte y repitiéndoles a los suyos muchas veces los motivos de su defensa, de su libertad y de

la patria, trayéndoles a la memoria la gloriosa victoria que por la mesma causa habian tenido otras veces los araucanos en aquel mesmo lugar y de los mesmos españoles. Cerraban los indios con esto los dientes, resueltos a morir o vencer, despreciando la vida, porque la juzgaban de ninguna estima si fuese para vivir sujetos sin gozar de la amada libertad que tanto estimaban; entrábanse por las lanzas sin atencion al peligro; los nuestros, que no ménos le despresiaban, hacian lo mesmo, hiriendo a unos y matando a otros a gran priesa; veíanse muchos de la una y otra parte teñidos en sangre, lo cual encendia mas el fuego de sus corazones, si bien la victoria no se mostraba por ninguno, hasta que el gobernador, haciendo el último esfuerzo con sus veinte reformados, acometió con tan estraordinario valor, que cobrando nuevos alientos nuestra jente tuvo dicha de herir malamente por tres partes al jeneral Quinteguan, el cual, faltándole primero los alientos de la vida que los de su invencible valor y fortaleza, aunque dando traspiés con las ánsias de la muerte, acudia a unos y a otros a darles ánimo, hasta que finalmente dió en tierra ahogado en su mesma sangre que a borbollones derramaba de su cuerpo traspasado de heridas, con que comenzó a desfallecer y se rindió el cuerpo del ejército, faltándole su cabeza, no de otra suerte que acontece al humano cortándole la suya y a un lozano y hermoso árbol llegando la segur a su raíz. De los nuestros, murió, entre otros, en esta batalla, un caballero portugues del hábito de Cristo, valeroso soldado que iba en la delantera, espuesto siempre al mayor riesgo. No acaban de encarecer los que se hallaron en esta refriega, el teson y constancia con que los araucanos se portaron en esta ocasion, mostrando su valor los que allí murieron, aun cuando estaban para espirar, bregando juntamente con la muerte y con los que se la daban hasta la última respiracion. Quedó el campo y la victoria por el español, y marchando por el valle de Arauco bajaron por el de Chibilingo, de donde fueron reconocidos de la armada real (que el Virey habia enviado a cargo de Lamero de Andrada y el almirante Herrera a reconocer las costas de Chile, por la nueva que habia corrido de que el inglés habia pasado el Estrecho a infestarlas) y para hacerles fiesta y ayudar a celebrar tan gran victoria, enarbolaron banderas por las gavias llenándolas de gallardetes y tendiendo pavesadas; sonando los clarines, dispararon la artillería y hicieron salva real a los vencedores; y pues se ha nombrado arriba muchos de los que mas parte tuvieron en esta victoria, seria agravio no hacer lo mesmo a los veinte reformados que anduvieron al lado del gobernador y tanto se señalaron en el principio y fin de la batalla, de los cuales (aunque no de todos y por esto tampoco podré yo referirlos) hace mencion el mesmo autor de arriba en esta octava que dice así:

Francisco son y Alonso de Riveros
Los que le siguen hoy con el de Luna
Lorenzo de Bernal y Juan Rieros
En quien jamas se halló tardanza alguna:
Córdova y Castillejo, aunque postreros
Fueron en el salir, llegan a una
Con ellos don Antonio Brito y Recio,
A quien la fama ha dado honroso precio.

Quedaron el gobernador y todos los soldados con esta tan insigne victoria con nuevos alientos y muy animados a rendir de esta vez y sujetar el Estado y a todos los demas indios aliados, para lo cual comenzaron luego a disponer lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX

Fabrícase el fuerte de Arauco, hacen junta los araucanos para ganarlo y dan la paz.

Tres veces habian los nuestros levantado fuerte en el valle de Arauco y otras tantas les habia obligado a despoblarle y desalojar el sitio el indómito furor y porfiada resistencia de los caciques y jente que le habitaba; pero esta vez parece que la buena suerte de la victoria referida aseguraba mas las esperanzas de poderle conservar, y así se aplicaron luego a labrarlo, no en el sitio antiguo, sino en la punta del valle, de que era señor el cacique Colocolo, junto al mar, en una hermosa y muy alegre playa para poder entrarle socorro sin que el enemigo (que no tiene fuerza ninguna en el mar) pudiese impedirle. Acabaron el fuerte dentro de poco tiempo, de manera que pudo asegurarse en él nuestra jente y salir de allí a las frecuentes y contínuas malocas y correrías que se hacian a los indios que, retirados de los llanos, vivian, o por decir mejor, morian en los montes, así por estar en ellos desterrados de sus pueblos y tierras, como por la rabia que tenian de ver en ellos a sus enemigos señores ya de lo que tanto tiempo habian defendido de su violencia y poder. Esta consideracion los abrasaba a todos en saña y deseo de vengarse, y en particular a Colocolo, que era el señor del valle araucano, y así despachó luego sus mensajeros a los demas caciques sus vecinos, encomendándoles la brevedad en juntarse para tratar del eficaz remedio de tan grave mal, señalando el sitio, que era la ribera de Curilemo, donde esperaba a toda su jente con el acostumbrado agasajo (que suele ser entre los indios el señuelo para sus juntas, no solo para la guerra sino para cualquiera otra cosa que se ha de hacer entre muchos) y es el tenerles aparejado mucho que beber, que lo que es para comer, no tienen tan despierto y ansioso el apetito, ni se les da mucho por esto como no falte esotro.

No fué menester muchos ruegos para salir los caciques al llamamiento de Colocolo: dentro de nueve dias, que fué el término propuesto, se juntaron en el lugar y sitio señalado, Andalican, Colcura, Chibilingo, Laraquete, Longonabal, Millarapue, Curilemo, Untete, Curaquilla, Quiapo, Levopia y Navalguala y otros muchos, y despues de haber bebido lo que bastaba para encender el militar furor y el espíritu bélico, levantándose Colocolo en medio de todos, les habló de esta manera: «ociosa cosa es, valientes araucanos, declararos el fin de aquesta junta, cuando la vergüenza y confusion de mi cara está hablando y publicando a voces la de mi corazon, ni es posible que me oiga ninguno que no sienta lo mesmo, viéndonos desterrados de nuestras tierras y señor de ellas al que lo será mañana de nosotros, de nuestros hijos y mujeres, con ignominia del nombre araucano, si ántes no lo remedia vuestro valor heredado de los que jamas consintieron tal befa y oprobrio como el que padecemos. ¿Qué es esto, valerosos araucanos? ¿Quién tal dijera que es posible que podamos tener una hora de reposo miéntras no vengamos esta afrenta? ¿Qué venga de fuera el estranjero y nos eche de casa y que no habiendo sujetádose a esto ninguno de nuestros antepasados, lo hemos de consentir los presentes? ¿Qué ha de decir el mundo? Quél ¿la sangre de nuestros mayores ha dejenerado en nuestras venas? ¿Qué os detiene? ¿el temor de la muerte? pues de los dos males no es el menor morir que no vernos afrentados y hechos escarnio de las jentes. No lo permita el cielo, que yo de mi parte salir quiero luego al punto a la venganza, y si no lo he hecho ántes ha sido solo por librar en vuestro consejo, ayuda y valentía el mejor acierto; pero dado caso que sintais lo contrario, saldré solo con mi jente, aunque piense perecer con toda ella, que menos mal es perder el estado con la vida, que pasarla en afrentosa sujecion y servidumbre o entre los brutos animales y encinas de estos montes.»

Apénas acabó Colocolo su razonamiento, cuando levantándose Longonabal y cojiéndole del brazo, comenzó el suyo dando principio con alabar y engrandecer su gran valor y honrados pensamientos; «pero no es tiempo, dijo, por ahora de tratar de esto, ni pienso que será nunca necesario, porque segun la esperiencia ha mostrado, no pueden conservarse los españoles a la larga en este sitio tan apartado del abrigo de las ciudades; o si no, decidme, ¿qué suerte de las que hasta ahora han hecho, le han podido conservar a la larga? Dígalo el de Puren, el de la Trinidad, el del Espíritu Santo, díganlo los tres que han levantado en este valle; no es tan fácil talvez ganar la fortaleza como conservarla y es muy fácil levantarla de nuevo, pero el sustentarla pide mucho: déjémoslos por ahora que se hallan tan superiores con la victoria que han tenido: el tiempo y hambre nos vengará y los hará salir a buscar de comer, como lo han hecho otras veces: en el interin, qué casas, qué posesiones nuestras están gozando? pues ántes de partirnos lo dejamos todo abrazado hasta los mesmos sembrados, que nosotros en nuestras tierras nos estamos y con una paciencia espera y sufrimiento haremos mejor nuestro hecho en la primera ocasion, que no dejará de darnos la fortuna: que en los buenos sucesos y victorias mas parte suele tener la buena maña y prudencia, que la mayor fuerza y apresuracion. Dejemos descuidar a los cristianos, tratando

con ellos de medios de paz, pero estando siempre sobre aviso y apercebidos para la ocasion: este es mi parecer; pero, sin embargo, si la mayor parte determina lo contrario, porque no se entienda que me mueve cobardía, yo seré el primero acometiendo en la delantera al enemigo.»

Oyó con gusto Chibilingo a Longonabal, hasta que propuso el tratar de medios de conveniencia y paz, que en tocando este punto, se levantó diciendo: «de eso no se trate, que el araucano no está hecho a servir y estar sujeto: ¿qué partido podremos ofrecer que nos esté bien, o a qué medio salir que si hace a nuestro propósito, nos lo cumplan? No, señores, yo no estribo en esto, sino, como Colocolo, en los aceros de mi lanza y valor de mi brazo; bien que juzgo que no se embista luego: andémonos retirados por los montes hasta ver descuidados los cristianos, que no dejaran de estarlo en algun tiempo y mas viendo que no los buscamos: este es mi parecer y en él me cierro.» Lo contrario sintieron Levopia, Curaquilla y Quiapo, los cuales se mostraron inclinados con Longonabal a que se tratase de medios de paz, sobre lo cual hubo tan opuestos pareceres que se comenzaba ya a encender un grande fuego y hubiera ido muy adelante si no se hubiera puesto de por medio el anciano Colican, a quien por sus canas, autoridad y prudencia todos respetaban, y así se comprometieron todos en él, sujetándose a ejecutar lo que él determinase; en cuya conformidad, estándole todos oyendo con grande atencion y reverencia, levantó la voz y les habló de esta manera:

«Non es razon, nobles araucanos, que demos lugar a diferencias cuando nos mueve un mesmo fin a todos y todos vamos a una en el deseo y determinacion de restituirnos a nuestros valles y echar de ellos a nuestros enemigos: lo que importa es que ajustemos los medios de manera que nos esté bien a todos: oidme, que yo espero componer esta diferencia de tal suerte que todos lo aprobeis. El tratar absolutamente de la paz, no lo apruebo, ni tampoco el cerrarnos tan del todo que no le demos ningun lugar: el medio término es el que conviene y nos está bien. Demos todos la paz, memos Chibilingo: éste quede fuera para que nos quede abierta esa puerta para la ocasion que se ofreciere, que los que quedaren dentro, podrán servir de espías para dar a sus tiempos los auxilios para resolver y determinar lo que mas convenga y dándonos la mano los unos a los otros aseguraremos el hecho que pretendemos y la ejecucion del fin que deseamos.» Todos se levantaron aprobando el prudente consejo y parecer de Colican, y así ajustando luego los medios que se habian de proponer al español para este efecto, elijieron para la embajada a Curaquilla, cuyo talle y condicion parece que era el sobrescrito de la falsedad y doblado trato que tenian en ofrecer la paz, porque era este pequeñuelo, contrahecho y corcobado, hombre de poca verdad y caviloso, el cual partió acompañado de otros cuatro y habiendo llegado al fuerte, habida licencia, entró y trató los puntos de la paz, segun la comision que para ello llevaba.

Recibiólos el gobernador con buen agrado, pero como tan prudente y esperimentado, respondió que en cuanto a admitir los medios de paz le hallarian siempre muy pronto como bajasen en persona los caciques a jurarla; que de otra manera nó la admitiria sino que los perseguiria hasta

borrar su nombre de toda la tierra; porque la esperiencia le habia ya enseñado, mostrando la doblez de sus pechos, cuan poca estabilidad tenian en cumplir lo que prometian; que si se reducian a lo que era razon, les ofrecia de su parte muy buen pasaje, con perpétuo olvido de lo pasado; que reformaria los tributos con la tasa que pondria para que no fuesen obligados a pagarlos sino con gran moderacion; y que les daria algunos de los prisioneros que tenia y hallarian en él toda buena acojida, seguro y defensa contra sus enemigos. Con esta respuesta volvió Curaquilla y todos la abrazaron con buena voluntad; bajaron los caciques, juraron la paz, ajustaron los medios de conveniencia para entrambas partes, comenzáronse a mostrar domésticos y humildes, entrando y saliendo entre los españoles como corderos los que poco ántes se mostraban tigres y leones, si bien no dejaban de serlo en sus corazones, que estos no los habian mudado, sino solamente la piel para hacer mejor su hecho. Quedó fuera Chibilingo, el cual dió fuego a cuanto tenia en su tierra y se retiró a los montes, conforme a lo concertado.

Desde el rio de Levo, que es el último términó de Arauco y principio de Tucapel, quedó todo de paz, en la cual no vino el mesmo Tucapel, Puren y Mareguano, los cuales se pusieron en armas, reconociendo que se habian de volver contra ellos solos las de los españoles. Partíase en este tiempo la armada al Perú, y así determinó el gobernador enviar en ella al maese de campo, que era el ya nombrado Alonso García Ramon, a que llevase al Virey las buenas nuevas del estado en que estaba ya el reino con las victorias y buena suerte que en él habia dado Dios a las reales armas, para que con esto se alentase Su Excelencia a enviar nuevos socorros para poder entrar en Tucapel, como se pretendia. Partió la armada, y para contentar y tener gustosa a la milicia, se encargó al doctor Mendoza y al capitan Benavides, caballeros entrambos de gran suerte (que despues fueron correjidores y tenientes de capitan jeneral en la ciudad de Santiago y la gobernaron con grande lucimiento, acierto y prudencia) que socorriesen al real ejército, como lo hicieron con la mayor satisfaccion que se pudo y crédito de sus ilustres personas, cuyos decendientes honran hoy aquella república con el debido lustre de sus muy principales casas y familias.

CAPÍTULO X

Tiene el Gobernador una buena victoria en Tucapel, rebélanse los araucanos, y acaba don Alonso de Sotomayor su gobieron.

El jeneroso corazon y alentado espíritu del famoso y gran Sotomayor no cabia dentro de la esfera de las buenas suertes que Dios le iba dando contra sus enemigos en aquel reino de Chile, y con el deseo y ánsias que tenia de verle ya sujeto todo a Su Majestad y a la de su Rey, para aumento de sus coronas y gloria de la fée, no quiso aguardar el socorro del Perú para entrar en Tucapel, que era lo que entónces daba mayor cuidado, sino que dejando suficiente fuerza en el castillo de Arauco y por castellano dél y gobernador de las armas al capitan Francisco de Riveros (de cuyo valor pudo hacer la confianza que de sí mesmo) se resolvió de sacar docientos españoles y juntando con ellos los araucanos que habia de paz, hacer una entrada, como la hizo, en aquel valle. No pudo ser esta resolucion tan secreta que no llegase a entenderla Pailaeco, señor de aquella tierra, el cual luego al punto envió sus mensajeros a Ongolmo, Ilicura, Pelmaiquen, Puren y Mareguano a pedir socorro para su defensa; pero apénas se habian juntado algunos en Pailátaro, que era el lugar señalado para la junta, cuando llegaron varios mensajeros, que Levo, aunque habia dado la paz, les despachó a gran priesa para que les avisasen de la que llevaba el gobernador para sus tierras a donde llegaria muy presto.

No habia llegado a Pailátaro toda la jente que se esperaba, pero, sin embargo, mostrándose muy en sí Pailaeco y sin turbacion ninguna dió en este ardid: apartó de entre toda su jente solos cien soldados y hizo que se emboscasen en una montaña todos los demas para que cuando los españoles llegasen pensasen que estaban descuidados y olvidados de la guerra: así lo hicieron, y viendo que se acercaba ya el campo español,

hizo tocar a rebato como quien se hallaba sin prevencion para aquel lance; juntó sus cien hombres, formó con ellos su escuadron y así esperó a pié quedo a los españoles, los cuales viendo tan poca jente, teniéndola ya por suya, acometieron a ellos, no como quien llega a trabar batalla, sino como quien llegaba a maniatarlos como a cautivos, porque no pudieron llegar a entender nada de la emboscada; pero Pailaeco, que tenia seguras las espaldas, haciendo resistencia a los primeros encuentros, se fué retirando con su jente hácia el monte, como quien se iba a reparar y a defender de su aspereza; los españoles, que pensaban que estos huian, embestian con mas fuerza para cojerlos ántes que se valiesen del bosque. Llegaban ya junto a él, cuando dos indios de los ciento que estaban prevenidos para el intento, se apartaron del escuadron como quien huye, pero a la verdad para dar aviso a los compañeros para que saliesen a hacer su hecho.

Llevando, pues, de vencida los españoles a los tucapeles, salieron del monte, como fieras, sus compañeros, y como quien venia de refresco embistieron con tan grande furia que bastaran a aterrar al valor mas audaz y valeroso pecho; pero aunque era tan grande el que sacó Tucapel del bosque y soto donde estaba escondido, era, en fin, mayor el que halló para su resistencia y total ruina, porque el gran Sotomayor, sin alterarse un punto con tan inopinado suceso, como el que veia ántes con increíble reportacion, juzgando que era peligroso oponerse a aquel ímpetu que era como rio que sale de madre, valiéndose de la mesma astucia del enemigo, hizo que su jente se retirase, como quien huia del furor del enemigo, el cual juzgando que verdaderamente huian y que no era industria y arte para sacarlos y apartarlos de la montaña, los seguia a gran priesa por alcanzarlos. Huian los españoles tanto mas veloces cuanto lo eran los tucapeles en su seguimiento y alcance, pero cuando los vieron ya en lo llano y a buena distancia de los montes, revolvieron sobre ellos con tal resolucion y gallardía que quedaron asustados, como quien no esperaba ni temia tal suceso; con esto comenzaron a trabar batalla, mostrando de entrambas partes los acostumbrados ánimos y valor. Derramábase mucha sangre, porque eran ya muchos los heridos: apellidaban éstos victoria por su parte y aquellos hacian lo mesmo por la suya, cuando parece Pailaeco todo cubierto en sangre y tan mal herido que dentro de muy poco cayó muerto con otros nueve capitanes que andaban con él; con que dándose su jente por vencida por verse sin su cabeza, se retiró a un pantano donde se defendió de los españoles hasta que por ponerse el sol y viniendo la noche, no pudieron éstos seguir mas la victoria, y así se bajaron al llano donde arruinaron y destruyeron las casas y los sembrados de los indios, y de allí se retiraron al fuerte, victoriosos, dando a Dios gracias por tan buena suerte como la que les habia dado de sus enemigos.

En éste tiempo los araucanos, como no estaban criados en sujecion, vivian impacientes debajo del yugo que veian sobre sí, obligados a servir a los españoles, y así no pensaban en otra cosa que en restituirse a su libertad, trazando para esto varios modos sin reparar en el peligro en que se ponian, y teníales tan ciegos esta pasion, que, sin embargo de

varios castigos que se hacian en los que hallaban culpados en las rebeliones que intentaban, cortándoles las manos y colgándoselas al cuello, y otros atroces escarmientos que les hacian; quedaban tan en sus trece y sin mostrar sentimiento como si fueran del todo insensibles: muchos de ellos pagaban con la vida, otros en dura prision su atrevimiento y la libertad y descompostura con que se portaban con los españoles, hasta que últimamente descubierto el ánimo y intento que tenian de rebelarse (lo cual descubrió uno de ellos, que estando para ser justiciado, pidió el baptismo y ántes de morir declaró todo lo que pasaba) se levantaron de hecho y se fueron a los montes, de donde los españoles los perseguian con perpétuas malocas y entradas que hacian, prendiendo y cautivando muchos de los principales.

Entre otros que prendieron fué un mozo de gallarda disposicion, que examinado quién era, no pudo encubrir ser hijo primojénito del viejo Colocolo y heredero de su estado, el cual era de buena inclinacion; y así viéndose preso y cautivo con su mujer, ofreció a los españoles que queria tomar la mano con su jente y hacer que de una vez diesen la paz con ánimo sincero y de corazon para no romperla mas. Para esto envió un mensajero que de su parte hablase a sus vasallos, asegurándoles que si no venian en lo que les proponia, no le habian de mirar ya como a señor sino como a verdugo y cruel azote que habia de ser de todos ellos en favor de los cristianos. Partió el mensajero, pero hallando gran resistencia en los indios, no pudo negociar nada con ellos. Tardaba ya mas de lo que convenia, lo cual considerando Millayene, mujer de Colocolo, temiendo como mujer y que amaba, el grave daño que de la tardanza o mal despacho del mensajero se podia seguir a su marido y de rendida a ella que estaba con él en la mesma prision, se llegó a él, y lastimada de verle en la cadena, le pidió licencia para ir en persona a ablandar el duro pueblo que estaba empedernido y obstinado en su rebeldía, y si con mis razones, dijo, no se ablandare, yo seré la primera que me vuelva contra ellos, pues estiman mas su libertad que la de su señor; pondréme de parte de los cristianos y seré la guía de su ejército para castigar la deslealtad y desobediencia que han mostrado nuestros vasallos.

Apénas acababa Millayene su razonamiento, cuando llega el mensajero haciendo verdad todo lo que se sospechaba y temia, porque el pueblo belicoso respondió que no tenia remedio, que primero querian perder las vidas que la libertad; que, pues, la desdichada suerte de su señor lo habia puesto en tan dura prision, como decian, mostrase en ella valor y sufrimiento, como cosa tan propria de su sangre, en semejantes golpes de fortuna; que lo que ellos harian, como leales vasallos suyos, seria no perdonar trabajo ni peligro hasta perder las vidas por la venganza del mal que le hiciesen. Habiendo entendido esto Colocolo, instigado de su mujer y de su sentimiento y dolor, se volvió de parte de los cristianos prometiendo al gobernador de ser cuchillo y azote de los suyos en cumplimiento de la palabra que le daba de asistirle y guiar su ejército para los mayores aciertos de lo que pretendia; y así lo cumplió, siendo de allí adelante fielísimo amigo de los españoles y ayudándolos a conseguir muchas victorias, que no refiero en particular porque bastan las referi-

das, para que de ellas se colija el valor indecible de esta jente y el de el gobernador don Alonso, que tan superior se mostró a todos ellos, poniéndoles el yugo al cuello y teniéndolos a raya, por mas que bramaban y crujian los dientes debajo de la fuerza y poder de su invicto brazo, el cual no contento de tenerlos destruidos y arrinconados ya y desterrados por los montes a los que quedaban, pasó a Tucapel con intento de hacer allí lo mesmo, pero atajóle Dios los pasos por entónces, enviando una cruel peste de viruelas, que fué muy jeneral en toda la tierra, con que hubieron de cesar las armas de la una y otra parte, atendiendo cada cual a su remedio, si es que la muerte, que lo barria todo, les daba lugar a ello.

Añadióse a este trabajo otro no de poca consideracion y fué de haberse pegado fuego al fuerte y castillo de Arauco, tan terrible que lo consumió; pero habiéndole reedificado el gobernador trabajando en persona con los demas capitanes y soldados, bajó a la ciudad de Santiago, donde aunque el maese de campo habia vuelto ya del Perú con un buen socorro de jente que importó harto para las buenas suertes que tuvo en Arauco, no le pareció conveniente hacer nuevas entradas, considerando el estrago que habia hecho la peste en el ejército y la poca fuerza que le quedaba para proseguir con sus empresas, particularmente la de la conquista de Tucapel, que es la que entónces le daba mas cuidado. Con esta consideracion, juntando toda la ciudad a cabildo abierto, les propuso el pensamiento que tenia de bajar en persona al Perú para solicitar con su presencia un buen socorro con que volver para sujetar a Tucapel y lo demas que en Chile quedaba por conquistar. Hubo varios pareceres sobre lo espuesto, y últimamente se resolvió a ir, como de hecho fué; pero llegando al Callao y avisando de su llegada el Virey, le envió órden Su Excelencia, que sin saltar en tierra, se volviese luego a Chile, donde tan necesaria era su persona y presencia, y que si tenia algo que informar lo hiciese por escrito. Así lo hizo, dando en un papel razon del reino de Chile, del estado en que lo dejaba y los motivos y fin de su venida.

Quedó el Virey tan convencido y pagado de la cordura, prudencia y eficacia que el gobernador mostró en su escrito, que al punto envió órden, no solo para que se desembarcase, sino para que se le hiciese un grande recebimiento, saliendo a ello la ciudad y cabildo: llegó el gobernador a palacio, y ántes que se apease del caballo, salió Su Excelencia hasta la puerta a recebirle como lo merecia por su persona y puesto; hízole estraordinarias honras, como quien sabia bien por esperiencia, por haberlo tocado con las manos, los quilates de los servicios de los gobernadores de Chile y de los demas que sirven en aquella milicia y lo mucho que valen y deben estimarse, pues, demas de los peligros de la vida, que son comunes en cualquiera guerra, han sido muy particulares en la de aquel reino los trabajos y incomodidades en el vestir, dormir y comer, o por mejor decir, en la desnudez y hambre que han padecido los soldados, de que se pudieran hacer muy largas y lastimosas relaciones, porque es cosa increible lo que han padecido y aun padecen hasta hoy aquellos fielísimos vasallos de Su Majestad, acrisolando su valor y sufrimiento con la perpetuidad y larga duracion de sus penalidades, por-

que los que una vez asientan plaza en aquella milicia, es para envejecerse o morir en ella. Siempre que me viene a la pluma este punto, la detengo con violencia y dificultad por la dilatada esfera que esta materia le ofrece; porque lo he visto con mis ojos y tocado con mis manos y lastimádome muchas veces de ver servicios de tanta fineza y lealtad y que pocas veces tendrán ejemplares en las historias, con tan improporcionado premio, por estar tan léjos y apartados de donde se reparten, pero remitamos esto a quien toca, y vamos adelante con la historia.

Habiendo hallado el gobernador el buen despacho que deseaba y tratando ya de hacer jente y aprestar todo lo necesario para su vuelta a Chile, llegó nueva del sucesor que Su Majestad le enviaba y que a él le llamaba para honrarle, como merecian sus grandes servicios, empleándole en otros puestos que requerian su gran valor y esperiencia; y con esto entregó el baston a don Martin García Oñez y Loyola, de quien hablaremos en el capítulo siguiente. Gobernó a Chile en la ausencia que hizo don Alonso de Sotomayor, el licenciado Pedro de Viscarra, a quien él mesmo dejó nombrado para ella; el cual acudió a la obligacion de su oficio con la satisfaccion que se esperaba, aunque no tengo noticia por menor de las cosas que en su tiempo sucedieron, y así es fuerza remitirme en esto, como lo he hecho y lo haré en muchas otras cosas, a quien las escrebirá con mayor acierto, por estar donde se hallarán largas relaciones y informaciones de todo.

CAPÍTULO XI

Comienza el gobierno de don Martín García Oñez y Loyola.

Don Martín García Oñez y Loyola, caballero del hábito de Calatrava, ilustre guipuzcoano, digno fruto y cabeza de la esclarecida casa de Loyola, (mucho mas ilustre en nuestros siglos que lo fué en los pasados, por el nuevo lustre y resplandor que la ha dado aquel bellísimo ramo que nació de este jeneroso tronco para coronarle con las hojas de oro y preciosísimos frutos de tan rara santidad, virtudes y heróicas hazañas, como las que el universo mundo admira en mi gran patriarca San Ignacio). Tuvo por mujer a una señora de sangre real, hija del rey y monarca del Perú, doña Beatriz Coya, cuyos esclarecidos decendientes son hoy marqueses de Oropesa y poseen la casa de Loyola. A este señor hizo merced la Majestad de nuestro católico Rey del gobierno de Chile, a donde pasó en ocasion que su antecesor don Alonso de Sotomayor habia bajado al Perú y estaba en la ciudad de Los Reyes haciendo jente para volver con ella a Chile, como queda dicho en el capítulo pasado. Tomó puerto en Valparaíso, y en la ciudad de Santiago fué recebido con la solemnidad y regocijos que en ella se acostumbran hacer a sus presidentes y gobernadores, y este señor los mereció muy particulares, porque, fuera de los dotes de nobleza heredados de sus antepasados, era en su persona apacibilísimo, prudente, de grande injenio y traza, de lindo talle, bien dispuesto y tan agradable que parece que con su llegada a Chile le dió nueva vida y alientos por los buenos dictámenes con que entró de acabar aquella conquista, valiéndose para ello de los medios de suavidad y buena traza, mas que de los de la fuerza y rigor, a que no ayudaba poco la llegada de la gobernadora su esposa, que poco despues le siguió, y llegando a Santiago fué recibida con la mesma solemnidad, fiestas y regocijos.

Desembarazándose el gobernador de Santiago, lo mas presto que pudo

subió luego a las ciudades de arriba, que están desde la Concepcion para adelante, publicando por todas partes el deseo que llevaba de la paz, con lo cual corriendo esta voz por las tierras del enemigo, comenzaron a venir de várias partes los caciques a ofrecerla, mostrando gran gusto con su venida. Enviaba sus mensajeros a los que la resistian, ofreciéndoles todo buen pasaje si de grado se reducian, dándoles la palabra de moderar los tributos, de manera que estuviese bien a entrambas repúblicas de los españoles y de los indios y pudiesen conservarse y vivir contentos, labrando la tierra y gozando de sus frutos sin las zozobras, inquietud y sobresaltos de la guerra: lo cual abrazaban de muy buena gana los indios y parecia que tenian gusto de ello, y de hecho lo mostraban en el efecto, reduciéndose muchos de ellos de várias partes, llamándose los unos a los otros con las buenas nuevas y fama que se habia derramado de la benignidad y nobleza del gobernador. Acudieron de los llanos Tarochina, Talcamahuida y Mareguano; Rancheuque y Tabolevo enviaron en su nombre a un anciano llamado Curapil: y a este modo venian otros de várias partes, a quien el gobernador, usando de astucia y maña para irlos ganando, dijo que le enviaba el rey a deshacer los agravios que les habian hecho y a satisfacerles muy por entero de todo, que estuviesen con buen ánimo, porque él le traia de padre para estimarlos y quererlos como a vasallos del rey y no permitir que nadie les hiciese mal tratamiento, ni ofendiese en nada.

Con esto parece que se iban ganando los indios y que abrazaban los medios de suavidad que se les proponian; y para proceder en ello con mas fundamento, hizo el gobernador una junta de todos ellos, en que despues de haberles agasajado con palabras de mucha honra y cortesía, les habló claro, diciéndoles que bien sabia que otras veces habian tambien ofrecido y admitido la paz, pero que se habia entendido y mostrádolo despues el efecto que habia sido con ménos sinceridad y verdad de la que él pretendia; que si habia de ser esta vez de la mesma suerte y venian con ánimo doblado, era mejor hablar claro desde el principio para no perder tiempo en tratar de lo que no habia de tener estabilidad, ni permanencia, lo cual les estaria muy mal, porque habria en tal caso de proceder de otra suerte, siguiendo el rigor de la guerra, como lo habian hecho sus antecesores. Habiendo oido al gobernador todos con gran silencio y atencion, se levantó Aluepillan, que en Quilacura era el primer voto y toque, señalado entre los otros (llámanse toques entre los indios los mas principales a quien obedecen los otros en la guerra) asegurando al gobernador de su fée y de la verdad con que profesaba su amistad y la de los demas cristianos, para cuya prueba, dijo, te aconsejo que puebles una ciudad en el llano de donde puedas sujetar todo el valle de Mareguano y dar trasnochadas y hacer malocas y correrías a Puren, que todos te asistiremos para que los que no quisieren dar la paz de grado, se sujeten por fuerza.

Habiendo acabado Aluepillan su razonamiento, se levantó a decir el suyo Tarochina, y siguiendo el mesmo intento, ofreció al gobernador sus tierras, que eran de la otra parte de Bio-Bio, para la fundacion de la nueva ciudad, y su jente para ayudar a fabricarla. Pailaeco, señor de Quilen,

hizo lo mesmo, y Quinchamali, a quien obedecia Ytata, se profirió a acudir tambien con su jente y ayudar como el que mas; y Guayquipangui, Rancheuque y Paylamilla, fueron de parecer que la ciudad se fundase en Millapoa, donde acudiria cada cual con su jente, y así se eligió este lugar para el intento, por ser esta la comun voz de casi todos, y para la mayor seguridad y buen acierto, se levantó luego un fuerte y albarrada, y porque pretendia el gobernador levantar otra fortaleza de la otra parte del rio en Chivicura, mandó hacer dos barcas para la comunicacion de una parte a otra. Acabóse el fuerte y púsole por nombre el de Jesus, y dejándole con guarnicion de cincuenta hombres y por cabo dél al capitan don Juan de Rivadeneira, caballero conocido y de gran valor (cuya noble decendencia honra hoy a aquel reino y en los de España ha ocupado puestos preeminentes de gran lucimiento y confianza) pasó con el resto del campo y demas jente de la otra parte del rio, sobre el cual, al opuesto, se comenzó luego otro foso y se levantó el segundo fuerte en Chivicura y se acabó muy en breve, porque acudió mucha jente a la fábrica, y todos con mucho amor, sin escusarse ninguno.

De estos dos fuertes salia nuestra caballería a correr la tierra, y así por el daño que hacian en los indios como por el ejemplo y consejo de los que habian dado la paz, venian cada dia muchos a darla; entre los cuales vinieron Tabolevo y Maqueboro, Talcamahuida, Mareguano y Palco, la jente de Guadaba, Millandoro, los del valle de Chibilingo y tambien los araucanos. Quilacoya vino ofreciendo sus minas de oro, permitiendo al español que las labrase y dando de hecho jente para el efecto: lo cual se tuvo por cosa milagrosa por ser esta jente tan terrible y belicosa y haber resistido tanto hasta entónces y mas cuando veian que pasaban ya seguros por los caminos, sin temor ni recelo, aunque fuese un hombre solo, siendo así que pocos dias ántes no atravesaban sin él de una parte a otra aun compañías enteras y escuadrones formados, porque estaba ya todo tan seguro y quieto como si jamas hubiera habido guerra en todos aquellos lugares. Volviéronse a labrar las minas de oro que habia treinta años que no habia quien las tocase por las contínuas y crueles guerras, y al amor del oro comenzaban ya a subir mercaderes a llevar las sedas y mercancías de Europa, todo era ya prosperidad y alegría, como la que causa la alegre primavera despues de un rigoroso y crudo ivierno.

Cesaban ya las derramas y contribuciones, que tan gastadas y exhaustas tenian las ciudades, con que los vecinos vivian con mas desahogo y atendian con mas aplicacion y fruto a sus haciendas. Los robos y poca seguridad, que tan propria es de las tierras que sustentan milicia, se habian ya acabado, porque la necesidad de los soldados que suele ser la causa de esto, hallaba socorro fácilmente en los dueños de las haciendas, por estar ya con descanso y comodidad para darla a otros; crecian las ciudades muy apriesa, en las cuales vivian todos con gran paz y sosiego, sin acordarse ya de la guerra porque no habia entre los indios quien osase alzar una lanza ni enarbolar una flecha. Solo Puren era el que, defendido con el natural muro y fosos de sus ciénegas, rujia como leon en sus quebradas y valles, no pudiendo tragar ni sufrir la conformidad de

los demas indios con los españoles, y así estaba siempre murmurando y contradiciendo, dándolo a entender a quien podia y quebrando su cólera y rabia en quien no se conformaba con su sentir y parecer en razon de no dar la paz, solicitando siempre a esto el gran cosario y rebelde enemigo de los cristianos Pailamacho, que en aquella natural fortáleza de Puren gozaba con los suyos de la gran fertilidad de sus valles, de donde saliendo cuando hallaba buena ocasion, procuraba con toda fuerza perturbar la paz comenzada, pagándolo no ménos que con la cabeza quien quiera que en esto se le oponia, y hacia esto con tanto mas libertad y osadía cuanto tenia mas segura y incontrastable la retirada.

CAPÍTULO XII

Fúndase la ciudad de Santa Cruz de Loyola, y cuéntanse otros sucesos de la guerra.

Viendo el gobernador los buenos efectos que habian surtido de la fundacion de los dos fuertes y cuan adelante iba la prosperidad del reino, trató de aumentarlo con otra ciudad mas, que fundó allí cerca en una loma rasa de buen aire, lugar muy sano y apacible; nombró cabildo y alcaldes y por cabeza al capitan Antonio de Avendaño (de quien se ha hecho mencion varias veces en esta obra y de su muy noble decendencia, como lo merecen sus hazañas). Cercaron la ciudad y cada cual atendia a labrar en los solares y sitios que le tocaban las casas para su vivienda y todos juntos a edificar la de Dios, que hicieron muy capaz, adornándola lo mejor que se pudo en aquellos principios, para despertar en los indios el amor y aficion a las cosas de Dios, que era lo que todos deseaban. Para esto edificaron tambien conventos para los relijiosos de San Francisco, de San Agustin y de Nuestra Señora de las Mercedes; a los cuales llevó allí el santo celo de la salvacion de las almas y el deseo de la conversion de aquel jentilismo. El nombre que el gobernador puso a esta ciudad fué el de Santa Cruz, añadiendo el suyo de Loyola para eternizar en ella su memoria. Fuéronse haciendo chacras y estancias en la comarca y no es decible la fuerza con que se iban aumentando en ellas los ganados, labrábanse las minas a gran priesa y todo se iba aumentando y creciendo al paso que se sacaba el oro y crecian las haciendas.

Miéntras la prosperidad de esta ciudad y de las demas y de toda la tierra universalmente crecia en favor del nombre cristiano, rabiaba Puren de ver a los indios tan conformes con los españoles, y no pudiendo sufrirlo mas, descubrió su mal pecho, enviando un mensajero sagaz y astuto a Quilacura; el cual despues de haber hecho un grande razona-

miento a los indios de aquel valle, con grandes admiraciones de verlos sujetos y sirviendo a los españoles, no habiéndolo consentido jamas sus antepasados, apretando en esto con muy buenas razones y grande elocuencia en decirlas, les propuso y pidió que cuando ménos diesen a los purenes paso libre, guardándoles el secreto, porque dejaba quinientas lanzas ya dispuestas para dar en el fuerte de Jesus y venian todos determinados y resueltos de ganarle o morir en la demanda. No desagradó a los de Elicura la propuesta, y así viniendo los mas en ella, volvió Guacaya (que así se llamaba el mensajero) a Puren, donde hallando la jente toda junta, esperándola para salir luego, les dijo el salvo conducto que les daba Elicura y que la ocasion que al presente tenian era la mejor que podian desear, porque en el fuerte no habia mas de veinte españoles, y esos con la paz y prosperidad de que gozaban muy descuidados, comiendo y durmiendo como quien tenia ya el campo por suyo sin temor de que hubiese ninguno que se atreviese ya a inquietarlos ni darles cuidado.

No hubieron menester mas los purenes para salir luego como perros desatados o como leones y tigres de sus cuevas, y llegando a media noche, divididos en tres escuadrones, dieron luego en el dicho fuerte de Jesus y le pusieron fuego. No temian los que estaban dentro de él tal suceso; pero no por esto estaban desapercebidos de los alientos y valor de sus jenerosos corazones, y así sin turbarse, aunque veian ya arder muy apriesa el fuerte, acudieron todos a la defensa con tan grande ánimo y valentía que ponia admiracion en los indios, y mas cuando vieron que solo el capitan don Juan de Rivademeira (que era cabo del fuerte) puesto a la puerta con su espada, defendia la entrada de manera que aunque eran tantos los combatidores que pretendian entrar, no podian adelantarse un paso por la incontrastable resistencia que este caballero, digno por solo esto de inmortal renombre, les hacia. Ya estaba abrasado un cubo y medio fuerte, y con todo esto no desfallecia un punto el valor de los españoles, defendiéndole cada cual por su parte, como si fueran muchos. Abrieron los indios una brecha o portillo por donde comenzaban a entrarse dentro cantando victoria; pero oyendo las voces y el ruido el capitan Guajardo (caballero de conocido valor y valentía, y que solo esta accion pudiera bastar para crédito y nombre de su ilustre persona y casa) acudió con una espada y rodela en las manos y se opuso a aquel ímpetu y torbellino con tal ánimo y constancia que bastó el solo a detener la furia del enemigo, no permitiéndole adelantarse un solo paso.

Combatia entre otros un indio de gran nombre, llamado Longotegua, que en lengua de Castilla quiere decir cabeza de perro, y viendo cuan cerrada estaba la entrada, abrió otro portillo, por donde entró con otros cuatro de igual ánimo al suyo; lo cual no pudiendo sufrir el capitan Guajardo, acometió a ellos como un leon, y andando a las vueltas con Longotegua, le llevó de un tajo á cercen un brazo y de otro la vida, que fué el último sello de esta tan grandiosa victoria; porque viendo los indios muerto a Longotegua, que debia de ser el que mas los alentaba, comenzaron a retirarse. Gran gusto causó al gobernador la nueva de esta tan valerosa y feliz suerte y para asegurarla mas y poner temor al

enemigo, sacó de Santa Cruz hasta cien soldados escojidos para correr la tierra haciendo daño a los rebeldes y contrarios y mucho bien a los amigos, con que estos se confirmaban en la paz y amistad establecida y de aquellos (ménos los de Puren) se venian a reducir de buena voluntad, ofreciendo la paz, como los otros; con lo cual reconociendo Tucapel cuan bien lo pasaban los araucanos con la amistad y conformidad con los españoles entretenidos con ellos en labrar la tierra, gozando de sus frutos y de las pescas del mar con alegría y pasando la vida con tanta paz y quietud, llegaron a rogar al gobernador que fundase otra ciudad en su tierra; lo cual hubiera hecho al punto (con que quedara el reino muy sosegado y seguro) si le hubiera llegado el socorro que para ello esperaba del Perú, por que el que mas habia tenido era muy poco y de soldados bisoños y muy muchachos, con que se remitió el hacer esta fundacion para dentro de un año.

Muy diferentes eran los cuidados y pensamientos de los indios de Puren a quien la prosperidad y descanso que gozaban los otros que habian dado la paz, no solo no les movia a darla, pero los abrazaba y encendia con impaciencia y rabia de verlos sujetos, y así no pensaban otra cosa que en máquinas, trazas y modos para turbar la paz y deshacerla: todo su conato y atencion la tenjan puesta en fortificarse y hacer sus empalizadas y albarradas, apercebirse de jente y armas, dando calor a todo esto el viejo y obstinado Pailamacho y haciendo que salieson a los caminos a infestar la tierra y alborotarla y poner mal corazon a los indios que le tenian ya tan pacífico y conforme con los cristianos, y quitando las vidas a los que se mostraban constantes en resistirle y a los que no apronaban su parecer y bélicos intentos. Lo cual sabido por el gobernador y previniendo el fuego que de esta centella se podia encender, y temiendo el mal y tempestad que amenazaban estos nublados, acostó todo su cuidado a esta parte, aplicando toda la fuerza que pudo contra Pailamacho y sus secuaces para enflaquecerle y desbaratar su dañada intencion, con lo cual aseguraba la paz y defensa del reino, porque fuera de este padrastro, todo lo demas corria con gran prosperidad, asegurándose cada dia mas la esperanza de sus aumentos en riquezas, y, sobre todo la, espiritual de la fé y relijion católica con la conversion de los jentiles a que atendian los relijiosos con su acostumbrado y santo celo.

Habíase ya mudado el gobierno del Perú y sucedido en él el virey don Luis de Velasco, de cuya esclarecida casa y persona y de los buenos efectos de su gobierno no digo nada por no enturbiar con breve relacion la gloria y resplandor de sus aciertos y los acrecentamientos que tuvieron aquellos reinos en su tiempo. Para aumentar los de Chile, siguiendo el ejemplo y buenos dictámenes de sus antecesores, que tan celosos se mostraron siempre en la ayuda y socorro de aquella milicia, como cosa de que dependia su conservacion y consiguientemente la del mesmo Perú, envió un buen socorro de jente a cargo del ilustre capitan don Gabriel de Castilla, el cual, con su llegada a Santiago y la ropa que trajo para socorrer al real ejército, causó en todo él la alegría y regocijo que causa siempre en aquel reino la llegada de este socorro con que los

soldados se alientan y desahogan y cobran nuevos alientos para servir a Su Majestad. Sabida por el gobernador la llegada de este socorro, dió órden que al punto se partiese la jente al valle de Quinel donde le esperaba para disponer de allí lo que mas conviniese para oponerse luego a la primavera a los conatos y rebeldía de Puren, con intento de destruirlo de una vez o enfrenarlo para asegurar con esto lo ya ganado. Así se ejecutó, y habiendo llegado los soldados al dicho valle de Quinel a 10 de Enero del año 1597 y héchose alarde jeneral de toda la jente, así española como de los indios amigos, marchó el campo hácia Puren, donde llegó dentro de cinco dias con ánimo de echar por tierra de una vez y desbaratar los intentos de aquellos rebeldes enemigos.

No ignoró nada de esto Pailamacho, porque sus espías le dieron con tiempo aviso de todo, y así convocó al punto toda su jente y la demas que tenia aliada, y retirándose de los llanos se recojió con todos al gran pantano, que era su seguro presidio, donde estando todos juntos les hizo el acostumbrado razonamiento, animándolos con los ejemplos y hazañas de sus antepasados, refrescando en particular la memoria de sus victorias y encendiéndoles con el deseo y estimacion de la propria libertad y de sus hijos y decendientes. «No os espante dijo, valerosos purenes, la fuerza que habeis oido decir trae el español contra nosotros, que la justicia está de nuestra parte; pues el motivo de tomar las armas es tan justificado, como lo es la defensa de vuestra libertad, que es la mas preciosa joya que estiman los hombres; por ella peleamos y por ella debemos despreciar el reposo y el descanso, las haciendas y posesiones y la mesma vida». Con estas y otras razones encendió Pailamacho la llama que ardia en los pechos de los suyos, de manera que se juramentaron todos de morir por la patria ántes que verse sujetos y debajo del poder de su contrario.

El gobernador, que supo la obstinada resolucion de los purenes, viendo que no eran de ningun efecto las promesas que les hacia y los partidos a que les salia, les publicó guerra a sangre y fuego, y alojando su ejército en el llano les destruyó las comidas y taló las sementeras, matando a los que podia, sin dejarles cosa ninguna que no se le abrasase y consumiese. En esto se ocupó aquel verano y ántes que entrase el ivierno trató de levantar allí un fuerte para reparo y seguro de su jente, como se hizo, y dejándole con buena guarnicion y al enemigo retirado a su pantano, subió a Lumaque, donde fundó un baluarte y fortaleza para mayor seguro de la ciudad de la Imperial y de los caminos, de manera que quedase libre el paso a los que fuesen de una parte a otra. Acabóse con felicidad el uno y otro fuerte ántes de la entrada del ivierno; y habiéndolos proveido suficientemente de víveres, armas y municion, pasó a la ciudad de los Infantes con ánimo de estarse allí algun tiempo y poder hacer sus arremetidas y emboscadas a los purenes y apretarles todo lo posible; pero ellos no se dormian, que miéntras el gobernador se prevenia y armaba para ofenderlos, se armaban tambien contra él, disponiendo un asalto que trazaban contra el fuerte que allí en el llano habia dejado.

Juntábase para el intento bizarra y escojida jente; acudieron, entre

otros, dos principales cabezas, que eran Millacalquin y el famoso Pelantaro (que dejó tanto nombre de sí en aquella tierra y fué tan cruel cuchillo y perseguidor del nombre cristiano). Gobernaban estos los tres lucidos escuadrones que fueron la defensa y reparo de Puren y el principio de los grandes males que lloramos hasta hoy en aquel reino, como se verá mas adelante.

CAPÍTULO XIII

Pone cerco Pelantaro al fuerte de Puren; socórrele el Gobernador y pondérase la causa de las calamidades de Chile.

La traza que tomaron los purenes para ganar el fuerte de los españoles fué la que es tan comun en la guerra, que fué sitiarlos impidiéndoles la salida para hacer leña y traer yerba para los caballos y quitarles el agua para su sustento; con que dentro de poco tiempo comenzaron a perecer de sed los hombres y animales que estaban dentro, de manera que de hecho se morian ya los caballos por falta de sustento, porque no era posible salir ninguno sino a perecer, por ser los indios mas de dos mil. Luego que el gobernador supo el aprieto en que su jente estaba, determinó salir en persona con la caballería que tenia consigo en la ciudad; pero llegando todos a rogarle que no saliese por la contínjencia a que ponia todo el reino si él se perdia, se detuvo, si bien entresacó de su jente hasta ciento y cincuenta españoles, que valian por muchos mas, y enviólos a cargo del capitan Cortes con otra tropa de indios amigos, con los cuales partió luego a la lijera al fuerte, que habia ya diez dias que estaba cercado y con muy grande aprieto. Supo Pailamacho la venida de este socorro y aunque la fuerza de su jente era mucho mayor que la del contrario, dió aviso a Pelantaro y a Millacalquin con órden de que se retirasen, porque su intento por entónces era solo de conservarse y defenderse, haciendo daño a los españoles cuando pudiese sin pérdida de los suyos: así lo hicieron, y con esto cuando llegó el socorro de los españoles al fuerte, hallaron ya levantado el cerco, y el gobernador que lo supo pudo venir con seguridad, como lo hizo, y habiendo estado solo seis dias alojado en el fuerte, juzgando que era cosa difícil el conservarlo por entónces, determinó de desampararlo y retirarse con toda la jente a la ciudad de Angol, como lo hizo.

Las ciudades de la Imperial, Valdivia y Villarrica padecian, no ya calamidades ocasionadas de la guerra, sino otras mas perjudiciales y pernicio-

sas que traia consigo el ocio y prosperidad de que gozaban con la paz (en que los indios estaban mucho tiempo habia muy constantes) y habiéndolo entendido el gobernador, determinó ir a visitarlas para componer en ellas disensiones y enemistades, quitar escándalos públicos ocasionados del gran regalo y vicio en que muchos vivian, que segun he oido contar a los antiguos que estaban en aquellas ciudades en aquellos tiempos, pasaba de raya, porque como la tierra es de suyo tan deliciosa, dava lugar a todo con la gran riqueza de oro que en todas partes se sacaba, que era muy grande, con que los vecinos encomenderos iban enriqueciendo muy apriesa, porque tenian repartidos en sus encomiendas gran suma de indios que echaban a sacar oro, y así era todo regalo gusto y pasatiempos, olvidados ya los trabajos de la guerra, que aunque tan penosos, tenian mas seguras las ciudades y las conservaban y defendian mejor que la prosperidad que al presente gozaban.

Es cosa esta que se toca con las manos muchas veces en el mundo: ¡cuántos reinos y ciudades se han conservado a la larga, cuando se hallaban oprimidas de la guerra y otros trabajos que hacian vijilantes a sus ciudadanos y moradores, y despues las destruyó la demasiada prosperidad y descanso! Y la razon, a mi ver, es muy clara y patente, porque nuestra naturaleza es de esta condicion, que miéntras se hallan los hombres en mayor descanso y comodidad, con abundancia y sobra de los bienes (que por esto diria mejor males) de esta vida; tanto mas dispuestos están para los vicios y pecados, que la adversidad y trabajos no suele darles tanto lugar de estender la mano a lo vedado, porque dan estos tanto en que entender y hay tanto que hacer con ellos y en procurar librarse de su penalidad y molestia, que casi no dejan lugar ni tiempo para pensar en otra cosa. Siempre se combate en cualquier tiempo bueno o malo; siempre estamos sujetos a los peligros y estos nos cercan por todas partes y nos amenázan perpetuamente; pero hay gran diferencia de haberlas con Dios o con los hombres; va mucho de provocar la ira de Dios o la de los hombres. De éstos nos podemos defender porque son iguales y visibles sus fuerzas, pero a la de Dios que es tan superior, soberana y invisible quién resistirá? Pecados han destruido al mundo, desbaratado reinos, deshecho monarquías, abrasado ciudades y reducido a nada los imperios, no la pobreza y calamidades de los tiempos, ántes éstas no tienen mas fuerza para dañarnos que las que les dan nuestras culpas, contra las cuales pelean los mesmos trabajos, guerras, hambres, pestes y otras desdichas, poniéndose de parte de Dios para tomar venganza de los que provocamos su ira cuando obligados de sus misericordias y favores, debiéramos con agradecimiento y correspondencia llamar en nuestra ayuda y proteccion a su paternal clemencia.

No es lugar este para alargarme en estas ponderaciones y discursos, baste lo dicho para significar algo y dar a entender la causa de la pérdida de estas ciudades que ya diremos, la cual fué no otra que los pecados y vicios que ocasionó la prosperidad y abundancia; esta fué la segur puesta a la raíz y la que provocó la ira de Dios y le obligó a hacer en ellas tan ejemplar y duro castigo, como veremos. Y lo que a mi ver enojó mas a Dios, fué la demasiada codicia (que, como dicen, rompe el

saco) y la hambre del oro, que por ironía llamó sagrada el poeta, fué la que causó despues la verdadera que padecieron hasta perecer algunos. Esta codicia y deseo de la riqueza y la insaciable sed de aumentar cada uno su caudal, hacia a los encomenderos ménos atentos a la conservacion de los indios y a guardarles sus fueros, a cuidar del buen tratamiento con que debieran portarse con ellos, a pagarles su trabajo y sudor y ser mas solícitos en no permitir que los agraviasen los que inmediatamente estaban con ellos y eran sobrestantes de las haciendas; y como esta materia es tan delicada y vidriosa en los ojos de Dios, por pequeño que parezca el agravio y injusticia en los de los hombres, se debe temer mucho, porque hace muy diferente viso a los de su Divina Majestad.

No puedo dejar de reparar siempre que llego a este punto y le considero, cuán a la letra parece que habló de este castigo del cielo (que tan a su costa esperimentó Chile) el apóstol Santiago, en el capítulo quinto de su epístola católica (déme licencia el piadoso lector y aunque salga algo del estilo de historia, me deje decir lo que no es bien callar en esta materia para enseñanza de aquellos a quien toca y para venerar los juicios de Dios y temer su castigo). Habla tan claro el apóstol de este caso en esta su carta, que aunque la escribió universalmente para toda la Iglesia, parece (segun la vemos cumplida en aquella tierra) que la enderezó con particular atencion a aquel reino previniéndole del mal que le amenazaba, con la profecía que en ella se contiene y se ha visto ejecutada a la letra en muchas de sus ciudades, como se verá adelante, porque en las primeras palabras con que comienza *agite nunc divites plorate ululantes, etc. quæ advenient vobis*: ¿quién no ve representados los ayes y dolorosos clamores y alaridos con que la jente de aquellas ciudades, ántes rica y poderosa y despues la mas pobre y miserable que se puede pensar, daba voces y clamaba debajo del pesado yugo del cautiverio, a que los trujo su desdicha? Y en las otras palabras que se siguen *divitiæ putrefactæ, aurum et argentum vestrum æruginavit et ærugo eorum manducavit carnes vestras*. ¿Quién no ve el fin que tuvieron las riquezas que en aquellas ciudades iban aumentándose con la paz que habian dado los indios y con la prosperidad que labraban las minas? Pudo decirse mas claro el desvanecimiento del oro y plata que habian ya juntado? ¿Qué se hizo toda aquella máquina de que no quedó despues ni un rastro, ni memoria?

¿Quién no ve en las palabras que se siguen la causa que digo de todo esto? *Ecce merces operariorum vestrorum, quæ fraudata est a vobis, clamat ad me de terra et clamor eorum introibit in aures Domini Sabaoth, epulati estis super terram et in luxuriis enutristis corda vestra, addixistis et occidistis justum et non restitit vobis*. Bien clara y manifiesta está en este testo la causa que, como he dicho, obligó a Dios a jugar con tanto enojo la espada de su saña y furor, que fué la licencia y libertad con que el vicio de la sensualidad que fomentan las riquezas y prosperidad se enseñoreaba y corria de mar a mar sin castigo por la tierra, y sobre todo los clamores de los pobres indios que, mal pagados y oprimidos con demasiado trabajo, padecian agravios sin resistencia, porque estando ya

sujetos y rendidos no podian hacerla. Estos clamores, para los cuales no habia oidos en la tierra, llegaron a los de Dios, y admitido el memorial de sus quejas en su divino consistorio, salió tambien despachado como se verá en la satisfaccion que Dios les dió, que será la materia del capítulo siguiente, aunque verdaderamente, como tengo advertido otra vez, estos agravios y mal tratamiento de los indios no fueron en Chile tan universales ni tan desmedidos como algunos autores ponderan los de otras partes de las Indias de que aun hablan algunos con demasiados encarecimientos; y lo que es en Chile, segun lo que me he informado de los antiguos y de lo que yo he visto, se estendió esto solamente a alguna demasía en el trabajo que se daba a los indios, ménos puntualidad en las pagas, falta de cuidado y providencia en la cura de sus enfermedades y mirarlos algunos españoles mas con ojos de señores que de padres, contra lo que el Rey mandaba y era su intencion y la de los gobernadores y ministros reales, que procuraban siempre ampararlos, si bien atendiendo cada cual a lo que mas le picaba, que era gozar de la feria y enriquecerse, no se aplicaban tanto a la entereza del buen gobierno y al cumplimiento de las cédulas reales con que desde los principios hasta hoy han estado siempre las majestades de los Reyes Católicos amparando los indios, porque la pretension que han tenido en su conquista no es su ruina y destruicion, sino el remedio de sus almas juntamente con la conservacion de su república, como se hace ya, atendiendo con mas puntualidad a su proteccion, no consintiendo que se les hagan agravios y guardándoles los fueros de su libertad y proprio dominio. Pero vengamos ya a desenvolver el fundamento que antecedentemente nos ha dado materia de ponderar lo que tan digno es de consideracion y reparo.

CAPÍTULO XIV

Matan los indios al Gobernador y rebélanse de nuevo contra los españoles.

Bien pintan en figura de rueda a la fortuna, y rueda a quien no supo clavar ni tener fija la mayor dicha. ¡Cuán grande fué la que tuvo el gobernador don Martín García Oñez y Loyola a los principios de su gobierno; con cuán buen pié le comenzó, qué buenos medios puso para mejorarle y qué bien que le salieron, en cuán buen estado llegó a poner todo el reino, con cuánta felicidad lo gobernó, con cuánta satisfaccion de los soldados y cuán al favor de los indios obligándolos a casi todos a rendirse a Dios y al Rey, viviendo en paz, apartados ya y retirados del bullicio de las armas; cuán amado y respetado fué de todos y cuán grandes esperanzas llevaba y cuán bien fundadas de pacificar y conquistar del todo lo restante del reino, si su buena suerte hubiera corrido mas adelante y no se hubiera al mejor tiempo cansado la fortuna de asistirle, y, sobre todo, si la ira de Dios no viera ya llenas las medidas de los pecados de aquellos pueblos, que aunque no eran de otro linaje ni mayores, sino quizá mucho menores que los que se han cometido y cometen en otras partes donde se salen con todo, sin que sientan sobre sí tan pesada la mano de Dios, como la esperimentaron estas ciudades! Lo dispuso así su Divina Majestad para poner terror en aquella nueva tierra y dar enseñanza a los fundadores de aquel reino para que en lo de adelante quedasen mejor instruidos para conservarle y gobernarle con mayores aciertos, como lo han hecho despues en todo y muy en particular el buen tratamiento de los indios; pero comencemos ya a referir el principio de esta lastimosa trajedia.

Habiendo salido el gobernador a socorrer el fuerte de Puren y resuelto allí de desampararle por la gran dificultad que habia de conservarle, hizo que toda la jente que en él estaba se retirase a Angol, y él determi-

nó de ir en persona a dar una vuelta a las otras ciudades para remediar en ellas algunos de los desconciertos que apuntamos en el capítulo pasado. Partió para esto, unos dicen con treinta, otros con cincuenta y cinco reformados, jente de la mas valerosa que habia en el tercio, y habiendo visitado primero los presidios de la las fronteras de la guerra y proveídolos de bastimentos y los pertrechos necesarios para ella, salió de allí con doscientos soldados que le acompañaron hasta ponerle fuera de los términos de la guerra, en un hermoso valle, donde juzgándose seguro de los peligros que hasta allí se podian temer del enemigo, los despidió para que se volviesen a sus presidios, quedándose con los treinta o cincuenta y cinco capitanes y soldados que llevaba en su compañía, los cuales hicieron alojamiento en este valle, armando sus tiendas para descansar y regalarse aquella noche y las venideras y desquitarse de las incomodidades y falta de sueño que habian tenido las pasadas en la visita de los presidios, porque los indios enemigos no ponian el pié en el suelo, andando en perpétua vela y siguiéndolos con tal continuacion y porfía que no les daban una hora de reposo para dormir ni comer, andando con estraña solicitud y vijilancia por hacer alguna buena suerte en ellos.

Pero viendo los indios que allí no habian podido hacer nada, resolvió Pelantaro con consejo del viejo Pailamacho y de los demas purenes, de seguir al gobernador con doscientos soldados escojidos, en secreto y sin ser sentidos, como lo hicieron; echáronles algunas espías que los llevasen siempre a vista, habiendo primero ajustado con ellas las contraseñas que les habian de dar para hacer su hecho. De esta manera fueron las espías siguiendo al gobernador hasta este valle que llaman de Curalava, donde llegando esta noche que digo, hallándolos tan seguros que se habian todos acostado de propósito como si estuviesen en sus casas (porque verdaderamente se juzgaban tan seguros como si de hecho estuvieran en ellas) salieron fuera con gran silencio y comenzaron a graznar y bramar como aves nocturnas y otros animales (que era la contraseña que llevaban y la que acostumbraban de ordinario) lo cual oyendo los que venian atras llegaron al cuarto del alba, muy poco a poco, sin hacer ruido para no ser sentidos. ¡Oh pobres españoles! ¡Oh valerosos capitanes a quien no puede defender esta vez su gran valor y valentía que se ha hecho temer tanto del enemigo, que fué menester hallaros durmiendo para no ponerles grima y espanto y hacerlos retirar sola vuestra vista y aspecto! No se puede decir el ímpetu con que los indios embistieron y la priesa con que repartidos por los toldos y pabellones comenzaron a dar en ellos: a unos cosían a lanzadas con sus mesmas camas estando durmiendo; otros al despertar con el ruido hallaban sobre su cabeza el duro golpe de la macana que les quitaba la vida; el que fué mas presto en su defensa, levantaba ya en camisa para tomar sus armas, cuando le atravesaban de parte a parte y dejaban tendido en el suelo ahogado en su misma sangre. Entre todos, el que mas quebró el corazon fué el gran Loyola, que despues de tantas hazañas como las que habia hecho en el Perú en la prision y muerte del Inga, en que tuvo tan gran parte, y de las otras con que habia asombrado a Chile, no pudien-

do valer a los suyos esta vez ni valerse de ellos, estándose ya armando para salir a su defensa, llegó el enemigo que andaba solícito en su busca y lo traspasó de heridas y quitó la vida, como lo hizo tambien a todos los demas capitanes y soldados, sin perdonarla aun a tres relijiosos de San Francisco, que eran el muy reverendo padre provincial fray Juan de Tobar, fray Miguel Rosillo, su secretario, y el compañero lego fray Melchor de Arteaga, que iban a visitar su provincia; a todos los mataron y cargando con los caballos, armas y despojos, se volvieron a su Puren cantando victoria, a celebrarla, como hemos visto otras veces, entre los suyos, con las fiestas y regocijos que acostumbran.

Este fué el trájico fin del gran Loyola, este el pago que el mundo dió a sus alientos; no pasó de aquí su fortuna; esta fué su triste suerte y la que dejó a Chile tan inconsolables y copiosas lágrimas que hasta hoy no puede enjugarlas. No mereció aquella tierra gozar mas a la larga de un tan gran caballero y valeroso capitan jeneral, que si viviera mas tiempo, la hubiera sin duda prosperado con grandes aumentos de riqueza y opulencia de todas las cosas, como comenzaba ya a mostrarlo la esperiencia; pero no fué Dios servido de que se lograsen sus buenos intentos, permitiendo que se desbaratasen todos en una hora, juntamente con lo que tanto tiempo y sangre habia costado. Dejó este señor una hija, que hubo en la infanta su mujer, heredera del príncipe don Diego Tupac, la cual hija casó despues con un gran caballero, llamado don Juan Henriquez de Borja, y la dió Su Majestad título de marquesa de Oropesa (que es un lugar que el virey don Francisco de Toledo fundó en el Perú) para que gozase del repartimiento de indios que habia heredado de su padre el Inga Sayri Tupac, del cual título gozan hoy sus ilustres y esclarecidos decendientes, juntamente con las rentas que Su Majestad les ha dado, tan debidas a su sangre y a los méritos de este su esclarecido ascendiente que empleó su vida hasta perderla en tantas hazañas que en aquel reino y en los del Perú hizo en su real servicio para aumento de su corona y exaltacion de la fée.

No se puede encarecer suficientemente con palabras cuán gloriosos quedaron Pailamacho, Millacalquin y el valiente Pelantaro, que era el capitan y cabeza de esta junta, con una suerte de tan grande importancia como la referida, con la cual se juzgaban ya señores del campo y dueños de la tierra: (que cuando la cabeza de un reino es de tanto valor, como lo era la que perdió Chile en su gobernador, le da vida y aliento a todo él, y faltando ésta, se da por muerto y perdido): así fué, porque los indios vencedores, luego al punto sin tardanza trataron de levantar la tierra y deshacer la paz que los otros indios habian dado; enviaron su flecha (que como queda ya esplicado, es el modo de convocarse para semejantes acciones) a várias partes con sus embajadores y mensajeros; y no debieron de haber menester mucho para reducir a los demas indios a su opinion, porque aunque estaban sujetos a los españoles, no debia de ser jeneral en todos el amor y lealtad para con ellos, y cuando lo fuera, prevalecia siempre en su pecho el deseo y estima de su propria libertad, de la cual se mostraron siempre tan celosos, como hemos visto; y si se sujetaron y dieron la paz, fué a mas no poder, hallándose perseguidos y apurados de

la guerra y apretados de la hambre por el estrago que los españoles les hacian en sus comidas y sembrados, y así hallando ahora tan buena ocasion de restituirse a su libertad, fácilmente se aunaron y ajustaron entre sí el modo y traza que habian de tener para la ejecucion.

Nada de esto recelaban los españoles, que gozaban en las ciudades del ocio y comodidades que hemos dicho, porque aunque veian muerto a su gobernador y a tan granada jente como la que pereció en su compañía, los tenia tan seguros la prosperidad de que gozaban que no temieron que pudiese haber cosa alguna que se las pudiese interrumpir ni estorbar; dormian a sueño suelto, respetados y servidos y al parecer amados de los indios, los cuales acudian cada semana con el oro que sacaban de las minas y lo daban a sus encomenderos en gran cantidad, porque habia algunos que tenian muy grandes encomiendas y en aquellos tiempos no habia repartimiento de indios que no fuese muy considerable. Iban enriqueciendo muy apriesa, sin embargo de los grandes gastos que hacian en el sustento de sus familias y en el lucimiento de sus casas y en los espléndidos banquetes con que se regalaban y entretenian (que segun he oido contar, eran disformes y soberbios); pero estando en estas delicias y prosperidad, se cumplió en ellos a la letra lo del psalmo 77: *adhuc escæ eorum erant in ore ipsorum et ira Dei ascendit super eos*, pues podemos decir que estando con el bocado en la boca, los alcanzó y ocupó la ira de Dios, como lo esperimentaron miserablemente y se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV

Contiene la ruina y pérdida de las seis ciudades de los españoles.

Aquí me hallo ya casi del todo sin ningunos papeles ni relaciones de la lastimosa trajedia que sucedió a las ciudades que habian fundado en Chile los españoles, despues de la que queda referida de su malogrado gobernador; y aunque me hacen gran falta para seguir el hilo de la historia (porque no es materia esta que se pueda decir de memoria) confieso que en parte no me pesa, por no tener ocasion de refregar la llaga que tanto lastimó y hasta hoy escueze a los que la padecen, que son muchos, así de los que aun viven cautivos entre los indios, como de los que pudieron escapar, si bien con vida, tan mal parados como los que salen a nado de un naufrajio, dejando perdida en el mar toda su riqueza: así les aconteció a los que libraron sus vidas y libertad de este lastimoso incendio, saliendo muchos de ellos desnudos por una parte, aunque por otra con la carga de las obligaciones de su nobleza, sin poder echarlas de sí ni tener a quién volver los ojos (que es otro jénero de miseria y desdicha, que no es muy desemejante a la de un triste cautiverio y frisa con la mesma muerte); pero para que no se ignore del todo lo que tan digno es de historia, dejando, como tengo advertido otras veces, la relacion por menor a quien hará la universal de aquel reino y de su conquista, diré lo que me puedo acordar de las cosas que he visto y oido tocantes a este punto, y, ántes de comenzar, referiré lo que hallo escrito de aquel tiempo en los Comentarios reales de Garcilaso de la Vega, como lo cuenta en la primera parte del lib. 7, cap. XXV, y dice que lo sacó de las ánuas de nuestra Compañía del año de 1599 y 1600, y de otras relaciones que en aquel tiempo vinieron de Chile hasta el año de 1604. Dice, pues, así: «De trece ciudades que habia en este reino de Chile, destruyeron los indios las seis, que son: Valdivia, la Imperial, Angol, Santa Cruz, Chillan y la Concepcion; derribaron, consumieron y talaron en ellas la habitacion de

sus casas, la honra de sus templos, la devocion y féc que resplandecia en ellos, la hermosura de sus campos; y el mayor daño que se padeció fué que con estas victorias crecieron los ánimos de los indios y tomaron avilantez para mayores robos e incendios, asolamientos, sacos y destruiciones de ciudades y monasterios. Hicieron estudio en sus malas mañas y artificiosos engaños: cercaron la ciudad de Osorno y gastando las fuerzas a los españoles, los fueron retirando a un fuerte, donde los han tenido casi con un contínuo cerco, sustentándose los asediados con unas semillas de yerbas y con solas hojas de navos, y esto no lo alcanzaban todos sino a muy buenas lanzadas. En uno de los cercos que ha tenido esta ciudad quebraron las imájenes de Nuestro Señor y Nuestra Señora y de los santos, con infinita paciencia de Dios, por su invencible clemencia, pues no faltó poder para el castigo sino sobró bondad para tolerarlo y sufrirlo. En el último cerco que hicieron los indios a este fuerte, sin ser sentidos de los españoles, mataron las centinelas y a su salvo le entraron, y apoderáronse dél con inhumanidad de bárbaros, pasaban a cuchillo todas las criaturas, maniatando todas las mujeres y monjas, queriéndolas llevar por sus cautivas; pero estando codiciosos con sus despojos, ocupados en ellos y desordenados, dándose priesa a recojerlos y guardarlos, tuvieron lugar de reforzarse los ánimos de los españoles, y revolviendo sobre los enemigos, fué Dios servido de dar a los nuestros tan buena mano que quitándoles la presa de las mujeres y relijiosas, aunque con pérdida de algunas pocas que llevaron consigo, los retiraron y ahuyentaron. La última victoria que los indios han tenido ha sido el tomar a la Villarrica, asolándola con mucha sangre que derramaron de españoles. Los enemigos la pegaron fuego por cuatro partes, mataron todos los relijiosos de Santo Domingo, San Francisco y Nuestra Señora de las Mercedes y a los clérigos que allí estaban. Llevaron cautivas todas las mujeres, que eran muchas y muy principales, con que se dió remate a una ciudad tan rica, y un fin tal, con tal infelice suerte a un lugar por su conocida nobleza tan ilustre.» Pasa mas adelante este autor, y despues de haber referido la ruina que causó en Ariquipa el volcan que reventó allí el año de 1600, refiere una carta, que dice así:

«Las desdichas de Chile diremos como vinieron escritas de allá, porque son a propósito de lo que se ha dicho de aquellos indios araucanos y sus hazañas, nacidas de aquel levantamiento del año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Miércoles 24 de noviembre de 1599, al amanecer vino sobre aquella ciudad (que es la de Valdivia) hasta cantidad de cinco mil indios de los comarcanos y de los distritos de la Imperial y Puren, los tres mil de a caballo y los demas de a pié: dijeron traian mas de sesenta arcabuceros y mas de doscientas cotas de las que habian ganado en las batallas a los españoles (que ellos no las tienen, ni hierro de que hacerlas). Llegaron sin ser sentidos, por haberlos traido espías dobles de la mesma ciudad. Trajeron ordenadas cuatro cuadrillas, porque supieron que los españoles dormian en sus casas y que no tenian en el cuerpo de guardia sino muy pocos hombres y algunos que velaban la ronda, que los tenia la fortuna ciegos con dos malocas (que es lo mesmo que correrías) que hicieron veinte dias ántes y desbarataron un fuerte que tenian

los indios en la vega y ciénega de Puren, con muerte de muchos de ellos, tanto que se entendia que de ocho leguas a la redonda no podia venir indio, porque habian recebido muy gran daño; mas, cobechando las espías dobles, salieron con el mas bravo hecho que jamas bárbaros hicieron. Pusieron cerco con gran secreto a cada casa con la jente que bastaba para la que ya sabian los indios que habia dentro, y tomando las bocas de las calles, entraron en ellas tocando arma a la ciudad desdichada, poniendo fuego a las casas y tomando las puertas para que no se escapase nadie ni se pudiesen juntar unos con otros, y dentro de dos horas asolaron el pueblo a fuego y a sangre. Ganaron los indios el fuerte y artillería. La jente rendida y muerta fué en número de cuatrocientos españoles, que para aquel tiempo era grande. Saquearon trescientos mil pesos de despojos. Los navíos que estaban en el rio se hicieron a lo largo, a los cuales arribaron algunos con canoas y se escaparon, que si no fuera por esto, no hubiera quien trujera la nueva. Hubo este rigor en los bárbaros, por vengar las muertes que los nuestros habian dado a los suyos en las correrías referidas. Hicieron gran destrozo en los templos y imájenes sagradas.

«Diez dias despues de este suceso llegó del Perú el coronel Francisco del Campo con un socorro de trescientos hombres, y sabiendo lo que pasaba y que entre los demas cautivos estaban dos hijos suyos muy niños que habia dejado en la ciudad, dispuso luego su rescate y saltando en tierra con su jente trató de ir al socorro de Osorno, la Villarrica y la triste Imperial, de la cual no se sabia otra cosa sino que habia un año que estaba cercada de los enemigos, y entendian que eran todos muertos de hambre, porque no comian sino caballos muertos y despues perros y gatos y cueros de animales, lo cual se supo por lo que avisaron los de aquella ciudad, que por el rio abajo enviaron un mensajero a suplicar y pedir socorro con lastimosos clamores de aquella miserable jente». Luego añade mas adelante. «A la hora que escribo ésta, ha venido nueva que los de la Imperial perecieron de hambre todos, ménos veinte, cuya suerte fué mucho mas trabajosa por haber quedado en poder de tan cruel enemigo». Añade el autor mas adelante estas palabras: «El padre Diego de Alcobaza, en una carta que me escribió el año de 1601, dice estas palabras. «Chile está muy malo, y los indios tan diestros y resabidos en la guerra, que no hay indio que con una lanza y a caballo no salga a cualquiera soldado español, por valiente que sea, y cada año se hace jente en el Perú para ir allá, y van muchos y no vuelve ninguno; han saqueado dos pueblos españoles y muerto todos los que hallaron en ellos, llevándose las pobres hijas y mujeres». Todo esto es lo que refiere Garcilaso de la Vega, en lo cual solamente se me hace de nuevo en cuanto al número de las ciudades que dice se destruyeron, el contar a la Concepcion y Chillan, porque las que yo he oido decir que se perdieron son la de Valdivia, Osorno, la Imperial, la Villarrica, Santa Cruz y Angol, con la cual (si era la mesma que la que llamaron de los Infantes) son seis las que se perdieron y siete si la dicha de los Infantes era distinta: de las cuales hasta hoy no se ha podido recobrar ninguna. Pudo ser tambien que en aquel tiempo ganasen los indios entre estas ciudades las otras

dos de la Concepcion y Chillan;[1] remítome a las historias: lo que tengo por cierto es que si los indios las ganaron en esta ocasion, las recobraron los españoles muy en breve (como lo hicieron ántes cuando saquearon los indios la de la Concepcion a los principios de su fundacion, (como queda referido) porque de cuarenta años a esta parte (de que puedo yo tener memoria) no he entendido jamas que hayan estado despobladas de españoles estas dos ciudades, si bien se han visto apretadas en muchas ocasiones de los indios, particularmente en los tiempos mas atras, cuando se hallaban con menores fuerzas y el enemigo altivo y soberbio con la buena suerte que habia tenido.

En cuanto a las lástimas que este autor refiere de lo que padecieron los españoles en la pérdida de estas ciudades, es muy poco o nada todo cuanto dice respecto de lo que pasó y yo he oido contar, porque hablando, lo primero, de las ciudades que ganaron los indios por cerco, no es decible lo que en ellas padecieron los que estaban dentro, porque como no las cojieron prevenidas para tan terrible lance, se hallaron desproveidas de lo necesario para poderse sustentar sino muy poco tiempo, por mas que se medían con la necesidad, repartiendo el poco trigo que habia con tanta limitacion que apénas vivian; pero como, en fin, duró éste tan poco y el cerco tanto que hubo ciudad que estuvo sitiada mas de un año, hubieron de apelar a los animales domésticos, a los caballos, perros y gatos mientras duraron, que en acabándose, se sustentaron algun tiempo con cueros de vaca, para lo cual no dejaban látigos, ni aforros de cajas: hasta de las corazas y adargas se valian para poder vivir; pero nada bastaba para tan largo tiempo y tan horrible hambre como la que se padecia: llegaron a comer cosas indignas de referirse, con que estaba ya la jente tan flaca y consumida que parecian retratos de la muerte, pereciendo sin tener que llegar a la boca en tan estrema necesidad que no fuera cosa nueva haberse comido, como lo hicieron en Samaria a sus mesmos hijos para no acabar de perecer, y no hay duda que quien tuvo ánimo para comérselos allí, se los hubiera tambien comido en esta ocasion, donde no fué menor el aprieto en que se vieron.

Pero el invencible valor de aquellas españolas chilenas pudo hacer rostro a tamaña estrechura y trabajo, teniendo pecho y ánimo para dejarse morir, como de hecho se murieron muchas personas de hambre, ántes que violar los fueros de la piedad y de la razon haciendo una cosa tan inhumana. No es esto lo que me admira y espanta, porque la impiedad de accion tan contra naturaleza, tiene en sí mesma suficiente resistencia (sino es que ya se pierdan los estribos de la razon y falte del todo el sentido): lo que me causa admiracion es el sufrimiento y teson de tanto tiempo, queriendo ántes ver perecer sus hijos que entregarse al enego, por no ponerlos a peligro de perder la fée o verlos sujetos a la corrupcion de sus jentílicas costumbres; esto es lo que temian y esto es lo que hacia a todos tan constantes y pacientes en tan estrema necesidad y trabajos, a lo cual se añadia en las mujeres otra cosa que las hacia no

1 La ciudad de Los Infantes, o Angol, es la misma cosa. Concepcion y Chillan aunque fueron atacadas, no hubo necesidad de despoblarlas.

ménos fuertes y sufridas y era el temor de la violencia que juntamente temian habian de hacer aquellos bárbaros a su honor. Esto las tenia a raya y mazisaba sus corazones para no deshacerse de compasion y dolor, viendo llorar de hambre a sus hijos y que no podian acallarlos, quitándose el bocado de la boca para dárselo, como lo hicieran si lo alcanzaran para sí. Salian los padres del fuerte viendo esta suma miseria y desdicha, arresgando sus vidas por traer algunas yerbas y raíces del campo para que no acabasen de perecer sus hijos y mujeres, y aunque muchas veces volvian con este socorro, si bien a costa de lanzadas y manifiestos peligros, otras se quedaban pagándolo con la vida, porque los enemigos no paraban un punto, rodeando por momentos la ciudad de noche y de dia para cojer al que saliese fuera y obligar a los que estaban dentro a rendirse.

Despues de tan largo y prolijo cerco, hallándose los españoles mas para morir que para resistir, así por estar ya tan consumidos y acabados como por los que se habian muerto y perecido a manos del enemigo, se hubieron de rendir a su desdicha, y entrando los indios dentro de las ciudades cercadas (aunque no se cuántas fueron éstas, ni si fueron al mesmo tiempo, o el que hubo de diferencia de la una a la otra) [2] comenzaron a hacer el estrago que se deja entender del odio y rabia que tenian contra los españoles: maniatábanlos como a esclavos, desnudándolos de sus vestidos y dándoles tasadamente un mal calzonsillo y camiseta a su usanza para cubrirse las carnes. Vestíanse los indios de las vestiduras de los españoles en señal de triunfo; con que en una hora se volvió toda aquella república lo de dentro afuera, los españoles vestidos de indios y los indios vestidos de españoles; éstos, sujetos y esclavos, obedeciendo a los indios como a sus señores y los indios mandando como amos y dueños; cada uno cautivó los mas que pudo, conforme la buena maña que se dió a cojerlos, y cargando cada cual con los suyos, se retiró a sus tierras, porque de las ciudades no hicieron caso sino para abrasarlas y consumirlas, dejando lo que quedó en pié para que lo acabase de destruir y consumir el tiempo, como lo ha hecho, sin que se vea hoy en ellas sino solamente las lastimosas ruinas de lo que fueron. Lo mesmo que hicieron los indios con los españoles y españolas que cautivaron en estas ciudades que ganaron por haberlas sitiado, hicieron tambien con los demas de las otras que tomaron por asalto, a todos los llevaron a sus tierras, donde se sirvieron de ellos y se han servido hasta hoy como de esclavos, como se dirá en el capítulo siguiente.

2 Las ciudades o fuertes a que nuestro autor se refiere fueron Santa Cruz, Arauco, Cañete, La Imperial, Angol, Villarrica, Valdivia y Osorno.

CAPÍTULO XVI

Lo que han padecido los españoles en el duro cautiverio que han tenido en poder de los indios mas de cuarenta años.

Gran lástima seria, quien lo duda, ver los españoles cautivos en poder de aquellos bárbaros, que demas de serlo, se tenian por ofendidos de los mesmos españoles que habian muerto a tantos de los suyos y destruido sus tierras, sujetádolos a servidumbre y héchose dueños de lo que ninguno habia podido, hasta que ellos llegaron a conquistarlos. Esta consideracion desnudó a los indios de todo afecto de piedad para con aquellos sus cautivos, sirviéndose de ellos con todo rigor en los ministerios domésticos y del campo, matándolos de hambre, trayéndolos mal vestidos, no cuidando de sus enfermedades y haciéndoles todo el mal tratamiento que podian. Pero aunque esto era para quebrar los corazones, viendo jente tan principal y noble y criada en tanto regalo y comodidades, reducida a un estado tan vil y miserable, lo que excede toda ponderacion y encarecimiento es ver aquellas mujeres y delicadas señoras que tanto valor habian mostrado por no llegar a verse en tan inhumano cautiverio, sujetas a la mesma fortuna, que por la delicadeza y flaqueza mujeril hacia mas sensible su dolor y mas digno de compasion a los que lo veian, si ya no les faltó del todo aun este consuelo, por verse tan apartadas de los suyos y a vista solamente de aquellos terribles enemigos, entre los cuales, cuando hubiese alguno que se compadeciese de su trabajo, los mas no tendrian ojos para verle ni reparar en él.

No sé que a estas señoras las desnudasen de sus vestidos como a los hombres, pero cuando hubiesen tenido alguna mas piedad con ellas, por mirarlas no tanto como esclavas cuanto como a mujeres proprias, el mesmo tiempo las obligó a vestirse despues como indias, pues seria muy poco el que pudieron durarles sus vestidos, con que no pudieron ménos que acomodarse al tiempo y usanza de la tierra, cubriéndose con una

triste manta a raíz de las carnes, sin camisa ni otro abrigo de los que acostumbraban, los piés descalzos por el suelo, unos pobres pellejos por cama y todo lo demas tocante a su comida y vivienda tan pobre y miserable que no podia ser mas; porque si los mesmos indios pasan la vida con tanto desprecio de las comodidades y aliño que usan los españoles, como queda dicho en el capítulo tercero y cuarto del libro tercero, cómo lo pasarian estos sus esclavos y esclavas? un poco de mote, que es maíz cocido en agua simple era su ordinario sustento, unos porotos y yerbas del campo y otras cosas a este modo les hacian al plato, este era su pan que mezclaban con lágrimas cuando se asentaban a comerle, no a la mesa sino en el mesmo suelo, acordándose de los regalos y banquetes que habian tenido y gozado en sus casas.

Si parase la miseria y desdicha de estas pobres cautivas en sola esta mala pasadía del pobre sustento de su vida, ménos mal; pero pasaba mas adelante por el trabajo corporal y contínuo que tenian en los oficios domésticos de la casa, de que no se esceptúan ni las mesmas mujeres de los indios: con que aquellas señoras que estaban acostumbradas a su estrado y al entretenimiento voluntario de su almohadilla, hubieron forzosamente de sujetarse a tomar la escoba en la mano, hacer el fuego y guisar la comida, traer a sus cuestas el agua del rio y hacer todos los demas ministerios que son propios de los que sirven. Entre los cuales les era pesadísimo el de moler el maíz para las harinas, que es el principal sustento de los indios, porque como este ejercicio es de tanto trabajo por cargar todo el cuerpo sobre los brazos y el contínuo movimiento de todo él, jugando la piedra de moler con entrambas manos, como lo hacen las indias, y queda declarado en su lugar; venia a ser este trabajo tan improporcionado a estas pobres cautivas, por no estar acostumbradas a él, que he visto algunas que han salido del cautiverio mancas por las muñecas de las manos, sin poderlas jugar, y preguntándolas la causa me respondian que era de moler el maíz, a que añadian otras miserias y desdichas que habian padecido en el cautiverio (y eran comunes a las demas cautivas) tan desmedidas y improporcionadas aun a los mesmos hombres, cuanto mas a la delicadeza de las mujeres, que no se podian oir sin lágrimas.

Verdaderamente es nuestra naturaleza para mas de lo que la hace nuestra aprehension, y estas valerosas cautivas pasaron mas allá de toda imajinacion y encarecimiento humano, pues pudieron acomodarse a un modo de vida tan áspera que fuera argumento de gran valor en una mujer que tuviese ánimo para abrazarla voluntariamente, aunque no fuese sino por muy poco tiempo, y estas señoras chilenas la han sufrido muchos años, pues, ha mas de cuarenta que las cautivaron y aun viven todavía algunas de ellas en este duro y miserable cautiverio, porque aunque se han rescatado muchas, y desde el año de cuarenta, con ocasion de la paz que han dado los indios, han ido restituyendo algunas, como se verá mas adelante; pero como no todos sus amos se han reducido a los conciertos de paz que otros han capitulado, quedan todavía algunas, aunque no podrán ser ya muchas porque se habrán muerto parte de ellas en tan largo tiempo, y las que quedan serán ya viejas, como una que yo

vi en Arauco, la cual trujeron dos mancebos en rescate de su padre, que era un cacique que estaba en la cadena, y el maese de campo no se contentó del trueque por ser ya vieja esta cautiva y así dejándola allí, volvieron por otra. Acuérdome, a propósito del valor con que estas cautivas han llevado su trabajo, que esta que digo venia tan fresca y gorda como si viniera, no de un cautiverio tan pesado sino de un lugar de delicias y regalos.

Todos estos trabajos y otros muchos que se pudieran contar por ser personales, parece que podian vencerse parte con paciencia cristiana y parte con el valor que en ellos mostraban estas animosas y valientes mujeres; pero los que veian padecer las madres a sus hijos, ¿qué corazon podia bastar a resistirlos? ¿qué harian con ellos cuando los veian huérfanos de sus padres que habian perecido en la guerra, descarriados, sirviendo, desnudos y mal comidos, sin tener un trapo con que cubrir sus carnes, ni un pedazo de pan, ni aun talvez un choclo de maíz para matar su hambre, cuando llegaban a ellas a pedirlas algo que comer? ¿Qué sentirian cuando los veian azotar y darles el puntillazo o la bofetada, porque no acertaban a servir, o cuando hacian en ellos otros castigos mayores, muy propios de la bárbara impiedad de aquella jente y del aborrecimiento y odio que tenian a los españoles? Oí contar una vez a un cautivo que sirviendo a uno de estos indios un españolcito de pastor, que le guardaba el ganado, llegando tal vez su amo a contarlo y hallando que faltaba alguno que se habria quedado perdido en el campo, como acontece muchas veces, arremetió al muchacho con tal furia y crueldad, que levantándolo en los brazos, lo arrojó en un gran fuego que allí estaba, y a este modo hacian otros castigos crueIísimos, fuera de los ordinarios del palo sobre sus cabezas y costillas, con que llegaban muchas veces descalabrados y corriendo sangre, a sus madres, a sus parientes o conocidos para atormentarlos con su vista, pues no podian remediar su trabajo ni hacer otra cosa que acompañar con su dolor y lágrimas las que veian derramar a sus hijos, mezcladas no pocas veces con la sangre que vertian de sus heridas.

De esta manera han estado tantos años estos pobres cristianos en poder de estos jentiles, sirviéndoles como esclavos y con sujecion mas apretada que la que ellos tenian primero en su poder, porque, lo primero, los españoles nunca tuvieron a los indios por esclavos, porque los que lo han sido son los que despues de esta rebelion se cojieron en la guerra en cierto tiempo limitado en que concurrieron tales circunstancias que bastaron a justificar su esclavitud y que el Rey los declarase por esclavos, como lo fueron; pero ántes de esto, nunca lo habian sido, y así no los vendian ni enajenaban los españoles, como lo han hecho los indios con estos sus cautivos, vendiéndolos como a esclavos y tratándolos como a tales. Lo segundo, aunque no se puede negar que algunos de los españoles excedieron en algo en el demasiado trabajo que daban a los indios en sacarles oro, pero esto no era de manera que les hiciesen los agravios y mal tratamiento que los indios les han hecho a ellos en este su cautiverio. Lo tercero, ningun español mató jamas a ningun indio de su servicio, como los indios han muerto a muchos españoles en sus

borracheras, en las cuales han sucedido casos muy lastimosos y dignos de historia, los cuales no refiero por no acordarme bien de ellos: solo tengo memoria por mayor de lo que he oido contar a algunos de estos cautivos y es el gran peligro de la vida, los sobresaltos y sustos que padecian siempre que estos sus crueles amos y señores se juntaban a sus bailes y borracheras, porque como en estas ocasiones renuevan memorias de las cosas pasadas, como queda dicho en su lugar, refrescan las que tienen de las guerras que han tenido y de la jente señalada que en ellas les han muerto los españoles, y así para su venganza se volvian contra estos pobres cautivos y los llevaban a sus bailes y los ponian en medio de todos, desnudándolos del poco hato que traian sobre su cuerpo para quitarles la vida, como de hecho lo hacian con algunos, precediendo sus ceremonias y razonamientos, a los cuales se hallaba presente el triste cautivo esperando por momentos el golpe del cuchillo o el bote de la lanza con que los atravesaban; aunque otras veces estando ya para esto, llegaba alguno de los poderosos y lo libraba, oponiéndose a los demas y no consintiendo que le quitasen la vida.

CAPÍTULO XVII

Dáse fin a esta materia y pondérase el más inconsolable trabajo que han padecido los españoles en este su cautiverio.

No es trabajo el que en fin se acaba, aunque sea con la vida, en comparacion de los de la eternidad, que no puede el alma sacudir de sí, ni aun con la esperanza de ver jamas su fin. Grande son y mas de marca los que estos pobres cautivos han padecido, como hemos visto y lo dirán mejor los que podrán referirlos mas por menor, porque en esta materia sé que hay mucho que contar y que llorar; pero, en fin, son trabajos del cuerpo que, a lo mas, no pueden pasar de su duracion. Los trabajos, miserias y desdichas que por antonomasia se alzan con este nombre, son las del alma que la ponen a peligro de perderse, de cuyo linaje son las que estos pobres cautivos habrán padecido en sus almas, estando tantos años entre jentiles, oprimidos con tan dura servidumbre, sin la ayuda de los sacramentos ni ningun otro socorro espiritual, sin ver un sacerdote ni otra ninguna persona eclesiástica con quien consolarse y desahogar sus conciencias, agravadas con la fuerza de ocasiones que en aquel infelicísimo estado han tenido de perder a Dios con tan poca comodidad, o, por mejor decir, moralmente hablando, imposibilidad de recobrarle, restituyéndose a su gracia por la penitencia. Este ha sido un dolor verdaderamente sin consuelo, particularmente para los que han muerto en aquel miserabilísimo cautiverio, si no es que ya se compadeciese de ellos la divina clemencia por medio de algun acto de contricion, que era el único remedio a que despues del pecado allí podian apelar para su salvacion.

No da poco fundamento a esta esperanza una cosa digna de reparo y de mucha estimacion de estos cristianos cautivos, y es que entre tantos no se ha sabido jamas de ninguno que haya apostatado de la fé, ni dejádose persuadir de las costumbres jentiles de sus amos; ántes se han conservado siempre como verdaderos católicos, con el rosario en la ma-

no y haciendo sus devociones, bautizando sus hijos y llorando perpétuamente su desdicha, con ánsias de salir a remediarlas con la confesion y penitencia, haciendo para esto estraordinarias dilijencias, y los que se hallaban mas imposibilitados para esto, procuraban que entrase algun sacerdote que ajustase sus conciencias del mejor modo que allí se pudiese y los confesase, como lo veremos adelante en uno o otro caso que referimos.

Este es el trabajo de trabajos que aquellos pobres cristianos han padecido y padecen hoy los que aun están en tanta miseria; y este es el que les aflije y apretaba el corazon mas estrechamente siempre que los indios se juntaban a sus bailes y borracheras, porque ya sabian el peligro que en aquellas ocasiones corrian sus vidas, pues comenzando a calentarse y a renovar memorias antiguas, era cierto el peligro que amenazaba a aquellos sus pobres esclavos, que no pudiendo huir el golpe, estaban temblando todo el tiempo que duraban aquellos bestiales placeres y fiestas de sus amos.

Esta desdicha ha sido mucho mayor y mas de llorar en aquellas pobres mujeres cautivas, y el temor de este trabajo es el que las hizo tan constantes y sufridas en los que padecian en los cercos de las ciudades, que teniendo por ménos mal la mesma muerte que verse en poder de aquellos lobos carniceros, quisieran ántes morir que sujetarse a su fiereza; pero viéndose ya éstos señores absolutos y aquellas pobres cautivas sin ninguna defensa, con el puñal a los pechos, por la constancia que mostraban en la defensa de su honor, fué lance sin remedio el de su desdicha y última calamidad, la cual lloramos hasta hoy sin consuelo, viendo violados los templos vivos de Dios y la sangre de los españoles y cristianos viejos mezclada con las de aquellos bárbaros jentiles que en cuarenta y seis años que há que dura este cautiverio, han tenido tantos hijos mestizos que pueden ya hacer jeneracion de por sí, y lo que mas lastima el corazon es ver estos medios españoles totalmente indios en sus costumbres jentílicas, sin tener muchos de ellos de cristianos mas que el bautismo que alguno de los españoles cautivos o sus madres les daban en naciendo; pero como se han criado entre los indios, sin enseñanza de la fé, han bebido sus costumbres sin diferenciarse de ellos en nada, ni saber palabra de la lengua española; y de esto no me maravillo, porque como sus madres no tienen con quien hablar en su lengua castellana sino alguna vez con algun cautivo, no han tenido ocasion los hijos de aprenderla, porque como la tierra es tan vasta y dilatada, no les ha sido lícito jamas a estos pobres prisioneros y esclavos de los indios estar juntos. Cada uno cargó a su tierra con el que cautivó, y así acontece estar apartados los unos de los otros muchas leguas: aquí la madre y acullá el hijo o el hermano, sin poderse ver ni comunicar sino rara vez o nunca, que ha sido circunstancia que no poco ha aumentado lo duro y terrible de este cautiverio, mas pesado por esto que el que tuvieron los israelistas en poder de Faraon en Ejipto, y absolutamente mucho peor, pues no he visto jamas ninguno de los que de él se han librado suspirar por aquella vida, como lo hacian los hijos de Israel por las ollas de Ejipto.

Esta ha sido la causa de que estos jenízaros vivian como jentiles, por haberse criado entre ellos sin ninguna enseñanza de la fé, porque aunque sus padres o madres eran cristianos, no tenian comodidad de instruirles en ella, por andar de ordinario apartados los unos de los otros, y si talvez podian enseñarles algo era tan poco y tan mal dijerido que se les olvidaba, particularmente cuando era ya tiempo de ejercitarse en las armas, que entónces todo su cuidado era señalarse en ellas, como cosa tan estimada entre los indios, y así han salido tan grandes soldados que despues acá han sido los que han dado mas en que entender al ejército español, por la buena liga que han hecho la sangre araucana y española para mostrarse tan valerosos y esforzados, como lo hacen en la guerra.

Entre las cautivas quedaron muchas señoras nobles y muy principales, de que siempre se han ido rescatando algunas, cuyos hijos, hermanos y parientes habiéndose librado y adquirido hacienda o juntado su rescate entre buenos, las han redimido de su cautiverio, aunque con grandísimo trabajo y peligro y espera de muchos años, buscando la ocasion por varios modos, haciendo estraordinarias finezas, solicitadas del amor de los suyos, para salir con su intento. Algunos he conocido yo que han dado grande ejemplo en esto, no sosegando ni tomando reposo, desterrándose de sus lugares y dejando en ellos sus comodidades, llevados de la piedad natural y cristiana, por dar a los suyos la libertad, no ménos de sus cuerpos que de sus almas. Tambien se han rescatado algunos hombres, otros se han huido y sacado consigo otros cautivos; y el modo con que algunos han podido hacerlo, es ganando crédito entre los indios, por haberse aplicado a oficio de herreros, el cual es muy estimado entre ellos, porque no tienen la práctica de esta arte, por no hallarse hierro en su tierra; y como hacen tanta estimacion de las armas para la guerra y de las rejas, arados y azadones y demas instrumentos para labrar la tierra; estiman consiguientemente mucho a los que los saben labrar algo de esto. Yo conocí un caballero que debia de ser bien niño cuando le cautivaron con los demas, y era tan hábil que por lo que habia visto trabajar a los herreros en sus fraguas, ántes que se perdiesen las ciudades, quedó con la especulacion que le bastó para reducirla despues a la práctica, haciendo algunos cuchillejos y labrando otras cosillas de hierro del que los indios habian llevado de los despojos de los españoles; con esto comenzó a ser muy estimado entre los indios, y viendo cuan bien le salia el oficio, se dió a él de manera que vino a hacerse hombre de caudal entre ellos; y así tenia ya libertad de ir de una parte a otra y andar libremente por donde queria, con que le fué muy fácil librarse del cautiverio y volverse a los suyos donde fué honrado de todos y empleado en oficios preeminentes.

A otros cautivos los han libertado despues acá los soldados españoles en las malocas y correrías que han hecho de propósito para el intento, o dando con ellos acaso, cuando han entrado a tierra del enemigo a otros fines concernientes a la guerra, y es tal la verguenza y confusion que tienen, particularmente las mujeres cautivas, de verse en tal vil traje delante de los españoles, que tal vez he oido decir que se escondian d

ellos porque no las viesen, y no ha faltado quien ha rehusado salir de aquella desdicha aun teniendo ocasion de poderlo hacer, solo de verguenza por no parecer delante de los suyos y padecer la confusion de que las vean cargadas de hijos de los indios; sino es que ya el amor de los mesmos hijos detenga a algunas y las ciegue esta pasion para no ver la ruina que amenaza a sus almas en un estado tan infeliz, que las tiene en tan gran peligro de la condenacion eterna: que esto tienen los males, cuando se envejecen y echan raíces, y los hijos, aunque lo sean de padres tan desiguales, son amarras del corazon, que, asiendo dél, lo tienen a raya y no le dejan obrar lo que dicta la razon; y ya por lo uno, ya por lo otro, ha habido, segun dicen, quien se ha resistido hasta despues de muchos años, aunque sus parientes lo han procurado por todos los medios que han podido; pero esto acontece a una o otra, que lo jeneral en todos es el deseo y ánsias de salir de entre bárbaros y enemigos de Dios, y vivir entre los suyos, gozando de los frutos de los Sacramentos y del abrigo de la Iglesia, para el remedio y la salvacion de sus almas. Entre los que yo he conocido y comunicado, he visto algunos que por ser muy niños cuando los cautivaron salieron despues casi tan indios en el modo de hablar como los que nacen entre ellos; los que entraron mas hechos en el cautiverio, aunque con la falta del uso de la lengua nativa, que es la española, la han olvidado en gran parte, no de manera que la hayan perdido, y de los unos y los otros debieron de ser muchos estos cautivos, pues desde que se cautivaron hasta ahora siempre se han ido rescatando y siempre han quedado no pocos en el cautiverio, de manera que del año de cuarenta a esta parte, con ocasion de la paz que han dado los indios al Marques de Baydes, gobernador que entónces lo era de Chile, de que hablaremos en su lugar, han restituido algunas españolas y aun quedan todavia otras, y de algunas tenemos claras noticias, y habrá otras la tierra adentro de quien será dificultosa cosa haberlas. Dios Nuestro Señor se compadezca de sus almas de estos cautivos, y se sirva de sacarlos a donde puedan tratar de su salvacion y de llevar adelante la paz que los indios han dado para que sean instruidos en las cosas de la fé, como lo desean y piden, y así se dispongan tambien para salvarse.

De la jente que en esta rebelion no quedó cautiva, unos perecieron a manos de los indios contra quien pelearon haciendo valentías y hazañas no imitables por defender sus ciudades y sus mujeres y hijos que tenian dentro y veian en tan gran peligro de perderse; pero, en fin, vino a ser todo sin fruto, porque no pudiendo resistir a la fuerza y orgullo que traian los indios, caian unos hechos pedazos traspasados por mil partes de lanzadas, y otros que se echaban a los rios se ahogaban en ellos, si ya no perecian ántes despeñados por las laderas y caídas de sus barrancas, por donde no pudiendo hacer ya otra cosa se arrojaban, o a morir o a buscar el último remedio de su vida, como aconteció a muchos valientes soldados que dicen perecieron con su capitan de esta manera; otros escaparon retirando con mejor dicha a las mujeres y niños que pudieron y a las relijiosas, aunque no todas, porque la priesa que daba el enemigo no les permitió ponerlas todas en salvo; y así hubieron algunas de ellas de pasar la comun fortuna de las demas mujeres que

fueron cautivas; lo cual fué tanto mas digno de lástima y dolor, cuanto era ver aquellos ánjeles de la tierra y esposas de Cristo en poder de aquellos sangrientos lobos; si bien entre ellos no faltó quien ilustrado con particular luz del cielo enfrenó la furia de su pasion, y absteniéndose de tocar a la que supo que estaba consagrada a Dios, respetó, aunque jentil y bárbaro, a su esposa, haciéndola el tratamiento debido al relijioso estado hasta volverla libre a los españoles, dedicado a servirla, como lo hizo hasta la muerte, recibiendo el santo bautismo, como se verá despues en su lugar donde se referirá el caso mas a la larga.

La jente que se escapó de esta comun y jeneral calamidad, se repartió por toda la tierra que quedó de paz, que fué desde la Concepcion para delante; y acomodándose cada uno donde pudo por las quebradas, valles y campos (porque en las ciudades no pudo haber lugar para todos, ni la pobreza y desnudez con que salieron les daba lugar a ello) hicieron en ellos sus estancias, donde se han sustentado y multiplicado de manera que juntamente con los demas que tenian hecho ya sus asientos en ellas han poblado la tierra con tanta frecuencia de jente que en mas de ciento y cincuenta leguas se puede andar toda durmiendo y comiendo casi siempre en poblado, y en algunas partes están tan juntas estas estancias que se topan a una legua, a media y a ménos: y algunos que se han aplicado mas al trabajo, (aunque, como digo, salieron en camisa) les ha favorecido Nuestro Señor tanto que han enriquecido mucho y han podido casar sus hijas ilustremente con muy buenos dotes y hoy se hallan ricos con mucha suma de ganados y esclavos, que es la riqueza de aquella tierra, sustentando sus casas con mucho lucimiento, debido a su calidad y nobleza.

CAPÍTULO XVIII

Del estado en que quedó Chile despues de la pérdida de las ciudades en tiempo de otros gobernadores.

Sucedió en el gobierno de don Martin García Oñez y Loyola el licenciado Pedro de Vizcarra, que al tiempo de su muerte era teniente jeneral del reino y así le elijió el mesmo reino para que le gobernase y fuese su cabeza miéntras proveia el Virey, en interin que se daba aviso a España y enviaba Su Majestad gobernador en propriedad, que es lo que siempre se acostumbra. Lo que de aquel reino quedó en pié despues de la pérdida de sus ciudades, quedó tan lastimado, y el enemigo tan insolente y soberbio que harto hizo este caballero en sustentarse y defenderse como pudo, hasta que el virey don Luis Velasco envió a don Francisco de Quiñones por gobernador, el cual, el tiempo que le duró el gobierno, en las batallas que tuvo con el enemigo, sé que las hubo con Huenecura, insigne caudillo del ejército araucano, aunque no sé lo particular de sus sucesos y victorias y de los lances y encuentros que tuvo con este su competidor (que no seria de poco cuidado por la arrogancia y soberbia con que se hallaban los indios viéndose señores de tantos españoles y ciudades que habian ganado) y así supongo que seria el valor de este gobernador muy proprio de su ilustre sangre, pues por lo ménos sabemos que resistió al enemigo de manera que con estar tan insolente y atrevido, no le dió lugar a pasar adelante. Lo demas de los buenos aciertos de su gobierno lo remito a la historia de Chile, que lo referirá todo por menor, como merece, aunque no le dió lugar la vida y corto tiempo que le duró en Chile a dejar en él tantas memorias como pudiera su gran valor.

A don Francisco de Quiñones sucedió el gobernador Alonso García Ramon, de quien hemos hablado várias veces en este libro en el gobierno de don Alonso de Sotomayor, cuyo maese de campo fué y en cuyo tiempo

hizo las hazañas y valerosos hechos que quedan referidos, entre los cuales fué muy señalado el que refiere el capitan Fernando Alvarez de Toledo en su Araucana manuscrista, de la victoria que tuvo de Cadeguala, quitándole la vida en el desafío que cuenta este autor en los cantos nueve y diez, y queda referido en su lugar; a lo cual añade el ya citado fray Gregorio de Leon otra victoria semejante a esta que tuvo, aunque no inmediatamente por sí mismo, de otro indio llamado Colecheo, el cual estando nuestro campo enfrente del enemigo, tuvo atrevimiento de entrarse por él en un furioso caballo y jugando diestramente una maza enclavada, decia a voces que iba en busca del gobernador Ramon; que saliese si era hombre, que allí le esperaba; oyendo lo cual un indio de nuestros amigos, mas valiente que Colecheo, no pudiendo sufrir esta libertad, salió a él y despues de algunas idas y venidas, le dió un tan terrible golpe que lo derribó a sus piés y lo hizo pedazos. Gobernó este caballero a Chile dos veces: esta primera por el Virey, que lo ocupó en este oficio, por muerte de su antecesor don Francisco de Quiñones, y la segunda por el rey, despues del gobernador Alonso de Rivera, a quien sucedió en el primer gobierno (que tambien gobernó dos veces este caballero) de manera que se sucedieron el uno al otro, como luego se verá.

En el primer gobierno de Alonso García Ramon (si no es que ya fuese en el de su antecesor, de que no tengo puntual noticia),[1] pasó de España a Chile el capitan don Francisco Rodriguez del Manzano y Ovalle, mayorazgo en Salamanca de la ilustre casa de los Rodriguez del Manzano, tan antigua como conocida en aquella nobilísima ciudad, con una tropa de jente muy escojida, que por órden de Su Majestad levantó en Lisboa, con la cual llevando entre ella algunos caballeros portugueses, pasó a Buenos Aires en compañía de don Diego Valdés de la Banda, su primo, que iba por gobernador de aquel puerto; dejando al cual en su gobierno, pasó a Chile con su jente, a donde llegó estando aquel reino tan apretado del enemigo, que estaba a gran contingencia de perderse. De cuanta importancia fuese en aquel tiempo este socorro y lo mucho que valió para el real servicio, defensa y seguridad de aquel reino, no me toca a mí el decirlo, y así lo dejo para que lo diga quien lo referirá mejor y con mayor aplauso y gusto del lector; y así paso al otro socorro que vino a este mesmo gobernador, no en este primer gobierno, sino en el segundo, el cual fué el mayor en número que ha tenido Chile, porque fué de mil hombres, que asimesmo envió Su Majestad de España y tambien por Buenos Aires, de que no tengo mas noticia en particular, ni de la persona a cuyo cargo fué[2] y así no puedo decir en esta parte otra cosa sino que este socorro fué el remedio de aquel reino, así por haberle hallado con tanta necesidad de él, como porque siendo tan numeroso, ha dado jente para poblar la tierra, porque los soldados viejos que se han licenciado del real ejército han fundado estancias y enriquecido en ellas con los

1 Como hemos dicho en la Introduccion, don Francisco Rodriguez del Manzano y Ovalle fué el padre de nuestro historiador, habiendo pasado a Chile en 1600, cuando el gobierno se hallaba en manos de don Francisco de Quiñones.

2 La persona que trajo a su cargo este socorro y cuyo nombre ignoraba el Padre Ovalle, fué el capitan Antonio de Mosquera, que, habiendo partido de Lisboa en noviembre de 1604, vino a llegar a Santiago casi un año cabal despues.

ganados que han criado, como lo hacen todos los demas que dejan la guerra, porque casi ninguno sale del reino por hallar en él todos honesto entretenimiento y comodidades para pasar con gusto el resto de la vida.

En el mesmo segundo gobierno de Alonso García Ramon se fundó la Real Audiencia en la ciudad de Santiago, cuyos primeros fundadores y ministros llenaron tan bien sus puestos que merecieron muy justamente el buen crédito y opinion que han dejado en aquel reino, a quien honran hoy ilustres decendientes, herederos no ménos de su muy noble sangre, que de la piedad de sus cristianas costumbres y lustre de sus casas, en que tambien les han imitado muchos otros que despues acá les han sucedido en sus oficios y tambien los que ocupan hoy estos puestos con la entereza y buen celo que deben a sus obligaciones y a las que tienen a Dios y a su rey. Esto es lo que he podido saber del tiempo del gobierno de este valeroso caudillo y gobernador de Chile; que de los lances que tuvo con el enemigo, de las batallas y victorias que alcanzó y de los demas aciertos de su gobierno, no tengo quien me dé materia para decir en esta parte lo que supongo habrá hecho digno de historia; que quien hizo tanto estando a órden de otro, siendo maese de campo de aquel reino, como hemos visto, bien se deja entender lo que se aventajaria siendo absoluto y dueño del campo; pues la esperiencia personal de tantos encuentros como tuvo con el enemigo, adelantaria su gran valor y talento para los buenos aciertos de su gobierno y para asegurar los felices sucesos que en su tiempo tuvieron las reales armas del católico ejército en aquel reino, el cual gobernaba en este su primero gobierno, cuando llegó el gobernador Alonso de la Rivera, de quien hablaremos mas adelante, porque aunque le envió Su Majestad desde España, habiéndole sacado para el intento de las guerras de Italia y Flandes, donde habia servido tan valerosamente, como el mundo sabe y refieren las historias; y habiendo llegado a Chile, entró con efecto en el gobierno; pero habiéndose casado allí contra cédulas reales, (en que prohibe Su Majestad a sus ministros el casarse en la tierra donde sirven, sin su licencia) le privaron de aquel gobierno; y aunque los singulares dotes de su esposa, en particular los de su gran nobleza, estrema hermosura y sobre todo su anjelical y insigne virtud, tan conocida en aquel reino, parece que podian hacer contrapeso y escusar esta culpa; pero, en fin, nada de esto le valió para librarse de la pena y así salió de Chile a pagarla; si bien Su Majestad, atendiendo a los servicios que le habia hecho, le ocupó en el gobierno de Tucuman, donde le dejaremos por ahora hasta que sea tiempo de que le veamos volver a Chile, como se verá adelante.

Cuando el rey mandó salir de Chile al gobernador Alonso de Rivera, le envió juntamente sucesor, que fué el ya nombrado Alonso García Ramon, que habia sido ya gobernador la primera vez y sucedídole en el gobierno el dicho Alonso de Rivera; pero habiendo muerto Alonso García Ramon en su segundo gobierno, entró en su lugar el doctor Luis Merlo de la Fuente, que era el oidor mas antiguo de la Real Audiencia, a quien toca de ordinario gobernar el reino miéntras provee el Virey del Perú y despues Su Majestad, de gobernador proprietario: por esta causa duró poco el gobierno del dicho doctor Luis Merlo de la Fuente; pero en ese poco

tiempo se portó con tan grande justificacion, entereza y valor, así en las cosas de la paz como de la guerra, que desmintió la opinion que comunmente se tiene de que no son para en uno la profesion de las armas y la de las letras, y que el que fuere eminente y señalado en aquellas, no lo puede ser en estas. No averiguo ahora esta cuestion, si bien la praxis y esperiencia de lo que comunmente se ve pudiera fácilmente deslindarla. Solo digo a mi propósito que con haberse criado este caballero toda su vida en el ejercicio de las letras y en el de la judicatura de los tribunales, en que sirvió muchos años al rey, se mostró en la ocasion de este su gobierno tan soldado como si no hubiera hecho otro estudio que el de las armas, y con ser ya de edad, se mostró en todas las ocasiones tan alentado y animoso que le temblaban los indios, y si hubiera durado mucho en su gobierno, hubiera adelantado mas las cosas de la guerra. Dieron por esclavos en su tiempo a los indios que se cautivaban en ella, por las razones que para ello hubo, las cuales no averiguo porque no me toca ni es este su lugar. Dejó este ilustre gobernador y fiel ministro de Su Majestad una esclarecida decendencia, con quien se honra hoy aquel reino y los del Perú en los puestos eminentes de garnachas, con el lucimiento de sus casas y crédito de sus personas, muy hermano de la heredada sangre de su nobleza y del gran valor, piedad y ejemplo de su ilustre padre.

Sucedió al gobernador Luis Merlo de la Fuente el gobernador Juan Jara Quemada, caballero de las Canarias y digno por su ilustre persona de mayores puestos. El tiempo que ocupó el de este gobierno continuó los méritos que tenia adquiridos en otros empleos en que el Rey habia ocupado su ilustre persona, los cuales asimismo llevó adelante en los que sirvió despues de éste: así lo publica la fama que siempre oí de este caballero sin contradicion de ninguno, que de lo particular de sus hazañas y buenos aciertos no puedo decir nada por la jeneral razon que otras veces he alegado para prevenirme de la nota de corto que me pudieran dar, viendo cuan poco digo de los que tanto merecen; pero la escusa que tengo de escribir tan de léjos es lejítima y la admitirán sin duda los discretos que son interesados, así en esta materia como en las demas que tocan a otros gobernadores, cuyas relaciones me es fuerza remitir a quien las escribirá, dándoles el lugar que merece cada cosa en particular. Gobernó este caballero por nombramiento del Virey del Perú el Marques de Montes Claros y fué su competidor en la guerra el famoso Aynabillo, de cuyas batallas y victorias de la una y otra parte no tengo por ahora noticia alguna en particular, pero es cierto que no dejaria de haber mucha materia de historia que no dejará en el tintero la jeneral que se aguarda. Honran hoy la ciudad de Santirgo parientes muy cercanos de este ilustre gobernador, los cuales han conservado siempre en el lucimiento de sus personas y casa el crédito y opinion en que ha estado siempre la heredada nobleza de su ilustre sangre.

En este tiempo el padre Luis de Valdivia de nuestra Compañía de Jesus, de quien hablaremos mas de propósito en su lugar, trató en España con Su Majestad el modo y traza que habia de haber en adelante en la guerra con los indios para que no se impidiese la predicacion del Evan-

jelio, que era el principal fin de aquella conquista, como tambien de todas las Indias, como tantas veces lo tienen significado los Católicos Reyes por sus reales cédulas. Y habiéndose ventilado en el real consejo los medios que el Padre proponia, haciendo la estimacion que merecia su grande celo, consejo y esperiencia como de persona que hablaba de lo que habia visto y conferido con el Virey del Perú y otros ministros de Su Majestad, por cuyo parecer y órden habia venido de Chile a informarle de la verdad, conforme a lo que juzgaban personas desinteresadas y atentas solamente a la razon y al mayor servicio de Dios, se tomó la resolucion que dirá el libro siguiente.

LIBRO SETIMO

DE LOS SUCESOS Y ESTADO

DEL

REINO DE CHILE

HASTA EL ULTIMO GOBERNADOR QUE HA TENIDO

CAPÍTULO I

Del segundo gobierno de Alonso de Rivera, y la paz que por órden del Rey pretendia entablar el Padre Luis de Valdivia con los indios.

Dé principio a este libro la nueva forma que se pretendió tomar en la guerra que se hacia a los indios y es la que ya refiero. Viendo la Majestad de nuestro católico Rey Felipe III, de feliz recordacion, lo poco que aprovechaban los medios de la fuerza y rigor para sujetar los indios chilenos, que tan soberbios y insolentes se hallaban con las victorias que habian tenido y con la toma y ruina de las ciudades que nos habian destruido; se resolvió de que totalmente se mudase de estilo en esta conquista y que dejando del todo la guerra ofensiva, se redujese solo a la defensiva, poniendo raya entre los términos y tierras del enemigos y las nuestras, juzgando que por este medio se reducirian los indios mas fácilmente a la fée y la recibirian con mas amor y aplicacion, viéndose libres del tumulto y ruido de las armas, y con esto tambien se daria lugar a que amansándose y morijerándose mas los indios, se facilitase el rescate de aquellas pobres cautivas, cuya desdicha y trabajo tenia atravesados los corazones de cuantos la sabian y deseaban su remedio. Para este efecto quiso Su Majestad servirse de la gran prudencia, eficacia y celo del padre Luis de Valdivia de nuestra Compañía de Jesus, varon verdaderamente mayor de marca, de quien hemos hecho mencion algunas veces en esta obra y se hará mas larga al fin de ella hablando de los varones ilustres que ha tenido aquella nuestra provincia.

Habiendo Su Majestad comunicado muy despacio su intento y los medios que se ofrecian para su ejecucion con el padre Luis de Valdivia, quiso hacerle obispo, juzgando que la mayor autoridad que esta dignidad daria a su persona, ayudaria mejor a la ejecucion de lo que pretendia; pero el Padre, como tan humilde que era y verdadero hijo de la Compa-

BIBLIOTECA NACIONAL

ñía, estimando mas la guarda de su voto y el humilde estado de su profesion que todas las honras que el mundo pudiera darle, resistió tan constantemente, que por no contristarle, se hubo de contentar Su Majestad con que admitiese el oficio de visitador jeneral, como lo hizo, y dejando a su eleccion la del gobernador de Chile para que siendo a su devocion, ayudase mejor a la ejecucion de la paz que se deseaba. Puso los ojos en el gobernador Alonso de Rivera, que lo habia sido ya de Chile y lo era actualmente de Tucuman por la causa que queda referida en su lugar, por fiar de su piedad y del celo que tenia del servicio de Dios y del Rey y por el antiguo conocimiento que habia tenido de su persona, que pondria el hombro a la ejecucion de una cosa de tan gran importancia y de que quedarian tan bien servidas entrambas Majestades. Aprobó el Rey el parecer del padre Luis de Valdivia, por ser muy conforme a la grande estimacion y concepto que tenia el gran talento y valor de este su leal vasallo que con tantas muestras dél y con tanta fineza le habia servido en las guerras de Europa, y ajustados los reales despachos y cédulas para todo lo necesario para el intento y dado al Padre diez compañeros de nuestra Compañía, haciéndoles a todos el gasto con su real magnificencia, como lo ha hecho siempre y hace hasta ahora, para que le ayudasen a la conquista espiritual de aquellas almas; los despachó, y despues de la larga navegacion que se hace para llegar a aquel reino tan remoto y distante de éstos, fué Nuestro Señor servido, que tomasen puerto en la Concepcion, donde comenzó luego el padre Luis de Valdivia a tratar de la ejecucion de lo que llevaba a su cargo, de las paces y guerra solamente defensiva, que tan mal recibida fué de algunos y que tanto le costó al que fué a entablarla, padeciendo por esto inícuas, injustísimas y gravísimas calumnias, cuyo autor fué el demonio para impedir el servicio de Dios y el remedio de tantas almas que por esta causa se han condenado y condenan.

No habia llegado aun el gobernador que se esperaba y venia ya de Tucuman y por no perder tiempo, miéntras llegaba, comenzó el Padre a tratar con los indios de guerra los medios de paz por medio de unos indios cautivos que estaban en Lima y los habia llevado consigo para el efecto. Envió a éstos y a otros indios de confianza por mensajeros, a proponer a las naciones de guerra que estaban rebeladas los medios de paz que de parte del rey les ofrecia, y primero a las mas cercanas, que eran las de Arauco, Tucapel y Catiray, asegurándoles el perdon jeneral de lo pasado y que para lo de adelante no servirian ellos ni sus hijos a los españoles, y otros buenos partidos que les estaban tan bien que dudaron los indios si les hablaban verdad o llegaria a ejecucion lo que se les proponia. Volvieron los mensajeros con muy buena respuesta que les dieron los indios de que querian la paz y que esta era la que amaban y deseaban, y para mas seguridad y certeza de su buena voluntad, enviaron cinco indios de los suyos para que hablasen al padre Luis de Valdivia y se asegurasen si era verdad lo que les habia enviado a ofrecer.

Llegaron estos indios a caballo, armados con lanzas y adarga, y estando cerca de los españoles, dieron voces de la otra parte del rio que dividia el un campo del otro, diciendo que no les hiciesen mal con sus

arcabuces porque iban de paz para hablar al padre Valdivia, el cual luego que le dieron esta buena nueva, aunque se hallaba mal dispuesto en la cama, se levantó al punto de ella, y fiando en Dios, pasó a la otra parte del rio donde estos indios le estaban esperando, los cuales luego que vieron al padre en los términos de su jurisdicion, arrojando las lanzas y apeándose de los caballos, se fueron a él para abrazarle, como lo hicieron, significándole con palabras muy encarecidas de su parte y de la de los suyos el agradecimiento que tenian del bien que les traia, porque ellos deseaban vivir en paz, cansados ya de tantas guerras, con tal que les cumpliesen la palabra que de parte del Rey les daban de que no servirian mas a los españoles, que, en tratando de esto, dijeron, no lo consentiremos miéntras el sol jirase y diere vueltas por el cielo (que es frase y modo de hablar propio suyo para significar la estabilidad y firmeza de su resolucion). Confirieron largo los medios de conveniencia de la una y otra parte y últimamente rogaron al Padre que se sirviese de entrar la tierra adentro para un dia señalado en que habian de hacer una gran junta para tratar de este negocio, que en cuanto a la seguridad de su persona no tenia nada que temer ni recelar, porque podia seguramente fiarse de su palabra, ni era posible cupiese en entendimiento de hombres hacer mal a quien tanto bien les hacia. El padre les respondió con agrado saliendo a todo lo que le pedian, y con esto se despidieron y se volvieron cada uno a su casa.

Ya habia llegado en este tiempo el gobernador Alonso de Rivera, el cual con su buena llegada alegró a todo el reino, porque era muy estimado y querido de todos, como lo merecia su agrado, prudencia y gran capacidad, y así fué recibido en Santiago y en las demas ciudades con grandes muestras de alegría y regocijo; y luego que llegó a la Concepcion comenzó a tratar con el padre Luis de Valdivia los medios que parecian mas eficaces para ejecutar las reales cédulas en órden a que, cesando la guerra ofensiva, se entablase la defensiva, que tan bien estaba a la una y otra república y al servicio de Dios y propagacion de nuestra santa fé. Estando confiriendo y ajustando lo que mas convenia para este intento, llegó el tercer dia de Pascua del Espíritu Santo, trece de junio del año 1612, un indio principal, mensajero de Catiray, llamado Llancamilla, y habida licencia de entrar a nuestros presidios a hablar al padre Luis de Valdivia, llegó donde estaba y le dijo que venia de parte de tres caciques que habian llegado a Arauco, donde le esperaban para llevarle a Nancu, lugar que (por estar en medio de todo Catiray) se habia elejido para la junta en que se habia de tratar el negocio propuesto de los conciertos de paz y amistad que deseaban, para lo cual se habian ya juntado allí sus diez reguas (que son parcialidades) que le estaban esperando, conforme a lo concertado. Dificultosa parecia esta propuesta porque el peligro de la vida era conocido y no parecia conforme a prudencia esponerse a él sin otro seguro que la palabra de unos enemigos tan crueles que teniendo al Padre una vez en su tierra quedaba a su cortesía la seguridad de su persona sin tener otro remedio a que apelar.

Todos estos temores y otros que sujeria la prudencia humana los venció el jeneroso pecho de este apostólico varon que tenia ofrecida a

Dios su vida por la paz de aquel reino, conversion de aquellos jentiles y redencion de los pobres cautivos que estaban debajo de su poder: debia la naturaleza de hacer su oficio y rehusar la carrera, porque en una carta que el Padre escribió dice que reconociendo por una parte el peligro manifiesto a que se esponia y por otra que si mostraba en esta primera ocasion ménos confianza de los indios, cerraba la puerta a sus intentos, que eran de tanto servicio de Nuestro Señor, sintió en su corazon que le decian estas palabras «¿cómo? ¿no has temido la muerte tantas veces por alcanzar el bien que traes a estos indios, venciendo tantas dificultades como son las que se han atravesado a este intento y habias de temer ahora que te ves a la puerta, cuando los mesmos indios te convidan para ejecutar lo que deseas?». Con este sentimiento se resolvió a entregarse en manos de los indios, habiéndolo ántes encomendado a Nuestro Señor y consultádolo con dos maestres de campo, tres capitanes y los capellanes de los fuertes con quienes al presente se hallaba, y así juzgando los mas que esto era lo que convenia, arrojándose el Padre en los brazos de Dios y quedando descubierto el Santísimo Sacramento y todos haciendo oracion por el buen suceso, se partió con el mensajero a verse con los caciques que le aguardaban donde está dicho.

Antes que el padre llegase, habiendo sabido los caciques su partida, le enviaron ocho soldados a caballo y sin armas a recibirlo, los cuales le fueron acompañando y sirviendo hasta que llegó a donde estaban aguardándole los caciques, los cuales luego que le vieron se echaron sobre sus brazos mostrando gran contento de su venida a sus tierras, y tomándole la mano Guaiquimilla, que era el mas principal de ellos, se la besó en nombre de todos los demas y le hizo un elegante razonamiento diciendo que de su alegre venida no solamente estaba regocijada la jente a quien traia tan grande bien, pero que los mesmos brutos animales, las yerbas, las flores, las fuentes y los arroyos saltaban de placer y de contento. Llamábanle padre y madre y hacíanle otras mil caricias y regalos. Despues de estas primeras cortesías y agasajos, se sentaron a razonar y discurrir sobre la materia de las paces, y entre otras razones dijo uno de los tres caciques: padre, todos los indios principales desean la paz, aunque el pueblo y los soldados no se puedan persuadir a que los españoles la quieren y la desean. ¿Cómo nó? repondió el padre ¿a qué me envía el Rey? ¿Por qué me he arrojado yo a tantos peligros de tantos mares como he pasado para llegar a vuestras tierras? ¿Qué otra cosa pretende el gobernador, qué los maestres de campo y capitanes, por cuyo consejo me he fiado de vuestra palabra, entregándome solo como me veis en vuestras manos? A esto replicó el cacique atajando al padre y tomándole del brazo diciéndole: no dudo en esto que dices; lo que se duda es que los españoles quieran paz, que sea paz; bien sabemos que gustarán de la que llaman ellos paz y yo no la tengo por tal; que es que nosotros nos rindamos y nos sujetemos a ellos y les sirvamos como a nuestros amos y señores; y esto no es paz sino ocasion de las inquietudes, pertubaciones y guerras que hemos tenido hasta aquí. Paz es la que tienen los españoles entre sí y la que tenemos los indios entre nosotros, gozando cada uno de su libertad y de lo que tiene, sin que ninguno se lo

quite ni quiera mandarle ni tenerle debajo. Esto llamamos paz y esta la abrazaremos muy de corazon: y si tratas de esto, te llevaremos en palmas y te acompañaremos hasta el lugar de la junta y te volveremos a tu casa con toda seguridad, sin que haya hombre que te toque ni se atreva a mirarte a la cara, sino para servirte y regalarte, estimándote como a comun padre y conservador de nuestra libertad. El Padre se ofreció a todo diciendo que esa era la voluntad de su Rey, y esta se ejecutaria de la manera que ellos lo deseaban; y con esto se partieron todos muy gozosos y contentos, por caminos muy ásperos y cerrados que anduvieron aquel dia y el siguiente, y al tercero llegaron a las diez del dia adonde estaban juntos los indios, y por consejo de los caciques entró el padre con un ramo de canela en la mano, que entre ellos es señal de paz, como se verá tambien despues hablando de las paces que últimamente han hecho con el Marques de Baides el año de cuarenta.

CAPÍTULO II

Lo que pasó al padre Luis de Valdivia estando con los indios de guerra, y de las misiones que entabló en Monterey y Arauco.

Luego que el padre Luis de Valdivia hubo llegado a verse con los indios, se juntaron y pusieron en rueda hasta cincuenta hulmenes (llámanse así las cabezas de las parcialidades); despues de los cuales se pusieron por su órden los capitanes y soldados y la demas jente, y en medio de todos dieron lugar al Padre, en un asiento eminente y levantado, donde estaba con decencia y grande autoridad, y levantándose el cacique que le habia traido comenzó a hablar con grande elocuencia, y habiendo dado breve razon de su venida, encargó a otro que la diese de los motivos de aquella junta, haciendo relacion de todo lo que en ella habia pasado y lo que de la una y otra parte se pretendia, y duró este razonamiento hasta una hora y media. Acabando el indio, comenzó el padre a hacer el suyo, que duró tres horas, la primera platicó por sí mesmo, porque ya entónces sabia bien la lengua de los indios, y las otras dos por medio de los intérpretes para que les diesen a entender mejor los motivos de su venida y lo que pretendia y deseaba el Rey para su mayor bien y conservacion. Entre las razones de su conveniencia, en cuanto a lo temporal, iba siempre el Padre mezclando las de su mayor bien espiritual de la salvacion de sus almas, esplicándoles los misterios de nuestra santa fée y los motivos que hay para abrazarla.

Despues de haberles dado a entender muy a su satisfaccion todo lo que pretendia, sacó del pecho las provisiones reales y se las esplicó y les dió a entender muy por menor la intencion de nuestro católico Rey, que no pretendia su destruccion sino su conservacion y aumentos, y que ninguno les hiciese agravios sino que los dejasen vivir en su libertad, oyendo la palabra de Dios, mediante la cual recibiesen la fé y se hiciesen cristianos y se pusiesen en estado de salvar sus almas, y que para esto le habia

enviado el Rey con otros diez compañeros, todos a su costa y que los sustentaba allí a todos de su real caja para este efecto, y que habian venido con mucho gusto, por hacerles tan gran bien, pasando tantos mares y tantos peligros en ellos, por sacarlos de los errores y tinieblas de su jentilismo a la luz clara del Evanjelio en que se habian de salvar, porque no habia otro camino para la gloria; este es, dijo el Padre, el motivo de mi venida, este me ha dado ánimo de entrar solo, como me veis, fiándome de vosotros, y aunque muchos me decian que no entrase porque me habiais de matar, atropellé por todo por el bien de vuestras almas, por las cuales no temo la muerte ni hago caso de los peligros de perder mil veces la vida, y si no, añadió, volviéndose a los soldados, aquí me teneis, cona, (llaman así a la jente de guerra) ¿quién de vosotros ha de ser el primero que me atraviese con su lanza? ¿quién me ha de quitar la cabeza en pago del bien que le traigo? dígamelo, que quiero bajarme a besarle los piés; aquí estais todos con vuestras lanzas en las manos, alancead a vuestro padre que os estima y quiere mas que el que os enjendró y no hay madre que tanto ame a su hijo como os amo yo, por cuya paz y quietud y salud de vuestras almas no me tengo de apartar de vosotros si quereis abrazar lo que os predico y tan bien os está.

Admirados quedaron los indios y como fuera de sí de ver un ánimo tan superior al mayor peligro y tan despreciador de la vida por hacerles bien y guiarlos por el camino del cielo, y como entre ellos son de tanta estimacion los valientes y animosos, cobraron un gran concepto del Padre y comenzaron todos a aficionársele. No pudieron algunos de los mas ancianos reprimir las lágrimas de consuelo por las cosas que le oyeron y el afecto y modo tan ferviente y encendido con que las dijo, y todos jeneralmente quedaron muy pagados de su razonamiento y plática; y dando de nuevo la mano al cacique Carampangi para que en su nombre respondiese, lo hizo con gran elocuencia, dando, lo primero, las gracias al Padre por el bien que les traia, y, lo segundo, al Rey por las honras y mercedes que les hacia por las reales cédulas, las cuales, dijo en nombre de todos, que las recebia y que nadie contradiria a lo que Su Majestad por ellas disponia, con tal que de parte de los españoles no faltase la ejecucion y cumplimiento de su real voluntad, que todos ellos querian paz, pero paz como la que entre sí guardaban, sin servirse unas provincias a otras, sino gozando cada una de sus fueros y de sus tierras; que el servicio personal que llamaban paz los españoles nunca le admitirian, pero quitado éste, harian con muy buena voluntad todo lo que Su Majestad ordenase y dispusiese, y que en retorno pedian les quitasen el fuerte de San Jerónimo, porque seria causa de inquietud y desasosiego el tener sobre sí aquella ocasion de recelos y ménos confianza. Concedióles el padre lo que pedian, y ellos volvieron de nuevo a rendirle las gracias; con que se partió de allí, acompañándole el mesmo Carampangui y otros hasta la Concepcion, donde el gobernador le recibió con las muestras de alegría y reconocimiento que merecia un acto tan heróico y de tan grande ánimo que el Padre habia hecho, y a los caciques les hizo muchas honras, con que quedó aprobado y aplaudido de todos el buen principio con que comenzaron a recebirse y entablarse las paces que se pretendian.

Para ir zanjando mejor los fundamentos de esta tan grande obra y adelantarla con los medios mas eficaces (que son siempre los que se aplican de parte de Dios para las empresas de tanta importancia y dificultad como esta) trató el padre Luis de Valdivia de fundar dos misiones, la una en el fuerte de Monterey y la otra en el castillo de Arauco, de donde pudiesen los nuestros salir a predicar el Evanjelio y catequizar a los jentiles y ganarles las voluntades para irlos amansando y disponiendo para recebir mejor la fée y confirmarlos en el deseo y propósito que habian mostrado de dejar las armas y vivir en paz con los cristianos. Para esto escribió al padre provincial que le enviase algunos padres que le ayudasen a aquella obra (éralo entónces, y el primero y fundador de aquella provincia y del Paraguay, que era toda una, el padre Diego de Torres, de quien se ha hecho ya alguna mencion en esta obra, y se hará mas cumplida en su propio lugar, cuando se tratará de los varones ilustres que han honrado aquellos reinos). Eran en aquel tiempo muy pocos los de la Compañía, por ser tan recien fundada en aquella tierra; pero como la caridad lo puede todo, la de aquellos padres y el celo que tenian de las almas, les hacia trabajar de manera (como aun lo hacen hasta ahora) que echaba uno sobre sí la carga de dos o tres, para que estos quedasen desembarazados para acudir a las misiones.

Así pasó en esta ocasion, porque hallándose apretado el padre provincial con la falta de sujetos, para proveer a este empleo que juzgaba de tanto servicio de Nuestro Señor, no tuvo otro remedio que sacar del Colejio de Santiago al que hacia en él oficio de ministro para enviarle a esta mision. Este fué el venerable padre Horacio Vechi (de quien hablaremos mas de propósito en el catálogo que se hará de los demas, que ahora se dirá solamente lo historial que pertenece a esta materia que vamos tratando). Habia muchos dias que este fervoroso obrero del Evanjelio instaba al padre provincial que le volviese a las misiones de indios, en que habia ya trabajado algun tiempo y sabia su lengua; así, en esta ocasion, aunque era tan precisamente necesario en el colejio, le sacó para este efecto, porque esperaba de él, como lo escribe en una carta, cosas muy grandes; y para fundarlas mejor en sus principios, se juntó toda la comunidad, y estando descubierto el Santísimo Sacramento, ofrecieron todos a Nuestro Señor en este su buen compañero una víctima agradable a su Divina Majestad, como se dirá despues en su lugar; y lo mesmo hicieron en la capilla de Nuestra Señora de Loreto, que es allí nuestra patrona, y de singular devocion; y con esto despidiéndose el padre de todos sus compañeros, con gran ternura y consuelo, se partió a la Concepcion, de donde le envió luego el padre Luis de Valdivia por superior de la mision y residencia de Arauco, donde «como era fuego, añade el mesmo provincial, luego prendió dentro y fuera de casa, ayudando a los nuestros a que aprendiesen la lengua de los indios, y a éstos catequizándolos en las cosas de la fé y disponiendo para el baptismo a los jentiles y a los ya cristianos para el uso de los demas sacramentos. Dejo otras cosas, que acerca de la ayuda espiritual de los indios hizo, que fueron muy grandes, porque el amor espiritual que este buen padre les tenia era tal que nunca le dejaba estar ocioso, y así por mucho

que se dijera, quedara corto». Hasta aquí el padre provincial en su carta.

Con el deseo que el padre Horacio tenia de cooperar a los buenos efectos de la paz que se pretendia para poder entrar a predicar a los indios de guerra a sus tierras, y para conseguir de Nuestro Señor esta gracia con mas felices sucesos, aplicó su cuidado a la reformacion de la milicia de nuestro campo, procurando por varios medios que aplicó que los soldados corrijiesen algunos vicios, a que suele abrir la puerta en los ejércitos la libertad y licencia militar. Comenzó para esto a hacer jente para una congregacion del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora, la cual se entabló dentro de muy pocos dias por el buen ejemplo que dieron el maestre de campo y demas capitanes, acudiendo los primeros con gran devocion a las pláticas y comuniones; colocaron en su capilla el Santísimo Sacramento, y con el buen ejemplo de los congregantes, iban entrando otros cada dia y reformándose todo el ejército con los sermones que uno de los nuestros les predicaba todos los viérnes, con que muchos se convertian a Nuestro Señor, confesando y comulgando y dejando las ocasiones de su mala vida; obligando con esto cada uno por su parte a que dispusiesen las voluntades de los indios y todo lo demas que era necesario para el buen suceso de las paces que deseaban los mas celosos de su divino servicio.

En este mesmo tiempo envió el padre Luis de Valdivia al fuerte de Monterey, donde estaba otra buena parte del ejército, al padre Vicente Modolell, varon verdaderamente apostólico y de grande virtud y ejemplo en aquel reino, donde ha sido y es muy estimado por su predicacion y celo de las almas, en cuya ayuda espiritual ha trabajado con incansable teson y perseverancia. Este fervoroso operario del Evanjelio con otro compañero que llevó consigo, se aplicó luego a hacer en aquel presidio lo mesmo que el padre Horacio hacia en Arauco, así con los españoles y indios de paz, como con los de guerra, enviando y recibiendo mensajes para ir disponiendo los conciertos y ajustamientos de la paz. Da el dicho padre Vicente cuenta de todo esto al padre provincial en una carta, que refiero aquí sus palabras, y dice así: «Ya escrebí a V. R. como habiamos venido el padre Antonio y yo a aqueste fuerte y residencia de Monterey. Al padre Antonio dió el padre Luis de Valdivia mano para enviar y recebir mensajes a los indios de guerra, y a mí me mandó aprendiese aquí la lengua. Publiqué luego que vine el jubileo a las compañías de infantería que estaban por entónces en este fuerte, y con los sermones se animaron muchos muy necesitados a confesarse, de suerte que muy de mañana tenia ya jente a la puerta de mi aposento, aguardando para confesarse y despues en todo el dia no me daban lugar para mas de tomar un bocado a mediodía, y lo restante hasta buena parte de la noche estaba en la iglesia confesando, con mucho consuelo mio y aprovechamiento de los soldados. Pusiéronse en paz diversas veces algunos capitanes enemistados, dos particularmente que habia mucho tiempo que no se hablaban ni se hacian las acostumbradas cortesías, y habia pasado tan adelante la enemistad, que en la plaza de armas de este fuerte, delante de cuatro compañías de soldados, echaron mano a las espadas y

si el castellano y yo no nos hallamos presentes, sucediera una gran desgracia entre los soldados; prendiéronlos, y despues con la graeia del Señor los vine a reconciliar y quedaron amigos, como ántes lo eran. Háse remediado en gran parte la mala costumbre de jurar, que tan propria es y suele estar tan arraigada entre soldados; y en el campo ha habido en esto tan gran reformacion, que apénas se oye un juramento, y al que le echa, le mandan hacer un cuarto de posta, aunque sea oficial vivo o capitan; a lo cual ayudó mucho el padre Gaspar Sobrino. A los indios les acudo a hacer el catecismo, y los que sirven en el campo acuden todos los dias a mi rancho: hacemos procesion todos los domingos para que acudan a la doctrina. Hánse catequizado algunos infieles, parte se baptizaron ya con solemnidad y parte están ya dispuestos para lo mesmo». Hasta aqui la carta del Padre.

Fuera de este fruto que los nuestros hacian en este presidio, corrian por todos los otros ocho fuertes que estaban repartidos por las riberas del rio de Bio-Bio, de donde enviaban recaudos continuamente a los indios de guerra, los cuales respondian siempre por sus mensajeros en buena conformidad de lo que se les proponia, y mostrándose muy contantes y gustosos de llevar adelante y entablar los conciertos de paz de que se trataba: y todo parece que ayudaba a ello y que Nuestro Señor se mostraba propicio a este intento; aunque nunca faltaban muchos de nuestro campo que por sus particulares intereses o por otras razones se oponian, contradiciendo siempre a lo que se trataba, y de parte de los indios hacian la mesma contradicion algunos que no acababan de persuadirse a que esta paz de que se hablaba fuese verdadera y no finjida, y entre otros era de esta opinion un capitan muy belicoso de Puren llamado Aynabilu, por lo cual deseaba mucho el padre Luis de Valdivia verse con él y con Anganamon (que eran los capitanes jenerales de Puren y entrambos muy valientes y de gran nombre en el ejército) porque ganando estas dos cabezas, se traerian consigo a todos los suyos, que eran muchos y de los mas valerosos del enemigo, lo cual dispuso Nuestro Señor como se verá en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO III

Habla el padre Luis de Valdivia con Anganamon y el suceso de la huída de sus mujeres.

Habia cosa de un año que los indios habian cautivado a don Alonso de Quesada, caballero de mucha suerte, y le tenian entre los demas cautivos corriendo como ellos su fortuna, y con el deseo de facilitar su rescate y verse libre de aquella desdicha, comenzó a publicar entre los indios que no lo sabian la venida del padre Luis de Valdivia, los poderes que traia del Rey para asentar las paces y la entrada que para esto habia hecho a Catiray y todo lo demas que hasta entónces se habia tratado de esta materia. Llegó esto a oidos de los mas principales, y para certificarse mejor de la verdad, dieron órden que Turelipe, capitan de mucho nombre entre ellos, se acercase cuanto pudiese al campo de los españoles para tomar lengua y informarse de lo que pasaba. Partió este capitan con la fuerza de soldados que bastaban para el intento, y llegando a Arauco y hallando una buena ocasion de dar un asalto a nuestros indios amigos, lo hizo, pero con arrepentimiento suyo, porque fué roto y preso y llevado al gobernador Alonso de Rivera, el cual con el seguro de esta prenda, trató con el padre Luis de Valdivia de enviar a los indios un embajador de los nuestros para que fuese a Puren y a la Imperial con cartas suyas y las cédulas reales, para asentar de una vez los conciertos de paz.

Fué elejido para esto el alferez Pedro Melendez, el cual hizo su embajada con la puntualidad y fidelidad que debia, declarándoles muy a su satisfaccion la merced que Su Majestad les hacia. En la junta que se hizo para recebir esta embajada hubo varios y muy diversos pareceres: solo en una cosa convenian todos los caciques, capitanes y conas (que son los soldados) y era en la dificultad y duda grande que tenian de la estabilidad de estos conciertos y paces que de parte de Su Majestad les ofrecian,

porque siempre estaban con recelo de que la pretension de los españoles era solamente que dejasen las armas para poder librar sus cautivos y sujetarlos a ellos al servicio personal que tanto aborrecian, y el fundamento que tenian de este temor, era la poca estabilidad que decian habian esperimentado en el cumplimiento de lo que otras veces les habian prometido. Ultimamente, resolvieron que si lo que les prometian era verdad y estaban firmes y constantes en cumplirlo, que venian en ello con mucho gusto, por lo bien que les estaba la paz con los españoles, viviendo cada uno libremente en su casa sin dependencia de unos con otros, y para que esto quedase mas fijo, determinaron el jeneral Anganamon, que lo era de Puren, y otros dos caciques de la Imperial acompañar el embajador Pedro de Melendez hasta el fuerte de Paycavi, donde estaba entónces el padre Luis de Valdivia, para tratar a boca con él los medios mas eficaces para el asiento de la paz.

Partieron estos caciques con Pedro de Melendez, acompañados solamente con cuarenta soldados, y llevaron consigo tres cautivos, que fueron el ya nombrado don Alonso de Quesada y otro español y una doncella, para trocarlos por Turolipe y otros indios principales que estaban en poder de los españoles. Llegando a dar vista al fuerte de Paicavi dejaron todos sus armas para mostrar la fé que daban a la palabra del padre Luis de Valdivia, que les habia asegurado todo buen pasaje y que ninguno se atreveria a darles ningun cuidado, y haciendo el padre la mesma confianza de los indios y sobre todo fiado en Dios, pasó de la otra parte del rio, que era jurisdicion de los indios, donde ellos le esperaban. Llevó en su compañía al padre Horacio Vechi, al padre Martin de Aranda y a otro de los nuestros y a dos españoles buenos intérpretes que sabian bien la lengua de los indios, y llegando al paraje señalado se abrazaron unos a otros los caciques a los padres y todos los demas con grandes muestras de amor y conformidad. Despues, sentándose todos y en medio de los dos mas principales el padre Luis de Valdivia, comenzó a ponderarles con su grande elocuencia y fervor los motivos de su venida a aquel reino y a sus tierras, que eran solo por el bien de sus almas y para que saliesen del miserable estado de su perdicion en que vivian. Encarecióles los trabajos que por esto habia padecido, yendo y volviendo de España, las cédulas reales que habia alcanzado de Su Majestad en órden a la libertad y buen tratamiento de los indios y que ninguno se atreviese en adelante a hacerles ningun disgusto y que viviesen en paz y en servicio de Dios, cuidando de la salvacion de sus almas, que era lo que el Rey pretendia.

Oyeron los indios con gusto el razonamiento que el padre les hizo y rindiéronle las gracias por su buen celo y por el bien que les hacia. Confirieron los medios que cada uno ofreció por su parte para la ejecucion de lo que todos deseaban, que era la conformidad y union de los indios con los españoles, sin sujecion de ninguno a otro, sino que viviese cada uno en su casa gozando de su libertad y haciendas, sin perturbaciones ni recelos de unos con otros, sirviendo para esto el rio de Bio-Bio (que era la raya que dividia entrambos campos y las tierras de los indios de las que poseian los españoles) de uno como baston para poner paz y con-

cordia entre los que tantos años habia que se abrazaban en guerras, de manera que no fuese lícito a ninguna pasar de aquella como valla a una parte o a otra, y si acaso pasase alguno o se huyese de un campo a otro tuviese obligacion cada una de las partes de restituirle a la que pertenecia. Trataron tambien de que se quitase aquel fuerte, si bien fueron todos de parecer que por entónces no se ejecutase esto hasta que Anganamon fuese a la Imperial, Valdivia y Osorno y a las demas partes rebeladas para unir a todos los indios de guerra en el parecer en que los demas estaban ya tan conformes de la paz que se trataba, que en volviendo, se quitaria el fuerte y los padres de la Compañía entrarian con seguridad a sus tierras a predicarles el Evanjelio y instruirlos en las cosas de la fé. Asentado todo esto, se trató de los trueques de los cautivos españoles por los indios, en que anduvo tan cortes y confiado Anganamon, que ántes que bajase Turelipe y los otros indios que habian de dar los españoles, envió a don Alonso de Quesada con los otros cautivos quedando muy seguro del retorno, en cuya conformidad le trujeron al dicho Turelipe, a una india y un muchacho que eran los que habia pedido en trueque de los tres cautivos españoles, y con esto se partieron con gran gusto y contento de todos a ejecutar lo prometido, haciéndoles la salva con la artillería del fuerte para mas honrarlos.

No fué menor el consuelo y alegría de los nuestros viendo los prósperos sucesos con que Dios Nuestro Señor iba alentando las esperanzas de ver ejecutada una cosa de tanto servicio suyo, y mas despues que habiendo partido los indios, informaron al gobernador de bajo de juramento Pedro Melendez y los cautivos españoles que salieron en su compañía con cuánta seguridad podian los padres de la Compañía entrar la tierra adentro a predicar a los indios y fiarse de ellos, por la mucha noticia que dijeron tenian de su santidad y honestidad (que es la que siempre han deseado estos indios en los eclesiásticos y estimádola en los que la ven por el seguro de sus casas) y que conocian ya al padre Luis de Valdivia y lo estimaban y amaban y hablaban bien de él, aunque no faltaban algunos de mala vida que no quisieran ver en sus tierras reformadores de ella, y que éstos la contradecian. Tambien depusieron que en cuanto al rescate de los españoles cautivos que tenian por cierto, segun lo habian entendido de los indios, que darian a rescate de buena voluntad todos los varones viejos y niños, pero que las mujeres las darian con dificultad, aunque despues se allanaria todo como viesen que se les cumplia lo prometido, que era de lo que ellos no acababan de asegurarse.

Corriendo tan a popa las esperanzas del buen suceso y estabilidad de la paz, que se daba ya por efectuada, se enturbió el cielo y se mudó el aire, entablándose la furiosa tempestad que se verá ántes de mucho. Ocasionó ésta la huida de tres mujeres de Anganamon, de las cuales era la una española, con dos hijos del mesmo Anganamon, a quien viendo fuera de su casa (porque, como queda dicho, habia ido a la Imperial y demas ciudades a ajustar los medios de paz) trataron de dejarle y venirse a los cristianos, como de hecho lo ejecutaron, sin embargo de ser tan ásperos los caminos, desde Puren, donde estaban, hasta el fuerte de Paicaví adon-

de llegaron, porque aunque la española se veia mujer de aquel cacique, el amor de los suyos y el deseo de que aquellos sus dos hijos se criasen entre cristianos, no la dejaba reposar, hasta que hallando la suya, aunque tragando tan manifiestos peligros de la vida, se arresgó, fiada en Dios, a lo que tan bien la salió, porque dentro de dos o tres dias de camino se puso en el fuerte de los cristianos, habiéndose llevado consigo las otras dos mujeres indias que digo, que verdaderamente fué un hecho de gran valor y que dió mucho que pensar a los nuestros, porque aunque se alegraron todos de ver a esta señora fuera ya de jentiles y entre los suyos, no dejó de dar cuidado el sentimiento que haria Anganamon y que podria ser que fuese impedimiento para deshacer lo que se trataba, como sucedió.

Son ocultos los juicios de Dios y muchas veces permite que no llegue a colmo sino que se vaya en agraz el fruto que parecia madurar mas apriesa y que habia de ser a su Divina Majestad de mayor gusto, como aconteció en nuestro caso. Iba Anganamon muy contento y fervoroso a tratar las paces y persuadir a los indios de guerra cuán bien les estaba el abrazarlas, cuando le llega un mensajero avisándole de lo que habia sucedido en su casa en la ausencia que de ella habia hecho, huyéndosele sus mujeres y haciéndole una tan pesada burla de tanto sentimiento y dolor y tan contra su reputacion. No se puede decir cuán grande fué y cuán vivo el sentimiento que de esto tuvo: volvió la rienda al punto que tuvo este aviso y resfriado en el deseo de las paces, ántes convertido en saña y furor contra su casa y contra los cristianos, por haber recebido en su fuerte a sus mujeres; no pensaba en otra cosa que en el modo y traza que podria tener para recobrarlas; pero como prudente y sagaz, cosia dentro de su pecho su dolor y sentimiento, disimulándolo cuanto podia, por ver si podia recobrar sus prendas por bien, sin llegar a los medios del rigor y fuerza que le solicitaba la pasion y deseo de la venganza. Luego que en Santiago y en las demas ciudades se supo esta nueva, dió muy gran cuidado, porque aunque parece que se aseguraban mas las paces por tener de nuestra parte prendas de tanto interés y estimacion de un cacique tan principal y que tanta mano tenia en Puren y en otras provincias; pero recelábase por otra parte y temíase el vehemente sentimiento que desazonando a esta tan principal cabeza de los indios pudiera causar lo que despues veremos. Hízose contínua oracion en nuestro Colejio y en otras partes porque diese Dios buena salida a un negocio como este, de que se podia seguir tanto mal o tanto bien. Sucedió la huída de estas mujeres y su llegada a Paicaví a 22 de Noviembre del año 1612.

CAPÍTULO IV

Determina el padre Luis de Valdivia enviar a los dos padres Horacio Vechi y Martin de Aranda a los indios de guerra, y las circunstancias y razones que probaron esta determinacion.

En el capítulo diez y nueve de este libro he dado alguna noticia por mayor del venerable padre Horacio Vechi y de los motivos y causas que tuvo el padre provincial Diego de Torres de volverlo a las misiones, como el padre Luis de Valdivia se lo habia pedido, para que fuese a la residencia de Arauco, donde le dejamos trabajando tan apostólicamente, como allí vimos. Ahora será menester decir algo del venerable padre Martin de Aranda, aunque la relacion mas larga del uno y del otro tendrá su debido lugar mas adelante y sé que será con mucho gusto del piadoso letor, porque verdaderamente fueron estos dos varones ilustres muy grandes y la primera honra que corona aquella provincia. Estaba el padre Martin de Aranda en nuestro Collegio de Santiago trabajando apostólicamente en los ministerios de nuestra Compañía, porque era un fuego abrasador donde quiera que llegaba, y como era nacido en aquella tierra, habia aprendido la lengua de los indios con grande perfeccion y hacia gran fruto en ellos, y así por ésto como por su gran virtud y relijion, escribieron al padre provincial el padre Luis de Valdivia y el padre Horacio Vechi rogándole con grandes encarecimientos que les enviasen aquel compañero, por no haber otro mas a propósito para la empresa comenzada, porque por su grande elocuencia y fervor y la gran mano que tenia con los indios, juzgaban que no habia ninguno que pudiese mejor que él persuadirles los medios de paz, que lo habian de ser juntamente para la predicacion del Evanjelio.

Poco fué menester para dejarse vencer el padre provincial de los ruegos de los que le pedian una cosa que tanto importaba, sin embargo de la notabilísima falta que habia de hacer un operario tan incansable y

fervoroso en aquel lugar y en los demas donde trabajaba con tan grande fruto; pero como todos eran de un espíritu y iban a una, fácilmente se desacomodaban en el particular empleo que cada uno tenia a su cargo por atender al mayor servicio de Nuestro Señor. Partióse el padre Martin de Aranda con muy grande gusto, porque era obedientísimo, particularmente en las cosas mas árduas y difíciles, y muy amigo de padecer por el servicio de Dios y bien de las almas. Llegó a la Concepcion, donde fué recibido con singularísimo consuelo de todos y suyo, el cual fué mucho mayor cuando se vió con su buen compañero el padre Horacio, que tanto le habia deseado. Habíase huido en ese tiempo de Catiray al enemigo un cacique llamado Lebulican con cuarenta indios inquietos y reboltosos que comenzaron a sembrar entre los indios de guerra mil falsedades para disuadirles la paz que se les proponia, diciéndoles que cuanto prometian los españoles era todo falsedad y que lo que pretendian era solamente sujetarlos y obligarlos a que sirviesen como de ántes, y otras cosas a este modo, todo lo cual confirmaban algunos mestizos fojitivos que temiendo no los cojiese la justicia y los castigase por sus delitos, vivian entre los indios de guerra, y por estar mas seguros sembraban entre ellos mil mentiras poniéndoles mal corazon para que no viniesen en los conciertos que se trataba.

Viendo esto el padre Luis de Valdivia y reconociendo cuán importante cosa seria tener de nuestra parte a los indios de Puren, que eran los mas belicosos y que habian estado siempre los mas rebeldes, quisiera entrar en persona a sus tierras y ganarles las voluntades y persuadirles la verdad de lo que se les prometia, desmintiendo con obras y buenas razones las falsedades de Lebulican y de los mestizos, que no paraban un punto, inquietando los indios cuanto podian; pero como su persona era tan necesaria para las consultas que se hacian perpétuamente en órden a ajustar los medios de paz, conforme los casos y accidentes que sucedian y las ocasiones que a cada paso se ofrecian; se juzgó por imposible que el padre entrase, como deseaba, el cual reconociendo lo mesmo y cuán importante era tener dentro de los indios quien los hablase con espíritu, comenzó a pensar que seria bien enviar a alguno de los nuestros a este intento, y considerando cuán a propósito serian para él los padres Martin de Aranda y Horacio Vechi, comenzó a encomendarlo muy de veras a Nuestro Señor, porque se hallaba movido interiormente con grande fuerza para enviarlos; y porque por lo que se verá adelante será bien que se dé a entender la madureza y consideracion con que se procedió en este negocio, quiero referir aquí algunos capítulos de cartas del padre Luis de Valdivia y del padre provincial Diego de Torres, que muestran claramente cuán conforme a la voluntad de Nuestro Señor fué esta determinacion, y juntamente se verá la piedad de estos dos insignes varones y el espíritu del cielo que gobernaba sus corazones y santos pensamientos.

Dice así el padre Luis de Valdivia en una carta escrita al padre Diego de Torres, su fecha de 22 de otubre de 1612: «Ayer estuve todo ocupado en consultas sobre la resolucion que aquí he tomado de enviar dos padres de nuestra Compañía a Puren, que son el padre Horacio Vechi y el

padre Martin de Aranda, sobre que ha diez dias que pienso y encomiendo a nuestro Señor y nunca he sentido los impulsos que ahora, y por razones eficaces y las esperiencias que en lo pasado he visto y por las mociones interiores y la consulta uniforme de seis padres que aquí estamos, y por la confianza en las oraciones que se han hecho y hacen en todas partes y por las de V. R. y mis padres y hermanos de este santo Collejio, que yo agradezco en el alma y en mi nombre pido a V. R. me los abrace a todos. Tengo confianza que en esta resolucion hay mucho de Dios.» Hasta aquí las palabras de esta carta, a las cuales quiero yo añadir las de otra, que escribió el padre Diego de Torres a nuestro muy reverendo padre jeneral Claudio Aquaviva, de buena memoria, en la cual, dando cuenta a su paternidad de este suceso, despues de haber referido este capítulo de la carta del padre Valdivia, dice así:

«Hay en esto una cosa maravillosa y es que al mismo tiempo que Nuestro Señor le movió con tanta eficacia en Arauco al padre Valdivia, para que enviase los padres que he dicho; en ese mesmo me sentí yo movido interiormente a lo mismo, y que fuesen los mismos padres que él tenia señalados, y encomendándolo a Nuestro Señor, se lo escribí y las razones que me movian para ello, que eran las mismas que le movieron al padre, como diremos abajo, y que lo que últimamente se me ofrecia era que pues Nuestro Señor y el rey habian fiado esto de la Compañía, que no dejase pasar ocasion por alto para asentar estas paces, no perdonando riesgo ni trabajo. Recibió mis cartas al mejor tiempo y coyuntura que podian llegar, y con mucho consuelo de que tuviésemos en todo un mesmo querer y sentir (como por la misericordia del Señor le hemos tenido) me responde estas palabras; «Acerca de lo que vuestra reverencia me dice que no se pierda punto en lo tocante a estas paces, está obedecido aun ántes que mandado, porque la voz de vuestra reverencia, como es de Dios, llega a mí aun ántes que salga de su boca, que parece que nos oimos o entendemos como ánjeles con los corazones en todo.» Y de la ida de los padres me dice mas abajo: «Por la consulta que hice de todo, pareció necesario enviar a los padres Horacio y Martin de Aranda a Puren y a la Imperial, y lo mesmo juzgaron todos los maeses de campo y capitanes, clérigos y frailes que aquí estaban, y que yo fuese a Paicaví con ellos, lo cual nos confirmó despues la carta de vuestra reverencia a que voy respondiendo, que parece se halló en la mesma consulta, y nos consoló mucho ver que es uno mesmo el espíritu que acá y allá nos mueve.»

El buen padre Horacio, muy agradecido de que yo hubiese confirmado su eleccion, me escribe estos renglones: «Al punto que está escribo, me parto para Puren con el padre Aranda y el padre Valdivia, el cual se quedará en Paicaví miéntras entramos la tierra adentro a tratar estas paces, de las cuales depende la conversion de todo este reino, y no puedo pensar otra cosa sino que esta jornada que hacemos ahora, es claramente de Dios, el cual, al mesmo tiempo que inspiró a vuestra reverencia escribiese al padre Valdivia para que me enviase con el padre Aranda a Puren, inspiró tambien lo mismo al padre Valdivia, de cuyo parecer fueron todos los padres, señor gobernador, maestres de campo y capitanes. El Señor nos gobierne y dé gracia que le sepamos servir y agradecer una

tan grande merced, como es la que nos hace y particularmente a mí en haberme escojido para esta entrada. Bien se verifica ahora lo de San Pablo: *stulta mundi elegit Deus, ut confundant fortia.* Tambien agradezco a vuestra reverencia la buena voluntad que siempre me ha tenido y ahora en particular me ha mostrado en nombrarme para esta empresa, que aunque es verdad que ya estaba señalado para esta jornada cuando vino la carta de vuestra reverencia, con todo eso, se confirmó todo con la suya y todos a una dijeron, así de la Compañía como de fuera de ella, *digitus Dei est hic.* El contento que tengo no lo puedo fácilmente esplicar. Vuestra reverencia me haga encomendar al Señor, que tengo grandísima necesidad de ello y así lo siento.»

«Escribióle el padre Valdivia al señor presidente el parecer universal de todos acerca de la entrada de los padres, y su señoría respondió que fuesen en hora buena, y las razones que a los padres de Arauco y a mí nos movieron, en suma son. La primera, el haberles encargado N. S. y Su Majestad el pacificar estos indios y predicarles y enviado para eso a su costa diez padres, que fueron los compañeros del padre Valdivia. La segunda y mas principal, la quietud de este reino, el atajar guerra tan larga, la salvacion de tantos infieles, la redencion de tantas cautivas, son fines tan altos, que pedian se pusiesen medios eficaces y proporcionados, y ninguno parecia tanto, como que estos dos padres de tanta santidad y prudencia fuesen a tratar de ellos con los indios de guerra. La tercera, para satisfacerles y responderles a sus dudas, quitarles los temores y darles a entender que en todo se les trataba verdad, que con su mucha capacidad y por saber bien la lengua, como la sabian, no fuera dificultoso; y, como ya se apuntó arriba, deshacer las mentiras que otros habian sembrado. La cuarta, porque no habia cosa que temer en cautra, pues todos juzgaron que a lo mas que se podia estender esto, quedarse con ellos y no los dejar salir; porque matarlos, casi nadie imajinó tal cosa, y cuando hicieran prenda y los cautivaran, no hacia mucho peso porque a eso venimos y a eso nos envia Su Majestad, para que nos entremos por esas tierras de infieles; y no se cojeria poco fruto en el cautiverio, pues dos sacerdotes tan fervorosos consolarian a los cautivos y los confirmarian en las cosas de la fée, para que ayudados de ellas y de los consejos de los padres, resistieran a muchas ocasiones que hay de ofender a Dios; no siendo esto nuevo en los hijos de la Compañía, ponerse a semejantes peligros por tan gloriosos fines, como lo hacen en Inglaterra, Japon y China, y cuando no hubiera tantas razones y tan superiores, bastaba ver que Pedro Melendez, que era el mensajero que habian enviado, hizo su embajada en la tierra de guerra con tanta seguridad y lo bien que habia sido recebido de todos, de que ya dijimos arriba, y la amistad y familiaridad con que entraban los indios de guerra a nosotros a comprar y vender». Hasta aquí la carta del Padre Diego de Torres.

CAPÍTULO V

Suspéndese la entrada de los padres; sale el gobernador con su campo a Paicaví y llegan los caciques de Elicura y Puren a dar la paz.

Estando ya señalados los dos padres Horacio Vechi y Martin de Aranda para hacer esta entrada y dispuestos ya para partirse, se juzgó que seria mejor esperar que volviese Anganamon, como lo habia prometido, porque no pareciese que se hacia desconfianza de la palabra que habia dado de volver por los padres y acompañarlos hasta sus tierras; y, como, por otra parte, se sabia el gran sentimiento que tenia de la huida de sus mujeres y cuan rabioso estaba contra los cristianos por haberlas recebido debajo de su proteccion y dádoles el baptismo, por haberlo pedido las que eran jentiles, parecció que tomaria de aquí ocasion de nuevo sentimiento y de justificar cualquiera demonstracion que hiciese de venganza; y así se suspendió por entónces la entrada de los padres, hasta que abriese el tiempo y descubriese ocasion mas oportuna para que se hiciese con mas fruto, para lo cual se quedaron en Paicaví, para donde iba marchando el gobernador con su campo, por los avisos que tenia de que los caciques de Elicura y Puren estaban determinados de llegar a aquel fuerte a dar la paz y ajustar las capitulaciones con que se habia de recebir; y fué así que habiendo entendido las parcialidades de estas dos provincias, cuan bien les habia salido a los de Catiray y Arauco la paz que habian dado y cuan puntualmente les habian cumplido los españoles todo lo que les habian prometido; se determinaron seguir sus pisadas, si bien por los rumores que habian esparcido aquellos falsos calumniadores que dijimos arriba, quisieron enterarse primero de la verdad, y para esto determinaron que fuesen algunos caciques y mensajeros a verse con el gobernador y tomar informacion de todo, y asegurándose como testi-

gos oculares de lo que pasaba, capitulasen con su señoría y el padre Valdivia lo que mas conviniese.

El motivo que tuvo Elicura de dar la paz fué una liberalidad y buen respeto que el padre Valdivia usó con la principal cabeza de aquella parcialidad, que se llamaba Utablame. Era este un cacique de hasta sesenta años, tan fiero e incontrastable y enemigo de los españoles, que aunque en várias ocasiones le habian cautivado sus hijos y mujeres, nunca habia querido tratar de su rescate, solo por no tener ocasion de comerciar y tener comunicacion con los cristianos, como lo confesó despues al padre Valdivia, añadiendo que habia peleado con diez y seis gobernadores, desde el primer Villagra hasta aquel tiempo, y que ninguno habia podido rendirle a fuerza de armas; mas ántes habia hecho grandes suertes en los españoles, derramando mucha sangre suya en los encuentros que con ellos habia tenido en aquel valle; y es así, que jamas habia puesto los piés en el campo español sin haber dejado de pelear o a la entrada o a la salida de aquella tierra. Pero en fin este cacique que tan constantemente habia resistido al hierro y al fuego, no pudo ménos que rendirse a la cortesía que usó con él el padre Valdivia, haciendo que le restituyesen un hijo que estaba cautivo, sin pedirlo él ni tratar de ello. Esta buena obra y beneficio fueron las cadenas con que se dejó atar, rindiéndose y con él toda aquella regua (llaman así a una parcialidad) de Elicura, juntamente con la segunda cabeza que gobernaba en aquella tierra, que era otro cacique de hasta cincuenta años, llamado Paynaguili.

Envió el cacique Utablame, en conformidad del reconocimiento que tenia y del amor y gusto con que abrazaba las paces, un mensajero, el cual llegó a Paycaví un viérnes de mañana, a 7 de diciembre del mesmo año, avisando que llegaria su señor aquel dia con los demas caciques; y a las tres de la tarde asomaron como un cuarto de legua del fuerte de Paicaví los dichos caciques, capitanes y soldados de Elicura, que por todos, con los mensajeros que venian de la provincia de Puren, fueron sesenta y tres: venian a pié en procesion uno tras otro, y delante, tres corredores de a caballo reconociendo los pasos; los quince delanteros traian en la mano un ramo de arbol de canela en señal de paz, y los tres primeros le traian mucho mayor; estos quince venian en traje de Nejes, que son a modo de sacerdotes suyos, con botones redondos en las cabezas, y encima del vestido unas yerbas de la mar, que llaman cochayullos (de que hablamos tratando de las costas del mar de Chile) colgando muchas por delante y por detras, a manera de borlas de dalmáticas, las cuales son insignias entre ellos de una supersticion que llaman reguetun, la cual solamente usan en tiempo de paz y quietud. Despues de estos venian los mensajeros de la provincia de Puren, y no se les hizo salva de artillería por no atemorizarlos. Bajó un maese de campo por órden del señor presidente al rio para pasarles en el barco, como se hizo, y los subió al fuerte, donde estaba alojado el padre Valdivia, y habiéndoles abrazado a todos con gran consuelo, vino luego su señoría desde el real donde estaba sitiado a verlos y abrazarlos y acariciarlos con el mesmo contento y alegría; y habiéndose sentado todos, se levantó Utablame, y en nombre de su regua o parcialidad de la provincia de Puren, hablando con gran-

de autoridad, dijo, lo primero, el contento que habia recebido toda la tierra de guerra con las buenas nuevas de paz en que habian venido y concertádose las cabezas de los demas, tres dias habia; lo segundo, que para que esto tuviese efecto y entero asiento, haria mucho al caso quitarles el fuerte de Paicaví, con que se asegurarian todos; lo tercero, fué suplicar de parte de Anganamon se le volviesen por lo ménos sus dos hijas, que de las mujeres no se le daba tanto, aunque verdaderamente no le daban poco cuidado, como lo mostró despues el efecto; lo cuarto, dijo, que los padres de la Compañía podian entrar cuando quisiesen con mucha seguridad, porque él venia en nombre de todas las cabezas de la guerra a dar la paz, y abrir puerta a los demas caciques de las demas provincias de guerra, para entrar a daria personalmente, segun la respuesta que él y los demas caciques y mensajeros que allí estaban les llevasen; entre los cuales se hallaban allí seis de Puren, que habian de partir luego a dar aviso a Anganamon y a su jente de lo que allí se determinase.

A esto se le respondió agradeciéndoles su venida y la confianza que habian hecho de los españoles, y enterándoles mas en lo bien que les estaba la paz, concluyeron diciéndoles que descansasen aquella noche y que el dia siguiente se les daria respuesta a todo lo que pedian. No quiso Utablame y los demas caciques de Elicura esperar al dia siguiente para efetuar las paces, sino que luego allí las juraron conforme a las capitulaciones de los demas, haciendo sus ceremonias a su usanza y abrazándose con los caciques de Arauco, alabando mucho la paz, y dándoles en señal de ella un ramo de canela, que es la señal que usan en estas ocasiones, como adelante se verá. El dia siguiente, a ocho, dia de la Purísima Concepcion de la Santísima Vírjen María, habiendo encomendado a Dios Nuestro Señor la noche ántes el padre Valdivia la resolucion que se habia de tomar, madrugó, y apartando a un lado a los caciques, llamando dos españoles lenguas que fuesen testigos, se informó muy en particular de los mesmos caciques de todo, haciendo gran diligencia por descubrir si habia algun dolo o engaño de parte de los indios de guerra; pero respondiendo los caciques con mucha satisfaccion de todos, les dieron crédito, y poco despues vino el señor presidente y sentándose con mucha humanidad y agrado entre ellos, y juzgando lo mesmo y pareciéndole que verdaderamente procedian con verdad y sin ningun dobléz, se resolvieron de quitarles el fuerte, como el Virey lo habia mandado; y que pues habia tan buena ocasion, fuesen los padres que ántes estaban señalados; de que quedaron los caciques con estraordinario contento y agradecimiento y prometieron de llevar y volver a los padres acompañándolos siempre de manera que pudiesen andar entre ellos con toda seguridad y que serian muy estimados sin que nadie los ofendiese en cosa alguna y los mirarian como a padres suyos, que ya lo eran, pues tanto bien les hacian; y añadieron que de esto resultaria el venirse a ver con su señoría y el padre Valdivia todas las provincias de guerra. En lo que toca al volverle a Anganamon sus mujeres, (que es lo que pidieron en tercer lugar) se les respondió, que los padres le hablarian y darian el corte que mejor se pudiese, porque eran ya cristia-

nas, ménos una de las hijas, que aun era infiel y por esto seria mas fácil el restituírsela, que lo que toca a las que habian ya recebido el baptismo, seria mas dificultoso miéntras él no se reducia a dejarlas vivir conforme a su profesion de cristianas, que era tan opuesta a sus costumbres jentílicas, pero que de todo le darian razon los padres y de las cosas de la fé, que era el principal fin que los padres pretendian. Aunque los de Elicura habian hecho las ceremonias de la paz con los caciques de Arauco, pero no con el gobernador, que era lo principal; y así despues de haberles dado la respuesta referida, llamó su señoría a los maeses de campo y capitanes de su compañía para recebir la paz de los caciques y que fuesen testigos de este acto. Llegóse Utablame y en señal de reconocimiento al Rey nuestro señor, ofreció su ramo de canela y lo recibió el gobernador; admitió el cacique la paz y su señoría la recibió en la misma forma, y volviéndosela a dar, le abrazó y a otros dos caciques principales, de que resultó gran contento en el ejército real, esperando todos mucho bien de esta resolucion. Los caciques se detuvieron aquel dia hasta el siguiente en el fuerte, adonde se les regaló con mucho cuidado, dándoles dones que llevasen a su tierra, y en el entre tanto se se trató con ellos de la redencion y rescate de los cautivos nuestros y suyos.

CAPÍTULO V [1]

Entran los dos padres Horacio Vechi y Martin de Aranda a predicar el Evanjelio a la tierra de guerra y las circunstancias que hubo para esta entrada.

El ferventísimo celo que estos dos buenos padres y apostólicos ministros del Evanjelio tenian de la salvacion de las almas, aunque fuese a costa de su mesma vida, y el gran deseo que el padre Luis de Valdivia y los demas padres tenian de ver abierta esta puerta del Evanjelio, les hizo parecer menores los peligros de la empresa que trataban de la pacificacion y reduccion a la fé de aquel soberbio y rebelde jentilismo; y así, confirmándose en la resolucion que se habia tomado de que entrasen los dichos dos padres con el cacique Utablame (que se mostraba tan fino por nuestra parte cuanto habia sido ántes enemigo y contrario y prometia de llevarlos en palmas con toda seguridad y buen tratamiento de sus personas) últimamente trataron de la ejecucion, y así, se dispuso para la vuelta de este cacique a sus tierras. Hallábase en esta ocasion sirviendo a los padres un soldado llamado Diego de Montalban, el cual pretendia entrar en la Compañía y para prueba de su vocacion habia un año que servia a los padres misioneros de Arauco en todos los servicios domésticos de hermano coadjutor, y viendo esta buena ocasion de poder conseguir lo que tan ardientemente deseaba, se fué al padre Luis de Valdivia y arrojándose a sus piés le pidió, puesto de rodillas, le hiciese esta gracia de darle la sotana y juntamente licencia para entrar con los padres a esta mision y servirlos en ella, como lo habia hecho en Arauco. No se le pudo negar lo que tenia ya tan merecido, y así fué recebido en la Compañía y entró con los padres para tener igual suerte con ellos, como adelante se verá. Las circunstancias que concurrieron a esta en-

1 Sin duda por un error de imprenta se ha puesto duplicado este Capítulo V.

trada y la conformidad de pensamientos y pareceres para ella de los dos padres provincial Diego de Torres y Luis de Valdivia, quiero que la sepa el letor de los mesmos padres; y así cerrarán este capítulo sus cartas, en que verá el espíritu, celo y caridad que los movia a entrambos y la buena y santa correspondencia con que iban tan a una en la intencion y deseo de acertar con el mayor agrado de Nuestro Señor. Dice así el padre Luis de Valdivia en la que escribió al padre Diego de Torres dándole cuenta de esta entrada.

«El dia de la gloriosa vírjen Santa Leocadia, a nueve de Diciembre, ordené en el nombre del Señor a los dos padres arriba nombrados, Horacio Vechi y Martin de Aranda, se partiesen con Utablame y los demas caciques. Tomaron esta obediencia con un gozo grande, interior y esterior, y habiendo dicho misa, se partieron, y con ellos un hermano novicio coadjutor que recebí aquí, llamado Diego de Montalban. Mi gozo era mezclado de dolor de no acompañarles a tal jornada y de apartarme de ellos y quedar solo y que las cosas universales de la paz me tuviesen tan *impedido* a la obra mas propria mia y de mí mas deseada; pero consoléme de que tales hijos de la Compañía de Jesus fuesen los primeros granos que sembraba Dios en Puren para esperar de ellos un fruto muy copioso. Acompañóles el señor Presidente con lo mas de la caballería de este ejército real hasta el vado del rio, donde se quedó mirándolos hasta que desaparecieron, habiéndolos tornado a encargar mucho a los caciques y mandado que la infantería descargase dos cargas de arcabuces para festejar y honrar a los caciques a la despedida. Yo pasé el rio de la otra parte con ellos, queriendo comenzar a encargárselos mucho a los caciques, me atajó Utablame, diciendo: «No me digas nada, padre mio, que me avergüenzas; ya sé lo que quieres decirme; a estos padres llevo en el corazon y son mi corazon en serlo tuyo: no te den cuidado que yo me encargo de ellos; yo te los volveré a Lebo o a la Concepcion como van, que ya no hay quien les ofenda». Con esto los abracé y recebí de ellos su bendicion para mejor acertar con ella a ordenarles lo que conviniese. Llevan una instruccion mia por escrito del modo como se han de haber allá, y, entre otras cosas, que no pasen de Elicura a Puren sin nuevo órden mio. No se puede decir el contento mezclado con lágrimas que recibió todo este ejército real al despedirse de estos padres, viéndolos partir con tanto gozo, solos entre naciones tan bárbaras y crueles, *sicut oves in medio luporum*, aunque ya los que eran leones y lobos se iban haciendo ovejas con ellos. En todos quedó gran confianza de que no solo no recibirian daño, pero que harian grandes efectos, diciendo todos a voces ser este negocio de la paz cosa del cielo.»

Hasta aquí la carta del padre Luis de Valdivia: todo lo que se sigue hasta el fin de este capítulo es de la carta en que el padre Diego de Torres da cuenta a nuestro padre jeneral Claudio Aquaviva, de buena memoria, de este suceso y dice así:

«Es cosa verdaderamente de grande admiracion que causará a vuestra paternidad grande consuelo, saber que este mesmo dia de Santa Leocadia, que en Paicaví determinó el padre Valdivia que entrasen los padres y los envió, este mismo dia junté yo a todos los padres y hermanos de

este Collegio de Santiago y les traté de la mucha necesidad que habia de encomendar a Nuestro Señor muy de veras el negocio que se trataba de las paces con los indios en aquella ocasion, principalmente por haberse huido a Anganamon sus mujeres, en que podia haber tanto peligro o algun misterio, y aunque por los fines dichos habian ofrecido a Nuestro Señor ciento y doce misas, quinientas disciplinas con mucho fervor, doscientos y setenta dias de cilicios, muchos rosarios, ayunos y horas de oracion, se hicieron de nuevo por la necesidad presente nuevas ofertas, entre ellas fué el decir misa cada dia dos padres por su turno y la oracion delante del Santísimo Sacramento descubierto dentro de casa; y los collegiales del Convictorio dieron tambien su buena limosna. Luego me quedé con los padres de casa y les propuse en consulta si convendria volver a enderezar la entrada de los padres que estaban señalados para ir a los indios de guerra, pues las mujeres de Anganamon que se huyeron a los españoles ántes les servirian de freno y prendas para seguridad de los padres, y vistas las razones de conveniencias y desconveniencia por una parte y por otra, les pareció a ellos y a mí seria conveniente y de mucho fruto su entrada, que no parece sino que Nuestro Señor, no solamente a un mesmo tiempo, pero en un mesmo dia nos movia a lo mesmo, y así le escribí una carta al padre Valdivia en razon de esto, y porque declara bien lo que he dicho y haberme quedado traslado de ella la pondré aquí.

«*Pax Cristi, etc.* En lo que toca a la ida de los dos padres Horacio y Martin de Aranda, digo, lo primero, que habiéndolo mirado con atencion y comunicado con estos padres y encomendado al Señor, juzgamos que seria muy conveniente volver vuestra reverencia a enderezar la entrada de los dos padres para tratar con todos los caciques este negocio de las paces, que si por la prenda de Turelipe y tan a los principios anduvo seguro el alferez Melendez, mas lo andarán los padres con las prendas de las tres mujeres e hijos de Anganamon, especialmente que como él no nos ha dado estas prendas, bien se le podian pedir algunas otras; y si él saliese a quererse ir con los padres dejando el seguro que deja, verdaderamente me parece que podrian ir sin peligro. Con esta entrada quedaremos todos satisfechos, de que a los indios se les ha representado suficientemente, así las paces como el Evanjelio; y cuando por dos fines tan altos y por confesar y consolar aquellas pobres cautivas los padres vayan con algun riesgo, y aun cuando mueran, es todo muy bien empleado y no obraria ménos su sangre derramada por la salvacion de nuestros hermanos que el buen suceso de su viaje y salir con vida. Dentro y fuera de la Compañía tenemos muchos ejemplos que imitar en esta parte, y así en el nombre de la Santísima Trinidad y debajo de su proteccion y de la soberana Vírjen, de Nuestro Santo Padre Ignacio, patron de estas provincias, y de los ánjeles de guarda de ellas, y de la santa obediencia, yo los ofrezco con sumo gozo y consuelo de mi alma; y ojalá que a la mia le cupiera empresa tan dichosa. Vuestra reverencia les lea este capítulo y comunicando el negocio con el señor presidente, con su beneplácito y el parecer de vuestra reverencia, a quien yo lo remito como a verdadero dueño del negocio y que tiene las cosas presentes, no habiendo cosa

que lo impida, vayan en el nombre del Señor, que no les faltarán compañeros, si se los concediéramos, ni les faltarán nuestras pobres oraciones, penitencias y sacrificios, y para que el tiempo que gastaren en esta piadosa mision hagamos esto con mas cuidado, por amor del Señor, que vuestra reverencia nos avise del tiempo de la entrada y salida de los padres, con la brevedad posible, desde aquí al Nacimiento del Señor, á quien y a su Madre bendita pedimos este buen suceso en aguinaldo; a este fin ofrecemos cada dia dos misas, ayunos, diciplinas, etc; y cada uno de nosotros (que será lo principal para que el Señor nos oiga) se procura renovar en espíritu, para alcanzar con mas eficacia lo que se pretende.

«Por mas seguro que parezca este medio, aunque fuera rebelado, puede ser haya quien lo contradiga, y tanto mas cuanto él fuere mas conveniente; yo espero en Nuestro Señor les dará al señor presidente y a vuestra reverencia acierto para que ordenen lo que mas convenga, y esten ciertos su señoría y vuestra reverencia que cuando no hubiera en la provincia mas que esos dos padres, los ofreciera con la mesma liberalidad que se los ofrezco, como lo hice desde el principio, aun sin saber que vuestra reverencia trataba de ello y señalando las mismas personas que allá estaban señaladas, y esto podrá vuestra reverencia hacer comunicar al señor presidente. No digo todos los otros motivos y razones que nos han movido a esta resolucion, porque vuestra reverencia tiene los mesmos, ni hallo en contrario mas de las murmuraciones de muchos que, por bien que suceda, les parecerá temeridad; y si muriesen, que habiamos sido los autores de la perdicion del reino; pero tambien se escandalizaron otros y tuvieron por ignorancia la muerte y cruz del que es suma sabiduría y gloria.

«No por esto contradigo otros motivos que la prudencia cristiana podrá enseñar a vuestra reverencia, como quien tiene la cosa presente, para que no tenga este medio ejecucion, las cuales de acá no podemos alcanzar. El Señor, que es infinita bondad y sabiduría, enderece esto y lo demas a su mayor gloria, como todos le suplicamos, y no porque este medio suceda bien o mal, le parezca a vuestra reverencia queda cerrada la puerta para que se puedan intentar otros, porque en guerra tan antigua y en jente sin Dios, seria yerro pensar que se ha de acabar de asentar luego la paz fija y seguramente; y advierta vuestra reverencia que con mayor, o a lo ménos, con no menor peligro entraron los padres en los Guaicurues y en Calchaqui y no los mataron. Paréceme tendrá vuestra reverencia advertido que los padres vayan haciendo memoria de las cautivas y quienes sean sus amos y cuánto piden por el rescate, y que no traten de las que están casadas con indios por ahora. Vuestra reverencia les dé a los padres algunas cosas para que den a los caciques y a los indios para ganarlos, y pluguiese a Dios Nuestro Señor que para este efecto les pudiera ayudar la sangre de mis venas, y si estuviera mas cerca procurara darles algunas cosas, aunque me empeñara, y así vuestra reverencia, aunque lo haga, les acuda con lo que pudiere, que Nuestro Señor acudirá por otra parte mas largamente.

«Esta carta escribí mientras venia la respuesta y Nuesto Señor se servia de darnos el aguinaldo que le suplicamos, se procuraban disponer

todos los de casa con la oracion delante del Santísimo Sacramento y lo demas que ya dije arriba; y la divina bondad nos le dió tal y tan bueno, porque el mesmo dia de la Natividad de Cristo Señor Nuestro vino nueva de la dichosa muerte de nuestros benditos Padres que entraron a los indios, y porque no nos faltase aguinaldo el dia que le adoraron los reyes, segundó la nueva mas cierta, con mas larga relacion de lo que pasó acerca de su muerte». Hasta aquí estas cartas a que no tengo que añadir, y así paso al capítulo siguiente, donde veremos el dichoso fin que tuvieron estos apostólicos varones y felicísimos fundadores de aquella nueva cristiandad.

CAPÍTULO VI

Del suceso de la entrada de los Padres y su dichoso fin.

Grande debe de ser el interés de la gloria y gusto que Dios recibe de la propria perfeccion y méritos de sus siervos y varones apostólicos, pues con ser tan grande el que le da la conversion de los jentiles y salvacion de las almas, vemos que muchas veces pospone el fruto jeneral que se podia hacer en muchos pueblos y provincias al particular de un siervo suyo, a quien, o quita la vida o permite que le den la muerte o esté encerrado en la apretura de un calabozo, impedido con las cadenas y grillos, cuando pudiera libre y dándole Dios vida, hacer tanto fruto en la conversion del mundo. Muchos ejemplos tenemos de esto, y no es ménos digno de ponderacion el del Apóstol del Oriente el gran Francisco Javier a quien quitó Dios la vida en la isla de Sancion, estando ya a vista de aquel poderoso reino de la China, donde si hubiera entrado, ¿quién duda del gran fruto que hubiera hecho allí su santo celo y abrasado espíritu? y todo lo pospuso su Divina Majestad al particular bien de su santo, por ser ya el tiempo que habia determinado en su divina predestinacion para darle en la gloria el premio que habia merecido con sus gloriosísimos trabajos y santa vida. A este modo parece que lo dispuso el mesmo Señor con estos dichosos siervos suyos, permitiendo que les quitasen las vidas, cuando si se las dejara lograr en servicio suyo en la conversion de aquel jentilismo, hubieran hecho tan grande fruto con el gran fervor de su espíritu y encendido celo de las almas; pero, o porque las de aquellos jentiles no merecian tanto bien, o porque la sangre de estos apostólicos varones derramada por tan alto fin habia de ser de mas eficacia que su predicacion para plantar la fée, permitió lo que ya contaré.

Luego que llegaron los padres a Elicura (que dista solas cinco leguas del sitio de donde partieron) viendo el buen agasajo que les hacian los indios y cuan gustosos se mostraban de la paz y inclinados a recebir la

fée, comenzaron a predicarles y instruirles en la verdad de sus santos misterios, y para ir disponiendo para lo mesmo a los que estaban mas léjos, enviaron a várias partes sus mensajeros prometiendo de ir a sus tierras a su tiempo, y con el deseo de empeñarse mas en la espiritual conquista de aquellas almas y juntamente poder ayudar a los pobres cautivos españoles que estaban mas adentro en tan estrema necesidad espiritual, como se ha visto, escribieron al padre Valdivia que les enviase licencia para pasar mas adelante, porque conforme al órden que les habia dado, no podian hacerlo sin nuevo aviso. Miéntras se consideraba y consultaba este punto, sucedió que Anganamon, que estaba hecho un demonio contra los cristianos por no haberle vuelto sus mujeres, luego que supo la entrada de los Padres, se vistió de saña y furor contra ellos y determinó oponerse a sus intentos y no dejarles pasar adelante y estorbarles la predicacion del Evanjelio, que habia de ser la que habia de fijar y asegurar las paces que los cristianos pretendian y él tanto aborrecia por el odio que les tenia, y consiguientemente a su profesion, por haber sabido que no permitia se le restituyesen sus mujeres por el gran peligro que corrian de que las matase o hiciese prevaricar en la fée que habian recebido, por ser tan incomposible con sus ritos y costumbres jentílicas.

Partió luego al punto este tirano, y sin dar lugar a los caciques de Elicura a que se armasen, dió sobre ellos de repente una mañana, que los cojió descuidados, con el seguro que les habia dado y muestras de querer la paz. Entró con docientos hombres de a caballo y acometió con tan gran ímpetu y fuerza que dentro de muy poco tiempo quedaron muertos los mas principales caciques con toda la demas jente que no pudo escaparse a los montes. Estaban los padres en esta ocasion para decir misa, habiendo primero tenido su hora de oracion y armado su toldo y dispuesto en el altar portátil y reconciliádose el uno al otro, y el hermano para comulgar; y saliendo al ruido que sintieron, se toparon con Anganamon que venia en su busca para quitarles las vidas, porque habian atrevídose a entrar en sus tierras a doctrinar a los indios. Pidió sus mujeres, y el padre Martin de Aranda, que era muy entendido y elocuente en la lengua de la tierra, le dió razon de no habérselas restituido porque por ser ya cristianas, era menester asentar primero con él el modo con que habia de permitir viviesen en adelante, conforme a las obligaciones de su profesion, y que a esto habian entrádo a su tierra para ajustar la forma que habian de tener en volver a su casa y vivir en ella, lo cual sería muy fácil de ajustar si él abrazase la mesma fée que ellas, la cual habian venido a enseñarle y instruir a los suyos y mostrarles el camino de su salvacion; y que ésta y no otra habia sido la causa de no haberle restituido luego al punto sus mujeres; que los cristianos quisieran haberle dádo gusto en lo que mandaba sin ninguna dilacion; pero que conforme a lo que debian a su ley, no podian ménos que asegurar a las que la habian ya recebido de cualquier peligro que se pudiese temer de que faltasen de ella.

Con estas y otras razones procuró el Padre aplacar la furia de Anganamon, y últimamente le dió los presentes que le enviaban de nuestra par-

te, que eran las pagas de las dichas sus mujeres, conforme al uso de la tierra; pero en lugar de aplacarse el tirano con dones (que suelen tal vez templar el fuego de los mayores enojos y sentimientos) mandó que al punto los desnudasen y les quitasen a todos tres las vidas. Replicó el padre Martin de Aranda diciendo que ya que se resolvia a eso, que se contentase con que se la quitasen a él solo, que él moria de muy buena gana, pero que se la perdonase al padre Horacio Vechi y al hermano Diego de Montalban, sus compañeros, porque por un caso particular no se turbase la paz jeneral del reino, de que dependia la salvacion de tantas almas; que si quedase vivo el padre Horacio, podria llevar adelante las paces y instruir a los suyos en las cosas de la fée, en que tanto les iba. No hizo caso Anganamon de la réplica y nuevo razonamiento que el Padre le hizo, respondiendo que no queria paz ni cristiandad, ni la habia de consentir, y así arremetieron los ejecutores de la impía sentencia, y desnudando a los padres (que dando gracias a Nuestro Señor por la misericordia que les hacia, esperaban de rodillas el golpe del cuchillo) ejecutaron en ellos, como lobos en corderos, su fiereza.

Al padre Horacio primeramente le dieron un fiero machetazo sobre la oreja, en pago de la doctrina del cielo que les predicaba y sujeria a las suyas y en señal de cuán cerradas las tenian a Dios y a la verdad; asegundaron el golpe en la mesma parte y luego le dieron una cruel herida por los pechos y atravesaron el cuerpo por la espalda con una lanza. Al padre Martin de Aranda le hicieron pedazos la cabeza con una porra de leño enclavada, de manera que le hicieron saltar los sesos, y tambien le alancearon; y al hermano novicio Diego de Montalban le atravesaron el cuerpo con seis o ocho lanzadas, y de esta manera, constantes todos tres en su fée, sin dejar de predicar la verdad de su doctrina hasta la última boqueada, enviaron sus espíritus al que los habia criado para tanta gloria suya, a los catorce de diciembre, a las nueve de la mañana, el año de mil seiscientos y doce. Hallo una notable circunstancia de esta muerte en una carta del padre Luis Bertonio, de nuestra Compañía, escrita del Perú al padre Francisco Rosea, de la mesma Compañía, su fecha de 24 de enero de 1615, en la cual hablando del padre Horacio Vechi, dice estas palabras: «Ya se habrá sabido por allá como el padre Horacio Vechi, natural de Sena en Toscana, murió mártir en Chile, a lo que se cree, porque habiendo ido con dos compañeros a predicar el Santo Evanjelio a unos jentiles, que al parecer estaban de paz, el principal de aquella nacion arremetió con ellos y atándolos a sendos árboles, le arrancaron el corazon y despues de arrancado, cuentan por verdad el suceso de una cosa maravillosa, y fué que el padre Horacio estuvo predicando un cuarto de hora hasta dar el alma a su Criador». Hasta aquí estas palabras de la carta, cerca de lo cual lo que yo he oido contar (aunque no lo veo escrito en la relacion que he hallado aquí en Roma) es que el padre Martin de Aranda habló con los indios despues de arrancado el corazon; pudo ser que hiciese Nuestro Señor a entrambos esta gracia, en lo cual me remito a las informaciones que se habrán hecho y harán de este suceso y a la censura que sobre ellas dará la Iglesia a su tiempo, como tambien sobre una revelacion que un gran siervo de Dios, dicen, tuvo en Tucuman el mesmo dia

de este suceso, viéndolos subir a la gloria a todos tres, con palmas en las manos, como se dirá mas por menor cuando lleguemos a decir algo de este sujeto, remitiéndome siempre, como debo, a la censura y aprobacion de la santa Iglesia. Lo que yo tengo por sin duda es que estos dichosos padres, aun despues de alanceados, prosiguieron confesando y predicando la fé católica que habian entrado a enseñar a aquellos indios.

Dejaron los matadores los cuerpos desnudos entre los demas de los indios que quedaron allí muertos, y con esto se volvieron Anganamon y los suyos a su tierra muy contentos y alegres con mas de cien cautivos, como quien iba triunfando de sus enemigos. Leváronse consigo los sagrados ornamentos, vistiéndoselos por gala; y en todo aquel valle de Elicura no quedó persona ninguna de los que habian quedado con vida que no huyesen a los montes, como ganado desparramado y perdido cuando han muerto a su pastor. En este tiempo habia despachado el padre Luis de Valdivia a un indio cristiano llamado don Juan Cayumari, respondiendo a las cartas en que los padres le pedian licencia para pasar adelante, que no lo hiciesen hasta tener nuevo aviso. Cuando este indio llegó a Elicura y vió tantos cuerpos muertos en aquel campo, luego sospechó que habian muerto juntamente a los padres, y haciendo dilijencia para enterarse de la verdad, oyó una voz que le llamaba; llegóse a donde salia y halló un indio que apénas podia hablar, a quien habia dejado Anganamon por muerto, arrojado entre los demas, y Dios le habia conservado la vida para que contase lo que aquí queda referido, de la manera que se lo contó al dicho don Juan Cayumari, el cual haciendo dilijencia para hallar los dichosos cuerpos, vino a dar con ellos hallándolos cubiertos a ellos solos con muchas ramas de árboles, que hasta hoy no se sabe quién las cortó y puso sobre ellos: lo que se sabe es que estando ya todos los demas cuerpos de los indios muertos comidos de unos pajarotes que llamamos allá gallinazos y taltales, no habian tocado ni dado una picada a los de estos venturosos operarios del Evanjelio, como lo refirió el indio don Juan y lo vieron despues por sus ojos el padre Luis de Valdivia y los demas padres y españoles que los colocaron en el lugar que luego diremos.

No soy amigo de hacer milagro lo que no lo es ni está aprobado por la Iglesia o recebido por tal con los fundamentos que la fé humana pide para creer prudentemente lo que refieren fidedignos; pero verdaderamente no puedo dejar de ponderar las circunstancias que tan dignas son de reparo en este caso, porque, lo primero, es cierto que los matadores que tan solícitos fueron en desnudar a los Padres y quitarles las vidas, cuidarian muy poco de dejar cubiertos sus cuerpos, pues los indios del meśmo valle de Elicura visto está cuan poca comodidad tuvieron de poderlo hacer, pues los que pudieron librarse del cautiverio y muerte que dieron a sus compañeros, hicieron harto en poder escapar a los montes y asegurar en ellos sus vidas, demas de que el indio herido que hemos dicho quedó entre los muertos y dió cuenta a don Juan de lo que habia pasado, le dijo juntamente que no sabia quien fuese el que hubiese hecho aquel beneficio a aquellos benditos cuerpos: con que al piadoso lector le queda suficiente fundamento para discurrir en esto conforme a su

piedad; y lo cierto es que aquel Señor, que jamas se dejó vencer de las finezas de sus siervos, no se olvidaria de las que estos sus evanjélicos ministros mostraron en esta ocasion para aumento de su gloria, exaltacion de su fé y salud de sus almas, y no seria cosa ajena de su nobilísima condicion, honradora de los suyos, que mandase a sus ánjeles cubrir aquellos venerables cuerpos, cuando sabemos que les tiene mandado que traigan a sus escojidos en sus palmas y les quiten los tropiezos del camino para que no caigan. Remítome a la disposicion de su divino consejo y providencia que en esta ocasion trazó lo que conforme a su mayor gloria convino para que los cuerpos de sus siervos quedasen enteros y con la debida decencia, como los vió el referido don Juan Cayumari, el cual partió al punto a dar a los nuestros las nuevas del suceso. Miéntras estas llegan y se dispone lo necesario para poner en cobro este precioso depósito, ofrezco al piadoso letor en la estampa que aquí se ve representada la historia de estas muertes, que está ajustada lo mas vivamente que se ha podido con la verdad del suceso.

CAPÍTULO VI [1]

Llévanse al fuerte los cuerpos de los dichosos padres Martin de Aranda, Horacio Vechi y Diego de Montalban. Refiérense algunas circunstancias que realzan su felicísimo fin, y vuélvese el padre Valdivia a España.

Habiendo partido de Elicura don Juan Cayumari, llegó al fuerte de Paicaví con la nueva de la muerte de los padres, de que iba este buen indio tan lastimado el corazon que luego que vió al padre Luis de Valdivia, sin poder pronunciar palabra, comenzó a dar grandes gritos que los ponia en el cielo llorando amargamente, sin que pudiese nadie acallarlo para poder contar el suceso que tenia a todos suspensos, aunque bien claro lo daba a entender con sus sollozos y lágrimas. El padre Valdivia, que sospechó luego lo que podia ser, le preguntó si habian muerto a los Padres, a que respondió bajando la cabeza y dando un grande grito y suspiro. Causó gran dolor a todos este suceso, si bien mezclado con una santa envidia que mostraban los nuestros de la feliz suerte de sus compañeros, doliéndose de no haberlo sido juntamente en ella. Despacháronse luego muchos indios de los amigos y cristianos para que trujesen al fuerte aquellos venerables cuerpos que habian sido muertos en odio de la fée y relijion católica. Halláronlos cubiertos de ramas, como se habian visto al principio, y envolviéndolos en limpios y aseados lienzos, los llevaron al fuerte donde los estaban esperando para depositarlos, como lo hicieron, en tres sepulturas, cerrado cada uno en su caja, y las honras que al dia siguiente se les hicieron fueron cantar una misa a la Santísima Trinidad, glorificando a su divina Majestad que tan admirable es en sus santos y escojidos, disponiendo por tan varios caminos y maneras los medios de su predestinacion.

1 Tambien está duplicada esta numeracion en el orijinal.

En este fuerte estuvo este precioso depósito hasta que a su tiempo, habiendo comodidad, se trasladó a la ciudad de la Concepcion, donde se colocó en nuevas cajas de cedro aforradas en ricas telas de plata y oro, en el muro del lado derecho del altar mayor, donde están hasta hoy, pero sin ningun culto ni demostracion de la piedad y veneracion que se suele dar a las reliquias de los santos, conforme al breve apostólico de Urbano Octavo, de feliz recordacion, en que prohibe se hagan estas demostraciones con ninguno hasta que la Iglesia Santa dé la licencia y los admita en el número de sus santos. Dios Nuestro señor, que es honrador de los que tan fielmente le sirven, como lo hicieron estos sus siervos, cuidará de honrarlos cuando mas convenga, segun la disposicion de su divina y fidelísima providencia, y con esto quiero dar fin a este capítulo y a esta materia, añadiendo aquí algunas circunstancias de la muerte de estos apostólicos varones, las cuales toca brevemente el padre Diego de Torres, que era su provincial, en la carta ánua que escribió a nuestro muy reverendo padre jeneral Claudio Aquaviva dándole cuenta de este suceso; y porque la calidad de la persona a quien se escribió la carta y la que tuvo de grande fama y opinion de santidad y relijion el que la escribió dan particular autoridad al caso, referiré sus mesmas palabras de la mesma suerte que las hallo escritas, y dicen así: «Aunque es verdad que de lo que se ha dicho arriba no era dificultoso de entender cuan gloriosa haya sido la muerte de estos dichosos Padres; con todo eso, me pareció apuntarlo aquí brevemente y decir algo de lo mucho que pudiera de sus virtudes. La primera es que murieron estos Padres por obediencia, de la cual fueron enviados, en que hubo las particularidades del modo con que el padre Valdivia y yo los señalamos la primera vez y la segunda, cuando entraron a la mision, a que precedió mucha oracion delante del Santísimo Sacramento, sacrificios y penitencias.

«La segunda circunstancia y motivo que levanta de punto esta accion es el celo y caridad con que entraron a persuadir a los indios cuanto les importaban los medios de paz para el bien de sus almas, y dar noticia del Evanjelio a los infieles y predicar a los ya cristianos. La tercera, tratar del rescate de los captivos y captivas cristianos y españoles que hay en la tierra de guerra, confesarlos y consolarlos en sus grandes trabajos, pues estando como estaban tantos años habia entre infieles y bárbaros, bien se echa de ver que tendrian estrema necesidad espiritual de ser ayudados y de quien les dispusiese a volver a restaurar la gracia de Nuestro Señor, que como las mas que están en cautiverio son mujeres y entre jente tan sin freno y que usa tener muchas mujeres, bien claro está su peligro y la obligacion de ayudar aquellas almas aunque fuese con peligro de la vida temporal de los padres, pues es cierto que por entónces no habia otros que las socorriesen y allá no hay sacerdotes. Y si alaba y engrandece tanto y con razon el bienaventurado San Gregorio en sus diálogos al bienaventurado San Paulino, obispo de Nola, por aquel acto tan heróico de caridad que hizo en ofrecerse al captiverio para rescatar al hijo de aquella viuda que estaba preso en Africa, como santamente lo hizo; mucha gloria y alabanzas se deben a estos benditos Padres, pues se ofrecieron no solo a ser cautivos, sino a ser muertos para

rescatar, no uno sino muchos y librarlos del cautiverio del demonio, confesándolos, como siempre pretendieron, y tambien del cautiverio temporal en que miserablemente estaban entre los indios; de que nos dió tambien ilustre ejemplo el bienaventurado padre San Francisco Javier cuando quiso entrar a la China, con peligro de ser preso o muerto, segun la ley que habia en aquel reino contra los estranjeros, y no reparó en eso, ántes estaba determinado a entrar a dar a aquellas jentes la luz del santo Evanjelio, de que con mucha razon le alaban los escritores de su vida, y no ménos nos corre obligacion de alabar y engrandecer la entrada, muerte de estos dichosos Padres, pues fueron los mesmos fines; y el dichoso padre Horacio me escribió a mí, tratando de esta entrada que a todos los trabajos y al peligro de muerte que podia haber, se ponia con mucha voluntad, mandándoselo por el bien espiritual que habia de resultar de su ida en los cristianos que estaban en la tierra de guerra.

La cuarta circunstancia y causa de estas muertes, que no aumenta ménos su gloria, es haber sido en defensa de una verdad tan cierta como es no poder dar a Anganamon sus mujeres, por ser cristianas, miéntras no se aseguraba primero el peligro, que tan cierto era de sus vidas, y por lo ménos de faltar de la profesion de la fé, en que no habia duda miéntras Anganamon no se hacia cristiano (que es la respuesta que le enviaron con los caciques de Elicura, dándole esperanzas de volverle una hija que era infiel) por lo cual y estorbar la paz, les dió tan cruel muerte a los padres y al hermano, y consiguientemente por odio al Evanjelio y ley que la prohibe. Otra circunstancia de cordial consuelo es que el padre Horacio dijo algunas veces a algunas personas de crédito que no se convertirian aquellos jentiles hasta que se regase aquella tierra con sangre de mártires, y que deseaba él ser el primero; y así pretendió esta mision várias veces con estraordinaria instancia, y cuando se habia de ir dijo a uno de casa que no le veria mas; y el padre Martin de Aranda lo deseaba sumamente, pero negociábalo a solas con Dios Nuestro Señor, solo diciéndome a mí que él estaba muy indiferente y que no se atrevia a pedirlo por ser tan pecador, y despidiéndose de algunos de casa y otros de fuera, les dijo que no le verian mas porque esperaba de esta vez dar la vida por la salvacion de los indios; y en particular dijo esto al padre Valdivia y a sus compañeros cuando se partió de ellos.»

Hasta aquí la carta, a la cual añado yo otra circunstancia que sobre la última que el padre refiere, es de gran ponderacion. Veremos adelante con la ocasion de las paces que han dado los indios de guerra al Marques de Baydes, la que han tenido nuestros padres misioneros de entrar a su tierra a predicarles y catequizarles en la fé. Entrando pues en una de estas ocasiones el año de 43 el padre Diego de Rosales (que actualmente es superior de la residencia y misiones de Arauco, de cuyos gloriosos trabajos y celo de las almas hablaremos adelante) predicó, catequizó y bautizó a muchos de estos indios de guerra, como lo escribe al padre Luis de Valdivia, dándole cuenta del nuevo estado que tienen aquellas misiones con ocasion de las paces que se han capitulado. Entre otras

cosas que el padre refiere en esta carta, hace a mi propósito la que apuntaré aquí por sus mesmas palabras, sin mudar ninguna, fuera de dos que son *Santos Mártires*, por conformarme con el breve de Su Santidad,, no dando a estos dichosos padres este título hasta que la Iglesia santa se le dé. Dice, pues, así el padre en esta su carta, escrita al dicho padre Luis de Valdivia, su fecha de Arauco y abril 20 del año de 1643. «En cuanto a lo espiritual, hasta ahora no se habia dado paso ninguno. Este año fuí a la campeada con el campo de Arauco: pasamos por la costa, visitando las nuevas poblaciones de amigos, y en todas partes nos salian a recebir a los caminos con camaricos. Fuíles dando noticias de Nuestro Señor y predicándoles los misterios de nuestra santa fé, que oyeron con gusto. Rezaban las oraciones con aficion, y en todas partes fuí poniendo cruces para que el árbol de la cruz fuese tomando posesion de las tierras que se conquistaban; y fué particular providencia del Señor que los primeros a quien se predicase la fé fuese a los que mataron a los padres que vuestra reverencia envió a predicar, que la sangre de aquellos dichosos padres, sin duda, alcanzó de Dios, en vez del castigo y la venganza, la vida eterna para esta jente miserable y sin conocimiento de Dios. Fueron los de Puren con Anganamon los que les quitaron la vida, que aunque los mataron en Elicura, no fué la jente de Elicura los que los mataron, como me lo dicen ellos cuando les digo que ellos mataron a los padres que vuestra reverencia les enviaba para que les predicasen y asentasen la paz, porque luego echan la culpa a los de Puren y dicen que ellos con mucho gusto habian llevado a los padres a su tierra y los de Puren los vinieron a maloquear. Dos veces he entrado por la costa a predicarles, y es para alabar a Dios ver una jente ántes tan feroz, tan doméstica y tratable y cuan capaces se hacen de las cosas de Dios y el gusto con que reciben la fé.»

Hasta aquí el capítulo de esta carta, que verdaderamente es digno de gran ponderacion y parece que claramente confirma haber sido profecía la del dichoso padre Horacio Vechi; a lo ménos si lo fuera, ¿qué mas se pudiera desear para confirmar y verificar su verdad? Pues si los indios de Puren fueron los que le mataron, como consta de lo que arriba queda referido, y la jente de Puren ha sido la primera que ha recebido el Evanjelio con tan grandes muestras de la verdad con que la abrazan, como consta de esta carta escrita mas de treinta años despues de la muerte de este fiel ministro del Evanjelio, ¿qué mas se puede pedir para el crédito de su santa doctrina? ¿Ni que mas se puede desear para consuelo de los que se emplean y pretenden trabajar en aquel vidueño, que parece mira Dios con particulares ojos, como fruto del jeneroso ánimo con que aquellos dichosos padres consagraron y ofrecieron a Dios sus vidas por amplificar su gloria en la ayuda de las almas y predicacion de su divina palabra? Para memoria de esta circunstancia tan digna de consideracion, dejo esta carta con la ánua del Paraguay del año 1612, en que está todo lo referido arriba, así de la muerte de estos dichosos padres, como de las cartas del padre Diego de Torres y el padre Luis de Valdivia, y queda todo en el archivo de esta casa profesa del Jesus de Roma.

La muerte de estos venturosos padres, aunque tan preciosa en los ojos de Dios y a ellos les estuvo tan bien como debemos piadosamente creer, estuvo tan mal al reino de Chile que desde entónces se rompieron las paces que iban tan bien fundadas y se comenzó a encender de nuevo la guerra, tan viva y sangrienta, que duró sin interrupcion desde el año 12 hasta el de 40, en que se comenzaron a tratar las paces, que se capitularon el de 41, como veremos mas adelante; aunque no por eso han cesado las armas, porque aunque son muchos los que las capitularon, quedan otros a quien es menester ir conquistando. Daráse razon de todo en su lugar. Vengamos ahora al padre Luis de Valdivia, el cual pudebió tanto de toda suerte de personas, que podemos decir que la guerra se volvió contra él mas que contra los indios, porque si contra éstos se asestaron las puntas, contra el padre se armaron las lenguas, y de recudida contra la Compañía, como si fueran sus enemigos; siendo así que la pretension del padre Valdivia, si se mira con ojos limpios y desapasionados, era muy de amigo y padre, que en este negocio no tenía la mira a otra cosa que a su mayor bien y conservacion y al mayor servicio de Nuestro Señor, a que tanto se oponia la guerra ofensiva que pretendia acabar; pero los interesados en los provechos de la guerra y en el injusto y inícuo servicio personal de los indios (que tan contra ley es, así natural como divina, y aun humana, pues ha sido siempre tan contra la intencion de los Reyes Católicos) no quisieran que nadie se opusiera a sus intereses y dictámenes, y así cuando vieron que no habian tenido efecto los medios que el padre habia aplicado al fin que pretendia, allí fué el desahogarse de su pasion, volviéndose contra él, como lo hace el enfermo contra el médico cuando con efecto no le sana. ¡Cómo si fuera obligacion del que cura dar siempre salud al doliente, dependiendo esto de tantas circunstancias que hacen ménos eficaces los medios que se aplican, aunque de suyo sean muy buenos y de gran virtud para dar la salud que se pretende!

Lo mesmo puntualmente le aconteció al padre Luis de Valdivia, que viendo al reino de Chile tan doliente y mal dispuesto como estaba (de que no puede haber cuerdo ninguno que dude, aunque mire la cosa con ojos humanos) trató de su remedio; ¿y quien duda que el de la paz era el mas eficaz para la conservacion que el rey pretendia de las dos repúblicas de los españoles y de los indios, ¿y el mas seguro y eficaz para las conciencias de los unos y para la doctrina y enseñanza de los otros? Harta esperiencia tenemos de esto; pluguiese a Nuestro Señor no tuviéramos tanta, que aunque los que contradecian estas paces daban por razon que dejando vivir en paz a los indios, crecerian y se aumentarian de manera que se harian con el tiempo insuperables; no sé, lo primero, cuán en Dios fundaban su razon; y lo segundo (aun abstrayendo de las consideraciones que tocan a la justificacion de la conciencia) ¿no han crecido harto y aumentándose su número, sin embargo de la guerra que se les ha hecho desde aquel tiempo acá? Muchos les ha muerto nuestro ejército, pero tambien son muchos los que nos han muerto a nosotros; y proporcionalmente tanta falta (sino es mas) nos hacen los que nos han faltado, como a ellos los que les hemos muerto y cautivado; y si estos

hubieran aumentado el número de los indios, por la mesma causa no hubieran hecho ménos los nuestros, para aumento de nuestra jente y de las ciudades de donde perpetuamente ha habido saca de soldados para la guerra; de los cuales (hablando de los de la ciudad de Santiago, que es de la que tengo mas noticia y la que ha concurrido con mayores socorros) vuelven muy pocos, y algunos licíados y para ménos de la guerra, fuera de que la hacienda con que concurren asímesmo para sus pertrechos, tomada toda junta es muy considerable y a la larga hace gran falta y las enflaquece y no las deja medrar tanto como pudieran, particularmente por ser tan a los principios de su fundacion cuando tenian necesidad de ayudas de costa, no de desagües, que suelen desustanciar ciudades muy grandes y reinos muy poderosos.

A esto se enderezaban los intentos del padre Luis de Valdivia, no directa y inmediatamente (porque su fin nunca fué de embarazarse en el gobierno político, que tan ajeno es de nuestra profesion) sino segundaria y indirectamente por la grande conexion y dependencia que tenia esto con el primario y principal fin de la conquista espiritual de aquel jentilismo, a que siempre se enderezó su intencion, la cual ninguno puede negar que fué cristianísima y muy digna de toda alabanza y de que todos la abrazasen y apoyasen, como tan conveniente al aumento de la relijion católica y bien de las almas. Si los medios que se aplicaron no surtieron el buen efecto que se deseaba, quizá y aun sin quizá, no quedó de parte de los mesmos medios, sino de la mala disposicion con que se recibieron; y por lo ménos no se puede dejar de salvar su buena intencion y alabar su santo celo, que fué digno de toda estimacion y reconocimiento, si no se hubiera atravesado la pasion de los interesados y la de los lisonjeros, que, echándose tierra a los ojos, no los tuvieron para ver la verdad, y así no solamente no se pusieron de su parte para defenderla y apoyarla como debieran, pero se encararon contra la inocencia levantando al Padre tales testimonios y calumnias, que le dejaran del todo infamado sino las hubiera desmentido y deshecho la mesma verdad, que no pudo encubrirse a la larga.

Sin embargo, juzgando el padre que para aplacar la tempestad era conveniente echar a Jonas en el mar, se determinó salir del reino y volver a España a dar cuenta a Su Majestad de todo lo que habia pasado, como lo hizo; y aunque las calumnias que contra él se habian dicho, habian llegado a oidos del rey, no sirvieron de otra cosa que de desacreditar a los calumniadores y desvanecer las pretensiones que los autores de las falsedades que publicaron y presentaron en el Real Consejo tenian de alcanzar algo para sí por este medio, porque con la grande estimacion que Su Majestad tenia del padre Luis de Valdivia y informado bien de la verdad, se convirtió toda aquella tempestad en su mayor bien y honra, disponiendo Dios Nuestro Señor, como justo juez, que quedase vencedora la verdad contra la mentira y tan honrado y acreditado el padre que, a no haber resistido tanto, como resistió, como verdadero humilde, hubiera quedado por uno de los consejeros del Real Consejo de Indias y gozado de otros muy grandes honores que el rey le ofreció; pero por no hacer fuerza a su templanza y modestia y no contristar al que no preten-

dia otra cosa que el rincon de su celda, hubo de condecender con sus ruegos y darle licencia para que se volviese a su provincia de Castilla con una carta que he visto yo impresa, en que con grandes encarecimientos y elojios del padre, encomendaba a sus superiores el cuidado de su persona, a que añadió Su Majestad una buena limosna para una buena librería que mandó comprar para su celda, donde despues de muchos años que vivió con grande opinion y crédito de sus excelentes letras, doctrina y relijion, como se verá mas a la larga en su lugar, murió en Valladolid el año de 42.

CAPÍTULO VII

Del estado en que quedaron las cosas de la guerra de Chile despues de la muerte de los padres.

No hablo de los daños que de los sucesos y cosas referidas en el capítulo pasado se siguieron a la propagacion de la fée, porque no es este su lugar; solo digo que si el demonio fuera capaz de contento y alegría, la hubiera recebido muy grande de haber salido tan bien con la suya, porque con la muerte de los padres y vuelta del padre Luis de Valdivia a España, se cerró del todo la puerta al Evanjelio, de manera que en mas de treinta años no se ha visto abierto un resquicio a su luz, con que ya se ve la ganancia que habrá tenido en tanto tiempo en las tinieblas de aquel jentilismo, y no ha sido poca la que le han dado las ocasiones de la guerra: y lo uno y lo otro se hubiera atajado si se hubiera asentado la paz, como se pretendia; pero, en fin, no debia de ser tiempo de que Nuestro Señor hiciese a aquel reino esta misericordia, y así permitió que todo se desbaratase y se encendiese de nuevo la guerra, y de recudida de las persecuciones del padre Luis de Valdivia se levantasen contra la Compañía las que padeció aquellos primeros años en aquel reino, aunque no de todos, que los buenos y de sana intencion siempre se pusieron de parte de la verdad. No me detengo en esto porque parecerán mejor en boca de otro que no sea tan parte como yo, los ejemplos de sufrimiento y paciencia, de relijion, virtud y constancia con que los nuestros se han portado, hasta que conocida la verdad de su inocencia y del buen celo y amor con que pretendian solamente el bien de las almas, han desmentido a sus calumniadores y ganado el crédito y opinion con que está hoy estimada de todo el reino su buena doctrina y virtud.

Con esto vuelvo a seguir el hilo de la historia, aunque de los gobernadores que se siguen hasta el último no podré ya hablar sino muy por mayor de lo que podré acordarme, porque las historias y relaciones que

me han ayudado para decir algo de los que he referido hasta aquí, no tocan nada de sus sucesores; y así diré solamente lo que me podré acordar de lo que he sabido y de la comun voz y fama de sus gobiernos, remitiéndome en lo particular a lo que referirá la historia que se espera. Y hablando jeneralmente de todos, podemos decir en comun lo que lo fué en el tiempo de sus gobiernos, y es el teson y pertinacia con que los indios nos han hecho guerra y defendídose de los nuestros en todos estos años que se han seguido al de doce, en que habiendo roto las paces que iban ya tan adelante, aguzaron las lanzas y se armaron de nuevo de la una y otra parte, peleando perpétuamente, ya en batallas campales, ya en correrías y malocas (que es lo mas ordinario) y entrando los nuestros o con campo formado o particulares compañías y trozos de soldados a la tierra del enemigo, se les ha hecho muchísimo daño talándoles las comidas, matando y cautivándoles mucha jente, obligando a muchos de ellos a vivir desterrados de sus tierras, retirados a las mas interiores y a las quebradas y montes; de donde salian tambien a sus tiempos y venian a nuestro campo y presentaban batalla a los españoles o entraban en tropas a maloquear a nuestros indios amigos; y aun pasado el rio de Biobio (sin embargo de estar todo con presidios de españoles) han entrado muchas veces a nuestras tierras y hecho el mal que han podido en las estancias y lugares de los cristianos, matando, cautivando y robando y llevándose por delante buenas tropas de caballos, y tal vez barriendo potreros enteros, sin dejar en ellos cosa de importancia, matando las guardas o llevándolas cautivas, pasando para estos efectos el rio, no grandes tropas de jente sino la que bastaba, conforme a los avisos de sus espías, para hacer su presa y no embarazarse en la retirada.

Todos los gobernadores han tenido bien que hacer en defenderse de los indios y tener a raya el ímpetu de su furor, que en lo que toca a adelantarse, recobrando lo perdido, ninguno ha podido hacer cosa de importancia, y así han estado los indios todo este tiempo señores de todas las tierras que nos ganaron cuando nos destruyeron las seis o siete ciudades arriba referidas, y aunque nuestro campo ha estado siempre muy poderoso, sustentando, fuera de los indios amigos, dos mil plazas de soldados españoles de los mas bien disciplinados, valerosos y esperimentados que tiene el Rey en sus reales presidios y ejércitos, como es notorio a los que han militado en los unos y en los otros; sin embargo, han hecho harto en tenerse en pié y hacerse temer del enemigo para no dejarle pasar, y adelantarse a donde hubiera, sin duda, llegado su gran valor, atrevimiento y porfía si fueran menores nuestras fuerzas, porque las suyas son mayores de lo que las juzgan los que no las esperimentan. He visto pasar a aquella guerra algunos soldados y capitanes de Flandes que, hechos a traer espuestos los cuerpos a las balas, hacian burla de los indios por no tenerlas y despreciaban su modo de pelear, pareciéndoles que la ventaja que les hacemos en las armas de fuego, que ellos no tienen, nos haria siempre superiores a su valor por grande que fuese: esto pensaban ántes de llegar a la batalla, diciendo que eran los indios unos borrachos, que no habia que temerlos, pero cuando despues se hallaban en la ocasion y hacian esperiencia de sus manos y veian la entrepidez

y ánimo con que embestian y el teson con que duraban en la pelea, mudaban de parecer y se persuadian a lo que ántes no creian, y ménos mal si salian enseñados, aunque fuese en su propria cabeza, que talvez no les daba lugar a desengaños su corta suerte, como la que tuvieron dos de estos capitanes que me acuerdo que eran de los que blasonaban y menospreciaban a los indios, y en la primera batalla y encuentro que tuvieron con ellos, ahora diez o doce años, quedaron muertos con otros de los nuestros, que causó grande lástima y dolor porque eran soldados de gran suerte.

Esto es lo que se puede decir, hablando en comun de todos los gobiernos desde la pérdida de las ciudades hasta el penúltimo del Marqués de Baydes; pero viniendo al particular de cada uno y prosiguiendo con el que decimos, del gobernador Alonso de Rivera que es en el que, como hemos visto, mataron a los Padres, digo que este caballero en este su segundo gobierno mostró tan gran talento así en las cosas de la guerra como en la disposicion de los gastos y cosas necesarias para ella, que si le durara mas tiempo la vida hubiera dejado el reino muy descansado y proveido el real ejército con grande comodidad y sobra de todo; porque habia comenzado a entablar una estancia con ganados y otras cosas necesarias para proveer a los soldados y lo llevaba tan adelante y le salian tan bien los medios que aplicaba a este intento que hubiera desahogado mucho al real ejército y dispuéstolo todo de manera que se pudiesen esperar muy felices sucesos. En su tiempo se señalaron en la guerra algunos indios de mucho nombre, con quien tuvo reñidos encuentros y batallas, en particular con el famoso Longotegua, que fué uno de sus competidores. Hizo muy buenas suertes en el enemigo; pero cuando iba mas viento en popa entablando mejor las esperanzas de lograr en sus buenos aciertos la aplicacion con que atendia a la obligacion de su oficio, atajó Dios sus designios quitándole la vida y deshaciendo juntamente con ella toda la armazon de sus bien fundados intentos, que fué para Chile una pérdida muy de llorar, porque verdaderamente era este gran capitan grande en todo, en su sangre, en su valentía, en su nombre, adquirido con tan grandes hazañas en las guerras de Europa ántes de pasar a las de Chile, y en la buena traza y disposicion de su acertado gobierno. Dejó un hijo, que es el capitan don Jorje de Rivera, caballero del hábito de Santiago, heredero no de sus haciendas (porque el cuidado y aplicacion que tuvo siempre al servicio del Rey no le dió lugar a atender a sus particulares medras e intereses) sino de sus grandes méritos que le hacen digno de que Su Majestad le honre con los acrecentamientos que asentarán muy bien en un hijo de tal padre. Dejó tambien otras dos hijas, de las cuales se casó una con el licenciado don Juan Canseco, presidente que murió de Guadalajara en Méjico, persona de tan gran prudencia, consejo y letras como lo muestran los gravísimos oficios en que le tuvo siempre ocupado el Rey, nuestro señor. La otra hija escojió la mejor parte, consagrándose al Rey del cielo y tierra en el muy relijioso y ilustrísimo monasterio de la Concepcion de Santiago de Chile, donde vive hoy con muy grande ejemplo y muy conforme a las obligaciones de su esclarecida sangre; y con esto

paso adelante siguiendo el órden de los que fueron sucediendo en el gobierno de aquel reyno.

Despues de la muerte del gobernador Alonso de Rivera, miéntras proveia el Virey, entró en el gobierno el licenciado Fernando Talaverano, a quien tocaba este puesto por oidor mas antiguo que era a la sazon de la Real Chancillería de Santiago de Chile, y por particular nombramiento del dicho su antecesor, que, ántes de morir, le dejó nombrado para ello. Gobernó el tiempo que le tocó, con alabanza de muchos a quien honró, y la mesma le dieron otros, a quien hizo bien, siendo juez y oidor; el cual oficio sirvió muchos años con la satisfaccion, entereza y celo que esperimentó aquel reino, donde, finalmente, murió, dejando una muy noble decendencia. No sé que vivan hoy sino solas dos hijas de este ilustre gobernador, de las cuales la una casó con el jeneral don Juan de Vega Bazan, que lo fué, si mal no me acuerdo, de los galeones de la plata, y despues de la armada española que salió de España para desalojar del Brasil al enemigo holandés que habia ocupado el puerto de Pernambuco, y últimamente volvió a las Indias el año de 43, con oficio de presidente de la Real Audiencia de Panamá, donde está al presente mereciendo mayores puestos, que asentarán siempre muy bien sobre su gran calidad y servicios y podrán servir juntamente de premio debido a los de su ilustre suegro, de cuyo gobierno no tengo al presente materia sobre que añadir nada a lo que tengo dicho por mayor, por la mesma causa que otras veces tengo alegada; otros habrá que referirán mas a la larga este gobierno, como lo hiciera yo tambien si me hallara mas cerca de la fuente, que dará copiosa materia a los historiadores.

Al gobernador Fernando de Talaverano sucedió el gobernador don Lope de Ulloa, nombrado para éste oficio, primero por el Virey (éralo entónces el príncipe de Esquilache, que podia serlo de todo el mundo por su esclarecida nobleza, méritos y talentos personales) y despues fué confirmado en él por Su Majestad en consideracion de sus grandes méritos y por la gran calidad de su ilustre sangre tan conocida y notoria en el reino de Galicia, donde tiene su casa. De los puestos que este caballero tuvo ántes de este gobierno, no tengo ninguna noticia en particular, si bien supongo que dió en todos ellos la debida satisfaccion que le hizo el paso a este último ascenso, el cual se le hubiera hecho asímesmo a otros mayores si la muerte no se hubiera atravesado para impedirlo; por esta causa duró pocos años en su gobierno, pero se portó en él de manera que de sus buenos aciertos y de la justificacion con que procedió en todo, así en las cosas de la guerra como de la paz, se podia prometer aquel reino muy grandes acrecentamientos y medras. Una cosa entre otras he oido alabar en este gran caballero, muy digna de memoria para ejemplo y enseñanza de los que manejan y traen entre las manos la real hacienda, y es la gran limpieza de las suyas y la gran cristiandad con que hacia distribuir el real situado y socorro que se reparte todos los años a los soldados, sin consentir que ninguno de ellos fuese agraviado en defraudarle nada de su sueldo, y para esto no consintió ni dió lugar a que ninguno, por valido y poderoso, metiese mas que otros la mano en la masa para tener mas parte en ella. El mas pobre y desvalido corria en esto

parejas con el que mas podia, porque no permitia que a ninguno se le diese mas ni ménos de lo que le tocaba de su sueldo, con que no faltaba para ninguno y todos quedaban muy contentos y satisfechos; y como él era el primero en dar ejemplo a los demas, le seguian todos, sin que ninguno tuviese atrevimiento a lo contrario (que miéntras no se hace asi y los que gobiernan los ejércitos tratan de enriquecerse y acomodar a los suyos, es fuerza que siendo, como son, limitados los socorros, cuanto fuere mayor la parte que aplican del monton a sus particulares intereses, tanto mayor sea la falta que sientan los particulares que componen el cuerpo del ejército). Por esta causa y por la gran benignidad y amor con que se portaba con todos los soldados, mirándolos a todos con afecto de padre, fué muy querido, respetado y obedecido de todos y su memoria vive hoy tan fresca en todos aquellos presidios y fuertes como si le tuvieran presente. No dejó sucesion, pero en su lugar honra hoy a aquel reino la prenda de su mayor estima, que habiéndose casado y emparentado con personas de lo mas noble y principal de la ciudad de Santiago y de la Concepcion, ilustra estas ciudades con la noble decendencia que les va dando. Lo demas, que pertenece a los particulares sucesos que pasaron en la guerra en este gobierno, lo remito a la historia jeneral por las mesmas razones que tengo ya propuestas hablando de los otros.

CAPÍTULO VIII

De los gobiernos de otros gobernadores.

Sucedió al gobernador don Lope de Ulloa el dotor don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, oidor mas antiguo que era entónces de la Real Audiencia y Chancillería de Santiago de Chile. Era este caballero, si mal no recuerdo, natural de Méjico, pero oriundo de la ilustre casa de su apellido, tan conocida y notoria en España, y entre otros talentos y naturales dotes con que le honró la naturaleza, es muy señalado el de su grande injenio y portentosa memoria, con que se hizo tan eminente en los derechos y ciencias de su profesion, que fué asombro, así en las escuelas que cursó, como en los tribunales y puestos públicos y eminentes en que logró con tan merecidos aplausos sus grandes letras y sabiduría. La otra cosa que conocí eminente en este caballero, la gran nobleza, benignidad y cortesía con que se portó con todo jénero de jentes en su gobierno, humanándose con los mas inferiores, con tan grande igualdad y llaneza, como si él lo fuera a todos; lo cual le hizo tan amable a los soldados que era dueño de sus voluntades. No digo nada de su virtud y piedad, ni de la que resplandece en su muy cristiana y relijiosa familia por no ofender a su modestia; aunque no puedo callar una singular virtud suya, por ser de tanta estimacion en los que gobiernan y tan necesaria para el buen ejemplo de aquella nueva cristiandad, y es una particularísima reverencia y respeto al estado sacerdotal. Jamás vi que consintiese que ningun sacerdote, por mozo y ménos autorizado que fuese, le permitiese ir a su lado izquierdo, siempre daba a todos el derecho, y hacía otras cortesías que le hacian tanto mayor en los ojos de los hombres y de Dios, cuanto honraba mas a sus ministros. Los particulares sucesos de este gobierno los remito, como los de los otros de que no tengo tan particular noticia, a la historia jeneral.

Al gobernador don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, sucedió don Pedro Sorez de Ulloa, caballero del hábito de Alcántara, primero por nom-

bramiento del Virey y despues por confirmacion de Su Majestad. Fué este caballero muy conocido y nombrado en el Perú por su gran liberalidad y jenerosidad de ánimo, a quien no parece bastaba todo el cerro de Potosí para sus gastos y franquezas. No conocí a este caballero, y así no puedo decir mas de lo particular de sus partes y talentos personales y de sus servicios y sucesos que tuvo en la guerra, ni en las otras materias tocantes a su gobierno tengo noticia alguna en particular: lo cual me escusa de decir lo que otros referirán con la estimacion debida de a tan gran caballero. Solo diré yo una cosa, que vale por muchas, y la oí siempre contar como muy propria de su gran liberalidad, y es que fué grandemente limosnero y jeneroso con los eclesiásticos y obras pías, lo cual le dió grande opinion y fama en aquel nuevo mundo. Murió, en fin, en este su gobierno y dejó nombrado en su lugar a su cuñado don Francisco de Alva[1] y Norueña, el cual gobernó hasta que el Virey proveyó de gobernador al que ya diremos. Tampoco tengo cosa particular que decir de este gobierno, por la mesma razon y causa que digo de su antecesor; supongo por cierto que la esclarecida nobleza de este caballero y sus méritos le harian lugar en los puestos que ocupó hasta el de maese de campo del real ejército, en el cual estaba empleado cuando su antecesor le dejó nombrado en su lugar.

Siguióse al gobernador don Francisco de Alva y Norueña, el gobernador don Luis Fernandez de Córdoba y Arce, señor de la villa del Carpio, y veinticuatro de Córdoba, el cual aunque no fué nombrado por el rey para este oficio, podemos decir que le confirmó Su Majestad en él, pues viendo cuan bien satisfacia y llenaba el puesto, no le envió sucesor en algunos años que duró su gobierno, en el cual asistió personalmente a la guerra y tuvo en ella muy felices sucesos y victorias, teniendo por competidores en su tiempo al prudente y famoso Lientur y al valeroso Levepillan, con quienes tuvo muy reñidos encuentros y batallas. No refiero lo particular de ellas, porque no teniendo, como no tengo, los papeles y relaciones que las refieren, no podré ménos que esponerme a las quejas y sentimientos de los que en esta ocasion hicieron ostentacion de sus valerosos ánimos, haciendo hazañas dignas de no callarse, porque hablando de memoria y por mayor, no sería posible dar satisfaccion a todos y el lugar que merecen sus honrosos servicios y ilustres hechos, que fueron muy dignos de historia los que hicieron muchos de nuestros capitanes y soldados; y de parte de los indios no faltó quien mereciese iguales aplausos, dando ocasion con su gran valor y ardides de guerra, a que sobresaliese mas el de nuestros españoles, y en particular el del gobernador, que no faltaba a los lances de mayores riesgos, sin perdonar a trabajo ni incomodidad, yendo delante de todos en el ejemplo, no querien lo escusarse de las trasnochadas, correrías, aguaceros y demas molestias, que tan propias son de aquella guerra y que tanto refinan los grandes méritos de aquellos fielísimos vasallos de Su Majestad, a cuyo real servicio acudió siempre con tan gran celo, asistencia, vijilancia y teson como el que mas, por lo cual le juzgaron siempre en aquel reino, no

1 Alna, o sea Alva, dice el orjinal; pero el apellido verdadero era Alava.

solamente digno de que el Real Consejo le confirmase mas tiempo en aquel oficio, sino de otros mayores, que no dejarán de darle, acrecentándole como merece la fineza de su buen celo y de la exacion con que acude siempre a todo lo que está a su cuidado.

Entre otras cosas que resplandecieron en este caballero fué muy singular el buen afecto que mostró a los españoles nacidos en la tierra, honrándolos con particularísimas demostraciones de la estimacion que de ellos tenia. Dió a muchos conductas de capitanes, a otros hizo tenientes, alferez, y dió otros oficios honrosos de la guerra; y aunque algunos que quisieran ser solos en estas honras, o gozar de ellas mas a la larga, les pareció demasiada liberalidad la que en esto mostró honrando a tantos, el motivo que para ello tuvo fué muy digno de su esclarecia sangre, porque habiendo hallado en aquel reino rebalsados tantos méritos de soldados viejos, que habian servido tantos años, no solo sin premio, sino con muy considerables alcances de sus sueldos, que les debian las cajas reales, y viendo a otros decendientes de los que habian gastado sus haciendas y derramado su sangre en servicio de Su Majestad en aquella prolija guerra y trabajosa conquista; no hallándose, por otra parte, con premios suficientes para satisfacer en alguna cosa a tantos méritos, hubo de echar mano de lo que pudo, para que no quedasen del todo arrinconados y olvidados servicios y finezas de tanta consideracion, y esta fué la causa que le obligó a mostrarse mas liberal en esto de lo que algunos quisieran, aunque por mas que dió, fueron muchos mas los que quedaron sin que les tocase parte de lo que tanto merecen, porque no fué posible satisfacer a todos.

No digo nada de la esclarecida nobleza de este caballero porque siendo tan úna con la del Marqués de Guadalcazar, su tio, que fué el virey que le nombró para este gobierno, no hay mas que decir, ni se puede hablar en esta materia tan de paso, sin peligro de enturbiar en alguna manera la claridad y resplandor de tan ilustre y excelente casa, porque no se puede decir en pocas palabras lo que no cabe en muchas; ni en materia del acertado gobierno de estos dos señores tengo que añadir a lo que aquellos reinos que estuvieron a su cargo publican hasta hoy de sus aciertos: remito la verdad de lo historial a los coronistas, a quien toca seguir la serie y órden de los particulares sucesos de cada gobierno. Acabando el suyo el presidente y gobernador de Chile, pasó a las Canarias con oficio de presidente y gobernador de aquellas islas, donde ha servido hasta ahora con la debida satisfaccion y aplausos que merece su gran prudencia, celo y benignidad y cortesía con que se hará siempre dueño de las voluntades, como lo hemos visto en todas las partes que ha gobernado, por lo cual no dejará Su Majestad de adelantar a quien tanto lo merece y con tanto desvelo y aplicacion le sirve.

El sucesor del gobernador don Luis Fernandez de Córdova y Arce fué don Francisco Laso de la Vega, caballero del hábito de Santiago, el cual fué uno de los gobernadores de mayor estrulla y dicha que ha tenido aquel reino en los sucesos de la guerra en varios encuentros y batallas que tuvo contra el enemigo. Entró este caballero a los principios muy persuadido que el valor de los indios no era tan grande como la

fama publicaba, y así despreciaba su fuerza como muy inferior a la española; pero no pasó mucho tiempo sin desengañarse, porque habiendo entrado la tierra adentro a los principios de su gobierno y hallándose (si mal no me acuerdo) en una ocasion en un puesto que llaman de los Robles, con trescientos reformados de su compañía, jente toda muy valiente y ejercitada en la guerra, le salieron otros tantos indios escojidos y dieron sobre él y los demas españoles que le seguian tal asalto y con tanta priesa que no tuvo a poca dicha haber escapado de sus manos, porque no la tuvieron algunos valerosos capitanes que murieron en esta ocasion. Remito las circunstancias particulares de este suceso a la historia jeneral, como tambien las de otras batallas y felices victorias que tuvo este caballero, aunque no puedo dejar de apuntar algo de lo que pudiere acordarme de la que tuvo en Arauco, que fué una de las mas insignes que las reales armas han tenido en aquel reino, y habrá siete o ocho años que sucedió.

Florecieron en tiempo de este gobernador, entre otros indios, dos famosos y muy señalados en el campo enemigo, que fueron Lientur, de quien ya queda hecha mencion, y Butapichon. Era aquel viejo ya de mas de sesenta años, prudente, sagaz y muy considerado, y este otro era de buena edad, soberbio, atrevido y de grande ánimo. Convinieron estas dos cabezas entre sí de juntar sus fuerzas para dar una batalla al gobernador don Francisco Laso en el valle de Arauco, que era el lugar que se habia destinado para el intento, para el cual juzgó el gobernador que era necesario juntar las fuerzas de los dos principales presidios, que son el de Yumbel, que tambien se llama de San Felipe, donde es cabo el sarjento mayor del reino, y el de Arauco, donde lo es el maese de campo jeneral. Comenzó a marchar el uno y otro ejército, español y indiano, cada uno por su parte para concurrir al lugar de la batalla y llegando los indios a la mitad del camino oyeron cantar unos pájaros y gritar algunas zorras y vieron otras señales y agüeros (de que ellos hacen mucho caso, particularmente en estas ocasiones de guerra para emprenderlas o dejarlas): levantóse en el campo un gran rumor y dividióse todo él en diversidad de opiniones sobre si se proseguia o no la jornada. No pudieron convencerse en esta diferencia de pareceres, y así siguiendo gran parte del ejército, el de Lientur se volvió con él a sus tierras, juzgando que las señales que habian visto y oido eran muy funestas y eran malos pronósticos de que no podian esperar nada bueno, sino temer grande mal.

Rióse Butapichon de esta que juzgó vejez y demasiado temor sin fundamento, porque dijo que las verdaderas señales de vencer no eran otras que la buena y gallarda resolucion de los soldados, acompañada con el valor y ánimo y con la destreza de las manos, y así aunque vió que Lientur se volvió con toda su jente, prosiguió él su jornada con los suyos con no ménos seguro y confianza que si no le hubiera faltado tanta jente. Marchó hácia Arauco y llegó al castillo de noche, cuando los nuestros le hacian aun léjos dél. Persuadíanles unos y otros que diese el asalto luego, porque tenia muy segura la victoria por estar los españoles descuidados, y a juicio de todos si embistiera entónces, hubiera

puesto en grande aprieto, no solo al castillo y fortaleza, pero a todo el reino, por ser muy grande su fuerza y no estar la nuestra dispuesta ni prevenida; pero haciendo el bárbaro punto y reputacion del caso, respondió a todos diciendo que no queria que se dijese que Butapichon habia embestido como cobarde de noche y estando su enemigo descuidado, que él queria aguardar el dia y que saliese el sol para testigo de su gran valor: ¡cególe su soberbia y permitiólo Dios para defensa y amparo de sus fieles y confusion de este su cruel y soberbio enemigo!

Siendo ya de dia se tocó al arma, y componiéndose los escuadrones a vista el uno del otro, se puso Butapichon en medio del suyo y hizo a sus soldados tan ardiente razonamiento que los convirtió en otros tantos fuegos y rayos, y así pateando el suelo y dando grandes voces y gritos para despedir de sí todo temor y miedo, acometieron con tan gran furia que aunque estaba nuestro escuadron muy bien formado y con jente muy valerosa y bien diciplinada, dicen que rompieron los indios por un lado, sin tener atencion a la mosquetería que de nuestra parte defendia la entrada, y que si algunos valerosos capitanes españoles no hubieran arresgádose oponiéndose a su furia, hubieran alcanzado los indios aquel dia una gran victoria, y de hecho se pensó al principio que la ganaban, hasta que favoreciéndonos Nuestro Señor y la Vírjen Santísima (a quien le habian ofrecido votos por el buen suceso) comenzaron a caer muchos de los indios, y entre ellos capitanes muy nombrados y jente muy valerosa, con que comenzaron los demas a retirarse y Butaptchon muy apriesa, porque quiso Dios humillar su soberbia y favorecer a los nuestros con una de las mas gloriosas victorias que han tenido en aquel reino. Quedaron allí muertos mas de mil indios y otros que salieron mal heridos, murieron despues en su tierra. Otras muchas buenas suertes y victorias tuvo este gobernador en Chile, que no refiero por no acordarme puntualmente de sus circunstancias y de los tiempos en que sucedieron, y, en fin, acabó su gobierno y casi con él la vida, porque dentro de poco tiempo que salió de Chile, murió en Lima y sucedióle en su lugar el que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX

Del gobierno del marques de Baydes, conde de Pedroso.

Al gobernador don Francisco Laso de la Vega sucedió don Francisco de Zúñiga, marques de Baydes, conde de Pedroso, de cuya esclarecida nobleza y ilustre sangre es ocioso hablar, pues el resplendor de su casa, la notoria antigüedad y posesion de la veneracion y estima en que ha estado siempre entre las primeras de España, son otras tantas lenguas que publican lo que nadie ignora. Pasó este señor a Chile con este gobierno, por merced que Su Majestad le hizo dél para honrar aquel reino y ponerlo en tan buen estado cual jamas ha tenido; porque luego que comenzó a hacer sus entradas a la tierra del enemigo, le salieron los caciques a convidar con la paz, prometiendo de sujetarse a nuestro católico rey, como a su señor, mediante los conciertos y capitulaciones que dirá la relacion que se sigue, la cual estampé en Madrid valiéndome de los orijinales que me envió a España el padre provincial de mi provincia, que fueron los mesmos que dieron los padres de nuestra Compañía que entraron con el real ejército, los cuales orijinales y los que me envió el Marques, de que compuse la dicha relacion, vistos por órden del Real Consejo, los aprobó y dió licencia para imprimir la dicha relacion, que pondré aquí de la mesma manera que se aprobó, imprimió y publicó en la corte, y dice así:

RELACION DE LAS PACES
QUE CAPITULÓ CON EL ARAUCANO REBELADO EL MARQUES DE BAYDES

Levantó la cerviz el nunca domado y mal sufrido araucano, y sacudiendo el yugo que apénas le habia puesto el español, se volvió contra él y amotinadas las provincias y pueblos, dieron a un tiempo sobre nuestras ciudades, fortalezas y presidios, y quitando la vida al gobernador Martin

García Oñez y Loyola, la quitaron juntamente a mucha parte de la nobleza chilena, pasándolos a cuchillo y obligando al invencible valor de los españoles a despeñarse, unos por las barrancas y laderas de los rios, cuyo raudal los arrebataba y hacia pedazos entre sus peñas, y otros a retirarse a los fuertes y castillos, donde sitiados con tan apretados cercos que les obligaban a comer cosas indignas, rindieron sus vidas, éstos a la rabiosa hambre, y aquellos al riguroso furor de aquellos bárbaros, cuando con no imitable osadía, rompiendo por sus reales en demanda del corporal sustento, por cuya falta veian perecer sus mujeres y sus hijos, acribillados a heridas, quedaban hechos despojos de sus lanzas, flechas, picas y macanas, hasta que no quedando ya quien les hiciese resistencia, ganaron las seis o siete mas principales ciudades de Osorno, la Imperial, Angol, Villarrica, Valdivia y otras, y llevaron cautivos a los españoles que quedaron, con todas las mujeres y niños, de quienes se han servido como de esclavos por espacio de mas de cuarenta años, en que no solamente se han hecho fuertes y defendídose de las armas españolas del real ejército que milita en el estado y castillo de Arauco y en el campo de San Felipe y fuerte de San Cristóbal, Talcamahuida y otros muchos, sin que en tanto tiempo se haya podido restaurar ni una almena; pero en las contínuas batallas, correrías y encuentros que han tenido con nuestro ejército, nos han muerto muchísima jente española y entre ella mucha nobleza, dejando sembradas las quebradas de sus huesos y regados los campos con su sangre, mostrándose en todas las ocasiones tan valerosos, intrépidos, astutos y valientes soldados, como se vé, pues, peleando con armas tan inferiores a las de fuego, de que usa el campo español, ellos solos le han hecho punta en la América y le han resistido y puesto no pocas veces en cuidado, con admiracion de insignes soldados y capitanes de Flandes que han militado en los chilenos presidios y de otros muchos españoles naturales de aquel reino, cuyo valor, hazañas y prodijiosos hechos piden mas larga historia y merecen mas delgada pluma, que la mia solo se ha cortado para dar una breve y concisa noticia de la buena suerte con que ha favorecido el cielo los felices principios del gobierno del Marques de Baydes, conde de Pedroso, presidente de la Real Audiencia de Chile, gobernador y capitan jeneral de aquel reino, a quien parece guardó Dios la gloria de su pacificacion, poniendo en su mano la palma que con tanto valor, ánimo, esfuerzo y valentía pretendieron ver en las suyas sus antecesores, de cuyas relaciones y cartas y de los padres de la Compañía de Jesus, que por órden de su señoría entraron acompañando el real ejército para asistir a lo espiritual y a la conversion de las almas, y fueron testigos de vista, sacaré lo que aquí brevemente refiero.

Y comenzando esta relacion, dé principio a ella lo que parece le dió de parte de Nuestro Señor a ablandar los duros corazones de aquellos rebeldes araucanos y moverlos a rendir las armas y tratar de las paces que ofrecieron. Y fué el haber visto el año antecedente en sus tierras algunas señales y prodijios, que interpretados a su rústico modo de entender, les sirvieron de presajios y pronósticos de que queria el cielo se volviesen a sujetar a los españoles y diesen la obediencia a su rey. El primero fué haberse visto águilas reales, las cuales tienen por tradicion

se vieron ántes que entrasen la primera vez los españoles en aquel reino, y que despues acá no se han visto mas en él hasta el año de cuarenta, que dió principio a estas paces. La segunda señal fué la que por el mes de febrero del mismo año de cuarenta se vió y sintió en todas sus tierras, de que dan fée todos los indios y los cautivos españoles lo testifican con toda aseveracion y aun en nuestros presidios y tierra de paz resonó el eco, sin saber de donde naciese, juzgando en el campo de San Felipe, cuando oyeron el estruendo, que disparaban mosquetes o piezas de artillería en los demas fuertes vecinos a él, y en éstos, juzgando lo mismo del de San Felipe, hasta que nuestros reconocedores lo fueron tambien del desengaño averiguando el caso. Y fué así que en la tierra y jurisdicion del cacique Aliante reventó un volcan y comenzó a arder con tanta fuerza que arrojaba de dentro peñascos y grandes montes encendidos, con tan formidable estruendo que del espanto y pavor afirman malparieron todas las mujeres que en todo aquel contorno había preñadas.

Viéronse en este tiempo en el aire, formados dos ejércitos y escuadrones de jente armada, puestos en campo y órden de pelea, el uno a la banda de nuestras tierras, donde sobresalia y se señalaba un valiente capitan en un caballo blanco, armado con todas armas y con espada ancha en la mano desenvainada, mostrando tanto valor y gallardía que daba alientos y ánimo a todo su ejército y le quitaba al campo contrario, el cual se vió plantado a la parte de las tierras del enemigo; y acometiéndole el nuestro, le dejó desbaratado en todos los encuentros que tuvieron: representacion que les duró por tiempo de tres meses, para que hubiese ménos que dudar, particularmente en los leidos y noticiosos de las historias romanas y del segundo libro de los Macabeos, donde se ven casos y prodijios semejantes, y que así se hiciese mas persuasible lo que afirman testigos de tanta calidad, como son, entre otros, don Pedro de Sotomayor, doña Catalina de Santander y Espinosa, y doña Mariana de Sotomayor, españoles cautivos que entónces lo eran del enemigo: todos los cuales y los demas, así cautivos como naturales de aquella tierra, añaden que fué en tanta cantidad la piedra que arrojó el volcan y tan encendida y tanta la multitud de ceniza ardiendo que cayó en el rio de Alipen que ardian las aguas de manera que cocieron cuanto pescado habia en él y corriendo su raudal hasta juntarse con el rio de Tolten, que es muy grande, le calentaron y hicieron hervir sus corrientes, causando los mismos efectos desde que se juntaron los dos rios hasta la mar; de suerte que por tiempo de cuatro meses ni se pudieron beber sus aguas ni probar el pescado, que, muerto, dió en sus playas y marjenó sus riberas, por el mal olor y sabor que el azufre les daba; y lo que no ménos espanta, con la abundancia de ceniza y piedras que el volcan arrojaba, rebalsaron estos rios y rebozaron sus corrientes tanto que llegaron sus aguas espesas como argamasa a inundarles sus campos, hasta entrárseles por las puertas de sus casas, con tenerlas sitiadas en lomas, laderas y sitios eminentes.

Prosiguó el fuego del volcan con tal teson y violencia que partió por medio el cerro por donde abrió boca cuando reventó, dejándole dividido en dos pedazos, el uno que cayó a la parte del oriente, y el otro a la

del occidente, y la laguna de la Villarrica creció hasta derramarse por los campos, inundando las tierras y pueblos de los indios, que huyendo de la furia con que se les entraba por sus casas, no paraban hasta ganar las cumbres de los montes, donde aun se hallaban mal seguros de tanto peligro. Ni aumentó poco su pavor y miedo la espantosa vista de un árbol que vieron correr sobre las aguas, tan sesgo y derecho que no lo estuviera mas asido de sus raíces a la tierra que lo produjo. Iba todo él ardiendo y en su seguimiento una bestia fiera, llena de astas retorcidas, la cabeza dando espantosos bramidos y lamentables voces: vision que dió motivo a *la contemplacion piadosa* a *interpretar* por ella aquel monstruoso animal que vió San Juan en su Apocalipsi, en quien reconocen los espositores sagrados de la jentilidad, idolatría y deshonestidad, que tan arraigada está entre los indios. Con que parece podemos esperar en la Divina Misericordia se ha llegado ya el tiempo en que por medio de predicadores apostólicos por quien clama ya este jentilismo, quiere que sea desterrada a despecho suyo esta bestia que ha tenido tiranizada a su Dios y a su Rey esta tierra, y dando voces por verse desalojada y lanzada de su antigua posesion, abriendo el abismo su boca, la trague y consuma, despedazada entre los dientes de sus furiosas olas y encendidas corrientes.

Estas son las señales que parece ha dado el cielo (y así lo interpretan los indios, refiriéndolas con tan gran pavor, temblor y conmocion de sus ánimos, que mudan semblantes, alteran la voz y tiemblan de admiracion y espanto) de que quiere Nuestro Señor rindan ya su cuello al suave yugo de la cruz y ley evanjélica por medio de la obediencia y sujecion a nuestro católico Rey. Y como la Divina Providencia dispone aun los efectos sobrenaturales de su gracia no siempre con milagros, sino valiéndose de humanos medios con que eficaz y suavemente ejecuta sus intentos, guiándolos con fortaleza hasta sus fines; quiso elejir para los buenos sucesos y pacificacion que se espera al Marques de Baides, conde de Pedroso, poniéndole en sus manos el baston de capitan jeneral, presidente y gobernador del reino de Chile, sirviéndose para este efecto, no ménos de su cristiano pecho y buen agrado, que del valor que acreditan sus calificados servicios en Flandes y donde quiera que ha sido menester mostrarle, porque segun ha enseñado la esperiencia en aquel reino, el principal nervio de su conquista y pacificacion está pendiente de la cristiandad, justicia distributiva y buen celo del que le gobierna.

Salió, pues, el Marqués a cuatro de Enero de 1640 a la primera campeada que hizo, despues de haber tomado la posesion deste gobierno, y habiendo quemado y talado con su ejército las viviendas, comidas y sementeras del cacique Antegueno y de todos sus vasallos, y habiendo pasado por el rio de la Imperial a las tierras del toque (llaman así al capitan jeneral) Lincopichon, para hacer lo mismo, le envió sus embajadores y tras ellos sus hijos; y lo que mas admiró, por la severidad y gravedad del sujeto, vino en persona, y con grandes cortesías y sumisiones pidió a su señoría no pasase adelante con el estrago que amenazaba el ejército en sus tierras, porque prometía por sí y por sus vasallos la paz y obediencia a Su Majestad y convocaría a otros caciques

convecinos a que hiciesen lo mismo; y para prenda de su fé ofreció una oveja de su tierra para que se matase a su usanza y costumbre, ceremonia con que entre ellos aseguran las paces que prometen.

Oyó el Marques al cacique con agrado, y llamando a consejo, lastimándose de ver perdidas tantas y tan fértiles tierras y floridos países como vino reconociendo por los caminos y considerando cuanto importaba al real servicio que se lograsen estos campos tan capaces para todo jénero de labor y crianza de ganados, tan amenos, con tanta diversidad de fuentes, rios y arroyos, de las mas saludables y deliciadas aguas que se conocen, por nacer y correr por minerales de oro de que están llenos aquellos montes y quebradas y jeneralmente toda la tierra de Chile, y cuán inacabable era esta guerra, por lo inespugnable de sus montañas, cerros y laderas, y lo mucho que encarga Su Majestad por sus reales cédulas la pacificacion deste reino, la reduccion, buen tratamiento y conservacion de sus naturales, mandando que se traten, no como a esclavos, sino como vasallos suyos, y que para conseguir esto mostraba la esperiencia habia sido de poco fruto la violencia y rigor de las armas y que seria posible fuese mas eficaz medio el de las caricias y buen pasaje, se resolvió, no sin contradicion de algunos, a aceptar las paces y sujecion que Lincopichon le ofrecia, y habiéndole agasajado y regalado a sus hijos y demas caciques que le acompañaban, con presentes de su estimacion, dejándolos a todos muy gustosos y ganados, volvió la rienda, y siguiéndole el campo, se volvieron a sus presidios sin que ningun soldado se atreviese a desmandarse en accion alguna que fuese de su disgusto.

Habiendo vuelto el Marqués a la ciudad de la Concepcion, residencia que es de los gobernadores, continuó el toque Lincopichon y los demas caciques y otros que iban convocando las correspondencias de la paz prometida, enviando sus embajadores y viniendo en persona a ver a su señoría, llamándose los unos a los otros con la buenas nuevas que llevaban a sus tierra del agasajo, regalos, presentes y caricias que les franqueaba su grande liberalidad y calificada nobleza. Fuese tratando todo este tiempo de las paces y que a asentarlas volviese el Marqués a sus tierras, haciendo segunda entrada, la cual se dispuso aun mas lucida y poderosa que la primera, porque se juntó un valiente y numeroso ejército de dos mil y trescientos y cincuenta hombres de pelea, sin los muchachos y demas jente de servicio, y entre ellos no pequeña parte de lo mejor del reino, todos con muy lucidas armas y caballos, que pasaron de diez mil, los mejores, mas lijeros, jenerosos y valientes que huellan la América, y no deben nada en sus talles, airosidad y bizarría a los famosos andaluces que pisan las riberas del Betis.

Elijióse por patron desta jornada al apóstol del Oriente San Francisco Javier, por la singular devocion con que el Marqués le venera, y así le dedicó la primera poblacion que se hiciese y le llevó en su guion por correspondiente a la Inmaculada Concepcion de la Vírjen Santísima, y advirtió un curioso que en los actos públicos de solemnidades y misas cantadas que se dijeron ántes y despues de esta jornada y en el discurso della, siempre que se arrimó el guion a la parte del lado del altar, quedaba el santo a la parte de afuera, descubierto y a vista de todos; cir-

cunstancia que si fué casual respecto del paje que le llevaba, no lo fué para con aquel Señor en cuyos ojos no hay mas caso ni fortuna que su querer y disposicion, por cuyo rejistro pasa aun el inútil y lijero movimiento de la hoja del árbol que tan poco monta; y así queda libre al piadoso afecto la consideracion de que la Reina del cielo, como tan honradora de los suyos, quiso hacer este favor a su siervo, poniéndole siempre por delante, como a escudo del real ejército, a cuya vista aumentase sus alientos con la confianza de que el conquistador que lo fué del Oriente querrá Dios lo sea ahora tambien del Occidente, y el vaso escojido que le predicó, crucificado en aquellas partes, le dé a conocer por medio de sus hijos en éstas.

Estando ya todo a punto y prevenidos los tercios de Arauco y Santa María y dado órden al maese de campo del reino y al sarjento mayor para que saliesen cada uno con su jente para encorporarse con el principal trozo del ejército en el fuerte del Nacimiento, que está mas próximo a las tierras del enemigo, haciendo oracion en la Catedral al Santísimo Sacramento y en su capilla y hermita a Nuestra Señora de las Nieves, imájen de grande veneracion y milagros, salió el Marqués de la Concepcion, mártes diez y ocho de diciembre, acompañado de su capellan mayor y de los capitanes reformados y caballeros ofrecidos y de algunos relijiosos de la Compañía de Jesus que quiso llevar consigo por sus confesores y capellanes y para que hiciesen las partes de la conquista espiritual de las almas, como quien tiene bien entendido cuán dependiente está della la que se pretende deste reino, si se ha de hacer por los aranceles de la razon y ajustarse con las leyes de la piedad cristiana, como tan encarecidamente lo tiene ordenado Su Majestad y tantas veces repetido por sus reales cédulas.

Llegando al Nacimiento, salieron dos muy principales caciques, Clentaru y Lienecura, acompañados de sus vasallos, todos sin armas, en señal de que las tenian ya rendidas a los piés de su Rey, aclamando paz y ofreciéndola de nuevo, y en prendas della trujeron de presente al Marqués tres españolas cautivas y dos niñas nietas de la una, las cuales recibió su señoría con tanta ternura, como lo testificaron sus ojos, viendo señoras tan principales y de tanta calidad en tan vil y despreciado traje y desfiguradas y maltraladas de los rigores del sol y frio, y como quien habia 42 años que de sus estrados habian pasado a la miserable servidumbre y esclavitud de aquellos bárbaros, viéndose esclavas las que nacieron señoras y sirviendo a sus mismos criados las que se criaban para mandarlos y servirse dellos. Arrojáronse a sus piés, y olvidadas ya con el tiempo del lenguaje y frase española, parte en lengua de indio y parte en la nativa mal limada, declaraban los compasivos afectos de su corazon, y bañados sus rostros con tiernas lágrimas, le daban las gracias por su venida, y puestas de rodillas, le confesaban ánjel y aclamaban redentor, no ménos de sus cuerpos que de sus almas, pues no pudieran de otra manera salvarlas si murieran en poder de aquella bárbara fiereza que les robó la mejor joya del alma y el inestimable tesoro de su pureza, con la inescusable violencia que les hizo el furor de su arrebatada pasion y absoluto poder.

En este fuerte se encorporaron los campos, y habiéndose dispuesto el ejército y tomado sus lugares y puestos cada compañía, llevando el bagaje en medio, comenzó a marchar con buen concierto y disposicion hasta la ciudad antigua y ahora fuerte y presidio de Angol, y habiéndose alojado en la vistosa y fresca vega de su rio, pasó nuestra toda la caballería y infantería, haciendo ostentacion de sus lucidas armas y caballos. Y habiendo pasado por Curalava, sitio donde fué desbaratado y muerto el gobernador Martin García Oñez y Loyola, de que resultó el levantamiento jeneral de los indios y ruina de las ciudades, dispuso la piedad cristiana del Marqués que se le hiciesen unas honras en aquel lugar, y así se erijió un suntuoso túmulo y se cantó una misa y dijeron rezadas las que se pudieron. Y habiendo concluido con estas tan pías y bien acordadas exéquias, pasó el ejército al valle de Quillin, donde se habian de celebrar las deseadas paces. Y porque nunca falta quien se oponga a los intentos de Dios y el demonio se desvela contínuamente pretendiendo desbaratarlos, tomó por instrumento en esta ocasion para estorbar estas paces cuatro indios, que viendo salir al Marqués con tan lucido y bien disciplinado ejército, entraron la tierra adentro tocando el arma y publicando que no querian paces los españoles, sino que los iban a degollar y que para el intento entraban con mayor fuerza que nunca. Causó grande alboroto esta nueva y aunque no se trocaron con ella los ánimos de los indios, quedaron suspensos y a la mira del suceso: lo cual entendido por su señoría, para desmentir a los alborotadores que habian sembrado tan perniciosa zizaña, despachó a diversas parcialidades varios mensajeros y caciques que asegurasen en toda la tierra la fée de su palabra y promesa y el buen ánimo que llevaba, no solo de estar en todo a lo capitulado con el cacique Lincopichon, sino tambien de hacerles todo buen pasaje, caricias y regalo, como en efecto lo cumplió y a su tiempo se verá; y no fué de poca admiracion para apoyo desto, que tanta multitud de soldados, bagaje y caballos, que, como está dicho, pasaron de diez mil los de nuestro ejército, no quebró una espiga de trigo ni una caña de maíz al enemigo en todo el viaje.

Asegurados con esto los indios, teniendo noticia que se acercaba ya nuestro campo, no solo no se recelaron dél o tomaron las armas para su defensa, pero salieron en tropas y cuadrillas descolgándose de sus montañas, de manera que al descubrir nuestro ejército el rio de Coipu, les vieron venir desalados a encontrar al Marqués y darle la enhorabuena de su llegada y guiarle hasta el alojamiento señalado. Venian todos sin armas y todos, apellidando paz, se nos entraban atropados por nuestros cuarteles, entrando y saliendo por momentos entre los soldados y jente de guerra con tanta confianza y familiaridad como si ayer no hubiéramos bañado los campos con su sangre y ellos con la nuestra. El Marqués los recibió a todos con muy grande agrado y afabilidad, y conociendo la grande estimacion que hacen de la honra, no quedó corto en esto sino que se las dió cuanto pudo, asentándolos a su mesa, y a su lado los mas principales, dándoles tal vez el bocado de su plato y a beber en su misma copa, fineza que conservó su señoría todo el tiempo que duró la jornada, y por sobremesa los llenó de dones, galas y presentes, con que quedaron

tan ganados, que publicando estos favores y corriendo la fama de tanto agasajo y honras que recebian de su mano, no quedaba enemigo en los campos que no viniese, cruzadas las manos, rendido a su obediencia. Venian unos y otros cargados de regalos y presentes a su usanza, con que se mostraban reconocidos al amor y benevolencia que esperimentaban y publicaba la comun voz de todos.

Crecia por momentos el número de los indios que venian a dar la paz; pero cuando lució mas el afecto con que la deseaban y fué mayor el concurso, fué la víspera y el dia de la Epifanía del Señor, que parece fué presajio de que queria Dios que en el dia que los Santos Reyes rindieron sus cetros y coronas en nombre de la jentilidad que representaban al recien nacido Rey de los cielos y tierra, le rindiese tambien este jentilísimo chileno su indómita cerviz y la sujetase al suave yugo de su ley, y a esto parece que aludió el cielo sorteando el Marqués estos santos entre los que (como es costumbre en aquellos presidios) se repartieron a cada uno el dia de todos. Este, pues, concurrieron mas de mil y cuatrocientos indios sin armas, pero muy galanes, haciendo ostentacion de sus collares, que ellos llaman tacum y los tienen por grande gala, y de las espadas anchas que ellos estiman en mucho, no ménos por prendas de su valentía y despojos de las victorias que alcanzaron del español en sus batallas, que por su valor y bien templado corte de sus aceros. Algunos dias ántes deste hubo diferencias entre los caciques y señores mas principales sobre la asignacion del sitio en que se habian de celebrar estas paces, teniendo cada cual por caso de ménos valer el ir a tierras del otro y que no se efectuasen en las suyas, alegando Lincopichon, por medio de un hijo suyo que envió con esta embajada, que a él se le debia esta honra por ser el primero que habia abierto la puerta a estas paces, y Quelantaru, que era indecente a su persona salir de su propria tierra para este efecto y que lo mas a que se podia alargar era a salir hasta el Pino, que es el término de su jurisdicion; y a este modo alegaba cada cual las razones que dictaba su propria estimacion, las cuales habiéndolas oido el Marqués, les representó las que habia de convenencia para que no fuese otro el lugar para asentar las capitulaciones que se deseaban sino el ya señalado de Quillin, por ser en medio de las fronteras y sitio neutral y despoblado; y habiendo satisfecho a sus razones con otras que les representó, obligados de las cortesías y honras con que se las propuso, vinieron en lo que habia dispuesto, y así se juntaron en este puesto el dia de los Reyes para asentar lo prometido por parte de todos.

Debia de sentir mucho el demonio que saliese a luz este parto, y así como pretendió alborotar al enemigo con las falsas nuevas que fueron sembrando por sus tierras los alborotadores que dijimos arriba; así tambien pretendió alterar nuestro ejército por medio de un indio, que habiendo sido llevado a Lima y vendido, entre otros, por esclavo, se huyó desde allí a sus tierras, de donde, instigado de Satanas, se vino a nuestro campo, y entró a hablar al Marqués, diciéndole que aunque se habia huido de los españoles, pero que no les podia perder el amor que les tenia, y que así le avisaba que las paces que los indios le habian ofrecido eran finjidas. Procuró acreditar su dicho con algunas relaciones que

hizo, que no dieron poco cuidado; llevároule preso hasta ver el desengaño y averiguar la verdad, como se vió este dia, constando patentemente era mentira cuando habia depuesto. Cuando supieron los caciques lo que habia pasado, llegaron al Marqués a pedir les entregase este malhechor y enemigo del bien comun, porque lo querian levantar en sus lanzas, (como suelen, para hacer sus ejemplares castigos) pero su señoría los sosegó pidiéndoles le perdonasen, como lo hicieron por su respeto. Sin embargo, porque la prevencion y vijilancia nunca fué sobrada en la guerra, dió órden el Marqués saliesen todas las compañías de ejército a campaña, y que se formase un escuadron de la infantería, y que la caballería y indios amigos tomasen sus puestos, dejando en medio del ejército cojidas por todos lados las cuadrillas de los indios enemigos que venian a dar la paz: donde fué mucho de ponderar y admirar el ánimo y valor que mostraron en esta ocasion estos valerososos guerreros, pues habiendo visto marchar nuestro campo con este órden y tomar los puestos, y hallándose cercados de nuestras armas, mostraron tan estraña intrepidez y bizarría, que no solo no dieron señal de miedo o flaqueza o alteracion en sus semblantes, estando todos desarmados, sin que ninguno hiciese el menór amago de retirarse, pero todos se acercaban a porfía, con que acreditaron, no ménos la verdad de su promesa, que la reputacion de sus valerosos ánimos.

¿Pero qué no intentará la malicia de los hombres cuando la codicia y pasion desordenada no dá lugar a la razon ni al temor de Dios? Fué de admirar en esta ocasion las diferencias de discursos y pareceres que daban algunos de nuestro campo, levantándose un murmullo entre ellos, diciendo unos, estos indios son jente sin palabra ni fée, ni dellos se puede esperar permanencia en lo que prometen: démos en ellos, decian otros: de los enemigos los ménos. Otros: pase la palabra a los indios amigos para que les embistan, y otras cosas semejantes a éstas, que no dieron poca pena y cuidado al Marqués, cuando las entrevia, y le diera a cualquiera que viendo rendidos a estos indios y sin armas, fiados de nuestra fée y palabra, oyese tan inconsiderados desatinos; pero como Dios parece que meneaba esta accion como fundamento de que depende la salvacion de tantas almas, no pudo el demonio ni sus ministros prevalecer contra estas paces, que se celebraron en la forma siguiente:

CAPITÚLANSE LAS PACES.

Habiendo, lo primero, prevenido a Dios este dia ofreciéndole los sacrificios de todas las misas que se pudieron decir por el buen suceso destas paces, y habiéndose formado dos escuadrones de la infantería de los dos tercios, tomando el cuerno derecho el del maese de campo y el izquierdo el del sarjento mayor, y guarnecidos los costados con la caballería de entrambos por sus mangas, salió el Marqués con su compañía de ciento y cincuenta capitanes y maeses de campo reformados, todos armados de armas blancas, tan lersas y limpias que parecian espejos, con muy lucida caballería y todo el ejército puesto en órden y muy concertado. Llevaba por delante sesenta y cinco caciques, entre los cuales los

mas principales señores que tenian debajo de su jurisdicion a diez y doce caciques, eran Lincopichon, Antegueno, Liencura, don Antonio Chicaguala, (hijo de una nobilísima señora española y muy principal y de un indio gran señor, que despues de cautiva la elijió por su mujer) Guaquillauquen y otros; y a la salida, los escuadrones y demas compañías dieron la carga con muy buen acierto y pasando por medio del escuadron enemigo, llegaron a una grande ramada que se habia hecho para el intento, donde se apeó el Marqués con toda su compañía y caciques referidos, quedando las demas de guardia repartidas por sus puestos, y formado el escuadron con cuerdas encendidas para prevenir cualquier siniestro suceso.

Habiéndose apeado todos y tomado cada cual su asiento, se hizo silencio, y queriendo comenzar el parlamento el capitan Miguel de Ibancos, lengua jeneral del reino, se levantó el cacique Antegueno (que como señor de la tierra traia en la mano la rama de canelo, señal de paz entre esta jente, como lo ha sido el de oliva aun entre Dios y los hombres) y tomando la mano y en nombre de todos los demas caciques, dijo con mucha gravedad y señorío, que su usanza era ántes de capitular y asentar cualquier concierto de paz, matar las ovejas de la tierra, para que quedasen mas fijas y ninguna de las partes pudiese en ningun tiempo reclamar sobre lo una vez asentado, porque aquellos brutos animales despues de muertos, servian de un vivo ejemplar de lo que deben guardar los que se juntan a semejante accion, porque así como ellos estaban rendidos y quietos y testificaban con su sangre derramada que no se podian ya menear ni apartar de aquel lugar, así ellos no habian de moverse mas ni volverse atras de lo una vez prometido, ni faltar a la fidelidad debida, aunque para esto fuese necesario derramar la sangre de sus venas y perder la vida. Acabando Antegueno su razonamiento mandó traer luego delante de todos una destas ovejas (que son a manera de camellos, y aunque no tan grandes, sirven como ellos al trajin de las cargas que se llevan de una parte a otra) y levantándose uno de los toquis o jeneral de la guerra y tomando en la mano un baston de hasta dos varas de alto, le dió un feroz golpe con que la rindió a sus piés, y así fueron prosiguiendo los demas dejando muertas hasta número de veinte y ocho, y si tal vez no caia la oveja del primer golpe, se levantaba otro cacique con mucha lijereza y le daba el segundo con que la tendia en el suelo; y las que se quejaban o con las ánsias de la muerte agonizaban, las acababan los circunstantes de matar, ydespues de muertas, llegaban todos a sacarles los corazones y rociar con su sangre el canelo que Antegueno tenia en la mano, ceremonia que (aunque jentilica) parece tiene su fundamento en muchas historias, y aun en las sagradas no le falta, donde vemos que en señal de paz mandaba Dios rociar las puertas con sangre, como se vé en el capítulo doce del Exodo, y así lo entiende San Pablo en el capítulo nueve de la carta que escribió a los hebreos.

Despues de esta ceremonia se sentaron todos al derredor de las ovejas muertas, y hecho silencio, comenzaron a tratar y conferir entre sí sobre el asiento de las paces perpétuas y el modo, calidad y condiciones de jurarlas y entablarlas. Y habiendo hablado sobre esto con

grande concierto y elegancia Lincopichon y Antegueno (que son naturalmente retóricos estos indios y se precian de hacer un buen razonamiento) y replicado de nuestra parte lo que pareció conveniente, proponiéndoles las condiciones y pactos que parecieron mas importantes al servicio de entrambas majestades, y habiendo dado y tomado sobre la materia, se levantó Lincura (cacique muy principal, hombre sagaz, gran soldado, de muy vivo injenio, muy entendido y práctico, de edad de sesenta años y que hasta entónces habia dado cuidado con sus astucias) y hizo tal razonamiento a los suyos acerca de la paz y condiciones de que se trataba, representándoles la infelicidad y trabajos de las armas, y causó tal mocion en todos, que se levantaron en pié y clamaron apellidando a voces la paz, y nombrando sus antiguas tierras de donde los tenian desterrados las guerras, prometieron volverse a ellas dentro de los seis meses, como se les habia propuesto. Hicieron luego las capitulaciones, y la principal de pácte de los indios fué que no han ser encomendados a los españoles sino que han de estar en cabeza de Su Majestad y debajo de su real amparo, reconocerle vasallaje como a su señor, y que con esto volverán a poblar sus tierras, y los españoles podrán reedificar sus antiguas ciudades. Que estarán obligados a salir siempre que fueren apercebidos con armas y caballos a cualquiera faccion que se ofrezca del servicio de Su Majestad y le entregarán a rescate todos los cautivos españoles y españolas que tuvieren en sus pueblos, y otras a este modo: para cuyo cumplimiento ofreció cada parcialidad dos indios de los mas principales en rehenes, los cuales se trujeron a nuestras tierras hasta que ellos puebleu las suyas propias, y de hecho entregaron luego veinte y dos cautivos españoles que habia en la ribera de la Imperial. Lo cual concluido y hecho el juramento, se levantaron todos los caciques y abrazaron al Marqués y los demas del consejo y a los relijiosos de la Compañía de Jesus que se hallaron en aquella junta, y luego hicieron sus presentes de los regalos que traian prevenidos de sus tierras.

Con esto quedaron los indios encorporados con nuestros amigos, y estando así mezclados unos con otros, hizo silencio Antegueno y oyéndole todos muy atentos, teniendo el ramo de canelo en la mano, comenzó un razonamiento tan elegante y con tan vivas razones, naturales tropos y figuras retóricas acerca de la paz y apoyando lo capitulado, que pudieran muchos oradores envidiar la facundia y enerjía con que el indio hablaba, poniendo por delante la mucha sangre que derramada de entrambas partes estaba dando voces por aquellos campos y quebradas; sus padres, hijos, antepasados y parientes hechos pedazos o desnaturalizados y desterrados a reinos estraños, perdida la esperanza de volverlos a ver; la desaprovechada y aun perniciosa porfía y contienda de tantos años, la inquietud con que han vivido, los sobresaltos que han pasado de noche por las montañas y de dia con las armas en las manos, sin poderse desembarazar dellas, aun cuando las habian menester para labrar sus tierras y hacer sus sementeras. Habiendo dicho estas y otras cosas muy para oir y admirar, concluyó su oracion dando a todos la enhorabuena de tan alegre dia, y habiendo repartido con nuestros amigos las ovejas muertas, acompañándole todos, llevó a presentar al Marqués el jaspeado

ramo de canelo con la sangre de aquellos animales, el cual recibió su señoría con grandes muestras de estimacion y cortesía, y nuestra caballería formó escaramuza en señal de la alegría y contento que todos tenian, y con esto se fué al alojamiento, y el dia siguiente marchó el campo a Repocura, donde se hallaron otros treinta caciques, que preguntados de la causa de no haber llegado el dia ántes con los demas a celebrar las paces en Quillin, respondieron que no eran ellos ménos que Antegueno, y que, pues él habia recibido la honra de dar la paz en sus tierras, tambien la querian dar ellos en las suyas, como se hizo, con las mismas ceremonias que el dia antecedente.

Deste puesto pasó el campo a la Imperial, fin y remate desta jornada, donde estaban esperándole sesenta y tres caciques de todas parcialidades. Viéronse aquellas vegas cubiertas de jente, hombres, mujeres y niños, cultivando sus sementeras de trigo, maíz y demas legumbres. Es esta tierra muy amena y fecunda, abundantísima de todo; el cielo y suelo brotando alegría, muy despejada de montañas y solo a manchas algunas que le dan grande hermosura; en unas partes se esplaya por vistosos, apacibles valles y en otras por muy tendidas lomas, aparejadas para cria de ganados. La jente muy bien dispuesta, jeneralmente blanca, de naturales dóciles, blandos y amorosos. Hay en toda la costa y ribera del rio muchos mestizos, hijos de las españolas cautivas, muy blancos, rubios y garzos, todos bautizados por los cautivos españoles, aunque sin oleo ni crisma; los indios tambien, por lo jeneral, són cristianos, y los antiguos que se criaron con los españoles, ántes que se levantasen con esta ciudad, les tienen cariño y amor. Conservan cruces en sus casas; invocan el dulcísimo nombre de Jesus cuando estornudan, tropiezan o se lastiman. Muéstranse bien afectos a las cosas de nuestra santa fé católica. Claman por los padres de la Compañía de Jesus que vivan entre ellos y les enseñen las cosas de su salvacion; y los que instan mas en esto son los desdichados españoles cautivos, que aunque tienen ya mas libertad para salir del cautiverio, o ya por la vergüenza de parecer entre los suyos olvidados de la policía y nativa lengua, o lo que es mas cierto, por estar ya tan enviciados en las costumbres de los indios y casi como ellos en su modo de vivir, porque la costumbre tan envejecida se ha hecho como naturaleza, y hay español destos que tiene veinte y ocho hijos y gran número de nietos y nietas, que son otras tantas amarras o raíces que los tienen asidos a su desdicha y con notable olvido de Dios. Nadie se admire desto, que la descomulgada tierra de nuestro corazon, no lleva otra cosa que espinas y abrojos cuando le falta el cultivo espiritual y el riego del cielo, mediante el uso de los Santos Sacramentos y predicadores del Evanjelio.

Pero en medio de tan espesas tinieblas, la centella de la fé y conocimiento de la vida eterna, que como entre cenizas se conserva en sus almas, cubierta y añogada con tantos vicios, urga y solicita sus corazones con la consideracion de que van sin remedio camino del infierno y condenacion eterna; y así toman por partido, ya que no se hallan con fuerza para arrancar de aquel atolladero, solicitar a los caciques que pidan padres de la Compañía de Jesus que vayan a sus tierras, y con el celo y fer-

vor que acostumbran, les prediquen para salir de tan miserable estado. «Con que vuestra reverencia (añade aquí, escribiendo a su provincial el padre Juan Moscoso, que entró a esta jornada y ha gastado con apostólico celo lo mejor de su vida en estas misiones de Chile) tiene materia para alentar los corazones fervorosos de los nuestros, a que vengan de refresco a juntarse con los que nos hallamos a la puerta de tan rico tesoro, que vamos a ayudar a nuestros hermanos, que, hallándose con el agua hasta la garganta, para perecer en medio de las olas de tanta infelicidad y desdicha, nos llaman, y como quien saca la mano de en medio de la tempestad, nos hacen señas y como pueden nos solicitan a que les demos la nuestra para ponerse en salvo: *Ostium enim nobis apertum est magnum et evidens et adversarii multi*: para que siendo tantos los enemigos y contrarios, que es fuerza haya de armar el infierno, como tan interesado en desbaratar esta espiritual conquista de las almas, siendo tambien los compañeros muchos y del espíritu y fervor que requiere tan gloriosa empresa, hagamos la obra del Señor, quitando al demonio esta presa, que tenia ya por suya y que tantos años ha poseido, sin que para esto nos haga volver el pié atras ni aun la misma muerte, aunque andemos tropezando con ella y la veamos a cada paso delante de los ojos, ciertos de que la sangre de los mártires o es semilla o riego de la fé que habemos de plantar en esta recobrada cristiandad y en mas de cien mil almas destos indios que han ofrecido y capitulado la paz y piden predicadores evanjélicos para ser señados en las cosas de la fé, protestando que nunca tomaron las armas contra ella, sino por su libertad.» Hasta aquí el padre.

Corriendo por esta vega donde se capitularon las paces con sus caciques de la manera que se hizo en Quillin, pasó el ejército a la ciudad que fué y ahora no es, sino ruinas de la Imperial. Es su sitio una eminencia que cae en el estrecho y punta que hacen dos famosos rios: el uno que tomó el nombre de la misma ciudad y es caudaloso y grande; y el otro, que llaman de las Damas, por su apacibilidad y belleza y corre marjenado de vistosas arboledas de todo jénero de frutas de Castilla y olivos que se suben a los cielos. Cruzan y pasean los indios estos rios en sus canoas, en que tienen muy grande recreo, y de la otra banda se descubren en las caserías muchas y muy amenas huertas, y en particular una muy grande y heemosa, que dicen fué del obispo don Agustin de Cisneros, que murió dos años ántes del levantamiento de estas ciudades, amenazándoles por los pecados que en tanto vicio y regalo cometian, con el azote y castigo que tan a su costa aun lloran hoy las insensibles piedras de sus cimientos. Aquí dispuso el piadoso celo del Marqués se buscasen los huesos deste santo pastor y príncipe de la Iglesia, y averiguando con los antiguos que se habia enterrado en la Catedral al lado del Evanjelio, mandó profundar la cava (que habia comenzado a abrir en otro tiempo con el mismo intento, aunque sin fruto) y se hallaron sus huesos en una caja consumida ya del tiempo, los cuales llevó consigo a la ciudad de la Concepcion, donde se depositaron en la Catedral, mandando hacer unas sumptuosas exéquias, que quiso honrar el príncipe y pastor de aquel obispado, don Diego Zambrana Villalobos, con su misa de pontifical, prebendados, canónigos y toda su clerecía.

Miéntras se buscaban estos santos huesos, se ordenó que se cantase una misa con toda solemnidad en hacimientos de gracias por los buenos sucesos de esta jornada y para ejemplo y edificacion del jentilismo y consuelo desta arruinada y casi del todo destruida cristiandad; y fué cosa admirable que estando altercando sobre el lugar y sitio que se elejiria, y habiendo resuelto que se dijese en las ruinas que habian quedado de la iglesia mayor, corrió voz por dos veces que nó, sino en una de aquellas huertas que sobresalia allí mas fresca y apacible; y así aunque por dos veces se comenzó a aliñar un altar para decirla en la dicha iglesia, a la tercera, parece que llevados de una fuerza secreta, se resolvieron a que se dijese en la dicha huerta, donde se compuso el altar y se levantó en él un crucifijo que llevaba consigo para su devocion el jeneral don Diego Gonzalez Montero, y estuvo la maravilla en que acabada la misa se averiguó que aquella huerta fué de una señora, abuela de la mujer deste caballero, la cual habia llevado consigo de España este santo crucifijo y muerto en sus brazos, que parece quiso con esto este Señor honrar aquel primer sitio donde habia sido honrado y adorado de sus devotos siervos. Asistió a esta solemnidad el Marqués y toda la caballería, y quedó la infantería en guarda del bagaje; celebróse con mucha música y aparato de cajas, trompetas y clarines, con notable admiracion de los jentiles y tanta devocion de los cautivos españoles (que en cuarenta y dos años no habian visto semejante accion) que uno de ellos todo el tiempo que duró la misa tuvo sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas, enterneciendo y regalando con ellas los corazones de los que le miraban.

Con esto (y hecha la cuenta y computo de los indios que han dado la paz por los soldados de lanza que tiene cada cacique) son estos diez y nueve mil ochocientos y cincuenta, y regulados unos con otros a seis por cada familia, que es lo ménos, porque hay indios que tienen ocho y diez mujeres; son por todos ciento y diez y nueve mil y cien almas) dió vuelta el ejército y el Marqués volvió mas gozoso con el rescate de los cautivos españoles y con la presa y despojo de su cristiana piedad y católico celo, que con los que pudiera haberle ganado su grande valor y alentado esfuerzo cuando emprendiera a fuerza de hierro y sangre la conquista de este reino; pero atendiendo al poco fruto y efecto que han tenido para el intento belicosos bríos y sangrientas determinaciones, tienta el vado por otro rumbo, pretendiendo por el medio de la suavidad, caricias y halagos su pacificacion, aunque no por esto pierde de vista todas las cautelas, prevenciones y reparos que pueden afianzar la seguridad con jente tan guerrera y cebada a sangre española. Dios Nuestro Señor prospere sus buenos intentos y mueva los corazones de quien puede cooperar a que salga a luz este parto de tanta gloria suya y despierte el fervoroso espíritu de apostólicos obreros que logren en esta tan dilatada mies los alientos del encendido afecto y amor de las almas que es menester para cojer los abundantes frutos de la cruz con que los convida y llama El que se dignó morir en ella por su salud y remedio.

CAPÍTULO X

Del estado con que quedó y está el reino de Chile despues de las capitulaciones referidas de la paz y sujecion de los indios a nuestro católico Rey.

¡Cuán propio es de las cosas grandes y de gran servicio de Nuestro Señor el padecer contradiciones y dificultades en su ejecucion! Nunca dudé ni habrá quien lo niegue que así como el rumor y inquietud de la guerra es tan opuesta a la paz y sosiego interior tan necesario para plantar en los corazones de los hombres la fé y las demas virtudes que la cortejan y acompañan; así la paz y quietud y conformidad de unos con otros es el medio mas eficaz y que hace el paso abierto y franco al cultivo espiritual de las almas, así para los que se convierten del jentilismo y sus tinieblas a la luz clara del Evanjelio, como para los aumentos en la virtud de los recien convertidos, y aun de los cristianos mas antiguos en su profesion. De aquí colijo que la conversion de aquella parte del reino de Chile, que tantos años ha estado resistiendo y cerrando las puertas al Evanjelio, debe de ser de gran gloria de Dios, pues tan solícito ha estado el demonio en desbaratar los medios que se han aplicado para conseguirla. Ya vimos lo que hizo en órden a esto en tiempo del padre Luis de Valdivia, y cuán bien le salieron las trazas y medios que tomó para desbaratar entónces las paces de que dependia la propagacion de la fé en aquel jentilismo.

Esto mesmo ha pretendido tambien esta vez solicitando los ánimos de los indios (que veia ya rendidos para recebir el suave yugo del Evanjelio) a que se revelasen de nuevo, y faltando a su palabra y promesa, volviesen a tomar las armas contra los cristianos, y de hecho alteró los ánimos de algunos caciques de la cordillera para que se levantasen: lo cual obligó al gobernador a publicarle nueva guerra, como lo hizo; pero hasta ahora no ha pasado de aquí este mal, porque los indios que han

perseverado y perseveran en la lealtad y fé de su promesa son los mas poderosos y de mas importancia, y así en una carta que me escribe el Marqués, su fecha de 4 de Junio de 1644, habiendo referido estas alteraciones de los indios de la cordillera, añade estas palabras: «Pero como los nuevos amigos reducidos no falten, no dan cuidado los revelados de la cordillera. Dios se sirva de continuar los aciertos, pues, gracias al cielo, se han alcanzado unos a otros». Hasta aquí el Marqués, el cual para asegurar mas estas paces y salir de una vez de estos temores y cuidados y que quedase del todo abierta la puerta a la predicacion del santo Evanjelio, habia pedido a Su Majestad cuando le dió aviso de las capitulaciones que hizo con los indios que le enviasen mil hombres para ir poblando la tierra; porque éste y no otro es el medio eficaz para concluir con aquella conquista, porque con estos hombres y una buena cantidad de mujeres que se podrian sacar de la ciudad de Santiago sin que hiciesen falta, porque hay muchas de sobra; se podria ir reedificando las ciudades antiguas, que ya vuelven los indios, para que libremente las volvamos a habitar, y yéndose poblando los españoles y aumentándose, como lo han hecho en las otras ciudades que quedaron en pié, quedaria asegurada en poco tiempo toda la tierra y se aumentaria y creceria mas apriesa que otras, por el gran fundamento que tiene para ello.

Bien reconoció el Rey nuestro señor y sus Reales Consejos la importancia de este medio, y así aprobaron las paces y dieron por buenas las capitulaciones que se habian hecho con los indios, y se hubiera sin duda enviado este socorro de jente a Chile, pues tanto importaba, si las revoluciones de Cataluña y Portugal hubieran dado lugar a ello; pero los aprietos de las guerras de Europa impidieron la providencia de lo que está mas lejos; sin embargo, no desmayando el Marqués, ni desistiendo del intento comenzado, ha continuado las paces, obligando a los que las han dado a que se vayan reduciendo a los amigos que están de nuestra parte, y así lo van haciendo muchos, como me lo han escrito várias personas de aquel reino, de cuyas cartas quiero referir aquí brevemente algunos capítulos por sus mesmas palabras, para que de ellas conste mejor el estado en que se hallan hoy aquellos indios y las esperanzas que hay de su conversion y de que aquellas nuevas iglesias vayan floreciendo y aumentándose a gloria de Nuestro señor y despecho del demonio, que tanto lo ha resistido.

Sea el primero de una carta que me escribió el padre provincial Juan Baptista Ferrufino, de quien se hará mencion honorífica, como merece, en su lugar, su fecha de 19 de marzo de 43, en la cual dándome nueva de las alteraciones de los indios, añade estas palabras: «Ahora digo que con una entrada que hizo el señor Marqués este año se ha remediado todo, porque con élla se descubrió la infidelidad de los caciques de la cordillera, que declaró el señor Marqués por traidores y les ha publicado guerra; y han mostrado los de Puren, los de la Imperial y los de la costa gran fidelidad y muy grande aficion a las cosas de nuestra santa fée y gran deseo de saberlas, andando siempre tras el padre Diego Rosales y padre Francisco Vargas todo el tiempo que allá estuvieron, oyéndolos de muy buena

gana y repitiendo lo que se les quedaba de las oraciones, y piden con grande instancia padres que los instruyan. Nuestro Señor ayude a vuestra reverencia a que venga con bien y se haya servido haya negociado bien, que bien tendrán en qué emplearse los compañeros que vuestra reverencia trujere». Hasta aquí este capítulo. En otro dice así: «Las paces de los indios de guerra se han conservado contra el sentimiento de muchos que desean guerra por el interés de las piezas. Hánse reducido a Angol muchos, poblado en Levo y cerca de los fuertes de San Cristóbal y Talcamávida, y el Marqués trata de entrar de nuevo ogaño y obligar a los que se han reducido y están ya de nuestra parte a que hagan guerra a los que han resistido a las paces, que son algunos de Valdivia, Osornos y Pueiches, y si se ponen todos de paz (como lo espero en el Señor) será esta provincia la mas apetecida de las Indias por la mucha mies, abundancia y bondad del temple, y se podrá visitar toda con mas facilidad que las otras»: hasta aquí este capítulo. En otro de otra carta dice así: «Las últimas nuevas que tuve de Penco son bonísimas, porque me avisan que los indios de guerra enviaron sesenta cautivos que tenian nuestros, presentándolos todos al señor Marqués, entre ellos a la señora doña Aldonza de Castro (es esta una señora principalísima y muy noble que había muchos años se habian hecho grandes dilijencias por libertarla y nunca se habia podido) con otras ocho españolas cautivas, y en su compañía vinieron cincuenta caciques de paz. Hízose una muy lucida procesion en accion de gracias a la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, llevando todos los cautivos ya libertados cada uno su vela en la mano. ¿Quién puede ya dudar que esta obra es de Dios, que va disponiendo las cosas para la conversion de todo este reino? vengan, vengan Padre mio, muchos obreros fervorosos a gozar de la ocasion tan a propósito dispuesta para ellos»: hasta aquí este capítulo. En otros repite lo mesmo, y últimamente, suponiendo que tengo ya concedidos y nombrados los compañeros que piden aquellas gloriosas misiones, me dice en otro capítulo estas palabras: «Aquí me quedo aguardando a vuestra reverencia con sus muchos compañeros y buenos, a los cuales todos y a cada uno envio mis encomiendas y doy mil parabienes de la dichosa suerte que les ha cabido y de la copiosa mies que Dios les va disponiendo con las paces de este reino, que cada dia se van estendiendo mas y mas. La isla de la Mocha ha dado la paz, los pueiches la dan: faltan los de Valdivia y los de Osorno, y si no la dieren de grado, los vecinos de la Villarrica, Imperial y Angol les han enviado recados que les harán guerra y captivarán hasta que la den. Esto me avisan los padres de las Misiones: el Señor los convierta a todos». Todo esto es del que era provincial cuando yo partí de Chile. Dice su sucesor, que es el padre Simon de Ojeda (varon de gran celo, ejemplo y letras) lo siguiente: «Ya ve vuestra reverencia la falta que tenemos de sujetos, y así confio habrá hecho el esfuerzo posible para traernos muchos con que ocupar los puestos destituidos de los necesarios, y ahora mas con la nueva reduccion de los indios de Puren hasta la Imperial que han dado muy de veras la paz, y casi todos los del reino lo están y solo faltan obreros que ocupar en su conversion a nuestra santa fée, que por lo demas si hubiesen españoles

pobladores, ya estuviera casi todo el reino de paz». Hasta aquí el capítulo de esta carta que es de 28 de febrero de 43, y lo mesmo me repite en otra, el padre Rodrigo Vasquez (persona de grande espíritu y autoridad en aquel reino, donde ha sido vice provincial y retor muchas veces) siéndolo del collegio de la Concepcion, que es cabeza de las misiones que están en la frontera de la guerra, me escribió una carta su fecha de 8 de enero de 42 en que dice así: «Las cosas de la guerra van cada dia mejores y se van poblando y viniendo los indios de guerra a gran priesa, que el buen agasajo del señor Marqués ha importado mucho; Dios les dé luz para que reciban la del Evanjelio como todos deseamos». En otra dice: «Ya han dado la paz los indios hasta Valdivia, vánse reduciendo junto a nuestras fronteras a gran priesa, y entran y salen los de guerra como en sus tierras y el señor Marqués los recibe con grande agrade. Han salido muchos cautivos y cautivas, va todo muy bueno, etc.» Hasta aquí este padre. Su sucesor, que es el padre Baltasar Duarte, persona muy conocida en aquel reino por sus excelentes letras y espíritu, confirma esto mesmo en una de 29 de marzo de 43, por estas palabras: «Las cosas de la guerra van buenas: Valdivia y Osorno enviaron ahora mensajeros que tratan de las paces, Dios los conserve«; y el antecesor de entrambos, que es el padre Juan de Albis, persona que, de mas de su gran doctrina, celo y relijion, es de mucha autoridad por ser comisario del santo oficio del obispado de la Imperial, en una que me escribe de 10 de noviembre de 43, dice así: «En cuanto a los indios de guerra se van viniendo muchos caciques con sus parcialidades y se reducen a nuestras tierras y se van haciendo nuevas reducciones, para las cuales son menester mas número de padres para doctrinarles y esperamos a vuestra reverencia que les traiga padres y remedio a sus almas».

Hasta aquí la carta, y en otras que he recebido de otros me dicen lo mesmo, conviniendo todos en que, fuera de los caciques que he dicho de la cordillera a quien se ha publicado nueva guerra, las demas provincias que han dado la paz hasta la Imperial están muy constantes y firmes en ella, para cuyo testimonio se han ido reduciendo y juntándose con los indios amigos, lo cual todo se debe al Marqués de Baydes, que aunque con contradicion de muchos que no aprueban este medio de las paces para dar fin a aquella conquista, ha estado siempre constante en adelantarlas, gobernando y guiando las cosas con tanta cristiandad, consideracion y prudencia, que, como me escribe el padre Alonso de Aguilera, (persona por sus grandes letras, calidad y relijion, digna de la estimacion en que está en aquel reino) ha llevado guiadas las paces con tan gran cordura y acierto que no podia suceder mal aunque los indios maleasen (que estas son sus palabras): a que añade otras en otra carta, diciendo que con el valor que el Marqués ha mostrado en sustentar y llevar adelante estas paecs, aunque con contradicion de tantos que debieran apoyarlas y fomentarlas, ha gobernado el reino de manera que en su tiempo todo ha sido tranquilidad, sin suceso alguno malo, ni muerte de hombre, sino solo de un cacique, lo cual cuanto haya importado para la propagacion de la fée y conversion a ella de aquel rebelde jentilismo, quiero que lo colija el discreto letor de una carta en que el padre Diego

de Rosales, a quien he ya citado arriba, da cuenta, como testigo de vista, al padre Luis de Valdivia, de buena memoria, de lo que en esto pasa, recopilando con claridad y distincion todo lo sucedido hasta el año de 43, en que escribió esta carta, la cual, por no alargar demasiado este capítulo, dará principio al que se sigue.

CAPÍTULO XI

Prosíguese la mesma materia.

La carta del padre Diego de Rosales, su fecha de Arauco y abril 20 de 1643, dice así.

«*Pax christi etc.*—Mi padre Luis de Valdivia, agravio hago a la buena memoria de vuestra reverencia en no darle cuenta de las cosas de por acá, pues al presente está este reino en tan buen estado como vuestra reverencia le deseó ver, y ahora se cojen los frutos de los trabajos con que sembró vuestra reverencia aquel campo, y cada dia les hago memoria a los indios del bien que vuestra reverencia les trujo y no supieron conocer, y viéndole presente y gozándole, se alegran. Porque ha llegado Chile a estar todo de paz, y con la buena gracia y agrado del gobernador que hoy tenemos, el Marqués de Baydes, hombre desinteresado de piezas y persona de buen celo, se ha conquistado lo que no se ha podido con las armas. Diéronle la paz Lincopichon y Butapichon, que son los principales de la Imperial hácia la cordillera, y tras ellos los de la costa, unánimes y conformes. Capitulóse que toda la jente que se habia retirado a la Imperial de los fronterizos se viniesen a sus tierras y gozasen dellas, porque huyendo de la guerra se habian retirado todos los de Pilmaiquen, Lincoya, Paicaví, Ilicura, Contun, Puren, Tirua, Calcoimo y Relomo. Viniéronse todos a sus tierras con grande gusto a estar de paz, porque allá la jente de la Imperial, como a forasteros, les hacian mal pasaje, y si les daban un año un pedazo de tierra en que sembrar, a otro se le quitaban, y ya les arrebataban las hijas, ya las mujeres, con lo cual y con lo que les habian apretado los españoles con la guerra, se veian tan oprimidos que alzaron las manos al cielo cuando se les trató de la paz y de que se volverian a sus tierras. Trujeron luego sus ganados y sus mujeres y hijos, y estuvo todo de paz algunos dos años, sin que de una ni otra parte entrasen a hurtar un caballo ni a hacer daño ninguno.

«En este tiempo el demonio, que siempre siembra zizaña, perturbó esta paz, porque Lincopichon y los caciques de la cordillera hicieron algunas borracheras y trataron en ellas algunos alzamientos secretos, pero no lo fueron tanto que no se viniesen a saber. Prendió el gobernador a veinte de los mas principales, y hecha la causa, los dió por traidores. Y entrando este año a campear, le salieron a recebir todos los caciques de la costa hasta la Imperial, con diez y nueve ovejas de la tierra (que mataron en su presencia, en señal de amistad) pero los caciques de la cordillera, de Aliante, Anteguenu, Pubinco, Glol, etc., no le salieron a recebir: uno vino con una oveja de la tierra y no la quisieron recebir los conas (llámanse así los soldados) de San Cristóbal y Talcamávida. Publicóles el gobernador guerra con cajas y trompetas, juntos los dos campos en Curaupe, tres leguas de la Imperial, y estando presentes los dos campos, los amigos de Arauco y de San Cristóbal y todos los nuevos amigos de la costa hasta la Imperial y algunos de la cordillera, dijéronles a los de la cordillera que se fuesen a sus tierras, pues querian ser enemigos y trataban de levantarse, que dentro de tres dias les habíamos de hacer la guerra y castigarlos. Y así se hizo, porque les fueron a maloquear y cortar las comidas, y dentro de dos meses volvieron los dos campos a maloquearles, uno por un lado y otro por otro. Hánles hecho algun daño cojiéndoles muchas piezas y ganados y quemándoles los ranchos y las comidas, con que están los que se quisieron levantar amedrentados y acorralados; porque tenemos la flor de la guerra por amigos, como son Puren, Ilicura, Contun, Paicaví, Tirua, Calcuimo, Relomo, Queluilemu, Lemullanca y toda la Imperial, yendo por la costa: con que confío en Dios, los demas se vendrán a rendir. Toda esta jente de la costa que está de paz se gobierna por Arauco y está hermanada con nuestros indios amigos de Lavapié y Arauco. Con los indios de Talcamávida y San Cristóbal estaban hermanados los de la cordillera, que se levantaron, pero de esos se vinieron de paz, junto a Angol, algunos cuatrocientos, y esta campeada pasada se vinieron seiscientos y se sacaron diez y nueve cautivos de las ciudades de arriba. Toda esta jente que se vino de paz a Angol, que son mas de mil almas, los pasó el gobernador entre Bio-Bio y la Laja, porque allá estaban espuestos a los golpes del enemigo, y porque no tuviesen tan fácil la vuelta a sus tierras: para su defensa está en Angol un fuerte con cien hombres. Este es el estado de lo temporal.

«En cuanto a lo espiritual, hasta agora no se habia dado paso ninguno; este año fuí a la campeada con el campo de Arauco: pasamos por la costa visitando las nuevas poblaciones de amigos y en todas partes nos salian a recebir a los caminos con camaricos; fuíles dando noticia de Nuestro Señor y predicándoles los misterios de nuestra santa fée, que oyeron con gusto. Rezaban las oraciones con aficion. Dos veces he entrado por la costa a predicarles, y es para alabar a Dios ver una jente ántes tan feroz, tan domésticos y tratables y cuán capaces se hacen de las cosas de Dios y el gusto con que reciben la fée.

«En la campeada se juntaron con el gobernador todos los caciques de la costa y de la Imperial, y despues de sus parlamentos y de haber tratado de la firmeza de la paz, y que no fuesen como los otros que tenian dos

corazones, me dijo el gobernador que les predicase los misterios de nuestra santa fée y les dijese cómo el fin de Su Majestad en sustentar aquí las armas era para que fuesen cristianos y que a eso se enderezaban estas paces. Prediquéles largamente dándoles a conocer a su Criador y los medios por donde se habian de salvar, y todos dijeron que ya tenian un corazon con los cristianos y que querian ser de una ley y relijion y que recebirian el agua del santo baptismo. Pidieron algunos al gobernador nos dejase allá, y el padre Francisco de Vargas Flanmenco y yo hicimos harta instancia con el gobernador para que nos dejase en la Imperial, que seria de gran provecho para confirmar aquellos antiguos cristianos en la fée y bautizar sus hijos; mas, como acababa de publicar la guerra a los de la cordillera que están cerca, no quiso, por que no corriésemos algun riesgo. He salido razonable lenguaraz y creo que no anda en las misiones quien me gane sino es el padre Juan Moscoso, que es criollo y ha mas que la ejercita. Estamos tres Padres aquí en Arauco, tres en Buena Esperanza y cuatro en Chiloé. Mucha jente es menester ahora para estas nuevas misiones que necesitan de operarios fervorosos: Dios nos dé su espíritu y nos los envie.

«Habian vivido los Padres en el castillo donde vuestra reverencia los dejó y yo tambien algunos años con el padre Pedro Torrellas (que ya se fué a gozar de Dios, cargado de merecimientos) y viendo la estrechura y incomodidad de habitacion, hice fuera del castillo una iglesia muy buena que se aventaja a la del colejio de Penco, y voy edificando la casa para nuestra habitacion, grande y capaz para muchos Padres misioneros para que desde aquí puedan ir la tierra adentro. Esto es, mi Padre, lo que por acá hay de nuevo, que por entender que le dará a vuestra reverencia gusto saber estas cosas por menudo, me he alargado tanto: holgara mucho haber alcanzado de su espíritu de vuestra reverencia, pero las memorias de sus hechos están tan frescas, que nos sirven de ejemplares y de solicitadores a los que venimos despues a cojer lo que vuestra reverencia sembró. Muy en la memoria tienen a vuestra reverencia estos indios de Arauco y no hay otra cosa entre los viejos sino «a mí me bautizó Valdivia». Mucho creo que se holgara vuestra reverencia de ir sin escolta y sin recelos ningunos a Paicaví, Ilicura y Puren; pero con sus oraciones puede vuestra reverencia hacer mucho ayudándonos a los que estamos por acá, y enviándonos su capa y espíritu doblado para hacer fruto en esta jente, y así pido a vuestra reverencia no se olvide de mí en sus santos sacrificios y oraciones. Admíranse los indios cuando les digo que vuestra reverencia está vivo: quiera Nuestro Señor que esta admiracion dure muchos años, para que su memoria de vuestra reverencia nos aliente a todos.—Arauco, 20 de abril de 1643.

Hasta aquí esta carta. En otras me escriben que recebian los indios con tanto amor y gusto lo que les enseñaban, que se andaban detrás de los padres siguiéndoles donde quiera que iban, preguntándoles las cosas de la doctrina cristiana y repitiendo lo que habian ya aprendido; de manera que si hubieran dejado a los Padres con ellos, como lo deseaban, sin duda hubieran hecho grande fruto en ellos: de donde se ve claramente de cuanto impedimento sea la guerra para la propagacion de la fée, y

cuanto ayude la paz a su exaltacion y a la salvacion de aquellas pobres almas, que de aquel jentilismo pasan al infierno por falta de predicacion. El que derramó su preciosa sangre por ellas se compadezca de su gran desdicha y disponga las cosas de manera que entrando a sus tierras los predicadores evanjélicos que esperan, logren en aquella copiosísima mies los frutos de la cruz, para lo cual ayudaria grandemente enviar de España a aquel reino un buen socorro de jente para ir poblando las ciudades antiguas, porque con esto se asegurarian del todo los predicadores del Evanjelio y podrian entrar a predicar a los jentiles, sin los temores y recelos que obligan a los que gobiernan a proceder con el tiento y consideracion que se procede para no dejar sacerdotes entre esta jente, y segun el juicio de los prudentes y esperimentados y de todos en jeneral, miéntras este remedio no se aplicare, no será posible acabarse aquella conquista que tanta sangre y hacienda ha costado.

Concluyo este capítulo con otro de otra carta que Francisco de Almendras, español cautivo, escribió al padre Juan de Albiz, arriba citado, su fecha de 29 de marzo de 43, y dice así: «Padre mio de mi alma, cómo me holgara poder ir por allá a confesarme con vuestra paternidad, pues en cuarenta años que há que estoy en este triste cautiverio, solamente una vez he podido gozar de esta ventura». Prosigue la carta, y habiendo dicho que se remite a otras, en que avisa al Marqués de la gran voluntad y deseo que los indios tienen de que se asienten y establezcan las paces y que entren a sus tierras Padres que los enseñen, añade: «Mas, como veo que son tan pocos vuestras paternidades, no me atrevo a suplicar a vuestra paternidad que me envie uno o dos que despierten a estos indios de la ceguedad y errores en que viven». Ultimamente, despues de haber referido algunos de estos errores y ignorancias en que están y otras cosas dignas de compasion, y la buena disposicion con que se hallan para recebir la fée, concluye la carta con estas palabras: «Lo cierto es, padre mio, que toda esta jente, desde la Imperial, donde yo vivo, hasta Valdivia, Osorno y Villarrica, desean todos buenos Padres, sacerdotes, como vuestra paternidad, de la Compañía de Jesus, porque saben ya que son ejemplares y de muchas virtudes, y que no buscan sus mujeres ni sus hijas, como lo hacian algunos malos curas, cuyos escándalos tienen hasta hoy muy presentes los viejos y los repiten muchas veces: quiera Nuestro Señor que vengan a esta tierra muchos Padres de la Compañía para que enseñen a mis hijos y a todas estas jentes. Yo esperaba a vuestra paternidad con el padre Francisco Vargas o con otro padre, mas ya que el señor Marqués no ha dado licencia, pido a vuestra paternidad, por amor de Dios, se llegue hasta el fuerte del Nacimiento para que allí tratemos las cosas de mi salvacion y de los mios, porque tengo muchos hijos y nietos, y en caso que vuestra paternidad no pueda venir, procure, por amor de Dios y por me hacer esta limosna, que vengan otros Padres de la santa Compañía de Jesus, que aunque estoy treinta leguas del Nacimiento, me pondré en camino y estaré esperando en aquel fuerte con algunos de los mios. Dios pague a vuestra paternidad el agasajo que en esa santa casa han hecho a los caciques y a sus soldados, que han venido muy agradecidos. Recebí las cosas de devocion que vuestra paterni-

dad me envió y la doctrina con el acto de contricion y cada dia lo estoy leyendo, y como ya lo tengo de memoria, se lo he dado con los ejercicios a mi amigo Gaspar Alvarez, que es otro español captivo que pasó los otros dias por aquí y que vive con sus hijos diez leguas mas adentro».

Hasta aquí la carta de este pobre cautivo español, nacido en Valdivia, donde lo cautivaron con los demas cuando ganaron y destruyeron los indios aquella ciudad, de lo cual es fácil de entender, lo uno, la buena disposicion con que se hallan aquellos indios desde la Imperial hasta Villarica, Osorno y Valdivia para recebir la fée, como lo testifica este cautivo que vive entre ellos y los conoce; lo otro, su gran desdicha y estrema necesidad espiritual, pues en cuarenta años de captiverio no ha tenido ventura de confesarse sino una sola vez, y para tenerla siquiera otra, hace tantas diligencias hasta salir a treinta leguas de camino, con manifiesto peligro de su vida, y aun no le vale. Dios socorra y favorezca a estos pobres cristianos y no permita vaya adelante esta guerra tan prolija y dañosa, pues con la paz se conservarán los indios en la buena disposicion en que están para recebir el Evanjelio y vivir conforme a él los que le recibieron antiguamente, y con esto se facilitará la libertad de aquellos miserables captivos que tantos años há padecen y viven en tantos peligros de alma y cuerpo.

CAPÍTULO XII

Conclúyese esta materia, y dáse razon de la nueva fundacion de la ciudad y puerto de Valdivia.

Hemos visto en los capítulos pasados el estado y buena disposicion en que el Marqués de Baydes ha puesto el reino de Chile en el tiempo de su gobierno hasta el año de 44, y aunque por no haber tenido el socorro de jente que deseaba, de España, no ha podido hacer las poblaciones y reedificar las ciudades que pretendia y eran necesarias para concluir de una vez con aquella conquista y dejar entablada del todo la predicacion del Evanjelio en aquel jentilismo, ha dado un gran golpe para allanar las dificultades que hasta ahora la han estorbado y deja abierto el paso y hecho el camino para llevar adelante estas fundaciones, y de hecho quedan de paz los caciques y provincias de la costa hasta mas allá de la Imperial, y estos dos años que han corrido desde el de 44 hasta este de 46 no habrá dejado de adelantar sus buenos intentos; aunque no sé cosa en particular, por no haber aun recebido los avisos que han venido este año de cuarenta y seis de aquel reino; si bien he entendido por mayor que no ha habido novedad considerable en lo que toca a los indios, sino que todos los de paz están con la mesma disposicion que vimos en el capítulo pasado para recebir los predicadores del Evanjelio, siempre que quisieren entrar a sus tierras a predicárselo. Dios sea servido de que lo veamos puesto en ejecucion para mayor gloria suya, aumento de su Iglesia y propagacion de su santa fée.

Lo que avisan en particular algunas cartas que hasta ahora han comenzado ya a llegar del Perú y Chile, es la nueva fundacion del puerto y ciudad de Valdivia, para cuya intelijencia, renuevo la memoria de lo que queda apuntado en el capítulo IX del libro primero de esta historial descripcion acerca de la entrada en aquel puerto de la armada holandesa que pretendió fortificarse en ella el año de 43, la cual habiendo

salido de Pernambuco con tres navíos, una urca y un patache, otros dicen diez, otros quince vasos, a cargo de Henrique Brum, gobernador que era del Brasil, y de compañía del jeneral y príncipe de Oranje, con suficientes pertrechos y jente de guerra y mar, cuatrocientos carretoncillos, noventa y dos piezas de artillería, treinta y cuatro de bronce y cincuenta y ocho de fierro, y otras prevenciones necesarias (aunque los soldados ni capitanes no sabian los designios del jeneral, ni a donde se enderezaba esta navegacion) desembocaron por el Estrecho de Magallanes, segun me escriben algunos, otros no dicen por donde entró, pero dicen que navegaron por altura de setenta y setenta y dos grados, lo cual (habiendo desembocado por el Estrecho de Magallanes) no pudo ser sino por causa de alguna tormenta, que despues de desembocados los arrojase al polo, como aconteció al Draque y queda referido en su lugar, porque para ir a Valdivia, a donde llevaban su derrota, seria volver atrás subir a tanta altura.

No habiendo podido ivernar en la isla de San Bernabé, o Bernabelte como ellos dicen, por el rigor de las nieves y frios, que por estar en tanta altura eran insufribles, hicieron vela y bajaron a Chile, habiendo perdido la urca, que venia mas interesada de armas de fuego, picas, pólvora, plomo y otros pertrechos de guerra y armas, palas, azadones, picos, hachas y fraguas, con oficiales de todas las artes necesarias para el intento, y, sobre todo, la comida que traian en ella, se hallaron obligados a ayunar; porque, segun la relacion que dió el holandés Juan Antonio, natural de Velduque, a quien cautivaron con otros en Chiloé, se quitó a cada uno una libra de racion cada semana hasta que llegaron a Chiloé, donde se proveyeron para adelante, aunque siempre padecieron mucho trabajo. En esta isla de Chiloé tomaron puerto a seis de mayo de 43, en el que llaman del Inglés, veinte leguas del de Carelmapo, que es el de la ciudad de Castro. Habiendo hecho aquí señal la capitana, abrió el jeneral un pliego delante de todos, en el cual se le mandaba, por órden del conde Mauricio, de quien dicho jeneral Enrique Brun habia sido almirante, que con aquella jente diese principio a la poblacion tan deseada y pretendida tantos años há del famoso puerto, ciudad y rio de Valdivia; y que luego que allí se hubiese fortificado, despachase dos navíos con solos marineros y jente de la mar, para que se le enviase el socorro de siete mil hombres, que estaban a punto en el Brasil para ir a ayudarlos y hacerse inespugnables en aquel sitio, porque su intento era hacerse señores de Chile y del Perú y por lo ménos fortalecerse en aquel puesto y tomar juntamente el de Coquimbo, para ser dueños de todas aquellas costas hasta Panamá y de allí correr a las de Méjico y Philipinas.

No lo llevaban mal discurrido, si tuvieran mas de su parte a Dios, que aunque tal vez les permite salir con lo que desean y los toma por azote para castigar como padre a sus fieles y católicos; les desbarató esta vez todos sus designios, de manera que por mas que forcejaron contra la corriente, no pudieron prevalecer. Cautiváronles en este puerto algunos por órden del maese de campo de Chiloé, que les echó una emboscada de seis españoles y hasta ocho o diez indios; y aunque el jeneral Enrique Brun, irritado de este suceso, despachó el dia siguiente un navío al puerto

de Carelmapu, y quemaron en él uno de un particular que hallaron allí cargado, y echando en tierra una tropa de mosqueteros, nos mataron algunos de los nuestros, destruyeron las iglesias, alancearon los santos y hicieron otros destrozos propios de su impiedad; tomó Dios venganza de ellos quitando allí la vida al dicho jeneral Enrique y matándolos de hambre en el rio y puerto de Valdivia, adonde últimamente llegaron para fortificarse en él, como pretendian. Comenzaron de hecho a menear las manos y levantar las tres fortificaciones, y en la que hicieron en la isla que llaman de Constantino, que está en el mesmo rio, pusieron hasta noventa piezas de artillería; pero todo esto les importó muy poco y no les sirvió sino de perder tiempo, hacienda y jente, porque por falta de comida se huian muchos de sus soldados a los indios, los cuales aunque a los principios les vendieron alguna, despues no quisieran acudirles con mas socorro, con que se halló el jeneral obligado para no acabar de perder su jente, a encerrarla toda en la isla de Constantino, de donde últimamente se hubieron de ir, viendo que tardaba el socorro que esperaban del Brasil, y que, entre tanto, podria venir la armada del Perú para acabarlos de arruinar, como lo hubiera hecho, sin duda, si aguardaran un poco mas.

Ya tambien vimos, en el lugar citado, la gran vijilancia y valor del Marqués de Baydes en dar luego aviso al Perú y armar toda la tierra y enviar a esplorar el puerto de Valdivia con tan gran peligro de aquellos valerosos veinte españoles que se arrojaron en un barco a contingencia de encontrar con el enemigo y perecer a sus manos. Vimos juntamente el ánimo y intrepidez (mejor diré temeridad) con que un padre de nuestros misioneros de nuestra Compañía se arrojó a pasar el golfo desde Chiloé a la Concepcion en un pequeño barco, en un tiempo tan riguroso, que fuera mucho resistir a las tormentas del mar un navío de alto bordo, por dar a la Concepcion el primer aviso, que dió, de la llegada de este cosario a aquellas costas. Tambien se dijo cómo partió de allí este padre en compañía del maese de campo del reino Alonso de Villanueva Soberal a dar el mesmo aviso, como le dió, al Virey; y la puntualidad y presteza con que Su Excelencia proveyó al punto todo lo necesario, despachando en un dia diez navíos a diferentes puertos con armas, pólvora y municiones para su defensa; y que asimesmo quedaba aparejándose una gruesa armada para ir a desalojar al enemigo en caso que no se hubiese ido de aquel puerto. Todo esto lo apuntamos en el lugar citado y juntamente la nueva que vino de Panamá, de que tenian ya los nuestros fortificada aquella plaza y con guarnicion en ella de seiscientos españoles para su defensa; pero, en fin, no se sabia cosa de cierto y todo era esperanzas, aunque bien fundadas, de lo que despues ha sucedido.

Porque habiendo llegado los galeones de la plata, miéntras este libro se está imprimiendo, han traido la nueva cierta que confirma todo lo que se habia dicho; y es así que el Marques de Mancera, virey del Perú (digno por sola ésta accion de inmortal memoria, cuando no lo fuera por otras hazañas que ha hecho en servicio de Su Majestad) despachó la armada, que comenzó a aprestar luego que supo de la llegada del holandes al puerto de Valdivia; de la cual me escribe el padre Pedro de Oñate, de

nuestra Compañía, provincial que ha sido del Paraguay y está ahora en Lima, estas palabras: «Fué la armada de diez naos bien artilladas con mucha y linda artillería grande, de bronce, donde iban mil y doscientos soldados enviados por Su Excelencia del señor Virey a fortificar el puerto de Valdivia y poblar y fortificar la mesma ciudad: jeneral, el señor don Antonio, hijo del virey. Llegó felizmente en cuarenta y seis dias, no halló allí al holandes, que habia ya desamparado el puerto por miedo de esta armada. Fortificó la isla de Constantino en el dicho puerto, con que queda inespugnable. Tambien lo quedará la ciudad de Valdivia, que sin duda se poblará y fortificará este verano que viene, con que espero en Nuestro Señor que estos reinos y costas de ellos quedarán seguros de enemigos; a lo ménos, de que no puedan hacer pié en ellos para siempre, principalmente que el muro del Callao está ya casi acabado y los dos galeones nuevos, como dos grandes castillos roqueros, defienden con los demas la mar y atierran los enemigos». Hasta aquí el capítulo de esta carta que acabo ahora de recebir, su fecha de Lima y junio 17 del año 45.

En las que espero de Chile se dará mas larga relacion de todo. Solo he visto hasta ahora una breve del padre Diego Rosales, superior de las misiones de Arauco, a quien hemos citado arriba, en la cual dice así: «El Marqués de Mancera, con valiente resolucion, pobló a Valdivia; está allá el maese de campo Alfonso de Villanueva por poblador. Van haciendo tres fuertes para defender con buena artillería la entrada al holandes, que estuvo allí ahora dos años. Fueron cuatro padres de nuestra Compañía a poblar a Valdivia. He ido tres veces a predicar a los indios de Puren, Paicaví, Ilicura y Tirúa, y ahora va el padre Juan Moscoso; reciben bien la fée, etc.» Hasta aquí esta carta, y en otra en que me avisan esto mesmo, añaden que el señor Virey, con el buen celo que tiene del divino servicio y de nuestro católico rey y deseo de la propagacion de la féc en aquel nuevo mundo, situó en las reales cajas tres mil pesos para el sustento y misiones de los dichos cuatro padres de la Compañía, fuera de otros mil que dió para que se alojasen en la nueva casa que han fundado. Todo lo cual lo repite sin contradicion la comun voz, y lo dirán por menor las cartas que añadiré despues, si llegaren a tiempo. Lo que yo digo es que esta nueva debe alegrar a todos los interesados y deseosos de los aumentos de la corona de Castilla y de la propagacion de la féc y amplificacion del Evanjelio en aquellas partes, que todo anda a una; pues ni es posible que se lleve adelante la conversion de aquel jentilismo y el cultivo espiritual de aquellos nuevos cristianos, si no es mediante el favor, piedad y limosna de nuestro católico rey; ni su hacienda real y tesoro del Perú, de que depende la mesma conversion de los indios y propagacion de la fée, puede asegurarse, no estándolo aquellos mares; ni estos lo pueden estar, miéntras el puerto de Valdivia no está suficientemente defendido, como queda ahora, porque si el enemigo holandes hiciese pié en él, podria desde allí correr todas aquellas costas y impedir, o, por lo ménos, hacer muy difícil y costoso aquel comercio, de que se seguirian los inconvenientes que fácilmente se dejan entender, lo cual todo cesa con esta nueva fortificacion, con la cual queda asegurado todo el reino de Chile y los del Perú; porque, dado caso que el enemigo se alentase a tomar otro

puerto de los de aquellas costas, seria siempre muy fácil el desalojarlo dél, por mas que se fortificase, porque no seria posible que resistiese a la fuerza de los españoles, que es muy grande ya en aquellas partes, así por mar como por tierra. Solo este puerto de Valdivia es el que podia dar cuidado por su natural defensa y buenas calidades, que son tales, que con poca ayuda y gasto se puede hacer del todo inespugnable.

De todo se colije de cuanta consideracion ha sido este servicio que el Marqués de Mancera ha hecho a Su Majestad y cuan importante haya sido a la conservacion y aumento de su real monarquía. Lo que yo puedo decir de lo que he oido platicar siempre a personas prácticas y entendidas en las cosas de las Indias, es que si otros descubrieron aquellos reinos del Perú y Chile y los conquistaron a Su Majestad, este señor y gran Virey les ha echado la llave y encerrado el gran tesoro que en ellos goza y asegurádole de los golosos que han pretendido tener parte en él; porque asegurándose bien este puerto de Valdivia, como se ha hecho y se hará en adelante, fomentando su comercio con los otros puertos y ciudades de Chile y del Perú, no hay mas que temer. Por lo cual juzgo que todo aquel nuevo mundo debe a este excelentísimo señor inmortales reconocimientos, pues ha hecho él solo para su defensa, seguridad y amparo lo que tan deseado ha tenido Su Majestad tantos años há y lo que tenia tan encomendado por sus reales cédulas y nunca se habia podido poner en ejecucion, lo cual, espero, no quedará sin el premio debido a tan importante resolucion y calificado servicio, de que se ha de seguir tanto bien, así para lo temporal como para lo espiritual de la conversion de las almas, que es el primario y mas principal fin de nuestro católico monarca en la conquista y conservacion de aquellos reinos.

No le cabe poca parte de esta gloria al Marqués de Baydes, así por lo que ha cooperado a esta accion segun consta de lo que queda arriba referido como por dejar el reino de Chile en tan buena disposicion que puede comunicarse toda la tierra desde Valdivia a la Concepcion y consiguientemente a todo lo restante del reino mediante las paces con los indios, sin las cuales seria muy dificultoso poder conservarse la fortaleza de Valdivia; porque como el comercio por el mar es tan peligroso en tiempo de ivierno por las tempestades y braveza de aquellos mares, si los indios de guerra, que están en medio de Valdivia y la Concepcion, no estuvieran de paz, no fuera posible el comercio por tierra. Lo cual manifiesta bien claro cuán acertados han sido sus dictámenes, pues mediante sus aciertos y el teson que ha tenido en admitir y conservar la paz y amistad con los indios, se ha podido ejecutar y podrá llevar adelante una cosa de tanta importancia. Con lo cual queda el reino de Chile en el mejor y mas feliz estado que ha tenido, y en tal disposicion, que se puede con razon esperar que se acabará de conquistar del todo con el gran valor y prudencia de su sucesor.

Es este don Martin de Mujica, caballero del hábito de Santiago, de excelentes partes, muy amigo de la justicia y de la verdad, segun me escriben de España, y que es famoso soldado y ha sido capitan en Flandes y en Italia, y sarjento mayor y teniente de maese de campo jeneral, y que

en todas las ocasiones en que se ha hallado se ha siempre señalado con demostraciones de singular valor que le han dado gran fama y nombre, lo cual todo asegura los grandes aciertos que espero en Nuestro Señor le ha de dar en aquel reino, mediante los cuales florezca en él y dé nuevos resplandores la monarquía de nuestro católico Rey, así en lo temporal de sus aumentos, como en la espiritual conquista de las almas y conversion de aquel numeroso y dilatado jentilismo hasta que se oiga la voz del Evanjelio y se reciba su ley en las últimas partes y fin del mundo, que podemos decir es aquella parte del Estrecho de Magallanes. Y con esto doy fin a todo lo que he podido brevemente decir de la naturaleza y propriedades del reino de Chile, de sus habitadores y conquista: ahora diremos lo que se podrá, brevemente, del modo como se plantó en él la fée, los progresos que ha tenido y el estado que tiene al presente, lo cual se hará en el libro siguiente; ántes del cual pongo aquí los gobernadores que ha tenido Chile desde el primero hasta el último, con la mayor propriedad que ha permitido, así el largo tiempo que há que murieron los mas, como la gran distancia en que me hallo: servirá por lo ménos esta memoria para que esté mas viva la de tan grandes sujetos, y ya que no puedo levantar capitolios en que colocar sus estátuas, como lo merecian, sirva por lo ménos este bosquejo y razguño que ofrezco a sus muy nobles decendientes de reconocimiento del que todo aquel reino debe a sus heróicos hechos y esclarecidas hazañas.

LIBRO OCTAVO

DEL PRINCIPIO Y PROGRESOS QUE HA TENIDO LA FEE EN EL REINO DE CHILE

CAPITULO I

Qué noticia tuvieron de Dios los indios ántes de la entrada de los españoles.

Que los habitadores de la América hayan tenido el conocimiento que los demas jentiles de alguna deidad o deidades a quien reconocer y adorar por Dios, lo testifican los magníficos templos que hubo en los poderosos imperios del Perú y Méjico, de los cuales hallaron los españoles en su primera entrada muchos, muy ricos y bien adornados, como se podrá ver en los historiadores que de la una y otra América Austral y Septentrional han escrito. Mayor dificultad hay de averiguar la luz que pudieron tener del verdadero Dios, criador del mundo y remunerador de los hombres y de Cristo Nuestro Redentor y Señor, sobre lo cual escriben los historiadores lo que yo apuntaré aquí brevemente, ajustándome con lo mas probable y verdadero. El inga Garcilaso de la Vega (a quien en estas materias que pertenecen al Perú debemos mas crédito que a otros, por haber nacido en él y sabido la lengua de los indios y haber podido por esto hacer mas exacto escrutinio de todo) dice en el libro segundo de sus Comentarios Reales,[1] capítulo II, que los reyes ingas y sus amautas, que eran sus filósofos, rastrearon con lumbre natural que habia un verdadero y sumo Dios que crió el cielo y la tierra, y que siendo, como es, oríjen y principio de todo lo criado, no le tiene de otra cosa, porque su ser lo tiene de sí mismo por esencia y es juntamente el manantial y primera fuente de todo lo criado. Dice mas, que el nombre con que nom-

1 El libro de Garcilaso a que se refiere el Padre Ovalle se intitula: Primera parte de los Commentarios reales, qve tratan del origen de los Yncas, reyes qve fveron del Perv, de sv idolatria, leyes, y gouierno en paz y en guerra, etc. *En Lisboa*, 1609, fol.
Y el segundo tomo: Historia general del Perv. Trata el descubrimiento del; y como lo ganaron los Españoles, etc. *Cordoua*, 1617, fol.
Esta obra fué reimpresa con algunas adiciones, en Madrid, en 1722-23.

braban a este verdadero Dios, era Pachacamac, que es compuesto de esta voz Pacha, que significa mundo universo, y de esta Camac, que es participio de presente del verbo Cama, que significa animar, el cual verbo se deriva del nombre Cama que significa ánima, y así Pachacamac quiere decir el que dá alma al mundo universo, y en toda su propia y adecuada significacion, quiere decir el que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo.

Añade mas: que tenian este nombre en tan gran veneracion que no le osaban tomar en la boca y cuando les era forzoso el nombrarlo, era con grandes señales de veneracion y respeto, como eran encojer los hombros, inclinar la cabeza y todo el cuerpo, alzando los ojos al cielo y bajándolos a la tierra, levantando las manos y poniendo los brazos en cruz: demostraciones todas entre ellos de suma veneracion y reverencia; y aunque no se fabricaron tantos templos, ni tenian tanto recurso a Su Majestad como al sol y a los otros dioses que adoraban y a quien ofrecian sus sacrificios, no fué porque le estimasen ménos, sino porque decian que era Dios invisible, y por eso no conocido; pero como el conocimiento de Dios, aunque imperfecto, anda tan junto con el culto esterior que le dan los que le conocen, no faltó quien fabricase templo a este Dios no conocido, a la manera que le tenian levantada estátua en el Aréopago los atenienses, con este título, *Ignoto Deo*. El cual templo, que llamaron Pachacamac, dió nombre al valle donde se labró, en el cual, dice, en confirmacion de esto, Pedro de Cieza de Leon, en la demarcacion del Perú,[2] capítulo setenta y dos, que cuando llegaron allí los españoles y comenzaron a baptizar algunos indios, dijo el demonio a algunos familiares suyos que el Dios que los españoles predicaban era el mesmo que adoraban ellos en aquel templo.

Lo mesmo dice el reverendo padre fray Jerónimo Roman en la República de las Indias Occidentales,[3] libro primero, capítulo quinto, si bien estos autores, como lo advierte bien Garcilaso, por no saber bien la lengua de los indios y no entenderlos, atribuyeron el nombre Pachacamac al demonio, y el mesmo demonio se lo atribuía a sí para que le diesen los honores y gloria que al verdadero Dios.

Augustin de Zárate,[4] en el libro segundo, capítulo quinto, escribiendo lo que el padre fray Vicente de Valverde dijo al rey Atahualpa cuando le intimó el Evanjelio y le dió conocimiento de sus verdades y del autor de ellas, Cristo Jesus, Señor Nuestro, dice que predicándole que este Señor era criador del mundo, respondió el inga que nunca habia entendido que hubiese otro criador del mundo que Pachacamac, que criaba todas las cosas, y el sol, a quien tambien tenian por su Dios, y por su madre a la tierra.

2 El libro de Cieza de Leon fué impreso por primera vez en Sevilla en 1553, y se intitula *La Chronica del Perv*. Posteriormente, en 1554, fué reimpreso en Amberes, al año siguiente en Roma, etc.

3 El libro de Roman, llamado *Repúblicas del mundo* consta de tres volúmenes en folio, impresos en 1575, *en Medina del Campo*.

4 La obra de Zárate a que se refiere nuestro autor, es la conocida *Historia del descubrimiento y conquista de las provincias del Perú*, por primera vez impresa en Sevilla en 1557, fol.

De todo esto colijo que el conocimiento que estos indios tenian del verdadero Dios era muy confuso y lleno de muchos errores y imperfecciones, pues admitian la pluralidad de los dioses que adoraban, aunque los mas sabios entre ellos, como lo fueron los Platones y Aristóteles entre los suyos, convencidos por la luz de la razon que dicta que es fuerza dar un principio sin principio de donde participe su ser todo lo que le tiene, llegarian a mas perfecto conocimiento del verdadero Dios, y éste como mas obstruso y escondido y no tan fácil de persuadir, quedaria entre ellos y no pasaria al vulgo, el cual como mas rudo y ignorante y ménos atento a la especulacion de lo invisible, se fué tras lo sensible, adorando al sol y a otras criaturas que veian, por los beneficios que juzgaban recebir de sus manos, lo cual fué causa de la idolatría, como en otras partes de la jentilidad.

Demas de esto dice el mesmo autor en el capítulo séptimo, que conocieron los indios ingas amautas, que el hombre era compuesto de cuerpo y alma, y que ésta era espíritu inmortal y aquél hecho de tierra, por ver que se convertia en ella; y así le llamaban Allapacamasca, que quiere decir tierra animada, y para diferenciar al hombre de los brutos le llamaron runa, que quiere decir el que tiene entendimiento y razon; y a los brutos en comun, llama, que significa bestia, a quienes, porque veian que crecian y sentian, dieron almas vejetativa y sensitiva, pero no racional. Creian que habia otra vida despues de esta, con pena para los malos y descanso para los buenos. Dividieron el universo en tres mundos, al primero llamaron Hananpacha, que quiere decir mundo alto, donde decian que iban los buenos a ser premiados de sus virtudes; llamaron al segundo Hurinpacha, que quiere decir mundo bajo; al tercero dieron por nombre Veupacha, que significa mundo inferior, donde decian que iban a parar los malos, y para declarar esto mas, le daban otro nombre, que era Cupaypa Huacin, que quiere decir casa del demonio.

No pensaban que la otra vida era espiritual sino corporal, como la que ahora vivimos, y ponian la bienaventuranza de aquella en la quietud y paz y en estar libres de trabajos y pesadumbres; y, por el contrario, hacian la vida del mundo inferior llena de enfermedades y desdichas, sin descanso, ni contento alguno. No contaban entre los bienes de la otra vida los deleites sensuales, ni otros vicios, sino la paz y quietud del alma, sin cuidados, y el descanso del cuerpo sin las molestias que le dan pena. Francisco Lopez de Gomara,[5] en el capítulo ciento y veinte y cinco, hablando de los entierros que hacian en el Perú a los reyes y grandes señores, dice estas palabras: «Cuando los españoles abrian estas sepulturas y desparcian los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen por que juntos estuviesen al resucitar, ca bien creen la resurreccion de los cuerpos y la inmortalidad de las almas». Hasta aquí este autor, y casi dice lo mesmo Augustin de Zárate, libro primero, capítulo doce, y Pedro de Cieza, capítulo sesenta y dos, dice que aquellos indios tuvieron la resurreccion de los cuerpos y inmortalidad del alma; y el citado Garcila-

5 Como se sabe, Lopez de Gomara es autor de la *Primera y segunda parte de la historia general de las Indias*, libro impreso por primera vez en Zaragoza en 1552, fol., con la *Conquista de Mexico*.

so dice y prueba todo esto mucho mejor. De lo cual me parece se puede colejir que esta jente tuvo alguna noticia del Evanjelio aun ántes que se la diesen los españoles; porque la fée de la resurreccion de la carne es tan propria dél, que no parece que pudieran haberla rastreado por otro camino. Ni es menor argumento de esto aquella famosa cruz que cuenta el mesmo Garcilaso, en el capítulo tercero, haber tenido los reyes ingas en el Cuzco en una de sus casas reales en un apartamiento de los que llamaban Huaca, que era lugar sagrado, y dice que la dejó él el año de mil quinientos y sesenta en la sacristía de la iglesia catedral del Cuzco, y que es de mármol fino de color blanco y encarnado que llaman jaspe cristalino, y tan larga como ancha, toda de una pieza, bien labrada de cuadro, con sus esquinas bien sacadas, y la piedra muy bruñida y lustrosa, de tres cuartas de vara, ántes ménos que mas, lo cual me parece convence bien claro que tuviese esta jente algun conocimiento de Cristo.

Ni faltan otros argumentos que prueban esto mesmo, porque en muchas partes del Perú y del Paraguay, es comun tradicion haber estado en ellas el apóstol Santo Thome, de que hay muy grandes señales; y no hace poco, en confirmacion de esto, lo que yo oí contar várias veces al padre Diego de Torres, provincial y fundador de las dos provincias del Nuevo Reino y Paraguay, de quien hemos hecho mencion en los libros de arriba y se hará mas adelante, el cual es digno de toda fé, y solia frecuentemente referir que, yendo camino por un valle de Quito, vió un dia de fiesta un indio, que tocando un tambor en la encrucijada de unos caminos, estaba cantando solo en su lengua várias cosas, las cuales le oian otros. Preguntó el padre qué significaba aquella ceremonia, y respondióle uno de los oyentes, que aquel indio que cantaba era el archivista del lugar, y que tenia obligacion de salir a aquel puesto todos los dias de fiesta, a repetir, cantando, todas las tradiciones y cosas memorables de sus antepasados, porque como los indios no tienen libros, ni escritos, como queda dicho en su lugar, usaban de esta diligencia para que no se olvidasen las historias que de padres a hijos tenian de memoria; y que para esto tenia obligacion este archivista o escribano, de instruir a otros, los cuales le fuesen sucediendo en el oficio, muriendo él. Añadió mas el que refirió esto al Padre, que lo que cantaba entónces era que hubo antiguamente un diluvio que inundó toda la tierra, y que muchos años despues dél, habiéndose vuelto a poblar la tierra, vino a aquella del Perú un hombre blanco, llamado Thome, a predicar una ley nueva, etc.; de donde parece constar claramente la noticia que estos indios tuvieron siempre de Santo Thome, y, consiguientemente, de la ley de Christo que el santo Apóstol predicaba, la cual con el tiempo y falta de predicadores se fué olvidando poco a poco, hasta que últimamente se borró de la memoria, quedando solamente uno como retintín de lo que oyeron sus antepasados, lo cual se ve en algunas de sus costumbres y cosas que creen, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

De lo que sienten y practican los indios de Chile acerca de la relijion.

Como no es mi intento tratar en particular del culto y religion que profesaron y profesan en su gentilismo los reinos y naciones de la América, no me detengo en esto y así paso a decir solamente lo que toca al reino de Chile; aunque por lo general casi lo mesmo que en esta materia se dice de una parte, se puede decir de las demas, porque en esto hallo poca diferencia de unas naciones a otras, si bien hablando de la de los chilenos, podemos decir de ellos que como gente dada a la guerra y que tanta estimacion ha hecho siempre de esta profesion, y por estar tan retirados del comercio de los otros indios de la América, parece que lo ménos de que se acordaban era todo lo que tocaba a la especulacion de los dioses, que tan propria es entre otros gentiles; y así cuidaban muy poco del culto y religion que otros les dan. Vése esto muy claro, pues jamas he oído decir que se hayan visto entre estos indios, templos en que adoren ídolos, ni en las tierras que de nuevo se conquistan se dice jamas que se halle nada de esto; y así tampoco he sabido nunca que despues de hechos cristianos estos indios de Chile, los hayan cojido en idolatrías, como a algunos otros de otras partes, en cuyo poder se han hallado ídolos, aun despues de cristianos, porque no han podido acabar de echar de sí las costumbres en que vivieron sus antepasados; pero como los de Chile no son dados a estos cultos y ceremonias, ha habido poco que hacer con ellos en esta parte.

Lo que ha quedado en algunos, aun despues de cristianos, es el uso del arte mágica y hechicerías a que se dan algunos viejos y viejas, que son entre los demas respetados y temidos por el mal que les pueden hacer con sus encantos y uso del veneno, de que viven siempre con gran recelo; y así, en cayendo un indio enfermo, luego piensa que le han hecho

mal y entra en sospecha de que en tal bebida ó comida le dieron las yerbas ponzoñosas para matarle; y los machis, que son los curanderos o médicos, es muy ordinario atribuir a esto el achaque y enfermedad del doliente, haciendo notables demostraciones de esto en las curas que hacen con sus yerbas, que son muy eficaces contra veneno, y suelen hacer que a vista de ojos lo lancen por la boca, en esta o en la otra cosa en que se le dieron, o hacen demostracion de sacárselo del estómago, lo cual tengo para mí que muchas veces lo obran tambien por arte del demonio, porque algunos de estos machis tienen fama y opinion de hechiceros y todo lo hace el demonio para hacerse temer y respetar de los indios, como Dios, y con efecto lo consigue; porque, dado que no le amen ni le reconozcan por su Criador, le temen como a quien les pueda hacer mal, y consiguientemente a estos sus ministros por la mesma causa; los cuales se venden por hombres que tienen trato con el demonio y que le consultan y reciben dél sus oráculos y respuestas; y así suelen amenazar con tempestades, truenos, lluvias o secas, y de hecho se suelen ver algunos efectos de estas amenazas, y por esta causa vienen a dar los indios al demonio este modo de culto, mas de temor que le tienen que de amor o reconocimiento de alguna deidad que en él reconozcan.

Aunque estos indios generalmente no adoran ídolos ni les fabrican templos ni tienen claro conocimiento del verdadero Dios, Creador de cielos y tierra; con todo eso, muestran, en muchas de sus costumbres, que no son ateístas, sino que tienen algun conocimiento, aunque imperfecto y confuso, de alguna deidad que despues de esta vida premia y castiga en la otra, a la cual tienen por cierto han de pasar y pasan despues de la muerte. Es muy claro argumento de esto el cuidado que tienen de poner a los muertos en las sepulturas comida y bebida, y tambien vestidos, que es como darles el viático y hacerles el matalotaje para el largo camino que han de hacer; de lo cual tambien se colije que suponen la inmortalidad del alma, porque, a creer que muere juntamente con el cuerpo, no fueran tan solícitos en aviarla para caminar a la otra vida; aunque como no llegan a entender su naturaleza, porque no saben que es espíritu, la tratan como corpórea y como a tal la ponen alimentos corpóreos y vestidos para que pueda pasar; y lo que es el conocimiento de la otra vida es muy asentado entre ellos, y así lo dicen cuando hablan de estas materias, suponiéndolo como cosa de que no se duda.

Hace, a propósito de todo lo dicho, un capítulo de la carta citada ya arriba, de aquel cautivo español que ha estado entre los indios mas de cuarenta años y se llama Francisco de Almendras, el cual la escribió al padre Juan de Albiz, comisario del Santo Oficio, y rector que entónces era del collegio de la Concepcion, cabeza de las residencias y misiones, como queda dicho, y dándole cuenta de las costumbres de los indios, dice así: «Para que vuestra paternidad sepa las costumbres de estos indios y el conocimiento que tienen, lleno de errores, de las cosas de la otra vida, quiero contar un caso que ha pasado. Habia en esta tierra un cacique llamado don Luis Querobileun, el cual tenia un hijo casado a su usanza: estando éste para morir, envió a llamar a su padre para despedirse de él y encargarle a su muger y una hija que tenia. Llegó el viejo,

y preguntando al hijo cómo se sentia, respondió que ya a lo último y que no dormiria aquella noche; con lo cual comenzó el viejo a llorar amargamente, despidiéndose el uno del otro con gran llanto de entrámbos y de toda la parentela que allí se habia juntado para ayudar a morir a aquel enfermo. El viejo, viendo ya tan fatigado a su hijo, le habló de esta manera: «Ya es llegada la hora de vuestra muerte, hijo mio, esforzaos para que llegueis a la otra vida con bien, y mirad, hijo mio, que en llegando a la otra parte del mar, sembreis, luego que llegueis, muchas habas, alverjas, y maíz, papas, trigo y cebada y de todas legumbres. Y haced una casa grande para que quepamos todos en ella, porque vuestra madre y yo estamos ya mas de muerte que de vida, por la mucha edad que tenemos, que presto estaremos con vos por allá, y por esto os digo que sembreis mucho para que entremos comiendo: y con esto llorando unos y otros se despidieron.

«Todos están en estos errores, creen en su Guenupillan, que es su Dios, y que éste tiene muchos guecubus, que son sus ulmenes, sus grandes y caciques, a quien manda, y tambien a los volcanes, y que las almas que van de los que mueren han de durar para siempre y que se van de la otra banda del mar, donde tienen sus lugares de recreacion y gustos; y que se ocupan en bailar y cantar, y que tienen mucha abundancia de comidas y bebidas, y que con esto se dan a grandes y espléndidos banquetes; y que gozan de muchas mugeres, pero que no hacen hijos, y que esto es allá lícito, y que las mujeres que tienen acá tambien las han de tener allá, y así se lamenta el que no la tiene, diciendo: Ah, pobre de mí, que en la otra vida no tengo de tener mujeres como las tiene Fulano, etc., que ya tiene allá tantas que le hagan chicha y buenas bebidas. Esta es la fée que yo he alcanzado tienen estos indios, en mas de cuarenta años que estoy entrellos cautivo.» Hasta aquí el capítulo de esta carta, en cuya conformidad habrá otras muchas cosas que contar, en que no me detengo, porque basta lo dicho para mi intento; y otros casos y costumbres de estos indios se podrán ver mas adelante cuando se refieran algunas cosas de edificacion de las misiones que hacen los nuestros entre los gentiles, entre las cuales se contarán algunas particularidades y circunstancias que dan mayor conocimiento de lo dicho.

Acerca de la luz que estos indios hayan tenido de Cristo, Señor nuestro, o de su santa ley, ántes de la entrada de los españoles en sus tierras, no sé cosa particular sino lo que refiere Pedro Bercio, en su geografía, y es que pasando los holandeses por el Estrecho de Magallanes, muy a los principios de su descubrimiento, los indios de aquellas costas lo saludaron con el santísimo nombre de Jesus; lo cual parece que da a entender que tenian muy de atras alguna noticia de nuestro Redentor, porque aunque parece que se podia decir que estos indios hubiesen oido este nombre a Magallanes, o alguno de sus compañeros, o a otros que pasaron despues de ellos por el mesmo Estrecho; parece, por otra parte, dificultoso de creer que habiendo hablado Magallanes y los que le sucedieron tan de paso con los indios, y esos muy pocos, como queda dicho en su lugar, se les pegase tan presto este nombre y les quedase tan fijo en la memoria, y lo tuviesen tan familiar que saludasen con él a los holandeses;

particularmente que los indios que se han visto en el Estrecho, no habitan allí de ordinario, sino que van y vienen de la tierra adentro, y así no serán siempre los mesmos los que se han visto de todos los que han pasado por el Estrecho y comerciado con ellos; y así parece dificultoso que haya sido esta la ocasion que han tenido de aprender este modo de saludarse; particularmente que siendo herejes casi los mas que han frecuentado esta carrera del Estrecho, tendrian los indios muy poco que aprender de ellos en esta parte.

No sé que fuera de esto y los argumentos jenerales que se han apuntado, de haber llegado Santo Thome a la América y dado en ella luz de Cristo, Señor nuestro, y de su santa ley, haya otras conjeturas en particular que prueben hayan tenido los indios de Chile, ni los otros de aquel nuevo mundo, conocimiento de nuestra fée; y cuando hayan tenido alguno, es cierto estaba ya tan perdido y olvidado que era como si no fuese. Guardaba Dios a la nacion española la gloria de ilustrar a aquel mundo con la luz del santo Evangelio, como lo hizo mediante su predicacion, que desterró las tinieblas de aquella profunda noche en que tantos siglos habia estado sepultado aquel dilatado y numeroso gentilismo, que debe a nuestro católico Rey y a sus leales vasallos y ministros el mayor bien que pudieron desear y el que no acabarán jamas de pagarle por mas que le tributen su rico Potosí, Carabaya y Valdivia y todas las demas minas de metales, que tan justa y debidamente le sirven con su plata y oro, cristales, perlas, esmeraldas y otros tesoros nunca mas bien empleados; ántes siempre ociosos miéntras no tuvieron dicha de emplearse en servicio de quien tan bien los gasta en el de Dios y en utilidad de aquellas mesmas rejiones, sustentando con ellos a los predicadores evanjélicos, que, mediante la palabra divina y su santo ejemplo, han plantado la fée, y la sustentan en aquellos reinos con tan grandes aumentos y lucimiento, como testifica tan numerosa y estendida cristiandad como la que tienen hoy aquellas iglesias, de que dirá algo el capítulo siguiente.

CAPITULO III

De la felicidad con que se plantó la fée en la América, y de los progresos que en ella ha hecho.

No es mi intento ni puedo tratar universalmente de la nueva cristiandad de aquel nuevo mundo, porque para esto seria menester comenzar de aquí esta obra; ni bastaria un tomo, ni muchos, para dar entera noticia de lo mucho que se ha estendido la relijion católica en aquellas partes, pues siendo tan dilatadas como son (que podemos decir cabe dentro de su esfera, sino todo, gran parte del resto del mundo en que ántes de su descubrimiento estaba plantada la fée, pues su dimension y grandeza la hacen de tres mil y quinientas leguas, como lo dice el padre Claudio Clemente, de nuestra Compañía, en el libro que se citará adelante) en poco mas de cien años ha penetrado la voz del Evanjelio hasta lo mas dentro y retirado de la tierra, de manera que aunque en algunas partes de ella hay todavía muchos jentiles, porque no ha sido posible sembrar en tan breve tiempo la semilla de la divina palabra en todas las partes de tan vasto y dilatado mundo, lleno de tan innumerables naciones; podemos decir, con verdad, que ha tomado ya posesion el santo Evanjelio de todo él, por haberla tomado de las principales cabezas, de donde cada dia se va estendiendo mediante la conversion de los jentiles, que en várias partes se bautizan de nuevo; en que están empleados gran suma de predicadores, a quien sustenta nuestro católico Rey de sus reales cajas, como veremos adelante.

Dije que no era mi intento tratar de esta materia en jeneral, en cuanto comprehende toda la América, porque seria imposible juntar en un libro las conversiones a la fée de tantos y tan dilatados reinos, tantas iglesias como se han fabricado, así en las ciudades que han hecho de nuevo y levantado desde sus cimientos los españoles en el poderoso imperio y diez y ocho reinos de Méjico, Perú, Chile, Nuevo Reino, Quito, Paraguay, Tu-

cuman y Philipinas; como en las reducciones y doctrinas, en que con tanta gloria de Dios están empleados los predicadores evanjélicos y sus ministros, y donde han convertido a la fée tantos millares de almas que no me atreviera a acabar la comparacion si no la tomara del venerable padre fray Lorenzo Surio que las compara con las del resto del mundo convertido primero a la fée: refiero sus palabras como las hallo en el padre Claudio Clemente,[1] de nuestra Compañía, en el libro que tituló *Disertatio christiano-politica ad Philippum IV Regem catholicum*, y dicen así: «*tot hominum millia in novo orbe Carolino* (llama así a nuestra América) *Christi fidem complexa est, quantum esse possit in veteri orbe nostro*»; y prosiguiendo mas adelante añade: «*atque in solo Regno Mexicano iam pridem fuisse octoginta santissima monasteria, et in dies plura fieri.*» Hasta aquí las palabras de este gravísimo autor, escritas habrá ya sesenta años, y si entónces habia en solo Méjico ochenta monasterios, ¿qué habrá hoy en todo aquel dilatadísimo imperio, en todo el Perú y en el resto de lo demas de la América donde aun hasta hoy no cesan de fabricarse nuevos conventos y monasterios de religiosos y monjas? Qué diré de las iglesias catedrales y de los obispados que se han hecho? *quadraginta* (dice el autor citado) *sunt amplissimi, et ditissimi episcopatus* (que estas son sus palabras) *præter innumerabilia* (añade) *Collegia Canonicorum, aliaque opima Sacerdotia, et cœnobia virorum, ac mulierum, Academias, Scholas, Seminaria pueris in christiana religione educandis, Xenodoquia pauperum, infantiam, et agrotorum.* Verdaderamente es cosa digna de ponderacion que en tan poco tiempo se hayan hecho tantos obispados, tan ricos, con tantos prebendados y canónigos, tantos collejios y seminarios, tantas y tan ilustres universidades, tantos hospitales, casas de niños huérfanos, cofradías y congregaciones (en que los mas aprovechados se dan a los ejercicios de la devocion y piedad cristiana con tan grande lucimiento, que admira) y tantas obras pías que se han fundado, así para el remedio de las almas como para socorro y amparo de los pobres. ¿Qué diré de las misiones que se han hecho y cada dia se hacen a tierras de infieles, convirtiéndose tantos a la fée de Cristo? Díganlo esto los que lo han visto, que bien es menester verlo para creerlo, porque verdaderamente ha sido esta obra del brazo de Dios que en tan breve tiempo ha podido fundar una cristiandad tan lucida y propagada en tan dilatados reinos, entre jentes tan apartadas y remotas del verdadero conocimiento de Dios y de su ley, y algunas tan bárbaras y ajenas de toda policía que parecian brutos animales, sin ningun jénero de letras ni principios para aprenderlas. Ponderó esto la Santidad de Gregorio XIV, alabando y engrandeciendo los méritos, para con la santa Iglesia, de los españoles, castellanos y portugueses en aquella honrosa bula que refiere el padre Pedro Chirino, de nuestra Compañía de Jesus, en el libro primero de la «Historia de las Philipinas»,[2] capítulo veinte y cuatro, donde dice así el mesmo Pontífice:

1 El padre Claudio Clemente era frances, y murió en Madrid cuando Ovalle se hallaba en esa ciudad, en 1612. Al año siguiente se imprimian allí sus *Tablas chronologicas en que se contienen los sucessos eclesiasticos y seculares de España, Africa, Indias Orientales y Occidentales*, etc.

2 De los manuscritos del Padre Chirino compuso otro jesuita, el P. Francisco Colin, su libro *Labor evangelica, ministerios apostolicos de los obreros de la Compañía de*

«*Eos immensis quidem laboribus ac succeso ad modum felici transmisissi oceanum, et in utrumque novum orbem Hispanica V exilia intulisse ecclesiæ auspicijs, atque effecisse, ut Hispanico sermone in omnem terram exiret atque audiretur sonus Evangelii, sacrasque illas expeditiones illius gentis proprias atque hereditarias videri.*» Gran gloria es esta, no se puede negar, de la nacion española, que la haya tomado Dios por instrumento de tanta gloria suya, convirtiendo tantas almas por su medio y entablando la fée con tan grande lustre y resplandor, como en el que se halla hoy en tantas y tan dilatadas rejiones, que solo en tiempo del Rey Felipe III se convirtieron a la fé en la América nueve reinos, como lo refiere el autor citado, y fuera nunca acabar contar por menor las nuevas naciones que se han convertido y reducido en tiempo de nuestro católico monarca Felipe IV, que guarde Dios muchos años, y a quien por esto solo, cuando no hubiera otra razon, cuadra bien el nombre que el mundo le da de grande. Solamente las que la Compañía de Jesus ha sacado de los montes y reducido a Dios en el Paraguay, podian hacer libro aparte.

En todo esto han trabajado gloriosísimamente las sagradas y esclarecidas relijiones de Santo Domingo, San Francisco, la de Nuestra Señora de las Mercedes, la de San Agustin y la Compañía de Jesus en toda la América (y en Méjico se ha añadido la de los Cármelitas,) las cuales están fundadas en casi todas las ciudades de las Indias, donde mantienen el culto divino con tan grande afecto, puntualidad y lucimiento en sus fiestas y demas ministerios propios de su profesion, que no reconocen en esto ventaja a ninguna parte de Europa. Tienen todas estas sagradas relijiones fundados ilustres conventos con muchos relijiosos, muy ricas y lucidas iglesias, y cada dia se van aumentando de manera que de un año a otro se ven conocidas ventajas y mejoras, y si crecen al paso que hasta aquí en adelante será muy de admirar el lucimiento que se verá en aquel nuevo mundo, al segundo siglo de la fundacion de la cristiandad que en él florece. No digo nada de la parte que en todos estos aumentos espirituales tienen las Iglesias Catedrales que están fundadas en tantos obispados, como los que hay en la América, porque ya se supone que van siempre delante en todo lo que toca al culto eclesiástico, siendo la principal parte de sus aumentos los grandes prelados que han tenido y tienen, entre los cuales ha habido muchos de muy singular virtud y ejemplo y que han edificado y enseñado a aquella nueva cristiandad, no ménos con sus obras que con sus palabras, a los cuales han imitado en esto mesmo muchos prebendados y dignidades, que, si murieron sin la de obispos, no sin los méritos que los hacian dignos de semejantes puestos, y en el cuerpo de la clerecía ha habido y hay muchos de quien pudiéramos decir lo mesmo, porque hay sacerdotes muy ejemplares y de grandes letras y jeneralmente se portan todos con el decoro debido a tan alto estado, lo cual, y el respeto que los seglares les tienen, ha importado mucho para la buena instruccion y enseñanza de aquellos buenos cristianos.

Tambien han tenido gran parte en estos progresos y acrecentamientos de la relijion católica, los fieles y celosos ministros del Rey que sirven

Jesus, fundacion y progressos de su provincia en las Islas Filipinas. Madrid, 1663, fol., cuya segunda parte dió a luz en Manila Murillo Velarde.

en el Real Consejo de Indias, atendiendo con gran piedad y desvelo a los despachos tocantes a todo lo que puede ayudar a la propagacion de la fé, consultando a Su Majestad sobre los medios que se ofrecen para su conservacion y aumento, y poniéndose siempre de parte de la piedad y bien de las almas para enviar a sus tiempos los ministros del Evanjelio que atiendan a su conversion e instruccion cristiana, como lo han hecho y continuado siempre hasta hoy. Y lo mesmo hacen los mas inmediatos ministros que están en las Indias, los Vireyes, Presidentes, Gobernadores, Oidores, Fiscales y los demas a quienes toca la ejecucion de las reales cédulas, que tanto encomiendan la conversion y enseñanza de los indios, de que soy yo buen testigo, y puedo decir que jeneralmente he visto en todos muy grande estimacion de los ministerios que ayudan a este fin, y algunos he conocido en particular muy señalados en este celo de las almas. Donde tuve yo cuidado de la doctrina y enseñanza de algunas, los hallé siempre muy prontos a la ejecucion de todo lo que les proponia, y acudian no solo por medio de los ministros inferiores e inmediatos, dándoles las órdenes que eran necesarias para ello, pero cuando importaba lo hacian tambien inmediatamente por sus personas, sin escusarse siempre que parecia conveniente su personal asistencia a todo lo que importaba al servicio de Nuestro Señor y ayuda de los prójimos.

Aunque se debe este fruto de las almas y aumentos de la fé a todos los que tengo dicho, a los señores arzobispos, obispos, prelados, clérigos, relijiosos, vireyes, presidentes, audiencias, gobernadores y demas ministros del Rey; pero a quien se debe y debe atribuirse todo con mas propiedad, es al mesmo Rey, que con su católico celo está como el sol desde su cielo, influyendo desde su real trono con su larga mano y cristiana liberalidad en aquel jentilismo y nueva cristiandad; y cooperando con los ministros del Evanjelio que sustenta de sus reales cajas, a su predicacion y ministerios apostólicos, concurre con ellos a lograr en aquellas dilatadísimas rejiones los copiosísimos frutos de la cruz, de manera que podemos decir con verdad que en materia del culto divino y propagacion de la fée, casi no hay cosa a que no concurra la réjia liberalidad de nuestro católico monarca, porque, lo primero, en todas las iglesias donde está el Santísimo Sacramento, arde por lo ménos una lámpara de noche y de dia, a su costa, y siendo tantas las iglesias y valiendo tanto, como vale, el aceite en las Indias, particularmente en las tierras donde no se coje, ya se ve a lo que llegará. Fuera de esto, da Su Majestad todos los años cierta cantidad de vino a todas las iglesias para las misas, y a todos los monasterios y conventos provee cada año de las medicinas necesarias para los enfermos, y cuando se edifica de nuevo algun convento o iglesia da para ellas los ornamentos, campanas y otras alhajas para la sacristía y altares, costumbre muy antigua de los católicos reyes y heredada de sus antepasados, juntamente con la reverencia y devocion al Santísimo Sacramento, a quien reconocen las felicidades y propagacion de su católica monarquía. En cuyo reconocimiento aplicaron el primer oro que trujeron a España de la América a la insigne custodia que se hizo de él y está en la iglesia de Toledo, a la manera que el rey de Portugal Don Manuel hizo lo mesmo del primer oro que le trujeron del

oriente, del cual mandó hacer la custodia que está en el real convento de San Jerónimo de Belen, en Lisboa.

Esto es lo que hacen los reyes católicos en servicio de las iglesias y culto divino: pero lo que han hecho y hacen por los templos vivos de Dios, que son las almas, ¿quién podrá referirlo? ¿quién dirá los inmensos gastos que han hecho y continuamente hacen en enviarlas predicadores evanjélicos y en sustentarlos en las misiones a costa de sus reales cajas? Solamente desde el año mil y seis cientos y quince hasta el de mil y seis cientos y treinta y cinco, se cuentan quinientos y cincuenta y dos relijiosos que nuestro católico Rey envió a su costa a las Indias, a los cuales, si juntamos el suplemento que fué el año siguiente, fueron por todos cerca de seis cientos. ¿Cuántos serán los que en estos diez años siguientes ha ido enviando Su Majestad con los procuradores que han sido enviados de sus provincias por este espiritual socorro para la conversion de las almas? solamente de nuestra Compañía de Jesus refiere el padre Claudio Clemente, arriba citado, que partieron en un año cerca de ciento, y de los que yo me acuerdo de diez años a esta parte, llevó el padre Juan Bautista Ferrufino, cuando vino por procurador del Paraguay, mas de treinta. Pocos ménos llevó a la misma provincia su sucesor el padre Francisco Diaz; y cuando yo llegué a España estaban para partir de Sevilla a Philipinas su procurador el padre Diego de Bohadilla, con mas de cuarenta compañeros, y el padre Alonso Velasquez, procurador de Méjico, con otros veinte; y ahora para el año que viene partiremos, siendo Dios servido, con los galeones y flota mas de otros ciento o ciento y veinte, porque Su Majestad, Dios le guarde muchos años, tiene concedido al padre Bartolomé Tafur, procurador del Perú, veinte, al padre Juan de Toro, procurador del Nuevo Reino, doce o catorce, al padre Juan Pastor, procurador del Paraguay, treinta, al padre Andres Perez, procurador de Méjico, le concederá por lo ménos otros veinte, y a mí me ha concedido para las misiones de Chile treinta, que serán por todos, por lo ménos ciento y catorce, a que se añadirán los que tambien concederá al Padre procurador de Philipinas, que quedaba ya en Méjico para venir con la flota, y otros que siempre se aumentan.

El gasto que Su Majestad hace con cada uno de estos sujetos hasta ponerlo en la mision a donde va, dice el ya citado Claudio Clemente, que segun lo tiene averiguado con los procuradores de mas esperiencia, llegará no ménos de a quinientos ducados, y serán mas cuanto fuere mas léjos la provincia adonde van, de manera que, añade el mesmo autor, que hecha la cuenta de sola la provincia de Philipinas y de los sujetos que han pasado a ella en solo espacio de veinte años, llegan a trescientos mil ducados, y lo que mas es, cuenta el mesmo autor, que para sustentar solo un año en las misiones de Méjico a los padres misioneros y a las iglesias se sacaron de las cajas reales de Méjico sesenta mil ducados, y a esta proporcion hace el gasto con las demas misiones y misioneros de las otras provincias. En la mia de Chile sé decir que desde que se fundó nos ha dado siempre la acostumbrada limosna, que ha montado gran suma de dinero, y ahora últimamente se situaron tres mil pesos en las reales cajas para la nueva fundacion de la casa y mision de Valdivia, de nuestra

Compañía, fuera de otros mil que dió el Virey para ayuda de costa de los padres que envió con la real armada que salió del Perú a fortificar aquel puerto, como se hizo y queda referido en su lugar, y para que nada de todo lo que aquí he referido deje algun año de hacerse por falta del dinero pronto y efectivo, dice el mesmo autor, que luego que llegan a España los galeones de la plata y la flota, se pone a parte la cantidad que está determinada para este fin, con que se facilita mas el despacho de los procuradores y padres misioneros. Lo que yo supe en Madrid fué que están dedicados tantos mil ducados cada año para este efecto y que se acude con mucha puntualidad a todo, por tenerlo dispuesto así nuestro católico monarca.

Fuera de todo esto, se pudieran referir otras liberalidades que usa Su Majestad con aquellos sus nuevos vasallos en los collegios que tiene fundados para que sean instruidos y enseñados en ellos los hijos de los caciques y se crien en buenas costumbres, para que así salgan mas aptos para gobernar sus pueblos y lugares y sean como dechados y modelos para la mejor instruccion y enseñanza de los suyos, que es una cosa de grande importancia para los acrecentamientos de aquella nueva cristiandad. Tambien hay fundados de sus reales rentas seminarios y collejios muy lucidos donde se cria la juventud de los españoles, que son como un almácigo que se trasplanta despues a su tiempo a las catedrales, a las sagradas relijiones y al gobierno de las repúblicas, con que para todo jénero de estados salen hombres eminentes en letras y maestros de virtud y policía cristiana: de aquí salen los doctrineros y curas que enseñan a los indios lo que aprendieron, y saben cómo los han de criar en virtud y temor de Dios. Demas de esto, del noveno que toca a Su Majestad, de los diezmos de las iglesias, que son las rentas de los obispos y cabildos eclesiásticos, se aplica una parte a los hospitales y otra a otras obras pías, de manera que si se hiciera una suma de todo lo que Su Majestad gasta todos los años en servicio de Dios y de su iglesia, seria mayor de lo que se puede decir y muy difícil de persuadir a quien no lo ha visto y tocado con las manos: con que queda suficientemente probado lo que queda dicho y deben todos conservar, y es que a nuestro católico Rey debe la América, con tan justo título como consta de lo dicho, todos sus progresos y aumentos en la fée y policía cristiana, con que la corresponde a los que ella ha dado a su real corona y monarquía, de manera que podemos decir lo que el autor arriba citado, hablando con nuestro Rey y católico monarca: *at sive illam (puta Americam) tibi, tuisque, ac sibi religio acquisierit; sive tu illam ecclesiæ, tibi, ac tuis, paris felicitatis est, et, divinæ in Principes Religionis studiosos beneficentiæ;* y es así que, ora digamos que la Iglesia santa ha puesto en la mano de nuestro católico Rey esta preciosa joya de la América y héchole dueño de los tesoros que en sí encierra, o que la piedad y relijion del mesmo rey la pone a los piés de la mesma Iglesia para que la reconozcan y crean tantos reinos e innumerables naciones, como son las que en aquel nuevo mundo ha conquistado y ganado por sus puños, todo vieno a ser gloria de la católica Majestad, que tiene por la primera de las suyas, aumentar el reino de Cristo, defenderle y propagarle con sus armas, con su patrimonio, con sus tesoros y riqueza.

CAPÍTULO IV

Del modo con que se plantó la fée en el reino de Chile y de los progresos que en él ha hecho.

Hablando del modo con que se plantó la fée en el reino de Chile, podemos decir dél lo jeneral que de los demas reinos y partes de la América, y es que jeneralmente hubo muy poco que hacer en persuadirla a los indios, y así se gastó poco tiempo en argumentos para convencer los entendimientos a creer lo que se les predicaba. Muy fácilmente oyeron siempre a los predicadores evanjélicos, y aunque no les han faltado a éstos persecuciones hasta derramar la sangre y dar las vidas, como lo han hecho muchos predicando la verdad de nuestra católica relijion, ha sido todo muy poco, respecto de la persecucion del oriente y de las contradiciones que han hecho en él al Evanjelio y ley de Cristo los perseguidores de aquellas nuevas iglesias del Japon y China y de la Etiopía, que hasta hoy están tan rebeldes en algunas partes y tienen tan cerradas las puertas a la luz que se les entraba por ellas a desterrar la profunda y tenebrosa noche de sus errores.

Las causas de esta diferencia son dos muy conocidas, la primera, que en el oriente, quitadas las costas del mar, la tierra adentro no la poseen reyes católicos, sino otros reyes, príncipes y señores jentiles muy poderosos, los cuales, como tales, son mas difíciles de persuadir a que abrazen la fée y ley de Dios, a que repugna y contradice tanto la de la carne, y mas en los que están acostumbrados a mayor libertad y relajacion de costumbres, como son de ordinario los que viven mas suyos y mas independientes de otros; y como el ejemplo de los príncipes es tan poderoso y eficaz para con los suyos, miéntras los ven, o despreciar la ley de Dios, que se les predica, o perseguir a los predicadores, o, por lo ménos, no oirlos y anteponer a su doctrina sus vicios y costumbres jentílicas, con dificultad se halla en los vasallos quien no siga sus pasos, y esta es

la causa de la contradicion que ha hallado el Evanjelio en aquellas partes; la cual no ha habido en la América, porque no hay en toda ella otro supremo príncipe que nuestro católico rey, a quien solo reconocen todas aquellas provincias y reinos por único supremo señor, y aunque hay todavía muchos jentiles que no están debajo de su real jurisdicion y imperio, es solamente porque el tiempo no ha dado lugar a penetrarlo todo, y si algunos, como son los de Chile, han resistido, ya hemos visto en la buena disposicion en que hoy están para rendirse del todo y recebirle por su señor, juntamente con el suave yugo del Evanjelio.

La segunda causa de esta diferencia es la gran fuerza y autoridad que los Bonzos, Chaucus, Prasonges, Talapoes y Sais, que son los sacerdotes de los ídolos, tienen en el oriente, así para con los señores y príncipes, como con el pueblo, y tener el demonio tan asentada la falsa veneracion y culto de sus Pagodes y falsos dioses; lo cual no es así en la América, porque los fingidos sacerdotes de sus errores han sido y son mucho ménos y no de tanta autoridad jeneralmente; y como luego que entraron los españoles en aquella tierra, se fueron haciendo dueños de ella y desacreditando a estos ministros del demonio y desbaratando con la luz y verdad de nuestra católica relijion, las tinieblas y mentira de sus errores y engañada profesion, y se han ido castigando los hechiceros, que corresponden en su modo a los Bonzos del oriente; con esto ha podido la fée propagarse y dilatarse tan apriesa y echar tan hondas raíces, que, hablando de las ciudades y aun de las reducciones y pueblos de los cristianos, no son jeneralmente mas católicos los de otras partes; ántes hacen aquellos una gran ventaja a muchos de éstos, y es que no se vé allá en toda la vida un hereje ni un moro; y a lo ménos no me acuerdo haberlo visto hasta que me embarqué en una de las armadas en que vine, donde ví uno o otro. Con esto no ha habido ocasion de mezclarse con la pura luz y fuente clara del Evanjelio las tinieblas y aguas turbias y inficionadas de la herejía y seta de Mahoma, ni otros errores de los que en otras partes tienen infestado el mundo: los que los indios de la América tenian, eran solas ignorancias y desvaríos de jentiles, que como nieblas a la presencia del sol, se desbarataron y desaparecieron luego al rayar de la primera luz de nuestra católica relijion, sin que fuese menester gastar mucho tiempo en disputas y argumentos para convencer y persuadir su verdad.

Hablando en particular de los indios de Chile, podemos decir aun de los que han hecho mayor resistencia a recebir el Evanjelio, que esto, mas ha nacido de la rebeldía y repugnancia de la voluntad, que del entendimiento, porque éste fácilmente se convenciera a dar asenso a las verdades de nuestra ley, si la voluntad se resolviera a tragar las dificultades de su observancia, tan opuestas al apetito sensual. Esto es lo que les hace la guerra, haber de reducirse a vivir con sola una mujer, dejando la poligamia, que tan asentada y recebida está entre los jentiles y otras costumbres como esta, propias de su ceguera y opuestas a la verdad y pureza que profesa la relijion cristiana. Adelante se contarán algunos casos en particular, que darán a entender esto mejor. Estas costumbres y vicios de los jentiles, opuestas a las de los cristianos, han estado mas incontrastables en los indios de guerra y en los que están mas adelante

hácia el Estrecho de Magallanes, que con los que están repartidos por las encomiendas de los vecinos encomenderos (a quien, por merced del Rey, pagan el tributo que habian de dar a Su Majestad) no ha habido tanto que hacer, y hoy están todos éstos reducidos a las costumbres cristianas y están entablados en ellas, de manera que no he sabido de ninguno de ellos que se haya vuelto jamas a las costumbres de los jentiles, ni que tengan mas de una mujer, ni entierren sus difuntos sino en la iglesia; ántes asisten a sus entierros y exéquias como verdaderos cristianos; acuden con sus ofrendas el dia de los finados; hacen decir sus misas y dan la limosna para ellas, y esto aun en los pueblos mas retirados de los españoles, de manera que no se diferencian en esto de los cristianos viejos. Tienen gran cuidado de que se baptizen sus hijos y de que se confirmen a su tiempo, y de llamar al cura o al relijioso para que confiese al enfermo cuando está en peligro, y esto es mas de agradecer en ellos porque de ordinario está muy léjos el confesor, y tal vez será menester andar ocho, diez y doce leguas para hallarle. Lo que les falta es mas doctrina, por la falta que hay de ministros del Evanjelio, porque aunque hay muchos clérigos y relijiosos de las cuatro órdenes mendicantes, no bastan para tanto como hay que hacer, y, en fin, lo que se ha hecho y hace en esta parte, a ellos se les debe.

No sé cuál de las sagradas relijiones que en aquel reino florecen, fué la primera que entró en él. Poca diferencia pudo haber de las unas a las otras, porque cuando se descubrió y conquistó Chile, ya estarian todas en el Perú y de allí seria fácil a su santo celo pasar a convertir aquel reino. Lo que sé decir es que, fuera de la del beato Juan de Dios, que habrá veinte o treinta años que comenzó a honrar con sus relijiosos aquellos paises, fué la última[1] de todas nuestra Compañía de Jesus, que entró en aquel reino el año de mil quinientos y noventa y tres, como se verá adelante, porque aunque podemos decir que comenzó a darse a sentir y predicar al mundo desde la cuna, pues siendo bien niña, aun viviendo su padre y patriarca glorioso San Ignacio, habia salido ya de su regazo y esparcídose por las cuatro partes del mundo y llegado hasta la América; pero como esta de Chile es de las mas remotas y apartadas, no pudieron llegar tan presto a ella, ni estaba ésta descubierta y conquistada ántes de la fundacion y confirmacion de la mesma Compañía (que el mesmo año de mil y quinientos y cuarenta, en que la Sede Apostólica la confirmó, fué en el que entró el gobernador Pedro de Valdivia a conquistar el reino de Chile), con todo eso llegó tarde mi sagrada relijion a esta viña del Señor, no porque sus hijos estuviesen ántes ociosos y mano sobre mano, como los operarios del Evanjelio, que por esto fueron reprehendidos, pues sabe el mundo las maravillas que obraba ya Dios por ellos en aquel tiempo, sino porque siendo entónces tan pocos, no pudieron en tan breve tiempo penetrarlo todo. Llegamos a las once, es verdad; pero con el ejemplo de las demas sagradas relijiones que halló la nuestra sudando y logrando sus gloriosos trabajos en la conversion de las almas, que llevaba

1 Nuestro autor olvida en este lugar que con posterioridad a los jesuitas, se establecieron en Chile los agustinos.

tan adelante, se alentó y animó, de manera que poniéndola aquellas a su lado, la dieron lugar a trabajar en su compañía y lograr entre sus hijos los copiosísimos frutos que los unos y los otros han cojido y cojen a manos llenas en Chile para glorificar al Señor y aumentar sus tesoros y riqueza con la amplificacion del reino de Cristo y gloria de su cruz.

Tienen estas sagradas relijiones fundadas sus provincias en aquel reino con grande lucimiento, así de sus conventos e iglesias (que las tienen muy ilustres y van creciendo y enriqueciéndose cada dia mas y mas) como en el número y calidad de los insignes sujetos que en ella ha habido y hay, así en letras y nobleza, como en virtud y relijion. De lo primero queda dicho algo en los capítulos tercero y sesto del libro quinto, hablando de la ciudad de Santiago. De lo que toca a los varones señalados que han florecido de estas sagradas relijiones en aquel reino, era menester hacer libro aparte, como será fuerza se haga para honrar a tantos varones ilustres como allí ha habido. Lo que yo podré decir en jeneral para aumento de su gran celo, es que no contentándose con haber fabricado sus conventos e iglesias en las ciudades, ilustrándolas con su predicacion, doctrina y ejemplo, se han salido a los montes y valles a fundar en ellos otras casas para ayuda de los prójimos, porque, como se ha dicho en su lugar, con ocasion de las ciudades que se perdieron en Chile, la jente que se salvó de ellas, pobló los campos y hay en ellos tantas estancias de vecinos que en muchas partes hay concursos tan numerosos como en las ciudades, así de españoles como de indios y negros, y así para el socorro espiritual de estas almas, el santo celo de estos padres los sacó de la quietud y reposo de sus celdas a fundar monasterios para estar mas a mano para ayuda de los prójimos.

Entre otros conventos son muy señalados y muy de ver dos que tiene la sagrada relijion de San Francisco, el uno en el valle de Quillota, con una iglesia de ladrillo, tan costosa, tan lucida y airosa que pudiera parecer muy bien en cualquiera ciudad mas que mediana, y costó muchos ducados, y fué el principal que dió la limosna para ella el capita Francisco Hernandez de Herrera, el cual queda contado entre los demas insignes que van nombrados arriba en las guerras y batallas de aquel reino. El otro convento está fundado en otro valle que por esto llaman San Francisco del Monte. La sagrada relijion de Nuestra Señora de las Mercedes tiene otros dos, el uno de ellos muy antiguo y muy nombrado y de gran concurso en el valle de Chimbarongo, y otro que llaman de Santa Ines en Rapel. La esclarecida relijion de San Agustin tiene otros dos, el uno en la ribera del rio Maule, y el otro en un valle muy rico y fértil que se llama de Longotoma y es todo él de la mesma relijion. No cuento el que asimesmo han edificado en el puerto de Valparaiso, porque, aunque este puerto no es ciudad formada, lo será con el tiempo, y la jente que en el habita y el concurso de los navegantes que entran y salen del Perú es grande. La sagrada relijion de Santo Domingo ha comenzado pocos años há otra casa junto a Rapel, que crecerá con el tiempo y se hará como las demas, en que enseña al mundo con su predicacion y santo ejemplo. A estas casas y conventos concurren los vecinos comarcanos, particularmente la Cuaresma a sus confesiones y ejercicios de piedad, y los relijiosos que

están en ellos salen a las estancias a confesar a los enfermos y ayudar al prójimo en los ministerios proprios de su profesion, con grande ejemplo de sus personas y crédito de su doctrina, edificando al mundo, como lo acostumbran en todas partes.

Dejo lo particular que se debiera decir del fruto que estas insignes relijiones han hecho y hacen en aquel reino, porque escribiendo de tan léjos y tan de desapercibido de las noticias mas claras y distintas que eran necesarias para hablar con acierto y decoro de materia tan grande, no podria ménos que errar, callando muchas cosas que tan dignas son de saberse, las cuales publicarán algun dia las historias. Miéntras estas salen a luz, quiero, aunque en breve, satisfacer al deseo de mis padres y hermanos de la Compañía de Jesus, a cuya instancia tomé la pluma y emprendí este trabajo, para darles noticia del Reino de Chile y de los empleos que tiene en él nuestra Compañía en la salud de las almas, para avivar con esto su santo celo y el fervor con que desean pasar a aquellas partes y emplearse en la conversion de los jentiles y cultivo espiritual de los nuevos cristianos, lo cual se hará en el capítulo que se sigue y en los demas.

CAPÍTULO V

De la primera entrada de la Compañía de Jesus en el Reyno de Chile.

En lo que queda de aquí adelante hasta el fin de este libro las habré ya con solos mis padres y hermanos de nuestra Compañía de Jesus, que son los que me han solicitado a este pequeño trabajo y obligado a dar alguna noticia de aquel reino tan remoto y apartado de estos, así de lo que toca a sus naturales propriedades y habitadores, como de la copiosa mies y gloriosos empleos para el bien de las almas. De todo se ha dicho ya algo y mas por estenso de lo primero; ahora diremos de lo segundo, y para dar mas clara noticia de este punto, será necesario tocar algo de la primera entrada de la Compañía en aquel reino, cuyo relacion sacada fielmente de las ánuas impresas de nuestra Compañía de Jesus de los años mil y quinientos y noventa y cuatro y noventa y cinco, satisfará a los que desean saber el orijen y principio de esta provincia. Concurrieron a ellos grandes deseos, así de los padres del Perú como de los ministros del Rey, que, movidos del celo de las almas, clamaron a Su Majestad pidiéndole que se sirviese de enviar de España algunos de la Compañía para que se empleasen en la copiosísima mies que en aquel reino de Chile habia. Concurrió Su Majestad y su Real Consejo de las Indias, enviando para este intento con el padre Procurador del Perú, ocho relijiosos de nuestra Compañía, destinados para este intento y costeados de sus reales cajas. Concurrió el padre Juan Sebastian, de buena memoria, el cual luego que se encargó del oficio de Provincial del Perú, dicen las letras ánuas, que el primer cuidado que tuvo fué enviar estos ocho compañeros, que fueron seis sacerdotes y dos hermanos coajutores, y por cabeza de todos al padre Baltasar de Piña, hombre ya de setenta años y muy conocido en aquellos tiempos por su grande espíritu y por los grandes trabajos que ayudó a padecer a la Compañía casi desde sus prin-

cipios, porque fué uno de los que se hallaron en aquella grave persecucion que padeció en Zaragoza en tiempo de nuestro Padre San Ignacio, y estando en aquella cansada y consumida edad, cuando, como pondera bien la historia, estaba mas para el reposo y quietud de su celda que para emprender nuevos trabajos, no rehusó la nueva carga, sino que esponiéndose con grande ánimo a las incomodidades y peligros del mar, se aprestó con grande aliento para la nueva empresa y se embarcó con sus compañeros con grande alegría y consuelo por la esperanza que llevaban de emplearse en la nueva mies a que Dios los enviaba.

Comenzaron estos apostólicos varones su navegacion a nueve de febrero de mil y quinientos y noventa y tres años, y por ser ya tiempo de cuaresma, predicaban en la nao tres veces en la semana, y confesaban a los pasajeros y demas jente de la mar, edificándolos a todos con su santo ejemplo y conversacion. Fué la navegacion muy trabajosa y peligrosa y duró tanto que habiéndose gastado los bastimentos, las tres últimas semanas de cuaresma hubieron de pasar solamente con biscocho y pasas. Entre otras tempestades, tuvieron una tan terrible que decia uno de los pilotos que en muchísimas veces que habia hecho aquel viaje no la habia visto semejante, (si el demonio pudo tener parte en ella, debia de temer la guerra que con este nuevo socorro del cielo se le habia de hacer, como despues lo esperimentó): últimamente fué Dios servido de que llegasen a Coquimbo (que es el primer puerto de Chile mas vecino a los del Perú) despues de treinta y nueve dias de navegacion, donde fueron recebidos con estraordinario agasajo y alegría de todos. Está la ciudad de Coquimbo dos leguas de la ciudad y las anduvieron a pié y descalzos, hasta llegar a la iglesia de San Francisco, como lo habian prometido, hallándose en el aprieto de la tempestad. Estuvieron quince dias en esta ciudad y fueron de tan gran consuelo a todos los de ella, que decian que con la vista de aquellos padres les parecia que habian visto abierto el cielo. Predicaron y confesaron sin cesar todo el tiempo que allí se detuvieron, con grande edificacion y fruto de las almas. Despues de los quince dias, determinando hacer su viaje por tierra, acudió la ciudad con grande liberalidad, dándoles todo lo necesario para el camino, cabalgaduras y matalotaje y un español que les guiase y asistiese en todo él. Llegaron a la ciudad ds Santiago (que dista de la de Coquimbo sesenta leguas) un dia despues del Domingo de Ramos, y entraron ántes de amanecer, por huir el honroso recebimiento que supieron aparejaba la ciudad para salirlos a recebir; pero no por esto pudieron escusar las honras que la ciudad les hizo, yendo luego a visitarlos toda ella juntamente con los dos cabildos eclesiástico y seglar, y todas las sagradas relijiones.

La muy esclarecida de nuestro Padre Santo Domingo quiso señalarse en esto, hospedando a los Padres en su santo convento, con tan grande amor y agasajo que no le hubieran hallado mayor en ninguna de nuestras casas y colejios. Luego que pasó la páscua trataron los de la ciudad de dar casa a los padres para que pudiesen con mas comodidad ejercitar sus ministerios, y sabiéndolo el Padre Retor, habiéndose juntado el pueblo con todo lo mejor de lo eclesiástico y seglar a oirle un dia que propuso para dar razon de su venida, despues de haberles declarado el fin

e instituto de la Compañía, que era discurrir por todas las partes del mundo para el bien de las almas, añadió que sabia bien el aprieto en que estaba aquel reino y ciudad con la larga y porfiada guerra que cuarenta años habia padecido, y que así iban muy persuadidos a las incomodidades que habian de padecer en él, y que por no ser cargosos a ninguna ciudad en particular, traian determinacion de no hacer asiento fijo en ninguna, sino discurrir por todas para poderlos servir con ménos incomodidad de los vecinos. Oyendo esto el pueblo, se levantó diciendo que en ninguna manera, sino que habian de quedarse con ellos y tomar casa y asentarla en aquella ciudad, que era cabeza del reino, que no querian privarse de tanto bien como el que se les habia entrado por sus puertas; y luego al punto, diciendo y haciendo, juntaron entre todos la limosna que bastó para comprar unas casas de las mas principales del lugar, una cuadra de la plaza y de la catedral, a que el mesmo dueño concurrió con ochocientos pesos que remitió de su valor, y aunque no costaron entónces mas de otros tres mil y seiscientos, se estimarian en tiempo de paz, segun lo advierte la historia, en diez mil. De mas de esto, acudió la ciudad con todo lo necesario para halajar la casa y proveerla de sustento; y con esto, a la sesta semana despues de la llegada de los padres, se pasaron del sagrado convento de nuestro Padre Santo Domingo a su casa, donde acomodando una pequeña iglesia, comenzaron luego a ejercitar los ministerios propios de nuestra profesion.

Trataron luego de hacer iglesia, porque la jente que acudia era mucha; comenzaron a ayudar unos y otros, éste con los materiales y aquél con los oficiales y peones, de manera que esperaban verla acabada para el verano siguiente. Colocaron con solemnidad en su pequeña iglesia o capilla una insigne reliquia que el Padre Provincial les habia dado, que es una cabeza de una de las once mil vírjenes, que hasta hoy se conserva en un gran relicario hecho de plata en forma de castillo, y ha sido como fundadora de aquel colejio. Viendo la ciudad el gran fruto que los nuestros comenzaron a hacer en todos, con deseo de que la juventud participase de él mas cumplidamente, rogó a los Padres que abriesen las escuelas que acostumbran en otras, y lo mesmo les pidieron las sagradas relijiones, y en particular el muy Reverendo Padre Provincial de Santo Domingo, que era muy afecto a la Compañía, ofreciendo, si ponian curso de artes, once de sus relijiosos para honrarle, porque estaban ya bien dispuestos para oir la filosofía. El muy Reverendo Padre Provincial de San Francisco ofreció otros seis de los suyos y algunos de Nuestra Señora de las Mercedes pidieron lo mesmo, prometiendo todos de acudir dos veces al dia a nuestra casa a oir las lecciones; con que no pudiendo escusarse los nuestros, hubieron de hacer lo que les mandaban y así se dispusieron luego para ello y comenzaron el dia de la Asuncion de Nuestra Señora las primeras lecciones, con grande solemnidad y aplauso de todos.

Mientras acudian los nuestros a estos ministerios con los españoles, no se olvidaban de lo que llevaban mas encargado, que era el ministerio de los indios y negros, por ser jente mas necesitada y pobre. Tocó el cuidado de los indios al padre Luis de Valdivia, el cual se aplicó tan de veras

á él y era hombre de tan gran talento, que á los trece dias que comenzó a aprender su lengua, comenzó á confesarlos en ella, y á los veinte y ocho á predicar, que es una cosa rara, por ser la lengua de los indios de Chile tan distinta de la española y latina y aun de las de otras naciones, las cuales no confrontan ni en una palabra; y no contento con esto, para abrir la puerta á los demas y facilitar mas el aprender esta lengua, comenzó á hacer luego la gramática y vocabulario que de ella imprimió,[1] con que dentro de poco tiempo pudieron instruirse los indios en su propria lengua y aprender el catecismo en ella, y era contento oir ya á los indios responder en su lengua á las preguntas de la doctrina cristiana, con admiracion de los que veian una cosa tan nueva en aquella tierra. Un domingo despues de páscua salieron los nuestros en procesion de la iglesia de Santo Domingo á la plaza, cantando por las calles las oraciones en la lengua de los indios, que fué de gran gusto y consuelo á todos, y con ésto comenzaron estos á dar mayores muestras de su capacidad y habilidad, porque cuando les enseñaban en lengua española, como no la entendian bien, no podian mostrarla. Alababa mucho el padre Valdivia sus entendimientos y docilidad y tenia notable deleite y gusto en enseñarlos, dando por bien empleado todo el tiempo que con ellos gastaba: ni era menor el consuelo que los indios tenian de aprender y entender lo que ántes no percebian, y así acudian de suyo, sin que los llamasen los dias que estaban señalados para la doctrina, y hubo algunos de ellos, cinco en particular, que en media hora de reloj se hicieron capaces y aprendieron á rezar el rosario entero de Nuestra Señora. Señaláronse dos de los mas hábiles y mas aprovechados que fuesen como tribunos y capitanes de los demas; éstos corrian de casa en casa, agregando los suyos para ejercitarse en los misterios de la féc y doctrina cristiana.

Tambien se señalaron dos dias cada semana para instruir en la fé á los indios que se cautivaban en la guerra, de los cuales, uno en particular, cobró tanto amor á las cosas que le enseñaban de nuestra católica relijion, que se ofreció á llevar á los nuestros á su tierra, sin ningun peligro ni riesgo, para que allá enseñasen á los suyos lo que él habia ya aprendido. Otra cosa hizo el padre Luis de Valdivia, tambien de grande admiracion, y fué que con ocasion de catequizar y hacer cristianos á unos indios que se llaman Guarpes (que son los que dijimos en su lugar, habitan en la tierra de Cuyo, que está en la otra banda de la cordillera) aprendió su lengua (que es totalmente distinta de la de Chile) y hizo gramática y vocabulario de ella y la imprimió con el de Chile,[2] con que dejó allanado el camino á los nuestros para poder emplearse en la ense-

1 Véase la nota siguiente.

2 El Padre Valdivia imprimió, en efecto, en Lima, en 1606, en un pequeño volúmen en 8.°, el *Arte y gramatica general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile*, seguido del *Vocabulario de la Lengua de Chile*, de la *Doctrina christiana*, y del *Confessonario breve*, librito que fué reimpreso en Sevilla en 1684, y últimamente (1887) en Leipzig.

El año siguiente de 1607, imprimia tambien en Lima su *Doctrina christiana y cathecismo en la lengua Allentiac, que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera, con un confessonario, Arte y Bocabulario breues.* En nuestra *Bibliotheca Americana* hemos dado por estenso los detalles bibliográficos referentes á estos trabajos del Padre Valdivia, que son hoy verdaderas curiosidades.

ñanza y conversion de los indios, como lo han hecho y hacen los que despues de él le han sucedido. Mientras el padre Valdivia acudia a los indios con tan gran provecho suyo, atendia el padre Gabriel de Vega al ministerio de los morenos, aunque entónces no habia tantos como ahora, y el padre Estela al catecismo y enseñanza de los niños, y todo esto sin dejar de atender a los españoles, los cuales cobraron con esto tan grande amor y estimacion de la Compañía, que el hermano Miguel de Teleña (uno de estos ocho primeros fundadores de este colejio, y murió despues de haber trabajado muchos años en la iglesia que tenemos hoy de piedra, con grande edificacion y ejemplo) me solia contar várias veces que aquellos vecinos antiguos tenian un modo de celos, unos con otros, sobre quien favorecia mas a la Compañía, en tanto grado, que se sentia cada uno de que se acudiese primero que a él a otro ningno por alguna cosa de que tuviésemos necesidad o para nuestro sustento o para la casa, fábricas o sacristía: nombraba en particular algunas casas que se singularizaron mas que otras en las finezas con que acudian a los nuestros, y, entre otros casos, me contó que habiendo ido el mesmo hermano a casa de una señora muy principal, llamada doña Isabel de Cárdos (muy conocida en aquella ciudad por su grande nobleza y jenerosidad) a pedir de limosna se sirviese de mandarle emprestar unas carretas para llevar al puerto (que está veinte y cuatro leguas de allí) cierta cantidad de vino que el capitan Thomas Pastene (a quien nombramos en su lugar entre los capitanes de fama en la guerra) le habia dádo asimismo de limosna, para traer de Valdivia o Chiloé una partida de tablas para la iglesia; le respondió muy sentida, ¿pues cómo yo tengo de dar las carretas y otro el vino? ¿por ventura, el vino de otros es mejor que el de mis hedegas? vaya, padre, dé órden de lo que se ha de hacer, que todo quiero darlo de mi casa, como lo hizo; y a este modo hacian otros otras liberalidades, que dejo por evitar prolijidad, con que en poco tiempo se acomodó y adelantó mucho aquella casa y colejio. Y esto es lo que se ha ofrecido decir de la primera entrada y fundacion de la Compañía en aquel reino y ciudad; ahora diremos lo que toca a los ministerios con que la ha servido y sirve a todo él.

CAPITULO VI

De los ministerios en que la Compañía de Jesus se ejercita y puede emplearse en el reino de Chile.

Para despertar mas la devocion y espíritu de los que desean emplear su talento en la ayuda de los prójimos, ejercitándose en los empleos que tiene la Compañía en el reino de Chile, y para mejor comprehension de esta materia, la podremos dividir en seis clases, en las cuales se comprehenderán todos nuestros ministerios, para convidar a los fervorosos operarios del Evanjelio a emplear en ellos sus vidas y talentos. Pongamos, pues, en la primera clase los ministerios que se ejercitan en las ciudades, así con los españoles, que son la mayor y principal parte que constituyen estas repúblicas, como con los indios y negros que residen en ellas para su servicio. Y por no cansar, repitiendo las mesmas cosas en cada ciudad, hablaré solamente de la de Santiago, que es la cabeza, y lo que de ella dijéremos, se podrá proporcionalmente entender de todas las demas. Los ministerios en que los de la Compañía se ejercitan en esta ciudad, son los que son tan proprios de su profesion y ejercita en todo el mundo, como son, confesar, predicar, enseñar, visitar las cárceles y hospitales, doctrinar a los niños, a los indios y a los negros, cuidar de sus congregaciones y cofradías, y de las otras que son mas lustrosas y principales, de los caballeros, mercaderes y estudiantes. Comencemos por el primer ministerio de las confesiones, el cual está tan bien entablado y recebido en el collejio de Santiago, que, aunque fueran doblados mas los padres en él, tuvieran bien que hacer, porque la jente del lugar es mucha y la frecuencia a nuestra iglesia estraordinaria. En tiempo de cuaresma, en particular, y la Semana Santa es tan grande la multitud y frecuencia de confesiones, que aunque jeneralmente hablando, todos los demas sacerdotes acuden a este ministerio con grande edificacion, y el señor obispo en persona toma su confesonario y se sienta

a confesar con grande edificacion, como cualquier otro particular, y le siguen los demas clérigos, y están los cláustros e iglesias de los monasterios y conventos hechos un hormiguero de jente, como lo he visto por mis ojos; sin embargo, es tanta la que acude a nuestra casa, que nos acontece estar confesando hasta dos y tres horas de la noche, y apénas rompe el dia cuando están batiendo las puertas y haciendo pedazos la campanilla para que les abran por ganar la vez.

Y aunque en estos aprietos no se escusa ni el superior, ni el maestro, ni el predicador, sin embargo, es menester, despues de la Semana Santa, trabajar la Páscua y aun por muchos dias despues, y con todo esto se suelen ir algunos desconsolados por no haber podido confesarse; y no solamente se ve esto la cuaresma y Semana Santa, pero en el Jubileo de la Porciúncula y en los mensales, en que se celebran con gran puntualidad y lucimiento las comuniones jenerales en los dias de Nuestra Señora, de San Joseph, y de otros santos y en las fiestas de las congregaciones y cofradías, en que es menester ponerse a confesar desde el tiempo de la oracion hasta la segunda mesa, y aun entónces he visto algunos que se vuelven a sus casas desconsolados por no haber tiempo para ellos. Fuera de estas confesiones que se hacen en nuestra iglesia, salen los nuestros a confesar a los hospitales y cárceles, y a los que nos llaman, estando enfermos, a sus casas, y esto con tanta frecuencia que, fdera de las veces que se va a esto entre dia, rara vez faltan de noche una, o dos o tres confesiones, en lo cual es verdaderamente de edificacion ver salir aquellos padres, sin escusarse ni los mas viejos, ni los maestros de teolojía y filosofía, ni los predicadores, muchas veces lloviendo y con grandes frios y lodos, a pié, a muy largos trechos, porque el sitio de la ciudad es muy grande, y tal vez llaman a los arrabales y fuera de la ciudad, y como saben todos el gusto y puntualidad con que acudimos a servir en esto al mas pobrecito negro o indio (aunque sea en tiempo de pestes, en que se suele padecer mucho) nos llaman con confianza, y es una accion esta de grande edificacion para el pueblo, muy útil y de mucho mérito, y ha sido siempre y es de gran crédito para nuestros ministerios y de los que en ellos se ejercitan.

El segundo es el de la predicacion, que es tambien de grande fruto, por el espíritu y fervor con que nuestros predicadores le ejercitan, atendiendo mas a esto que a lisonjear al oído con la vana composicion de palabras, que son mas propias de carteles y certámenes poéticos que del púlpito, donde todo lo que no es hablar de Cristo Crucificado es por lo ménos tiempo perdido. Los auditorios son muy numerosos, particularmente la cuaresma, y aunque suelen concurrir al mesmo tiempo las demas relijiones, predicando en sus iglesias, a las cuales acude tanta jente que tal vez he visto que no caben en ellas, sin embargo, acude tanta a la nuestra, que, con ser muy capaz, suele estar llena hasta los umbrales, y esto se entiende de españoles (que es circunstancia muy considerable en aquellas ciudades, por ser tan nuevas, y que arguye bien lo mucho que se han aumentado de jente). A los indios y negros predicamos en estas ocasiones en las plazas, los indios quedan en la de la Compañía, y los negros, cantando la doctrina cristiana, pasan en procesion a la princi-

pal, y en las gradas de la catedral se les hace la doctrina y enseña el catecismo y se les predica, y suelen asistir algunos canónigos y seglares a oír el sermon por su devocion. Aquí disputan sobre el catecismo los morenos, preguntándose los unos a los otros, y repartiéndose los premios a los que lo hacen mejor. Fuera de los sermones de nuestra iglesia, predican tambien los nuestros los que tienen de tabla en la catedral, y otros a que les convidan de los conventos y monasterios; y el adviento y cuaresma predicamos en la plaza a los españoles, donde se suelen juntar muy lucidos y numerosos auditorios. Predícase tambien en las parroquias, en las cárceles y hospitales, y acudimos a los ajusticiados a confesarlos y consolarlos en aquel último trance, y habiendo gastado primero algunos dias en disponerlos, despues de ejecutado el suplicio, se predica a un inumerable pueblo que suele concurrir a estos espectáculos, y los sermones son siempre con fruto. Cada mes se hace plática a todas las escuelas que se juntan a esto un dia señalado en nuestra iglesia, donde comulgan todos con grande edificacion del pueblo, y con la mesma acuden los estudiantes a los hospitales ciertos dias del año, en compañía de sus maestros, y les llevan de comer de alguna limosna que juntan entre sí para esto y los sirven y hacen las camas y los consuelan con santas conversaciones.

Las congregaciones están muy bien entabladas y muy lucidas. Acuden todos los domingos, casi a un mesmo tiempo cada uno a la suya: los caballeros y toda la demas jente de importancia a la de nuestra Señora de Loreto; los estudiantes a la de la Concepcion; los indios a la del Niño Jesus; y los morenos a la del pesebre de Belen. Otra se ha entablado ahora de nuevo, de oficiales, (que es de gran servicio de Nuestro Señor) en el Collejio Convictorio, y cada una tiene su dia en que hace la fiesta a su advocacion y comulgan todos los congreganles, llevando cada uno su hacha encendida en la mano; y esto es a la misa mayor, que se canta con mucha música y solemnidad, a que acude gran pueblo, y todos quedan muy edificados de ver una accion de tanta piedad, a que asiste siempre el señor obispo, la Real Audiencia y Cabildo y lo mejor del lugar. Con dificultad se persuadirá la grandeza y solemnidad de estas fiestas a quien no las ha visto, porque verdaderamente son tales que parecieran muy bien en lo mejor de Europa. Lo jeneral, en que todas convienen, es en un altar que levantan debajo de la cúpula de la iglesia, donde eran tantos los gastos que se hacian de cera y olores por la santa emulacion y competencia con que cada congregacion pretendia aventajarse a la otra, que fué necesario que los superiores pusiesen coto a estos gastos, y así se ordenó que, fuera de la cera que se pone en los altares ordinarios, no se pusiese en este solio o túmulo de en medio, arriba de cincuenta libras y veinte y cuatro hachas, que con ser lo mas moderado a que se pudo coartar este gasto, es muy considerable, porque vale allí la cera, cuando mas barata, a doce reales, y otras veces vale a diez y seis y a veinte la libra. Y aun no es este el mayor gasto, porque, fuera de las flores artificiales que suelen hacerse para estos dias, y otras curiosidades, fuera de los blandones de plata, láminas y imájenes de talla, de que se hace una vistosa piña, con várias invepciones y artificios de arcos dorados y cie-

los de seda que ponen sobre este altar, le llenan tambien de gran suma de pebetes, algunos muy grandes, todos en pebeteros y candeleros de alcorza, de que tambien hacen várias láminas de media talla, soles, estrellas, querubines y otras invenciones de mucha costa y lucimiento con que se adorna este altar; todo lo cual perteneciente a dulces y olores, se reparte luego que se acaba la fiesta entre algunas de las personas que se hallaron y acudieron a ella.

Es tambien grande el gasto que estos dias se hace en las pomas y cazoletas de ámbar y almizcle, que están perfumando la iglesia desde por la mañana, de manera que cuando llega la hora de la misa mayor y va concurriendo la jente a la fiesta, está el aire tan oloroso que se siente en la calle mucho ántes de llegar a la iglesia; y así, en entrando por ella, parece un cielo, porque suele estar sembrada de claveles y rosas y de otras flores, conforme a sus tiempos, y se suele regar toda con agua rosada y la que llaman de ánjeles, que es destilada de várias flores y yerbas olorosas, de que tambien mezclan el agua de las pilas. Suele añadirse a esto unas veces, alguna representacion que hacen los estudiantes, a lo divino; otras, alguna oracion o poema al intento de la fiesta, con buena música y alguna vez, entre muchas, a manera de colloquio. Las escuelas, quince dias ántes de su fiesta de la Concepcion, publican certámen poético, llevando el cartel por toda la ciudad con grande acompañamiento de a caballo, y el dia de la fiesta, despues de comer, se juntan a repartir los premios a los poetas con mucha música y saraos y otras alegrías con que entretienen la tarde con gusto y edificacion de lo mejor de la ciudad, que concurre siempre a estas solemnidades. A este modo se celebran todas las demas fiestas de nuestros santos, la del Corpus y cuarenta horas. No puedo dejar de referir aquí una cosa en que resplandece grandemente la piedad y liberalidad de algunas personas de esta ciudad para con la Compañía (y lo mesmo hacen otras con las demas sagradas relijiones) y es que con ser tan grande el gasto de estas fiestas, no costea en ellas nada nuestra iglesia, porque toda la costa la hacen de fuera todos los años entre várias personas que por su devocion y piedad las han tomado a su cargo. Y lo primero, lo que toca a las congregaciones y cofradías, costean sus fiestas los prefectos y asistentes, los mayordomos y deputados, ayudándose de lo demas con que concurren los congregados y la limosna que juntan los cofrades. Las fiestas del jubileo de las cuarenta horas las tienen repartidas entre sí algunos mercaderes principales y otras personas pías y devotas, que dan de limosna toda la cera, olores y lo demas necesario para ellas. La fiesta de Nuestro Padre San Ignacio la costea una señora muy principal y noble, devota del Santo. Otra de no inferiores prendas, la de San Francisco Javier. Un caballero de lo mas noble de la tierra y despues de su muerte su heredero y sucesor, la del B. P. Francisco de Borja, y la del B. Luis Gonzaga un ministro del rey, que fué el que la entabló, caballero de grande piedad, la cual han heredado despues de sus dias sus hijos, que llevan adelante el lucimiento y lustre de esta fiesta, a la cual y a las demas acuden todas estas personas pías y devotas a competencia, procurando cada cual, con santa emulacion, aventajarse en el gasto de cera, olores, música, aparato y

adorno del altar, que hemos dicho, precediendo la víspera de la fiesta, de ordinario, buenas invenciones de fuego, con clarines, cajas y trompetas que la regocijan. Esto es lo ordinario y anual, que en fiestas estraordinarias, como son canonizaciones de santos, es muy de admirar la liberalidad con que esta ciudad se esmera en celebrarlas, como se vió en las de nuestros santos patriarca San Ignacio y San Francisco Javier, a las cuales, fuera de los olores y cera (que ésta fué tanta, que con sola la que dió un caballero, me contó el sacristan, hubo para el grande gasto de la fiesta y sobró para el gasto ordinario de todo un año) tomaron a su cargo particulares personas ocho convites y espléndidos banquetes, con que en los ocho dias del octavario regalaron a mucha jente de todos estados, que convidaron a ellos.

La Cuaresma se ha entablado de pocos años a esta parte un modo de disciplina, que es el mas aventajado medio que se ha inventado para fruto de las almas. Tócase la campana a prima noche, y comenzando a cerrar, va acudiendo la jente, y algunos por hacer esta accion con mas libertad y sin peligro de vanidad, se disfrazan y todos, con gran silencio, que causa devocion, se van congregando en la iglesia, donde estando ya todos juntos, se descubre un crucifijo de talla, de estatura perfecta, de eminente hechura y perfeccion, cosa grande; y comienzan a entonar con buena música el Miserere, el cual, acabado, sube un padre al púlpito y hace su ejemplo y plática con mucho fervor, y en acabando, se apagan las luces y comienza la disciplina, y al mesmo tiempo el padre, que no se baja del púlpito, comienza a glosar el mesmo psalmo o otro de compuncion y penitencia, o sobre un paso de la pasion mueve al auditorio a varios afectos de contricion, dolor y amor. Hácese esto con tanto espíritu y fervor, que el que entra mas helado, sale compunjido y abrasado en afectos de dolor de sus pecados, porque moviera a las piedras ver una penitencia tan sentida como aquí se hace. En llegando al *tibi soli peccavi* comienzan las lágrimas y sollozos, los golpes de pechos, bofetadas y alaridos, pidiendo a voces a Dios misericordia, y el padre, que siempre se procura tenga espíritu y talento para esto, con la mocion que ve en el auditorio, le va ayudando con pías contemplaciones y tiernos afectos, exitándole de cuando en cuando a nuevos actos de contricion, en que prorrumpen todos a voces, de manera que ha menester el predicador tenerla muy buena para prevalecer entre tanto rumor.

Entran algunos vestidos con sus túnicas blancas para hacer la disciplina de sangre, y no contentos con la que aquí derrraman, prosiguen despues con su devocion andando las estaciones por las demas iglesias del lugar. Otros he visto que entran cargados de hierros. Otros con cruces a cuestas. Otros se atraviesan a las puertas de la iglesia por donde ha de salir toda aquella multitud de jente para ser hollados de ella, como de hecho acontece por la oscuridad del lugar. Muchos de los que van saliendo, piden luego confesion. Otros dan sus limosnas a muchos pobres que concurren estas noches a nuestras puertas a pedirla, y dánla con tanta liberalidad y fervor, que acabándoseles el dinero, los he visto dar la capa y la espada y el sombrero y volverse a sus casas en cuerpo: tal es la mocion con que salen de esta disciplina. Fuera de esto, comienzan

luego el dia siguiente a enviar al predicador, éste los cien reales, aquél docientos, o el lienzo o paño para que lo repartan entre pobres, como me ha acontecido a mí muchas veces. Este es el fruto que se coje de este santo ejercicio, que, a mi ver, es el mayor que rinden nuestros ministerios, porque se han visto por este medio conversiones estraordinarias y muchas. He sabido no de pocos que fueron a estas disciplinas solo por curiosidad, por ver lo que todos decian y publicaban de tan estraordinaria mocion, y aunque al principio estaban frios y helados, se encendian despues con el ejemplo de los demas, de manera que salian otros, y no me espanto, porque segun es el fervor con que se ha tomado esta accion, parece que el Espíritu Santo la ha echado su bendicion para remedio de las almas y conversion de pecadores. Suelen quedar muchos tan engolosinados de este santo ejercicio, que los he visto, y personas muy graves, llegar a los nuestros a pedirles que quieran continuarlo aun despues de la cuaresma; pero, porque la demasiada continuacion no haga remitir algo del fervor, se ha juzgado no concederlo entre año, sino algunas vísperas de Nuestra Señora y de algun santo particular. Esta santa costumbre la aprendimos del insigne colejio de San Pablo de la ciudad de Lima, donde la ví despues ejercitar algunas vísperas de Nuestra Señora y de otras fiestas, con gran solemnidad de música y concurso de jente y gran devocion. Estos son parte de los ministerios que pertenecen a la primera clase de nuestra division, a que se pueden añadir otros comunes y ordinarios, como son los de las escuelas menores hasta las de teolujía a que se acude con gran lucimiento y puntualidad; componer pleitos, hacer amistades, atajar discordias y responder a dificultades y casos de conciencia, en que hay bien que hacer por la estimacion que en aquellas partes se hace de la doctrina de la Compañía.

CAPÍTULO VII

Prosigue la mesma materia, y trátase de los ministerios con indios y negros.

A esta primera clase de que hemos tratado en el capítulo pasado, pertenecen tambien los ministerios que en los colejios se ejercitan con los indios y con los morenos, los cuales si no son tan especiosos en los ojos de los hombres, dan mayor ocasion de mérito en los de Dios y han estado siempre en tan grande estima en los de la Compañía que ha ocupado en ellos sujetos con quien se pudieran honrar los mas lucidos. Yo conocí empleado en el de los indios mas de veinte años al padre Alonso de Aguilera, acudiendo juntamente con grande edificacion y ejemplo al de su teolujía, en que otro tanto tiempo leyó una de las cátedras de escolástica en la ciudad de Santiago, con el lucimiento de su grande injenio y doctrina, tan conocida y aplaudida en aquel reino; y ántes de él, conocí tambien empleado en el mesmo ministerio mucho tiempo al padre Baltasar Pliego, no ménos conocido por su gran talento de púlpito y por la autoridad que siempre ha tenido con las primeras personas de aquel reino; y lo mesmo pudiera decir de otros, porque nadie, por grande que sea, se desdeña de acudir a un ministerio de tanto agrado de Nuestro Señor, y los mesmos superiores, hasta el Provincial, suelen ser los primeros en hacerles las pláticas en sus congregaciones y los sermones los dias de las fiestas de sus cofradías, y en confesarlos y salir a sus procesiones con sus cruces en la mano, como lo usan todos los demas que las acompañan.

Son estas procesiones muy lucidas y hay mucho que ver en ellas. Hacen la suya los indios la mañana de Páscua de Resurreccion, dos horas ántes de amanecer, a que acuden todos los cofrades y cofradas con sus hachas de cera blanca, todos bien vestidos y aliñados. Compónese la procesion de muchos pendones y andas que llevan muy bien aderezadas

de muchas flores artificiales de seda, plata y oro, y en ellas al niño Jesus con su cabellera y vestido a usanza de indio; a la Vírjen Santísima, vestida de gloria y ricamente adornada, y otras imájenes de devocion; todo esto con mucha música y danzas y varios instrumentos de cajas, pífanos y clarines, y por los monasterios por donde pasa la procesion, la reciben las monjas y relijiosos con repique de campanas, órganos y buena música. Habiendo vuelto esta procesion a nuestra iglesia, se canta la misa con mucha solemnidad y sermon, y a su tiempo llegan al altar los cofrades y cofradas con sus hachas encendidas a comulgar, que es una accion de grande edificacion y ejemplo, porque la hacen estos nuevos cristianos con tanta devocion y recojimiento, que pueden dar ejemplo y enseñanza en esto a muchos cristianos viejos. (Perdóneme el piadoso letor si talvez le canso con referir por menor algunas de estas, que podrán parecerle menudencias, porque como escribo de tierras y cristiandad tan nueva, es menester decender a algunas cosas que, aunque parecen comunes a otras partes, tienen de particular el haberse entablado de nuevo en aquel nuevo mundo, y todo hace para mayor aliento de aquellos nuevos cristianos y edificacion de los antiguos).

La procesion que hacen los morenos el dia de la Epifanía y páscua de los Santos Reyes Magos no es en nada inferior a la de los indios, en la cual, fuera de los pendones, suelen sacar en trece pares de andas todo el nacimiento de Nuestro Redentor. Va en unas el pesebre con la gloria, en otras el ánjel que dá la nueva a los pastores, y en otras varios pasos de devocion, y por remate, los tres santos magos que siguen la luz de una grande estrella, que va delante, de mucho lucimiento. Entre otros pasos, se hace uno en esta procesion de tanta ternura que no se pueden contener algunos sin enternecerse, como lo he visto pasando por algunas de las comunidades de relijiosos que salen a honrar la procesion pasando por sus iglesias, y es que viniendo la Vírjen Santísima sentada en un taburete con su precioso Hijo a los pechos, le encuentra una nube, la cual abriéndose de repente, descubre una multitud de ánjeles que vienen cada uno con su instrumento de la Pasion en las manos; el niño, dejando el pecho, se abalanza con grandes ánsias, estendiendo los bracitos para recebir aquellos instrumentos de su amor, y la Vírjen, con admiracion, abre los suyos, levantando la cabeza a contemplar tan tierno afecto, y hácese todo esto con tanta viveza que no parece artificio sino cosa natural. Son las imájenes principales todas de estatura natural y algunas muy perfectas, y así causa muy gran ternura y devocion.

Para mayor solemnidad de esta fiesta, elijen los morenos cada año, por votos, un rey de su mesma nacion, cuya corona dura solo este dia, y así para lograr la mejor, no es decible la majestad que representa con un cortejo de otros muchos que se juntan de várias partes para esta fiesta, a la cual vienen algunos vestidos a la española, muy galanos y lucidos, otros a usanza de su tierra con arco y flecha, formando várias cuadrillas en forma de pelea, haciendo sus acometimientos, entradas y salidas, como si lo tomaran de veras; llegan a hacer reverencia a su rey, atropados, corriendo a gran priesa, hincanle la rodilla y luego levantan una vocería que pone espanto. De esta manera corren todos despues a hacer

su adoracion y reconocimiento al verdadero Rey del cielo que va en el pesebre, y prosiguen alegrando la procesion con varios jéneros de bailes y danzas, en que hacen ventaja a los indios, porque son mas alegres y regocijados. No contentos con esto, suelen hacer sus oraciones y representaciones, en que hay tanto mas que ver y que admirar cuanto es ménos el lugar y comodidad que tienen, por ser esclavos y no saber leer para atender a los ensayes, y así suele ser grande el concurso que se junta a estos actos.

Otra procesion hacen aun mas solemne que ésta la Semana Santa, en que sacan todos los pasos de dolor que padeció Cristo Señor Nuestro desde el pesebre hasta la cruz: hay aquí mucho que ver y contemplar, porque las imájenes de bulto que sacan son de mucho precio y valor, y las nubes y artificios para significar los misterios son de injeniosas tramoyas y que mueven mucho a la devocion. Llevan los cofrades y cofradas tanta cera que me acuerdo el primer año que se estableció, que, fuera de las linternas, conté mas de cuatrocientas hachas de cera blanca, que es mucho por valer allí tanto, como he dicho, y mas, siendo estos unos pobres esclavos; pero su piedad es tanta que el real que llega a sus manos lo guardan para estas ocasiones por salir con lucimiento a ellas, porque tienen puesta en esto su honra. Esto es lo mas especioso de estas dos cofradías, a que añaden entre año otra accion en que ejercitan la piedad y caridad con los pobres, y es que de sus limosnas juntan cada año para hacer una comida que sirve la cofradía de los indios a los enfermos del hospital, y la de los morenos a los pobres de la cárcel, a quienes, fuera de esto, asude a consolar en sus trabajos, y cuando han de justiciar a alguno, acuden con su pendon y crucifijo, con sus hachas, y le acompañan hasta el lugar del suplicio, donde le ayudan y asisten con sus oraciones, animándole para aquel último trance. Acuden, demas de esto, los unos y los otros todos los domingos a las pláticas y doctrina cristiana que se les hace, y salen con sus pendones por las calles cantando las oraciones, y en la octava de los finados, hacen las honras por sus difuntos, con mucha solemnidad y música y buena ofrenda para los cantores, y la cuaresma tiene cada cofradía señalado su dia para hacer a la noche su disciplina, como los españoles, y fuera de los mayordomos y oficiales que tienen obligacion de confesar y comulgar mas a menudo, hay otros muchos cofrades y cofradas que frecuentan los santos sacramentos cada ocho dias y otros mas a menudo, en que se hace gran servicio a Nuestro Señor. Todo lo cual es comun proporcionalmente en los demas colejios de la provincia, y en el de la Concepcion van floreciendo mucho estas cofradías.

Digamos ahora lo mas trabajoso de estos ministerios, y que es el crisol de la paciencia de nuestros confesores, que es catequizar y confesar a los negros bozales. Vienen estos de Angola, Guinea, Congo y otras partes de aquella de Africa a nuestra América, cortados inmediatamente de las selvas de su jentilismo, y dan con ellos en aquellas provincias de Chile, de donde se reparten despues a otras mas adentro. Son estos tan incapaces (no hablo de los negros criollos ni de los ya ladinos, porque estos son de tanta capacidad como los mesmos españoles, sino de los bozales) que no

parecen hombres sino bestias, y ponerse a catequizar a uno de estos y a confesarle, es lo mesmo que ponerse en un potro o en un ecúleo, porque no se qué sea menester mas paciencia para lo uno que para lo otro: sabelo Dios, que es el que solo puede dar fuerzas y premiar tan excesiva mortificacion y trabajo. Sin embargo, no se escusa nadie dél, el superior el primero, el predicador y el maestro y todos los demas se sientan a lidiar con uno de estos, una, dos y tres horas, con la humildad y paciencia que pide un acto de tanta caridad, y para que lo sea mayor, quiso Nuestro Señor hacer mas pesada esta carga, porque, fuera de la brutalidad de esta jente, les dió una complexion tal que es insufrible el mal olor que echan de sí y encalabria las cabezas y obliga muchas veces a detener el resuello, por no poderse sufrir, con que siempre que se trata con esta pobre jente, hay ocásion de padecer; pero cuando vamos a confesarlos, estando enfermos, es del todo insufrible a las humanas fuerzas, porque se añade a la mortificacion ordinaria de su mal olor, el que de suyo trae consigo la enfermedad y la poca comodidad que por su pobreza pasan, en fin, como esclavos, en sus malas camillas tendidas por el suelo, que acrecienta no poco la asquerosidad, que por solo Dios se puede pasar, y mas cuando hay alguna peste, que de ordinario da primero en ellos como en mas desacomodados. En estas ocasiones es el padecer de veras, porque añadiéndose a la incapacidad de esta jente la mala disposicion y desabrimiento de la enfermedad, es menester decirles las cosas veinte veces para hacérselas entender, y por no exasperarlos o aflijirlos mas de lo que lo están con el accidente, es necesario doblar el confesor la paciencia y sufrimiento y el fervor de la caridad para perseverar en la fatiga y penalidad en que aquí se sacrifican.

Pero la fidelidad y liberalidad de Nuestro Señor no permite dilatar todo el premio hasta la otra vida, sino que paga de contado la perseverancia de sus ministros, con los admirables frutos que les rinde su trabajo, cuando ménos piensan, por los admirables efectos de la divina gracia que esperimentan en el manejo de estas almas. Aconteciómе una vez ir a la cárcel a confesar uno de estos negros que estaba para ser quemado por el pecado de la bestialidad, en que como bruto animal habia caido, segun estaba probado y cierto, que no parece que le faltaba para serlo del todo sino solo la figura (que en fin era de hombre y hablaba), que en lo demas no daba muestras de cosa racional. Comencé a trabajar con él, usando de vários modos y trazas para darle a entender las cosas de la eternidad y disponerle para la confesion; pero era dar en él como en una peña, porque importaban tanto mis palabras como si las dijera a un leño, sin que reconociese señal ninguna de que hablaba con hombre, a lo ménos con hombre que me diese la menor esperanza de poder hacer fruto en él; repetíale los misterios de nuestra santa fée, y cuando despues de haber gastado mucho tiempo, pareciéndome que estaba ya capaz, por haberle hecho repetir una mesma cosa muchas veces, le preguntaba lo que le habia enseñado, se me quedaba embelesado y abierta la boca, como quien no habia hecho concepto de nada.

Volví una y otra vez a la cárcel, trabajé todo lo que pude, lastimado de ver una alma criada para la vida eterna, encarcelada en un cuerpo que

tan poco le ayudaba en aquel punto de tanto peligro, y en que le iba tanto como es la salvacion; hablábale, encomendábale a Nuestro Señor y hacíale que en su lengua me repitiese las palabras que le iba diciendo del acto de contricion, porque aunque me parecia que hablaba solamente como papagayo, sin hacer concepto de las palabras que repetia, me contentaba con esto, con esperanza de que Dios le abriria por este medio el entendimiento. Fué hora de volver a casa, y fuíme con harto desconsuelo porque el juez daba priesa é instaba ya el tiempo del suplicio: volví luego en amaneciendo otro dia, y fué cosa maravillosa, hallé la cárcel toda conmovida, salieron los presos del calabozo a darme los parabienes de lo que habian visto, diciéndome que aquel negro no les habia dejado dormir toda la noche, porque la habia pasado en vela, con grandes sollozos, llorando amargamente sus culpas, y puesto de rodillas y dándose con una piedra grandes golpes en los pechos, habia estado pidiendo misericordia con tan gran fervor que los enternecia a todos. Llegué a él, hallèle en esta postura tan otro, que solo tenia del dia antecedente la figura, todo lo demas trocado en otro hombre y en un fervoroso penitente.

Halléle tan bien dispuesto que pude confesarle muy a mi satisfaccion, y aun hacer que recibiese el viático. ¡Tal habia sido la mudanza que el Espíritu Santo habia hecho en aquella alma, por medio de su interior majisterio, que pudo tan en breve darle a entender lo que yo con tan gran trabajo no habia podido en tanto tiempo! Lleváronle al lugar del suplicio, a que acudió innumerable pueblo, y continuando siempre las muestras de compuncion y causándola a los presentes, recibió la ejecucion de la sentencia con la confianza de su salvacion y muestras de conseguirla, que pudiera un cristiano viejo despues de bien preparado y dispuesto para este trance. Acontecióme lo mesmo con otra negra tan incapaz como este, y aun mas, por estar muy enferma. Trabajé con ella lo que Dios sabe, aunque sin fruto, y volviendo una mañana a visitarla, me salieron a recebir sus amas, haciéndose lenguas en referir los admirables efectos de la divina gracia que habian visto aquella noche en su esclava. Instruíla en los misterios de nuestra fée, rebapticéla y murió. Otros muchos casos se pudieran contar a este modo, algunos se tocarán mas adelante, por ahora basten estos, para que se entienda algo de lo mucho que Nuestro Señor se sirve del trabajo que con estos negros se pasa, y la fuerza de la divina gracia para hacer de piedras, hijos de Abraham, como lo esperimentamos cada dia, viendo que con el tiempo y la paciencia se dispone y habilita esta pobre jente de manera que vienen a reducirse a la frecuencia de los sacramentos con gran fruto de sus almas. El particular cuidado y providencia que Nuestro Señor ha tenido de su salvacion, se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII

De los baptismos de los negros.—Trátase juntamente del Seminario Convictorio de San Francisco Javier.

Entre otros efectos y señales con que Dios Nuestro Señor ha mostrado la providencia que tiene de sus predestinados, son las que de poco mas de veinte años a esta parte hemos visto para con estos pobres negros, en órden a sus baptismos, para lo cual supongo lo que pasa en el modo de cautivarlos y sacarlos de sus tierras para llevarlos a la América, en que habia mucho que decir, si fuera este su lugar: vea el que tuviere deseo de saber esto por menor, el famoso libro que sobre esta materia escribió el padre Alonso de Sandoval,[1] de nuestra Compañía de Jesus, el cual con el santo celo que Dios le dió de la salvacion de las almas, y en particular de las de estos pobres negros, ha trabajado y averiguado con gran solicitud, con personas prácticas de los que andan en este trato de los negros, la gran duda que habia de sus baptismos, suficiente en muchísimos para rebaptizarlos, a lo ménos *sub conditione;* y pasando yo por Cartajena (donde por haber muchos años que reside y ser aquel lugar de tanto concurso de negros, ha podido trabajar en esto con mas fruto que otros) me comunicó muchas cosas en particular en esta *materia,* por las cuales me confirmé yo mas en lo que de esto sabia y tenia averiguado por mi parte, y aprendí mucho mas de su comunicacion.

Para confirmacion de cuán de Dios fué este pensamiento y la razon de dudar en estos baptismos, fué cosa maravillosa que en el mesmo tiempo en que Nuestro Señor inspiró y dió esta luz a este su siervo y celoso ministro de su Evanjelio, inspiró lo mesmo en el Paraguay al padre Diego de Torres, de buena memoria, de quien se ha hecho mencion arriba a

1 El padre Alfonso de Sandoval nació en Sevilla, pero se educó en Lima. Fué autor de varios libros, siendo el mas notable de ellos el intitulado *De Instauranda Aethiopum salute,* Madrid, 1616, folio, que es al que se refiere nuestro autor.

otros intentos. Este gran siervo de Dios, sin saber nada de lo que pasaba en Cartajena (porque hay mas de mil leguas de una parte a otra) comenzó a despertar esta cuestion en Córdova de Tucuman, donde yo estaba entónces, y aunque con contradicion de algunos, a quien estos rebaptismos parecieron novedad digna de mayor consideracion, comenzó por sí mesmo a rebaptizar *sub conditione* a muchos, habiéndolos primero examinado y hallado duda razonable en el valor de sus baptismos; y estando ocupado en esto, fué tambien cosa maravillosa que llegó una relacion de España de lo que acerca de esto se practicaba ya en Sevilla, por órden del Arzobispo de aquella santa Iglesia, cuya instruccion del modo que en esto se habia de guardar conforme los pareceres de los teólogos, deshizo todos los nublados y satisfizo a las dificultades de los que al principio dudaban esto, y se vió manifiestamente lo que se ha dicho de haber sido esta mocion del cielo para remedio de tantas almas, con lo cual comenzaron todos a emplearse en este ministerio, con gran fruto de estos pobres negros y mérito propio, por lo mucho que fué y ha sido menester trabajar en catequizar e instruir a jente tan incapaz como ésta cuando bozales y algunos toda la vida.

Han pasado de estos negros muchísimos a Chile, y así ha habido y hay tanto que hacer con ellos que sobrepuja a nuestras fuerzas; y aunque se han rebaptizado muchos, no son ménos, si no son mas, los que quedan por examinar y revalidar sus baptismos, y este es uno de los ministerios que tenemos en los colejios de gran mérito y gloria de Dios, y en que se han visto y tocado como con las manos, singulares efectos de la divina predestinacion: solo yo pudiera contar muchos que han pasado por las mias en bautismos que he hecho con estraordinarias y singularísimas circunstancias, en que ha resplandecido la divina providencia para con sus escojidos, entre los cuales fué muy particular el que me aconteció con una negra ya vieja y criada casi desde niña entre españoles. Estaba ésta para morir y llamáronme para que la confesase; fuí a su casa, y como era tan ladina que parecia española, no se me ofreció pensamiento de dudar de su baptismo (porque nunca se duda de su valor en los que nacieron o se criaron entre cristianos); confeséla, y habiéndola dispuesto muy a mi satisfacion, me volví a casa; pero en el camino, ántes de llegar, se me ofreció si por ventura aquella negra estaba bien baptizada; comenzó a apretarme este pensamiento y cada vez con mas viveza, y aunque no hallaba razon ninguna de dudar porque habiendo estado aquella negra tantos años entre cristianos y criádose con ellos, no parecia que era dudable que estuviese baptizada, y mas habiendo frecuentado los sacramentos tantos años habia; con todo eso, llevado de una fuerza interior, no pude ménos que volver de la calle a la casa de la enferma.

Comencé luego a examinarla, y preguntándola de su bautismo me respondió con admiracion de la pregunta, porque yo, dijo, ha muchos años que me baptizaron y me he criado siempre entre españoles; sin embargo de esta respuesta fuí, con el mejor modo que pude, examinándola (porque se afrentan los que están reputados por cristianos antiguos de que les toquen esta tecla, porque es tratarlos como bozales, de que ellos se corren mucho) y sacando primero en limpio que era ya adulta cuando

la baptizaron, a pocas mas instancias y escrutinios, hallé no solamente duda en el valor de su baptismo, pero casi certeza de que no era cristiana; y fué el caso que como en aquel tiempo en que se habia baptizado, no se habia comenzado a mover esta cuestion, no tuvo ninguno ocasion de dudar de aquel baptismo, y así prosiguió con su buena fé de que estaba bien baptizada, a frecuentar los sacramentos hasta aquella edad que era ya de muy anciana. Dila a entender el estado de su alma y la gran dicha que habia tenido y misericordia que Dios la habia hecho en darla vida hasta aquel tiempo y inspirar en mí el santo pensamiento de examinar su baptismo, y reconociendo ella este singularísimo beneficio de la mano de Nuestro Señor, me pidió con grandes ánsias que la rebaptizase. Así lo hice luego porque estaba ya muy al cabo, y estábalo tanto que ántes de llegar yo al collejio, que estaba bien cerca de su casa, espiró. A este modo se pudieran contar otros casos semejantes que cada dia acontecen, en que Nuestro Señor muestra manifiestamente su divina providencia y los efectos de su divina predestinacion, con harto consuelo de los que toma por instrumentos para obrarlos. Mas adelante se tocarán algunos, entre otros de que se hará capítulo aparte; ahora baste éste para que de él se colijan los demas, los cuales y el gran provecho que se ha hecho a estas almas con estos baptismos *sub conditione*, muestran bien claro haber sido pensamiento del cielo el que al mesmo tiempo y en partes tan distantes unas de otras, despertó en los siervos de Nuestro Señor una cuestion y duda de que se le ha seguido tan grande gloria y bien a las almas.

Esto es lo que toca al ministerio de los indios y morenos en los colejios; digamos ahora algo de los seminarios y convictorios. El de Santiago le fundó el padre Diego de Torres arriba nombrado, luego que fundó la provincia del Paraguay y comenzó a gobernarla. Comenzó este collejio a florecer desde sus principios con tan estraordinarios ejemplos de virtud que los colejiales, particularmente algunos mas señalados, parecian en su recojimiento y modestia y en la oracion y mortificacion en que se ejercitaban, unos muy exactos novicios, y de hecho lo fueron muchos de ellos que entraron entónces en nuestra Compañía y en otras sagradas relijiones.

Informando el dicho padre provincial Diego de Torres a nuestro muy reverendo padre jeneral Claudio Aquaviva, de buena memoria, de los buenos naturales y capacidad de los que nacen en aquel reino, así para las letras como para la virtud, y de la esperiencia que de lo uno y lo otro se habia hecho con la fundacion de este collejio, dice así en la carta ánua del año de 1612. «A mi ver, uno de los mayores frutos y mas calificados servicios que han hecho los hijos de la Compañía a la Majestad de Nuestro Señor, es el que cojen en este collejio, pues dél depende el bien de toda esta tierra, en criarles sus hijos con el recojimiento y virtud que si fueran relijiosos, de que no es pequeña muestra el hablar en sus conversaciones y recreaciones de Dios Nuestro Señor con la facilidad que si lo fueran, y hacer sus mortificaciones en el refetorio, pedir les digan las faltas y otras cosas de mucho consuelo, y aunque es verdad que yo he visto colejios y seminarios de la Compañía en diversas partes, pero nin-

gunos hacen ventaja a éste, y es que a lo que espero, quiere Nuestro Señor hacer un jardin muy agradable a sus ojos en este reino y regarlo con agua y sangre, como se ha comenzado ya a hacer con muchas oraciones y lágrimas y con la sangre de nuestros dichosos padres este año pasado, y entiendo no ha de parar ahí, y por esto crio estos niños para que entrando en relijion ayuden a alabarle con trabajos y con sus vidas. Y así es para dar gracias a Nuestro Señor ver con el deseo y ánsias que entran algunos en la Compañía, con deseo de imitar a estos padres que han muerto ahora los indios, y el ver tan buena disposicion en ellos ha sido la santa causa de haberme alargado en recebir en la Compañía mas de los que pensé al principio, pues en poco mas de un año se han recebido diez y seis en este colejio.» Hasta aquí el capítulo de esta carta, el cual he repetido tan por estenso por la grande autoridad, espíritu y opinion de santidad del que le escribió.

Despues acá se ha conservado siempre este colejio de manera que nunca ha dejado de dar muy buenos sujetos a la Compañía y a las demas sagradas relijiones, y en él tienen los nuestros muy honesto y provechoso empleo, alendiendo a la enseñanza en letras y policía cristiana y cultivo espiritual de los colejiales, con el deseo y puntualidad que acostumbra en todos los demas que tienen a su cargo. Confiesan y comulgan de regla los colejiales cada quince dias y para esto van en comunidad a la iglesia de la Compañía, con grande edificacion del pueblo, por la modestia con que van por las calles sin hablar ni vaguear de una parte a otra, y lo mesmo observan siempre que salen de casa. Cuando van a las iglesias, se previenen asientos para que estén con la debida decencia, y así son estimados de todos y admitidos entre la jente mas principal, y la Real Audiencia les tiene dado asiento en nuestra iglesia, en la capilla mayor, inmediatamente despues del suyo.

Celebran sus fiestas con gran solemnidad, particularmente la de San Francisco Javier, que es su patron, en cuyo dia hacen sus oraciones o coloquios con mucha música y saraos. El año que se pasaron a la casa que les donó el capitan Francisco de Fuenzalida (a quien podemos dar por esto el título de insigne y comun benefactor de la patria, pues este beneficio se estiende a toda ella), hicieron una muy solemne procesion, a que acudió el señor obispo, presidente y Real Audiencia, y todo lo mejor del lugar, que salieron muy gustosos de ver la representacion y regocijos que hicieron unos niños de muy tierna edad, que admiraron, porque son muy hábiles y muy prestos en lo que les imponen. Publicaron cartel y certámen poético, el cual sacó un colejial graduado, acompañado de gran lustre de caballería, y el dia señalado se repartieron ricos premios a los poetas que mas se aventajaron. Críanse en lo interior con gran virtud: cada dia tienen su oracion mental, exámen de conciencia todos juntos en la capilla y luego su leccion espiritual; cada ocho dias su plática o conferencia, fuera de otras muchas devociones, ayunos y disciplinas en que se ejercitan con tanto fervor que talvez es menester irles a la mano, y así cuando entran en la relijion llevan mucho andado para acomodarse al rigor de la disciplina relijiosa. Es de gran fruto este colejio, así para las relijiones como para los curatos de las iglesias y go-

bierno de las repúblicas, porque se enseñan e industrian allí para todo.

Mas, desde sus principios toma la Compañía el cuidado de la juventud y de los de tierna edad en aquel reino, porque, no contenta con las escuelas de estudios menores y mayores, tiene otras en las cuales podemos decir que desde la cuna comienza a enseñar a los niños con las primeras letras del A, B, C, el temor de Dios y policía cristiana. Tenemos estas escuelas, con la gracia del Señor, muy acreditadas y bien gobernadas en todos los colejios. En la de Santiago habrá cuatrocientos niños españoles: acuden éstos a leer, escribir y contar. Aprenden aquí el catecismo y a rezar las oraciones, y se enseñan a confesarse y algunos mayorcitos se les permite comulgar. Es contento verlos ir a la plaza en procesion con sus estandartes, cantando las oraciones, y mucho mas el oirlos despues a las puertas de la iglesia Catedral, donde se hace la doctrina, argumentar sobre los artículos de la fée y el catecismo, porque como son jeneralmente tan vivos y despiertos, lo muestran en sus preguntas y respuestas, con admiracion y gusto de muchísima jente que se suele juntar a oirlos, y al predicador que tomando ocasion de este santo ejercicio, predica despues al pueblo con grande fruto, porque de ordinario los predicadores que se elijen para estos sermones, son de grande espíritu y suelen ser de las personas mas graves y de mas autoridad. Con este servicio que la Compañía hace a las repúblicas, no queda ninguno en ellas, por pobre que sea, que no aprenda a leer y escribir y contar, si quiere, porque, como servimos sin otro ningun interes que el bien de las almas, no hay ninguno que por pobre y por no tener con que pagar al maestro, se escuse de aprender. Esto es lo que se ha ofrecido decir de los ministerios de esta primera clase; diremos ahora de los de la segunda, tercera y las demas, y ántes de comenzarlas, contaremos algunas cosas de edificacion pertenecientes a los colejios, para consuelo del piadoso lector y mayor crédito y abono de estos ministerios.

CAPÍTULO IX

Cuéntanse algunos casos de edificacion para ejemplo, consuelo y enseñanza de todos.

Frutos son de los ministerios de esta primera clase de nuestros ministerios, que son los que se ejercitan en nuestros colejios, los casos de edificacion y consuelo que en ellos han sucédido. Referiré aquí algunos con las mesmas palabras que los hallo escritos en algunas de nuestras ánuas desde el año 1629 hasta 36, que despues acá no se han enviado otras, y en las de ántes, como no estaba dividido Chile del Paraguay, se dice muy poco de aquel reino. Dé, pues, principios una señal y efecto grande de la divina predestinacion de una esclava, y sucedió en la ciudad de Santiago, el cual refieren las ánuas citadas por estas palabras: «Llamaron a un padre a confesar a una española y la persona que avisó al portero, no pudiendo esperar se fué dejando dicho el nombre de la enferma. Fué esta causa que el padre no topase tan presto la casa. Buscándola, le dicen en otra donde llegó a preguntar por la enferma que no era aquella su casa; pero que habia sido providencia divina aportar a allí, por tener una negra bozal enferma. Entra el padre, examínala si es baptizada y hallando con claridad no serlo, la baptiza, y parece que solo esto aguardaba su dicha, pues estando aun con buen semblante, murió, mostrando ser del número de los predestinados. Este mismo padre fué a confesar a un indecito ladino de hasta doce años; no lo habia hecho jamas, ni se hallaba modo cómo hacerlo, por estar la enfermedad muy adelante. Saliéndose de la casa, le inspiró el Señor se esperase un poco; luego volvió el enfermo en sí, e instruyéndole bien, le confesó y luego comenzó el muchacho a invocar el dulce nombre de Jesus, y llamando a su amo, le dijo: ¿no ves, señor, tan hermoso niño que me convida vaya en su compañía? y diciendo estas y otras razones, que significaban ser el que le llamaba aquel Señor que le redimió con su sangre, le entregó el alma.

Un soldado andaba envuelto en la comun miseria de la carne, teniendo consigo la ocasion. Un hermano nuestro y deudo suyo le persuadió temiese el castigo divino y diese de mano a quien le ocasionaba; tomó el consejo y volvió la hoja de modo que comenzó a servir muy de veras al Señor, llorando amargamente su vida. En esta sazon le apretó una récia enfermedad; acojióse al hospital, donde le visitó un caballero que frecuentaba nuestra casa y tambien trataba de veras del servicio divino, exhortándole con palabras a propósito para aquel último trance. Certificóle el enfermo que éste no seria tan presto, porque hoy, dice, es juéves y yo tengo seguro del cielo no morir hasta el sábado, que es dia de la Santísima Vírjen. Dudólo y mucho el caballero, por tener ya muy debilitado el pulso. Con todo, con curiosidad volvió el sábado y viendo que casi espiraba, le puso la candela bendita en la mano; como pudo le significó el enfermo que aun tenia tres horas de vida, y volviendo puntualmente, pasado el tiempo, halló que acababa ya de espirar, cumpliéndose lo que el enfermo habia dicho y dejando con esto y con su verdadera penitencia muy grandes prendas del perdon.

Dando un dia la señal para que viniesen a la disciplina, acompañó a los demas un hombre que con una ocasion envejecida tenia rematada su alma. Este cuando oía tocar, se acordaba de lo que en otras ocasiones, en aquella hora, habia oído platicar, y movido de Dios se esforzó a escapar de la que al presente tenia, y cual otro Joseph, dejando la capa en manos de la mala hembra, resistiendo ella a la voluntad que mostraba de acudir a oír la divina palabra, venció la inspiracion santa, y llegó a nuestra casa al tiempo que el predicador, con actos de penitencia sobre el psalmo del *Miserere*, movia su auditorio con sus palabras. Estas penetraron de manera el corazon de nuestro Joseph, que comenzó a gritar y pedir a voces misericordia, temiendo que ántes de partirse de allí la habian de impedir sus pecados, y la tierra o el cielo, ministros de la Divina Justicia, la habian de ejecutar en él; en fin, se le conceden treguas, y deshecho en lágrimas, ántes de salir de nuestra casa, se prostra a los piés de un confesor, y recibiendo el beneficio de la absolucion, sin enjugar las lágrimas, se va a casa de la mala amiga, y con ellas, mas que con palabras, la persuade y trae a seguir sus pasos, y levantados entrambos de aquel atolladero, perseveran en el servicio de Dios.

Otro se vino a confesar con uno de los nuestros, que tambien acababa de oir una destas pláticas, en la cual le pareció que con advertencia el predicador enderezaba todas sus razones y palabras a él, y así se persuadió que por revelacion habia penetrado su alma. Revuelto en estos pensamientos, se recojió confuso a su posada, donde de repente le pareció, no solo imajinariamente, mas en hecho de verdad, que le subian a un alto monte, de donde se descubria una cima o despeñadero horrendo, tan poblado de fuego estraordinario, como lo es el lugar miserable donde los condenados pagan la justa pena de sus delitos, porque era sin falta el infierno. Los ministros de la Divina Justicia intentaban arrojarle allí, y él esforzadamente resistia, hasta que deshecho en lágrimas, volvió en sí. Penoso del desvarío de su vida pasada, vino a nuestro collejio, postróse a los piés de un confesor, hizo relacion de sus malogrados años, en una

confesion jeneral dió cuenta del caso, y el confesor crédito por los testigos abonados de lágrimas y sollozos que lo atestiguaban, con que quedó contrito y deseoso de correjir en adelante su vida pasada.

Otro oyó una noche discurrir a un predicador sobre la gravedad del pecado mortal, el estrago y mal que causa en un alma, y al punto sintió que la Divina Justicia le apretaba un fuerte cordel a la garganta, y en realidad de verdad le parecia que se ahogaba, hasta que animado algun tanto, con grande confianza en el favor de la esclarecida Reina del cielo María Santísima, se vino a nuestro collejio, y no con menores muestras de contricion que el pasado, descubrió su pecho al confesor, con que quedó desahogado recibiendo el beneficio de la absolucion.

Muchos años habia que a otra persona traia arrastrada una miserable ocasion, con que apacentaba sus desordenados apetitos: salió una noche tan compunjida, que no solo dió de mano a la que estragaba su ánima, mas se admiraba mucho a que hubiese quien, oyendo el predicador, no hiciese lo mismo, satisfaciendo a Nuestro Señor con entera confesion y penitencia, como él lo hizo. Deste modo se podrian poner otros muchos casos y conversiones, en que ha campeado la divina misericordia y la particular providencia que el Señor ha tenido de entablar estas fructuosas pláticas.

Mas, no es de callar en este lugar otro estraño acontecimiento y singular conversion de un hombre del todo renatado y que vivia sin Dios. Este habia treinta años que no se confesaba a derechas, porque si alguna vez lo hacia, era sacrílegamente, callando y disimulando sus pecados, comulgando en el mismo estado y acumulando maldades a maldades. En tiempo santo le movió el cielo con una estraña vision a rendirse de hecho con lágrimas a los piés de uno de los nuestros. Vió un dia a la Majestad de Cristo, nuestro bien, en traje y aspecto severísimo, cual le pinta Isaías, con una espada de fuego en la mano, con que amenazaba a este miserable pecador; suspendió el golpe y él quedó temblando sin atreverse a menear; ni aun lo hizo con tan temerosa vision del atolladero y miserable estado en que perseveraba. Mas, aquel Señor, que con estos rigores le pretendia sacar dél, se le mostró segunda vez con aspecto mas severo y sumamente airado, dándole en rostro con su detestable vida, en que envuelto habia perseverado tantos años. Faltábale a este pecador el entendimiento y razon, pues con tan apretados trances no acababa de rendirse a las piadosísimas entrañas de Cristo; tercera vez, se le aparece, y descargando ya el golpe con la temerosa espada de su rigurosa justicia, medió el favor y amparo de la Santísima Virjen, que allí tambien se apareció interecediendo por el pecador y descubriendo sus virjinales pechos a su benditísimo Hijo, de los cuales habia gustado el néctar de su leche, por la cual le rogó perdonase aquel hombre tan descaminado, saliendo por su fiadora; con esto se aplacó el Hijo benditísimo, compunjióse el pecador, cesó el castigo y envainó Cristo la espada de su rigor, y el pecador, atónito y desalado, corrió y se arrojó a los piés del padre con tantos suspiros y lágrimas que abonaban la verdad del caso y le disponian para una entera confesion, que hizo con estraño sentimiento, y recebida la gracia de la absolucion, se apartó a pequeña distancia del Padre a un

lugar donde castigó severísimamente su cuerpo con una récia disciplina de sangre.

Sucedió a un caballero de la ciudad, noble, galan y jóven, que entrando una noche por el zaguan de su casa, le asaltó de repente un tan estraño pavor, que por desacostumbrado le fué mal pronóstico de lo que le habia de suceder. Para divertirse, se puso a leer un libro de entretenimiento; mas, aumentósele, porque junto a sus manos vió otras semejantes en lo pálido, a las de un difunto: levantóse atónito, y aunque con grande sobresalto se recostó en la cama, y apénas se apagó la luz, cuando junto a la cabecera oyó un temeroso suspiro que le erizó el cabello: animóse, cubrióse la cabeza, mas, al punto le remecieron la cuja una y otra vez: quedó despavorido con un acceso tan apresurado que casi le suspendió el uso de los sentidos. Mas, viendo que el peligro crecia por instantes, sacando fuerzas de flaqueza, se levantó y tomó su espada, que en aquella ocasion mas le sirvió de báculo que de defensa. En el ínterin que envió por una luz, aunque visiblemente le detenian y procuraban impedir el paso, salió fuera del aposento, y con la luz sobrenatural, que vino primero que la material, se puso a considerar la vida que traia y cuán mal cumplia con las obligaciones de cristiano. Estando con este pensamiento, en el umbral de la puerta le dieron otro encontron, con que cayendo en el suelo, perdió totalmente el sentido: vino la luz y jente, y aunque miraron todo el aposento, no hallaron nada: mas, yendo a la caballeriza, llevados de los desacostumbrados relinchos de los caballos, los hallaron notablemente inquietos y desasosegados, infiriendo de allí que no era cosa de esta vida la que a las mismas bestias atemorizaba. El caballero volvió en sí y cayendo en la cuenta que era aviso de Dios, vino la mañana siguiente a un padre de los nuestros, y contándole con juramento el caso referido, por consejo suyo, hizo unos ejercicios y confesó jeneralmente, con tanta ternura y devocion, que tenia espantados a todos los de casa, y el efecto fué que prosiguió despues con gran frecuencia de sacramentos y edificacion.

No fué desigual el efecto, aunque la causa fué diferente, en una mujer que se vino a confesar a nuestra casa: hízolo de toda su vida, con notable dolor y arrepentimiento, porque habia mas de treinta años que callaba un pecado en las sacrílegas confesiones que hacia solo por cumplimiento, sin que hubiesen bastado para reducirla, interiores inspiraciones y toques de Nuestro Señor y remordimientos de su conciencia, ni los fervorosos sermones que en diferentes ocasiones habia oido. Deseó el confesor saber la causa de tan repentina mudanza de su penitenta, y preguntándosela, le respondió habia sido el sermon de un predicador a cuyas razones no habia podido resistir, y en lo que mas se muestra aquí la virtud divina, es en que el predicador que señaló era tan frio en el decir y tan poco eficaz en el mover, que se verificó bien en este caso lo que dijo el Apóstol a los corintios: *Et sermo meus, et prædicatio mea, non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis, ut fides vestras non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei.* Pues, cuando al predicador humano le faltaba eficacia para persuadir, al divino le sobraba gracia para mover el corazon mas duro.

Semejante es a este otro suceso que sucedió a un hombre: habia callado mucho tiempo un pecado vergonzoso; resistia pertinazmente a las inspiraciones con que la divina bondad, deseosa de su remedio, le persuadia una sencilla y clara confesion de sus culpas, y esto con tan grandes impulsos y tan vehementes representaciones de su peligro, que bastaran a mover a un bronce. Mas, era tal su obstinacion que parece se queria oponer a la virtud divina, y que, como dijo el santo Job: *Tetendit adversus Deum manum suam, et contra Omnipotentem roboratus est.* Batallaba con Dios a brazo partido, él a retirarse de Dios y Dios a reducirle, él a no hacer caso de la muerte, del juicio ni del infierno, diciendo que aunque se viera en medio de sus llamas no habia de confesarse, y Dios a que habia de rendirle con sola una palabra. Oyó por cumplimiento una plática a uno de los nuestros, y en un instante (¡oh divino poder!) le trocó Dios el corazon, y al que le tenia de piedra se le dió de carne, con que arrepentido de su mala vida, la mudó con una confesion entera de sus pecados.

Aun mas raro es el caso que contaré. Tenia el señor Presidente un indio que por haber poco se le habian cojido al enemigo, ni estaba baptizado ni catequizado, porque aunque su dueño lo mandaba, los criados no habian puesto calor en traerle a nuestra casa. Pretendió el demonio su perdicion, y no contento con ser dueño del alma, quiso tambien mostrarse señor del cuerpo y de la vida temporal. Y así, una noche llegaron a su aposento (que estaba bien en lo interior de la casa) dos demonios en forma humana, y sin poderse resistir le arrebataron, y sacándole al patio principal le subieron por el aire, con intento de desaparecerle; mas, llegando al tejado, que era bien alto, viéndose el miserable en tan estraño aprieto sin saber, como infiel, a quien llamaba, llamó a Jesus que le favoreciese. Y fué tan eficaz este divino nombre, que atemorizados de oirle aquellos espíritus infernales, le dejaron caer desde la aleta del tejado, y llevando tras sí algunas tejas, dió en el suelo tal golpe que tuvo que saltar no pocos dias. Fué uno de los nuestros allá, catequizóle, baptizóle, dióle salud del alma y en breve alcanzó tambien la del cuerpo.

CAPÍTULO X

Prosigue la mesma materia y dáse fin con dos sucesos que acreditan la devocion de nuestro P. San Ignacio y San Francisco Javier.

En esta mesma ánua de 1636, hablando del colejio de la Concepcion, se cuentan otros casos que añadiré a los pasados, tambien con las mesmas palabras, que dicen así: «No han faltado muchos casos de edificacion en este colejio, confirmados los mas con juramento de quien los vino a contar a su confesor. Afijia el demonio la casa de cierto hombre, y ya visible, ya invisible, azotaba a uno, a otro daba de palos y a todos traia tan inquietos que no sabian qué hacerse. Vino a nuestro colejio, refirió su afliccion a un padre de los nuestros, y sabiéndolo el Padre Rector, determinó que fuesen dos a decir misa a aquella casa, y pusiesen en ella las reliquias de nuestro padre San Ignacio, que tanto poder tiene contra los príncipes de las tinieblas. Hízose así, y al punto surtió el efecto que deseaban. Sentian los padres al demonio que con claras demostraciones se manifestaba, ya pasando de un lugar a otro, ya tocándoles a los vestidos y a los zapatos, con que vieron por sus mismos ojos lo que el hombre afijido les habia contado; mas, entrando la imájen de nuestro santo Padre, entró en el corazon de todos un gran consuelo, y en breve huyó el demonio, no atreviéndose de allí adelante a infestar aquella pobre casa que por tantos modos habia afijido.

Semejante es a éste otro suceso. A otro hombre perseguia el demonio con grande porfía, affijíale a él y a una parienta suya y con intento de persuadirles comunicacion mas estrecha y ménos recatada de la que debian a su parentesco, se transformaba en anjel de luz, y poniéndoseles delante en forma visible y muy hermoso, les decia que era uno de los ánjeles que habian caido del cielo por su pecado; mas, que por haber sido el suyo mucho mas lijero que el de los demas, vendria tiempo en

que Dios tuviese misericordia dél, y así esperaba que habia de volver a gozar de su gloria y bienaventuranza. Otras veces, sin dejarse ver, hablaba en alta voz y causaba en los que le oian un pavor y espanto, con que el mas animoso desfallecia. Para redimir estas vejaciones tomó por medio el hombre venirnos a dar cuenta de su trabajo, y con los consejos y remedios que le dieron los nuestros, se fué muy consolado. Apartóse luego de la parienta y con eso jamas ha vuelto a sentir la espantosa presencia de su enemigo.

Otro vino a otro Padre para que le ayudase en cierto agravio que le habian hecho, y certificó con toda seriedad y juramento que la noche ántes, acabando de leer en un libro devoto y espiritual, se le apareció una de las personas que habian tenido parte en la injusticia que padecia, que ya era muerta, y que aunque no vió el bulto, sintió que le tocaba, y que conociendo su voz, oyó que le pedia perdon del agravio que le habia ocasionado: perdonóle y al punto desapareció.

Habia un hombre callado por vergüenza un pecado de sensualidad, y en espacio de treinta años, ni se habia confesado, ni recebido el Santísimo Sacramento, engañando siempre al cura y a los que por Páscua florida le pedian la cédula de confesion. Mas, la bondad divina, que aprecia tanto una alma, no permitió la perdicion de este pobre ciego, y como los trabajos dan ojos y sentido al mas dormido, quiso Dios mas dárselos en esta vida que castigarle en la otra, y así le puso en una cama con una grave y penosa enfermedad, que le redujo a los últimos términos de su vida, y conociendo el miserable estado en que le tenia su poco brio para confesarse, temeroso de su condenacion, llamó a uno de los nuestros, con quien se confesó despacio, con muestras de verdadera contricion y con firmes propósitos de enmendarse. Y Nuestro Señor que solo pretendia la salud de su alma, luego que la alcanzó, mediante la confesion jeneral de sus culpas, le comunicó tambien la del cuerpo, y despues acá ha procedido con edificacion, agradecido a Dios por un beneficio tan sobrenatural.

A un soldado que habia mucho tiempo que se daba a rienda suelta a todo jénero de vicios y pecados, no confesándose de ellos sino de algunos por cumplimiento, le aconteció una noche que durmiendo soñó que se le arrancaba el alma y que le arrebataban los demonios, e iban con confusa algazara a dar con ella en lo profundo del abismo. En tan apretado conflicto salió al encuentro la Reina de misericordia María Santísima, y preguntando a los demonios que por qué llevaban aquella alma, y respondiendo ellos que porque habia callado pecados en la confesion, les mandó que al punto la dejasen porque habia deseado ser su devoto, y en medio de las abominaciones de su mala vida, nunca se habia olvidado de encomendarse de veras a su intercesion, invocando su amparo y pidiendo le sacase del miserable estado en que vivia. Luego soltaron la presa los lobos infernales; y exhortándole la Santísima Vírjen se confesase de todos sus pecados y prosiguiese en su devocion, él propuso de hacerlo y quedó agradecidísimo al beneficio recebido. Despertó en esto y pareciéndole sueño lo que habia pasado, le sucedió lo que a muchos enfermos, que despues de la salud resisten a Dios, a quien se habian ofrecido en su

enfermedad; resfrióse en el propósito que habia hecho de confesarse y resistiendo a las divinas inspiraciones, volvió a su mala vida. Determinó dejar la guerra, y por la dificultad que hay en este reino de borrar la plaza a los soldados, para salir con su pretension, se finjió enfermo y engañó a los médicos; mas, Dios que por aquel camino por donde se le huía, queria acabar de reducirle y sanar su alma, trazó que la ficcion se convirtiese en realidad y que de veras estuviese enfermo el que de burlas lo estaba en la apariencia. Apretóle tanto el accidente que juzgaron los médicos que se moría, y así temiendo su peligro y reconociendo su ingratitud, se volvió a Dios de todo corazon, y llamando a un confesor de la Compañía, se arrojó a sus piés y confesó sus culpas con tantas muestras de arrepentimiento que le causó sumo consuelo por ver tan grandes efectos de la divina misericordia y de la predestinacion de este penitente.

Concluyamos este capítulo con dos admirables casos que obró Nuestro Señor, el uno por intercesion de nuestro Padre San Ignacio, el año de 1603, y el otro por la de San Francisco Javier, al fin del año 1644: el primero le refiere el padre Gabriel de Vega, uno de los ocho compañeros que, como queda dicho, pasaron a fundar los colejios y misiones de Chile, que dice así: «Daré fin a las cosas que Dios ha obrado por los nuestros en esta ciudad de Santiago, con la relacion de un milagro que nuestro Padre San Ignacio obró en favor de una doncella. Llámase ésta doña Catalina de Morales, hija de padres muy nobles y muy pios, y muy grandes devotos y benefactores de nuestra Compañía. Leyendo esta señora la vida de nuestro santo patriarca, le cobró tan gran devocion que se entregó toda a su proteccion, con gran confianza de tenerla muy segura en su santa intercesion; andando el tiempo cayó enferma de un pestilente humor que la llagó todo el cuerpo de manera que no podia volverse en la cama de un lado a otro sin grande y vehemente dolor; aplicaron todos los remedios que alcanza el arte humana, pero sin provecho, ántes iba cada dia peor, y crecia tanto mas el mal cuanto era mayor la repugnancia que la enferma tenia de dejarse curar del cirujano por el gran recato de su virjinal modestia, y así, aunque su madre y tia la aconsejaban y persuadian que se dejase ver y curar del cirujano porque de no hacerlo así, se le seguiria la muerte; estaba ella constante en resistir, teniendo por ménos mal esponerse al peligro de la vida que faltar al virjinal recato de su honestidad y modestia. La enfermedad iba con esto haciendo su natural curso, y llegó a tanto estremo, que puso a la enferma al último y manifiesto peligro de la vida: avisóla de esto su madre, y su confesor la puso escrúpulo de conciencia si no se dejaba curar y aplicar los remedios humanos que Dios queria se aplicasen para no dejarse morir.

«Con harto dolor vino la enferma en lo que la mandaban, y mas por temor de ofender a Dios que por amor de la vida; pero, aunque consintió que llamasen al cirujano, acordándose de los milagros que habia leido de nuestro Padre San Ignacio, por los cuales le tenia tan gran devocion, se encomendó al glorioso santo con estraordinario afecto y con muchas lágrimas le pidió que pues habia hecho tantas maravillas y milagros, no

la desamparase a ella en este aprieto, pues era tan devota suya, ni permitiese que su honestidad padeciese la confusion que tanto temia, y la tenia atravesada el alma; que solamente le pedia la alcanzase de Nuestro Señor que quedase sana de aquellas llagas que no podia ella curar con sus manos y era necesario que el cirujano las viese, que lo que es esotras, queria que quedasen aunque fuese toda la vida para ejercicio de paciencia y tener algo que ofrecer a Nuestro Señor; y que si esta merced la concedia, le hacia voto de ir nueve dias contínuos a la iglesia de la Compañía a visitar su santa imájen y ayunar todos aquellos dias y dar limosnas a los pobres. Fué cosa maravillosa y que apénas se podrá creer. Apénas acabó de hacer este voto cuando se sintió ocupada por un dulce sueño que le duró hasta media noche, que, despertando, se volvió del otro lado sin ninguna dificultad, siendo así que no era posible hacerlo ántes sin vehementes dolores que la atormentaban. Llena la enferma, que ya no lo estaba, de admiracion y espanto, comenzó a dar voces: ¡milagro, milagro! y despertando su madre y las criadas de casa, acudieron con luz a ver lo que pasaba, y hallaron a la enferma dando gracias y alabanzas a Nuestro Señor por la misericordia que por medio de su gran siervo Ignacio la habia hecho, la cual, reconociendo mas despacio sus llagas, halló que, conforme a su peticion, habia sanado de todas las que era necesario que el médico las viese para curarlas (que eran las mas peligrosas y la tenian impedida) y todas las demas que ella podia alcanzar a curar, quedaron como de ántes, para ejercicio de su paciencia y mayor mérito. Luego otro dia se levantó de la cama y fué a nuestra iglesia, acompañada de su madre y parientas, las cuales todas confesaron y comulgaron en hacimiento de gracias por tan grande beneficio, y la enferma cumplió con mucha puntualidad y devocion su voto.» Hasta aquí la carta ánua. Esta señora quedó tan devota de nuestro Padre San Ignacio y de su relijion, que, juntamente con su madre, la hizo donacion de todo cuanto tenian, la cual cumplieron puntualmente despues de sus dias, habiéndolos pasado entrámbas con gran recojimiento, ejemplo y virtud, frecuentando siempre los sacramentos.

Quiero concluir este capítulo añadiendo a esta maravilla de Nuestro Padre San Ignacio, otra de su fiel compañero y grande apóstol de la India San Francisco Javier, que como tan grande, parece que, no cabiendo en todo el Oriente donde predicó y trabajó personalmente, ha pasado al Occidente, si no en persona, en virtud de las grandes maravillas con que actualmente está honrando y favoreciendo aquellas partes. Acabo de recebir una carta de un capitan de Chile, que llegó ahora a España, persona por su nobleza y buena opinion digna de todo crédito, y cuando no lo fuera tanto, fué la cosa que refiere tan pública que en ninguna manera se puede dudar de ella y se puede atestiguar con toda la ciudad de Santiago, a quien este glorioso apóstol de aquel nuevo mundo quiso honrar mostrándose tan maravilloso, como se verá por el capítulo de esta carta que pongo aquí por sus palabras, y dice así: «Poco ántes de navidad del año de 1644 estaba para espirar una de las señoras Pinedas, hijas del maese de campo Alvaro Nuñez, monjas en la Concepcion de Santiago, y el padre Vicente Modoler encomendándole el alma, ya desahuciada de to-

do punto por las fístulas y otras enfermedades, que, como V. P. sabe, tenia, pues há tanto tiempo que estaba enferma. Tenia a la cabecera una estampa del bienaventurado San Francisco Javier, a quien en aquel lance se encomendó, con tan buen efecto que milagrosamente y luego pidió agua (cosa que habia tres o cuatro dias no lo hacia) y continuando la maravilla, sin dilacion ninguna, sentó en la cama sin que nadie la ayudase, y con la mesma brevedad se levantó en pié, y como fuera de sí de contento y gozo, sin aguardar a que la trujesen el hábito, saltó de la cama y le tomó por su mano y se le vistió en presencia del mesmo padre y de las demas relijiosas que la lloraban ya por muerta, y de esta manera, siguiéndola todo el convento, se fué por sus piés al coro, donde se halló sana del todo de las fístulas y enfermedad que padecia, y todas las señoras y monjas cantaron el *Te Deum laudamus*, con increíble gozo y admiracion de tan grande maravilla. El señor Obispo ordenó al maestre escuela de la Catedral, don Francisco Machado, escudriñase y averiguase el caso con toda dilijencia, y habiéndolo hecho, el dia de la Encarnacion se trujó la santa Imájen a la iglesia mayor, y por la mañana predicó el señor Obispo de pontifical dos horas, que salimos a la una y mas; hizo un altísimo sermon, como tan gran predicador que es y vuestra paternidad sabe. Dijo muchas maravillas del Santo y grandezas de la Compañía. A la tarde se llevó en procesion la santa imájen a la iglesia de la Compañía y le hicieron muchos altares. Salió el santo patriarca San Ignacio a la mitad del camino, llevándole sus hijos en procesion, con mucha solemnidad, a recebir a su santo compañero, como se lo habrán escrito otros a vuestra paternidad, que con mayor estilo habrán hecho relacion de este milagro, refiriendo, mas por menor, las circunstancias de una cosa tan digna de memoria y que tanta gloria ha dado al glorioso santo y a la Compañía en aquella tierra».

Hasta aquí el capítulo de esta carta, su fecha de 20 de febrero de este año de 46. La ánua citada arriba de 36, refiere otros casos en que el glorioso santo mostró la virtud que Dios le dió sobre las tempestades del mar y lo que vale su intercesion para con su Divina Majestad, los cuales me acuerdo que me los contó a mí él mesmo a quien sucedieron, que era un soldado que me aseguró que en su vida se habia acordado de San Francisco Javier, ni lo conocia, y que estando en un estremo peligro en una piragua, que es una embarcacion que se hace de solas tres tablas cosidas entre sí, en un golfo tempestuoso, siete leguas de tierra, donde esperando tras cada ola la muerte, porque aun el remo, que le servia de timon, se le habia hecho pedazos con la fuerza de la tormenta y un remolino que se levantó parecia que se los queria tragar, se le ofreció a la memoria el nombre que tan olvidado, o por decir mejor, ignorado tenia, y al punto que dijo estas palabras, «San Francisco Javier, valednos», enderezó la piragua, y poniéndose al viento, navegó sin peligro seis leguas hasta salir a salvamento, con que divulgándose la fama de esta maravilla, le invocaron de allí adelante en semejantes aprietos, y salen de ellos, fiados de su santa intercesion, como le aconteció a este mesmo en otras ocasiones, que tambien me contó, y yo pudiera referir no pocas en que manifiestamente he esperimentado la singular virtud y poder de este

glorioso santo, así en el mar como en la tierra, en tempestades y pestes en que me he hallado. Pero no me detengo en esto, porque los prodijios y milagros que se saben de este prodijioso taumaturgo son tantos y tan grandes que parece que ahogan y no dejan parecer todo lo que se puede contar de nuevo. Y con esto sigo mi argumento y paso a los ministerios de la segunda y tercera clase, de que tratará el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI

Trátase de los ministerios de la segunda y tercera clase de las misiones de Chile.

En la segunda clase de nuestra division pongo las misiones que se hacen al derredor de las ciudades, a una y dos leguas de distancia, en las que llaman chacras, que son como acá las aldeas de donde se provee el sustento de las ciudades. Estas misiones son muy acomodadas, y así puede acudir a ellas cualquiera de los nuestros por flaco que sea, porque se vuelve siempre a dormir al collegio.

Publícase para estas misiones un domingo ántes el jubileo, en la chacra donde se ha de celebrar, y para el dia señalado se juntan todos; salen los Padres por la mañana de la ciudad, y pónense luego a confesar y a su tiempo predican, dan las comuniones, y pasan el resto del dia confesando los que no pudieron ántes. Catequizan, rebaptizan y acuden a todos los demas ministerios que se acostumbran en las misiones. Es esta de gran servicio de Nuestro Señor, porque hay en estas chacras muchos indios y negros y no pocos españoles, que por atender a las haciendas (porque en aquel tiempo es allí la fuerza de las cosechas) no pueden asistir en las ciudades, y así se les lleva este socorro espiritual, que estiman en gran manera, y no ménos los curas, los cuales nos reciben con grandes agasajos y muestras de la estimacion que tienen de la Compañía, y así ninguno lo repugna, ántes nos convidan y ellos mesmos publican los jubileos y alientan a sus feligreses y los convocan para que acudan el dia señalado. Es tan grande el número de estas chacras y hay tanta jente en ellas, que tuvieran muy bien que hacer dos y mas Padres todo el año, aunque no tuvieran otro empleo que andarse de chacra en chacra ejercitando nuestros ministerios, y pudieran hacer tanto fruto como en cualquiera otra parte. Pero como por ahora somos tan pocos, no hay ninguno dedicado del todo a este empleo, y por la mesma causa no se puede

continuar todo el año, sino solos algunos domingos, en que algun maestro o operario del colejio puede desembarazarse de sus ordinarias ocupaciones y acudir como de supererogacion a esta obra de tanta caridad y mérito, por el grande trabajo que se pasa en la enseñanza y catecismo de los nuevos cristianos, particularmente de los negros bozales que dijimos mas arriba, porque como en estas chacras, por vivir en el campo, están mas salváticos, están mas incapaces y es menester doblada paciencia y amor de Dios para poder resistir a lo mucho que dan que padecer con su rudeza, ignorancia y una como natural impotencia para las cosas eternas. Sin embargo, es esta mision la mas suave y de ménos peso que todas las demas, por hacerse tan cerca de los colejios.

En la tercera clase podemos poner otro jénero de misiones, que ya huelen a mayor mortificacion y trabajo, porque saliendo a ellas no se vuelve a casa en dos o tres meses, en que no se pueden dejar de padecer muchas incomodidades, sin embargo de que andamos de ordinario por poblado y por lugares de españoles, que a los Padres misioneros reciben como a ánjeles del cielo, que así los llaman y así lo publican, viendo el grande fruto que Nuestro Señor coje por medio de sus ministerios. El distrito de estas misiones son a diez, veinte y treinta leguas de las ciudades, en las que llaman estancias, que son tambien como aldeas, pero mas apartadas, donde está lo grueso de las haciendas, la cria de ganados, los obrajes de la járcia y las curtidurías de los cordobanes y otras granjerías de mas tomo. Son estas estancias tan frecuentes y cercanas unas de otras que se puede correr casi toda la tierra, durmiendo siempre en poblado desde la Concepcion hasta Coquimbo, que son mas de ciento y cincuenta leguas, todas llenas de jente, españoles, negros y indios, y por lo jeneral todos muy necesitados de doctrina y enseñanza y del socorro espiritual de la palabra divina y administracion de los santos sacramentos de la confesion y comunion, porque, aunque, fuera de los curas que están señalados para cada partido y jurisdicion, hay muchos capellanes que dicen misa a los que los sustentan para este efecto en sus estancias, y varios conventos de San Francisco, de San Agustin, de Nuestra Señora de las Mercedes y de la Compañía, los cuales están fundados por los campos en diversas partes y sitios, para ayudar desde allí a los prójimos, (como queda dicho en su lugar) con todo, son tan dilatados estos términos que hay muchos lugares donde llegan raras veces sacerdotes, y si no salieran nuestros misioneros a correr la tierra, pasáran muchos el año entero y mas sin confesarse; y así es grande el fruto que se hace con este jénero de misiones, porque muchos hacen confesiones jenerales, dejan las ocasiones de su desdicha, reconcíliense los que estaban discordes, perdonan sus injurias los que se hallan agraviados, restituyen lo mal ganado, compónense los pleitos y quedan todos edificados del ejemplo que dan los nuestros, porque verdaderamente se portan apostólicamente en estas misiones, y así los dejan a todos muy consolados con el fruto que han recebido en sus almas por medio de su predicacion. El distrito de estas misiones es muy grande, porque comenzando por el del collegio de la Concepcion que corre desde Chillan hasta Maule, serán de

circuito al pié de cien leguas. La casa de probacion de San Sebastian de Bucalemu tiene desde Maule a Maipo, que es otro tanto espacio y distancia. El colegio de San Miguel de la ciudad de Santiago tiene desde Maipo hasta Coquimbo, que son mas de sesenta leguas, y de allí al Huasco y Copiapó otras treinta, con que de circuito vendrá a tener docientas leguas. El distrito de las misiones del colejio de Mendoza podemos decir que es sin término ni medida, porque, contando desde la ciudad de San Juan hasta la de San Luis de Loyola y Punta de los Venados, y despues corriendo por la cordillera arriba, viene a comprehender mucho mas sitio que el referido de los colejios de Santiago, Concepcion y Bucalemo, y si queremos hacer mayor la rueda, estendiéndola por las pampas que corren hácia Tucuman y al Estrecho de Magallanes por aquella parte de la cordillera hácia el oriénte, podemos fácilmente decir que aun no han nacido los que han de promulgar el Evanjelio en tan dilatada esfera. Esto es lo que toca a la circunstancia y sitio de estas misiones. Lo que toca a la suma necesidad que hay de ellas en todos estos lugares, se dirá despues a lo último de este libro; ahora solamente me contento con poner aquí las palabras del padre Gaspar Sobrino, sacada de una carta ánua que, siendo venerable provincial en aquel reino, escribió a nuestro muy reverendo padre Mucio Vitelleschi, de buena memoria, y dicen así: «Aunque otros años suelen salir dos padres misioneros por todas las comarcar de este noviciado de Bucalemo, a que miró principalmente nuestro fundador cuando ofreció su hacienda a la Compañía, no ha sido posible en este bienio, así por la mision que se hizo al valle de Quillota, como porque de ninguna manera hay sujetos que lo puedan hacer, que es cosa que quiebra el corazon a todos los celosos que saben bien, (como quien lo ha tocado con las manos) la necesidad que tienen todos aquellos valles del espiritual cultivo de sus almas, es (si así se puede decir) mas que estrema, suma su ignorancia y lastimoso el desamparo de maestros que puedan sacarles de pecado y enderezarles por el camino de su salvacion. Mas, ¿qué hemos de hacer? perderánse tantas almas solo por falta de operarios? no podemos ni debemos ni lo permita Dios. Acá no podemos mas, sino representar a vuestra paternidad nuestras necesidades para que como padre de todos las remedie.» Hasta aquí el capítulo de esta carta, que es del año de 30.

En otra del año de 34, dice el padre Rodrigo Vazquez, sucesor del padre Gaspar Sobrino, lo siguiente, hablando de esta mesma mision: «Del colejio de Santiago se socorrió con dos padres para esta mision, los cuales discurriendo por las estancias, llegaron a lugares tan retirados que en ellos se hallaron personas, particularmente mujeres españolas que por falta de sacerdotes, siendo ya de edad de veinte años y mas, no habian llegado al sacramento de la penitencia y algunas no habian visto celebrar el santo sacrificio de la misa, ni relijiosos en toda su vida.» Hasta aquí lo tocante a este punto que verdaderamente es digno de compasion y lástima y que pondera bien la espiritual necesidad de aquellas almas, la cual, moralmente hablando, no tienen otro remedio que el de estas misiones, porque aunque hay curas, como tienen éstos tanto a que acudir y las jurisdiciones de sus curatos son tan estendidas, no pueden llegar a las

quebradas y lugares mas retirados donde esta pobre jente está, que harto hacen en acudir a sus parroquiasy administrar en ellas los sacramentos, y acudir cuando son llamados a confesar los enfermos: han menester forzosamente quien los ayude y vaya de propósito por los lugares y estancias mas retiradas, donde hay muchos españoles y particularmente mujeres que han nacido y criádose en aquellos campos, las cuales por la poca comodidad que tienen de parecer en público y de ir a las parroquias (que acontece estar muchas leguas distantes de sus casas y talvez las cuestas o los rios en medio,) no es posible acudir a ellas y así pasan estrema necesidad espiritual, y no es menor sino mucho mayor la que padecen los indios y negros, por el mayor desamparo que tienen de quien les enseñe las cosas de su salvacion.

Al paso que es grande la necesidad espiritual que padecen estas pobres almas en estas estancias, así es *indecible* el gozo que tienen cuando ven a nuestros misioneros entrar por sus puertas a darles el consuelo espiritual que reciben con tanto amor y agradecimiento; y así prosigue la carta ánua, diciendo sobre este punto estas palabras: «*Por lo cual* engrandecian y ensalzaban todos a la Compañía, que con tanto afan de sus hijos los hacia discurrir por tan remotas partes, solo con interes de enseñarles el camino del cielo. Recebíanlos, llamándolos ánjeles y ofreciéndoles de sus haciendas, no solo para el viático, pero para llevar a su colejio. Pero los Padres, procediendo con la limpieza y desinteres de nuestro santo instituto, no quisieron recebír nada de lo que les ofrecian.»

Hasta aquí este capítulo. En otro de otra ánua en que se da cuenta de la mesma y aun mas estrema necesidad que padecen los indios de Cuyo, dice así el padre Juan Pastor, muy antiguo y fervoroso operario que lo ha sido mucho tiempo en aquellas apostólicas misiones de Cuyo (que no sé que haya otras donde mas se padezca). «Era una cosa de compasion ver entre estos indios unos viejos y viejas que de ellos a salvajes casi no *habia diferencia*, los cuales no se habian confesado toda su vida, y muchos estaban por baptizar y otros por casar, como sus antepasados en sus bárbaras costumbres. Hízoles el Padre una plática esplicándoles los tesoros y riquezas que tiene Dios encerradas en el uso de los santos sacramentos y la necesidad que de ellos tenemos, y ellos respondieron que no habian oido en su vida tales cosas, ni habian tenido quien se las enseñase y que estaban aparejados para *hacer todo lo que fuese* necesario para su salvacion. Luego el Padre hizo una lista de los infieles y de los que tenian necesidad de casarse; pidióles que para mejor administrarles los sacramentos hiciesen una iglesia, y ellos la hicieron luego, dentro de dos dias, de varas y carrizos, segun su pobreza; con que comenzaron luego a aprender las cosas de la fée, etc.» Hasta aquí este capítulo. En otro de otra ánua, en que se da cuenta de otra mision que hicieron los padres Cristóbal Diosdado y Andres Agrícola, tambien muy antiguos y fervorosos operarios de aquella mesma viña del Señor, se dice que entre otros muchos lugares a donde llegaron, fué uno el que llaman el Diamante, donde jamas habian llegado los nuestros, y que habiendo pasado por asperísimos montes y penosos arenales, hallaron mucha jente, la

cual les escondió pensando que eran otros que les iban a hacer mal; pero reconociendo que eran los de la Compañía, llegaron luego a ellos con mucho amor y les dieron paso, despues de haber oido la palabra de Dios, para otro pueblo, donde habia mucho tiempo que eran muy deseados. Salieron los indios a recebir a los padres con mucho amor, diciéndoles qué es esto, Padres? no sabemos qué os hayamos hecho, pues enseñais a todos los indios y los buscais en sus pueblos y a nosotros solo nos habeis despreciado, siendo nuestros padres. «En este pueblo, dice el padre Cristóbal Diosdado en una suya, no han tenido nunca quien les enseñe, y por eso nos detuvimos mas para que supiesen la doctrina cristiana, a que acudian con grande amor, y llorando con nosotros, decian: ¡Oh, si os quisiésedes quedar aquí con nosotros, Padres, para que supiésemos mejor las cosas de Dios! Bien prueba todo esto y mucho mas que se pudiera decir y se dirá adelante, la gran necesidad que esta pobre jente tiene de estas misiones. Del fruto que de ellas se sigue, lo dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII

Del fruto espiritual que se coje de estas misiones para el bien de las almas, y algunas cosas de edificacion que refieren los Padres misioneros.

Dé principio a este capítulo otro de una carta del licenciado Gaspar Cansino, cura y vicario del valle de Quillota, persona muy relijiosa y ejemplar, así en lo que toca a su oficio como a su persona, en la cual escribiendo al Padre provincial el fruto que los nuestros habian hecho en aquella mision, dice así: «Luego el dia de ceniza echaron mano los Padres al arado, y sin dejarle, de allá trabajaron por los valles de Limache, Concon y Colmo, pasaron a la Ligua y para la dominica *in pasione* volvieron a este valle de Quillota. Soy testigo de vista del abrasado afecto y fervor con que han siempre predicado, de la puntualidad y asistencia con que han estado oyendo confesiones, del fruto que han hecho con los catecismos y otros santos ejercicios, haciendo de corazones helados, fervorosos; sin perdonar trabajo, de noche ni de dia, sirviendo de ejemplo a todos y de consuelo con su santa vida y costumbres, mostrando en sus acciones no llevar otro blanco que el de la mayor gloria de Dios y dando siempre manifiestos indicios de que son del verdadero y lejítimo linaje de la Compañía de Jesus, y resplandeciendo con el buen nombre que los demas jesuitas han tenido en estas partes; finalmente, se volvieron a su collejio la Páscua de la Resurreccion. Por todo lo cual doy a Nuestro Señor infinitas gracias, y a vuestra paternidad se las doy tambien en mi nombre y en el de todas estas iglesias y feligreses.»

Hasta aquí esta carta, por la cual se ve por mayor el provecho que hacen los nuestros en estas misiones, el cual es mas considerable de lo que se puede significar con palabras. Digamos algo en particular, y será todo sacado de las ánuas citadas en el capítulo pasado, para mayor autoridad y crédito de estos ministerios, que son los contenidos en la tercera clase

de que se trata. Hablando de una de estas misiones, la ánua de treinta y tres, dice así: «Con las muchas ocupaciones y ministerios que este collejio ha tenido en tanta penuria de sujetos, no ha faltado a las misiones que tiene a su cargo en cien leguas de contorno, discurriendo en várias ocasiones, dos Padres por una parte y otros dos por otra, de que se ha seguido muy gran gloria de Nuestro Señor y provecho de las almas retiradas del comercio de las jentes, y por eso destituidas de todo socorro espiritual. A la mision de Quillota hicieron viaje el año pasado dos Padres, y lo que el uno, que es antiguo y esperimentado en cosas de Europa y de nuestra Compañía, me escribe, es lo siguiente: En este tiempo, que hemos asistido en esta mision, hemos corrido todos estos valles, que son muy poblados, donde hemos hallado gran número de jente española, de indios y morenos, y en todos tan singular afecto a la Compañía que puedo decir con verdad que muchas veces, admirado, daba gracias a Nuestro Señor, pues en cuanto he andado en España y en las Indias, no he visto tan grande concepto y estima como tienen de los de la Compañía, hablando dellos como de apóstoles, de hombres celestes y divinos, y en la obra ofreciéndonos con grande afecto sus haciendas, saliendo en persona caballeros muy principales, maeses de campo y otras personas que se han retirado a sus estancias, a guiarnos en los caminos, pasar y vadearnos los rios caudalosos, no permitiendo hiciesen este oficio solos sus mayordomos y criados. Mucho de este concepto y estima se debe a los que con mucha edificacion han entablado este buen nombre de la Compañía en todos estos valles; y no faltan trabajos que se mezclan con tanto agasajo, de rios, cuestas penosas y trabajosas, y contínuo enfado de andar de una en otra parte, cargando y descargando, y durmiendo a las inclemencias del cielo. Casi en todas las estancias hay capillas e iglesias, y algunas adornadas con singular cuidado, donde luego que llegamos se junta la comarca y se comienzan nuestros ministerios de confesiones, comuniones y sermones, asistiendo los españoles a oir la doctrina que se enseña a los indios en su lengua, y despues a los morenos.

«De aquí nace el afecto notable con que apretadamente instan que no nos partemos del principal valle de Quillota por tener el remedio a la mano para sus almas, mas habiendo la penuria de sacerdotes, que en otras tengo significado a vuestra paternidad, es fuerza no condecender con sus buenos deseos. Y pluguiese a Dios pudiésemos tener quien de ordinario tuviese este glorioso empleo, andando en mision perpétua por tanta poblacion de estancias como hay en los valles de Quillota y la Ligua y otros muchos comarcanos bien necesitados deste socorro espiritual. Esto escriben y desean los Padres que fueron a esta misión, a quienes han acontecido algunas cosas de edificación.

«La primera es que un hombre virtuoso, muy familiar nuestro, devoto de oir misas y hacerlas decir, juntando a esto la puridad de conciencia y temor de Dios, por lo cual es muy perseguido del demonio, y a las veces le dá tales contrastes que le dejan temeroso y aflijido, y él acude por remedio al consejo de los nuestros; una entre otras, estando ocupado en cumplir sus devociones, paseándose por un monte, se le apareció el de-

monio en un árbol y le comenzó a tentar de aquel lugar alto, como a Cristo, nuestro bien, desde el pináculo del templo, ofreciéndole montes de oro y su industria y ayuda para salir de cierto trabajo que le congojaba, y que en él le seria fiel amigo; mas, con carga que diese de mano a aquellas devociones, en especial la de oir misas. Descubrió con esto ser el tentador comun, y aunque temeroso, le comenzó el virtuoso varon a maldecir, baldonándole como a enemigo declarado de la relijion cristiana. Con esto se le muestra el demonio con tan horrible aspecto que, como dijo a uno de los Padres, si la poderosa mano de Dios no le confortara con especial ausilio, diera en esta ocasion consigo muerto en tierra: ¡tan espantoso aspecto muestra el infernal mónstruo! En fin, con el favor divino estuvo siempre en sí, y su adversario le dijo, arrimándose al árbol: «Agradece a la devocion de tus misas y a la de aquel viejo mi enemigo que por tí ruega continuamente a Dios, que si no fuera por esta causa, aquí mostrara yo en tí mi saña, mas no puedo, que me tienen atadas la manos,» y diciendo esto huyó de su presencia como arredrado y vencido: y preguntándole el Padre quién era este santo viejo a quien tanto temia Satanás, le respondió que seria San Gregorio, gran devoto suyo.

Esta mesma persona haciendo camino por parte bien ágria y trabajosa, acompañaba una parienta suya virtuosa y principal. Esta, cansada y enfadada de la aspereza del camino y aflijida del demonio, sentia en sí impulsos de gran impaciencia, con que se maldijo, diciendo: ¡Arrebáteme el diablo! el cual ni fué sordo ni tardo, porque al punto se le mostró en forma de caminante, con capotillo y sombrero arrufaldado, pasando lijerísimamente junto a ella, esperimentó la presencia desta fiera bestia, azorándosele la mula y quedando la mujer despavorida y temerosa; al hombre se le mostró en forma mas horrible, y conociéndole ya del lance pasado, le dijo: ¿A qué vienes? A que respondió el demonio: A llevarte conmigo y juntamente a esta mujer: a ella porque me lo ha pedido y rogado, y a tí porque la traes por estos caminos ocasionándola a que impaciente me invoque. Traidor, le dice el hombre, de esa invocacion no tengo culpa, ni en esta venida, y así en el nombre de Dios y de su virtud, no tendrás parte en mí, y espero de su Majestad que tampoco tendrás parte en ella, porque entrámbos invocaremos el santo nombre de Jesus, y repitiendo entrámbos muchas veces este santo nombre, ahuyentaron esta cruda bestia, sin que jamas la viesen.» Hasta aquí lo de esta ánua.

En la de treinta y seis hallo lo que se sigue: «En una mision que el año pasado hicieron dos Padres (aunque la cuaresma sintió mucho su falta este colejio, por ser tan pocos los que en él estamos y tantos sus empleos) al valle de Quillota y a los circunvecinos, cojieron muy colmado fruto, así de indios como de españoles. Todos acudian a sus sermones con gran devocion y deseo de aprovecharse de tan buena ocasion como les ofrecia Nuestro Señor. Las confesiones fueron muchas, y muchas jenerales, ya por devocion ya por necesidad. Habia en una estancia algunos indios que por falta de sacerdote que supiese la lengua jeneral del Perú, que era la que hablaban, habia muchos años que no se habian confesado: supieron que la sabia uno de los Padres y luego vinieron a por-

ía a confesarse todos. Y porque oyeron decir que era bien que en penitencia de los pecados se castigase el cuerpo con disciplinas, ellos de suyo acudian a tomarlas los lúnes y los viérnes, con harta confusion de los españoles que se edificaban de ver tanto fervor en aquellos nuevos cristianos. Entre todos, es digno de advertirse el fervor de una india que habiendo soñado muchas veces que la despeñaban a un profundo abismo, sabiendo la venida de los Padres, le vino gran deseo de confesarse. Subió con este intento a caballo y llegando a un rio caudaloso, temió, y el demonio que no gustaba nada de la penitencia de ésta, que por ventura contaba ya por suya, valiéndose de la natural pusilanimidad de las mujeres, la ponia mas miedo, representándola mas vivamente el peligro; pero aunque verdaderamente lo era, y muy grande, sintiéndose interiormente movida con una gran confianza de que Dios la ayudaria, se arrojó al rio y lo pasó, y llegó donde estaban los Padres. Hizo una verdadera confesion y enmendó su vida, a pesar del que la pretendia impedir, con gran fruto y gloria de Nuestro Señor, cuya gracia se muestra tan poderosa en jente tan ignorante y nueva en las cosas de la fée y relijion cristiana.»

No es menor el fruto que estas misiones rinden en la provincia, que hemos dicho, de Cuyo, (así hubiera muchos obreros que pudiesen lograrlo, porque segun lo que las ánuas cuentan de estos indios y lo que yo he conocido en muchos de ellos, son de gran capacidad y aprenden fácilmente las cosas que les enseñan de la fée). En una de estas misiones que referimos arriba, cuentan los Padres misioneros que con cierta traza que usaron (y sale bien siempre en la enseñanza de los jentiles) de unos palillos y piedrecitas, tantas como son las palabras del *Pater Noster* o del Ave María o catecismo, de manera que a cada palabra corresponda su palillo o piedrecita; aprendieron con tanta facilidad lo que les enseñaban que en ocho dias supieron los niños todas las oraciones y los mandamientos. Y mas adelante dicen los Padres: «Estos indios quedaron tan capaces de lo que les enseñaron en los pocos dias que con ellos estuvieron, que yendo muchos meses despues su cura a visitarlos, queriendo hacer esperiencia de si se acordaban de lo que habian aprendido, halló que nada se les habia olvidado, ántes respondian con mucha presteza a las preguntas del catecismo, lo cual animó a los padres a que con mayor cuidado y dilijencia atendiesen adelante a la enseñanza de los que se mostraban tan hábiles y capaces de las cosas de la fée. Admirábanse los indios de ver que los Padres no querian recebir nada de lo que les ofrecian, sino que ántes les daban a ellos de su pobreza, con que quedaron muy ganados y muy aprovechados; viendo lo cual el cura de aquel valle, y el grande fruto que los Padres habian hecho en sus feligreses en tan poco tiempo, se animó a llevarlo adelante por su parte, aprovechándose tanto de la comunicacion y ejemplo de los nuestros, que le dió de allí adelante mayor, imitándolos en el modo de enseñar y agasajar a los indios para ganarlos para Dios y instruirlos en las cosas de su salvacion, de manera que era de grande edificacion ver el modo con que en esto se portaba.»

Demos fin a este capítulo con otra mision que los Padres hicieron a las lagunas, como se refiere en la mesma ánua, por estas palabras: «En

otras ánuas se ha escrito el buen natural y capacidad de los indios de estas lagunas y su habitacion, que es junto a ellas o dentro de unas islas. Su sustento es raices y pescado, y como su ocupacion no es mucha, fácilmente se juntan cuando viene el Padre. En sabiendo los indios que habia llegado, corrió la voz y todos se dispusieron para recebirle en la iglesia, que aun se estaba en pié desde la primera vez que se les hizo mision, y con ser tiempo de mucho frio y nieves, andaba el Padre en busca de estos pobres que le costaron a Cristo Nuestro Señor su sangre. Reconociéronse todos, y haciendo exámen de lo que otros años les habia enseñado, halló que con haber año y medio questuvo la primera vez, todos respondian muy bien, acordándose de todo como si entónces acabaran de enseñarlos, que es de harta maravilla en jente tan inculta, que viven entre arenales y montes, sin jénero de doctrina. Halló el Padre a un indio que todas las noches hacia rezar las oraciones a sus hijos y familia, asistiéndoles él y aun corrijiéndoles como si fuera un cristiano muy antiguo. Para mas ganarles la voluntad los regaló, como suele, dándoles imájenes y otras cosas, que ellos se ponian luego al cuello.

«Un mes y mas se detuvo el Padre en esta mision, ejercitando los ministerios y sacramentos de la confesion y baptismo, con tan grande trabajo y continuacion que apénas le quedaba un rato para descansar y tomar un poco de sueño, teniendo siempre cuidado de dejar uno en cada pueblo mas particularmente instruido, para que fuese como maestro de los demas. Los indios quedaron tan contentos y ganados del Padre, que a voces le decian que volviese presto, por el mucho contento que recibian con su venida.»

Hasta aqui este capítulo, en el cual y en otros prosigue refiriendo los baptismos, confesiones, casamientos, conversiones y reforma de vidas que hicieron en ellos y otros pueblos de indios. Lo cual dejo por evitar profijidad y porque de lo dicho se podrá fácilmente entender todo lo demas, y porque al fin de este libro, en el memorial en que se representa la estrema necesidad espiritual de estas misiones, se toca tambien esta materia y se dice algo de lo mucho que hay que hacer y padecer en ellas.

CAPÍTULO XIII

Refiérense otras de estas misiones y cuéntanse algunos casos de edificacion.

En la ánua de treinta se da cuenta de otras dos misiones que se hicieron del colejio de Santiago, por estas palabras: «De este collejio han salido várias misiones despues de la última ánua. De ellas se ha seguido mucha gloria del Señor y bien de las almas desamparadas, por no haber quien las encamine al cielo. Dos han sido las principales misiones, una al valle de Quillota y otra a la ciudad y distrito de Coquimbo, publicándose en ellas el jubileo concedido para este intento. En la primera trabajaron dos de los nuestros con indios, españoles y morenos, tan a satisfaccion de todo el valle, que viendo el gran fruto y provecho que a las almas se seguia, juntos los principales españoles, pidieron instantemente al padre Juan Romero, mi antecesor, que pues en aquel contorno habia tanto que hacer y se seguia tan colmado fruto, se sirviese de señalar dos Padres que perpétuamente asistiesen a aquella mision, que ellos darian bastante limosna para su sustento y casa en que viviesen. Pareció al Padre no perder tan buena ocasion, por ser el valle mas poblado de estancias, en que hay muchos españoles e indios que tiene este reino. Admitióse la limosna y señaláronse dos Padres, que se ocupan en una perpétua mision, confesando, predicando y sacando muchas almas desamparadas del miserable estado del pecado, con que han ganado nombre de ánjeles, y hablan con grande encarecimiento de su vida y buen modo de proceder.

A la mision de Coquimbo salió en persona el Padre Rector de este collejio de Santiago y con otro compañero, por parecerme muy a propósito para dar principio a una mision que por muchos años instantemente nos habian pedido. Recibieron a los padres con públicos regocijos, trabajaron los nuestros una cuaresma apostólicamente, reprehendiendo

agramente los vicios, asistiendo de noche y de dia en el confesonario, confesándose muchos jeneralmente y casi todos trocaron de modo sus vidas, que pregonaban los ancianos ser ya otro Coquimbo y juntándose en cabildo nos ofrecieron fundacion, y para principio della, lugar capaz en la plaza, una estancia y seis mil pesos, haciendo desto escritura pública, en cuya obligacion, no entraron algunos de los mas poderosos por ofrecer de por sí. Decian que si el Señor les concediese la Compañía en su pueblo, en todo ternian muy gran dicha, y sus cosechas serian muy colmadas, teniendo pluvia del cielo que habia dias se les mostraba de bronce. Con los sermones se movieron algunas personas principales a dar de mano a la vanidad del mundo crucificándose con Cristo: entre estas fué una señora principal, moza, viuda y rica que desde luego ofrecia toda su hacienda para fundacion de un monasterio de monjas, queriendo ella ser la primera, que con lo que otras ofrecian para la misma fundacion, se contarian cincuenta mil pesos. De otras cosas particulares que en confesion sucedieron, aunque maravillosas, no se hace mencion por concernir con la materia de confesion.»

Algunos casos de edificacion tocantes a estas misiones quedan referidos arriba, ahora añadiremos otros, que refieren las anuas citadas por estas palabras. «Oyendo un hombre razonar de la pasion de Cristo Nuestro Señor a uno de los nuestros, y moviéndose con esto a una fervorosa penitencia, la hizo de unos gravísimos pecados que muchos años habia callado de vergüenza, confesándose bien y tratando de veras de enmendar la vida pasada.

«El mismo empacho tenia otro desdichado viejo, que habia sesenta años encubria sus peccados por la misma causa, y a la misma palabra de Nuestro Señor que penetró su corazon, se rindió y los manifestó. Deste jaez ha habido otros muchos que por medio de los nuestros se han reconciliado con Nuestro Señor, habiendo largos años estaban en su desgracia.

«Llamaron a un padre para que confesase una española, que, puesta en el artículo de la muerte por un hijo que tenia en el vientre ya muerto de tres dias, pedia misericordia. En tan gran peligro llegó el padre, y habiéndola confesado, sacó una reliquia de Nuestro Padre San Ignacio que tenia en un relicario, y al punto que la enferma se puso al cuello la reliquia, se desembarazó de la criatura muerta y quedó sin lesion alguna. Otro tanto le sucedió al mismo padre con una india que pedia la reliquia del santo, mas enviósele una imájen del mismo santo y con ella consiguió otro tal beneficio y merced.

«Juntemos a estos casos otro en que Nuestro Señor honró asimismo a Nuestro Padre San Ignacio y aumentó en los fieles su devocion. Tuvo cierta india una criatura que, enfermando en el campo, la trujo su madre a esta ciudad, mas ya cuando llegó estaba tan al fin de su vida que llevándola a personas entendidas en medicina, todas desesperaron de su salud y la dieron por muerta. Afligióse la buena madre, como se puede colejir del amor natural que tienen a sus hijos, y desahuciada ya de su remedio, se fué a la casa de una mujer piadosa, donde toda una noche estuvo llorando inconsolablemente su criatura. Compadecióse la mujer

en cuya casa estaba, que era muy devota de la Compañía y de nuestro Padre San Ignacio. Consolóla y asegurándola la salud, la avivó la fée, contándola algunas maravillas de nuestro santo. Luego puso a la criatura mas difunta que viva una medalla en que estaba su imájen, y al punto se sintió su eficacia con la mejora que se fué continuando, hasta restaurar entera la salud perdida. Otros casos dejo no por comunes, sino por semejantes a los referidos.» Hasta aquí las nuevas.

Si yo quisiese añadir aquí las maravillas que ha obrado y cada dia obra Nuestro Señor por la intercesion de nuestro padre San Ignacio en toda aquella tierra, particularmente en peligros de partos, no bastaria todo este libro. Soy testigo de vista de muchos, y es cosa esta ya tan asentada y recebida, donde quiera que tenemos la firma de nuestro santo Padre (que es la obradora de estos beneficios) que en hallándose alguna señora en cualquier peligro de éstos, se acoje luego a este comun refujio de las que le padecen, y suele acontecer que al entrar la santa firma por la puerta, aun ántes de aplicarla a la que está de parto, echa la criatura o las pares y sale del peligro en que estaba, que como el santo glorioso parece que el primer cuidado que tuvo en esta vida, fué de ocultarse y esconderse y ahogar su nombre, de manera que no quedase memoria de él en los hombres y por esto no quiso ponérselo a su relijion, sino el de Jesus, que embebiéndose en sí toda la gloria que de una tan grande obra pudiera siguírsele por el mesmo caso, el mesmo Señor, que nunca permitió dejarse vencer de ninguna de sus criaturas en las finezas de su amor y liberalidad, quiere que ese mesmo nombre que se escondió y hundió por darle a él solo la gloria, sea exaltado y glorificado de todos, obrando tantas y tan frecuentes maravillas, como las que obra en aquel reino, donde por esta causa son muy frecuentes las novenas que las señoras hacen en nuestra iglesia a nuestro santo padre cuando andan ya en dias de parir, por la gran fée que tienen en su santa intercesion y virtud, por la cual esperimentan tales misericordias y beneficios del cielo.

CAPÍTULO XIV

Refiérense algunos casos que acreditan el valor y capacidad de los indios chilenos para la virtud.

En las ánuas ya citadas de treinta y tres, hablando de los naturales de los indios de Chile, hallo estas palabras: «Los mas de ellos indios que aun no han llegado a probar las armas con los españoles, son jente dócil, de buenos y apacibles naturales, bien ajestados, de buenos entendimientos, y en estando algun tiempo con los españoles, cortan la lengua tan bien como el mejor español». Lo que yo puedo añadir a esto es que aunque son de suyo altivos y soberbios y de natural arrogante, eso mesmo, modificado con la divina gracia, los hace mas constantes en la profesion cristiana y viene a ser fundamento para emprender virtudes heróicas, porque el punto de honra que suele ser en los hombres principio y causa de temeridades, osadías y venganzas, si llega a correjirse lo vicioso y a templarse la pasion y aplicarse a la virtud el ya moderado afecto, es cierto que los naturales de esta data suelen alentarse mas que otros a hechos heróicos, abrazan con gallardía y ánimo la penitencia, son mas esforzados contra las tentaciones, y la estima de su propria reputacion los hace mas constantes en el camino comenzado. Para confirmacion de esto y para la buena opinion y crédito de esta jente, quiero emplear este capítulo en referir algunos casos que tocan las ánuas citadas y otros de que soy yo testigo de vista. Sea el primero de una india, que estando sola en su casa por haberse ausentado su marido, fué solicitada de un español que la trujo combatida mucho tiempo, hallándola siempre como una roca. Entre otras, una vez buscó este mal hombre ocasion de verse con ella a solas en su casa, y juzgando que ya tenia por suya la victoria, comenzó a combatir su castidad; mas, en tan grave aprieto, supo la divina gracia industriar a la india con tal arte, que favorecida del cielo, finjió se llegaba a beber un poco de agua de una tinaja que estaba cerca de

la puerta, y viéndose en tan buen paraje, pudo, huyendo por ella, librarse del peligro, dejando (sino en manos del adúltero la capa, como el casto Joseph) la penosa confusion en su rostro, por preciosos despojos de su recato y constancia, que dió gloria a Dios, alegría a los ángeles y ejemplo a los que nacieron con mas obligaciones y son tan neglijentes en cumplirlas. Que verdaderamente es grande argumento de la fuerza de la divina gracia el ver que esta jente tan nueva en la fée tenga valor para resistir a la ocasion, que les dan talvez los mesmos que debian enseñarles mas con su ejemplo que con sus palabras, y que viendo a los cristianos viejos doblar la rodilla al ídolo de la sensualidad, estos nuevos cristianos lo pisen y huellen con tanta constancia.

No hace poco, en confirmacion de esta materia, lo que hallo escrito en una carta del padre Gabriel de Vega, la cual refiere la ánua del Perú citada arriba de 1603, y dice así: «Dije misa, porque una india, que era perseguida del amor torpe y deshonesto de un indio, alcanzase victoria de tan terrible ocasion, y fué Dios servido de que consiguiese lo que le pidia, porque hallándose un dia en gran conflicto en una estrecha y apretada ocasion que la tuvo a gran peligro, se escapó con la divina gracia, dejando burlado no ménos al espíritu de torpeza y enemigo invisible de su alma, que al visible que tanto la perseguia, y huyendo de su furor, se acojió a la fortaleza de los cristianos para que la defendiesen. Era este indio entre los jentiles, muy poderoso, y al punto juntó un buen ejército y viniendo con él al fuerte se acercó a distancia que pudieron oirle bien los españoles, a los cuales habló diciendo que le entregasen luego aquella india, porque si nó les habia de dar luego el asalto; así lo hizo por tres veces, acometiendo al fuerte con grande furor y brío. No faltaron algunos que juzgaban seria bien condecender con la voluntad de aquel furioso y tan poderoso enemigo, para tenerle de paz y ganarle por este medio. Llegó a entenderlo la india, y habiéndose aconsejado con uno de los nuestros, respondió, mostrándose firme y constante como una Susana en el propósito de la castidad, que no se cansase, que miéntras no se hacia cristiano, era por demas pensar que ella habia de venir en lo que pretendia, que primero la veria muerta y hecha pedazos que tal consintiese. Con esta resolucion se defendió, y no queriendo el indio reducirse a hacerse cristiano, hubo de dejarla, confuso de ver vencido su valor del de una mujer.

Una india habia que en muchos años guardó un modo de vivir tan ejemplar, que lo era a muchas de las españolas, en sus confesiones y comuniones contínuas y en los demas ejercicios de virtud. Envidioso el comun enemigo, la persiguió en la última enfermedad y la atemorizaba y espantaba en figura de un horrible perro que arrojaba horrendas llamas de fuego por la boca. Pidió a su confesor la trajese una de aquellas cruces con que los Padres hacian la doctrina, que con ella la habia dado Nuestro Señor a entender ahuyentaria al demonio: así fué, porque por mas que se le apareció y procuró por tres noches aterrarla y divertirla, lo ahuyentaba con la cruz y lo espantaba, rechazándole con gran facilidad. Esta misma persona contó a su Padre confesor como una noche de las questaba aguardando la muerte, se le apareció la Santísima Virjen

con su bendito hijo en los brazos, ahuyentando de su alma las tinieblas de una afliccion que tenia. Venia en compañía de la Santísima Virjen nuestro Padre San Ignacio con un compañero, que dijo al padre se parecia a otro que consigo traia el dicho padre, muy siervo de Nuestro Señor. La enferma, en premio de sus loables virtudes y trabajos, permitió Nuestro Señor muriese tan gloriosamente que tres noches ántes que falleciese, estando muy en sí, vió un brazo en cuya mano estaba una triunfante palma, indicio y argumento de la que merecia e iba a gozar en la gloria, digna, cierto, de todo crédito en esto por su buena vida.

Otra india procedia con todo ejemplo de virtud, y saliendo un dia de nuestra iglesia, un hombre en la calle hizo una accion con ella algo descompuesta, y con no haber sido ella sabidora, ni intervenido mínima insinuacion ni consentimiento de su parte, se castigó, apartándose toda una noche a un rincon de casa a llorar y rezar con un rosario, y otra noche puso muchas espinas en la cama, con que castigó y hirió toda la noche sus carnes, sin pegar sus ojos, que no es pequeña confusion para los que tan liberalmente pecan y por otra parte son tan delicados para hacer penitencia y para cumplir las que les dan sus confesores.

Una india salió del enemigo, y allá sus padres jentiles la habian ofrecido al demonio, para que enseñándose a su infernal escuela, viniese a ser machi y curandera por arte del demonio. El dueño que la tenia cautiva la trujo a nuestra iglesia, para que con los demas catecúmenos, la enseñasen las cosas de nuestra santa fée. Comenzó el Padre a enseñarla, y el demonio a sentirlo de modo que en su casa, en las tinieblas de la noche, la asombraba y acosaba con tan horrendas figuras y espantos, que la triste se moria. Vino su dueño por remedio al padre catechizante, el cual le dió un rosario con cruz e imájen de Nuestra Señora, diciéndole no se le quitasen del cuello, ni aun de noche, y así se hizo, con que el demonio huyó y dejó libre la catecúmena.

De otras muchas indias nos cuentan las mesmas ánuas grandes ejemplos de la fortaleza con que han resistido a los que pretendieron violar los fueros de su pureza, no pudiéndolas rendir ni con dádivas ni amenazas, ántes espuéstose por esto a perder la vida del cuerpo por asegurar la del alma, saliendo talvez de estos conflictos y batallas mal heridas y bañadas de sangre, como se vió pocos años há en una recien convertida y baptizada en la ciudad de la Concepcion, que escapó de la ocasion, dejando no ménos rabioso al que pretendió perder su alma, que confuso al espíritu de la torpeza de tan gloriosa victoria, que tanta gloria dió a la sangre de Cristo en aquella nueva cristiana. Otras se han asimismo librado de semejantes peligros con la buena maña y ardides que el casto esposo de las almas las inspira en los mayores aprietos, como le aconteció a una india casada en un apretado lance, en que con injeniosa traza dejó burlado al carnicero lobo, cuando juzgaba ya suya la presa. Yo he sabido de indias que perseguidas por su buen parecer de personas poderosas y de calidad, resistiendo una y otra y muchas veces y aun meses, por quitar del todo la ocasion y librarse del peligro, se han entrado en los monasterios de monjas, donde viven con grande ejemplo en los san-

tos ejercicios de la vida relijiosa, sirviendo en los oficios mas humildes con gran consuelo y satisfaccion de sus almas.

De otra sé que se da a la oracion y ejercicios espirituales, como lo pudiera hacer una española de las mas recojidas y virtuosas; lee a sus tiempos su leccion espiritual, confiesa y comulga con mucha frecuencia, y el fruto de todo esto no se queda solamente dentro de su alma, sino que sale afuera a la esterior compostura y honestidad, que admira a todos los que la ven, y algunos han certificado que no se atreven ni tienen ojos para mirarla licenciosamente, porque les corrije su severidad y compone su modestia, y a este modo he tenido yo algunas penitentas que se daban tanto a la virtud y penitencia y tenian tan gran cuidado de sus almas que no daban en sus confesiones materia suficiente para la absolucion, y así era menester apelar a los pecados de la vida pasada, que no es pequeña confusion para los que habiendo nacido con diferentes obligaciones, quedan tan atrás en sus costumbres.

No es razon pasar en silencio cuando alabamos las de estos indios la relijiosa y santa vida de la madre Costanza, aunque como estoy tan léjos de los que pudieran darme mucha materia para dilatarme en referirla, diré solamente lo que se me acuerda de lo que dijo de ella en un grandioso sermon que predicó en sus honras el señor don Gaspar de Villarroel, obispo de Santiago, varon de gran talento y piedad, el cual tomando por tema aquellas palabras: *Nigra sum, sed formosa*, redujo toda la hermosura de su alma a la humildad, que fué la virtud en que mas se esmeró y en que fundó toda su perfeccion.

Nació esta india en aquellas fronteras de Arauco, donde la cautivaron los españoles. Entre otras, que se repartieron entre diferentes dueños, tocó ésta a un vecino de Santiago, el cual haciéndola catequizar primero, dispuso que se baptizase. Asentóle tambien el divino carácter de cristiana, que trató desde aquel dia de serlo, no solo de nombre sino tan de veras, que no acertaba a tener otra conversacion sino con Cristo sacramentado: oia para esto cuantas misas podia, y en pudiendo, se escapaba y volaba a la iglesia catedral, donde, firme como una estátua, de rodillas, asistia hasta la última misa y siempre era la última que salia de la iglesia, y era menester que el sacristan la echase siempre de ella al tiempo de cerrarla.

Reparóse en esto, y avisado el señor obispo, que era un santo varon, se llegó a ella un dia y la dijo qué hacia allí tan tarde? ¿por qué no se iba a servir a su amo? Respondió la buena cristiana, ¿cómo es posible que viva miéntras no estoy mirando a mi Señor en la hostia? admirado el señor obispo de la respuesta y de la ternura y fervor con que la dió, reconociendo en sus palabras singulares prendas del cielo, dispuso quitarla de las ocasiones del siglo, y para esto la entró en el insigne monasterio de la Concepcion de monjas Augustinas, de muy gran virtud y ejemplo, el cual se le fué pegando a Costanza, de manera que ya se hacia sentir y sobresalia entre las demas. Confesábase con el padre Luis de Valdivia, de buena memoria, y con su consejo y direccion iba cada dia creciendo en virtud. Llegó un dia a confesarse y dijo a su confesor que se hallaba muy desconsolada porque no sabia leer y así no podia tener leccion es-

piritual. El padre la respondió que aprendiese y pidiese a la Vírjen Santísima que la enseñase. Hízolo así, y cuando ménos lo pensaba, comenzó a entender los libros y a escribir como si hubiera andado muchos años a la escuela.

Con esto y con los otros actos de virtud con que veian las monjas que Costanza se singularizaba entre todas, comenzaron a venerarla como a persona de singular virtud, porque todo el tiempo que le sobraba de los ministerios de Marta, le gastaba en el coro en perpétua oracion, que acompañaba con grandes ayunos, disciplinas y penitencias, con que cada dia admiraba mas su raro ejemplo; pero lo que mas sobresalia siempre era su humildad y desprecio de sí mesma. Honróla Dios con algunos prodijios, de los cuales fué muy célebre el que obró su Divina Majestad en el trigo del monasterio que estaba a su cargo: fué faltando éste con el gasto ordinario, de manera que ya no quedaba en la troje sino para muy pocos dias. Avisó de ello a la abadesa para que proveyese a esta falta, y respondióla con algun sacudimiento que lo buscase, que cómo se habia gastado tan presto el que habia. Bajó ella su cabeza y fuése con mucha humildad a su oracion y demas ejercicios de la obediencia.

Fué cosa maravillosa que yendo a abrir la troje para dar a moler el poco trigo que habia dejado en ella, la halló rebosando. No se pudo encubrir el caso, y llegando unas y otras a preguntarla el modo cómo habia sucedido esto, y engrandeciendo la maravilla que Dios habia usado por su medio, respondia a todas con gran disimulo, ¿yo, milagro? ¿Dios habia de hacer milagros por una pobre india? Eché en la troje un panecito de San Nicolas, y por él nos ha dado Dios trigo. Lo mismo hizo en otras ocasiones semejantes a esta, encubriéndose siempre y ocultándose con un disimulo tan connaturalizado que no parecia sino una india ordinaria. De esta manera vivió unos 40 años en la relijion en perpétuo silencio, sin que jamas la viese nadie en la reja, sino siempre, o en el coro o en sus oficinas, hasta que cargada de años y merecimientos, murió en el mesmo convento con grande opinion de santidad, ahora cuatro años, confirmándolo todos con el gran concurso y piedad con que acudieron a honrar y venerar su cuerpo.

Ni es ménos digno de memoria lo que acaeció a aquel indio araucano, que refiere en uno de sus tomos el padre Diego Alvarez de Paz, al cual, en el cautiverio de aquellas ciudades que hemos apuntado arriba, tocó por suerte, entre otras cautivas españolas, una monja, de la cual habiéndose aficionado el bárbaro, la escojió por mujer: comunicóle su intento, y ella, con un pecho de acero, dispuesta a perder la vida ántes que la debida fée a su celestial esposo, con una autoridad digna del relijioso estado que profesaba, le respondió que siendo, como era, esposa del Rey de la gloria, no podia admitir otro en su corazon, ni él debia dar lugar a tal pensamiento sino queria quedar castigado de su mano. Fueron de tal peso estas palabras para con aquel jentil, que no solo no prosiguió adelante con su intento, pero cobró tanto respeto a la esposa de Jesucristo que luego al punto la apartó de las demas cautivas y la dió casa aparte, con criadas que la sirviesen, mandando que la asistiesen con todo regalo, y no contento con esto, viendo que la relijiosa con todo este buen trata-

miento y cortesía suspiraba por el retiro y soledad de su claustro, aunque con riesgo de su vida (porque le corrian muy grande de ser muertos de los otros indios por amigos de españoles, los que les entregaban sus cautivos) se fué un dia en secreto al campo español y trató con el gobernador de poner en libertad esta monja. Concertóse el lugar hasta donde la habia de traer, que era cierto rio adonde habian de llegar los españoles para entregársela.

Hízose así como se habia trazado. Sácala una noche en secreto, camina con ella hasta el lugar determinado, donde, conforme al concierto, estaban nuestros soldados esperándola; y la divina clemencia, que nunca deja que se le adelanten las criaturas en sus finezas, correspondiendo a las que este indio habia usado por su respeto con su esposa, al tiempo de hacer la entrega y volverse a su tierra a gozar de su casa y haciendas, le ilustró el entendimiento con una gracia tan eficaz y poderosa, que el señor que habia venido a dar libertad a su esclava, se hizo esclavo de ella y determinó desde allí olvidarse de su casa y de los suyos, y seguir a la esposa de Dios hasta la suya, donde, baptizado, se quedó todos los dias de su vida sirviendo como esclavo a su mesma sierva, aunque en realidad de verdad nunca mas señor, pues siéndolo de su pasion, mereció tan gran luz y gracia del cielo, dejando al mundo tan grande ejemplo, digno de toda admiracion y alabanza.

Bien prueba este caso el valor de esta jente para vencerse con la divina gracia en una pasion tan poderosa para con ellos y aun para con todo el mundo; pero para que se vea que tambien lo tienen contra la otra pasion de la embriaguez, que tan universal es en esta nacion, contaré lo que ví en un indio mozo, que conocí mucho. Habiendo perdido éste el sentido en una borrachera, tuvo no sé qué desacato contra su padre; volviendo en sí y avisándole lo que habia hecho, quedó tan corrido que no se atrevia a parecer delante de otros, y volviéndose contra sí y contra aquemal vicio que le habia sacado de sí y echóle poner las manos en su padre, comenzó a entrar en cólera contra su desatino y a decir: ¿Cómo, que el vino me haya obligado a mí a una cosa tan indecente como la que he hecho? Pues yo doy la palabra de no probarlo mas en la vida. Así lo cumplió, porque yo le conocí muchos años despues con tanto aborrecimiento al vino, que el que ántes parece que tenia perdida la libertad para no dejarle de beber siempre que podia, huia de él como del demonio y nadie fué poderoso a hacérsele probar mas. Para ponderar y hacer concepto de esta valentía y victoria, es menester hacerle de la fuerza que esta pasion tiene en esta nacion, que es tan grande, que sobresale entre las demas y podemos decir que en ellos es el vicio rey que mas predomina. Añadamos a estos ejemplos otro de una india de Cuyo. Llegando los padres misioneros a un pueblo que era de cristianos y jentiles, examinando entre otras a esta india, dijo que era cristiana, siendo así que no lo era, sino infiel, y por no hacerse cristiana finjió serlo. Comenzaron los padres a catequizar a las demas infieles que querian ser cristianas, y viendo esto la que habia finjido serlo, o ya por el ejemplo de las demas que veia catequizar o ya por la fuerza de la divina palabra que oia, se levantó entre todas y movida del cielo, públicamente a voces comenzó a decir: Pa-

dre, baptízame a mí tambien, que soy jentil como estotras, y cuando dije que era cristiana mentí, porque no me persuadieses a serlo: estaba ciega, perdóname y hazme participante de este soberano beneficio como a las demas. Así se hizo, con gran consuelo de los presentes, que quedaron no ménos edificados del valor y humildad de esta india, que alentados con su ejemplo a estimar mas aquel beneficio que Dios les hacia.

CAPÍTULO XV

Trátase de los ministerios que pertenecen a la cuarta clase de nuestras misiones.

A la cuarta clase de nuestra division tocan las gloriosas misiones de las Residencias de Arauco y Buena Esperanza, San Cristóbal y Talcamahuida, y las demas casas que tenemos en los presidios que tiene el Rey en las fronteras de la guerra, que en aquel reino ha tenido y tiene con los indios tantos años há, como queda referido en su lugar. Estas misiones no solamente exceden en el rigor, peligros y trabajos a las otras que hasta aquí se han referido; pero absolutamente pueden carearse con las mas trabajosas y apostólicas en que están empleados los hijos de la Compañía, porque los padres que en ellas están no ven los colejios en todo el año, sino los ocho o diez dias que vienen al mas cercano a hacer los ejercicios espirituales que acostumbran hacer los demas de la Compañía, y aun los pocos que están en las Residencias, lo mas del tiempo andan divididos unos de otros, porque como nos llaman de tantas partes, y muchas veces a un mesmo tiempo y somos allí tan pocos, no podemos ándar siempre juntos, porque apénas vuelve un padre misionero de un lugar a la Residencia, cuando es menester salir para otro donde llama la necesidad de la confesion, de los baptismos o catecismo, y así han sido siempre estas misiones de grande mortificacion y mérito, no solo por lo dicho sino por haber de lidiar con indios jentiles, que así por su natural altivez y uso de muchas mujeres, como por ser jente de guerra y andar siempre con las armas en las manos, es menester mas paciencia y fervor y mas ayuda del cielo para hacer algun fruto en sus almas. El modo de ejercitar nuestros ministerios en estas partes es andando lo mas del año a caballo, con grandes peligros de la vida, ocasionados, así de los rios que es fuerza pasar muchas veces a nado, como de los enemigos que discurren de ordinario por estos campos a hacer el mal que pueden a los cristia-

nos. Son los iviernos muy rigurosos, a cuya causa se padece mucho, porque es fuerza acudir donde nos llama la necesidad espiritual de los indios, lloviendo y pasando pantanos hasta las cinchas, atollando y cayendo en ellos a cada paso, y todo esto muy frecuentemente, porque es menester andar casi en contínuo movimiento para poder acudir a tantas partes como nos llaman y hay obligacion.

A la Residencia de Buena Esperanza pertenece el presidio de San Felipe de Austria, donde hay de seiscientos a setecientos españoles, el fuerte de San Cristóbal, el del Nacimiento, el de San Rosendo, Santa Juana, Angol, Talcamahuida y el que llaman Estancia del Rey. A la Residencia de Arauco, donde hay de quinientos a seiscientos españoles, pertenecen el fuerte de San Pedro, el de Colcura, el de Lavapié y Lebo, y en ellos hay gran suma de jente así de la española, como de yanaconas, que son los indios de servicio. Demas de estos presidios y fortalezas, se topan a cada paso muchas estancias de españoles que han fundado los soldados despues que cansados de la guerra se retiran a una quebrada, a pasar la vida en paz con la comodidad y regalo que a pocos años de asistencia les da la fertilidad de la tierra, con la cria de ganados y viñas que plantan, de que hacen en este terruño regaladísimos vinos, particularmente blancos, muy fragrantes y de un sabor muy suave y por lo jeneral son los mejores de este reino. Estas estancias van creciendo y se van aumentando de manera que en algunas partes hay concursos de españoles y señoras de manto como en las ciudades, y dentro de algunos años será necesario que se formen para el buen gobierno.

Por manera que la mies de estas misiones viene a componerse de españoles, unos que residen en sus estancias con sus casas y familias, y estos son en gran número, y otros que son los soldados y jente de guerra que estan en los presidios y fortalezas, en que sustenta Su Majestad dos mil plazas. Compónese asimesmo de indios, unos que son los que están en los mesmos fuertes y sirven a los españoles, otros que son los soldados amigos que ayudan al real ejército. Entre estos, unos son cristianos y otros jentiles y a todos acuden los nuestros, haciendo en ellos el fruto que tan manifiesto es en aquel reino. Algo queda dicho arriba, con ocasion de la entrada del padre Luis de Valdivia con sus compañeros en estas misiones, cuando las entablaron y pretendieron las paces entre los españoles y indios de guerra: tambien se tocará algo en el memorial que se pondrá al fin de este libro, y aquí diremos alguna cosa de lo mucho que se pudiera de tan glorioso empleo. Y en cuanto a los españoles que viven en las estancias que hemos referido, no hay que decir cosa en particular, porque siendo, como lo es este empleo tan semejante al que tienen nuestros misioneros en las demas estancias que están en las comarcas de las ciudades, de que hablamos en los capítulos pasados, lo mesmo que dijimos de aquellas se puede tener por dicho de éstas, si bien el estar aquellas en tierras que están totalmente de paz y éstas en frontera de guerra, hace gran diferencia en cuanto al peligro de la vida, porque en aquellas no le hay ni sombra de él, por ser tierra tan pacífica que puede andar un hombre solo sin ningun temor de noche y de dia, porque no hay que temer comunmente ni salteadores ni ladrones, y en várias ve-

ces que yo anduve estos caminos, jamas sentí ni un rumor ni cosa que oliese a esto, como acá en Europa. Pero en los caminos y pasaje de una estancia a otra de aquellas que pertenecen a estas misiones, ha habido siempre grandes peligros, porque por estar a vista del enemigo, se da frecuentemente en emboscadas de indios de guerra que entran a robar y los nuestros se han visto muchísimas veces en manifiestos peligros de ser muertos y cautivos, como de hecho ha pasado con algunos españoles e indios amigos que por su desgracia han caido en sus manos, si bien desde que se capitularon las paces que hemos dicho del año de cuarenta, *habrá ménos ocasion* de estos temores y recelos, pues, como lo escriben nuestros padres misioneros y queda referido en su lugar, aun en la tierra mas adentro se anda ya de una parte a otra sin escolta, por estar ya todo aquello que *está de paz tan seguro que puede un* hombre solo discurrir de un lugar a otro sin peligro, pero en la tierra mas adentro no dejará de haberle, por no estar de paz.

El fruto que se ha hecho con los soldados españoles ha sido muy particular y muy grande desde sus principios; porque verdaderamente parece que ha echado Dios la bendicion en darles comunmente por cabezas personas tan pías que no solamente han aplaudido todas las invenciones y ejercicios de piedad que los nuestros han intentado, sino que con su mesmo ejemplo los han fomentado, siendo de los primeros en asistir a las congregaciones y otras devociones que se han entablado del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora, y atendiendo a lo principal (que es el primer fundamento de las devociones, que es la reformacion de las costumbres y quitar pecados del ejército,) cuentan las ánuas del año 19 que los maeses de campo, sarjentos mayores y capitanes, no solamente fomentaban lo que los padres pretendian y deseaban, aprobando y aplaudiendo su santa doctrina y el celo con que reprehendian los vicios; pero por su parte quitaban a los soldados las ocasiones de ofender a Nuestro Señor, y castigaban los pecados públicos y escandalosos, poniendo eficaz remedio a todos con celo cristiano y muy propio de los que en semejantes puestos deben tener la principal consideracion y cuidado en tener de su parte al Señor de las victorias, sin cuya asistencia no es posible que se acierte en cosa ninguna.

«Por esta mesma causa aprobaron desde los principios de estas residencias las santas trazas y invenciones que los nuestros hallaron para desterrar del ejército y presidios el inútil y detestable vicio de jurar, que tanto se suele pegar a la jente de guerra. Entre otros medios que para esto se aplicaron, fué uno el que se refiere en la mesma ánua por estas palabras: «Persuadieron a los soldados, que en oyendo algun juramento, diga el que lo oye «Loado sea Jesucristo», y luego todos dicen en alta voz «loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo», con que al pobre que juró le dan tal batería, que no paran hasta que besa el suelo en penitencia de haber jurado; con lo cual queda bien escarmentado». Hasta aquí esta ánua; pero aun ántes de ella refiere la del año de tres, otro eficaz remedio que se aplicó a este mesmo fin, y fué una ley que guardaban inviolablemente, de que el que jurase, hiciese luego penitencia reprehendiéndole públicamente. Lo cual (añade) que fué de tanta importancia, que los que

ántes no reparaban en ofender los castos oídos de los sacerdotes y relijiosos con juramentos y otras palabras indecentes, tenian despues vergüenza y recato de decirlas entre sí. Tambien vimos en el libro pasado lo que acerca de esto mismo se refiere en la ánua de doce, diciendo que se habia visto tan grande reforma en esto en todo el campo, que apénas se oia un juramento, porque al que juraba, le mandaban que en penitencia estuviese un cuarto de posta, aunque fuese oficial vivo; y en otra he leido que se recojian los soldados todos los dias a un lugar determinado, donde ántes de salir a las faciones de la guerra, se armaban para la espiritual que tenemos con los enemigos invisibles y hacian en él oracion, ofreciendo cada uno a Nuestro Señor todos sus pensamientos, palabras y obras, para que siendo enderezados por su mano, no torciesen del camino de su santa ley.

Todo esto es lo que desde sus principios se comenzó a entablar en aquella soldadesca, en lo cual han tenido siempre gran parte los cabos de los presidios, el maese de campo del reino en el estado de Arauco, y el sarjento mayor en el de Yumbel, y en el uno y en el otro los capitanes y inmediatos oficiales, porque si ellos no apoyasen estos santos arbitrios, harian muy poco nuestros misioneros, por mas celo que tuviesen, y así se les debe en gran parte, si no es en todo, la reforma que en aquel estado y presidios se ha esperimentado y esperimenta en aquella tan valerosa y bien disciplinada milicia, que las puede apostar con las que mas lucen y se aventajan en otros ejéroitos.

Esto es lo que podemos decir en comun y que toca a todos; que fuera de esto hay muchos soldados que frecuentan a menudo los santos sacramentos de la confesion y comunion, tienen entabladas sus congregaciones y cofradías del Santísimo Sacramento y de Nuestra Señora con título de esclavos suyos. Celebran con gran solemnidad los jubileos de las comuniones jenerales, oficiando la misa los mesmos soldados con buena música, en que son algunos muy diestros, y suelen celebrar sus fiestas tan bien, que pudieran parecer en las ciudades donde hay mas comodidad ordinariamente para adelantar el culto divino. Suelen tambien añadir regocijos seglares, con tan grande lucimiento y lustre de armas, galas y caballos, que no quedan inferiores a los que en las ciudades se suelen disponer para hacer mas célebres las fiestas de los santos, lo cual, particularmente en aquella tierra nueva, es muy necesario para que los nuevos cristianos hagan mas concepto de las cosas de nuestra católica relijion, viéndolas celebrar y festejar, no solo con solemnidades eclesiásticas, sino con fiestas esteriores y regocijos seglares. Basta haber apuntado esto por ahora, que de lo mas particular del fruto que se hace con los soldados, se tocará algo adelante refiriendo lo que hallare escrito en las ánuas que citaré a su tiempo, y con esto paso a la otra parte que comprehenden estas misiones, que son los indios, y dejando lo que toca a los que están en servicio de los españoles, porque de ellos no hay cosa particular que decir, fuera de lo que está dicho de los que viven en las estancias y ciudades; vengo a los indios de guerra, que son nuestros feligreses y no tienen otros curas sino a los de la Compañía.

Estos indios de guerra habitan unos dentro de los presidios, como son particularmente los del fuerte de San Cristóbal; otros en sus reduciones y pueblos, distantes unos de otros algunas leguas, y aun en sus mesmos pueblos no viven todos juntos como en las ciudades, que fuera grande alivio para los què cuidan de su cultivo espiritual, sino apartados unos de otros, de manera que muchas veces es menester ir a cada casa a catequizar los de aquella familia, andando a buscarlos de quebrada en quebrada para confesarlos en sus enfermedades y baptizar a los que no son cristianos. Este es el principal fin de la asistencia de nuestros padres misioneros en estas residencias, y así aplican el hombro a este fin con grande valor y merecimiento por los grandes peligros de la vida a que andan espuestos, porque, fuera del que amenazan los furiosos rios que se encuentran a cada paso, y es fuerza arrojarse a ellos por salvar las almas de los que estando en estrema necesidad, piden el baptismo o confesion, que no se les puede diferir, por estar *in articulo mortis*; hay otros no menores, que son los de las emboscadas que hay muy de ordinario de los indios enemigos, que se esconden en los montes para cojer a los cristianos, a quien si no dan la muerte, como muchas veces lo hacen, es para comutarla en la civil de un duro cautiverio, donde esperan por momentos el golpe del cuchillo. Y no temen este peligro solamente de los indios enemigos, sino tambien de los amigos, feligreses suyos, por ser jente belicosa y feroz y a quien fácilmente persuade el demonio que la ley que predicamos es mentira y que el baptismo es un hechizo que mata, y por este miedo muchos no quieren hacerse cristianos por parecerles que se han de morir luego y que levantar iglesias es para quitarles sus mujeres, porque ven que el que entra en ellas y se baptiza, le obligan a casarse con una y que deje las otras; lo cual ha sido el mayor impedimento de esta jente, por estar tan acostumbrada a la poligamia, y así han tenido siempre gran dificultad de dejar ninguna de ellas, aunque les prediquemos que es contra la ley de Dios: por todo han siempre atropellado, por no privarse de esta costumbre, como lo hizo aquel poderoso y fiero cacique Anganamon, que por esta causa quitó la vida a los tres padres que habian entrado a predicarles el Evanjelio, como vimos en su lugar. A estos peligros andan espuestos nuestros misioneros, de los cuales, si bien los ha librado siempre la Divina Providencia, pero no de los excesivos trabajos y incomodidades que padecen visitando estos sus feligreses por tan largos distritos, como por los que están divididos, siendo para esto necesario andar como en perpétuo movimiento por cuestas y malos pasos, discurriendo perpétuamente a una y otra parte; ni es menor el trabajo que despues de todo esto se les recrece de la dificultad con que se disponen estos indios a recebir la fée, porque aunque son muy capaces y tienen muchas cosas muy conformes a la ley natural, como veremos mas adelante; con todo eso, su natural de suyo altivo y belicoso, se ha hecho tan inhumano y feroz con el ejercicio continuo de la guerra, que es menester doblada gracia del cielo para rendirle y sujetarle al yugo del Evanjelio, que la que han menester los indios de otras provincias que hay en este mesmo reino de Chile, como son los de Chiloé y otros, donde por estar libres del ruido de las armas, están como

una cera para recebir la ley que les predican; pero estos araucanos y demas indios fronterizos de la guerra, están tan encarnizados en el odio de unos contra otros, como lo muestran en las crueldades con que se vengan del enemigo cuando le han a las manos, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVI

Contiene la terribilidad de los indios de guerra y la crueldad con que matan a los principales que cojen en ella.

La terribilidad de estos indios de guerra y la fiereza de sus costumbres se podrá conjeturar de la inhumanidad y crueldad con que toman venganza unos de otros cuando se cautivan en la guerra, lo cual, porque se podrá entender mejor de las relaciones de los mesmos que lo han visto, pongo aquí dos capítulos de dos cartas que hallo en las ánuas de nuestros padres misioneros, y la primera dice así: «En una maloca cojieron los españoles un indio muy belicoso y capitan de fama. Luego le pidieron los amigos para beberle la sangre y hacer con él sus ceremonias, levantándole en las picas, porque con eso dicen se animan y toman esfuerzo contra los enemigos. Juntáronse mas de mil a dar la muerte a este pobre. Procuró el padre persuadirles no cometiesen aquel homicidio y que le concediesen aquel jentil para instruirle despacio en las cosas de Dios y baptizarle. Despues de muchos ruegos, se le concedieron, con condicion que fuese el padre a la junta y se los quitase, cuando ellos lo quisiesen levantar en las picas. Rogó el Padre al indio se baptizase, queriendo, primero, que oyese las cosas de Dios; no hubo remedio. Con eso le pusieron en la junta, y habiéndole preguntado y examinado de las cosas de su tierra y de los valientes dellas, y hecho con él otras muchas ceremonias, levantaron tan grande alarido, arrastrando las picas y mostrándose tan enojados que el Padre entendió iba de veras. Con todo, abrazando al indio, le sacó fuera de la junta y teniendo gran pavor y espanto, causó mucha risa a los indios, diciéndole. Padre, claro es que te habíamos de cumplir la palabra. En lugar del indio levantáron un perro negro, prosiguiendo en él la crueldad que habian de usar con el indio. Restituido éste al fuerte, murmuraron algunos del caso, teniendo por señal de rebelion no haber muerto los nuestros tan famoso capitan enemigo. Este

ruido llegó a oídos de los indios que habian dado la vida al cautivo; indignados del caso, se fueron al maestre de campo del reino y dándole sus quejas, le dicen les vuelva aquel indio de grado, porque si no, le quitarán por fuerza. Por obviar mayores daños, se hubo de condescender con su instancia. Al punto le sacaron de nuevo entre seis principales caciques, y arrastrando todos las lanzas, le llevaron a dar la muerte. Solicitaba el Padre su salvacion y aunque mas instaba, se le mostraba duro. Con todo, le declaró los principales misterios de nuestra santa fée, y estando ya a vista del lugar donde habia de morir, se volvió a uno de aquellos principales caciques y le dijo si eran verdad las cosas que aquel Padre le decia. Apoyólas éste mucho y exhortóle con ejemplos de otros principales a que recibiese la fée: con eso quiso que el Padre le instruyese despacio, y recebida el agua del santo baptismo y dando muestras ue tenerle el Señor en el libro de los escojidos, le rodearon los indios y hincándole las lanzas, le suspendieron en ellas, y sacándole el corazon palpitando, pasaron sus flechas por él, comiéndosele los principales a bocados y arrancando los huesos y cabeza del cuerpo, los repartieron entre los principales para revolver con ellos su chicha, comun bebida desta jente, levantando la cabeza en una asta, sin poder el padre obviar estas ceremonias jentílicas». Hasta aquí esta carta. En otra, que hallo en la ánua de treinta y seis, dice así el padre Diego Rosales, superior de la Residencia de Arauco: «He quedado con singular consuelo por la conversion de un indio de mucha suerte, llamado Huenchuguala, el cual, confio en Dios, que acabado de baptizar se fué al cielo, aunque le mataron nuestros indios tan cruelmente, que, para que vuestra reverencia vea cuan terribles son, contaré las ceremonias que tuvieron para matarle, como las ví por mis ojos. Hicieron mucho estrago en la tierra del enemigo, en esta última entrada que hicieron los soldados deste tercio y los indios amigos, y entre otros cautivos que cojieron, fué uno este Huenchuguala, que era indio de mucho valor y nombre, que aun cuando le cojieron, se tuvo con su lanza con treinta indios él solo, hasta que, como eran tantos, le rindieron. Luego que llegaron al cuartel, se le pidieron los indios amigos al maese de campo para matarle a su usanza, por ser indio de tanto valor y para hacer fiesta con su cabeza. Concedióseles y sacáronle con gran priesa y secreto, recatándose mucho de que lo supiésemos, por que no intercediésemos por él. Avisóme un soldado cómo llevaban aquel indio para matarle. Salí con la apresuracion que pedia un caso tan apretado para alcanzarlos, y alcanzélos cerca de donde se habia de hacer la carnicería. Pedíles que siquiera me le dejasen hablar un rato para convertirle a nuestra santa fée y que muriese cristiano. Concedióronmelo y hablóle; mas él estaba tan terco, viendo que habia de mórir, que no habia remedio de reducirse. Como veian esto los indios, que ya estaban aguardando con todos sus instrumentos, daban priesa que se le diese; mas, yo les rogaba que aguardasen un poco, y porfiaba con el indio que se hiciese cristiano, hasta que su Divina Majestad fué servido de darle luz para que conociese su bien, e instruido lo mejor que la priesa dió lugar, le baptizé; llevároníe luego a donde todos los indios de la tierra con sus lanzas y flechas hechos un cerco le estaba esperando. Estaban en medio

los toquis de los caciques, que son unas hachas, insignias de los mas principales; sentáronle junto a los toquis, vuelto el rostro a su tierra, y diéronle un gran manojo de palitos para que fuese contando los valientes de su tierra; y otro palo mayor para que hiciese un hoyo para irlos enterrando, que esta es la primera ceremonia que usan, que va nombrando todos los mas valientes de la tierra del enemigo, y a cada uno que nombra, echa un palito de aquellos en el hoyo, dando a entender que los han de vencer y enterrar a todos; y últimamente se nombra a sí mismo, con que da muestra de que él tambien entra en el número de los valientes. Al punto que se nombra, llueven lanzas sobre él y le levantan con ellas del suelo, o con una grande porra le abren la cabeza, y en un pensamiento se la cortan y la clavan en una pica y cantan victoria con ella. Así lo hicieron con este pobre, cantando unas canciones tristes que tienen para semejante propósito. Luego que le dieron con la porra, viera vuestra reverencia una carnicería terrible: unos a cortarle la cabeza, otros a sacarle el corazon; y otros a cortarle una pierna, para hacer de la canilla una flauta, descarnándola y abriéndola los agujeros en un momento. Andaban al rededor de la rueda desnudos hasta la cintura, otros con sus lanzas dando vueltas muy curiosas y echando retos a los enemigos. Y de cuando en cuando todos los de la rueda a una daban una voz, vibraban las lanzas, topando las unas con las otras, y con los piés daban a una jentiles golpes en la tierra que la hacian temblar (y esto hacen siempre cuando quieren pelear para despedir el miedo de sus ánimos). Dividen el corazon entre todos los caciques y capitanes, y unos se le comen corriendo sangre y palpitando, y otros untan con la sangre las flechas y los toquis que están clavados en el suelo, y van dando vueltas al derredor los caciques, untando sus toquis y soplando hácia la tierra del enemigo, y luego clavan en los pedazos del corazon las saetas y vuelven a cantar, tocando la flauta de la canilla y levantando en un palo la cabeza en medio de los cantores. Cojen tras esto el cuerpo y arrastrándole del un pié, le echan fuera de la rueda hácia la tierra del enemigo, dejando abierta una calle, por donde van y vienen los indios armados, jugando las lanzas, haciendo como que acometen al enemigo, y echando los demas el miedo fuera, como que quieren acometer, hacen estremecerse la tierra. La última ceremonia fué traer un carnero negro y cortarle la cabeza y ponérsela al cuerpo del difunto en lugar de la suya, y con esto se fueron dejando trazada la fiesta principal, para de allí a un mes, que es hacer una borrachera en que se juntan todos a beber chicha y a bailar; y el que hace la fiesta hace de la cabeza del difunto, pelando el casco, un vaso en que beben los mas principales, convidándose y brindándose unos a otros. Hacen tambien de las quijadas, cosidas en un pellejo de zorra, un apretador o tocado para la cabeza, que es una grande gala; y con la flauta de la canilla tocan para bailar, y estas tres piezas, la flauta, las quijadas y el vaso, hecho del casco, las guardan para todas las fiestas, y el que las lleva a su casa, entiende que lleva una cosa de grande estima, y así estas preseas se reparten entre los mas principales.

Yo estimé en mucho mas que acabando de hacer aquella carnicería tan cruel, me dejasen llevar a enterrar el cuerpo a la iglesia, así por dar la

debida sepultura y honra a aquel cuerpo, cuya alma, a lo que se debe creer, estaba ya gozando de Dios, como porque él me lo pidió, acabándole de baptizar, cuando ya le llevaban al sacrificio, que se acordó de pedirme le enterrase su cuerpo, porque cuando estaba mas pertinaz en no quererse baptizar, lo que mas le movió, ayudado de la divina gracia, fué decirle que si no se hacia cristiano, en muriendo, echarian su cuerpo en un muladar, para que los pájaros y los perros se le comiesen; mas que si recebia nuestra santa fée, yo le enterraria en la iglesia; y háceles tanta fuerza a estos indios esta promesa si se baptizan, y que si nó los echaran a los perros, que lo que no pueden otras razones divinas, lo alcanza Dios por aquesta humana. Esto mismo le aconteció al padre Pedro Torrellas, que no há mucho que catequizando a un indio que querian ajusticiar porque se habia ido al enemigo, por mas razones sobrenaturales que le propuso, siempre le halló cerradas las puertas a la luz divina. Tomó várias trazas, hizo que otros le hablasen por ver si le podian convencer, porque no se perdiese aquella alma y nada bastó; hizo venir a la cárcel a una señora que sabia tambien la lengua muy bien, para que le persuadiese que se baptizase, y ese fué el medio eficaz que Dios tenia escojido para convencerle, porque solo con decirle que si nó se baptizaba, echarian su cuerpo a los perros, y si se baptizaba le enterrarian, le convenció de suerte que luego pidió el agua del santo baptismo; y despues de bien instruido, le baptizó el padre y murió una muerte que dejó muy gozosos a los que habian sido instrumentos de su salvacion y a su cuerpo se le dió muy honrosa sepultura, por cumplir lo que se le habia prometido y para edificacion de los demas indios, que aunque bárbaros, no deja de edificarlos la piedad cristiana». Hasta aquí esta carta, en la cual (prosigue la ánua) «no ménos se muestra la fiereza de aquestos indios, que la constancia de los padres en acudirles; mas, esta crueldad, que usaron con este indio, es muy ordinaria en la tierra del enemigo, cuando cojen algun cautivo de consideracion, en quien vengan la rabia que tienen con los españoles y con nuestros amigos; y así éstos se pagan en lo mismo, pero no tan contínuamente, por irles a la mano los padres, ya rogándoles a ellos que los perdonen y sean piadosos, ya pidiendo a los maeses de campo no les consientan ser tan inhumanos. Y es fuerza permitírselo alguna vez, porque no se les puede a estos indios ir tan a la mano, ni correjir sus vicios con el rigor que a los de el Perú y de otras naciones, así por ser sin comparacion mas altivos, como por estar de guerra y ser fronterizos.»

Hasta aquí las ánuas, por las cuales y por otras relaciones que se verán adelante, consta bien claro la terribilidad de esta jente, miéntras la divina gracia no entra de por medio a morijerarla y hacerla mas tratable y humana. Esta es la jente con que han lidiado y lidian nuestros misioneros, y estos los trabajos y las dificultades que han de tragar los que quisieren asentar plaza de ministros evanjélicos en este campo, en que he constituido la cuarta clase de nuestros ministerios en el reino de Chile, como se ha apuntado en el capítulo pasado; pero porque las cosas dichas mas en particular, hacen formar mejor concepto de lo que se pretende, pondré aquí todo lo que hace al propósito y hallo escrito de estas glo-

riosísimas misiones en las ánuas que tengo citadas arriba, lo cual también servirá para confirmacion de muchas cosas que quedan dichas arriba, así del valor de estos indios como de sus costumbres, porque los que las escriben, son testigos de vista y mayores de toda escepcion, y así lo referiré todo con sus mesmas palabras y serán la materia de los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XVII

Refiere lo que tocan las ánuas de estas misiones.

Lo mas particular que hallo en las ánuas acerca de estas misiones, son cuatro cosas. La primera, los grandes trabajos y incomodidades de los caminos; la segunda, los manifiestos peligros del cautiverio o de la vida; la tercera, el fruto que se hace con los indios por la gran mudanza que ha obrado Dios en sus corazones, convirtiéndolos la divina gracia de lobos en corderos y de fieras en hombres; y la cuarta, algunos ejemplos y casos de edificacion. Todo esto se tocará en este capítulo y en los siguientes. Y en cuanto a lo primero, la particular causa de las incomodidades y trabajos de los caminos (fuera de las comunes, de ser los ivierños muy lluviosos y empantanarse por esto la tierra y crecer mucho los rios, las cuestas y asperezas de los montes, de que está llena toda aquella tierra) es el ser esta jente de guerra y vivir por esto en las partes y sitios mas inaccesibles, por estar mas seguros y defendidos del enemigo. Habla de estos lugares la ánua de treinta y tres, diciendo: «Están poblados estos indios en quebradas asperísimas, cercadas de pantanos y montañas, en cerros altos, difíciles de penetrar, con laderas, despeñaderos y todas cuantas dificultades de la naturaleza pueden hallar para estar mas incontrastables y libres del enemigo». Luego añade un capítulo de una carta de un Padre misionero, que esplica bien todo esto y dice así: «Por estar tan divididos como están estos indios, parte cristianos, parte jentiles (siendo fuerza acudirles y fomentar sus buenos deseos) andamos con mucho gusto por quebradas y montañas asperísimas, peligros, caminos ásperos, que para sacarlos dellos a que juntos en algun número oigan la doctrina, es menester andar de cerro en cerro, por caminos muy agrios y a peligro siempre de dar en manos de los indios enemigos, que emboscados saltean en los caminos, llevando de ordinario ofrecida la vida en sacrificio por ayudar estas desamparadas almas, que lo están de todo

remedio espiritual, si los hijos de la Compañía no les acudiesen. Hemos andado por todas las reducciones de Lavapié muy despacio, haciendo la doctrina y baptizando muchos niños, pasando muchos trabajos por tantos cerros, montañas, barrancos y despeñaderos, lloviendo sin cesar y pasando rios peligrosísimos, donde en uno dellos cayó mi compañero y estuvo ya para ahogarse; mas, el Señor, que le queria probar y guardar para mayores trabajos, lo hizo en esta ocasion. Salió el buen Padre con su boca de risa, dando gracias a Dios; y el alivio que tuvo despues de salir muy bien mojado, fué un aire frio que le penetraba, y sin poderse evadir dél, ni mudar las vestiduras, todas empapadas en agua, se estuvo a la boca de un rio, que no podíamos vadear, de que no le sobrevino poco riesgo de la vida; pero entre todos estos trabajos es mayor el consuelo que Nuestro Señor reparte con sus indignos siervos, que lo que ellos pasan, viendo que lo que mucho vale, cuesta mucho, y que pues las almas le costaron a Cristo Nuestro Señor tanto mas, no es mucho les cuesten a sus ministros tanto ménos, y lo principal que nos alienta es el ver se comienzan a lograr nuestros trabajos, como tengo dicho». Hasta aquí el capítulo de la carta del Padre. A este modo suceden cada dia a estos buenos padres muchos casos, en que han menester bien ejercitar la paciencia y sufrimiento, lo cual fuera imposible si no lo allanara el amor de Nuestro Señor y el celo de las almas. Esto en cuanto a los trabajos y dificultades de los caminos. Lo que toca a los peligros de la vida, se podrá entender de lo que la ánua de veinte refiere acerca de esto, trayendo en confirmacion lo que un Padre cuenta de sí en una carta que escribió a su provincial, y dice así:

«El peligro que los nuestros tienen cuando van a las confesiones, de ser cautivos o perder la vida a manos del enemigo es muy grande, y mas estos últimos años, que andan los indios muy orgullosos por várias victorias que han alcanzado de los españoles. Confesaron una vez unos indios principales de guerra, que con salvo condulo vinieron a tratar rescates de cautivos, que podian muy fácilmente haber habido a las manos a los padres que andaban en mision, y por lástima y compasion dejádolos *ir libres*. Mas, como no todos tienen un corazon, sucedió una vez que caminando uno de los nuestros, gran lenguaraz, por ser nacido en esta tierra, con algunos soldados de escolta, por unos altos montes, para hacer algunos baptismos, se le descubrió una emboscada de muchos indios enemigos, todos a guisa de guerra; cortáronle el paso y hallándose cercado por todas partes, solo vió a un lado un despeñadero de mas de treinta y cinco picas en alto, el cual no guardó el enemigo por tener seguro no podérseles escápar la presa por allí. Cerrando, pues, el enemigo con el Padre y con los que le acompañaban, el Padre, solo fiado en Dios, pidiéndole socorro por intercesion de Nuestro Santo Padre Ignacio, se dejó rodar con el caballo por aquel despeñadero, teniendo *por mas cierto* haber de perder la vida luego a manos del enemigo, sin ser, *in odium fidei*, porque en aquella ocasion solo venian como jente de guerra, y con su divina ayuda se halló allá abajo salvo y sin lesion, arrojándose luego a un espeso monte. De los compañeros y escolta que el Padre llevaba, perecieron dos sin poderlos socórrer. Muchas otras veces les ha

sido fuerza a los padres arrojarse a los espesos montes, comun refujio desta tierra, durmiendo en árboles, así por los grandes pantanos, como por la seguridad de sus vidas, trayéndolas siempre al tablero, como de lo que acabado de contar se echa de ver y mucho mas de lo que diré.

«Este año de 30 vino una junta de mas de tres mil indios a pelear con nuestro campo de Arauco, y para provocarlos y sacarlos de sus albarradas, enviaron cuatrocientos corredores, quedando en una reduccion, quitaron la vida, cautivaron e hirieron a muchos, tocando vivamente arma y pidiendo confesion los heridos y peligrosos fué todo uno, y así le fué fuerza al padre para ir seguro, acompañar el campo y de camino confesar los heridos. Marchando en forma toparon en el camino rastros del estrago que el enemigo habia hecho, arrojadas muchas cabezas de caciques principales y heridos muchos mas, sin poderlo remediar, pasaron adelante en su busca. Diéronle vista acabado de subir un repecho, mostráronse a los nuestros como dos mil indios, quedando los otros mil emboscados. Fuéle fuerza a nuestro campo ordenar sus escuadrones ántes de llegar la retaguardia, porque los indios embestian con gran coraje y tan buen órden que en breve tuvieron la victoria por suya. Llegaba en este tiempo el maese de campo del tercio con su retaguardia, con la cual cerró tambien el enemigo, quitando la vida al dicho maese de campo y a algunos capitanes de cuenta y mas de cuarenta españoles y un tercio de indios amigos. Muchos se arrojaron al monte de los indios amigos. Mas dejando esto para que se vea lo que el padre hizo en esta ocasion, referiré aquí sus formales palabras. «El maese de campo del reino don Alonso de Figueroa, esforzado caballero cordoves, mal herido ya, se escapó con los que pudo de a caballo a guarecerse en un estrecho paso, con que toda la fuerza de la batalla se volvió contra la infantería, esforzándose el enemigo con la emboscada, que salió muy a tiempo. Aquí morian unos, rompian la cabeza a otros, no teniendo con que resistir a la fuerte arma de las macanas, que son a modo de muy grandes porras calzadas de hierro con clavos y en unas largas astas, aturdiendo a los que alcanzaban. Mas, ¿preguntárame vuestra reverencia donde estada yo en este tiempo? Respondo que en medio de estos peligros, animando a los que estaban en pié, confesando a los mal heridos y socorriendo a los necesitados de remedio espiritual, y quiso la Majestad Divina por su sola bondad, no mirando mi indignidad, que casi confesase a todos los que no acababan luego a los primeros lances y heridas, andando a pié de un cabo a otro, cosa que parecerá milagrosa y por tal la tengo, porque al primer encuentro, cuando con su furia el enemigo rompió la caballería, hallándome yo en medio della, cercado la persona del maese de campo jeneral, herido mi caballo y teñido en sangre, le puse piernas para acojerme con otros a un puesto seguro, en tiempo que seis de los mas esforzados enemigos me cojieron el paso, cerrando conmigo. Quise revolver el caballo y para mayor dicha, se me empacó. Entónces uno de los enemigos me agarró del freno, dando a mi caballo una gran sofrenada: él se empinó y descargó sobre el indio con tanta furia las manos, que entendí le habia partido la cabeza. Viéndome sin remedio, me arrojé por las lan-

zas, teniendo tragada la muerte o por lo ménos el cautiverio. Entónces en voz alta les dije *Monge chi peñi ema*, dejadme con vida, hijos mios. Fué mi dicha el no dejarla aquí, que uno de los seis era aleman, mestizo de Santiago y criollo, (éste se habia ido al enemigo y a su peticion vino esta junta y es de advertir que por mi intercesion escapó de la horca en Arauco.) Mandóles que no me matasen porque era el padre que en sus peligros los amparaba y favorecia. Dejáronme, pues, a pié y bien temeroso, y así con lijereza me acojí a unos *matorrales* cercanos, mas allí andaban tan vivas las lanzadas que me arrojé por medio de la infantería enemiga, la cual victoriosa quitaba la vida a muchos de los nuestros. Aquí me daban voces pidiendo confesion: no supe que hacerme hasta que con impulso del cielo me hinqué de rodillas, sacrificando mi vida por socorrer a aquellos pobres y desamparados que tan a peligro tenian su salvacion. Al punto me hallé sin temor ni miedo alguno, y comencé a socorrer a los que me pedian confesion y a los que de nuevo caian: corria volando, diciéndoles, Jesus, hermanos, hágame señas para que le absuelva, y talvez oyéndome el enemigo, revolvió sobre mí, y pensando me venia a lancear, me retiré a un paso, e hincado de rodillas esperé la muerte; mas, el enemigo enderezaba al español por entender tenia todavía vida, y así me quedé yo libre. Mas de ocho veces me hinqué de rodillas, teniendo en varios trances tragada la muerte, mas aquel Señor por cuyo amor desprecié la vida, me guardó en medio de tan grande peligro y de tres mil enemigos. En primer lugar lo atribuyo a su divina clemencia, y en segundo, al gran respeto que aun los mismos indios jentiles y de guerra tienen a los de la Compañía. Fué, mi padre, dia de juicio, porque despues de haberse confesado mas de cien hombres heridos, recojidos los que pudieron (y no habian gozado de la seguridad de un espeso monte, donde se acojieron algunos) a un estrecho paso donde no les pudo romper el enemigo, en dos o tres asaltos, tocando su corneta a recojer, quedaron los españoles con la muerte tan a los ojos que, haciéndoles yo un breve razonamiento, se compunjieron de modo que sin quedar ninguno se confesaron, siendo el primero el maese de campo del reino, bien herido y desangrado. Así esperaron al enemigo tres horas largas, estándose los campos a vista, sin permitir Dios acometiesen, que, a hacerlo, murieran todos por estar ya sin municion alguna, y los soldados muy desfallecidos.» Hasta aquí son palabras del padre y es de advertir que su esfuerzo fué bien conocido ser del cielo, pues la otra vez pasada, siendo el mismo, con ménos peligros y ménos enemigos, se arrojó por el monte abajo.

«Este mismo padre se ha visto en otros muchos trances. Caminando una vez a boca de noche por unos montes altos, infestados del enemigo y por eso peligrosos, (llevaba la escolta de soldados acostumbrada,) oyó dar unas lastimosas voces en una de aquellas quebradas, y entendiendo todos ser enemigos que degollaban alguno de los nuestros, la escolta de soldados se echó al monte: animándose pues el padre y sosegándose, oyó invocar el dulce nombre de Jesus, llegóse y halló dos indios de paz que tenian manjatada una india para degollar, porque decian que vivia sueltamente. Reprehendióles su locura, corrijió la india, quitóla del peligro y a todos dispuso para que se confesasen. Al mismo sucedió otra cosa en que tuvo no pequeño peligro.» Hasta aquí la ánua.

CAPÍTULO XVIII

De la gran mudanza que los indios araucanos han hecho desde el año de 27, abrazando las cosas de la fée, a que tantos años habian resistido.

La resistencia que los indios araucanos han hecho a la profesion de cristianos y la suma dificultad con que se persuadian a dejar sus costumbres jentílicas y abrasar las de nuestra católica relijion, lo muestra claramente el poco fruto que con ellos se habia hecho tantos años como habian porfiado con ellos nuestros padres misioneros, sin poder acabar con ellos que dejasen sus vicios y depravadas costumbres, y se convirtiesen de voluntad a Dios, sino algunos *in artículo mortis*, y los niños que se baptizaban y morian; pero desde el año de 27 a 28, les tocó Dios los corazones, de manera que han admirado a los que ántes los conocian. Lo uno y lo otro lo verá el letor por las relaciones de las ánuas de treinta y cuatro y treinta y seis que refiero en este capítulo. Hablando de este punto la de treinta, dice así: «Estos indios no tienen observancia de cristianos. Sus fiestas son borracheras que tienen muy frecuentemente; están obstinados en sus vicios, cometen otros muchos pecados; viven con muchas mujeres; cuando mueren entierran sus cuerpos en el campo, poniéndoles sus vestidos y camarico de comida y bebida al rito jentílico. Cuando están enfermos no nos llaman y si los buscamos se ocultan; no nos piden baptímos: finalmente, en todo viven como jentiles aucaes. Esto pasaba pocos años há, mas ya de tres a esta parte se ha esperimentado en todos ellos notable demudanza, trocándose de lobos en corderos, deseando entrañablemente cumplir con las obligaciones de cristianos, cosa que ha puesto en muy grande admiracion a los padres y a todos los que han tratado y comunicado con esta jente, porque salen con notable cuidado a oir la doctrina y cosas de Dios, teniendo por mucha dicha les bapticemos sus hijos, visitándoles a menudo los nuestros, edificándoles iglesias y

tratándoles como hijos de bendicion. Háse atribuido tan estraordinaria mudanza a la intercesion del padre Mateo Estéban, de la provincia de Aragon, que habrá cuatro años falleció en aquellas misiones, obrero zelosísimo e incansable de la Compañía, y que acudia con notable vijilancia a socorrer el desamparo espiritual de estos pobres, venciendo con sus infatigables trabajos su obstinacion y ahora desde el cielo mas eficazmente con su santa intercesion. Así me lo escriben los padres de aquellas misiones, pero porque todo lo que hasta aquí se ha dicho se entenderá mejor descendiendo a cosas y casos particulares, los diré, refiriendo algo de lo mucho que me escriben aquellos padres misioneros. Mas, háceles endulzorado el trabajo diciendo que tenian, con ver ya muy trocados aquellos bárbaros, los cuales ántes contradecian tan apretadamente sus baptimos y ofrecer sus hijos para lo mismo, que les ponia en contiinjencia el obedecer a su Rey y señor, y se querian levantar por solo que se lo tratasen, siendo de natural indómito; mas la perseverancia de los padres los ha reducido de manera que ya ofrecen liberalísimamente sus hijos para que reciban las saludables aguas del baptimo. Y lo que todos los que han cultivado esta jente rebelde instantemente pedian a Nuestro Señor y persuadian a estos pobres que hiciesen en sus parcialidades iglesias, para que en ellas cómodamente se pudiese predicar la palabra divina y enseñar el camino del cielo, ya se ve efectuado. Al principio, cuando se inclinaban algunos a condecender con nuestros ruegos, un cacique llamado Yaguen de los de la regua y parcialidad de Lavapié, estando en una junta se levantó y dijo: Veamos quien se atreve a dar principio a estas iglesias de que hablais, con que atemorizó y retrajo a los demas de poner mano en ellas. Mas, la mano de Dios, que invisiblemente mueve esta obra, mudó la voluntad deste cacique y en breve, trocando su dañado intento, volvió la hoja y en sus ayuntamientos persuadió a los demas caciques, capitanes y parcialidades hiciesen las iglesias que les pedian los padres, a que se allegó la cooperacion del famoso Catumalo, que de rebelde y terco se ha hecho fiscal, convocando la jente a que oiga la divina palabra y reciba la evanjélica ley. En la reduccion de Carampangui ha fomentado este intento el famoso don Juan Ygñaipil, nuestro aficionado y protector de las cosas de la ley evanjélica. Con esto, los demas caciques han ofrecido sitio acomodado y prometen, ántes que las aguas del ivierno los impidan, de tener levantadas ocho o diez iglesias, y cierto me fué de gran consuelo cuando estos dias atras visité la Residencia de Arauco, ver que luego que llegué vinieron a nuestra casa ocho o diez parcialidades o reguas, con sus caciques y capitanes y muchos indios, cargados de sus presentes, sin que desto se eximiese ninguna regua, y me hicieron sus razonamientos, ofreciéndome hacer las iglesias, y que lo tenian al presente muy en el corazon: yo se lo agradecí mucho y de mi parte ofrecí el ayudarles con el señor presidente y maese de campo, el cual nos ayuda y fomenta nuestro intento mas que otro alguno.»

Hasta aquí la ánua de treinta y cuatro. Hablando la de treinta y seis de este mesmo punto, dice así: «Lo principal en que los padres han puesto su cuidado estos dos años, ha sido en solicitar que los indios

hagan iglesias en sus reducciones, como lo habian prometido, y por las várias ocupaciones que trae la guerra, no lo habian podido cumplir; aunque lo deseaban; mas ya, la gloria a Dios, están seis acabadas y comenzada otra, todas en diferentes reducciones y acomodadas al número de jente que se halla en ellas. No han faltado para esta obra sus contradicciones, con que se confirma ser obra de Dios, pues todas las que lo son, las tienen, porque muchos venian desconsolados a los padres a quejarse de que les querian mal los suyos porque solicitaban la fábrica de sus iglesias, y despues de acabadas las primeras en Lavapié y en Toupen, los indios de Arauco les daban en rostro porque consentian que las indias fuesen a la iglesia, y habian sido los que habian dado principio a esta novedad. Todo esto nacia de un indio llamado Catumalo, que es el mas principal, el mas famoso y el que tiene mayor nombre en la guerra, por lo cual todos le temen, por ser como cabeza de los demas, y todos lo reverencian en lugar de su gobernador, y así temian los demas hacer cosa que él o no la comenzase o no la apoyase con su aprobacion. Conociendo esto los padres, pusieron toda solicitud en ganarlo a él particularmente la voluntad y animarle a que hiciese iglesia en su reduccion, porque todos estaban aguardando a ver lo que él hacia para seguir en todo su parecer. Tuvo muy buen efecto esta resolucion de los padres, y vióse claro que aquel cacique era de quien dependia el bien o mal de toda aquella jente, porque al punto que hizo su iglesia y la fiesta de su dedicacion, los demas trataron a porfía de hacer lo mismo, celebrando sus fiestas con el aplauso y regocijo que despues se verá.

«Han mostrado en esto el cordial amor que tienen a los padres que les acuden, haciendo a sus ruegos las iglesias que no habian tenido efecto tantos años há, y han dado a entender la confianza que hacen de los de la Compañía y la estima de su modo de proceder, juntado con las obras lo que les predican con las palabras, con que han desengañádose estos indios de los vários temores que los combatian, los cuales descubrieron bien el cacique mas principal de Lavapié y Catumalo, cada uno en un razonamiento que hizo a los suyos cuando en sus iglesias se celebró la primera fiesta, porque, entre otras, les dijeron estas razones. «Bien sabeis cómo los caciques, nuestros antepasados, Levipangé, Lenguallen y otros nos ponian grandes miedos y nos retraian del trato de los padres, persuadiéndonos que las iglesias eran para quitarnos nuestras hijas y nuestras mujeres, y que ellos y los españoles nos habian de hacer trabajar de dia y de noche y nos habian de traer hambrientos y desnudos y hacernos otros muchos agravios, que decian nos habian de hacer. Todo lo cual bien veis por esperiencia cuán grande engaño ha sido, pues ni estos buenos padres nos quitan nuestros hijos ni nuestras mujeres, ni nos hacen agravio, ni ofensa alguna; ántes bien nos ayudan y favorecen en cuanto pueden, regalando y enseñando a todos nuestros hijos, y los españoles ya veis que nos ayudan a defender nuestras tierras, arresgando sus vidas por nosotros, y así pues veis cuán al contrario pasa de lo que los antiguos nos pronosticaban, perded los temores, demos gusto a los padres y a los españoles en esto que nos piden, edifiquemos iglesias en nuestras tierras y acudamos a oir misa, a rezar y a todo lo demas

que los padres nos enseñan, pues se endereza todo para nuestro bien.» A este modo fué prosiguiendo el uno y otro cacique su parlamento, y en sus razones se ven con evidencia los temores que el demonio, por medio de sus antepasados, les había puesto. Todo esto lo confirma suficientemente la carta que queda referida en el capítulo II del libro VII, en que el padre Diego Rosales, actual superior de las misiones de Arauco, escribe al padre Luis de Valdivia, de buena memoria, el estado presente de aquella nueva cristiandad; y con esto paso a tratar el último punto, que toca al fruto de estas misiones, como lo dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIX

Del fruto que se ha hecho y hace en estas misiones.—Refiérense algunos casos de edificacion.

Dió principio al fruto de estas misiones el padre Luis de Valdivia, comenzando a baptizar los indios cuando entabló estas misiones, trabajando tanto en esto, como consta de la ánua diez y nueve, por estas palabras: «El principal cuidado se pone en doctrinar a los indios, y para que se entienda la necesidad que dello tienen, se ha de presuponer que todos estos indios amigos del estado de Arauco y los demas que están reducidos en la raya de la guerra, eran infieles y repugnaban mucho hacerse cristianos, hasta que, muerto el gobernador Alonso de Rivera y quedando en el ínterin que venia otro gobernador las cosas de la guerra y de la paz (conforme a las cédulas reales) casi todas en manos del padre Luis de Valdivia; él usó desta mano y la quiso emplear casi toda para el bien espiritual de aquellos indios infieles, juntando el brazo real con la lengua y enerjía que Nuestro Señor le ha dado para persuadir y con la gracia que tiene ganada con los indios. Hizo una visita jeneral de todos ellos, habrá año y medio, en que fué baptizando a los mas, precediendo primero el catecismo suficiente, pero breve, conforme daba lugar la priesa con que iba visitando y los negocios que tenia que hacer. Dias hubo en que él y sus compañeros baptizaban tantos indios, trabajando en esto desde la mañana a la noche, que quedaban tan cansados que cuando acababan, ya no podian alzar los brazos.»

Hasta aquí la ánua. Desde entónces hasta ahora pocos años, ya se ha visto el poco fruto que se hacia con los indios de guerra. Del que se ha hecho y hace despues acá, tambien se ha dicho lo que basta para colejir todo lo demas que se puede decir; y así, concluyo esta cuarta clase refiriendo algunos casos de edificacion que pertenecen a estos ministerios de estas misiones, los cuales se referirán como los hallo escritos en las ánuas, que dicen así:

«1. A una india, estando apretada de un accidente, la persuadió un Padre se confesase, que luego se hallaria libre de aquel accidente y recibiria la salud del alma; así lo hizo, y estando ya buena, la cautivaron los indios de guerra, sus enemigos, y queriéndose aprovechar della, segun su bárbara costumbre, resistió valientemente por guardar los buenos consejos que del Padre habia oído, queriendo ántes perder la vida que la castidad; mas, con la poca salud, resistencia y trabajo del cautiverio, se le agravó la enfermedad de modo que la puso en las puertas de la muerte, y estando ya cercana a ella, llamó a una india ladina, que tambien estaba cautiva, y la dijo que por premio de haber resistido a aquel bárbaro, la Vírjen Santísima se le habia aparecido con el niño Jesus en sus brazos, con que la habia consolado mucho y que con ese consuelo moria muy contenta; y así sucedió en breve, como lo refirió despues la india ladina.

«2. Estaba otra india muy agravada de una récia enfermedad, en tiempo que le sobrevinieron los dolores del parto. Con la flaqueza, sin poderse ayudar, se le quedó atravesada la criatura, teniendola todos por muerta; mas, deseando que por lo ménos no peligrasen en el alma madre e hijo, se confesó la madre y tuvieron modo cómo dar el agua del santo baptismo en la parte que el hijo descubria, enseñáronles cómo le habian de baptizar, y otro dia preguntando el Padre que si habia fallecido la enferma, le dijeron que estaba penando y que presto madre e hijo moririan. Aguardaba este apretado trance nuestro santo padre Ignacio para mostrar la eficacia de su intercesion, porque haciendo llevar el Padre una reliquia del santo, hizo que, puesta al cuello de la agonizante, todos invocasen en alta voz el ausilio del santo: así se hizo y al punto la criatura se levantó y ordenó de modo que, sin angustia de la madre, vió la luz corporal, y la madre despertó del pesado sueño de la muerte en que ya pensaban todos estaba.

«En el empleo que la Compañía tiene con el tercio de quinientos españoles, se ha esperimentado ogaño muy gran fruto, desterrando el abuso de juramentos, componiendo muchos discordes, haciendo den de mano a amistades envejecidas de amancebamientos, y que muchos hiciesen confesiones jenerales por haberlas hecho anuales, con paliacion de pecados y sin la justa y necesaria preparacion.

«3. Entre todos vino uno con señales de verdadera contricion, y arrojado a los piés de uno de los nuestros, le dijo venia a hacer una buena confesion por haber callado muchos años sus pecados haciendo confesiones sacrílegas, y que a hacer esto le movia que la noche ántes se le apareció el glorioso San Francisco y mirándole con rostro muy severo, le dijo: «¿Cómo, siendo de mi nombre, vives tan desalmadamente que ha tantos años no te confiesas bien, encubriendo tus pecados y estando tantos años ha en desgracia de Dios?» Y con esto se confesó, dando muestras de ser verdadera la contricion.

«4. En el mismo tercio estaba una persona de puesto, señalada no solo en él, mas en la vida licenciosa y perdida, que sobresalia en la demas de la soldadesca, que suele tener esto por gala. A éste procuraron los nuestros apartar de los juramentos, blasfemias y juego demasiado (fomento

de su distraimiento). No pudieron, y al presente no solo se redujo a enmendar sus desatinos y asentarse en la congregacion, mas, es el fiscal de los que a ella faltan, corrije juegos, blasfemias y juramentos. A esto le trujo un suceso bien singular, que estando jugando le aconteció. Por una sota perdió continuadas algunas suertes, de lo cual, impaciente, tomó la sota en la mano, y la dijo: «¿Hasta cuándo me has de perseguir? Juro, voto a Cristo. Oh! ¿no viniera aquí algun demonio que te me arrebatara de las manos?» No fué tardo ni sordo el invocado, porque al punto, estando sereno el tiempo, vino un furioso remolino que le arrebató la sota y no pareció mas, dejando a los compañeros temerosos y a él con el remordimiento de conciencia que le trujo al bien y provecho de su alma.

«5. Una mujer vino a confesarse con uno de los nuestros; habia cuatro años que no lo hacia, y al comenzar la confesion, se comenzó a cubrir de un sudor mortal, de modo que pensaba el Padre se le desmayaba o moria, segun mostraba el semblante; al cabo de rato volvió en sí, pronunciando el dulce nombre de Jesus, y le dijo: «¡Ah, Padre! ¡Qué tormento he pasado porque el demonio con un nudo me apretaba de modo la garganta que aun pronunciar el nombre de Jesus no me dejaba, temeroso, sin falta, que yo abriese mi pecho y descubriese la llaga que mi alma tenia; ya con la divina gracia vencí con este santo nombre y deseo hacer una confesion a satisfaccion de mi conciencia», y prosiguiendo, la hizo muy cumplida.

«6. En este tercio, que tiene por nombre de San Felipe, vivia un hombre muy desalmado, jurador y jugador en estremo, inventando nuevos modos de juramentos que hacian temblar las carnes a los mas desbaratados soldados; y aun afirman personas de todo crédito, tenia pacto con el demonio. Hacia doce años que ni él ni una mestiza con quien estaba amancebado, oian misa, porque la desvergüenza con que estaba con ella, era muy notoria. En una enfermedad que tuvo, le persuadia uno de los nuestros refrenase su desordenada vida; propúsole para conseguirlo las eternas penas que le estaban aparejadas, pero por mas que en esto se fatigó, no consiguió lo que deseaba. Un dia, despues de haber convalecido este hombre, desaforado, se salió con su mestiza a un rio y sobre siesta se recostaron a dormirla, y despertando primero ella, se halló cubierta de culebras, y a su consorte de la mesma manera, y una mayor que las demas que le ceñia el cuello. Atónita, comenzó a dar voces, a las cuales el hombre despertó y la sosegó con decirla que aquel lugar abundaba de semejantes sabandijas, y que de aquello no se espantase, que dentro de tres dias veria cosas muy mayores. Al cabo de los cuales le vieron salir del cuartel las postas y que enderezando para un lugar apartado se le ponian a los lados dos fieros hombres con sus capotones rebosados, a quienes ni conocieron ni dieron alcance juzgando podrian ser personas que de léjos no conociesen. Apartáronse del hombre y no los vieron mas ni al desalmado, que, entregándose al demonio, en tres dias no le descubrieron, hasta que al cuarto le hallaron ahorcado, atadas las manos por no favorecerse dellas. Hízose informacion del caso por el gobernador del tercio, que era el sarjento mayor del reino, y hallando ser verdad lo di-

cho, hizo quemar públicamente su ropa, matar todos sus caballos, echar el cuerpo a los perros, y a la mestiza que saliese desterrada del tercio y que pena de doscientos azotes no volviese a él.

«7. Un indio de gran nombre por el esfuerzo militar, y se llamaba Yona, era gran amigo y agasajador de españoles y a nosotros nos regalaba y queria mucho, y cuando en retorno le procurábamos atraer al conocimiento verdadero del santo Evanjelio y de su salvacion, decia «no os dé pena, padres, que por mas peligros que me sobrevengan, tengo de morir cristiano». Así lo dispuso Nuestro Señor, porque dándole la última enfermedad de que falleció, envió a llamar con priesa uno de los padres y le dijo: «ya se ha llegado el tiempo que dije y no temo ya perder el nombre de mi tierra, aunque mas me afrenten mis compañeros. Enséñame y baptízame». Comenzó el padre, y repitiéndole algo de lo que le habia enseñado, decia: «ya sé eso bien, pasa adelante y baptízame presto», dándole mucha priesa, porque barruntaba la que la muerte le daba, pues apénas acabó de recebir el agua del santo baptismo, cuando murió con ciertas prendas de su predestinacion.

«8. Otro indio, llamado Catuban, natural de la Imperial, que dos veces habia dado la paz y otras tantas reveládose, últimamente vino tan firme que por empeñarse en el servicio de Su Majestad, hizo tales viajes y suertes que de una se le orijinó la enfermedad de que murió. Trajo consigo una mujer con quien estaba casado a su usanza; quisieron los padres, por várias veces, se casase con ella con bendicion de la Santa Iglesia; pero repugnábalo por la instancia que la india le hacia para que no viniese en tal cosa, hasta que estando para morir, se determinó ejecutarlo y rogó a la india quisiese venir en casarse con él al modo de la Iglesia, y un dia, tres ántes que muriese, entró el padre a verle y le dijo: «Padre, esta india está revestida del demonio o es el mismo demonio, pues tanto me impide mi salvacion; ella no se quiere cristianar ni casar conmigo; entrégala a sus padres y dispóngame yo bien para la muerte»; así se hizo, dejándonos prendas de su salvacion.

«9. Don Juan Talpellanca, capitan y cacique principal, mucho tiempo famoso contrario de los españoles, finalmente se redujo y juntamente se baptizó: dióle la enfermedad de que falleció, envió volando a algunas de sus criadas a llamar a los padres, y viniendo uno, se sentó don Juan como pudo en la cama, y le dijo: «ah!, padre, lo que he deseado, ahora moriré contento, pues moriré en tus brazos». Decia esto el bárbaro abrazando afectuosamente al padre, «y porque no te receles, le dijo, sabrás que despues que me baptizé, toda aquella canalla de mujeres no me ha servido sino de hacer chicha y de criar los hijos que en ellas tuve ántes que me cristianara, y sola doña Clara (que así se llamaba la lejítima) ha sido mi mujer». Confesóse el buen indio y murió con señales de su eterna salud.

«10. Aunque la reducion de Talcamahuida está poblada de jente la mas rebelde que conoce esta tierra, no deja de dar algunas almas que con su intercesion en el cielo han de alcanzar a los suyos que se reduzgan a mejor camino. Entre estos, fué un indio mozo, el cual sintiéndose enfermo, instó por tres veces a su padre le llamase uno de los nuestros. Este, como jentil, nada cuidó de eso, mas a la tercera vez le dijo que si no le llama-

ba se moriria de espanto, porque tres veces, de noche, le habia rodeado la cabeza una disforme llama de fuego que mucho le fatigaba. Llamó entónces al Padre y el enfermo recibió el agua del santo baptismo, dispuesto primero y preparado para que recibiendo con la santa agua la divina gracia, gozase de los bienes de la gloria, de que creemos goza, pues dió con esto el alma al que la crió: así suceda a los desta reduccion, reduciéndolos Su Majestad a su santo servicio.

«11. Entre los baptismos que se han hecho, han sido singulares los de tres machis, que así llaman a las indias curanderas, de las cuales hay muchas que tratan con el demonio y curan con invocaciones y por arte suya, y la cura mas frecuente es abrir aparentemente al enfermo las entrañas, sacarle las tripas y limpiárselas, echando afuera cualquier mal que hay en el estómago y volviendo a cerrar la herida sin que quede rastro ni señal alguna. Pues, unas destas machis era tan sábia en esta facultad y la tenia el demonio tan engañada, que solo con la vista decia la enfermedad que el doliente tenia, penetrando a las personas y traspasando con la vista todo su cuerpo, al modo que los zahoríes traspasan la tierra con la suya. Recibió esta mujer el agua del baptismo, con que deshizo el pacto con el demonio y le hizo de nuevo con Jesucristo, y deshaciéndose desde entónces todas las apariencias y ficciones que el comun enemigo la ponia en los ojos, de modo que ya no penetraba con la vista a ninguno, dejó su mal oficio, de que el demonio quedó muy corrido, viendo que nuestros padres le habian sacado de las uñas la que tenia tan enlazada y le servia de lazo para otras muchas almas.

«12. Lo mismo receló perder con el baptismo de otra machi bien celebrada por sus hechicerías. Habia muchos años que en la tierra del enemigo cursaba en una cueva la escuela del demonio, que con crecido fruto de sus embustes la hablaba muchas veces; dábala yerbas para que curase, y en cierta ocasion la habia dado una olla llena de fuego para sus hechizos. Traida a nuestra tierra, vino a ser discípula del verdadero Dios, y aunque curaba algunas veces con sus artes diabólicas, con todo eso, oia con gusto los misterios de nuestra santa fée, y cada dia con menor enfado las exhortaciones que los padres la hacian de que se baptizase y se apartase de una vez de los engaños y marañas del enemigo, que solo pretendia por aquel camino su eterna perdicion. Iba abriendo los ojos a la divina luz y deseando salir de sus ceguedades por medio del baptismo, y el demonio, que ya temia perder la presa, quiso hacerla en su alma ántes que otro mas fuerte se la quitase. Habíase ella sangrado por un achaque que la sobrevino (o fuese ocasionado de otros accidentes, o lo que parece mas cierto, causado del demonio por lograr mejor su intento con esta ocasion); aparécesele solícito de su salud el médico infernal y recétala que si la quiere conseguir, desate la venda, deje correr la sangre, que con eso al punto sanará. Hácelo la simple mujer, dando a su engaño crédito; y desangróse de manera que en un corral de su casa vino a caer desmayada y medio muerta; vióla caer no sé quien, por permision divina, y llegando a enterarse del caso, llamó jente, reprimió la sangre, volvió en sí la india despues de largo rato, y preguntada cómo la habia sucedido aquella desgracia, que por poco la costara la vida, confesó llanamente

que el demonio la habia dado aquel remedio para conservarla. Dieron cuenta al Padre de lo que pasaba. Fué volando a su casa, y despues de haberla desengañado con tan clara evidencia, y estando bien instruida en los misterios de nuestra santa fée, bien armada contra las astucias de su enemigo, y habiendo renunciado su antiguo oficio y hecho firmes propósitos de dejarle, la bautizó y dió la salud del cuerpo con la del alma, con que el demonio quedó despojado de aquel castillo donde ántes estaba tan fortalecido.

«13. Mayores fuerzas tenia en el de otra machi, por haberse señoreado no solo del alma sino tambien del cuerpo. Acertó a estar enferma por su ventura, y como algunos la dijesen que llamase al Padre, el que estando en su corazon hablaba por su boca, respondia con obstinacion que no se le llamasen, sino querian que se huyese al monte. Creció la enfermedad, y a su pesar llamaron los presentes a un Padre que la dispusiese para baptizarla, porque les parecia que estaba endemoniada. Apénas entró el Padre por el rancho cuando la india se comenzó a estremecer y a turbar, de suerte que diciendo a voces que se iria de allí si el Padre no se iba, apénas le podian detener los que la acompañaban. Llegó, con todo, el Padre, y con toda la suavidad posible procuró reducirla a que oyese los misterios de nuestra santa fée que la esplicaba, y se dejase baptizar para salvarse. Mas, ella estaba muda y se hacia sorda a todo cuanto oía. Coligió de aquí el Padre que debia de estar endemoniada y para certificarse mas de la verdad, sacó un relicario que tenia una reliquia de nuestro padre San Ignacio, y apénas la mostró cuando la enferma comenzó a temblar y a dar voces como quien temia ya saliese con victoria tan valiente guerrero. Púsole encima el relicario, e invocando el santo nombre de Jesus, le suplicó con humildad y fée echase aquel demonio por los méritos de su siervo Ignacio. ¡Oh poderoso nombre! el demonio anduvo largos ratos mudándose a diferentes partes del cuerpo, silbando blandamente y huyendo siempre de adonde el Padre ponia la reliquia, hasta que, vencido de la virtud divina y del poder del santo, huyó de la batalla dejando libre el campo; mas, al salir, la apretó con tal fuerza la garganta, que faltó poco para ahogarla: llegó el remedio, puso el Padre la reliquia sobre la garganta, diciéndola a voces que dijese Jesus. No podia hablar palabra la miserable, mas pudo al fin, con ayuda del Espíritu Santo, articular el santo nombre de Jesus, y al punto la dejó libre el enemigo del linaje humano. *Et cum ejecisset Dæmonium, loquutus est mutus.* Habló, baptizóse y quedó con entera salud de cuerpo y alma, agradecida y deseosa de servir al verdadero Dios.

«14. Aunque son los trabajos que hacen apostólica esta mision, tan conocidos, muchas las lluvias, profundos los pantanos, ásperos los caminos y los rios caudalosos, con todo, facilita estas y otras dificultades el zelo de la gloria de Dios y bien de las almas. Llamaron a un Padre para ir a confesar un enfermo en un tiempo tan tempestuoso que a los seglares les parecia temeridad que el Padre se pusiese en camino, así por lo mucho que llovia, como por venir los rios tan crecidos y estar cuatro leguas de allí el enfermo. Mas, atropellando todos los inconvenientes que le oponian, se subió a caballo para ver con sus ojos qué tales estaban

los rios que habia de pasar forzosamente, y hallólos tan terribles que era imposible poderlos vadear. El compañero, que era un seglar, le persuadia al Padre que se volviese, mas, movido de interior impulso, no haciendo caso del consejo, se arrojó al agua y pasó a nado los rios con harto riesgo. Vióse manifiestamente ser este impulso de Nuestro Señor, porque yendo a confesar un enfermo, encontró en el camino otros dos: el uno era una india infiel, que luego que, catequizada, la baptizó, se murió, y el otro un indio que aquella noche ántes se habia ahorcado, apretado, a lo que se entendió, de la tristeza y bascas que le causó el veneno que le habian dado, pero por ser vieja la choza de su habitacion y haberse colgado del techo, aunque era a media noche y todos estaban durmiendo, por el ruido que hizo la madera que rechinaba mucho, echaron de ver su desesperacion: cortáronle presto la soga y vivió hasta la mañana, que pasando por allí el Padre supo su peligro, confesóle con grandes muestras de su penitencia, y apénas hubo confesado, cuando murió. Pasó, muy consolado con estos dos sucesos, al enfermo que habia sido el único motivo de su venida; y halló que aunque su enfermedad no pedia tanta priesa, la que le habian dado interiormente, fué para que los que no pensó se salvasen. Veneró la divina predestinacion y lo estimó como singular premio de su trabajo.

«15. Estando un Padre de los nuestros en su aposento, entró a deshora un indio llorando amargamente porque dijo se moria su madre, y que no sentia tanto verla morir como que muriese infiel y sin baptismo: rogóle que fuese a darle la salud del alma, que con esto quedaria contento. Fué volando el Padre y halló a una vieja de mas de setenta años, tan envejecida en sus vicios y malas costumbres y con tan mal afecto a las cosas de Dios, que por muchas razones que la traia para reducirla, siempre la hallaba mas dura que el diamante. Mas, ¿qué dureza no ablanda la divina gracia y predestinacion? Trujo el hijo una cruz formada de un carrizo, púsosela a la madre de cabecera, y Dios que le queria hacer padre espiritual de quien le habia parido, dió tales razones a sus lábios, que lo que no habia podido conseguir el Padre con todas las que le dictó su zelo, alcanzó el hijo con su rusticidad, que parece la elevó Dios para un efecto tan maravilloso. Dió la vieja su consentimiento: catequizóla el Padre, baptizóla, y dentro de una hora se fué al cielo, con estraño consuelo del Padre e hijo.

«16. Otro cacique a quien apretó un accidente grave, deseó tener un Padre a su cabecera: llamóle, y aunque por haber siempre resistido a Dios, haber querido mal a los Padres y oído de mala gana sus amonestaciones, los mismos lenguas (que conociendo su mala inclinacion le temian) desahuciaron al Padre de su remedio y le pusieron dos mil dificultades; mas, todas las venció el interior espíritu que le movia. Fué a su casa y hallóle cercado de mujeres. Rogóle las dejase y se casase a ley de bendicion con la primera dellas, si queria ver y gozar de Dios; y que si no, tuviese por cierta su condenacion. Abrióle Dios los ojos, y con ser este el mayor estorbo que tienen estos indios, le dió al punto de mano, casándose con la primera mujer y dando a las demas libelo de repudio: confesóle el Padre a su satisfaccion, y parece que la divina providencia tenia

depositadas las dos saludes de cuerpo y alma en este sacramento, porque luego al momento se halló mejor, con que se desengañó él y otros de una falsa imajinacion que el demonio tiene muy fija en sus corazones, porque les persuade que se han de morir luego si se bautizan o confiesan. Salieron muchos deste engaño y el indio quedó sano, y ahora persevera en su buen propósito y hace a nuestros Padres singular agasajo.

«17. Habia en la tierra del enemigo un indio tan afamado por su valentía, que todos los pueiches, de cuya nacion era, le estimaban mucho, y a fuerza de hazañas en la guerra habia llegado a ser capitan, que entre ellos es puesto de mucha consideracion. Mas, Dios que *ab eterno* le habia elejido para sí, trazó que en una batalla le cautivasen con algunos otros de su familia, y dentro de pocos dias le dió una prolija y peligrosa enfermedad en que estuvo puesta su salvacion. Movióle Dios y envió a llamar a un Padre con deseo de morir cristiano. Entró el Padre muy gozoso en su pobre rancho y confirmó su consuelo con verle tan trocado de repente, de fiera en hombre de razon y deseoso de baptismo, habiendo sido tan gran perseguidor de los cristianos. Parecióle al indio que viendo entrar al Padre veia entrar todo su bien y todo su consuelo, que con estos nombres le recibió: quízose levantar, mas, no dándole lugar el accidente, se quedó sentado, y con amorosas ánsias abrazó al Padre: lloraban ámbos, el indio por ver ya en su choza el remedio de su alma, y el Padre de consuelo por verse escojido de la divina Majestad para salvar una alma que tanto costó a Cristo Señor Nuestro y que poco ántes podian temer su condenacion. Esplicóle los artículos de nuestra santa fée, que con la buena disposicion se estampaban en su alma como en blanda cera, diciendo con los ojos, con el corazon y con la boca que no queria otra cosa sino morir cristiano, y que esperaba que su Jesus le habia de llevar al cielo. Informado de todo, se baptizó y casó con su mujer, y luego rogó al Padre que baptizase otro hijo suyo que estaba malo, para que los dos fuesen a gozar de Dios. Así se hizo, y en breves horas murieron padre e hijo, y gozosos de verse cristianos, se fueron a la gloria.

«18. Visitando acaso un Padre una de las rancherías de Talcamahuida, halló a una pobre vieja tan a lo último de su vida que apénas se le conocia la respiracion; preguntóla su nombre y quién la habia bautizado, y parece que con estas preguntas se volvió a entrar el alma, que ya la tenia entre los dientes, e informado de todo, la exhortó a la confesion, mas ella resistia diciendo que si se confesaba, luego se habia de morir, que no se queria confesar. El padre se animó mas con ver aquella resistencia y su gran peligro, y con todas las razones que pudo la persuadia que aquel era manifiesto engaño del demonio, que estaba allí esperando a que muriese para llevar su alma a los infiernos a arder eternamente. Alumbróla Dios y de repente conoció su engaño, y con muchas muestras de dolor, se confesó de todos sus pecados, y luego que la echaron la absolucion, espiró, dando con el nombre de Jesus en los lábios su alma a quien la habia conservado la vida temporal para darla la eterna, como se espera.

«19. Muy particular fué el cuidado que tuvo un indio de su salvacion: hallóse cercano a la muerte y con las ánsias de ella hizo venir al Padre que le confesaba a que le consolase, y segun fué en efecto a confesarle, porque luego que le vió junto a su cabecera, sacó un manojillo de hilos, todos llenos de ñudos, y preguntando el Padre qué significaban, le respondió que allí estaba toda su vida y los pecados que habia cometido en ella, porque habia tenido costumbre de hacer un ñudo luego que cometia el pecado, sin dejar pasar ninguno que no apuntase. Admiróse el Padre de tanta puntualidad y exaccion, que aun en un relijioso pareciera particular exámen de su conciencia, muy digno de alabanza. Con esto se confesó con facilidad de toda la vida, y por ser capaz, recibió el Santísimo Sacramento y en breve se fué a gozar del premio de su cuidado.

«20. Redujo la enfermedad a una india jentil, de edad de ochenta años, a los puntos estremos de la vida; hiciéronse grandes dilijencias para reducirla a que se bautizase, sin que jamas fuese poderosa persona alguna de las muchas que se lo persuadieron a conquistarla. Tenia un hijo, que, lastimado de la condenacion de su madre, se vino a nuestra casa y contando al Padre la causa de su pena, le dijo que él solo habia de ser su remedio, y que si no alcanzaba de su madre que se bautizase, no habia que esperar, por haberse hecho ya todas las dilijencias que eran posibles. Respondióle el Padre confiase en Dios, que pues era alma suya, no la perderia Su Majestad. Fué luego allá, deseoso de lograr una ocasion tan buena de salvar una alma, o por lo ménos de justificar la causa de Dios. Consiguió lo uno y lo otro, porque entrando en su casa, apénas le miró la india, cuando su vista sola bastó para moverla a que se bautizase. Pidió el baptismo, catequizóla el Padre, bautizóla y murió tan en breve, que mostró bien que Dios habia puesto en la venida del Padre su salvacion.

«21. Fuera desto, han hecho los padres tres misiones mas léjos y mas de propósito, la primera a Lavapié, por caminos muy fragosos y peligrosos de enemigos: «aquí (dice el padre Vicente Modollel en una suya) anduvimos ocho rancherías, donde predicamos y baptizamos todos los infieles, niños y adultos, y hicimos muchas confesiones y acudian todos los indios muy bien, si no es un cacique que al principio mostró mucha repugnancia y despues le ganamos y baptizamos todos los indios infieles de su reduccion. Una vez, miéntras se iban juntando los indios, entré en un rancho abierto, donde hallé una vieja de mas de cien años; apénas la comencé a hablar, cuando entró por la puerta otra vieja cana, que pareció de mas de ochenta años, hija de la primera: comencélas a predicar, y con estar tan enferma la madre, se sentó y oyó las cosas de Dios con gran gusto, y habiéndole dado noticia de la inmortalidad del alma y de las penas del infierno donde habia de ir, si no se baptizaba, dijo «no quiero ir allá, baptízame» y ámbas lo pidieron muchas veces, y bien dispuestas se baptizaron.»

«22. No fué de menor consuelo el baptismo de otra aun mas vieja que ésta: entrando en un rancho, ví en un rincon una enferma, dijéronme que estaba casi muerta y que ya no hablaba; causóme gran compasion, llegueme a ella, saludéla con voz alta, díjela que era el padre que la venia

a visitar, abrió los ojos y miróme y hablando entre dientes, me dijo que era sorda; pero como pudo, se asentó en el suelo (que es la cama destos enfermos, y los colchones un poco de hicho y una mala manta), acerquéme mas a ella y eché de ver que oia bien hablándola alto, y diciéndome no era cristiana, la persuadí lo fuese y enseñéle los misterios de la fé y baptizéla. Era ya por la tarde, y aquella misma noche murió. Pasé poco despues por allí y pregunté por la buena vieja y respondióme el cacique, «subióse a los cielos». Otras muchas viejas baptizamos aquí. Otra vieja de mas de cien años estaba tan dura en no quererse baptizar, que ni el padre Pedro Torrellas ni yo la pudimos persuadir se baptizase, por mucho que trabajamos con ella; tomamos por medio una nieta suya cristiana, que habia hecho gran concepto de las cosas de la fé; ésta lo tomó con gran fervor y la dijo que se baptizase, si no queria estar siempre metida en llamas de fuego, y que para que su alma estuviese siempre alegre y contenta con Dios en el cielo, se baptizase, que Dios decia que los que no se baptizasen irian al infierno, con lo cual la vieja se convenció, y, enseñada, la baptizamos, quedando muy consolados así por dejar baptizada a la vieja, como por ver la fé y fervor de la nieta.

«23. Otra mision hicieron los padres a Colcura y Coronel, de grande fruto por la abundancia de baptismos y por lo bien que acudieron a los sermones los grandes, y a rezar y al catecismo los pequeños. Aquí pidió un indio de veinte y cuatro años y de muy buen injenio, con muy grande instancia, que le baptizasen los padres. Dijéronle que sí harian, si persuadiese tambien a su mujer infiel que fuese cristiana, y el buen indio lo tomó tan de veras, que cuando fuimos a su casa, hallamos cinco que querian ser cristianos, su madre, de sesenta años, su mujer y un hermano suyo y una vieja casi sorda, de mas de ochenta años, a la cual sustentaba el buen indio de limosna, por lo cual creemos que le hizo Nuestro Señor tanta misericordia, que todos los cinco juntos se baptizaron. «De aquí (dice el padre Vicente en una suya) cuando nos volvíamos, íbamos visitando algunos ranchos, de los cuales por ser léjos, no habian podido ir los viejos, y llegando a los mas apartados, hallamos dos viejos, marido y mujer, ámbos infieles y muy enfermos, él estaba cubierto de lepra y ella tenia una pierna casi podrida; instruímosles para baptizarles, y preguntando al viejo cómo se queria llamar, dijo que Mathías: baptizámoslos a los dos y volvímonos dando gracias al Señor de la buena suerte que habia cabido a Mathías. Otro indio instó mucho en que le baptizásemos y en que le llamásemos Pedro: baptizóse, y luego enloqueció, con no pequeñas prendas de su predestinacion.»

«La tercera salida fué a la isla de Santa María, donde por ser la jente cristiana de algunos años y tener allí correjidor, a quien obedecen, se puede hacer mas. Baptizaron allí los padres muchos, mas de la mitad adultos, y acudieron todos a confesarse con grande gusto, y todos acudían a rezar y en las procesiones todos cantaban las oraciones; y los muchachos de toda la isla se juntaban todos los dias a rezar y al catecismo, y un cacique que allí estaba muy enfermo, se animó el último domingo a venir a la misa y sermon, diciendo que una vez que estaban allí los padres, no queria perder tanto bien, y en su partida mostraron todos gran-

dísimo sentimiento, cosa nueva entre estos indios y en que se echa de ver que nos van cobrando afecto.

«24. En uno destos fuertes se movieron los soldados a ponerse debajo del amparo de la Santísima Vírjen, entablando una cofradía con advocacion de Nuestra Señora de las Nieves. Consiguieron la aprobacion del reverendísimo señor obispo de la Imperial, dieron principio con una solemne fiesta que se ordenó con misa y procesion, a que asistieron muchos de los indios recien baptizados e instruidos en las cosas de nuestra santa fée católica. Ordenada la procesion, el comun enemigo, envidioso de ver los soldados, que en algun tiempo todo su ahinco ponian en maquinar cosas en deservicio de Dios, puestos ahora en tanta devocion y en la que es tan importante de la Santísima Vírjen, trazó e instimuló a cierto soldado para que unas piezas de artillería y mosquetes que se habian de disparar en honra de tanta fiesta, se cargasen con balas y se asestasen a los indios recien convertidos y cristianos, que iban los primeros en la procesion, reputándolos, sin razon, aun todavía por enemigos, y cuando ya salia toda esta pobre jente en las primeras hileras de la procesion, disparan a una las piezas y mosquetes: emprende el fuego con tanta violencia que no pudiendo sufrir la carga la cortedad de los cañones, revientan muchos por várias partes, pasando milagrosamente las balas y los pedazos de bronce envueltos en fuego y humo por las cabezas de los recien baptizados, sin hacerles lesion alguna, dejando atónitos los españoles y despavoridos los indios. Que si hubiera sucedido adversamente, juzgáran haber sido traza para quitarles las vidas tan indignamente, y para que del todo se viese ser el caso milagroso, vino luego un indio que asistia en un collado, donde tenia una sementerilla que señoreaba todo el fuerte y dijo a los padres cómo al punto que dispararon las piezas y mosquetes, vió una señora hermosísima y riquísimamente adornada, discurrir por encima de la procesion, como ahuyentando el golpe de las piezas y descendiendo a los que debajo de su proteccion y amparo asistian a honrarla y servirla, para que desto se colija la presteza con que la esclarecida reina del cielo María acude a los que la celebran y honran, pues previene la velocidad del golpe de las balas y arcabuces, mas lijeras que el viento, por amparar a sus cliéntulos. Mandó el cabo del fuerte se hiciese informacion del caso y por ella consta con certeza haber sido milagroso.

«25. En el discurso de esta mision les han acontecido a estos padres vários sucesos de edificacion: entre ellos le salió a un padre, andando por aquellas reducciones, una india vieja, retrato de la muerte, la cual le dijo que en tiempos atrasados, cuando la buena memoria del padre Luis de Valdivia, acompañado de fervorosos obreros, discurria por aquellos montes, baptizando y catequizando estos indios, entendió lo que el padre deseaba, y temerosa no le cayese a ella la suerte de ser baptizada, se escondió en un retirado bosque, donde estuvo tantos dias con tanta obstinacion, que casi ella y un hijuelo rindieran la vida de pura hambre y sed, miéntras el padre perseveró en aquella comarca; mas, asechando la triste vieja y viendo que los padres se habian vuelto, salió a los suyos, de quienes recibiendo mantenimiento, volvió en sí y perseveró en este

estado de infiel y en hacer oficio de machi (que es curandera, y a las veces hechicera, porque sus medicinas o supersticiones las consultan con el demonio, usando en las curas cosas portentosas, como es abrir los hombres a vista de muchos, escudriñarles lo mas secreto del vientre, dándoles lavatorios y usando de otras medicinas a este modo,) trece o catorce años, ejercitándose este ministro del demonio en este oficio y hechicería hasta que con inspiracion del cielo, revolviendo en su pecho el mal estado en que estaba y que era buena la ley de los cristianos de quien tantas maravillas oía, se movió interiormente a curar, decia ella, su alma, ya que sabia curar los cuerpos; con esta ocasion conversaba con los cristianos, de buena gana, informándose dellos de muchas cosas concernientes a su eterna salud, de lo cual envidioso y rabioso Satanás, barruntando que se queria alistar su consorte en la bandera de Jesus, comenzó a molestarla con horribles visiones y espantos, que ántes la estimularon a ella a retraerse de tal compañía, y saliendo a un padre de los nuestros, le contó todo lo que pasaba, e instruida con cuidado en las cosas de nuestra santa fée, recibió el agua del santo baptismo. Purificó su alma y el comun enemigo se hizo afuera, dándole treguas en las molestias con que ántes la perseguia.

«26. Estando ya en lo último de la vida a que la habia traido una grave enfermedad, una vieja del jaez que la pasada, y persuadida recibiese la gracia de la fuente de pureza en el santo baptismo, vino en ello, y catequizada con la priesa que el trance pedia, consiguió el beneficio de nuestra redencion. Rabioso el enemigo e insolente, se le puso a la cabecera en presencia del padre que le habia administrado este santo sacramento, y la comenzó fuertemente a afijir y tentar. Dió cuenta la enferma de su afliccion, la cual mostraba en el semblante turbado: aconsejóla el padre se armase con invocar el dulce nombre de Jesus, y al punto que lo hizo la mujer, ahuyentó al comun enemigo a lo mas retirado del rancho, burlándose dél por traerle por los rincones de la casa: con que nuestra enferma cobró nuevos bríos y gran satisfaccion de la santa ley que por su dicha profesaba y estima del santísimo nombre de Jesus.

«27. Llamaron un padre a una confesion de priesa, subió a caballo, comenzó a penetrar bosques y pasar pantanos, que le fatigaban mucho; llegó muy consolado al término de su camino, entró en un rancho y halló al que buscaba bueno y sin necesidad, ni preparacion para confesarse. Entra en otro rancho y halla un indio de noventa años, ya muy cerca de morir: con buenas razones se le introduce, y con halagos le persuade quiera en un momento dejar la esclavitud del demonio, que toda su vida habia profesado, recibiendo el santo sacramento del baptismo, con que dejaria de remar en las galeras del infierno y su alma subiria libre a gozar de la gloria. Estaba este hombre escrito en el libro de la vida y así asintió a lo que santamente el ministro evanjélico le persuadia. Recibió el agua del santo baptismo, habiéndose dispuesto suficientemente, y luego se le arrancó el alma con señales muy ciertas de su predestinacion.

«28. Estaba un indio muy cercano a entregar su alma al demonio, si bien él, temeroso de tal dueño, cuyo esclavo se profesaba dende su pri-

mera edad, revolvia en su pecho cómo cristianarse, siguiendo los saludables consejos que para este fin le habian dado los padres misioneros, y luchando consigo mesmo, finalmente se determina a que le llamen quien le pueda conceder semejante beneficio; opónensele valientemente los ministros del infierno, multitud de mujeres que en su casa tenia, jentiles del todo como él. Por providencia particular del cielo, se halla en esta sazon uno de la Compañía en su choza o rancho, el cual reprehendiendo ásperamente a aquella bárbara familia, establece en su santo propósito al que apetecia caminar al cielo. Instrúyele en las cosas necesarias de nuestra santa fée, adminístrale el agua del santo baptismo y con esto dichosamente muere para colmar su buen deseo en la gloria, como esperamos».

Hasta aquí los casos de edificacion que hallo en las ánuas citadas, con los cuales doy fin a todo lo que pertenece a esta cuarta clase; y porque parece que la Reina de los ánjeles ha querido honrar estas misiones y tomarlas debajo de su proteccion, mediante la prodijiosa imájen que pocos años há se descubrió en una peña que cae al mar en la costa de Arauco, quiero, ántes de pasar a la quinta clase, añadir su descripcion y juntamente su estampa para mayor honra de esta gran señora, devocion de los fieles y mayor aliento en el espíritu de aquellos nuevos cristianos.

CAPÍTULO XX

De la prodijiosa imájen de Nuestra Señora, que se ve en Arauco.

En la ribera del mar de aquella parte de Arauco, que se llama Tubulia, se ve una ensenada que corona un collado o cerro que allí se levanta, de altas y tajadas peñas, las cuales al paso que se disminuyen en las laderas y bajada de este monte, le hacen ménos inaccesible y mas tratable hasta que viene a rematar en una llana y apacible colina que sirve como de estrado o grada a una peña de hasta dos varas y media de alto, hecha en forma de capilla o nicho, dentro del cual se ve la prodijiosa imájen de Nuestra Señora que va aquí estampada con su preciosísimo Hijo en los brazos. Es de ver la piedra negra que forma el cabello tendido por la cabeza y cuello hasta la espalda, y la piedra blanca que representa el rosto vuelto a un lado y en perfil, de manera que se ve solamente uno de los ojos, negro, con grande proporcion y hermosura. El vestido o túnica parece un rosal hasta la cintura, y el manto es de color naranjado y el aforro que se descubre azul; finalmente, la imájen se lleva tras sí los ojos y admiracion de todos los que la ven.

Habia mucho tiempo que la veian los jentiles, en cuyas tierras cae este monte y peña, pero como bárbaros no habian hecho reflexion, hasta que ahora ocho o diez años estando un niño indio con su madre cerca de esta peña, acertó a fijar los ojos en ella y reconociendo la imájen, comenzó a dar voces a su madre, diciéndola, «mira, mira qué linda señora está allí con un niño en sus brazos»: llegó la india, y admirada de tanta belleza, publicó a todos lo que habia visto. Llegó esta voz a oídos de nuestros Padres misioneros de Arauco, los cuales, para certificarse de la verdad, fueron en persona, y habiendo visto por sus ojos esta maravilla, quedaron no ménos gozosos que admirados de haberla visto; hicieron despejar el lugar, que estaba todo lleno de matorrales y espinas, y los indios, lle-

nos de gozo y contento de ver honradas sus tierras con tan particular favor del cielo, prometieron labrar allí una iglesia, y para confirmarlos mas la Vírjen Santísima en su propósito y aficionarlos a su devocion, fué servida de que los indios comenzasen luego a esperimentar sus favores, porque la india que descubrió y publicó esta imájen, estando temorosa de que le diese una peste que corria entónces en aquella tierra, raspó unos polvos de aquella peña, y bebiéndolos quedó tan alentada que la sirvieron como de preservativo y pudo servir a los demas apestados sin que la tocase jamás el contajio. El señor Obispo de la Imperial, cuando llegó a su noticia esta maravilla, mandó al Vicario de Arauco que fuese en persona a certificarse de ella, como lo hizo, y mandó se venerase en silencio hasta que Nuestro Señor disponga las cosas, de manera que convirtiéndose aquella jentilidad dé lugar a las públicas alegrías y solemnidades que pide tan estraordinario prodijio.

Lo particular que causa mas admiracion en este caso, no es la aparicion de esta imájen en los desiertos e incultos montes donde no sabemos que jamás habitasen cristianos, porque aunque bastára esto para admirarse como cosa tan rara, parece que pudiera disminuir algo de la admiracion el no ser cosa nueva, pues sabemos que en la isla de Tenerife de la gran Canaria, aun siendo de jentiles, apareció tambien en el hueco de otra peña aquella célebre imájen de Nuestra Señora, que llaman de la Candelaria, la cual obró con ellos tantos milagros, como ha obrado y obra hoy con los cristianos; y en otras naciones se han aparecido otras que venera la piedad de los fieles con gran devocion y reverencia; pero fuera de esto tiene esta imájen otra cosa muy singular y es que no es hechura de algun artífice criado, sino que inmediatamente salió de la manera que se ve de las manos del que lo es de la naturaleza, porque ni hay en ella color sobrepuesto, ni cosa alguna que huela a artificio humano, porque es la mesma peña, la cual, siendo parda por de fuera, la jaspeó por de dentro Nuestro Señor, o por decir mejor, la hizo de un jaspe variado de colores, aunque no a toda ella, sino solamente lo que toca al contorno de la imájen, que dichos colores representan, y es de advertir que para gozar de su perfeccion ha de ser poniéndose la persona que la ve en cierta distancia, que si se llega demasiado verá la peña y colores como unos borrones solamente, sin distincion ni proporcion de miembros ni figura perfecta, a la manera que se ve en algunas pinturas, pero en apartándose un poco, se ve la imájen con la perfeccion y hermosura que se ha dicho.

CAPÍTULO XXI

De las misiones que pertenecen a la quinta y sesta clase.

A la quinta clase pertenecen las apostólicas misiones de Chiloé a quien en este órden y modo de division que llevamos toca el quinto lugar, siendo así que si consideramos lo crudo de sus rigores en la pobreza de la tierra y mala pasadía que de suyo tiene, en el retiro del sitio tan apartado del comercio humano, en lo proceloso del mar por donde es fuerza andar todo el año de una isla en otra, con manifiestos y frecuentes peligros de la vida, no son de la quinta, sino de primera clase, aunque los comparemos con las mas rigorosas que en todo el mundo tiene la Compañía. Lo particular de estas gloriosísimos misiones se toca en el memorial que se ve al fin de este libro, y aquí se dirá algo de lo que refieren las ánuas arriba citadas, y algunos casos de edificacion que en ellas se refieren por sus mesmas palabras. Que dice así.

DE LA ÁNUA 1629 Y 30.

«Tres son los que asisten en esta residencia y tienen sobre sus hombros una de las mas trabajosas y apostólicas misiones de toda la Compañía: pudieran lograr en ella con gran gloria del Señor muchos fervorosos sujetos sus fervorosos deseos por la copiosa mies que en esta mision el Señor les ofrece. En este Archipiélago hay una gran isla en que está fundada una ciudad pequeña de españoles, demas de algunos fuertes que para defensa de la tierra de guerra tienen en tierra firme. Y aunque, como luego diremos, acuden al consuelo espiritual de sus almas los nuestros, su principal asistencia y ocupacion no es en este puesto, porque hay otras islas de indios muy desamparadas, muchas en número aunque pequeñas, y todas vienen a rematar en el mar del Sur en el estrecho tan celebrado de Magallanes. Por estas islas discurren los nuestros

enderezando al cielo sus habitadores, ques la jente mas desamparada que tiene la Iglesia, y a la causa, puesta en conocido riesgo de su salvacion, no habiendo otros ministros evanjélicos que acudan a su desampáro. Los trabajos que en acudir a esta jente padecen los nuestros son excesivos. Los aguaceros son contínuos y por esto la tierra muy húmida, llena de pantanos y de montes asperísimos; las confesiones de dia y de noche; el abrigo que los padres tienen muy poco o ninguno; la comida muy limitada y pobre, porque carece della la tierra y no hay comodidad para llevarla.

«Sucede muchas veces andar en mision por aquellos montes y pantanos, al aire, al frio y al agua, caminando a pié por lugares desiertos e incógnitos, sin mas abrigo que un pobre manteo, no teniendo otra cosa que comer mas que unas tortillas de harina puestas al rescoldo con algunas papas, que son raíces de la tierra, y cuando mucho un poco de marisco, que por ventura se halla en las peñas del mar. Sobre todo les aflije a los Padres el contínuo peligro que para acudir a esta desamparada jente traen siempre, teniendo tragada la muerte, a causa de haber en estas islas muchas travesías de seis y ocho leguas, ser el mar muy bravo, en que hay poca seguridad de tiempos, donde cuando ménos se catan, se levanta una borrasca de vientos desaforados. Las embarcaciones son muy débiles, porque son unas pequeñas piraguas que se forman de tres tablas cosidas unas con otras sin calafatear, y con esto los nuestros se ven en contínuo riesgo de la vida, librándoles el Señor milagrosamente, como mas abajo se dirá.

«La mision mas trabajosa que aquí tienen los Padres es la de los chonos, jente mas apartada del comercio de los españoles, mas cercana al Estrecho e inculta de cuantas hay en estas partes. Divídense en várias parcialidades esparcidas por muchas islas, como en el archipiélago de Chiloé. No tienen morada cierta, de contínuo traen el hato a cuestas, mudándose con su familia de isla en isla a cojer marisco, que es su ordinario sustento, sin tener otras chácaras ni sementeras; a que añaden beber el aceite de lobos, con que traen el color pálido, y a la causa viven lo mas del año dentro del mar, porque les es fuerza buscar en él su sustento. A estas jentes bárbaras han entrado estos años los nuestros várias veces, apartándose de la ciudad de Castro mas de treinta leguas hácia el Estrecho de Magallanes. Para facilitar el camino y obviar el riesgo de las travesías de mar, pasan un pedazo de cordillera muy agra, de mas de catorce leguas, en que padecen excesivos frios por estar muy llena de nieve y haber de hacer necesariamente su camino a pié. Despues de la cordillera entran en un golfo de diez leguas, muy peligroso, luego en ensenadas de islas muy remotas, donde hallan el tesoro de las margaritas preciosas, que son las almas que Cristo vino a buscar al suelo, baptizando a muchos infieles, confesando algunos que no lo habian hecho en cuarenta años desde que recibieron el agua del santo baptismo, y por todos caminos socorriendo el desamparo espiritual de aquella triste jente.

«El cacique mas remoto que habita estas remotas rejiones, dista cuarenta leguas de la ciudad de Castro: tiene por nombre Talcapillan, sus vasa-

llos son mas en número que los de otros caciques; animóse sola una vez a llegar donde los españoles asisten, y halló tanta dificultad en sujetarse a ellos, que sin aguardar mas se salió bien apriesa, determinando de jamas verles la cara, y aunque los maestres de campo han hecho estraordinarias diligencias por atraerlos a sí, jamás han podido. Escríbeme el Padre que es superior de aquella mision, que este año le despachó un mensajero, vasallo suyo, pidiéndole ahincadamente le quisiese dar grata audiencia, porque determinaba ir a visitarle a sus tierras y a predicarle la ley del verdadero Dios, y que en prendas y señal le enviaba la insignia de nuestra redencion, que era la santa cruz. Recibió el mensaje muy agradablemente, y hincándose de rodillas, adoró la santa cruz, y al punto, aparejando sus embarcaciones, se partió en ellas con toda su familia y con los mas de sus vasallos, y caminó veinte leguas en busca del Padre, ahorrándole todo aquel camino, que era peligrosísimo: gastó con él catorce dias, instruyéndole en los misterios de nuestra santa fée, de que se hizo muy capaz. Llegado el dia del santo baptismo, entre muchos santos que le dió el Padre a escojer, eligió el nombre de nuestro santo Padre. Quedaron sus hijos tan capaces en los misterios de la féce, que eran despues los maestros que los enseñaban a sus vasallos. «Esperamos, dice el Padre, que por medio deste indio se ha de abrir una nueva puerta al santo Evanjelio, siendo el precursor que lleve la buena nueva dél a una nueva jente que habita el Estrecho de Magallanes, donde se conocen muchos bárbaros que no han oido el nombre santo de Cristo: son todos ajigantados y de naturales mas dóciles que los de acá». Hasta aquí el Padre, y me añade que ha tenido fervorosos impulsos de llegar a esta jente ncógnita, mas el tener pocos compañeros y no poder bastantemente acudir a lo que tienen entre manos, le acobarda. Yo confío en el Señor llegará tiempo en que por medio de los hijos de V. P. llegue la luz del santo Evanjelio a esta miserable jente, descubriendo nuevas provincias de que solo se tiene confusa noticia.

«En las islas que tiene en contorno la principal de Chiloé, andan en contínua mision los tres Padres que asisten en esta residencia. Estos últimos años les ha facilitado mucho su mision el favor y ayuda que el gobernador desta provincia les ha dado, mandando se levanten iglesias casi en todas las islas, que acudan los indios a oir la palabra de Dios a ellas: instrúyense los adultos, baptízanse muchos niños, confiésanse y reciben los sacramentos por mano de los de la Compañía, no habiendo otros que acudan a su desamparo espiritual. No tienen tan arraigado como los de Arauco el impedimento de las muchas mujeres, con que se facilitan sus baptismos. Dice el superior de aquella mision en un capítulo de una carta, que hablando con un cacique del partido y fuerte de Calbuco y reprehendiéndole el poco cuidado que tenia en aprender las cosas de Dios, le respondió con gran sentimiento: «Padre, no te espantes que o lvidemos los misterios de la fèe, pues entre tanta jente apénas nos cabe oir una sola vez la doctrina cristiana en cincuenta años, y si los españoles las oyen tantas veces y apénas la saben, o a lo ménos hacen muchas cosas contrarias a lo que nos enseñas, ¿qué mucho que nosotros, oyéndolas tan a deseo, no las sepamos bien y faltemos muchas veces?» En esta

misma carta concluye el Padre pidiendo ahincadamente le socorra con sujetos a propósito para llevar tan grande carga: «Pluguiese, dice, a la divina bondad, por la preciosa sangre de Jesucristo, nos aumentase los obreros inconfusibles de la Compañía en esta triste tierra, donde tan estrema necesidad hay de su fervorosa ayuda y en especial en este partido de Calbuco, que es excelente asiento y está en comedio para acudir a los españoles y en especial a los indios, tan faltos de quien se duela de sus pobres almas, enderezándolas al cielo». Confío en la divina providencia ha de socorrer el desamparo desta miserable jente, enviándoles obreros que les ayuden a conseguir su salvacion.

«Pasando uno de los Padres que está en esta mision por una isla que dicen de la Mocha, quedó muy aficionado a los buenos naturales que habitan aquella isla y halló muy copiosa mies, porque en treinta y uno caciques estarán repartidas 3,000 almas, a quienes no ha llegado la luz del santo Evanjelio, sino es acaso pasando algun navío para la isla de Chiloé. Tambien me insta encarecidamente socorra esta pobre jente, alegándome muchas razones para que envíe dos Padres a aquella mision. Por ahora estoy imposibilitado, pues tengo los pocos que hay en esta provincia tan llenos de gloriosos empleos. Espero que V. P. oiga las voces de tantos hijos que repetidamente le piden compañeros que ayuden a gloriosas conversiones de jentiles que cada dia nos vienen a las manos. Y los pocos que hay en esta mision, acuden a tres fuertes de españoles, a la ciudad de Castro, a mas de cuarenta iglesias repartidas por las islas de cristianos, fuera de las otras que habitan jentiles, a quienes siempre procuran alumbrar con la luz de nuestra santa fée.

No les han faltado a los Padres trabajos, contradiciones y persecuciones inventadas por el comun enemigo para impedir el feliz progreso que nuestra tanta fée tiene en aquellas provincias. Y dejando muchos, solo haré mencion de una, que padecieron últimamente. Necesitado el Reverendísimo de aquel obispado de clérigos que acudiesen a tener los oficios de curas en aquellos fuertes, ordenó un clérigo, que solo en estrema necesidad podia ejercer ministerios sagrados. Advirtióle uno de los nuestros la obligacion que le corria; despues mansamente le amonestó de algunos intolerables yerros que hacia; solo con esta ocasion nos cobró tal ojeriza, que para perseguirnos no dejó piedra que no moviese, publicando muchos males siniestramente contra la Compañía. Halló abrigo en el Vicario del pueblo, blasonando entrambos que nos habian de echar de toda la tierra, y pasaron muy adelante en esta plática. El remedio fué llevar este trabajo con paciencia, teniendo éste por mejor partido que defendernos con nuestros privilejios, que hasta a esto llegó el enojo del Vicario y del que nos levantó la persecucion, por no dar ocasion al vulgo de algun escándalo. Mas, presto el Señor volvió por su causa, porque apénas se habia encendido contra los nuestros este fuego, cuando se apagó por una enfermedad con que apretó al principal motor. En ella confesó a voces nuestro clérigo sus yerros, pidiendo perdon con lágrimas de los agravios que nos habia hecho, quiso confesarse con uno de la Compañía, y que solo él compusiese sus cosas, y ya bien dispuesto, murió con muestras de estar escrito en el libro de la vida.

«Todo lo que en jeneral hemos visto que hacen los nuestros en esta mision se entenderá mejor descendiendo a los sucesos particulares, que despues de bien averiguados me escriben, y en primer lugar diré del fruto de las confesiones. Navegando dos Padres para una de aquellas islas, nombrada Meulin, saltaron en tierra una hora ántes del dia. El superior sintió particular instinto del cielo de partir al punto y dar principio a su mision. Dijo al compañero le siguiese, y caminando de noche y con excesivo frio por desiertos arenales, despues de muy gran rato, dieron en una choza pequeña, y entrando dentro, vieron un indio viejo, peleando con la muerte, el cual, luego que vió a los Padres, recibió tan gran aliento, que, sentado en la cama, comenzó a derramar lágrimas, y como pudo pidió al Padre le dispusiese, porque Dios les habia traido para su salvacion. Habia muchos años que por falta de sacerdote no se confesaba, hízolo a satisfaccion, y aquel mesmo dia entregó su alma al Señor, dando muy grandes muestras de estar en el número de los escojidos.

«Navegando para otra isla, hallaron que todos los habitadores estaban aterrados y temerosos de la justicia divina (buena disposicion para el fruto que los nuestros deseaban cojer). Fué el caso que no habiéndose visto jamás en aquella isla ni en todo el archipiélago caer rayo, por lo cual sus habitadores no tienen nombre proprio con que significarle, estando en esta sazon dos amancebados pública y escandalosamente mas habia de diez años, una noche se levantó una gran tempestad de truenos y relámpagos, y enderezó el cielo un rayo a la casa de estos desdichados dejándolos a entrambos aturdidos, chamuscados y a uno dellos quebrantados los huesos, parando toda la furia en quitar las vidas a unos perrillos que en casa tenian, conservándoselas a los mal hechores, para que arrepentidos de su pecado, alcanzasen perdon. Así sucedió, porque en esta sazon aportaron los Padres a la isla alentando con su presencia a todos los que la habitaban. Uno de estos dos cómplices vino arrastrando, y con dolor y arrepentimiento se confesó, quitándose de la ocasion, sirviendo de ejemplo a otros envueltos en el mismo pecado.

«Tuvo particular instinto del cielo uno de los Padres de predicar en estas islas contra los que con empacho encubrian sus pecados en las confesiones: esperimentóse ser inspiracion de Dios, porque se siguió estraordinario fruto, haciéndose muchas confesiones jenerales y confesándose a satisfaccion personas que jamás lo habian hecho.

«Vivia un cristiano desta provincia muy olvidado de las obligaciones de su profesion, trataba poco de confesarse, hacia años que no lo hacia: queriéndose acostar le remordió la conciencia, volviendo los ojos a su mala vida, cuando comenzó a dormir con este cuidado, tuvo esta representacion. Parecíale que estando a la orilla de un negro y turbulento mar se le arrojaba un fiero lobo, y asiéndole de un pié, se le llevaba para zabullirle y ahogarle en aquellas espantosas ondas. Con esto se dolia mucho de la vida pasada, e invocando el santísimo nombre de Jesus, le pedia auxilio; volvió los ojos a la playa, en ella vió un mancebo de hermosísimo y agradable aspecto, el cual alargando una vara que en la mano tenia y mandándole la tomase por el cabo, le sacaba a la playa, con

que se aseguraba de tan gran peligro. Aprovechóle la representacion, porque lloroso y amargo se vino a confesar, mudando su modo de vivir, y perseveró en el servicio divino.

«No es desemejante a esto lo que aconteció a una india ladina que estaba en la ciudad de Castro. Ésta, sepultada en el sueño y mas en el del pecado, vió una noche entrar en su casa una gran caterva de feísimos negros que al punto entendió ser demonios. El caudillo desta canalla mandó hacer una gran hoguera y que en ella pagase esta mujer deshonesta y sacrílega sus pecados. Arrebatan los infernales ministros la triste india, y queriendo ejecutar el castigo, invoca el dulcísimo nombre de María, a cuya presencia huyen los demonios, como los murciélagos a la del sol. Apénas salió por la mañana, cuando llorosa y triste se arrojó a los piés de uno de los nuestros, llorando y blasfemando su vida pasada: hizo una buena confesion y persevera en virtud.

«Ha querido Nuestro Señor entablar la devocion del santo *Agnus Dei* en estas provincias con el caso siguiente. Uno de los nuestros dió a un soldado un *Agnus* para que le trajese consigo: navegando ésto le puso en la proa para felicidad de su viaje, donde le dejó olvidado; mandando despues pegar fuego a la embarcacion con intento de aprovecharse de la clavazon, intentaron varias veces pegarle fuego, y no pudiendo salir con ello, admirados los que ejecutaban el mandato, se entraron dentro y con gran cuidado buscaron la causa del misterio, y hallando el *Agnus* colgado en la proa, le quitaron, y al punto, sin encender de nuevo el fuego, emprendió con tal violencia que apénas dió lugar a arrojarse fuera los que estaban dentro.

«El maestre de campo de estas provincias salió de la ciudad de Castro en un navío con mucha jente de guerra para hacérsela a los indios rebeldes de la ciudad de Valdivia, captivar algunas piezas y echarles la señal y hierros de esclavos; permitió el cielo que apénas salleron del puerto de Chiloé, cuando les sobrevino una tan gran tormenta que arrojó el navío en unos peñascos que caían en la tierra del enemigo. Perecieron ciento y sesenta personas, escapáronse algunas, que con trabajo y como pudieron aportaron al puerto de donde habian salido. Entre los cuerpos que quedaron por muertos en la playa, fué uno el de un hombre muy siervo de Dios, que ántes de partirse hizo una devota confesion y se dispuso muy de propósito para aquella jornada; cuando el navío dió al traste, pareció a la vista que se habia hecho pedazos este triste hombre y así lo dejaron por muerto, entre los cuerpos que yacian en la playa. Partida nuestra jente, volvió en sí, invocando el ausilio del Señor y de las ánimas del purgatorio, cuyo devoto era; estuvo diez y nueve dias sin poderse mencar en aquella arena, el cuerpo hinchadò y mas muerto que vivo; alargando la mano topó con un palo carcomido y se entretenia en lamerle; con las ánsias de la muerte instaba afectuosísimamente en invocar al Señor y a los santos sus devotos. En esta sazon se le apareció un niño hermosísimo, el traje era de indiezico, animóle y esforzóle en su crecido trabajo; en primer lugar le aseguró, que aunque aquella era tierra de guerra, no le empecerian los indios. Señalóle un dia en que vendria una escolta de españoles, nombrándole tres sus conocidos, y que éstos le

llevarian consigo. Puntualmente sucedió lo que el niño le dijo, y oyendo ruido comenzó a dar voces y llamar por sus nombres a las personas de quien ya tenia noticia. Ni fué posible verlas ántes, porque tenia tan hinchado el rostro que le impedia la vista. Contó a todos los de la escolta lo que con aquel niño le habia pasado y cómo el dia ántes habia estado en su compañía: *buscáronle con dilijencia y no hallaron huella ni rastro* dél, con que quedaron todos persuadidos haber sido ánjel del Señor que envió para consuelo de aquel hombre devoto y observante de su santa ley. Era este hombre casado, y jamás admitió india en su servicio, receloso de no poner a sí y a sus hijos ocasion en que se hiciesen los ojos, por ser esta jente muy ocasionada; jamás se sirvió de indios, pareciéndole cosa peligrosa y de que hay mucha cuenta que dar a Dios. Él mismo por sus manos sembraba y cojia todo lo que habia menester para sustentar sus hijos; levantábase a media noche, gastando el resto en oracion y en rezar por las ánimas del purgatorio, con que recibió la merced que recibió del cielo.

«Concluyo con referir lo que aconteció a un indio destos bárbaros cojido en la guerra. Teníalo una señora principal en su casa; determinó hacer fuga volviéndose a su tierra, pero primero dejar rastro de su crueldad y sed insaciable de sangre española: arrebatando un cuchillo degolló a su señora y de cinco hijas las cuatro; amenazando a otros indios se embarcó con ellos en una piragua, y haciendo el esfuerzo posible por llegar en ella a su tierra, no pudo, porque teniendo noticia el cabo gobernador de aquella provincia, despachó un capitan que en breve espacio le cortó los pasos. Trajéronle a la ciudad a que pagase tan crueles homicidios. Fué notable cosa el sentimiento con que este bárbaro se volvió a Dios, no deseando otra cosa que enterarse en las de la fée y morir en ella. Confesó haber recebido el agua del santo baptismo por mano de un español en su tierra, pero por haber sido sin ninguna disposicion ni intelijencia de lo que recebia, pareció conveniente a uno de los nuestros baptizarle de nuevo *sub conditione*. Despues eran tantas las lágrimas y dolor que mostraba, que aunque habia ocasionado muy grande ira del pueblo, movió a compasion: con tan gran disposicion murió dejando prendas de su salvacion y con mucho consuelo del Padre que le ayudó.»

CAPÍTULO XXII

Contiene lo que de estas misiones de Chiloé refiere la ánua de 1633 y 34.

Todo lo referido en el capítulo pasado es de la ánua citada, en este se dirá lo que refiere la de treinta y tres y treinta y cuatro, tambien por sus mesmas palabras, que dicen así: «Tres solos de la Compañía que llevan el peso de una de las apostólicas y gloriosas misiones que se hallan en todas las tierras, que con gran gloria del Señor pisan los hijos de la Compañía, en que se podian bastantemente emplear los fervores y ánsias de muchos hijos della, que en la Europa anhelan por trabajos y ocasiones de emplear la vida y ofrecerla por aquel Señor que con tanto amor y liberalidad dió la suya por la salud del mundo. Hay en este archipiélago de Chiloé, convecino del celebrado Estrecho de Magallanes, muy gran número de islas pequeñas. Una grande en que está fundada una poblacion de españoles y el mayor número de los indios naturales. Las islas pequeñas, a proporcion de su capacidad, reciben habitadores naturales de las mismas islas, mas o ménos, conforme a su grandeza. En tierra firme están levantados unos fuertes de españoles que sirven de freno al indio enemigo de Chile para que no ofenda las islas de Chiloé. Todo esto está a cargo destos tres fervorosos hijos de V. P. que discurren por estos mares en piraguas de muy pequeño porte, hechas solo de tres tablas, con riesgo, tras cada paso, de la vida, socorriendo a la jente mas desamparada que tiene la Iglesia, si bien inclinada a todo lo que dice con su salvacion, de donde se echa de ver los trabajos que en acudirlos se pasarán, donde los aguaceros son contínuos y por esto la tierra muy húmeda, llena de pantanos y montes asperísimos, y en medio de tanto rigor las confesiones que por aquellos mares e islas desamparadas nos piden muy frecuentes, y por impedirlo a veces el tiempo, sucede estar tres y cuatro meses en una isla al aire, al frio y al agua, con no mayor

abrigo que un pequeño manteo, y el sustento es de papas, que son el mantenimiento ordinario desta tierra, y cuando mucho algun marisco, con que esperimentan muy crecidos trabajos, haciendo a despecho dellos, heróicos servicios a la Divina Majestad.

«Estos años parece ha sido mayor el fruto que otros, así en la ciudad de Castro, que está fundada en la principal isla, como en las misiones que de ella se han hecho a los fuertes e islas de Calbuco, porque en la ciudad ha habido muy particular frecuencia de sacramentos, gran concurso a oir la palabra de Dios, que se ha predicado con notable espíritu y fervor, con maravillosos efectos de muchas confesiones, de las cuales no pocas han sido jenerales, y otras, que en algunos años habian sido sacrílegas, se hicieron buenas, con singulares muestras de arrepentimiento y enmienda de vidas muy escandalosas y relajadas, a que no poco han ayudado las justicias, mayormente el jeneral, que con todas veras ha procurado desarraigar escándalos públicos, para lo cual han venido a nuestra casa pidiendo les reprehendamos a ellos, como a cabeza, y les exhortemos a cumplir con las obligaciones de su oficio. Así lo han hecho los Padres, aunque con mucha cordura y sin dar justa ocasion de sentimiento, y así se ha remediado mucho la ciudad, echando fuera y aun desterrando la justicia muchas ocasiones que la inquietaban. Confiesan todos que no saben qué fuera dellos si les faltara la Compañía: tiénennos grande afecto, y así apénas hay indio ni español que no se confiese con los nuestros, diciendo que entre todos nos trajo Dios al mundo para este oficio de consolar las almas, y cierto con razon, porque es grande el cuidado que han tenido los Padres en acudirles, mayormente en una pestecilla que corrió una temporada de chabalongo, de que murieron muchos indios, en la cual apénas paraba un Padre, que solo se habia quedado en el pueblo (por estar los otros dos en mision) a causa de ser llamado de muchas y diversas partes a confesiones, y vez hubo que habiendo estado confesando toda la mañana en nuestra iglesia y luego subido al púlpito a predicar, en bajando, sin poder llegar a casa ni aun a desayunarse, fué corriendo dos o tres leguas por ser llamado con toda priesa, y estas confesiones son muy ordinarias al rededor de la ciudad, con notable incomodidad de los nuestros, porque en tiempo de ivierno son los caminos tan trabajosos de lodos y malos pasos, aguardando los bajamares, que, si no se ve, no se puede hacer concepto de su escabrosidad, la cual obliga muchas veces a entrar por montes y a pié y no pocas veces descalzos.

«No ha sido menor sino mayor sin comparacion el trabajo que los nuestros han tenido en las misiones y visitas que han hecho a las islas, pues podemos decir con mucha verdad que siempre traen jugadas las vidas, con evidentes y contínuos peligros de perderlas por la salvacion de las almas, y si bien andan siempre con estos riesgos, estos años los han corrido muchos mayores, porque han soplado muy récios vientos, que han alterado grandemente los mares, suficientes a hacer sepoltura, no ya de las piraguillas en que los padres andan, sino de muy fundados navíos; pero el Señor, cuya causa hacen, los ha sacado destos y otros evidentes peligros y les ha consolado en sus trabajos con el copioso fruto que han

cojido de su fervor y zelo, porque las confesiones que se han hecho en estas visitas de indios y en los fuertes han sido en gran número y muchas de almas totalmente desamparadas. Destas confesiones han sido muchas jenerales y muchas repetidas, por haber sido sacrílegas las antecedentes, y lo que mas consuela es que muchos murieron luego que recibieron este beneficio de la confesion. Era de ver cuanto la deseaban y clamaban por un padre que les oyese sus pecados los muchos enfermos de la peste que tambien se habia estendido a aquellas islas. Así se lo decian con lágrimas a los padres, que llegando a sus pobres chozuelas, los hallaban tendidos en un pellejuelo o sobre un poquito de paja en el suelo, sin tener qué llegar a la boca. Tanta es su miseria y tanto el desamparo de aquella jente, y vez hubo que habiendo avisado los padres en una isla para que se juntasen a la iglesia sus moradores, y no viniendo nadie en toda la mañana, llegó, finalmente, un viejo, diciendo que no esperasen mas, porque todos los de la isla estaban muy enfermos. Oyendo esto los padres fueron uno por una parte y otro por otra y hallaron ser verdad, y a todos con tanto desamparo y desconsuelo, que les quebró el corazon, y así los fueron confesando y alentando a todos, particularmente al cacique de la isla que estaba ya en los huesos esperando la muerte por instantes. Alegróse sobremanera de ver al padre, porque le habia deseado mucho: entró en el rancho y halló otros cinco enfermos, y sola una vieja en pié que los servia, y sabiendo que la mujer que tenia el cacique era manceba, le exhortó a casarse con ella y a los demas a la confesion: a todo salieron de muy buena gana, y mostrando mucho dolor de la vida pasada, se confesaron todos, y el cacique se casó y confesó con muchas lágrimas, y luego que salieron los padres de la isla, murió, dejando prendas de su salvacion, que parece solo esperaba la muerte la buena disposicion de aquella alma.

«Otro caso semejante le sucedió en otra isla a un viejo y a una vieja que no se podian casi menear, y parece que solo estaban aguardando esta luz de Nuestro Señor y bien de sus almas para morir, porque sin tener los Padres noticia alguna dellos, muy a caso los encontraron, y casándolos y confesándolos los dispusieron para una buena muerte, que tuvieron en breve, con gran consuelo suyo y de los Padres; con cuya industria y solicitud han salido muchos del profundo abismo de ocasiones envejecidas, apartándose los unos y casándose mas de ciento y sesenta y cuatro personas, mayormente en una isla llamada Mayum, muy cerca del fuerte de Carelmapu, donde casi todos vivian como bárbaros. Aquí trabajaron los Padres incansablemente para instruirles y doctrinarles, y ellos recibieron con mucho gusto las cosas de Dios y acudieron con devocion y frecuencia a rezar y oir misa, y todos los que allí se hallaron se casaron con mucho gozo, y confesados muy despacio, decian grandes elojios de los Padres y les rogaron que volviesen por allí muchas veces y los consolasen disponiéndolos para la bienaventuranza. Baptizáronse muchos adultos, y en estas y otras islas, mas de doscientos y cincuenta niños que sin duda perecieran eternamente si los Padres no hubieran acudido a este ministerio, tomando talvez su celo por instrumento la divina providencia para hacer ostentacion de su grandeza, como la hizo en

algunos anjelitos, que, recebida el agua del baptismo, fueron a gozar de Su Majestad.

«Destos diré solo dos casos, dejando otros por no alargar esta relacion. Llegó un dia muy apriesa un indio a llamar un Padre para que baptizase una criatura recien nacida que se estaba muriendo. Fué el Padre con la presteza que pedia el caso, y viendo que el rio venia de monte a monte y que no podia pasar de la otra parte, fué rio arriba buscando vado para pasarle: no pudo hallarle sin grande riesgo, mas, como iba sobresaltado no se le muriese la criatura, aunque con notable peligro, se arrojó al rio, y ayudándole Dios, pasó seguro. Llegó a la casa donde estaban llorando, y no hallando la criatura por haberla llevado a otra buscando quien la baptizase, por temer que el Padre no habia de llegar a tiempo, fué siguiendo el rastro, y hallándola ya muy al cabo, la baptizó, rindiendo con el agua el alma en manos del que la habia criado.

«Otra vez habiendo ido los dos Padres a confesar unos enfermos a dos partes muy distantes, vino un indio muy aflijido y apriesa a llamar al otro Padre que quedaba, diciendo que de la otra parte del rio habia una mujer recien parida de dos criaturas, las cuales estaban ya en manos de la muerte. Fué volando el Padre en un caballo que Dios le deparó allí para pasar el rio. Baptizó las dos criaturas y al mesmo punto se partió a la vida eterna la una, que luego que recibió el agua perdió la temporal.

«Estos son los efectos de la divina predestinacion, y no son ménos espantosos los de la divina justicia, porque entre algunos escándalos públicos que los jueces han quitado estos años, fué uno sacar una india de poder de cierta persona principal, que mucho tiempo habia vivido escandalosamente con ella, y no solo él sino tambien sus hijos. Sintió mucho que se la quitasen, y escapándose la india de un ministro de justicia que la llevaba, y volviéndose a su casa, él la ocultó, y públicamente se quejaba arrebatado de la pasion, y ciego con la cólera echaba verbos por las dilijencias que de nuevo se hacian para prenderla. Pareció a un Padre de los nuestros que seria bien tomar la mano y hablarle en secreto; así se hizo, atrayéndole poco a poco y despues aconsejándole se volviese de veras a Nuestro Señor y hiciese una confesion jeneral bien hecha y no diese ocasion a que la divina justicia castigase su rebeldía; el replicó: «Padre, bien me aconseja, y conozco que eso es lo que me está bien, pero no puedo por ahora, que ando muy inquieto y me tiene por suyo esta pasion;» y así se despidió para irse a su isla, mas apénas habia llegado a ella, cuando dentro de pocos dias, estando conversando con un capitan amigo suyo, de repente le sobrevino un mortal accidente, con que se retiró a la cama, donde el amigo que sabia muy bien su mal estado, le exhortó que mirase por sí y se confesase, mas él dijo que no estaba tan malo, y en vez de llamar al confesor, hizo llamar a los deudos que le visitasen. En el ínterin, de tal suerte le apretaba la enfermedad, que le sacaba de juicio; llaman de priesa a un confesor fuera de nuestra casa; escúsase, no creyendo iba tan adelante el accidente; saben esto los nuestros, y al punto parte el Padre que ántes le habia tratado; llega a su casa a media noche y hállale desvariando. Háblale, con todo eso, con

mucha ternura y compasion; trácle a la memoria lo que pocos dias ántes le habia tratado, y engrandeciéndole la bondad de Dios, le exhorta con eficacia a la confesion; pero con mayor fuerza le resistia el enfermo diciendo que no estaba tan enfermo como pensaban, que no le aflijesen, que con eso le quitarian mas presto la vida. El Padre trabajó en estremo toda aquella noche hasta otro dia, y tanto le dijo, que al fin le redujo a que se confesase, pero tan mal como mostró el efecto, porque contaron los que allí se hallaron presentes, que luego que salio el Padre, decia el miserable enfermo. «¡Han visto: el Padre que todo quiere que se lo digan!» y que comenzaba a cantar y a llamar apriesa y muchas veces por su nombre a la india manceba, y a decir disparates como un loco. Despues entró el vicario y cura del pueblo, y no admitiendo sus saludables consejos a la confesion, se partió triste de su presencia. A lo último dicen que volvió algo en sí y que pidió misericordia. Fué segunda vez llamado el confesor, pero en vano, porque espiró sin poder gozar desta medicina. Este desastrado y miserable fin causó en los pechos mas obstinados espanto y pavor, y admiracion en los buenos de los altos juicios Del Muy Alto.

«No le causó menor otro suceso semejante. A otra persona principal, que decian tenia escondida otra india, tras que andaba la justicia haciendo dilijencias por ser una de las que causaban mayores escándalos en la ciudad, envió a decir uno de los que la gobernaban en aquella sazon, que mirase lo que hacia, que estaba muy cerca de su casa el juicio de Dios. Aunque sintió este recaudo no hizo caso, mas dentro de pocos dias enfermó gravemente, y aunque le apretó la enfermedad y sabia que estaban allí cerca dos Padres de la Compañía, no quiso confesarse ni los que estaban presentes trataron de llamarle confesor. Una noche, por estar muy triste y fatigado le tocaron una guitarra para que se alegrase; quedóse durmiendo y a media noche despertó pidiendo a voces algo de comer; despertaron asímesmo los de su casa, y apénas le habian puesto delante la comida cuando se comenzó a demudar y sin decir Jesus se quedó muerto de repente, dejando a todos por una parte atónitos y por otra muy escarmentados.

«Pero lo que ha causado mayor terror en todo Chiloé y aun en todo Chile ha sido la ruina que padeció el fuerte de Carelmapu, causada de la violencia de un huracan o remolino, que dicen pasó en un credo. Fué el caso que, a catorce de mayo de seiscientos y treinta y tres, al cuarto del alba, se oyó de repente un tan vehemente y espantoso ruido por todas las casas y fuerte, que desnudos obligó a los moradores a saltar con gran priesa de sus camas, desamparando las casas y huyendo afuera para ver lo que era, porque todo parecia venirse abajo: y fué así que las tres galeras grandes del fuerte vinieron al suelo con todo un lienzo del malal y dos puertas muy pesadas, que despues, como dicen, apénas podia menear toda la compañía de soldados, las sacó de sus quicios el remolino. Los que iban hácia la iglesia, que es buena y capaz, toda de tablas y maderas, la hallaron arrasada por tierra. Las cruces que por algun trecho estaban al rededor, caídas en tierra, distantes de sus primeros lugares; los que iban hácia la casería veían todas las casas maltratadas, unas del todo por el suelo, como la nuestra, con un gran cajon que habia

dentro hecho astillas. Otra de un soldado que apénas habia salido huyendo temeroso cuando cayó toda la casa, dando lugar a que tambien se escapasen la mujer y los hijos, y otras que habian desmentido de sus lugares, y otras, finalmente, destechadas y maltratadas de suerte que todas hicieron ruina, sin que alguna se pudiera escapar. Seguíase luego el ver las pilas de tablas y tablones: éstos, algunos hechos pedazos; aquellas, sembradas por la playa y el mar, entrando despues a sacarlas con el agua a los pechos, yendo otras a parar a una isla distante tres o cuatro leguas. Las piedras de la playa con la grande fuerza, fuera de sus lugares, amontonadas hácia algunas casas. Dos piraguas que habia, hechas pedazos. Todo este destrozo vieron de repente sin tener ya donde guarecerse de un muy grande aguacero que les caia encima, y así, todos turbados y temerosos, no sabian sino clamar y dar voces pidiendo misericordia al Señor, y diciendo algunos; «Esto es lo que nos predicaba aquel Padre, esto lo que nos solia decir.» Y quietándose algun tanto tuvieron deseo de ver a la Vírjen, que es una imájen de devocion que tienen en este fuerte, por título Nuestra Señora del Rosario y de Puerto Claro, la cual tenian en Osorno ántes de la pérdida de las ciudades en el convento de Santo Domingo, y desde que se retiraron, aquí la tienen, acudiendo a ella con mucha devocion, y en particular en tiempo de necesidades, haciéndola novenas. Pensando, pues, que estaria hecha pedazos con las demas imájenes por haber caído la machina de la iglesia encima, fueron abriendo camino, quitando la madera, apartando los palos y demas fajina, hasta que llegaron a la reja de la capilla mayor, donde hallaron a la Santísima Vírjen entre un huequecito de unos palos, con el niño Jesus en sus brazos, sin lesion alguna, lo cual tuvieron a gran maravilla porque la Vírjen estaba en el altar mayor, en su tabernáculo, metida en medio de su nicho y encajada en una peaña sobre un espigon de hierro, que aun cuando la quieren quitar de propósito para llevarla en procesion o vestir, es menester sacarla con fuerza; y el tabernáculo que he dicho solo se trastornó en el mismo lugar que estaba, cayendo el techo encima, y parece que la Vírjen habia de caer debajo de todo, mirando solo el sitio y postura que tenia, y con todo eso, la hallaron, como queda referido, mas de veinte piés retirada, vuelta al santo Cristo, que estaba en el colateral de la mano derecha, como pidiendo misericordia. Este santo Cristo asímismo inclinado y como encorvado. Es muy devoto, traido tambien de las ciudades de arriba. Las demas imájenes y todo lo que en la iglesia hallaron, hecho pedazos. El tabernáculo estaba entero, mas algo deslustrado. Prosiguieron limpiando el suelo de la iglesia, que solo habia quedado. Aquí tuvieron grande espanto porque hallaron los huesos y calaveras de los muertos desenterradas, y juntamente un cuerpo muerto que no se habia acabado de corromper. Fué la causa que la gran violencia del remolino, como no pudo quebrar las madrinas de alerce que tenia la iglesia, y entraban como vara y media en tierra, las arrancó, y con palancas aventaron la tierra, llevando por delante las sepulturas de muertos que encontraron, desenterrando sus cuerpos.

«Quisieron mas saber de dónde o cómo habia venido el dicho remolino, y fueron hácia las rancherías de los indios, que están del fuerte espacio

de legua y media, los cuales ni sabian ni habian oído cosa alguna; solo hallaron en un puesto, que llaman las Tres Leguas, y estaba como cuatro o cinco cuadras enfrente de la iglesia, árboles arrancados, de donde, espantados, se volvieron al fuerte; mas, no paró aquí la calamidad y tormenta, porque poco despues vieron uno como globo de fuego sobre un monte alto que cae encima del fuerte y adonde suelen subir a ver entrar los navíos, el cual parecia amenazar aun mayor ruina. De allí saltó al mar alterando las aguas; tras él vino una gran tempestad de truenos, acompañada de una grande escuridad, que iba volando por toda esta bahía, y últimamente despidió de sí el cielo granizo mas grueso, sin encarecimiento, que balas grandes de mosquete, quedando el mar como hirviendo y levantando tan grandes y altas olas, que dicen ser cosa increíble si no es a quien lo vió. Aquí quedaron mas maravillados y comenzaron a pedir misericordia, la cual usó Nuestro Señor, pues envió este castigo cuando el jeneral, con la mas de la jente, estaba fuera de allí, que a estar toda junta, murieran muchos, y por misericordia de Nuestro Señor y de la Vírjen, solamente uno salió lastimado, otros estuvieron en gran riesgo y peligro. Esto cuentan los capitanes que se hallaron presentes. Acabo con decir lo que ellos dicen: que parecia ser dia de juicio ver todos los elementos revueltos, y que así concibieron grandísimo temor, estremeciéndoseles las carnes, y aun agora, cada vez que lo cuentan, quedan maravillados y llenos de temor. Dicen, tambien, que debió de venir algun demonio envuelto en aquel remolino, permitiéndolo Nuestro Señor para castigo de los que, llevados de sus apetitos, vivian a rienda suelta. Causó este castigo del cielo muy gran temor y enmienda de pecados.

«La devocion a la Santísima Vírjen y a su rosario ha crecido mucho en esta tierra con el caso siguiente, bien sabido en todo Chiloé, y bien conocida la persona a quien sucedió. Hubo en un lugar, a quien llaman Melilehue, una india esclava, a quien cojiéndola en la guerra siete años há, la habian puesto en casa de una señora principal. Enfermó gravemente, y habiéndose confesado una y muchas veces con el cura, y estando ya convaleciente, volvió de repente a recaer y a llegar en un punto al último trance de la vida. Dan parte a su señora los que allí asistian, poniéndola delante de los ojos el gran peligro de la esclava y las horrendas muestras que daba su rostro de alguna temerosa vision. Parte volando la señora y entrando al aposento de la enferma, dice con devocion «alabado sea el Santísimo Sacramento», palabras que apénas habia acabado de decir, cuando respirando un tanto la que ya estaba casi difunta, dió las gracias a su señora, afirmando que al punto que ella entró, comenzó a dejarla una gran caterva de demonios que la atormentaban; mas, que si bien la habian dejado, no se habian ido totalmente, que allí estaban a vista, amenazándola en uno de los ángulos del aposento. «No temas, hija, replicó la señora, besa aquí este rosario de la Santísima Vírjen y las sagradas imájenes que dél penden. Toma en las manos estas armas y ten por cierta la victoria de aquestos infernales enemigos». ¡Cosa digna de grande admiracion!: apénas hubo tocado las benditas cuentas, cuando muy alegre dijo haber huído aquellos tremendos mónstruos; diéronla todos el parabien, y preguntándola su señora qué causa habia dado para que la ator-

mentasen aquellos enemigos, si por desgracia suya se habia confesado mal o callado algun pecado por vergüenza, «sí, callé dijo ella, que antiguamente quité la vida a una hija mia, vengando en ella algunos agravios que mi marido me habia hecho, y esta hija mia estaba tambien en compañía destos espíritus infernales, que apretándome la garganta me hubieran muerto, si tú, oh!, señora mia, no hubieras venido con tanta presteza a socorrerme.»

«Contenta la señora con haber descubierto ya la llaga, procuró abrir la puerta a la medecina de aquella alma, y exhortándola a hacer una buena confesion, se la facilitó grandemente; prometióla hacer llamar con toda diligencia a algunos de los padres de la Compañía, de quien, enteramente confesada, recibiria el beneficio de la absolucion; mas, porque mejor se vea la fuerza del rosario, sucedió que yéndose a su cuarto aquella matrona, hizo que se le volviese el rosario para rezarle, como lo tenia de costumbre. Y luego volvió aquella infernal canalla a atormentar de nuevo a la doliente, lo cual, entendido de su señora, juzgando le habian quitado su defensa, mandó se le volviesen luego, con que al punto echó de sí al demonio y quedó libre hasta el siguiente dia, y viniendo uno de los padres, la confesó con gran consuelo suyo, con lo cual creció la devocion del rosario en todos los que supieron el suceso.

«No la han ocasionado menor a nuestro gran Padre San Ignacio, otros casos de igual admiracion, porque, dejando aparte los muchos enfermos que han sanado las reliquias de este gran patriarca y los muchos niños que han sacado a luz, estando ya sus madres para morir de dolores de parto, fueron notables casos los siguientes. Hubo cierta india, que, destituida no solo de sacerdote que la confesara, sino tambien del uso de todos sus sentidos, habia estado dos o tres dias luchando con la mesma muerte. Sucedió que llamado uno de nuestros padres para otro que tambien se estaba muriendo y vivia cerca del lugar donde estaba la india con tanto desamparo, despues de haberle confesado, supo muy acaso el estremo peligro de la india, y partiéndose allá con mucho zelo de su salvacion, la halló sin sentido, y lastimándose grandemente de su desgracia, dijo a no sé qué soldados que por dicha se hallaron allí, que estaba concluida la perdicion de aquella miserable, si todos, hincados de rodillas, no hacian instante oracion por su alma. Así lo hicieron todos, compadecidos, y el Padre, poniendo con mucha devocion sobre el pecho de la enferma unas reliquias de nuestro padre San Ignacio, pidió con grande afecto su favor y ayuda; todos le acompañaron e invocaron el nombre de nuestro santo y no sin fruto, porque luego que pidieron su favor tres veces, la que al parecer difunta habia estado tres dias sin habla y sin sentido, comenzó de repente a hablar, y haciendo que se saliesen todos, se confesó con el padre muy despacio y con notable agradecimiento al Santo de quien confesaba haber recebido tan soberano beneficio.

«Semejante fué el caso que pasó a un cacique, el cual como viniese cierto dia a un lugar donde los nuestros estaban en mision y fuese reprehendido de uno de ellos por ser muy perezoso en el negocio de su salvacion, por sospecha que con fundamento tenia el Padre de que años habia no recebia ningun sacramento de la Iglesia. El indio, por entónces, despre-

ció sus saludables consejos; poco despues, volviendo bueno, sano y con enteras fuerzas, de repente cayó en el suelo desmayado, y estando como muerto algun espacio de tiempo, comenzó con gran furia a revolcarse por la tierra, a crujir los dientes y dar horrendas y temerosas voces. Los nuestros que presentes estaban, colgando del cuello de aquel miserable unas reliquias de nuestro santo Padre, imploraron con notables ánsias su ayuda. Oyóles muy en breve el glorioso santo, y alcanzando de su Divina Majestad en medio de tan estraña rábia gran sosiego, dió a aquel pobre indio remedio y lugar de confesarse y pedir misericordia, como lo hizo de sus pecados.»

CAPÍTULO XXIII

De lo que la ánua de treinta y cinco y treinta y seis refiere de esta mesma mision de Chiloé.

Refiero en este capítulo lo que la ánua de treinta y cinco y treinta y seis nos cuenta de esta gloriosa mision, de la cual dice así. «Llego con gusto a esta residencia, porque llegar a ella es llegar a una mision que absolutamente es de las mas apostólicas que tiene en el mundo la Compañía, y tal que los muy aficionados a trabajos tendrán en ella tantos y tan contínuos que satisfagan bien a su deseo y aun necesitarán de mayores auxilios que los ordinarios de Nuestro Señor para llevarlos, porque está dividida en dos fuertes de españoles y en un archipiélago de muchísimas islas, distantes unas de otras, y los habitadores dellas tan desamparados, que en lo natural parece que les fué madrastra la naturaleza, por la mucha falta que tienen de abrigo y de comida, que solo se sustentan con algun marisco y con unas raíces de la tierra, sin saber qué cosa es trigo ni otro mantenimiento mas regalado; y en lo espiritual, si no tuvieran a nuestros misioneros, apénas vieran un sacerdote en muchos años. Los mares son inquietos, borrascosos y sujetos a las furias de los vientos. Las embarcaciones unas piraguas tan pequeñas y frájiles, que solo verlas y mirar las olas del mar que navegan causa tanto temor que solo puede vencerlo un apostólico zelo de las almas.

«En fin, los padres tantas veces ofrecen al peligro sus vidas, tantas las consagran a Quien se las dió, cuantas veces visitan aquellas islas. Cuantas veces los llaman los naturales, todas acuden con prontitud maravillosa, y movidos de la gloria de Dios y llevados de la docilidad y buena disposicion de aquellos indios, que la tienen mucho mayor que los de por acá, no reparan en riesgos, apechugan con todos los peligros y tal vez se están en una isla detenidos de los temporales algunos meses, sin mas abrigo que un manteo, sin mas sustento que el que los indios les

dan de su pobreza; pues aun cuando están en su sosiego, todo es pobreza, todo incomodidades, todo desamparo y un retiro tan grande del resto del mundo, que no puede ser mayor. ¿Qué diré mas? Están en la popa del mundo; mas, siempre con la proa a Dios, que liberalmente los consuela en tanta carestía de consuelo humano. Mas, dejando aparte lo comun, a que se ha acudido con no menor cuidado que otras veces se ha dado cuenta a V. P., diré solo lo mas notable y digno de memoria.

«Esto y muy raro el suceso que tuvieron los padres en una destas misiones. Atravesando un golfo, de repente se levantó un viento tan contrario, que por mucho que lo procuraron, ni pudieron arribar ni tomar una isla que estaba a manderecha, sino que arrebatándoles el viento, les sacó, a Dios misericordia, a otra isla remota. Tuviéronlo y con razon a especial providencia de Nuestro Señor, que por este camino quiso salvar tres almas, porque preguntando acaso si habia enfermos en aquella isla, respondieron que dos indias lo estaban y de peligro, y la una ya a las puertas de la muerte. Fueron los padres luego a confesarla y hallaron que la que estaba ya casi difunta, estaba amancebada muchos años habia, mas con sumo deseo de ver un Padre que la ayudase en su necesidad, y así su gozo cuando le vió entrar por sus puertas fué a medida del deseo que habia tenido. Por las circunstancias que concurrieron, se colijió que el indio que la tenia la ocultaba y no la dejaba ir a la iglesia cuando pasaban los padres por aquella isla (que así lo suelen hacer, porque ni los reprehendan ni los aparten). Confesóse la india como deseaba, la cual dejó luego con mucha voluntad a su galan y a los hijos que dél habia tenido; y para mostrar mas los quilates de su penitencia, a vista de los padres, se hizo llevar como pudo a otra isla, donde tenia deudos, para morir bien apartada de la ocasion, como lo hizo luego que llegó, dejando a todos con bien fundadas prendas de su salvacion. Al indio tambien se reprehendió ásperamente, con que deseando enmendar su vida y seguir el ejemplo de aquella a quien él habia causado tantos escándalos, se confesó de todos sus pecados con grandes indicios de arrepentimiento. Asimismo se confesó la otra india que estaba enferma, y en breve murió no ménos dichosa que la primera, porque se muriera sin confesion, si Dios, con providencia tan particular, no hubiera llevado allí los padres que la confesasen. Y vióse ser efecto maravilloso de la predestinacion de aquellas almas, porque luego que se confesaron, se sosegaron los vientos y los mares y tuvieron los padres excelente tiempo, con que prosiguieron su viaje llenos de gozo.

«Un cacique principal tenia a su hijo amancebado, con escándalo de sus vasallos, y pasando los padres procuraba encubrirlo y que no lo supiesen. Mas, viniéndolo a entender uno dellos, descubrió la maldad, riñó con seriedad al cacique y amenazándole con castigos de Dios y de los hombres, le dejó y se embarcó para otra iglesia. Surtió buen efecto la reprehension, porque luego el dia siguiente fué este cacique tras el Padre, buscando para ello embarcacion, y aunque estaba ciego y enfermo, venciendo muchas dificultades, se llevó al hijo y a la manceba para que los casase. Pidióle perdon con humildad, casó el Padre a los mozos, y ellos y el viejo se volvieron gozosos a su isla. Otro llegó a confesarse,

que era asimismo de los mas principales de aquella isla; mas, entendiendo el Padre de antemano que vivia licenciosamente con dos mujeres, delante de los demas le reprehendió, diciéndole, entre otras razones, que se le habia de llevar el diablo; y díjoselo con tan vehemente espíritu que le dejó confuso y pensativo, y en breve tuvo efecto la suspension, porque luego le trujo al Padre las dos mujeres, diciéndole que a su voluntad dispusiese dellas, que él deseaba salvarse y disponerse para confesar, echando de sí los estorbos; y para hacerlo mejor, escojió la primera para su lejítima mujer: confesóse y casóse con edificacion y consuelo de todos y gusto suyo.

«En la mision que los Padres hicieron a los indios de Calbuco y sus islas inmediatamente despues de aquel espantoso temblor de que ya se ha dado noticia a vuestra paternidad, hallaron a estos indios muy temerosos, sin saber qué habian de hacer y en qué habia de parar tanto enojo como a su parecer mostraba Nuestro Señor, y preguntaban a los Padres, como a quien lo sabria, si habia de salir el mar o abrirse la tierra para tragarlos. Fuéles esta buena disposicion de notable consuelo, y fundaron en ella las esperanzas de muy colmado fruto. Y así, tomando ocasion de lo que ellos decian, se les dió a entender que era castigo de Dios que justamente estaba enojado por sus pecados, y que si no los confesaban los castigaria sin duda con mayor rigor, echando sus almas al infierno. Fué Dios servido que por este medio se cojiese mas fruto de esta mision que de muchas que se les han hecho de algunos años a esta parte; porque siendo así que su mayor pecado y mas frecuente es el comun de la torpe comunicacion con mujeres, muchos las dejaron, y los mas, casándose con sus amigas, quedaron en buen estado. Todos prometieron de hacer iglesias, en cada isla la suya, y rogaron a los Padres que les visitasen frecuentemente porque sola su vista los consolaba; prometiéronlo así, y por estar ya los indios para salir a una maloca, los despidieron con su bendicion.

«Quiero contar aquí un suceso que tuvieron los Padres en una destas islas. Fué el caso que viendo un indio que todos los de aquella isla se confesaban y casaban segun pedia su necesidad, y que a él solo le habian desechado y reprehendido mucho delante de los demas, diciéndole que era hijo del diablo porque vivia escandalosamente con dos mujeres, por una parte las queria dar de mano, movido de la reprehension, y por otra no se determinaba reparando en que le habian costado muchas pagas, y así para hacer en la apariencia lo uno y en la verdad lo otro, sacaba por partido que casándose con la una tendria a otra por su criada; mas, conocida la traza de casarse con ésta y quedar amigado con aquella, no fué admitido sino ántes desechado con nuevas reprehensiones. Con esto se sosegó y pidió mas tiempo para mirar mejor lo que le convenia, y fué traza de Dios para reducirle: abrióle los ojos para ver el despeñadero en que estaba su alma, tiró la rienda a su apetito y ántes que se apartasen de la isla los Padres les vino a hablar humilde y compunjido, y poniendo delante a las dos mujeres, dijo públicamente que queria servir a Dios, confesarse y casarse como los demas; así se hizo, casóse con la primera, y llamando a los deudos de la segunda, dijo al Padre que él mismo se la

entregase, que él desde aquella hora se apartaba della para siempre y perdonaba las pagas que habia dado, que ya era viejo y creia lo que los Padres le decian: con que mostró el toque que habia dado Nuestro Señor a su corazon y edificó mucho a los que habia escandalizado con su mal ejemplo.

«Antes que saliesen de Calbuco tuvieron aviso los Padres que un indio se moria en la isla mas remota, y pedia confesion: fueron allá y halláronle con mala disposicion por tener mal trato con dos mujeres; mas, movido de Dios y de los consejos de los Padres, las mandó llamar y con un despego cristiano las ordenó que luego saliesen de su casa, y suplicó al Padre lo escusase; hízolo así y con grandes ánsias se confesó, y alentándole el Padre para morir, pasó a su mision dejando en su compañía un capitan español, que no se hartaba de contar los fervorosos actos que hizo despues que se partieron, pidiendo a Dios misericordia y su amparo a la Vírjen Nuestra Señora, y así murió.»

Hasta aquí lo que las ánuas refieren de estas gloriosas misiones de Chiloé, a lo cual añadiré yo algunos otros casos de edificacion, que darán fin a esta cuarta clase, y sean, el primero y el segundo, los que sucedieron a un padre que ha trabajado muchos años apostólicamente en esta mision y no le nombro porque aun vive. Sucedió, pues, que un soldado vivía una vida muy escandalosa, y era sobremanera desenfrenado en el hablar, de manera que ninguno salia de su boca sino infamado de mil falsedades y testimonios que levantaba: no hubo quien fuese poderoso a correjirle, por mas que los amigos y várias personas pías lo procuraban, con que no pudiéndole sufrir mas hubieron de desterrarle a una isla; pasó por ella este Padre que he dicho, y compadecido del mal estado y peligro de condenarse en que estaba este miserable, se fué a él y le habló con tal espíritu del cielo que, aunque estaba como una piedra, hubo de ablandarse y reducirse a la penitencia, y para hacerla con la satisfaccion que debia, se desdijo públicamente ante escribano y testigos, volviendo la honra a quien la habia quitado, con que se dispuso a una buena confesion.

No me admira este caso porque el padre Luis de Valdivia, varon ilustre de nuestra Compañía y que la acreditó en aquellos reinos de Chile y del Perú y despues en España con sus grandes letras y virtud, me contó de este mesmo Padre otro caso admirable. Y fué que habiendo otro soldado en aquel estado, muy jurador y blasfemo, le exhortó muchas veces a que se *fuese a la mano y no jurase*; el soldado no hacia caso de lo que el Padre le predicaba: amenazóle un dia diciéndole que si no se enmendaba le habia de castigar Nuestro Señor; rióse de ello el soldado, pero el efecto mostró no ser cosa de risa, porque luego *allí a vista de todos* quedó mudo: queria hablar y no podia, afijíase y congojábase en estremo, pero con buen efecto de arrepentimiento que mostraba, vuélvese al Padre, y de la manera que puede, con señas y visajes, propone la enmienda, y, las manos puestas, le insinúa y pide que le libre de aquel trabajo; hizo el Padre oracion y al punto le volvió el habla, confesóse y enmendóse de allí adelante.

Andando una india por el campo se le apareció un horrible mónstruo, con cuya vista, espantada y despavorida, invocó el santísimo nombre de

Jesus, con lo cual desapareció aquel horrible espectáculo; vió luego que le salia al encuentro un sacerdote de nuestra Compañía, el cual le reprehendia severamente sus pecados y el haberlos callado en la confesion. «Confiésate, le dijo, enteramente y alcanzarás perdon de ellos, como lo hizo tal indio, que por haber hecho una buena confesion se fué al cielo.» Volviendo la india a su casa se halló tan llena de pavor y miedo que cayó desmayada, pero volviendo en sí, buscó a uno de los nuestros; refiriéle lo que le habia pasado, hizo una buena confesion y corrijió su vida.

Convirtióse a Dios un famoso hechicero, el cual refirió que para aprender esta abominable arte, le habia subido a un áspero monte, un viejo su maestro, muy versado en ella, y que habiéndole dado a beber de unas yerbas amarguísimas y aparecídoseles el demonio, ya en forma de cabra, ya de camello y otras figuras, quedó docto en la facultad de la medicina; comenzó a ejercitarse en ella y persuadíale el demonio que quitase la vida a los enfermos. En medio de esta abominacion y tinieblas en que andaba sumerjido, fué Nuestro Señor servido ilustrar su entendimiento con su divina luz y santa inspiracion, con que salió de aquel pecado haciendo una buena confesion con uno de los nuestros a quien refirió este caso, y por medio de su consejo enmendó la vida.

Dejo otros muchos casos de várias conversiones por ser semejantes a los ya referidos, y por la mesma causa no refiero otros en que ha mostrado Nuestro Señor la eficacia de la intercesion de nuestro padre San Ignacio, particularmente en los peligros de partos. Es cosa maravillosa lo que en esta materia cuentan casi todas las ánuas de aquel reino. En la última que he visto del año de 40 y 41, se refieren dos casos bien notables, el uno de una mujer que habia tres dias que tenia muerta la criatura dentro del cuerpo, y el otro de otra que habia quince dias que sentia lo mesmo, y la una y la otra salieron felicísimamente de aquel manifiesto peligro, echando las criaturas muertas despues de tanto tiempo, por la intercesion de nuestro santo Padre. Tambien refiere esta mesma ánua otras maravillas que ha obrado Nuestro Señor por la intercesion de San Francisco Javier, particularmente en tempestades y tormentas de la mar, pero no refiero nada de esto en particular porque no parezca que echo gotas de agua en el mar de los prodijios y milagros de este milagroso apóstol del uno y otro orbe; y así concluyo esta cuarta clase con las mesmas palabras con que el padre Juan Baptista Ferrufino dá fin a esta mision, hablando con nuestro muy reverendo Padre jeneral en esta ánua de cuarenta y uno, en esta forma: *Minus contritarum rerum narrationem exposui. Amplisimam mesem flavescentem et candicantem ostendi: melioribus indiget. Mitte igitur, Reverendisime Pater, angelos veloces ad gentem convulsam et dilaceratam, ad populum terribilem post quem non est alius, et vale ac vive.*

SESTA Y ÚLTIMA CLASE.

La jente que mas propriamente podemos llamar *convulsam et dilaceratam*, es la que pertenece a esta sesta y última clase de las misiones de Chile, a las cuales no les conviene hasta ahora este nombre de misiones

por otro título que por el de la estrema necesidad que tienen de quien les quiera llevar el socorro del cielo, por quien claman tantas almas como las que están en mas de ciento y cincuenta islas, que, como vimos arriba, están despues de las cuarenta de Chiloé y doce de Calbuco, sembradas por aquellos mares hasta el Estrecho de Magallanes, y podemos poner por cabeza de todas las de la Mocha y Chonos, por ser las inmediatas y donde han comenzado a apuntar los crepúsculos del Evanjelio, con ocasion de algunos padres de la Compañía que han arribado alguna vez a sus puertos y dándoles de paso alguna noticia de Jesucristo Señor Nuestro, por quien están piando y dando voces que nos quiebran los corazones, porque, aunque los oimos, no hay a quien inviar a darles el consuelo que desean. Todas las demas islas *jacent in tenebris et in umbra mortis*, porque no sabemos que hasta ahora hayan jamas oído cosa alguna de la eternidad.

Pertenecen tambien a esta clase las muchas almas que están en la tierra firme desde Arauco hasta Osorno, que fué toda de españoles y la mas rica de oro de aquel reino, donde tuvieron fundadas las ciudades que les ganó el enemigo. En este distrito hay, fuera de los indios, que son tantos como se verá despues, las españolas y españoles captivos, los cuales ya serán pocos y viejos; pero la decadencia que con la violencia del cautiverio no pudieron todos escusar, es muy grande y mayor la que los mesmos indios han tenido, porque estos se han aumentado, de manera que, segun las relaciones que hay, éstos solos son mas que todos los que hay en lo restante que está conquistado de paz. Entre esta jente hay muchos cristianos, porque demas de los que aun vivirán hoy del tiempo del levantamiento y rebelion, han tenido cuidado los españoles cautivos de ir baptizando a muchos de los que iban naciendo porque sus padres no lo repugnaban, antes gustaban de ello. Pero en cuanto a la disposicion para salvarse, están tan remotos como los mesmos jentiles que no llegaron jamas a los primeros umbrales de la iglesia. Están estos indios en la tierra firme desde el grado treinta y ocho hasta el cuarenta y uno; pero de los que hay desde aquí hasta el grado cincuenta y cinco en que está la boca del Estrecho de Magallanes, no hay quien sepa cosa de cierto, porque la guerra con los araucanos ha tenido impedido el paso y así no se ha podido descubrir esta tierra por esta parte, pero por la de Chiloé han entrado algunos capitanes con quien yo he hablado y me han dicho que han hallado noticias de que hay en aquellas tierras muchísima jente y lugares muy ricos, aunque nunca han podido llegar a ellos por estar muy retirados y ser menester mas fuerza de la que llevaban. De estas noticias hay muchas y todos convienen en que la tierra es muy rica y fértil y consiguientemente habrá en ella muchos que la habitan. Es muy célebre la fama que corre de que por este distrito están los Césares, de que se ha hablado ya en su lugar.

Pongamos tambien en esta clase los indios pueiches que habitan en los valles y huecos que hace la cordillera, los cuales son en gran número, y no son pocos los que de la otra banda corren hasta continuarse con los de Cuyo por la banda del norte y por la del sur con los del Estrecho de Magallanes, donde los que han pasado por él han visto de la una y otra

parte muchos indios y entre ellos a los jigantes que dijimos arriba. Tambien pertenecen a esta clase los indios que habitan la grande isla y pedazo de tierra que llaman del Fuego y tiene de largo hasta el oriente mas de cien leguas, y de ancho tendrá por partes muy poco ménos; pero de esta jente no se sabe sino solamente lo que se ha podido conjeturar de los que se han visto en várias partes de sus costas, aunque se supone que habrá muchos la tierra adentro, como tambien en la que corre de la boca del Estrecho de San Vicente, que llaman de Maire hácia el oriente, porque a esta tierra no se ha hallado fin hasta ahora, y habiéndose visto muchos indios en aquellas costas de la boca de este Estrecho, como se refiere en la navegacion de los Nodales, se supone que la tierra adentro, siendo tan lata, habrá muchos mas.

Con esto queda dicho lo que basta de la descripcion de la tierra, cielo y temple del reino de Chile y de los gloriosos empleos que tienen en él los ministros del Evanjelio: vengo ahora al principal intento de este libro que es representar por menor la gran falta que tenemos de operarios para estos ministerios, aunque de lo dicho lo puede fácilmente entender el que pone los ojos por una parte en estas seis clases en que los he comprendido todos, y por otra en los pocos sujetos que tiene allí la Compañía, pues entre todos apénas llegan hoy a noventa, que son estremos, sin ninguna proporcion; pero para que esto se vea mas claramente y mueva a compasion tanto desamparo, daré fin a este libro con un memorial en que representé a nuestro muy R. P. jeneral Mucio Vitelleschi, de buena memoria (y lo leyeron en España los señores del Real Consejo de Indias) la grande necesidad que hay en aquel reino de mas número de fervorosos operarios del Evanjelio para la conversion de la jentilidad y para el progreso espiritual de los nuevos cristianos; pero ántes diremos algo de algunos varones insignes de aquellas misiones.

CAPÍTULO XXIV

Hácese mencion de algunos varones ilustres de la Compañía que ha habido en el reino de Chile.

Despues de haber tratado de las misiones y gloriosos empleos que la Compañía de Jesus tiene en el reino de Chile, se seguia tratar de los insignes misioneros y sujetos que en ellos se han empleado, pero como el tiempo no me da lugar a dilatarme en contar sus méritos y espirituales hazañas como merecen, dejándolas para que otro las escriba con mas acierto y debido aplauso, me contentaré, por no parecer del todo corto, con referir en estos capítulos siquiera los nombres de algunos y una o otra cosa que no hallo en los autores que dicen algo de sus vidas, y será con toda brevedad porque no puedo detenerme mas.

En primer lugar podemos poner al padre Baltasar Piñas y a sus buenos compañeros, pues fueron la piedra fundamental de nuestra relijion en aquel reino, como se vió en el cap. 5 del libro 8 de esta relacion. Del padre Piñas escribe el padre Juan Eusebio Nieremberg en su libro de varones clarísimos de la Compañía de Jesus, que intituló Honor del gran patriarca San Ignacio,[1] tom. 3, fol. 687. Hacen tambien mencion de este ilustre varon las ánuas impresas de nuestra Compañía de los años mil y quinientos y noventa y cuatro y noventa y cinco,[2] como queda apuntado en el capítulo 5 de este libro, fol. 336,[3] y el catálogo de los varones insignes de la provincia del Perú al fol. 15, 29 de julio de 1611, hace una breve suma de su vida y heróicos hechos. Otros dirán lo que queda por decir de este ilustre y relijioso varon.

1 La obra del Padre Nieremberg, *Honor del gran Patriarca San Ignacio de Loyola*, etc., fué impresa en Madrid en 1645, en folio.

2 Estas ánuas llevan la siguiente carátula: *Litteræ Societatis Jesu dvorvm annorvm 1594 et 1595. Ad Patres et Fratres eivsdem Societatis. Svperiorvm permisso.* Neapoli, 1601, en 8.º

3 Corresponde a la páj. 211 de este volúmen en la presente edicion.

Podemos poner en segundo lugar a su compañero el padre Luis de Valdivia, honra de nuestra Compañía en aquel reino de Chile, como se ve por lo que queda referido en el libro 2 desde el primer capítulo hasta el sesto, donde habia prometido tratar en este lugar mas a la larga de este ilustre varon, suponiendo que llegarian a tiempo los apuntamientos y relaciones que esperaba de sus ilustres hechos y ejemplos de virtud: otro los escrebirá con mas acierto. Véase el padre Philipe Alegambe en su famosa Biblioteca de los escritores de la Compañía,[4] al fol. 319, y el padre Juan Eusebio Nieremberg, arriba citado, al fol. 759, los cuales, aunque en breve, dicen mucho de este insigne varon. Tengo por cierto que hay mucho mas que decir. Lo que yo puedo certificar es que fué un hombre de los mas insignes y señalados que ha habido en aquellos reinos de las Indias y tan estimado y de tanta autoridad para con todos los desapasionados que le veneraban como a un oráculo. Tuvo gran talento en despejar conciencias enmarañadas y facilitar el camino del cielo a los que estaban mas desesperados de alcanzarle.

Sucedióle una vez llegar a confesar a un enfermo que estaba para morir y por sus grandes pecados tenia perdida la esperanza de salvarse: veíase rodeado de rabiosos e innumerables perros que le amenazaban para hacerle pedazos, y llegando en esta ocasion el padre Valdivia, comenzó a engrandecerle la misericordia y amor de Nuestro Señor para con los hombres con tan gran fervor y espíritu que lo trocó y le hizo sentir mejor de la divina bondad. Con todo eso no acababa el pobre enfermo de asegurarse y preguntaba al Padre: ¡Qué! ¿Es posible que siendo tantos y tan enormes mis pecados me perdonará Dios? respondió el Padre: «aunque sean como esos perros que veis, y para ayuda de costa yo os hago cesion de todas las buenas obras que hasta hoy he hecho en servicio de Nuestro Señor». Fueron tan poderosas estas palabras, que, deshecho en lágrimas, el desesperado pecador se convirtió en un fervoroso penitente, y llorando amargamente sus culpas con manifiestas señales de verdadera penitencia y de su predestinacion, murió en los brazos del Padre, dejándole sumamente consolado de haber echado aquella alma al cielo, como se puede piadosamente creer.

Estaba otra vez para morir en el Perú un soldado viejo, sin que hubiese remedio a quererse confesar, por mas que unos y otros se lo persuadian. Dieron cuenta de esto al padre Luis de Valdivia, y con su santo celo fué volando a él para ganar su alma para Dios. Y fué así, porque diciendo al enfermo que el padre Valdivia le venia a visitar, respondió diciendo: «¿Qué Valdivia? ¿es el de Chile?» y diciéndole que sí, respondió: «Si es el de Chile, entre, que juro a tal que no tenia intento de confesarme, pero, pues Dios ha traido a este hombre aquí es señal que me quiere salvar». Parece que era este el medio último que Dios habia escojido para su salvacion, porque entrando el Padre, se halló aquel hombre trocado de fiera en manso cordero, y habiendo muchos años que callaba pecados horrendos contra naturaleza, descubrió al Padre enteramente

4 El libro del jesuita belga Felipe Alegambe a que se refiere nuestro autor, se intitula *Bibliotheca Scriptorum Societatis Jesu, post excusum anno M.DC.VIII Catalogum R. P. Petri Rivadeneirae*, y fué impreso en Amberes en 1613, folio.

toda su conciencia, y con grandes muestras de verdadera penitencia se confesó y murió luego. Contóme estos dos casos el mesmo Padre dos o tres meses ántes de morir, yendo yo a verle a Valladolid donde le hallé hecho un retrato de paciencia por estar ya tan impedido de piés y manos que no podia por sí solo ejercer casi ninguna accion humana, y así estaba todo el dia clavado en una silla pasando la vida, o en oracion o leyendo a ratos en libros espirituales, y esto sin anteojos, que es cosa singular por ser ya tan viejo y estar ya tan consumido y gastado con tantos trabajos.

Estos los llevó siempre con grande igualdad de ánimo sin querer jamas vengarse de sus perseguidores, con haber sido tantos y tocándole en materias tan graves y contra su honra y presuncion. Admirado de esto un relijioso grave de otra relijion, le dijo un dia que cómo no hacia castigar, pues podia con tanta facilidad y justicia, a estos sus enemigos y malhechores y volvia por su honra: al cual respondió: «Padre, si yo hallara eso en el Evanjelio lo hiciera, pero no hallando sino ejemplos y palabras de Cristo, con que me está enseñando lo contrario, ¿cómo quiere vuestra Paternidad que lo haga? Dejémosnos a Dios, que a su *providencia* toca volver por la inocencia». Así me lo contó él mesmo y así lo hizo Nuestro Señor, convirtiendo en gran gloria suya las ignominias y falsedades que sus apasionados y ciegos calumniadores le imponian. Era toda su conversacion estos últimos dias que le alcanzé con vida, de la conformidad con la voluntad de Dios y confusion propria, diciendo que era muy malo y ingrato a Dios, y sabiendo que yo trataba de retratarle para consuelo de los que le conocieron en Chile, me llamó y me riñó y me mandó que no lo hiciese, que no era bien que quedase en el mundo memoria de un tan gran pecador.

Aunque se veia tan dolorido y impedido que no podia dar un paso, le abrasaba el celo de aquellas almas de los indios de Chile, de manera que habia hecho voto de volver allá, y pidiéndome que le llevase conmigo, me facilitaba las dificultades del camino de tal suerte que le parecia posible el emprehendarlo, y ya se juzgaba en una de aquellas iglesias catequizando como solia aquellos jentiles, aunque no podria ya ser como solia, pues cuando dió principio a los baptismos de los que se convertian a nuestra fé, cuentan las ánuas y queda apuntado en su lugar, que baptizaba tantos que tal vez no podia levantar los brazos de cansado, y la lengua de los indios la aprendió tan apriesa que en trece dias comenzó a confesar en ella y a predicar en pocos mas; pero, en fin, estas eran las últimas llamaradas que su encendido espíritu daba a los últimos términos de su vida, recreándose grandemente de hablar de los progresos de aquellas misiones y que le diesen nuevas de lo que los nuestros trabajaban, y tenia tan entera la memoria que me admiraba de oirle cuan presentes tenia las cosas, los nombres, sitios, lugares y personas que concurrieron en tiempo que fundó aquellas misiones, que es señal del amor que siempre las tuvo, por el que tenia a Nuestro Señor y zelo de las almas. Lo que mas me consolaba era ver la seguridad y confianza con que hablaba de su salvacion. Díjome, acerca de esto, que eran tales los beneficios que habia recebido de la liberal mano de Nuestro Señor y eran

tan grandes las señales que en toda su vida le habia dado de su predestinacion con tan particulares circunstancias, que no podia persuadirse a lo contrario, y así esperaba la muerte con la quietud y paz que la recibió cuando le dieron la nueva de que se moria. Escribió él mesmo los particulares sucesos y cosas de su vida, por habérselo mandado así la santa obediencia: Dios Nuestro Señor será servido de que salga algun dia a luz para mayor gloria suya, consuelo y edificacion de los que tendrán mucho que aprender de un varon tan ejemplar y tan digno de memoria.

En tercer lugar podemos contar al padre Diego de Torres Bollo, varon tan insigne y señalado en nuestra Compañía, que su vida no se puede escrebir ménos que haciendo historia aparte y muy de propósito, como la tiene comenzada y casi acabada el padre Juan Pastor, procurador a Roma de la provincia del Paraguay, fidedigno testigo de todo lo que dijere en ella, por haberle conocido muy de cerca y a la larga y haber tenido curiosidad muchos años ha de recojer con puntualidad lo particular de sus hechos y grandes ejemplos de virtud y relijion. Yo tambien le conocí y comuniqué algunos años y aunque pudiera decir mucho de lo mucho que admiraron en él los que le conocieron, quiero dejar en blanco esta hoja, aunque no será una sino muchas las que habrá de llenar el autor para dar a conocer al mundo los heróicos hechos de este ilustre varon que tanto lugar se hizo donde quiera que puso el pié y con todos los que comunicó así en Europa como en las Indias y con todas suertes de personas, señores, príncipes, cardenales y monarcas, sin que esto le embarazase a igualarse con los menores y mas despreciados del mundo. Con un pobre negro y un miserable indio se estaba muchas horas catequizándole y no habia para él gloria como andarse a caza de estos pobrecitos para encaminarlos al cielo, lo cual hacia inmediatamente por sí cuando no era superior, y cuando lo era, por sí y por sus súbditos, encendiendo en todos el zelo de las almas. El fué el que en la provincia del Paraguay comenzó los rebaptismos de los negros, como queda apuntado en su lugar, y el que con tan grande zelo entabló y fomentó las misiones de los indios en aquella provincia y en el reino de Chile, de que asímesmo queda apuntado algo en su lugar. No podré salir con facilidad si me empeño una vez en esta materia, y así la dejo a quien la tratará con mas acierto y mayor gusto del piadoso letor.

Dos cosas solas no puedo dejar de tocar, aunque sea de paso, que a mi ver sobresalieron mas en este gran varon. La primera es el mas vivo deseo que puedo decir he conocido jamas en hombre ninguno, de padecer trabajos por amor de Dios. No habia para él bocado mas dulce que el que venia mas penetrado y lleno del amargor de la cruz. Echadme acá (le oí decir muchas veces cuando nuestro Señor le cargaba la mano y le daba en que merecer,) estas rosas, dadme acá esas perlas y preciosas joyas; y es así que no sé que el mas avaro y codicioso mercader buscase las que tanto se aprecian en este mundo con mas ánsias y estima que la que el padre tenia de estos celestiales tesoros. Hablaba un dia de esta materia con tan gran fervor y espíritu que encendió a los que estábamos presentes en el deseo de padecer, de manera que todos ofrecieron desde

aquel punto, no solamente llevar en paciencia las mortificaciones y trabajos que Dios les enviase, sino pedir a su Divina Majestad todos los dias, por intercesion de la Vírjen Santísima, los continuase y aumentase como tesoro de tanta estima, y fué el concierto que todos para uno y uno para todos, pidiese a Nuestro Señor este singular favor, el cual esperimentó el buen padre hasta la muerte, con larga mano, particularmente los últimos años de su vida, en que padeció mucho.

La segunda cosa que no puedo callar es el singular talento y gracia que Dios le dió de hablar de Nuestro Señor, y esto tan sin molestia ni enfado de los que le oian, que no habia recreacion mas alegre y gustosa que la suya. Sobresalió mucho este talento entre las demas virtudes, o por mejor decir, fué una gran señal y testimonio de todas ellas. Era comun voz entre los nuestros que salia uno mas encendido en amor de Dios y deseo de la perfeccion de una quiete y recreacion en que se hallase el padre Diego de Torres que de la misma oracion; y con razon, porque verdaderamente parece que pegaba fuego con sus palabras, lo cual fué notorio no solo a los nuestros sino tambien a los de fuera; y no me maravillo, porque, fuera del talento y gracia que Dios le dió en esto, era tanta y tan fervorosa la oracion que tenia, que, fuera del tiempo de su retiro (que el que yo le conociera, casi toda la mañana hasta la segunda mesa y otro buen pedazo a la tarde,) todo el dia no parece que hacia otra cosa que oracion, y así no es maravilla que brotase contínuamente fuego por la boca aquel volcan que ardia en su pecho. Bien sé que los que le conocieron me matarán en esto ántes de corto que de largo.

Cuento a este ilustre varon entre los otros de nuestra Compañía que honraron el reino de Chile, no porque pertenezca a él solamente, sino por haber sido el primer provincial que fundó aquella provincia cuando era una con la del Paraguay, y por haber tenido tan grande parte en la fundacion de las residencias y misiones que fundó el padre Luis de Valdivia en aquel reino, como lo vimos en el libro 7, tratando de esta materia. Este es el título que tiene Chile para honrarse con este gran varon, el cual fué tan grande que aunque lo es y bien estendido aquel reino, no cupo en su esfera sino que pasó a las de otros; ántes no quedó ninguna de las que en la Austral América tiene la corona de Castilla que dejase de participar de su calor y virtud. La del Perú, por haber sido su procurador a Roma, donde nuestro muy reverendo padre Claudio Aquaviva hizo muy grande estimacion de su persona y le dió tan insignes sujetos como los que llevó y han honrado y honran aquellas provincias. La del Nuevo Reino por haberla fundado y ilustrado con sus heróicos ejemplos de virtud y hazañosos hechos en servicio de entrambas Majestades, como lo dirá su historia. Y la del Paraguay por haberla asimismo fundado y ilustrado, dejándola entablada con tanta relijion, espíritu y letras, como en ella resplandecen. Remítome a quien mas despacio y con mas individuales noticias, satisfará la curiosidad de quien quisiere saber por menor los grandes méritos y esclarecidos hechos de este ilustre varon, del cual escribió el padre Philipe Alegambe en su Biblioteca, fol. 94.

El mesmo, al fol. 91, escribe tambien del padre Diego Gonzalez Olguin, a quien podemos dar el cuarto lugar, por haber honrado el reino de Chile con su grande autoridad y ejemplo, y despues de muerto, al colejio de Mendoza donde está enterrado, y dicen que al tiempo de recebirle en la sepultura, la vió uno de los nuestros (que tenia grande opinion de hombre de oracion,) llena de luz. Lo que todos vieron fué el cuerpo muy hermoso y tratable, que podemos decir fué premio de su virjinidad, que conservó entera hasta la muerte, habiendo vivido en la Compañía cuarenta y seis años sin cometer culpa mortal, sino con grande edificacion y ejemplos de virtudes, particularmente de la humildad y oracion en que gastaba cada dia tres horas. Fué hombre muy docto y versado en la divina escritura, de que tenia mucho recojido y trabajado para imprimir. Fué muy aficionado a las misiones de los indios, de cuyas lenguas supo dos, y la una con tanta perfeccion que compuso un arte y vocabulario el mejor y mas perfecto que hasta ahora ha salido; y cuando murió en Mendoza, habia ido allí para aprender, aunque tan viejo, la lengua de aquellos indios y en fervorizar aquellas misiones; pero no quiso Nuestro Señor dilatarle mas el premio de sus trabajos, que esperamos le dió en la gloria.

Despues de estos cuatro insignes varones, podemos contar a los otros tres que honraron aquel reino de Chile con su sangre, derramándola por la predicacion del Evanjelio, como queda dicho arriba en el capítulo sesto del libro sétimo, y de los antecedentes consta el zelo y fervoroso espíritu de estos dichosos padres. Yo añadiré ahora aquí en breve algunas particularidades dignas de saberse, para su mayor estima y honra y gloria de Nuestro Señor. Y comenzando por el venerable padre Horacio Vechi, suponiendo lo que queda dicho en los capítulos citados, añado lo que el padre Diego de Torres, que fué el que le llevó de Roma, viniendo por procurador del Perú, dice de él en la ánua de 12 por estas palabras. «El padre Horacio era natural de Sena en Italia; tenia de edad cuando murió treinta y cuatro años, y de Compañía quince. Era noble en la sangre y mucho en la condicion, manso y notablemente apacible y de un raro valor y entereza; tenia estraordinario zelo de la salvacion de las almas, particularmente de los indios, y así con ser ministro del collejio de Santiago, confesaba mas indios y españoles que otro ninguno, y con ser bien exacto en el oficio de ministro, cuando le avisaban de las faltas de otros, las escusaba. Era muy pobre y enemigo de todo lo que dice curiosidad. Padecia dolor de piedra y de hijada a menudo, lo cual llevaba con notable paciencia y edificacion, sin admitir por esta causa singularidad ninguna. Era aficionado a las cosas espirituales y muy dado a Nuestro Señor. Era tan humilde que sabiendo que yo tenia designio de hacerle superior, me hizo grande instancia por volver a la mision de Arauco. Yo le dí al padre Valdivia por un obrero fidelísimo, y que con grande valor y prudencia le ayudaria a entablar los arbitrios de la paz que pretendia. Cumplióle Nuestro Señor el deseo que tenia de ser de los primeros que derramasen en esta provincia su sangre por su amor.» Hasta aquí el padre Diego de Torres. El padre Luis de Valdivia, hablando de este dichoso padre y dicho algo de lo que queda referido, (en que convienen tambien

los que he alcanzado aquí en Roma de los que le conocieron, así de los nuestros, como de los de fuera,) añade estas palabras. «Era el padre Horacio de un rostro venerable, alegre y grave, de rara mansedumbre y suavidad en su trato, por lo cual era amable de cuantos le trataban. Tenia grande amor de Dios y mucha oracion y gran zelo de las almas y ternísimo amor a los indios, y muy devoto de Nuestra Señora.» Hasta aquí estos fidelísimos y abonados testigos de los méritos y dotes de este ilustre varon, los cuales hablando del dichoso padre Martin de Aranda Valdivia, dicen así, y primero el padre Diego de Torres, en el lugar citado.

«El venerable padre Martin de Aranda, era noble y muy deudo del padre Valdivia: murió de edad de 52 o 53 años y de 20 de Compañía. Era coadjutor espiritual formado. Antes de entrar en la relijion fué muy buen soldado en la guerra de Chile, y por sus servicios y los de su padre, le empezaron los Vireyes a hacer merced, y fué corregidor de Rio Bamba, siendo bien mozo, en que mostró valor y prudencia, y mayor en dejar el oficio y pretensiones del mundo y entrar en la Compañía en el collejio de Lima, y aunque pretendió ser coadjutor, le mandaron perficionarse en el latin y oir casos de conciencia, y por ser buena lengua de este reino, le enviaron a este collejio los superiores, quince o diez y seis años há, donde ha trabajado incansablemente con estraordinario fervor, predicando y confesando a estos indios cristianos y baptizando muchos infieles, sin que jamas por cansado que estuviese, se haya escusado de salir a confesiones de enfermos y sanos, a cualquiera hora del dia y de la noche. Era naturalmente intrépido y de raro valor, de manera que sacándole un cirujano un pedazo de quijada por enfermedad, nunca dió señal de flaqueza o impaciencia, ni dió mas muestra de sentimiento que si le quitaran los cabellos. Era naturalmente colérico y hacíase tanta fuerza y reprimíase de manera que nos espantaba y edificaba a todos; especialmente tenia grandísima paciencia con los indios y sufrimiento, a que le ayudaba el estraordinario amor que les tenia, como si fueran sus hijos. Dióle Nuestro Señor un odio y aborrecimiento tan grande de sí mesmo, que siempre se perseguia y hacia burla de sí y de sus cosas, y llevaba con grande consuelo que le dijesen sus faltas, particularmente en el refectorio, porque decia que allí no se podia escusar. Estaba tan despegado de los parientes y amigos como si nunca los hubiera conocido, y no habia remedio de tratar con ellos, ni rogar por alguno de ellos cuando tenia necesidad. Era aborrecedor de cosas curiosas, y de los librillos y cosas necesarias, de que usaba con licencia, hacia a menudo manifestacion a los superiores, y con su licencia los ofrecia en público. No traia de camino sino una frezadilla vieja y un poco de sayal, y aunque siempre fué pobre, lo mostró mucho en esta partida a la mision, no queriendo admitir algunas cosas de que tenia precisa necesidad. Era aficionado a cosas espirituales y en particular a la leccion de buenos libros. En este bendito padre y su compañero el padre Horacio, noté siempre grande zelo de la honra de Dios y bien de la Compañía y devocion con la Santísima Vírjen Nuestra Señora y con nuestro santo Padre, de quien fueron tan verdaderos hijos, como se ha manifestado en sus ejemplares vidas y gloriosas muertes. Amábanse estos dos buenos padres ternísimamente en Cristo

Nuestro Señor, haciéndose muy buena compañía en la mision de Arauco. Y cuando les llamé aquí para que descansasen y respirasen, me hacia cada uno de ellos instancia para que volviese a enviar al otro, diciendo que importaba su asistencia en ella, y el bendito padre Horacio que fué el primero que volvió, rogándome instantemente que enviase allá a su buen compañero el padre Aranda, por el grande fruto que de ello esperaba, que era tal que de muy buena gana se privaria él de la mision y vendria a suplir por el padre Aranda, a trueque de que fuese allá, y como *in vita dilexerunt se ita in morte non sunt separati*, dando con ella testimonio del amor grande que tenia al Señor que dió su vida por ellos, y del que tenian a los indios, y de cuán verdaderos hijos eran de la Compañía. Al Señor sea la gloria, por el singular favor y merced que ha hecho a estos benditos padres.»

Hasta aquí el padre Diego de Torres. Ahora diré algo de lo que el padre Luis de Valdivia dejó escrito de este ilustre varon, del cual despues de haber dicho cuán gran caballero era y cuán valeroso soldado y capitan, y que haciendo unos ejercicios le tocó Dios Nuestro Señor y hizo voto de entrar en la Compañía, prosigue diciendo que fué el fervor que tuvo en el noviciado muy grande, y las vitórias que alcanzó de sí mismo muy gloriosas, despreciándose y humillándose en cuanto podia; la penitencia tan rigurosa que admicaba, y lo mucho que el Señor se le comunicó en la oracion. Fué señalado por compañero del padre Miguel de Urrea, que habia entrado a los chunchos solo algunos meses ántes, y para llegar allá, pasó grandes trabajos, caminando a pié por rios arriba y caminos asperísimos, desamparándole los indios que lo guiaban, padeciendo hambres y muchos peligros de los indios de guerra a donde entraba, los cuales, cuando él llegaba ya una jornada ántes de donde el padre estaba, le habian ya muerto los indios. Avisóle de esto una india y aconsejóle se volviese porque le matarian a él tambien si pasaba adelante, el cual consejo tomó como acertado, trazándolo así Dios porque le esperaba a él otra muerte no ménos dichosa en el reino de Chile. Pasó doblados trabajos al volverse solo y sin guia, a pié y sin comer mas que las yerbas del campo, hasta que llegó a tierras de indios cristianos. Luego volvió a Lima, de donde le enviaron a Chile, porque, como nacido allá y por saber bien la lengua de los indios, podia ser muy provechoso. Yendo a las misiones, dió por divino castigo a solo los infieles aquel año una enfermedad tan grave, que morian muchos al cuarto dia. En este tiempo, como no habia quien les socorriese de comida, porque no habia mujer para marido, ni madre para hijo (que todos cayeron de golpe) el padre Martin andaba a caballo, de ranchería en ranchería (que vivian muy apartados unos de otros) cargado de una comida que ellos usan de harina de trigo, llamada mazamorra, para dar a cada enfermo una escudilla della, guisándola de noche por sus manos, porque de dia apénas tenia tiempo para llevárselas, dando de comer por su mano a unos y otros, en lo cual gastó muchos dias con inmenso trabajo y no con poco fruto, pues con esto les ganó la voluntad y baptizó casi a todos los que se morian, que, movidos de aquella caridad, se baptizaban de voluntad». Prosigue el padre Valdivia contando lo que el padre trabajó en las misiones, hasta

su dichosa muerte, la cual cuenta al modo que queda ya dicho en su lugar.

El padre Diego de Torres en la mesma ánua de doce, arriba citada, entre otros casos de edificacion, cuenta los siguientes, que dice sucedieron al mesmo padre Martin de Aranda: «Visitando a un jentil que estaba enfermo por espacio de un mes, pasaba siempre dos veces al dia, por ganarle a Dios, un caudaloso rio. Tenia este indio dos hermanas y la una le persuadia que no recibiese el baptismo, la otra estaba indiferente. Viendo el padre que éstas no ayudaban nada a su hermano para que se convirtiese, ántes la una se lo disuadia, se volvió con un santo enojo contra ellas y las dijo que Nuestro Señor las habia de castigar con la mesma enfermedad, y con esto se fué con harta pena, dejando al enfermo casi a punto de espirar. No pudo sosegar el padre, volvió luego y hallóle sin pulso y al parecer ya muerto, y a las hermanas con la enfermedad con que de parte de Dios las habia amenazado. Viendo el padre que el indio estaba todavía caliente, díjole un evanjelio y echóle agua bendita, y puesto de rodillas, pidió a Dios Nuestro Señor remedio para aquella alma y hizo que algunos españoles que estaban presentes, hiciesen lo mesmo. Estando todos de esta manera, dió el indio una voz y dijo: yo quiero ser cristiano, baptízame padre, el cual le catequizó, y bautizó, y luego murió, y las hermanas por la pena, cuerdas tambien, se baptizaron, y una niña hija de una de ellas, se baptizó y murió.

«Estaba un niño enfermo y la madre hacia estremos viendo que se le moria sin baptismo; fué un Padre a verle, y hallándole sin habla, no se atrevió a baptizarle porque era ya grande. Fuése y volvió otro dia y estaba ya de manera que la madre teniéndole por muerto, daba muchas voces llorándole. Echóle agua bendita, díjole el Evanjelio de San Juan y pidieron a Nuestro Señor, él y el compañero, que no muriese aquel niño sin baptismo: en esto el que habia algunos dias que no hablaba y estaba casi muerto, volvió en sí, pidiendo el santo baptismo; díjole el Padre si creia todo lo que le habia enseñado en la doctrina (a que muchas veces habia acudido) y respondió que sí y que queria ser cristiano, y ya baptizado, se le volvió a quitar la habla y murió dentro de pocas horas para ir a gozar de Dios.»

Hasta aquí lo particular, que, fuera de lo dicho en su lugar, hallo de los dos dichosos compañeros, padre Martin de Aranda y padre Horacio Vechi. Del tercero, que fué el hermano Diego de Montalban, no hallo otra cosa particular que lo que refiere el padre Valdivia, diciendo que era natural de Méjico y que sirvió, un año ántes de entrar en la Compañía, a los Padres misioneros de Arauco, de cocinero, despensero, sacristan y sastre (que este era su oficio) con gran fervor y ejemplo en todas las virtudes; hasta que entrando los Padres a predicar a los jentiles, pidió de rodillas le recibiesen en la Compañía para entrar con ellos, como lo hizo, y fué muerto, como queda referido en su lugar, y fué el primero a quien mataron estando de rodillas pidiendo a Nuestro Señor fortaleza para aquel trance.

CAPÍTULO XXV

Prosigue la narracion de otros varones insignes de las misiones de Chile.

Dé principio a este capítulo el venerable y fervoroso padre Juan Romero, primero vice-provincial de la Compañía en el reino de Chile despues que se dividió de la provincia del Paraguay. Fué natural de Marchena en Andalucía, y estudiando cánones en la universidad de Osuna, pasando una noche armado y a deshoras por una iglesia, se le apareció un sacerdote difunto, que él habia conocido, cubierto de llamas, y le dió una terrible voz que le hizo caer en tierra desmayado, y del pavor y espanto estuvo para morir; costóle dos meses de cama, de la cual se levantó tan trocado que se resolvió a entrar en la Compañía. Oíle contar que la primera noche que entró en el noviciado, viéndose solo en el aposento, y no otra cosa en él que colgada la disciplina de una parte y de otra el cilicio y la agua bendita, y que todo olia a pobreza y aspereza, le dió una tentacion tan grande contra la vocacion, que le parecia imposible pasar adelante con aquel linaje de vida, que aun a la primera vista le ponia tanto horror; pero saltando de la cama, tomó una disciplina, ofreciéndose a Nuestro Señor con tan gallarda resolucion y fervor que desde aquella hora no le acometió mas el demonio con tentacion ninguna contra la vocacion. Pasó a la provincia del Perú con deseo de la conversion de la jentilidad, y con él mesmo pasó de allí a las misiones de Tucuman, donde trabajó como un apóstol quince años, padeciendo innumerables trabajos y dando raros ejemplos de virtud que piden mas larga relacion. Cuando se fundó aquella provincia fué el primer procurador que de ella vino a Roma, y volvió a ella con un buen número de fervorosos compañeros, que han sido y son el lustre y honra de aquella provincia y de la de Chile, a donde pasó últimamente y vivió muchos años, siendo casi siempre superior, por ser grande su talento y autoridad y mayor su ejem-

plo y el zelo de nuestro santo instituto; finalmente fué electo provincial del Paraguay, aunque no aceptó este oficio por ser ya viejo y querer esperar la muerte mas desembarazado de otros cuidados que los de sí mismo para aquel último trance.

Los mas señalados talentos de que Dios dotó a este su siervo, fueron, el primero, el de sus grandes letras, por las cuales fué muy estimado de todos y consultado de los mas sábios en los casos mas perplejos y dudosos. El segundo fué el del púlpito, el cual fué tan grande que oyéndole el padre Jerónimo de Florencia, predicador de Su Majestad, afirmó ser el espíritu mas eficaz y fervoroso que habia oído. Era su natural elocuencia grande, sus palabras muy espresivas, la doctrina muy sólida y bien fundada, el zelo contra los vicios y pecados aterraba y compunjia al auditorio, cuyos afectos parece que los tenia de su mano para moverlos a lo que queria, y así hizo grande fruto con su predicacion, en que era muy fácil, y así se disponia en breve espacio para predicar, porque tenia muy familiar este ejercicio, y como juntaba con sus palabras las obras, cobró tan grande autoridad y opinion de santo, que todos le tenian por tal y no habia persona, por grave que fuese, que no pareciese niño en su presencia: así lo confesaban todos jeneralmente y en particular un oidor de los mas antiguos y de mas autoridad que habia en la Real Audiencia, y así su consejo y parecer fué siempre respetado y recebido como oráculo y por esto era consultado de partes muy remotas y de personas muy graves. Sola su presencia enfrenaba y componia al que le miraba y solo su mirar equivalia a una grave reprehension al que lo merecia.

Esta tan grande autoridad y opinion del padre Juan Romero no le salió de balde, porque le costó muy grande ejercicio de mortificacion y de todas las demas virtudes. Fué rara su pobreza, la cual resplandecia en el tratamiento de su persona: el vestido siempre viejo y el mesmo lo remendaba en su aposento, como lo ví yo muchas veces; su cama, cuando la tuvo (que muchos años no fué otra que un duro zarzo) muy pobre y desacomodada; cosa curiosa ni de regalo jamás se le conoció, ántes se trataba siempre como a enemigo, afligiendo su cuerpo con contínuas penitencias. Tomaba tres disciplinas cada dia hasta que los superiores, viéndole ya tan acabado, le fueron a la mano. Traia de contínuo un áspero saco de cilicio y llevándolo puesto cuando predicaba la Pasion (que lo hizo treinta y tres años) pensó morir tal vez por lo mucho que le apretó y congojó. Afirmaron los que le amortajaron que tenia las carnes acardenaladas y denegridas con las penitencias. Con estos presidios y defensas aseguró la preciosa joya de la castidad, de que fué zelantísimo amador, así en su persona como en las de los que tenia a su cargo; tuvo grande recato y guarda de los sentidos, y cuando en las misiones se hallaba sin compañero, habiendo de hablar a alguna mujer, se acompañaba con algun indio, el cual queria que estuviese siempre delante todo el tiempo que duraba el negocio o conversacion, y nunca las miraba a la cara y huia su trato y comunicacion todo lo posible. Pudiera contar muchos casos en particular que en esta materia advertí en este gran varon, o se los oí contar, pero no puedo sin alargarme demasiado.

Quien era tan mortificado, tan pobre, tan casto y puro, claro está que habia de ser hombre de oracion. Levantábase a tenerla ántes de la comunidad y todo el dia podemos decir que estaba en oracion, segun era la continuacion y frecuencia de los actos de amor de Dios y aspiraciones que entre dia enviaba al cielo. Encontró una vez a un novicio y preguntóle cuántos actos de amor de Dios habia hecho aquel dia, el cual respondió, como me lo contó a mí, que un cierto número, que no era pequeño, a que el Padre le replicó, diciendo: «Muy tibio ha andado, que con serlo yo tanto, solía hacer quinientos al dia.» Ni se contentaba con traer entretenida su alma con este santo ejercicio, sino que andaba buscando ocasiones de ejercitar con los prójimos este amor que tenia a Nuestro Señor, no solamente en las obras espirituales propias de nuestros ministerios, sino en las corporales, socorriendo en sus necesidades a cuantos podia. Era inclinadísimo a hacer limosnas y yo soy buen testigo de algunas. Yendo una vez uno de los nuestros a pedirle licencia para dar la frezada de su cama a un pobre que estaba muy necesitado, le recibió con tan grande amor que parece le queria entrar dentro de su corazon, agradeciéndole aquel afecto con los pobres, y así se la dió; y siendo superior, por pobre que estuviese la casa, nunca dejaba de acudir con dinero y comida que hacia repartir con liberalidad a los menesterosos.

La caridad para con los enfermos, particularmente los que tenia a su cargo, no parece podia ser mayor de padre a hijo. El mesmo acudia en persona a curarlos y les aplicaba tal vez las medicinas, y en órden a alegrarlos y consolarlos, buscaba mil trazas y modos, porque reconocia en los enfermos a Cristo Señor Nuestro y lo mesmo debia de hacer con los sanos, porque los anteponia a sí en los honores, dando siempre a sus súbditos las mejores ocasiones de lucimiento y los sermones de mayor aplauso, tomando para sí los de ménos ruido, aunque como su talento era tan conocido, nunca le faltaba competente auditorio. Efecto de todo lo dicho podemos decir que fué la gran conformidad que siempre mostró con la voluntad de Nuestro Señor y la paciencia en las adversidades y trabajos. Acuérdome que en una persecucion que se levantó contra la Compañía, que sintió el Padre mucho por el amor que la tenia, me dijo un dia mostrándome un crucifijo. «En poniéndome a los piés de este Señor y considerándole tan lastimado en la cruz, descanso de todos los trabajos que Dios me envia.» Jamas se vengó de nadie en semejantes ocasiones, ántes daba bien por mal, en particular una vez que cierto predicador habia provocado su paciencia desde el púlpito, habiendo de predicar el Padre el dia siguiente, y habiendo concurrido un muy numeroso auditorio para oir lo que decia, salió edificadísimo de ver la paciencia, humildad y prudencia con que el Padre se portó, sin tocar ni en la orla del vestido a quien tanta ocasion le habia dado. Todo lo dejaba a Dios y así le sacaba Su Majestad a paz y a salvo de estos trabajos.

Esto es lo que he podido decir en breve de las virtudes de este ejemplar varon, con las cuales se dispuso para una feliz muerte, la cual parece que presentia andando tan unido con Dios los últimos dias a ántes de enfermar, que todo era ternuras, dulces coloquios con Dios y muchas

lágrimas, las cuales derramó con grande abundancia el miércoles santo del año de 1630, diciendo la misa de la Pasion, y luego le dió una calentura de que murió en la ciudad de Santiago el primer dia de la Resurreccion, a los setenta y un años de edad y cincuenta de Compañía. Entre las personas que acudieron a recebir de rodillas su bendicion, estando para morir, fué un oidor, a quien dijo seria muy presto su fin, y así sucedió porque murió dentro de tres meses. En sabiéndose la muerte de este gran siervo de Dios, acudió tanta jente a nuestra casa y iglesia que no podíamos menearnos; vistióse de luto la Real Audiencia y lo principal del pueblo, y el señor Obispo quiso honrar el entierro haciendo el oficio, y por esta causa se dilató para otro dia en la catedral el celebrar la fiesta de la Resurreccion, y cuando se celebró dijo el predicador (que era un canónigo de gran talento) que habia sido traza del cielo para honrar Dios en su muerte al que tanta gloria le habia dado en vida, a que añadió otros muchos elojios en su alabanza. Cuando sacaron el cuerpo a la iglesia, fué tal el concurso de los que llegaban a quitar alguna reliquia del difunto, que no dejaban pasar adelante a los que le llevaban, que eran de la jente mas principal, y dicen que algunos enfermos alcanzaron salud por su intercesion: así lo refiere la ánua de veinte y nueve y treinta, la cual añade lo que se sigue por sus mesmas palabras, que por mas autoridad refiero, y dice así.

«Tambien se asegura de una persona sierva de Dios, humilde y desconocida, que tres semanas ántes que el padre falleciese, estando en óracion a las tres de la mañana, le impedian el sosiego della ahullidos de perros y de otros animales. Temerosa, pidió socorro al cielo y a su santo Anjel Custodio. El ánjel se le apareció y le dijo se sosegase, que aunque aquellos eran los demonios, no la empezerian, que aquel ruido y sentimiento mostraban por barruntar la muerte dichosa y gloria de un gran siervo de Dios de la Compañía de Jesus, que estaba muy cerca. Quedó ella satisfecha ser el padre Juan Romero, y dió cuenta de lo que le habia pasado a su confesor. Asegura esta mesma persona, que media hora despues de muerto, le vió subir glorioso al cielo vestido de sacerdote. Lo principal que nos asegura esto, es la santa vida del Padre y lo que della hemos referido. Quiero concluirla con un capítulo de carta que uno de los nuestros escribió de Tucuman al padre rector deste collejio, y dice así. «La carta de edificacion del padre Juan Romero fué como de mano de vuestra reverencia. Por acá ha causado gran devocion y se sabian muchas cosas, de las cuales solo diré dos. En esta ciudad hay un clérigo portugues muy virtuoso, que se llama el padre Acosta, y testificó dos años ántes que muriese el Padre, que era santo y como a tal le vió un dia, entrando en el coro de la iglesia mayor de Santiago del Estero, que arrojaba del rostro y de la cabeza unos rayos como de diadema, y atónito se volvió a un clérigo con quien iba y le dijo: mirad, mirad al santo padre Juan Romero. A este segundo habia reprehendido ásperamente el Padre un vicio que tenia. Quedaron ámbos admirados, y refiriéndolo el dicho clérigo al Padre Nicolas Duran, provincial que entónces era desta provincia, se lo hizo declarar debajo de juramento y está su dicho guardado en el archivo deste Collejio. El otro caso es que habiéndole socorrido al dicho Padre

un hombre honrado y de crédito con un frasco de aceite, no dejando gota en la botijuela de donde lo habia sacado y estando encerrado debajo de llave, la halló otro dia por la mañana tan llena que rebosaba y se derramaba mucho aceite, atribuyéndolo a haber socorrido al siervo de Dios. Muchas otras cosas se dicen, que con el tiempo se averiguarán y por brevedad no escribo». Hasta aquí la carta que refiere la ánua. Yo añado a lo dicho un admirable caso que he visto escrito en la carta de edificacion de este gran siervo de Dios, y me le contó despues la mesma persona a quien le aconteció. Fué éste un capitan de Chile, el cual se confesaba con el padre Juan Romero, y algunos años ántes que muriese el Padre hizo un viaje al Cuzco, donde, olvidado de su antiguo recojimiento y comenzando a distraerse, dice que se le apareció el padre Juan Romero aun viviendo, que en la sazon estaba en Chile, que está mas de quinientas leguas del Cuzco, y le reprehendió de su mala vida y exhortó a que se enmendase y volviese a su antiguo recojimiento: así lo depuso y lo juró este capitan. Sea Dios bendito por la liberalidad con que se comunica a los suyos.

Fué inseparable compañero del padre Juan Romero el padre Gaspar de Monroy, hasta la muerte, cuyos talentos, aunque no fueron tan lucidos como los de su compañero, tengo por cierto que su virtud y relijion no fué en nada inferior. Fué natural de Valladolid, y muy noble, aunque no en su boca, porque reconociéndole en las Indias por deudo ciertos caballeros, no se quiso dar a conocer, diciendo que él era hijo de un pobre escudero. Pasó a las primeras misiones de Tucuman, como uno de sus fundadores, en compañía de los venerables padres Pedro de Añasco, Alonso Barzana, Angulo y Juan Romero, de cuyos trabajos y gloriosas empresas no le tocó la menor parte, porque se aplicó a la conversion de aquellos jentiles tan de veras, que para que no le acabase la vida una calentura ética que le causaron sus desmedidos trabajos, le obligó la obediencia a que pasase a Chile para recobrar la salud, como lo hizo con el buen temple de aquel reino, donde vivió muchos años y murió de mas de setenta, cincuenta de Compañía y treinta de profeso, con grande opinion de santidad, como lo mostró toda la ciudad de Santiago, acudiendo a su entierro toda la Real Audiencia y presidente, el señor obispo, entrambos cabildos, todas las sagradas relijiones, la nobleza y pueblo, aclamándole todos por santo, como lo habian hecho en vida, y con razon, porque cuando no lo mereciera por sus grandes virtudes internas, le hacia digno de esta honra su venerable aspecto, compostura y modestia, en que habrá muy pocos que le hayan igualado, porque fué tan señalado en esto que parece que traia medidas a compas sus acciones y que andaba siempre con el nivel en la mano para medirse en sus palabras, movimientos y uso de todos sus sentidos, y así con solo mirarle se componia el mas libre y desenvuelto.

Este concierto esterior nacia del interior, y el uno y el otro de la presencia de Dios que traia continuamente, y de la oracion, la cual tuvo siempre de rodillas delante del Santísimo Sacramento con suma reverencia, y no se contentaba con la ordinaria de la mañana, sino que a la tarde la hacia tambien estraordinaria. La misa la decia con tal recojimiento y

aplicacion de la mente que parecia estaba absorto en Dios y causaba reverencia a los que se la oian. Preparábase muy despacio para decirla. Daba media hora de gracias y oia otra misa despues de la suya. Tuvo muy señalado don de Nuestro Señor en dar los ejercicios de nuestro padre San Ignacio. Todas sus conversaciones y pláticas eran de cosas espirituales, y en las visitas que hacia fuera de casa no se le oia otra cosa, y así le miraban todos como a santo; no se le caia de la boca el temor santo de Dios, el cual procuraba siempre injerir en aquellos a quien trataba; tuvo ternísimo afecto al niño Jesus y a su Madre Santísima. La puntualidad que tuvo en sus ejercicios espirituales y en rezar a sus horas el oficio divino, excede todo encarecimiento y esto sin dispensacion, si la obediencia o la caridad con el prójimo no le hacian tal vez interrumpir la exacta distribucion a que venia sujeto. Fué muy exacto en la observancia de los votos, el vestido pobre y remendado, pero muy limpio y aseado, las alhajas de su celda eran un Cristo con una calavera al pié de la Cruz. Su obediencia, sin repugnancia ni contradicion, como si fuera un niño, sin haber tenido casi nunca ocasion de hacer su voluntad, porque fué siempre súbdito y sujeto a otros, y no poco tiempo a quien por ser de opuesto natural se la quebrantaba perpétuamente, lo cual llevaba con grande igualdad de ánimo. En la castidad fué tan exacto y recatado que le miraban todos como a un retrato de pureza, aunque no por esto dejó de tener sus batallas, de que salió siempre muy glorioso, particularmente de dos que se saben, la una en Europa y la otra en las Indias. Ocasionáronselas entrambas su buen parecer, apacibilidad y buen agrado, que fueron ocasion de tentacion a dos mujeres que intentaron, como a otro Bernardo y Bernardino de Sena, opugnar el incontrastable muro de su pureza, pero quedaron burladas y confusas, alcanzando tan gloriosa victoria de ellas, que segun decia su buen compañero el padre Juan Romero, se habia portado el padre Monroy en estas ocasiones como si fuera de mármol; lo cual fué fruto de su gran virtud, de su humildad y conocimiento propio con que siempre se andaba confundiendo y reprehendiendo a sí mismo como a malo y defectuoso, siendo así que, segun refiere la ánua de treinta y cuatro, nunca contravino deliberadamente a ninguna regla de nuestro santo instituto, de que fué muy zeloso y vivió siempre una vida tan ajustada a él, que en cuanto a la puntualidad de su observancia en todo lo que se pudo advertir y notar en él, podemos decir que se portó siempre con la atencion y desvelo de un exacto y atildado novicio, y así esperamos que alcanzó el debido premio en la gloria.

Dejo otros varones de gran virtud por no tener tan ajustado lo particular de sus vidas, aunque no puedo dejar de apuntar el heróico acto que cuenta esta última ánua del hermano Francisco Arévalo, coadjutor muy zeloso y estimador de su santo estado y que sirvió al colejio de Santiago muchos años con grande edificacion y ejemplo. El cual, hallándose apretado de una tentacion contra la castidad, se arrojó como un san bendito desnudo en un zarzal lleno de espinas y abrojos que le dejaron bien lastimado y llagado el cuerpo.

Doy fin a este capítulo con el venerable padre Melchor Venegas, honra del reino de Chile y de la ciudad de Santiago, donde nació a 8 de diciem-

bre 1571 y murió a 19 de junio de 1641. No escribo su vida porque pide mas tiempo del que tengo y porque por ahora me contento con la que escribió el padre Juan Eusebio Nieremberg, arriba citado, en el II tomo, fol. 742, donde en cuatro parágrafos trata de sus heróicas virtudes, espíritu de profecía, vida y muerte, y aunque es verdad que es mucho lo que el autor dice de los méritos de este venerable Padre, es mas lo que no se sabe, por haber trabajado lo mas de su vida entre bárbaros y jentiles en las misiones, donde solo Dios pudo ser testigo de muchas cosas que en ellas hizo y de los trabajos, peligros e incomodidades que padeció. No dejará su Divina Majestad de manifestar con el tiempo lo que fuere para mayor gloria suya, que hasta ahora no tenemos mas noticia que la de su carta de edificacion, de donde tomó el autor citado lo que de él escribe, a lo cual quiero yo añadir solas dos cosas. La primera la hallo escrita en la ánua de veinte y nueve y treinta, y fué el caso que bajando este venerable Padre de las misiones de Chiloé a ser rector del colejio de la Concepcion, se cayó el timon al navío y no pudiendo gobernar, se les arrimaba a tierra, de manera que no pudiéndolo remediar con ninguna dilijencia humana se daban ya todos por perdidos: apretábales terriblemente el viento, y no habiendo remedio humano, apeló el padre Melchor al divino: quitóse una pequeña imájen de Nuestra Señora que traia al cuello y poniéndola al timon, al punto aprooó el navío al mar, apartándose de la tierra y calmó el viento, con que pudieron aderezar el timon y volverle a su lugar: volvió el viento y hicieron felizmente su viaje. Tomó de aquí ocasion el padre Melchor para hacer una fervorosa plática, exhortando a los del navío a que agradeciesen a Nuestro Señor aquel soberano beneficio y que en reconocimiento de él enmendasen algunos escándalos que algunos daban en materia de sensualidad. Llegaron a la Concepcion, y no solamente no se enmendaron de lo que el Padre les habia reprehendido, sino que habiendo de hacer viajé a Santiago de Chile, se atrevieron a embarcar de nuevo las mesmas mujeres que habian provocado la ira de Dios en el viaje antecedente; y parece que para darles a entender su Divina Majestad que si habia sufrido primero sus ofensas y no confundídolos cuando iba a dar en tierra el navío, era por llevar en él al que por medio de la intercesion de la Vírjen habia detenido el brazo de su justicia; sucedió que habiéndose quedado el Padre en la Concepcion y héchose el navío a la vela, se perdió en unos arrecifes, sin tempestad ninguna, solo por un descuido del piloto, y se ahogaron mas de sesenta personas que iban en él.

El otro caso me lo contó el padre Luis de Valdivia en Valladolid, un mes ántes que muriese, y fué que navegando el mesmo padre Melchor Venegas de Chile a Lima con el jeneral don Iñigo de Ayala, se fué a él y le dijo que hiciese amainar las velas, y no habiendo causa para ello, porque iban navegando por su derrota con muy buen viento, prosiguieron su navegacion. Volvió el padre segunda vez pidiendo que amainasen; respondíanle que no habia para qué por estar el tiempo muy seguro, pero, en fin, porfiando el Padre tercera vez con mas fuerza, por la grande autoridad que tenia, hubieron de obedecerle, aunque todo cuanto veian les persuadia lo contrario, pero luego reconocieron el acierto de su obe-

diencia, porque al punto que amainaron, vieron el navío arrimado a una oculta peña, donde si se hubieran detenido un poco mas en amainar, se hubiera hecho pedazos: corrieron todos al Padre a darle las gracias, y de allí adelante le estimaron por santo. Sea Dios bendito por los favores y misericordias que usa con sus siervos. Vengo con esto al memorial que dará fin a este libro, despues del cual van estampadas las iglesias con sus distritos, de donde salen los nuestros a misiones.

CAPÍTULO XXVI

En que se pone el memorial en que el padre Alonso de Ovalle de la Compañía de Jesus, procurador de Chile, representó a nuestro muy reverendo padre Mucio Viteleschi, de buena memoria, Prepósito jeneral de la mesma Compañía, la necesidad que tienen las misiones de aquel reino de sujetos para los gloriosos empleos de sus apostólicos ministerios.

Represento a Vuestra Paternidad en este escrito el estado en que se hallan hoy los collegios y misiones del reino de Chile y la grande y aun estrema necesidad que tienen de su paternal socorro de apostólicos operarios que nos ayuden con su santo zelo a tirar la red para lograr el lance de tan copiosa pesca como la que Dios nos ofrece a las manos y para que nos ayuden a partir el pan que con tanta lástima piden tantos pobrecitos que vemos perecer a nuestros ojos por falta de sustento espiritual, dejándonos lastimados los corazones de ver la necesidad sin poderla remediar: que esta parece obligó a dar voces al profeta Jeremias: *Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis*, formando un modo de queja de que no haya quien se compadezca de almas tan solas y desamparadas, como lo están los niños sin madre, o como pajaritos en el nido boqueando por falta de sustento cuando el cazador les mató a quien se le traia. Porque aunque el fervoroso zelo de los pocos sacerdotes que tiene la provincia de Chile es tan grande que hace de uno muchos, empleándose el maestro en el oficio de obrero, como si lo fuera, y al contrario, sin que haya persona que se reserve de acudir a las misiones y a las confesiones a cualquiera ocasion y tiempo que sea, de dia y de noche, bajando inmediatamente de la cátedra para el púlpito y de aquí al confesionario y a catequizar y enseñar la doctrina a los recien convertidos que se han de baptizar, se queda lo mas por hacer, porque verdadera-

mente es mucha la mies, *operarii autem pauci.* Esperimenta mas que otros esta falta la pobre jente de indios y negros tan desamparada, que causa gran compasion al ver materia tan dispuesta y tan mal lograda por falta de ministros evanjélicos.

Esto que digo es por lo universal, comprehendiendo en ello los pueblos y ciudades; pero reduciéndolo a los valles y comarcas de los lugares y a las que llamamos en las Indias chacras y estancias, se siente por duplicado esta falta, por no poder salir tan a menudo como era menester a las misiones que acostumbramos. Porque la falta que tenemos de quien acuda a estos ministerios es tan grande, que hay muchos destos lugares y comarcas donde en mas de ocho, diez y doce años no han llegado nuestros obreros; y aun para las dos misiones que tenemos obligacion de hacer cada año, la una a los promocaes, que son lugares vecinos a Bucalemu, donde está el Noviciado, y para cuyo efecto dió tan copiosa limosna su fundador, y la otra al valle de Quillota, donde tambien hay obligacion de salir, se ven y desean los superiores para sacar cuatro sujetos que vayan a este ministerio y cuando los vienen a elejir es fuerza echar la carga que estaba a sus hombros sobre los que quedan en casa, quedando tal vez el maestro por ministro del Collejio, y doblándose los oficios, cargando muchos sobre uno, de que se sigue, o menoscabo en la salud de los sujetos, o que los ministerios se hagan no con la exaccion que se hicieran si acudiesen a ellos mas desahogados, pues, aunque la virtud y fuerzas de cada uno sean de jigante, no puede ser ménos sino que repartida en mas cuidados y empleos, sea ménos en cada uno.

Si este dolor es comun y jeneral en toda la provincia, donde mas se siente, por ser mas sin remedio, es en la jurisdicion de la provincia de Cuyo, la cual está tan desamparada que el padre Francisco Hurtado, rector del collejio de la Rioja, que es el último de la provincia del Paraguay y confina con este de Cuyo, me escribió los años pasados que alcanzase licencia del señor Obispo de Santiago, a quien pertenece la jurisdicion desta tierra, para poder administrar los sacramentos en un valle llamado el Fértil, que cae muy cerca deste colejio, porque tenia noticia que habia mas de cinco años que no habia llegado eclesiástico alguno a estas partes, ni habian oído misa, ni sermon, ni tenido aquellos miserables indios quien les administrase los sacramentos, y que querian salir a aquel valle movidos de la obligacion de la caridad a darles algun socorro espiritual, porque no pereciesen estando tan del todo desamparados.

Esta desdicha es jeneral en toda esta provincia, porque aunque hay nombrados curas y doctrineros para que acudan a sus iglesias y doctrinas, son éstas tan dilatadas y de caminos tan ásperos y los curatos tan pobres, que si no es con un zelo de San Pablo, no es posible acudir a sus obligaciones; porque hay cura que tiene de distrito veinte y mas leguas, y como así por esto como por haber ya pocos Pablos, no se les doctrina a estos pobres naturales, ni oyen la palabra de Dios con la frecuencia que ha menester su ignorancia y rudeza, clama su estrema necesidad y nos dá voces apelando al zelo de las almas de los hijos de la Compañía,

y ejecutándonos por la gracia de nuestra vocacion que nos dieron a esta cuenta y a título de emplear nuestras vidas en su remedio. Hay entre estos lugares y indios no pocos que hasta ahora no han tenido dicha de oír la voz del Evanjelio, ni que pisen sus tierras sus ministros para darles noticia dél. ¿Pero como habian de haber llegado tan léjos y a partes tan remotas, si aun los valles, rios y lagunas que rodean las ciudades y están pobladas de muchos indios bautizados y otros jentiles que hay entre ellos, no tienen esta ventura, pasando como unos salvajes sin enseñanza ni doctrina, como apunto arriba? Porque en todo el distrito de Mendoza no hay sino dos curas y en el de San Juan a veces ningun otro que el de españoles que reside en la ciudad, y lo mismo es en la de San Luis, porque por la suma pobreza de los indios y de la tierra y por la dificultad de las lenguas, que son muchas y várias, no se hallan clérigos que quieran encargarse de la enseñanza destos desaprovechados feligreses; porque donde no hay interes que facilite las dificultades, no hay valor que se aliente a vencerlas. Y verdaderamente son éstas tales que ménos que con un aliento apostólico y ferveroso y ardiente espíritu, no habrá quien no desmaye a su vista, porque estos indios huyendo de los rigores y mal tratamiento de algunos que los persiguen, viven derramados por serranías y pampas, como fieras, sin casas, a todas las inclemencias del cielo, que son muy grandes, de excesivos calores en el estío y rigurosos frios en el ivierno, padecen suma penuria y necesidad de todos los requisitos para la vida humana, viviendo de ordinario en unos lugares retirados, donde beben de unos pozos que ponen horror y asco, y es necesario, como dicen los Padres misioneros, hacer abstracion de todos los sentidos para poderla beber cuando van en mision en busca destos pobrecitos.

Pues los caminos que se pasan para llegar a estas poblaciones son tan dificultosos, tan ásperos y llenos de pantanos y lagunas, que solo el amor de Nuestro Señor puede facilitar estos trabajos; y así no es maravilla que los señores Obispos no hallen curas que arrostren a estas doctrinas, y cuando los hubiese, no es posible que puedan acudir a tan dilatadas esferas como son las de sus jurisdiciones, con que viene a cargar gran parte de este peso sobre nuestros hombros, aunque con poco fruto: porque son tan pocos los sujetos que residen en el Colejio de Mendoza que aun no pueden acudir a los ministerios que hay dentro de la ciudad y sus comarcas mas vecinas, porque jamas ha habido en él arriba de tres o cuatro sacerdotes, y aun ménos, de los cuales algun tiempo del año salen dos a correr la tierra y hacer lo que pueden y no lo que quisieran en cuanto al efecto de instruir esta pobre y desamparada cristiandad, por el poco tiempo que pueden asistirles, aunque por lo que toca a su merecimiento, vuelven con muy grandes ganancias que granjean con el trabajo y ejercicio de tanta caridad, porque las incomodidades y mortificaciones son tan grandes que dudo haya misiones mas apostólicas y gloriosas ni de mas trabajo y mérito que éstas. Así lo sienten personas prácticas y noticiosas de nuestros espirituales empleos; y con razon, pues, fuera de la aspereza de los caminos y demas penalidades referidas, cuando vienen a llegar al término de la jornada, aun no tienen dicha de hallar entre esta

jente el refresco y ayuda de costa que suponia Cristo tendrian sus apóstoles en semejantes peregrinaciones cuando fuesen por el mundo a evanjelizar su divina palabra y ley, diciéndoles: *Manducate quæ apponuntur vobis*; porque no solamente no hallan en el inculto y estéril hospicio destos desventurados, cosa alguna que les puedan ofrecer para comer, sino que del pobre viático que llevan para el camino, les obliga la caridad y compasion a partir con ellos, para obligarlos con amor a que reciban su doctrina, porque como son tan pobres nos aman y se obligan con cualquiera cosa que les damos.

Esta tan estremada pobreza y desamparo de estos indios, no solo no arredra a nuestros misioneros, sino que los excita y impele con mas fuerza a buscarlos; y si no les llamara la necesidad que hay de su asistencia en el colejio, hubiera quien con mucho gusto viviera entre esta jente bárbara, pasando con su vil sustento de raices y yerbas por no desampararlos, porque son muy dóciles, de lindos injenios y capacidades, y que sin contradicion ninguna reciben el Evanjelio y abrazan la buena dotrina que les enseñamos. Y así causa compasion ver la estrema necesidad destas almas sin poderla remediar y que estando tan dispuesta las mies se venga al suelo y se pierda, y que el grano que Dios pudiera llevar a sus trojes, se vea hollado de las viles bestias y mónstruos del infierno, y que haga el plato a las infernales harpías, lo que pudiera serlo y muy delicioso del Rey de la gloria, solo por falta de segadores y jornaleros evanjélicos, que en esta tan sazonada sementera pudieran emplear su sudor y lograr el fruto de su trabajo con mayor ganancia y utilidad propria y con mayor agrado del comun Señor y dueño de todos, que en otros ministerios especiosos que se llevan los ojos de los hombres, pues en estos no puede faltar el peligro de envolverse con la semilla la inútil paja y granzones de que carece el grano limpio que se coje en la parva espiritual destas apostólicas misiones, donde no se ven ni los lucidos auditorios, ni se oyen los aplausos y parabienes de los curiosos y bien limados sermones, ni se goza de la buena opinion y honores que granjean para sí los insignes talentos en las populosas ciudades y concursos de las curias de injenios y letras, pues no se ven jamas sino entre jente bárbara y bruta, destituidos de toda comodidad y consuelo humano, angustiados de los calores y sed y aflijidos con la molestia de mosquitos que son sin número y otros animales que cria Dios en estas partes, para que ayuden a labrar la corona de sus grandes merecimientos, pues no pueden dejar de ser muy crecidos los de aquellos que pudiendo lucir sus habilidades, talentos y letras entre quien los conozca y sepa estimar, se sepultan en vida, muriendo segunda vez al mundo y ocultándose a sus ojos por hallar gracia en los de Nuestro Señor, por cuyo amor hacen de sí tan noble sacrificio.

En la ocasion presente, mas que en ninguna otra, parece que da voces a tiempo la necesidad espiritual y estrema destos miserables; pues ha querido Nuestro Señor que el colejio de Mendoza se desahogue de sus empeños, de manera que puede hoy sustentar doblados sujetos que hasta aquí, con que podrá tener mas operarios para que anden en contínuo movimiento, catequizando y doctrinando estos nuevos cristianos y re-

duciendo a nuestra relijion los jentiles que andan entre ellos, y estendiéndose hácia el Estrecho a las muchas y várias naciones que se van continuando con estas ya conocidas y sujetas al yugo del Evanjelio; y no sé yo que haya ninguno de los que se precian de ser verdaderos hijos de nuestro padre San Ignacio, a cuyos pechos no queme y abrase el zelo de tantas almas como aquí parecen, y que, pudiendo socorrerlas y estando en sus manos su remedio, no pospongan cualquier lucimiento y comodidad suya, haciendo a Nuestro Señor este servicio y lisonjeándole con tan airoso galanteo como es volverle en el nobilísimo y jeneroso sacrificio y holocausto de sí mismo, los mismos talentos que recibieron de su mano y con que pudieran lucir y valer entre otros, sepultándose en vida para mejorarse con tan aventajados aumentos en la eterna que esperamos.

Y para que la poca comodidad que ha tenido hasta aquí el colejio de Mendoza no nos haga desconfiar de que podrán sustentarse los sacerdotes necesarios para andar en estas misiones, ha querido Nuestro Señor, fuera del descanso que ha dado a este colejio, que nos llamen de la ciudad de San Juan y nos conviden sus vecinos con sus haciendas para que fundemos en su tierra, con que pudiendo sustentarse mas sujetos, habrá mas operarios y será mayor el fruto. Esto es lo que pertenece a la provincia de Cuyo, que está debajo de la juridicion del obispado de Santiago de Chile. Diré ahora del de la Concepcion, donde aunque son mas los obreros que están repartidos por las misiones y residencias de Arauco, Chiloé, San Cristóbal y Buena Esperanza, donde los Padres se emplean en la conversion de la jentilidad y cultura espiritual de los recien convertidos, y asimismo el colejio de la Concepcion, que es cabeza destas reducciones, sustenta muchos mas sujetos que el de Mendoza; con todo esto, no se siente ménos la falta de obreros, por ser mas copiosa la mies destas provincias. Y hablando, lo primero, del mismo colejio de la Concepcion, está tan necesitado de operarios que apénas tiene los que se requieren para los ministerios que hay dentro de la ciudad, ni ha podido muchos años há reservar siquiera dos para que vayan en mision a alguna de las partes de su estendida comarca, y así se pierde el copioso fruto que se pudiera cojer si pudieran salir siquiera de cuando en cuando a estas misiones para consuelo y remedio de muchísimas almas que viven en gran desamparo, sujetas a los asaltos y estrago que en ellas hace el demonio, sin resistencia, porque no tenemos fuerzas para hacérsela, pues no pudiéramos aplicar a estas partes mas remotas las pocas que tenemos sin desamparar, con grande detrimento suyo, las almas que podemos decir tenemos de las puertas adentro.

Donde mas es de llorar esta falta de obreros y aun podia darnos mucho mas cuidado y escrúpulo, es en las residencias que he dicho, no tanto por los españoles soldados que residen en estos presidios y frontera de guerra, cuanto por los indios que están a nuestro cargo, porque, aunque son aquellos muchos y necesitan de nuestra dotrina, en fin, tienen curas o capellanes por cuya cuenta corren, si bien acuden a nosotros en sus necesidades espirituales, y nosotros a ellos, confesándolos y predicándolos con tanta asistencia y puntualidad como si no hubiera otra

cosa a que atender, y cuando no hubiera cosa ninguna que hacer en estos presidios sino esta, estuvieran tan bien empleados nuestros misioneros que no podrian mejorar el empleo de su fervoroso espíritu en el colejio de mas copiosos ministerios, porque de mas de ser muchísima la jente que hay, es en su tanto no ménos necesitada que los mismos indios, y así el fruto que en ellos se hace es manifiesto a todos y conocido y estimado de todos los gobernadores, maeses de campo, sarjentos mayores y capitanes, y lo publican a voces y informan dello a Su Majestad, atribuyendo al buen ejemplo y doctrina de los Padres, no solo las buenas costumbres y virtud que en muchos de los soldados resplandece con la frecuencia de los santos sacramentos y ejercicio de las congregaciones, que están muy bien recibidas y entabladas, sino, de recudida, la sujecion y lealtad tan grande con que sirven sus plazas, sin que ni la ménos puntualidad en las pagas, ni las necesidades que padecen les hayan obligado jamas a intentar cosa por que ménos no valgan; porque aunque es verdad que parece que aquel país lleva de suelo la fidelidad con que sirven a su Rey sus vasallos, no se puede negar sino que el temor de Dios y el reconocimiento de las obligaciones de cristiano, que se granjea y alcanza con oir la palabra divina y con el uso y frecuencia de los santos sacramentos y obras de piedad, conduce mucho y ayuda a este efecto.

Pero, en fin, en quien mas se manifiesta la necesidad de nuestro amparo, es en los pobres indios que no tienen otros curas ni refujio sino el de nuestros misioneros, y aunque en cada residencia hay siempre dos o tres sacerdotes, y si los indios estuvieran reducidos todos a pueblos, pudieran aviarse y ser dotrinados mejor con estos obreros; pero de la manera que hoy están, no es posible sino que se vean y esperimenten muy grandes faltas, porque estos indios residen en distintas reducciones, distantes las unas de las otras algunas leguas; y lo mas que se puede hacer es ir a confesar los enfermos cuando nos llaman, y entónces al vuelo y de paso dotrinarles y administrarles otros sacramentos; y aun si esto se pudiera hacer andando en contínuo movimiento, de una reducion a otra, fuera mas considerable el fruto que se hiciera en estas almas; pero tampoco se puede esto, porque como no son mas de dos o tres los padres, es fuerza que miéntras andan por estas reduciones o rancherías (que así llaman los lugares donde estos indios viven) hagan falta a sus residencias, y al contrario, y así he juzgado siempre, es sumamente necesario y inescusable, si se ha de acudir a estos ministerios, como se debe, que haya copia de sujetos para que salgan unos y queden otros, y se vayan sucediendo y cobren resuello miéntras sus compañeros trabajan; y que los que salen de la residencia no vayan por la posta, sino que asistan en cada reducion muy despacio, catequizando, dotrinando y predicando a sus feligreses. Y como hemos de atender juntamente con el provecho de las almas a la conservacion de nuestro santo instituto y al buen nombre de nuestra Compañía, es menester que nunca vaya solo un Padre, sino que vayan dos juntos, y, ayudándose el uno al otro, asistan muy de propósito y despacio a la labor y cultivo de estas nuevas plantas, y desta manera se cojerá el fruto y no de otra. Y tengo por cierto que el no haberse logrado los sudores y trabajos de los nuestros en tantos

años como há que nos ocupamos con esta jente, con los progresos y aumentos de la fé que quisiéramos, sin poder desterrar sus jentílicas costumbres de tener muchas mujeres, etc., ha sido la causa la poca asistencia con que se les ha acudido, por la falta que digo de operarios. Y se vé claramente ser esto verdad, por la esperiencia que estos años últimos hemos tenido, que por haberles acudido con mas continuacion, por el fervoroso zelo de los padres Pedro de Torrellas y Augustin de Villaza, muy antiguos y apostólicos misioneros (que desde que pasaron de España, no han movido el pié destas misiones y de las gloriosas de Chiloé) y por el alentado espíritu con que de diez años a esta parte, entrando de refresco el padre Diego de Rosales, ha frutificado en ellos y adelantado sus progresos, están ya los indios mas domésticos y tienen cariño a la virtud.

Todo esto y el aumento espiritual desta cristiandad ponde de que le haya en el número de nuestros obreros, porque miéntras no somos mas, no podremos ni aun conservar lo ganado, cuanto ménos aumentarlo o mejorarlo; porque algunos de los padres misioneros antiguos están ya tan viejos y quebrantados de los excesivos trabajos y incomodidades de tantos años que han gastado en la conversion destas almas, que ya no es posible proseguir adelante; y no dudo que si los vieran aun los mas lucidos sujetos que tiene nuestra Compañía en Europa, pospusieran sus mayores comodidades y lucimientos y el amor de la patria a la compasion que les causara ver tan venerables canas y tan beneméritos sujetos, todavía con la esteva en la mano y con la azada al hombro, consumiendo y acabando ya, en vez del sudor con que en otro tiempo regaron aquellos campos y viña del Señor, la poca y helada sangre que les ha quedado en sus venas, acortando los dias de su vida con los trabajos improporcionados a sus fuerzas, sin que haya quien los alivie dellos, y que la envidia y santa emulacion de ver la santidad y virtudes que han granjeado en el ejercicio de tanta caridad, como la que han ejercitado con esta desamparada jente, habia de despertar la suya y obligarlos a entrar en su lugar y sucederles en tan gloriosos empleos y granjería de merecimientos, con que por haber gastado su vida *intelligentes super egenum et pauperem*, no solo se hallan seguros del amparo y favor de Nuestro Señor y ciertos del salvo condulo que tienen para pasar desta vida a la eterna, en aquel dia que llamó malo el profeta, *In die mala*, por el apretado trance de la muerte, que tan espantoso es aun a los justos; pero llevan de antemano el título de bienaventurados, que por el mismo profeta les promete y asegura su Divina Majestad, *Beatus vir qui intelligit super egenum, etc.* Y con mucha razon, porque si le tuvieran merecido, aun cuando a pié quedo y con toda comodidad y alivio, hubieran empleado sus vidas en tan gloriosos ministerios, qué será cuando la han sujetado a tantos peligros, tantos trabajos, tantos frios y aguaceros, llegando de ordinario calados de agua a las reducciones donde los llama la necesidad de algun enfermo, pasando rios muy rápidos y caudalosos o a volapié o a nado, y en otras partes pantanos hasta las cinchas, cayendo tal vez en ellos con el mismo caballo, sin tener con qué mudarse por hallarse muy léjos de sus Residencias, y habiendo por esto de pasar todo el dia y la noche mojados y mu-

chas veces sin otro alivio y descanso que hallar, cuando vuelven a ellas, algun mensajero de otra reduccion que viene a pedir confesion para otro enfermo; y porque no peligre salir con toda priesa, tal vez corriendo o galopeando, subiendo y bajando cerros y quebradas, de que está llena toda la tierra. De manera que si Nuestro Señor no hiciera contrapeso a tantas penalidades con los regalos y consuelos espirituales, con que en medio de los mayores aprietos los consuela y conforta, no hubiera quien pudiera perseverar en un modo de vida tan contrario al apetito de la naturaleza; pero la gracia de Dios los alienta y anima, de manera que quedan siempre los deseos de padecer por su amor muy superiores a lo que padecen, y el zelo de las almas con mas hambre y ánsias de conquistar nuevas naciones y sujetarlas al yugo del Evanjelio.

Esto que queda dicho se entiende de las Residencias de Arauco y Buena Esperanza y de las reducciones sujetas a ellas y de los fuertes y demas lugares por donde están repartidos los indios de guerra amigos que están a nuestro cargo, y los yanaconas, criados de los españoles, que son por todos en gran número, a que allegándose los mismos españoles, que están distribuídos por los fuertes y castillos, hacen totalmente insuperable la carga si no se aumentan los hombros que ayuden a llevarla. Pero aunque sean tan grandes y tan excesivos los trabajos destas misiones, pierden su nombre y desaparecen a la presencia de los que se pasan en las de Chiloé, que son las últimas desta provincia y de las mas apostólicas que tiene nuestra Compañía en aquellas partes, y no sé que lo sean mas otras ningunas de cuantas tiene en el mundo, como lo he oído decir al padre Nicolas Duran, provincial que fué de la provincia del Paraguay y a quien pertenecia entónces la de Chile, y despues lo fué de la del Perú, y a otros padres antiguos muy noticiosos destas materias. Porque si ponemos los ojos en la calidad de la tierra, es tan estéril que en ninguna manera se pueden sustentar, sino con lo que les llevan de Santiago y de la Concepcion, de donde se les provee a los padres de harina, vino, legumbres y demas cosas para el sustento necesario; y el mayor trabajo desto es el no poder ir navío a estas islas sino una o dos veces al año, porque por estar en tanta altura al sur, es conocido el peligro que llevan de perderse, si desquician de los dos o tres meses en que pueden entrar y salir; y tal vez si hubo calmas o vientos contrarios que les obliguen a arribar a alguno de los puertos desta costa, y por esto se les pasa el tiempo oportuno para su navegacion, quedan aquel año los padres, como toda la demas jente de los presidios, obligados a pasar con el pobre sustento de los indios, guardando la poca harina y vino que les habia quedado para hacer hostias y decir misa, porque la tierra no lleva estos jéneros ni otros, fuera de habas y cebada, ni fruta alguna, sino unas malas manzanillas, pocas y ágrias, de suerte que el que se sacrificó a Nuestro Señor en este destierro, se condenó a carecer del regalo de las frutas y de todos los demas de que es tan abundante todo el reino de Chile.

Fuera destas incomodidades que llevan de cosecha estas islas, tienen otras, no menores, ocasionadas de los mares que las dividen unas de otras, porque como los indios habitan este archipiélago, es fuerza andar cada dia atravesando el mar con manifiestos peligros de la vida; y cuan-

do ménos, escapando todos mojados sin tener qué mudarse, ni cama en qué descansar, porque las pobres mantas que llevan para este efecto, o quedan en el mar con el pobre viático que sacaron de la residencia para su sustento, o si se libra algo, no queda de provecho para suplir su trabajo; y así no tienen otro refujio que el de un desventurado rancho de paja, donde ahogándose de humo, por ser muy pequeños y bajos y no tener respiraderos, secan en sus propios cuerpos la ropa que traen encima. Y el regalo que les aguarda para alivio destas penalidades, es un *banquito en la iglesia o hermita mal abrigada, en que se sientan a confesar o catequizar a los indios que llegan con grandes ánsias, por no dejar pasar la ocasion que, perdida una vez, no la pueden haber a las manos tan ahina; porque concluyendo con una isla pasan luego los Padres a otra y otra. Y aunque esta jente nos ama ternísimamente y parten con nosotros con liberalidad, de su pobreza, y en fin, nos matan la hambre con lo que nos dan; no pueden dejar de padecer mucho los que se hallan obligados a pasar con sus mantenimientos, tan diferentes de aquellos en que cada cual se crió. A este tono se pasan otros trabajos y incomodidades, que traen consigo estas apostólicas misiones, pero con tan gran consuelo y satisfaccion del alma, que no echan ménos los mayores regalos y delicias del mundo, porque Nuestro Señor, que es fiel en sus promesas y no permite dejarse vencer de sus criaturas en las finezas de su amor, viendo las que con Su Majestad usan estos sus siervos, sacrificándose a su mayor agrado en tanto desamparo de consuelos humanos, corresponde como quien es, no solo con el eterno peso de la gloria que les tiene preparada, sino que en esta vida les dá el ciento doblado prometido, dándoles en esos mismos trabajos y en la mayor apretura destos ministerios el gozo cumplido, que no sabe dar el mundo aun a los que mas lisonjea con la riqueza, honras y prosperidades con que los acaricia; porque cuando llegan mas desaviados y maltratados de los rigores del mar y del tiempo a los puertos destas islas, les sale a recebir esta pobre jente corriendo desalados a besarles la mano estimándolos como a sus padres y acudiendo luego cada cual con sus necesidades espirituales, pidiendo éste confesion, aquél el bautismo y esotro el pan del cielo y todos ser enseñados en la doctrina cristiana, la cual aprenden y abrazan con notable aplicacion y afecto, porque los naturales destas islas son los mas dóciles y nobles de todo Chile, y los ménos dados a la embriaguez y otros vicios, y así los mas dispuestos para ser ilustrados con la luz del Evanjelio. Y tengo por cierto, segun las noticias que tengo desta jente, que si pudiésemos visitarlos mas a menudo aprovecharian mucho en sus almas y dejarian atras a otros que nacieron y se criaron con mas obligaciones de ser mejores; pero cómo medrarán en la fée sino oyen? ¿Y cómo oirán si no les predican? ¿Y quién les predicará si el piadoso zelo y la paternal caridad de vuestra paternidad y el fervoroso espíritu de los verdaderos hijos de nuestra Compañía, no se compadecen de tan estrema necesidad, y les envia predicadores apostólicos que les enseñen el camino de la verdad y guíen hasta las puertas del cielo? No hubo ocasion, despues que me elijieron, de escribir a los Padres desta residencia, ni tampoco hubieran tenido lugar de responderme y enviarme la relacion

que deseaba traer de las cosas particulares del fruto de las almas y estado de todas las demas cosas pertenecientes a estas misiones, y así no puedo dar otra noticia que esta que va por mayor; y aunque el padre provincial habia prevenido esto, debia de haber salido a mision el padre Juan Lopez Ruiz, superior desta residencia (que ha trabajado loablemente en estas islas unos quince años continuos) cuando salió el navío, o la priesa de su despacho y salida del puerto no dió lugar a nada, y así no tuvo otra carta que la del padre Juan del Pozo, que no ménos apostólicamente ha evanjelizado en estos desiertos y hace la breve y sucinta relacion que vuestra paternidad verá por ella, que es de 25 de Febrero de 1639, escrita al Padre provincial, en que dice así:

«*Pax Christi*, etc. Aunque en otra tengo escrito largo a vuestra reverencia, avisando de todo lo que este año ha pasado, y principalmente de los gloriosos empleos y trabajos que en ayuda de las almas tan desamparadas, cuales son las de esta provincia, hemos pasado así en la tierra como en la mar, trayendo muy de ordinario la muerte delante, que con evidentes peligros de naufrajios nos amenazaba, de que Nuestro Señor con la paternal providencia que tiene de nosotros, nos ha librado, para que podamos acudir al bien de tantas almas que por todas partes están clamando por Padres que les ayuden y saquen del cautiverio del príncipe de las tinieblas en que se ven oprimidas, quebrándonos el corazon a nosotros, viendo por una parte la estrema necesidad de tantas naciones y el sumo desamparo, y que por otra, por ser no mas de dos sacerdotes los que andamos en esta mision, es imposible poderles acudir sin dejar desamparado lo que tenemos ganado en las islas y fuertes y demas indios anexos a ellos, que se ocupan en servicio de Su Majestad; mandando vuestra reverencia que en primer lugar se acuda a estos, y así para descargo de mi conciencia, aprovechándome de lo que vuestra reverencia me dice en la suya, de que para el año de 40 se ha de elejir procurador para Europa, juzgué tener obligacion de dar, por mayor, la mejor noticia que pudiere desta tierra y islas, y de la disposicion que tienen para recebir la fée, para que con ella vuestra reverencia encargue mucho al procurador que fuere el traer operarios y fervorosos obreros que cultiven esta pobre y desamparada jente, que claman por remedio, y que con eficacia proponga a Su Majestad la estrema necesidad destos sus vasallos, para que con su católico pecho y santo zelo envíe Padres de Europa para el efecto, como lo ha hecho y hace con otras provincias, y no ha de ser esta ménos, siendo la necesidad mayor. Está, pues, la provincia de Chilué dividida en un archipiélago de islas, que por una parte ciñe la isla grande, a donde está *fundada la ciudad* de Castro, y por otra la cordillera nevada que vá corriendo la banda del sur hasta el Estrecho, donde hay várias naciones de indios que por falta de sacerdotes no han recebido la fée, ni tienen noticia del verdadero Dios y Redentor, como luego diré.

«Volviendo, pues, a la isla grande, donde está la ciudad de Castro, tiene de largo mas de setenta leguas, contando desde el puerto del Inglés hasta Quilan, y de ancho a cinco y a siete leguas por lo mas, y en su contorno hasta la cordillera nevada tendrá unas cuarenta islas pequeñas de a tres

y a cuatro leguas, y la que mas, que es la isla de Quinchao, tiene unas siete leguas, y están distantes unas de otras, a una, dos, cuatro y seis leguas, pasando estos golfos de mar con unas piraguas, que son tres tablas cosidas con un hilo que se hace de cáscaras de unas cañas bravas que lleva la misma tierra, poco mas grueso que hilo de acarreto; y en estas embarcaciones tan débiles y flacas, andamos de ordinario por estas islas pasando estos golfos con evidentes peligros de la vida, por ser los mares muy bravos, las corrientes de las aguas a las crecientes y menguantes del mar muy furiosas (que da grima solo considerar que por allí se ha de pasar); las tempestades y vientos grandes y contínuos, por la mucha altura en que están de cuarenta y cuatro grados para arriba; y así, apénas hay año que no hagan naufrajio tres, cuatro y mas destas embarcaciones, con grande lástima de los que quedamos con vida en medio de tantos peligros, pero siempre con mucho ánimo de arresgarla por el bien de las almas, que tanto costaron a nuestro buen Jesus: el cual parece que para mayor aliento nuestro y que nadie se atemorice por tamaños peligros de la vida, ha guardado siempre los nuestros de manera que en tantos años, como ha que navegan estos mares, no ha querido que padezca naufrajio ninguno, sino que en las mayores ocasiones los ha librado con manifiestas maravillas, que cada dia tocamos con las manos.

«Entre todas estas islas andamos lo mas del año, sacados tres meses que es el rigor del invierno, que no se pueden navegar los mares por las contínuas tempestades y vientos, y apénas podemos visitarlas en dos años todas, administrando a los indios los sacramentos y haciendo acudan a las obligaciones de cristianos, que esto lo hacen muy bien con particular consuelo de nuestras almas, viéndolos tan bien afectos a las cosas de Dios, dando por muy bien empleados cualquier trabajo y riesgo, por acudir a jente tan bien dispuesta. Hácia la banda de la tierra firme y puerto de Carelmapo, a donde hay presidio de españoles, está la provincia de Calbuco, a donde hay otro presidio de españoles que tiene debajo de su amparo todas aquellas islas, que serán una docena, para defendellas del enemigo rebelado, y estos indios se ocupan en ayudar a los soldados a las malocas y demas faenas del servicio de Su Majestad que se ofrecen; y a estos es fuerza acudir por lo ménos cada año a confesarles, predicarles y dotrinales; y asimismo a la jente española que está en ambos fuertes. Desde el remate de la isla grande hácia el sur, pasando un golfo de mar que tiene diez leguas, se da en la provincia de los Chonos, jente muy apacible y tan pobre y miserable que viven y se sustentan de solo marisco, lobo y otros frutos del mar; porque la tierra es tan desdichada que no se puede cultivar, y así tambien andan desnudos, porque no crian ganado, y de cortezas de árboles, hacen unas como chozas, a donde se abrigan de las inclemencias del tiempo. A esta provincia entraron antiguamente los nuestros y recibieron de corazon la fée; pero ya por falta de obreros y lo mucho que tenemos que hacer en las islas primeras, no podemos entrar, sino es que vuestra reverencia socorra con algunos Padres. Despues desta provincia se siguen otras hasta el mismo Estrecho de várias naciones, y todas en muy buena disposicion para recibir la

fée, si hubiera quien se la predicase, y si entramos por la cordillera y valles que hace, está la nacion de los Puelches, tan estendida que corre mas de ducientas leguas, toda jente desamparada que quiebra el corazon considerar tanto desamparo, y que tantas almas se vayan al infierno por falta de sacerdotes y ministros evanjélicos. Y si volvemos los ojos hácia el norte, luego se me pone delante la isla de la Mocha, fértil y abundante, que está no muy léjos del puerto del Valdivia: esta isla está muy poblada de jente que há muchos años claman y piden Padres que les enseñen el camino del cielo; y las veces que han arribado a ella los navíos que vienen a esta provincia, han hecho estos indios muy buen agasajo a los españoles, y vuestra reverencia es buen testigo del que le hicieron el año de nueve, cuando viniendo a trabajar a estas misiones pasó por ella y les dió las primeras nuevas del Evanjelio; y así solo para dotrinar esta isla, *eran menester* por lo ménos dos Padres y tendrian harto que hacer, como es notorio. Todo esto me ha parecido decir en breve a vuestra reverencia, por la ocasion de procurador que dije arriba, para que con toda *diligencia* y *tomando los medios posibles*, vuestra reverencia *informe a* Su Majestad Católica, que con su acostumbrada piedad y zelo remedie tantas y tan forzosas necesidades que son estremas y de jente tan buena y bien dispuesta para recebir la fée, *si hubiera quien se la predicase*, que por lo ménos para acudir a las mas forzosas, son menester ponga vuestra reverencia unos ocho Padres en esta provincia, y que de aquí salgan por las demas que tengo dichas, a llevar las felices nuevas del Evanjelio y enarbolar el estandarte de la santa cruz, sacando del poder del demonio tantas almas que sin remedio perecen, y esto es no entrando en esta cuenta la isla de la Mocha, que esta pide otros dos, y harto tendrán que trabajar por algunos años, con la mucha jente que en ella tengo noticia hay. El Señor lo ordene todo como mas convenga y se compadezca desta pobre jente y guarde a vuestra reverencia en cuyos santos sacrificios y oraciones mucho me encomiendo, Castro y febrero veinte y cinco de 1639.—*Juan del Pozo.*»

Hasta aquí la carta escrita al padre provincial Juan Baptista Ferrufino, que con grande ejemplo, luego que pasó de Italia a esta provincia, se aplicó con fervoroso zelo a estos apostólicos empleos, y aunque dice mucho, no todo lo que pudiera para hacer tan pleno concepto como el que harian los que supiesen mas por menudo el número de los indios y *naciones que habitan estas islas* y lo particular de la disposicion con que se hallan para recebir el Evanjelio los jentiles, las ánsias con que lo piden y los casos individuales del fruto que se hace en los ya convertidos a *nuestra* fée; los efectos de la divina predestinacion *que se tocan* cada dia con las manos, mas claros que la luz del sol, ya en los niños que acabados de baptizar se mueren luego, ya en los adultos, a quien amaneció el dia y claro sol de su justificacion y salvacion, al tiempo de ponerse el de su larga vida malograda en el desperdicio de sus falsos errores y ritos jentilícticos, sujetando en aquel trance su indómita cerviz al yugo del Evanjelio por el baptismo. Algo queda dicho arriba del fruto que se hace en estas misiones, y para mí no he menester otra cosa para persuadirme a todo lo que pudiera con largas relaciones, sino ver el gusto con

que pasan en estas asperezas los Padres misioneros, que es tan grande, que hay sujetos que entrando mozos a estas partes se han envejecido en ellas, y cuando la obediencia les ha obligado a salir a los colejios para gozar ya de algun descanso, ha sido como por fuerza, y cuanto es de su parte, pasan los últimos dias de su vida con una santa violencia, que les hace el zelo de las almas, porque este como no se *desminuye* con la falta de las fuerzas corporales, está siempre solicitando la caridad de sus pechos y no hallándose sin trabajar, quisieran volverse al palenque y *ponerse de nuevo en frontera, para aumentar a Nuestro Señor sus triunfos* y vitorias y ampliar su santo Evanjelio: y con estas ánsias están de ordinario clamando a los superiores, *mitte me*, en cuya prueba pudiera nombrar casi todos los que han estado en estas apostólicas misiones; pero baste por todos el padre Melchor Venegas, varon de tanto espíritu y relijion y tan ajustado a las obligaciones de hijo de nuestro padre San Ignacio, que no sé que pueda quedar debiendo nada a lo mas estrecho y riguroso de su regla. Manifiesto es esto a todos los que nos confundimos de ver vivo en su pobreza y desprecio del mundo y de sí mismo, la regla once de nuestro santo instituto, y nos admiramos del fervoroso zelo con que en la ancianidad de setenta años, consumido y acabado ya con trabajos que desde bien mozo ha padecido en estas islas, clama por volver a ellas, y jeneralmente no hay quien vaya a estas misiones que no esté con muchísimo gusto en ellas, lo cual es eficasisimo argumento, así del fruto que logran de sus trabajos, como de los consuelos y entera satisfacion de su espíritu con que Nuestro Señor les premia y regala.

Y bien se lucen los favores que de su liberal mano reciben en la exacta observancia de nuestro santo instituto y regla, porque aunque por la divina misericordia tiene toda la provincia mucho que agradecer a Su Divina Majestad en este punto por la estrecha pobreza y mortificacion y veras con que proceden *todos en la disciplina relijiosa*, conservando el primitivo espíritu de nuestra profesion, así en los púlpitos, no predicando otra cosa que a Jesucristo crucificado, como en el confesionario, de que no se escusa nadie, sino que todos acuden a *porfía*, y a las cárceles y hospitales, y a enseñar la dotrina a los niños y a los esclavos y indios, y todo esto con el gran crédito de pureza de costumbres que nos ganaron nuestros primeros Padres y conservan sus hijos en aquellas partes de aquel nuevo orbe; pero el raudal de los divinos ausilios y regalos del cielo, parece que baña con mas plenitud estos desiertos, por mas estériles de los del mundo y aun de los que caben dentro de nuestra esfera y se gozan en las casas y colejios, donde esperimentamos la caridad de nuestra Compañía, particularmente en tiempo de las enfermedades, en el cual no tienen estos mortificados y desengaños relijiosos otra botica ni otro médico o medicinas, ni mas alivio que el de la paternal y Divina Providencia, que cuando ménos le da esfuerzo, paciencia y valor para pasar las incomodidades y falta de lo necesario con alegría y sin queja.

Con esto he dado cuenta a vuestra paternidad del estado en que dejé los ministerios de nuestras misiones de Chile y de la grande necesidad que tienen de mas sujetos para su avío, y la que asimismo tienen los colejios y toda la provincia, sobre que informan a Su Majestad, como lo

tiene ordenado por sus reales cédulas, los señores obispos, Audiencia y gobernador de aquel reino, de cuyas cartas, que tengo presentadas en el Real Consejo, copiaré aquí solas dos, las mas breves, que apoyan bien este intento. Dice, pues, así la Real Audiencia de Chile en la suya.

«Señor.—El padre Alonso de Ovalle de la Compañía de Jesus, procurador jeneral desta provincia de Chile, va a esa corte a suplicar a Vuestra Majestad haga merced a su relijion de algunos sujetos que sirvan en este reino, así en las misiones de sus naturales, como en la continuacion de los sacramentos de los españoles de él. El zelo, ejemplo y santidad de esta relijion los tiene edificados a todos, de manera que es conocido el fruto que sus relijiosos hacen con tanto lucimiento espiritual que juzga esta Real Audiencia será muy del servicio de Dios y Vuestra Majestad darle los relijiosos que pide, porque son los que mas acuden a la conversion de los indios, así de la paz como de las fronteras, asistiendo a los unos y a los otros continuamente con mucho trabajo, por ser grande la mies y pocos los obreros que tienen. Guarde Nuestro Señor la católica real persona de Vuestra Majestad, etc.»

Hasta aquí esta carta. La del señor don fray Gaspar de Villarroel, obispo de Santiago, dice así.

«Señor:—La cristiandad ha entrado tan mal en los indios deste reino, que me juzgara por un obispo infeliz a no tener en él la santa Compañía de Jesus. En todo el mundo es provechosa esta relijion; pero así como en todo él no hay país de tanta necesidad, no hay ninguno donde a tanta costa hagan tanto fruto. Son en Chile pobrísimos estos relijiosos, excelentes letrados y muy virtuosos. Inclínanse pocos a la Compañía en esta tierra por lo mucho que trabajan, y ha menester socorrerse de sujetos de España para no verse extinguida. Por lo cual me ha parecido que no lleno mi obligacion, sino se lo significo a Vuestra Majestad, en conformidad de lo que por sus reales cédulas tiene ordenado, suplicando en nombre de mi iglesia, se sirva de mandar por la utilidad comun, que se provea este reino de sujetos que tanto han de importar para su reducion. Guarde Nuestro Señor a Vuestra Majestad, etc.—Noviembre 29 de 1640.

No quiero cansar a vuestra paternidad en referir los otros informes y cartas de los señores obispo de la Concepcion, presidente y gobernador de aquel reino, porque contienen lo mesmo que las referidas y son mas largas, y el número de sujetos que todos piden es en virtud del informe auténtico que el padre provincial presentó a estos señores, como lo manda Su Majestad, informando por menor de la apretada necesidad de cada colejio, casas y residencias, del cual, que tambien tengo presentado en el Real Consejo, consta ser necesarios por lo ménos cuarenta y dos. Con estos despachos me partí de Chile; pero a pocos dias despues de haber salido, se confirmaron las esperanzas que habia ya de la nueva puerta que abria Nuestro Señor a su Evanjelio, mediante las paces que quedan referidas en su lugar, y el Marqués de Baydes me escribió que en las cartas que escribió a Su Majestad dándole aviso de este buen suceso, hace nuevo esfuerzo pidiendo mas sujetos para la conversion de los indios

que daban la paz y pedian el baptismo. De todo lo cual se entiende fácilmente la apretada necesidad que a vuestra paternidad represento, suplicándole con toda la humildad y afecto que puedo, se sirva de volver sus paternales ojos a aquella nueva planta, que por serlo y de las mas remotas y apartadas que tiene nuestra Compañía, y de las mas destituidas del consuelo que gozan los que tienen a vuestra paternidad mas cerca, tiene particular título de ser favorecida y amparada de su santo zelo y caridad, en que tengo puesta mi confianza, sirviéndose de socorrer a tan desamparadas almas con sujetos fervorosos y tales que valga uno por muchos; pues, segun la mente de nuestro padre San Ignacio, en la octava pregunta de las constituciones, los que se envian a las misiones han de ser *optimiquique*, y lo mesmo sintieron sus sucesores el padre Lainez y el beato padre Francisco de Borja, y la esperiencia ha mostrado que los que han pasado de Europa a aquellas partes del Paraguay y Chile con el zelo y espiritu de verdaderos hijos de la Compañía, desengañados, amadores de la cruz de Cristo Señor Nuestro, y por medio del nobilísimo sacrificio que hicieron de sí mismos, consagrándose a aquellos desiertos, pusieron debajo de sus divinos piés sus comodidades y colgaron del clavo que los traspasa sus lucidos talentos y letras, han sido antorchas encendidas y vasos de eleccion que han llevado su santo nombre donde nunca se habia oído, convirtiendo tantas almas y reduciendo a su estandarte y bandera tanto jentilísmo, y en sí mismos han hecho tan grandes progresos de espíritu que conquistaron este nuevo mundo no ménos con la obra que con la palabra, dejándonos tan llenas las iglesias de fervorosos cristianos, catequizados y bautizados de su mano, como las historias de sus raras virtudes y ejemplos y no pocos prodijios y milagros, y a los venideros un perfecto dechado que imitar.

Pero los que han quedado hoy en la provincia de Chile son tan pocos a causa de haberse muerto unos y envejecídose otros y quebrantádose, con excesivos trabajos, que apénas queda ya quien eche mano al arado; porque há muchos años que no hemos tenido socorro de consideracion, por no haber podido enviar procurador propio que represente a Su Majestad la estrema necesidad que pasan aquellos sus nuevos vasallos, de quien les enseñe las cosas de la fé, y como por otra parte el recibo es tan corto, por ser aquella tierra de guerra y consumirse en ella mucha de la juventud que cada año asienta plaza en las levas que frecuentemente se hacen en la ciudad de Santiago, es fuerza que se disminuyan los sujetos, de manera que apénas habrá hoy cincuenta sacerdotes, entrando en este número los superiores y maestros y los viejos, a quien reservó ya del trabajo su imposibilidad. Y no conduce poco a esta falta que tenemos de sujetos, la que hay de maestros que atiendan al cultivo de los estudiantes; porque, como he dicho arriba, los que hay es fuerza que atiendan a los ministerios de la predicacion y confesiones como cualquiera otro obrero, y tal vez no pueden los superiores ménos que sacándolos de sus cátedras, suplir esta y aquella falta, y cuando salí del Colejio de Santiago, quedaba su rector, el padre Alonso de Aguilera, leyendo la de teolojía, en que se ha ocupado con tan grande aceptacion mas de veinte años; y el padre Baltasar Duarte, que há veinte y cinco que con tan cono-

cido crédito lee la de prima, fué fuerza sacarle otra vez para visitar el Colejio de Mendoza, el cual quedó gobernando por mas de un año: y a este modo quedan otras veces las cátedras, o supliéndolas los que por entrar de prestado, no pueden llenar el vacío de los proprietarios ni lograr el fruto que se desea, o cargando el cuidado de entrambas sobre uno solo, con notable detrimento de los discípulos, así domésticos como seglares.

Y aun para la gramática falta de ordinario el número necesario para la division de las clases, sin la cual no es posible que se luzga el trabajo del maestro ni de los estudiantes, porque siendo tantos como son y de tan diferentes categorías, es fuerza que se confundan y que miéntras se da ripio a unos, estén otros ociosos, y así no aprovechan ni los unos ni los otros, de que se sigue el desabrirse los estudiantes y perder el sabor de las letras, con que fácilmente, dando lugar al ócio, se relajan y pierden el amor a la virtud, la cual faltando, faltan juntamente los buenos deseos y vocacion que habia comenzado ya a emprenderse en el corazon, y como se junta a esto el ruido de las armas, cajas y trompetas, que traen consigo las contínuas levas que se hacen para la guerra, todo desayuda a que llegue a colmo la semilla que habia comenzado a nacer y aun a echar flor en sus corazones; y no ménos el andar siempre los nuestros tan ahogados de tantos ministerios y ocupaciones, que atropellándose las unas a las otras, no les dejan lugar a dar algun tiempo al trato familiar de sus penitentes y discípulos, y como depende tanto dél la labor y fruto espiritual de sus almas, todo se malogra y se va en agraz. Y aun cuando se pudiera suplir esta falta con el santo ejercicio de las congregaciones, fuera ménos el mal; pero aun a esto se atiende tambien a remiendos y de priesa, porque no hay a quien encargar este ministerio, de manera que atienda a él de propósito y con la asistencia necesaria para hablar a los congregados y comunicar las cosas de sus almas y enderezarlos por los pasos y camino de la virtud, con que se pierde y malogra, sino la mejor juventud de las Indias, la que se señala entre todas, de manera que puede parecer entre las mejores, así en la docilidad y nobleza de sus buenos naturales, como en la agudeza de sus injenios y en la facilidad con que aprenden cualquiera facultad, como se ve en todas las universidades y estudios donde salen a cursar con grandes lucimientos y ventaja. De donde se sigue, finalmente, que habiendo tan poco recibo, no solo estén tan esquilmadas nuestras escuelas, pero no haya esperanza a su remedio miéntras no se le da a su raíz, y así no habiendo mejora en el cultivo de los estudiantes seglares, no podrá ir a mas el número de nuestros hermanos, de cuya falta se sigue infalible la de los maestros y obreros, miéntras no viene de fuera quien la supla.

La que tenemos de hermanos coadjutores, aunque no se siente inmediatamente en el trato y fruto de las almas, por no traer las manos dentro de la masa como los sacerdotes; pero como depende tanto lo espiritual de lo temporal, a pocos lances se esperimenta el menoscabo desto en aquello; y cierto que es de ponderar y aun para compadecerse el ver, como lo he venido advirtiendo por las provincias por donde he pasado, tantos hermanos coadjutores, tan provechosos a las casas, tantos arquitec-

los, pintores, herreros, carpinteros, boticarios, plateros, y de todos los oficios y artes como hay en estas provincias, y que no tengamos en ninguno de nuestros colejios siquiera uno que sepa hacer una puerta, ni echar una línea, ni ahorrarnos en ninguna arte o oficio, la menor costa de las muchas que se han hecho en la fábrica y adorno de las iglesias que se han edificado y en las que se van fabricando, y si el hermano Francisco Lázaro, insigne escultor y maestro de arquitectura, no hubiera ido de la provincia del Perú a hacernos limosna de acabar nuestra iglesia de Santiago, estuviéramos hasta ahora metidos en un tabuco, que parece que como la naturaleza arrinconó esta tierra, poniéndola en el remate del mundo, así la llegan tan tarde de las influencias de la cabeza y cielo de nuestra Compañía. No es queja esta, pues hasta ahora no hemos tenido procurador que manifieste a vuestra paternidad este nuestro desamparo; pero es humilde proposicion y manifestacion de nuestra necesidad, para que llegándola a entender nuestros hermanos coadjutores europeos, se alienten a emplear sus buenas habilidades y talentos en la labor deste nuevo jardin, que por zelo podria ser se agradase mas Nuestro Señor de ver aplicado a él su sudor y loables trabajos, que a los ricos campos poblados de amenas arboledas y alegres flores en que Su Divina Majestad se recrea como en parques perfectos y del todo acabados, cuales son los colejios y casas que en Europa florecen con tanto lucimiento, como a otro propósito, siendo aun niña nuestra sagrada relijion, lo dijo al emperador Cárlos V nuestro B. P. Francisco de Borja, dando razon a Su Majestad del motivo que tuvo de entrar en relijion tan nueva cuando las mas antiguas le convidaban con la autoridad y crédito que tenian ganado y adquirido en el mundo.

Esto y todo lo demas se remediara con el paternal amparo de vuestra paternidad, a quien de nuevo apelo y imploro en nombre de todo el reino de Chile, arrojándome con él a sus piés, y en el de tantas almas tan desamparadas, clamo pidiendo misericordia, y en el de Nuestro Señor ruego *per viscera Jesu Cristi Domini Nostri*, nos eche su bendicion y encargue a los padres provinciales que hubieren de partir con aquel pobre rincon de nuestra Compañía de lo mucho que les sobra en sus provincias de varones apostólicos espirituales y mortificados; hagan la eleccion conforme a su santo zelo y caridad en los sujetos que juzgaren mas a propósito para cultivar este viñedo y regalar aquellas plantas nuevas, pues siendo como somos todos hijos de una madre tan llena de union y caridad fraterna, no será razon que viéndonos nuestros padres y hermanos acesando y reventando en tirar la red que viene tan cargada de la pesca que tanto codició aquel divino pescador y codicioso mercador de las almas, no nos den la mano y acudan a asir de las calas, ni sé que haya corazon, prendado del amor de Dios, que se pueda sufrir viendo que se rompe la red y se pierde la presa por falta de quien ayude a lograrla, sin que acuda volando a ayudar a tirar della para que no se malogre tanta ganancia para sí y para el comun dueño de todos, que nos guarde a vuestra paternidad, etc.

Hasta aquí este memorial (con que doy fin a esta obra) del cual, y de todo lo dicho ántes, consta cuán espaciosos campos y cuán copiosa miés

ofrece en ellos el reino de Chile a los alientos y fervores de los que pretenden plaza de apostólicos varones y verdaderos hijos de San Ignacio, nuestro Padre, pues en las cinco clases de misiones y ministerios que se han propuesto, tienen en qué meter la mano desde los mas esforzados y valientes hasta los mas flacos y delicados; pues, cualquiera hallará proporcionado empleo a sus fuerzas, con que a ninguno le valdrá la escusa para no aceptar este envite que hago a todos en nombre de Nuestro Señor, rogándoles, puesto a los piés de cada uno, por la obligacion que tenemos todos a las finezas de su amor y por la correspondencia que debemos al infinito precio de su cruz en que derramó la sangre con que lavó las manchas de nuestras culpas, que todos los que pudiéremos, ofrezcamos nuestras personas a tan gloriosa empresa, y los que no se hallan en aptitud de poderlo hacer, cooperen con sus oraciones y sacrificios, y los que pudieren pasar adelante, lo hagan con sus limosnas para que no se disminuya, por falta de lo temporal, el número de los Padres misioneros y la propagacion de la fée, que comienza a arraigarse en aquel nuevo plantel de la Iglesia; asegurándose los que las hicieren, o temporal o espiritualmente, no solo del cien doblado y vida eterna que está prometida a los misericordiosos, sino de una muy aventajada bienaventuranza; pues no se trata aquí de dar la gloria a medida de vasos de agua fria, sino del cáliz de la cruz y de un encendido amor de Dios y apostólico espíritu; no de conmensurar el premio eterno con sola la piedad y misericordia del que dá de comer al hambriento, sino con el abrasado zelo del que lleva el sustento del alma y el pan del cielo y lo reparte a los pequeñitos recien nacidos al Evanjelio, que perecen por falta de quien se le administre. Tratamos, no de dar de vestir al cuerpo desnudo, sino de poner la estola de la inocencia y rozagante vestidura de la gracia a las almas; no solo de visitar al enfermo y encarcelado, sino de librar de la tiranía de Satanas y cárcel del infierno a tantos condenados, segun la presente justicia, a sus eternas penas, y de dar la espiritual salud y vida inmortal a los que *jacent in tenebris* de su jentilismo, *et in umbra mortis* de la suma ignorancia de las cosas eternas. Tratamos de convertir en un paraiso los incultos desiertos de una tan antigua jentilidad y de hacer ánjeles a sus habitadores, a quien tienen hoy hechos demonios sus errores, idolatrías y pecados. Ni se habla de hacer bien a Cristo en uno solo de los pobrecitos y mínimos de su Evanjelio, sino a un número sin número de tantas almas de jentiles y cristianos nuevos, en quien este Señor se representa dando voces desde aquel caos de su ceguera y desamparo a los fervorosos hijos de su Iglesia, a quien tan a tiempo amaneció la luz de su conocimiento y amor, diciendo a todos *venite, venite ad gentem convulsam et dilaceratam, etc.*, que el bien que les hiciéredes pondré yo a mi cuenta y quedaré yo vuestro deudor, para pagarlo: *quod uni ex his minimis meis fecistis, mihi fecistis.* Pagarélo con la espiritual consolacion y favores con que os asistiere en todos vuestros trabajos, persecuciones, viajes, peligros y fatigas; porque os haré sombra al medio dia y defenderé del frio y rigores de la noche, de manera que no os ofendan *per diem sol non uret vos, neque luna per noctem;* pondré a vuestros piés los áspides y baciliscos, y haré que los leones se pongan debajo de ellos barriendo

con su melena el suelo que pisan las plantas de los que habeis de evanjelizar la paz, que truje al mundo para reconciliar a los hombres con mi Padre, *super aspidem et baciliscum ambulambitis et conculcabitis leonem et dragonem;* haré que mis ánjeles os traigan en palmas para que no tropezeis en dificultad ninguna de las que se atravesarán a vuestra predicacion: *angelis meis mandabo ut custodiant vos in omnibus viis vestris, in manibus portabunt vos ne forte ofendatis ad lapidem pedes vestros,* y no dudeis ni temais, porque yo estoy aquí y no os faltará mi amparo: *Ego protector tuus sum Israel,* yo seré vuestro protector y defensa: *Et merces tua magnanimis,* y por remate os pagaré con la aventajada gloria con que os aguardo en el seguro reino de mi bienaventuranza.

LAUS DEO

SEGUNDA PROTESTA DEL AUTOR

Advierta el lector que en los elojios de los varones ilustres que contiene este libro, toco de paso algunas cosas que parece que les dan santidad, y a las veces pondero algunos casos suyos, los cuales, como sobrepujen las fuerzas humanas, pueden parecer milagros, presajios de lo futuro, manifestaciones de cosas secretas, revelaciones, ilustraciones y otras desta calidad, beneficios alcanzados de Dios por su intercesion para los hombres. Ultimamente parecerá que a algunos varones ilustres les doy nombre de santos o de mártires; pero, a la verdad, de tal suerte ofrezco todas estas cosas y las propongo a los que las leyeren, que no es mi ánimo que las tomen como examinadas y aprobadas de la Sede Apostólica, sino como cosas que hagan peso, segun la fé de sus autores; y, por tanto, no de otra manera que historia humana. Y así todos entiendan que el decreto apostólico de la santa Congregacion de la Santa Romana y universal Inquisicion, sacado año 1625 y confirmado año de 1631, le guardo entera e inviolablemente, segun la declaracion del mismo decreto, hecha por nuestro Santísimo Padre Urbano Papa VIII, año de 1631, y que yo no quiero por estas narraciones dar a alguno, o culto o veneracion, ni inducir, ni aumentar fama y opinion de santidad o martirio, ni añadir estimacion, ni dar paso para la beatificacion o canonizacion de alguno en algun tiempo, o para comprobacion de algun milagro; ántes quiero que todos entiendan que lo dejo todo en aquel estado que tuviera si no hubiera salido a luz este mi trabajo, no obstante cualquier tiempo venidero. Esto es lo que santamente profeso, como conviene a quien desea ser tenido por hijo obedientísimo de la Santa Sede Apostólica y ser enderezado della en todo cuanto escribiere e hiciere.

INDICE

DE ALGUNAS COSAS MAS NOTABLES

QUE SE CONTIENEN EN ESTOS OCHO LIBROS[1]

La P significa la plana donde se hallarán.

A

Animales varios en la Cordillera, que son los Alpes de Chile, I, páj. 21.

Alfonso de Villanueva, maese de campo de Chile, lleva al Perú el aviso de la entrada del holandes en Chile, I, 41. Vuelve con la armada real, y queda por poblador de Valdivia.

Ambar en Chile, I, 73.

Aves y pájaros de Chile, semejantes a los de Europa, y otros proprios de la tierra, I, 77, 78.

Animales europeos en Chile y otros proprios de la tierra, I, 89 y sigts.

Arboles europeos en Chile y otros proprios del país, I, 95 y sigts.

Alerce, árbol grande en Chile, de que se hacen seiscientas tablas, I, 97.

Arbol que se halló en Chile en forma de cruz, y crucifijo de estatura natural, cosa rara, I, 101.

América, quiénes hayan sido sus primeros pobladores. Cuestion difícil. Varias opiniones, I, 141 y sigts. El primero que la descubrió fué un piloto de Huelva, I, 195.

Don Alonso Ercilla, autor de la famosa Araucana. Habla del valor de los indios, y es digno de crédito, I, 148.

Avestruz, el modo con que se escapa del galgo que la sigue, I, 83.

Américo Vespucio dió nombre a la América, pero injustamente, I, 186.

Amazonas, el descubrimiento y relaciones del rio, I, 231.

[1] A pesar de lo defectuoso de este índice, lo hemos trascrito fielmente, como modelo de los que se usaron en aquella época, sin mas variaciones que las consiguiente a la nueva numeracion de la obra y a la colocacion de algunas palabras que se hallaban fuera del órden alfabético que les correspondia.

Almagro ayuda a la conquista del Perú, I, 240. Da de albricias veinte mil pesos al que le dió aviso de la merced que el Rey le hizo de la conquista de Chile. Sale a ella, y hace grandes liberalidades con los suyos, I, 245, 246. Pasa grandes trabajos en el camino su ejército, I, 252. Es agasajado en el primer lugar de Chile, donde halló mucho oro, y hizo grandes liberalidades con los soldados, I, 256. Vuelve de Chile al Cuzco, donde fué muerto desdichadamente, I, 258.

Francisco Arévalo, de la Compañía de Jesus, hace un insigne acto de castidad, II, 318.

Avendaño. Don Martin de Avendaño entró socorro de jente en Chile. Su noble decendencia, I, 307.

Alcazaba, yendo a conquistar 200 leguas de tierra a Chile, le matan sus soldados en el Estrecho, I, 226.

Alderete, corre la tierra de Chile, informa de su riqueza, y pasa a lo mesmo a España para volver con socorro de jente, I, 327, 328. Informa al Rey, y antepone a si sus compañeros; págase su Magestad de su modestia, y hácele adelantado y gobernador de Chile, I, 366. Vuelve de España con socorro, y muere en Taboga, I, 353.

Araucanos, no podian sufrir verse sujetos a los españoles, y así trataron de levantarse, I, 329. Elijen por cabeza a Caupolican, I, 331. Viendo que los españoles hacian fuerte, dan en ellos y traban batalla habiendo los primeros desafiado a que saliesen uno a uno, I, 355. Su gran valor, I, 357. Levántanse de nuevo, II, 51. Hacen nuevas juntas contra los españoles, II, 11.

Angol, la fundacion y buenas cualidades de esta ciudad, I, 333. Pónenla fuego los indios, II, 22.

Andresillo, indio famoso, amigo de los españoles, engaña a Caupolican y alcanzan victoria los nuestros por su medio, I, 360.

Andres, indio, muchacho de quince años, su consejo y traza contra el campo español, II, 13.

Aguilera, Pedro Olmos de Aguilera, su gran valor y nobleza, I, 343; II, 14.

Alvarado, capitan, su gran valor, I, 343; II, 14.

Andías, Altamiranos, Alegrías, Arias, Abalos, Avendaños, Aguirres, Arandas, Aguayos, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, I, 356.

Atenas, valeroso capitan en Chile, II, 19.

Aguilas, Azocas, Alderetes, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, II, 46.

Angulos, valerosos en Chile, II, 31.

Aranda, capitan Cristóbal de Aranda, señor del valle de Antelepe, II, 38. Su gran valor, pero no le vale, porque lo mataron los indios, II, 39.

Don Antonio Avendaño, cabeza de la nueva ciudad de Santa Cruz en Chile, II, 62.

Anganamon habiendo tratado con el padre Luis de Valdivia los medios de paz, pasa a la Imperial y a Valdivia a tratarlos con los caciques de aquel país, II, 114. Húyensele sus mujeres, con que se perturbó la paz, II, 116. Mata a los padres de la Compañía, porque entraron a predicar la lei de Dios, II, 126.

Alonso de Rivera, ilustre capitan en Flandes y Italia, gobierna dos veces a Chile con acierto, y muere, II, 147.

Alava, don Francisco de Alava gobernó a Chile por muerte de don Pedro Sorez de Ulloa, II, 152.

Americanos, qué noticia tenian del verdadero Dios y de Jesucristo ántes que entrasen los españoles, II, 191. Creian la inmortalidad del alma, II, 193. Hay tradicion que llegó a la América Santo Tomas, II, 194. La felicidad con que se ha plantado allí la fé, II, 199. Las causas por que se ha podido plantar la fé en la América con ménos contradicion que en el Oriente, II, 205.

Agnus Dei, acredita Dios su devocion en Chiloé, II, 312.

Animas de purgatorio, su devocion provechosa, II, 312

B

Ballenas de Chile, I, 73; muchas en el Estrecho de Magallanes, I, 116.
Benavides. El capitan Benavides socorre el real ejército. Fué caballero de gran valor, II, 52.
Bezares en Chile, I, 92.
Bernal, valeroso capitan en Chile, I, 313; II, 14.
Berrios, Bastidas, Barrios, Bustamantes, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, I, 356.
Barria, Tomas de la Barria buen efecto de un famoso tiro que hizo, II, 18.
Becerras, Barreras, Busardos, Britos, famosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, II, 31, 46, 47.
Baydes, Marqués de Baydes gobernó a Chile con grande acierto y alabanza, haciendo paces con los indios y manteniéndolascon grande entereza, cristiandad y valor, II, 157. Sale a la primera campeada, II, 159. Sale segunda vez a entablar las paces, II, 161. Capitúlanse, II, 161. Pasa a la Imperial, muestra su piedad en las exéquias del obispo Cisneros, II, 169. La parte que ha tenido en la gloria que la fundacion de Valdivia ha dado a sus fundadores, II, 187.

C

Chile, su sitio, clima y difinicion, I, 1. Sus buenas calidades y ventajas, I, 2, 3. Sus cuatro tiempos del año, opuestos a los de Europa, I, 4. Su cordillera, I, 21. Cosas maravillosas en ella y sus dos caminos, I, 22, 23. Para pasarlas, muy ásperos, I, 31. Sus rios rapidísimos, sus fuentes admirables, I, 32. Está cerrada cinco o seis meses del año por las nieves, I, 51. Hiélanse en ella los hombres. Varios sucesos acerca de esto, I, 52; II, 255, 256.
Cristal en la cordillera, I, 30.
Cuyo, provincia al oriente de Chile, la gran diferencia de la una a la otra parte, I, 49. Es Cuyo mui fértil, tiene oro y plata, I, 131, 132. Tiene incienso, laxarilla y otras yerbas medicinales, I, 133.
Costas de Chile, su fertilidad, I, 69, 70. Su cielo y estrellas, I, 85 y sigts.
Cocos de Chile, I, 98.
Cipreses grandes en Chile, I, 96.
Cruz y crucifijo formado naturalmente en un árbol grande en Chile, cosa rara, I, 101.
Canela de comer en el Estrecho de Magallanes, I, 117.
Césares en Chile, su noticia y orijen, I, 128. Entró a descubrirlos el gobernador D. Jerónimo Luis de Cabrera, I, 48.
Caminos por las pampas de Tucuman, hay en ellos falta de agua y abundancia de caza, I, 136.
Cadena o maroma de oro del Inga, tan grande, que apénas podian levantarla doscientos indios, I, 146.
Caminos por la cordillera, maravillosos, I, 23, 145.
Colon descubrió la América, I, 191.
Caupolican es electo jeneral del ejército araucano contra los españoles; a quien ganó luego una fortaleza con valor y buena traza, I, 335. Desafia al gobernador y presenta la batalla, I, 355-6. Entrégale un traidor. Prendenle. Su conversion y muerte, I, 361.
Concepcion, saquéala Lautaro, retiranse los españoles a Santiago, I, 345.
Colocolo reprime la presuncion y soberbia de los araucanos, I, 315. Aconseja la paz, I, 354.
Concepcion, vuélvese a reedificar y piérdese de nuevo, I, 350.
Cayencura anima a los araucanos, que ya se retiraban, a que vuelvan a la pelea, II, 14.

Chilenos, soldados españoles, su valor y fidelidad, II, 16. Lo mucho que han padecido, II, 17.
Cano, Diego Cano, reprime el orgullo de un indio valenton, I, 342.
Carrillos, Cabreras, Córdovas, Campofrio, Corteses, Castillos, Cáceres, Coronados, Carranzas, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, I, 356.
Campofrio, II, 14. Cerdas, Cuevas, Cisternas, Calderones y Cadenas, valerosos soldados y capitanes, II, 19, 45.
Cadeguala pone fuego a Angol, y impide el socorro de los españoles con gran valor, II, 21. Desafía al maese de campo y muere, II, 21.
Cheuquetaro, su consejo de que los indios serranos diesen la paz finjida para hacer mejor su hecho, II, 29.
Catepiuque, cacique, dispone una traicion contra los españoles. Descúbrela solo a Piurome y ejecútala, II, 33 y sigts.
Castillejo. Don Pedro Castillejo entra en Chile con socorro del Perú, II, 43.
Colocolo, señor de Arauco, hace junta de caciques. Sus pareceres. Dan la paz no del todo, II, 50, 51.
Curaquilla, embajador de la paz finjida, II, 51.
Colocolo, hijo del viejo Colocolo, es preso con su mujer Millayande, la cual le persuade que si sus vasallos por librarle no dieren la paz, se vuelva contra ellos, poniéndose de parte de los cristianos, como lo hizo, II, 55.
Caza de francolines, etc., I, 82.
Colon convida con la conquista de la América a su patria, a los reyes de Portugal, Francia e Inglaterra, y últimamente la aceptaron los Reyes Católicos, I, 196. Parte de España al descubrimiento de la América. Padece mucho, llega y toma posesion en nombre de los Reyes Católicos, I, 197 y sigts. Vuelve dos veces a España. Descubre nuevas tierras, envíanle preso a España, y volviendo últimamente muere, I, 203 y 206.
Cuba, isla de la Habana, su descubrimiento, buenas cualidades y piedad con la Santísima Vírjen, I, 207, 208.
Chile. Iba Simon de Alcazaba a fundar doscientas leguas de tierra, y matáronle sus soldados en el Estrecho, I, 225.
Campeche, su descubrimiento, I, 227.
Cortes comienza la conquista de Méjico, I, 229.
Cartajena, su fundacion, sitio y buenas propriedades, I, 230.
Copiapó, el primer lugar de Chile, muy fértil, I, 262.
Caballos, valian en Chile a los principios a mil pesos, I, 301.
Concepcion. Tercera ciudad que fundó Valdivia, su sitio y buenas cualidades y las de sus habitadores, I, 309. Es famosa en maravillas la imájen de Nuestra Señora que está en la catedral, I, 312. Fundóse aquí la Audiencia, I, 311.
Castilla. Don Gabriel de Castilla entra en Chile con buen socorro, II, 65.
Chile, pondéranse las causas de sus calamidades y ruinas de sus ciudades que destruyeron los indios, II, 70, 71, 72.
Chile, el estado en que quedó despues de la muerte de los padres de la Compañía de Jesus, II, 137. Y el que tiene despues de las paces, II, 171. Refiérense várias cartas que dan razon de esto, II, 172 y sigts.
Cerda. Don Cristóbal de la Cerda, gobernador de Chile, sus buenas partes, II, 151.
Callao, su muro y fortaleza, II, 186. Rey Católico, su alabanza y de la nacion española por el Papa Gregorio XIV.
Catedrales y clerecía, cuanta parte tengan en los aumentos y propagacion de la fe en la América, II, 201.
Compañía de Jesus, su primera entrada en Chile; hospédanlos los padres de Santo Domingo, II, 214. Funda en Santiago, a instancia y con limosnas de la ciudad, II, 213. Abre escuelas, II, 214. El buen afecto y liberalidad que la han mostrado los de Chi-

le, II, 215. Divídense en seis clases sus ministerios. Trátase de la primera, en que se contienen los de los colejios con españoles, indios y negros, II, 217, 218 y sigts. Cuéntanse dos casos de edificacion y consuelo, II, 226. Trátase de los bautismos de los negros, II, 229. Cuéntanse algunos casos de edificacion, II, 230, 231 y sigts. Los ministerios de la segunda y tercera clase, que son las misiones que se hacen en los colejios, II, 217 y sigts. El fruto de estas misiones, II, 256. Los ministerios de la cuarta clase, que son los de las residencias y apostólicas misiones, II, 247. Sus trabajos, II, 275. Su fruto, II, 253, 254, 255, 281, 292, 293, 294. Los ministerios de la quinta clase, que son las misiones de Chiloé, II, 307. Padecen persecucion los padres de Chiloé y Dios vuelve por ellos, II, 310. Trátase lo que refieren de los trabajos y fruto de estas gloriosas misiones las ánuas, II, 307, 309, 310, 311, 312, 313, 315, etc. Trátase lo mesmo en el memorial, II, 353, 354 y sigts.

Colejio convictorio de San Francisco Javier en Santiago, II, 231.

Coquimbo ofrece fundacion de un colejio. Hacen allí los nuestros gran fruto, II, 259.

Chile, sus cabezas, maeses de campo, sarjentos mayores y capitanes han fomentado mucho las cosas del servicio de Dios en la guerra, y ayudado con su ejemplo y a la reformacion de costumbres, II, 273.

Chile, en su nombre piden al Rey sujetos de la Compañía la Real Audiencia, presidente, y los señores obispos, II, 364.

Chiloé, un grande terremoto que desenterró los muertos de las sepulturas y causó otros efectos extraordinarios, II, 319.

D

Dia de veinte y cuatro horas arriba del Estrecho de Magallanes en el verano, y noche de otras tantas en el invierno, I, 112.

Domingo. Los relijiosos de Santo Domingo fundan conventos en Tierra Firme, I, 228. Hospedan a los de la Compañía en Chile, II, 112.

Don Diego Gonzalez Montero, gobernó la república con acierto, I. 310.

Duranes, Duartes, Diaz, valerosos soldados y capitanes en Chile, II. 19.

E

Estrellas del mar en Chile sirven para correjir el vicio de beber vino y embriagarse, I, 71.

Estrellas y cielo de Chile, I, 85 y sigts.

Estrecho de Magallanes, I, 115, 116, 117. Noche allí de veinte horas, I, 115. Várias suertes de peces, y muchos puertos, I, 116. Hay opinion que hay otro canal fuera del de Magallanes, I, 117. Las armadas que se han perdido queriendo pasarle, I, 127, Dicen comunmente que hay allí pigmeos: con qué fundamento, I, 173. Mataron en el Estrecho a Simon de Alcazaba yendo a fundar doscientas leguas en Chile, I, 225. Hay lugares ricos la tierra adentro, I, 226. Hay canela de comer, I, 116. Y unas cortezasde árboles que corresponden a pimienta, I, 116.

Estrecho de San Vicente, vulgarmente llamado de Lemaire, I, 116.

Españoles, su valor y sufrimiento en la conquista de las Indias, I, 253, 329. Buen suceso en un estrecho paso, I, 358.

Escobar. Capitan Cristóbal de Escobar entró buen socorro de jente en Chile a su costa. Hácese mencion de su nobleza, I, 306; II, 20.

Ercillas, Espinosas, Esquiveles, valerosos soldados y capitanes en Chile, I, 356.

Españoles: veinte dieron principio a una insigne victoria en la cuesta de Villagra, rompiendo la albarrada y abriendo puerta a los demas. Nómbranse juntamente con otros, II, 45.

Españoles cautivos se libertan, II, 162. Su gran desdicha entre los indios, II, 168. Salen algunos de cautiverio, II, 173. Un español cautivo en una carta da cuenta de la buena disposicion que los indios tienen para recibir la fé, II, 180.

F

Frutas de Europa en Chile, su abundancia, I, 14, 97, 98.
Frutilla propria de la tierra, es la mas preciosa, I, 14.
Fuentes de Chile, várias; sus aguas saludables, I, 55. Fuentes en la cordillera. Famosa la de los Ojos de Agua y otras, I, 32.
Fuego, por qué se dice Tierra del Fuego, I, 110.
San Francisco. Fundan sus relijiosos en Tierra Firme, I, 228.
Francisco de Villagra gobernó a Chile en ausencia de Valdivia, I, 303. Entró en Chile con socorro de jente, I, 307. Sucedió a Valdivia por su muerte, y tuvo una gran batalla con Lautaro, I, 312. Encargósele la conquista de Tucuman. Su gran nobleza. Sucede en el gobierno al Marques de Cañete, y muere, I, 366, 367.
Flores. Don Diego Flores de Valdes, jeneral de la armada que se envió por el Estrecho, II, 1.
Don Francisco Laso de la Vega gobernó a Chile y tuvo grande estrella en las cosas de la guerra, tuvo una gran victoria, y murió, II, 153, 154.
San Francisco de Asis se aparece y corrije a un devoto suyo, II, 292.

G

Don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete, segundo gobernador de Chile. Llega a la Quiriquina. Trata de paz con los indios, y levanta un fuerte en la Concepcion, I, 353, 354. Habiendo gobernado con gran valor y acierto vuelve al Perú, I, 365. Siendo virey envia un buen socorro a Chile, II, 43.
Gualbarino, volviendo a los suyos cortadas las manos, los encendió en furor contra los españoles, I, 356.
Gamboas. Su gran nobleza. Gobernó a Chile el mariscal Martin Ruiz de Gamboa, I, 367.
Guepotaen, cacique, se retira a morir a una quebrada por no haber podido prevalecer contra el español, II, 16. Vuelve por su mujer, y muere por no rendirse, II, 24.
Garnicas, Gutierrez, Guzmanes, Gamboas, Godoyes, I, 356. Gomez, II, 222. Gualdames, II, 20. Guimares, II, 43. Galleguillos, Guerras, Godinez, Gaetes, Guajardos, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, II, 45, 46.
Guanoalca pone cerco al fuerte de Mareguano, II, 29.
El capitan Guajardo derriba un brazo a Longotegua de un tajo, y de otro le quita la vida, con que se alcanzó la victoria, II, 64.
Galeones, hánse hecho dos famosos en el Perú, II, 185.
San Gregorio, poderosa su devocion para enfrenar los demonios, II, 255.
Gobernadores de Chile, piden a los predicadores los reprendan para correjir a otros, II, 316.
Gonzalez, padre Diego Gonzalez, muere, II, 338.

H

Halcones, el modo con que cazan los pájaros, que llaman frailes, I, 83.
Hernandez de Herrera, capitan Francisco Hernandez de Herrera, su valor, II, 17.
Hurtados, Honoratos, Henriquez, valerosos en Chile, II, 19, 45, 46.
Huerto de oro en el Perú, I, 145.
Hoz, Pedro Sanchez de Hoz, córtanle la cabeza, I, 305.

I

Islas de Chile, la de la Mocha y Santa María, de Juan Fernandez y otras, I, 107 y sigts.
Islas de Salomon y Nueva Guinea, I, 111.
Islas en el Estrecho de Magallanes, I, 118.
Indios chilenos, la causa de su valentía, entre otras dice un autor, que es pisar oro, I, 146. No pudo conquistarlos el Inga, I, 118. Venceu y hacen retirar a los peruanos, I, 119. No quisieron reconocer al Inga; la causa por que no han admitido rey ni república. Gobiérnanse por caciques, I, 150. Son nobles, y la causa, I, 150. El modo que tienen de criar la juventud, y de pelear, I, 150. El número de jente, sus casas, alhajas, comidas, costumbres y propriedades, I, 153 y sigts. Son sufridores del frio, I, 166. Pasan mal fuera de su tierra, y hacen cosas estraordinarias para volver a ella. Cuéntase un caso singular, I, 167. Los promocaes resisten la entrada en Chile a Almagro, I, 256. Los de Copiapó prehenden a los españoles que iban al Perú haciendo ostentacion del oro de Chile, I, 290. Matan a Juan Bon con otros de sus cuadrillas, I, 305. Sujetáronse los de Chile a los españoles por juzgarlos al principio inmortales, pero desengañados de esto, dieron en ellos, I, 329. Dan fuego a sus casas porque el amor dellas no los haga cobardes en la guerra, II, 10. Los de la cordillera rompen la paz, II, 35. Ganan y arruinan siete ciudades a los españoles. Llévanse los cautivos, y sírvense de ellos por esclavos, haciéndoles mal tratamiento por mas de cuarenta años. Cuéntanse las desdichas de éstos, II, 77, 78, 79, 80, 81 y sigts. El modo de jurar de los indios, arrogante, II, 103. Alégranse grandemente con la entrada del padre Valdivia a sus tierras, y muéstranlo en sus palabras y recebimiento, II, 104. Su razonamiento con el padre Valdivia muy prudente. Es señal de paz entre ellos el ramo de canela, II, 104. Tienen grande estima del padre Valdivia y de la castidad de los de la Compañía, II, 115. Dan la paz, y se sujetan al Rey Católico, los prodijios que les movieron a esto, II, 158, 159. Capitulan las paces, II, 165. Las ceremonias que usaron, II, 166. Son diez y nueve mil y ochocientos y cincuenta los soldados de lanza que se han sujetado, II, 170. Hállanse hoy mas dispuestos para recibir el Evanjelio, y piden padres de la Compañía que se le predique, II, 172. Qué conocimiento tenian de Dios ántes de la entrada de los españoles, II, 191. Creian la inmortalidad del alma, II, 193. No fueron ateistas, II, 195. Creen hay otra vida, refiérese una carta de un cautivo español, II, 196. Saludaron con el nombre de Jesus a los que pasaron por el Estrecho de Magallanes, II, 197. Su grande habilidad en aprender las cosas de la fé, II, 214. Su fiereza y crueldad en tomar venganza del enemigo cuando lo cojen en la guerra, II, 277. Su obstinacion en resistir al Evanjelio, y la gran mudanza que en esto han hecho desde el año de veinte y siete, fabricando iglesias, etc., II, 286. El modo de hacer memoria de sus pecados, II, 299. Descúbrense nuevas naciones hácia el Estrecho de Magallanes que no han oido la voz del Evanjelio por falta de operarios, II, 309. Da un indio una buena razon del ménos fruto que se hace con ellos, haciendo el argumento de los cristianos viejos. Su grande y estrema necesidad espiritual, II, 309. Hay muchos de la una y otra banda del Estrecho, II, 330.
Indios de la América, tuvieron noticia de Santo Tomé. . .
Indios isleños de Chile, sus costumbres y propriedades, I, 171.
Indios, muchos en las costas del Estrecho, I, 172.
Indios de Cuyo, sus costumbres, y propriedades, I, 175 y sigts.
Indios pampas, sus costumbres, y propriedades, I, 177. Enlazan un toro con dos bolas asidas de un cordel, como se ve en la estampa que va al fol., I, 179.
Indios de Tumbes se admiran de ver un negro, y cantar un gallo, I, 237.
Inga Atagualpa hace matar al Rey Guascar su hermano, y a él le matan los españoles, I, 243. Arrojó los Evangelios, I, 242.
Indios de Chaquana hacen resistencia a los Españoles, I, 252.

Imperial, cuarta ciudad de Chile que fundó Valdivia, I, 328.
Indio chileno, la fidelidad que tuvo con el campo español, II, 28.
Ingles Thomas Candic pasa el Estrecho, y llega a Chile, y vuélvese desengañado, que las habia con fuerzas superiores, I, 30; y nómbranse los españoles que se señalaron mas en esta faccion.
Indio de Chile condenado a muerte pide que se la den en un árbol mas alto para que todos le vean, y sepan que muere por la patria y libertad comun. Su obstinacion, II, 35.
Irrarazabal, capitan Don Cárlos, valeroso, II, 43.
San Ignacio N. P. hace en Chile un gran favor a una devota suya, II, 211. Hace otros, II, 261. La causa por que obra su firma tantas maravillas, II, 261. La eficaz virtud de su santa reliquia, II, 292. La eficacia de su intercesion en los peligros del parto, II, 322.
Indios de Cuyo oyen con gusto y provecho la palabra de Dios y se nos quejan de que no vamos a ellos, II, 250. Modo de enseñarles las oraciones y doctrina cristiana con palillos y piedrecitas, II, 256. Su capacidad en aprender las cosas de la fé, II, 257. Admiránse de que los padres no quieran recebir nada de lo que los ofreçen, II. 257.
Indios de Chile su gran capacidad y buena disposicion para la virtud, cuéntanse algunos casos del valor que en ella han mostrado, II. 259 y sigts.

J

Jigantes en el Estrecho de Magallanes, I, 172,
Jofrées, Ibarras, valerosos capitanes en la guerra de Chile, I, 356; II, 19.

L

Lagunas de los rios y del mar, muchas y muy provechosas de peces, caza, y sal en Chile, I, 59.
Lobos y leones marinos en Chile, I, 75.
Lima, su fundacion y grandezas, I, 217.
Lautaro se vuelve contra el Gobernador Valdivia, su amo, y alcanza la victoria su gran valor, I, 339. Alcanza victoria del gobernador Villagra, I, 342. Gana y saquea la ciudad de la Concepcion, I, 345. Gana segunda vez la Concepcion, I, 349. Trata de tomar a Santiago, hace un fuerte, finje retirarse, y finalmente le matan, I, 351.
Lasartes, Liras, Lagos, Luzon, Juan Ruiz de Leon, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, I, 356; II, 19.
Loyola, Martin Garcia Oñez y Loyola, pasa por gobernador de Chile. Es recebido con grandes fiestas por su amabilidad y grandes partes; entró publicando paz a los Indios, redujo muchos a ella, con lo cual crecian apriesa las ciudades, II, 59 y sigts. Funda el fuerte del Jesus, II, 61. Funda otro en Puren para apretar a los Purenes y obligarles a dar la paz, II, 66. Mátanle los indios con otros capitanes y relijiosos, II, 73.
Don Lope de Ulloa gobernó a Chile con grande justificacion y cristiandad, II, 148.
Don Luis Fernandez de Córdova gobernó a Chile con alabanza por honrador de los beneméritos; tuvo buenas suertes con los indios, II, 152.
Padre Luis de Valdivia, busca en la V.
Don Luis Merlo de la Fuente, busca la M.
Capitan Luis Monte tuvo una buena suerte con el enemigo, II, 22.
Don Luis de Velasco, virey del Perú envia buen socorro a Chile, II, 65.

M

Matanzas de ganados en Chile, I, 20.
Monos en la Cordillera, I, 22.
Marques de Baydes arma las ciudades, y da aviso al Virey del Perú de la entrada del holandes en el mar del Sur. Su vijilancia. Busca en la B.
Mapocho, rio de Santiago, I, 36.
Maná de Chile, hacen mencion dél Juan Laet y Antonio de Herrera, I, 60.
Mar del Sur, por qué se llama Pacífico, I, 62.
Marisco de Chile, I, 70. Várias suertes.
Murtilla de Chile, hácese señalado vino de ella, I, 99.
Mocha, isla, I, 109. Clama por predicadores del Evanjelio, II, 362.
Magallanes descubre el Estrecho, amotinanse contra él sus soldados y muere en la isla de Zebú, I, 115, 225.
Mujeres chilenas valerosas, I, 163.
Mar del Sur crece y mengua en Panamá cada seis horas dos o tres estados, I, 211.
Méjico, su grandeza y progresos en la fé, I, 229.
Mirandas, Monroyes, muy nobles, I, 298.
Monroy entró en Chile socorro de jente.
Mirandas, Moranes, I, 356. Mirandas, II. 19. Maldonados, Moratos, II, 19. Monticles, II, 20. Montes, II, 46: valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile.
Mujeres chilenas van con sus maridos a la guerra para ayudarles a pelear, II, 22.
Molinas, Medinas, II, 31. Menas, Mendozas, Morales, II, 46: valerosos capitanes en la guerra de Chile.
Dotor Mendoza socorre el ejército, II, 52.
Padre Martin de Aranda pasa con el padre Valdivia a la tierra de los indios enemigos fiándose de ellos, II, 111. La entrada en la mision, II, 117. Trátase de que entre a predicar a los jentiles y motivos que hubo para ello, II, 118 y sigts. La concordia de los pareceres en órden a ésto. Entró a predicar a los jentiles, II, 125. Mátanle por esta causa, el modo y circunstancias de su muerte, II, 126 y sigts. Otras cosas de su vida, II, 339.
Marques de Mancera, virey del Perú, cuán grande gloria suya haber poblado a Valdivia, II, 185.
Misiones de Chile tienen gran necesidad de obreros, II, 351.
Montalvan, el hermano Diego de Montalvan le mataron con los dos padres Horacio y Martin de Aranda, II, 133.
Merlo, Luis Merlo de la Fuente gobernó a Chile con gran valor, II, 96.
Don Martin de Mujica, nuevo gobernador de Chile, caballero de gran valor, II, 187.
Ministros Reales cuánta parte tienen en las Indias en la propagacion de la fé, II, 201.
Misiones de Chile, padécese mucho en ellas, II, 283. Hay peligro de la vida, II, 284. Han menester mas operarios, II, 357.
Misioneros de Chile padecen mucho, II, 358 y sigts.
Misiones de la última clase en Chile, II, 329.
Monroy, Padre Gaspar de Monroy en Chile, ilustre varon, II, 347.
Misiones de Cuyo, de gran trabajo, hay falta de misioneros, II, 352.
Misioneros, hay estrema necesidad de ellos, II, 218 y sigts.
Melendez. Busca en la P.
Manzano. Busca en la R. Rodriguez del Manzano y Ovalle.

N

Nieve mucha en la cordillera, sus efectos, I, 51.
Norte, causa en Europa lo que el sur en Chile, I, 61.

Nodales reconocen el Estrecho de San Vicente y la tierra oriental, I, 121.
Nuevo Reino, la provincia de la Compañía en él muy ilustre, I, 233.
Navarros, valerosos en la guerra de Chile, I, 356.
Vasco Nuñez de Balboa, prosigue el descubrimiento de las Indias. Fué el primero que descubrió el mar del Sur, hizo muchas hazañas; desengaño de su muerte, I, 209, 210, 211.

O

Oro, eran de este metal las alhajas del Inga, etc., I, 81. Y la gran cadena o maroma que apénas podian levantar doscientos indios, I, 81.
Oro, *comenzóse a sacar de las minas* de Quilfota, en Chile, con grande abundancia, I, 298.
Oro, para mostrar Valdivia el mucho que habia hallado en Chile, envió al Perú a algunos capitanes con los estribos y hierros de los pretales, cinchas y cabezadas de oro *macizo*, I, 289.
Ocampo, ilustre capitan, II, 11.
Oro. Hay muchas minas en Chile, I, 17. Háylo de veinte y tres quilates, I, 18. Sacábase mucho, I, 330.
Holandeses fundan a Valdivia. Destruyen las iglesias de Chiloé. Castígalos Dios, I, 41, 345. Mátanlos los indios en el Estrecho, I, 66.
Oro. Confunde un jentil a los cristianos por los ánsias con que le buscan, I, 210.
Obispos, los primeros de Chile fueron de la Seráfica Orden de San Francisco, y de grande opinion de virtud, I, 312.
Ortigosas, Olmos de Aguilera, Ovandos, Osorios, Ortizes, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, I, 355; *II*, 19.
Padre Horacio Vechi, va a la mision de Arauco, hace gran fruto en los soldados españoles y indios, II, 109. Pasa con el padre Valdivia a hablar con los indios de guerra a sus tierras, II, 114. Trátase de que entre a predicar a los jentiles, y los motivos que hubo para ello, II, 119, 120. Entró a predicar a los jentiles, II, 125. La concordia de pareceres en órden a esto. Mátanle por esta causa, el modo y circunstancias ántes y despues, II, 125, 126, 127, 128, 129. Otras cosas de su vida, II, 338.
Holandes, fundó a Valdivia y no pudo llevar adelante su intento. Fuése, II, 184.
Ovalle, busca en la R. Rodriguez del Manzano y Ovalle.

P

Puren, laguna, seguro presidio de los indios, I, 59.
Puertos muchos y muy buenos en el Estrecho de Magallanes, I, 65; II, 116. Refiérense los de las costas de Chile, I, 65 y sigts.
Peces del mar de Chile, su abundancia, y várias especies, I, 73 y sigts.
Pájaros de Chile, várias suertes, I, 77 y sigts.
Pimienta en el Estrecho de Magallanes, I, 114.
Philipinas, la utilidad de su comercio con Chile, I, 121 y sigts.
Pampas de Tucuman, son llanuras muy dilatadas, padecen en ellas los caminantes mucha falta de agua, etc., I, 135.
Piedra iman, débesele el descubrimiento de la América, I, 193. Quien haya sido el primero que la usó en la navegacion, I, 194.
Plata, cuánta sea la cantidad que ha venido de la América a Europa, I, 193.
Pedro Sanchez de Hoz quiso matar al gobernador Villagra, y éste le hizo cortar por esto la cabeza en Chile, I, 305.
Puchecalco, famoso hechicero, es muerto porque anunció la sujecion de los indios a los españoles, I, 346.

Payñañango, mestizo rebelado, hace guerra a los españoles y es preso, II, 10. Muere convertido a Dios, II, 18.

Pantojas, I, 343. Pereiras, Pachecos, Pardos, Perez, Paredes, Ponces de Leon, Pinedas, I, 356. Palomeques, II, 19. Pastenes, II, 19: valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile.

Paynamacho, famoso araucano, II, 19.

Purenes, elijen por cabeza a Guanoalca, la ceremonia de la fidelidad que prometió, II, 29.

Piurome, señor de los coyuncos, trata los asientos de paz con el maese de campo Ramon. Pide por condicion que le vuelvan su hijo. Ofrece para ello la cabeza del traidor Catepiuque. El valor con que se la quitó, II, 41.

Peñalosa entra en Chile con socorro del Perú, II, 43.

Pailaeco, señor de Tucapel, usa de astucia contra el campo español. Túvolo muy apretado, muere en la batalla y retírase su jente, II, 53.

Paynamaco con sus purenes no puede sufrir la paz que hicieron los araucanos con los españoles. Trata de turbarla. Envia una junta contra el fuerte del Jesus, y vencen los españoles, II, 61.

Perla de 26 quilates, del tamaño de una pequeña nuez, se trujo de la América, I, 218. Hallaron allí los españoles muchas otras gruesas. El modo de pescarlas, I, 218.

Plata, el Rio de la Plata, su descubrimiento, por qué se llamó así, las calidades de sus buenas aguas, y las tierras por donde corre, I, 221 y sigts. Fundóse en él la ciudad de Buenos Aires, I, 231.

Paraguay, sus gloriosas misiones, I, 222; II, 201.

Paraguayes, tienen buenas voces, I, 221.

Panamá, su fundacion y piedad, I, 228.

Perú, su descubrimiento, I, 235.

Pizarro. Don Francisco Pizarro, vuélvese su jente a Panamá y queda con solo trece. Vuelve a Panamá, I, 236. Vuelve a España. Hácele merced el Rey, y prosigue el descubrimiento del Perú. Edifica a Dios el primer templo en Piura. Alcanza victoria del Inga, y préndele, I, 239 y sigts.

Pastene. El jeneral Juan Baptista Pastene lleva el primer socorro por mar a Chile, I, 303. Sale a descubrir las costas de Chile hasta el Estrecho de Magallanes, I, 301. Vuelve al Perú por nuevo socorro, I, 303. Préndelo en el Perú el tirano, y librándose dél, vuelve a Chile a dar aviso de las rebeliones del Perú, a donde volvió con socorro de jente y el gobernador Valdivia, I, 304.

Pelantaro, cabeza de los purenes, que quitaron la vida al gobernador Loyola, II, 71.

Pedro Melendez entra a tratar la paz con los indios de guerra, II, 113.

Piñas. P. Baltasar Piñas, primer fundador de la Compañía de Jesus en Chile, II, 333.

Puelches, nacion muy estendida, que corre mas de doscientas leguas, II, 362.

Q

Quillota, valle de Chile de ricas minas de oro, las primeras que hicieron labrar los españoles, I, 298. Matan aquí los indios la jente del capitan Gonzalo de los Rios, I, 300.

Quirogas valerosos en la guerra de Chile. Su gran nobleza, I, 368. Quiros, etc., II, 43.

Quechuntureo, hermano de Yanequeo, vence, y es vencido y preso, II, 39.

Don Francisco de Quinones, gobernador de Chile, II, 103.

Quillota pide padres y ofrece limosna para su sustento. Admítese, II, 259.

Quiroga. Rodrigo de Quiroga, adelantado y gobernador de Chile. Su gran nobleza. Muere, I, 368.

R

Riqueza de los frutos de Chile, I, 17 y sigts.

Riqueza oculta en los montes y cordillera y la causa, I, 28.

Rios de Chile mas de 200; los que bajan al poniente al pié de 50; los que desembocan en el mar, I, 34; sus nombres y buenas calidades, 35, 36, 37, 38, 39, 40. Donde se comienza a tratar del rio de Valdivia. Recloma, india famosa: conquístase por su medio Valdivia, I, 43.

Rengo, famoso araucano, sigue el alcance de los españoles diciéndoles baldones, I, 349.

Riveros, Ronquillos, Reinosos, Rivera, Roas, Ruiz, Rojas, Rivadeneiras, Rieros, Rezios, valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile, II, 45.

Ramon. Alonso García Ramon, maese de campo de Chile, sus hechos, en todo el libro VI. Vence y mata a Cadeguala en el desafio, II, 24; pásanle el lagrimal de un flechazo, su gran valor y el de sus soldados, II, 34; baja al Perú a dar cuenta del buen estado de la guerra, II, 52; gobernó a Chile dos veces y murió en el segundo gobierno, II, 95.

Rodolfo. Don Juan Rodolfo, famoso capitan en la guerra de Chile, II, 43.

Reureante viene del campo enemigo y entra con intrepidez al del español a persuadirle por la antigua amistad que no le está bien pasar adelante, II, 44.

Rivadeneira. Capitan don Juan de Rivadeneira, cabo del fuerte del Jesus, defiende él solo la entrada a los Puruenes con gran valor, II, 60, 61.

Rodriguez del Manzano y Ovalle, cap. don Francisco Rodriguez, etc., mayorazgo de Salamanca, va de España con socorro de jente a Chile, II, 91.

Rivera. Alonso de Rivera, gobernador de Chile, ilustre cap. en Europa, pasa al gobierno de Tucuman, II, 95. Vuelve al de Chile y muere, II, 101, 147. Su noble decendencia. II, 147.

Relijiosos de San Augustin, de San Francisco y de Nuestra Señora de las Mercedes fundan en la nueva ciudad de Santa Cruz de Loyola y con santo zelo atienden a la enseñanza de los nuevos cristianos y a la conversion de los jentiles, II, 63.

Relijiones de Santo Domingo, San Francisco, San Augustin y de las Mercedes cuanta parte tengan en la propagacion de la fé en la América. Su lucimiento y aumento, II, 201. Su santo zelo y las casas que han fundado, II, 208.

Reyes Católicos, cuánta sea su liberalidad con la Iglesia en la América, en el culto divino, en los gastos de las misiones, etc., II, 202. El primer oro que vino de las Indias lo aplicaron a la Custodia del Santísimo Sacramento, y lo mesmo hicieron los reyes de Portugal.

Rayos no caen en Chile, II, 311.

Romero. Padre Juan Romero, ilustre varon de la Compañía en Chile, II, 343 y sigts.

S

Salto es un vallecito muy agradable y de gran recreacion en Chile, sus propriedades, I, 56.

Sal. Críase en las lagunas de Chile y en cierto jénero de yerba en el valle de Lampa, I, 60.

Sur, causa en la Austral América los mesmos efectos que el norte en Europa, I, 61.

Sándalo en Chile, I, 97.

Salomon, es probable que enviase a Chile sus armadas, I, 157.

Dotor Saravia, presidente de la Española, castigó a los que mataron a Alcazaba en el Estrecho de Magallanes cuando iba a poblar a Chile, I, 226.

Santiago, ciudad cabeza del reino de Chile, su fundacion, sitio, riqueza, etc., desde el fol., I, 265 hasta 296.

Serena, ciudad de Coquimbo, su fundacion, temple, buenas calidades y minas de oro, cobre, plomo, etc., I, 301. Destrúyenla los indios y reedifícala el jeneral Francisco de Aguirre.

Saravia. El dotor Melchor Bravo de Saravia Sotomayor, primero présidente de Chile, su gran nobleza y valor, y el de sus decendientes, I, 368.

Sotomayor. Don Alonso de Sotomayor, Marqués de Villa Hermosa, gobernador de Chile, II, 8. Alcanza una gran vitoria. II, 8. Tiene buenos sucesos en la guerra contra Nangoniel y Cadeguala, II, 19, 20. Socorre a Angol y la libra con su gran valor del enemigo, II, 23. Alcanza una gran vitoria con gran trabajo y cautiva a Quechunturco, y oblígale a dar la paz, II, 39. Tiene una gran vitoria en la cuesta de Villagra, su gran valor, II, 44, 45. Su reportacion y militar prudencia le dió una gran vitoria en Tucapel, II, 53. Tuvo otras muchas; bajó al Perú, donde el Virey le recibió con grandes honras y volvió a España a recibirlas mayores del rey, II, 56, 57.

Serras, Serranos, Sotos, Suritas, Sarrias, Salazares, valerosos soldados y capitanes en Chile. II, 46.

Sarmiento. Pedro Sarmiento sale del Perú en seguimiento del Draque. Pasa el Estrecho, llega a España y vuelve por gobernador de la nueva ciudad de San Felipe, que se fundó y perdió en la boca del Estrecho de Magallanes, II, 1.

Sotomayor. Don Luis de Sotomayor, coronel del reino de Chile, II, 9. Sus hechos, II, 15.

Suarez, Saldañas, Santillanes, Silvas, Sanchez, Serratos, Salvadores, valerosos en la guerra de Chile, II, 19, 20.

T

Taguataguas, famosa laguna en Chile, I, 59.

Tierra del Fuego, II, 111. Es isla.

Turquesas, piedras preciosas, háylas en Chile, pero háles quitado el valor su abundancia, I, 262.

Tucapel, cacique, mata al hechicero por haber anunciado las vitorias de los españoles contra los indios, I, 346.

Torres, Toledos, I, 356. Tobares, II, 19. Tinocos, II, 56: valerosos soldados y capitanes en la guerra de Chile.

Turelipe, capitan de mucho nombre, le cautivaron los cristianos, II, 111.

Talaverano, el licenciado Fernando Talaverano gobernó á Chile y honró a muchos en su gobierno, II, 148.

San Thome, hay tradicion que estuvo en la América, II, 191.

Terremoto vehemente y raro en Carelmapu, provincia de Chile, el año de 633, II, 319.

Torres. Padre Diego de Torres Bollo, II, 336.

U

Utablame, cacique, recibe la paz, las ceremonias, que usó para esto conforme a sus ritos y costumbres, II, 122. Las condiciones que propuso de parte de Anganamon, II, 123.

Ulloa. Don Lope de Ulloa, busca en la L.

Ulloa. Don Pedro Zores de Ulloa, caballero, muy libenal, fué gobernador de Chile, II, 151.

V

Vino, háyle bueno en Chile y en abundancia, I, 15. El de murtilla muy regalado, I, 99.

Valdivia, rio y puerto, sus buenas calidades y natural fortaleza, I, 41 y sigts. Fúndase la ciudad, I, 328.

Vicente Yañez Pinzon, descubrió el cabo de San Agustin, el Marañon y otras tierras, y tomó posesion de todo por la corona de Castilla, I, 207.

Vírjen María, Nuestra Señora, tiénenla devocion aun los jentiles, I, 208.

Valdivia, primer fundador de Chile, sale a la conquista despues de Almagro, I, 261. Va al Perú con algunos capitanes de Chile para socorrer el real ejército contra el tirano, y conseguida dél la victoria, volvió a Chile a proseguir su conquista, I, 301. Vence a los promocaes y funda la ciudad de la Concepcion, I, 309. Cúlpanle de que abarcó mas de

lo que pudo apretar y que atendió demasiado a labrar las minas de oro, por lo cual se perdió con los demas, I, 330. Dicen que acudió tarde al socorro de los fuertes, I, 335, Mátanle los indios, I, 337.

Villagra. Pedro de Villagra, famoso capitan, va contra Lautaro, I, 350.

Vacas, Viezmas, Velasquez, Verdugos, Vegas, Vergaras, I, 356, 357. Veras, Vasquez, II, 19. Ulloas, II, 43. Vallejos, Urbanegas, II, 46, valerosos en la guerra de Chile.

Villarica, su fundacion y calidades, I, 327.

Virjen Santísima, Nuestra Señora, ha favorecido al reino de Chile desde su fundacion con grandes maravillas que ha obrado en él, I, 316, 328, 347.

Valdivia. Padre Luis de Valdivia pasa a Chile y aprende la lengua de los indios tan apriesa que confiesa en ella en trece dias y predica dentro de veinte y ocho, II, 214. Hizo gramática y vocabulario de la lengua de Chile y de la de Cuyo, II, 214. Trata en España con el Rey los medios para la pacificacion del reino de Chile, II, 96. Llega a Chile y comienza luego a tratar con los indios los medios de paz, y entra para esto en sus tierras, II, 102, 103. El grande valor y ánimo que mostró en su razonamiento, que duró tres horas, le acreditó mucho con los indios por la estimacion que hacen de los valientes, II, 107, 108. Funda dos misiones para que ayuden al intento de las paces, II, 109. Fiase segunda vez de los indios y pasa a sus tierras a hablar con ellos, II, 111. Oyen los indios con gusto los medios de paz que el Padre les propone, II, 111. Tienen los indios grande estima de su virtud, II, 111. Baptizaba tantos indios que de cansado no podia levantar los brazos, II, 291. La liberalidad que usó con el cacique Utablame le redujo a recebir la paz, II, 22. Su opinion y zelo, II, 334, 335. Vuélvense contra el padre Valdivia los interesados, y sale de Chile, vuelve a España, es honrado del rey. No admite los puestos que le ofreció. Vase a su provincia de Castilla, donde murió con grande opinion, II, 141, 142, 143.

Padre Vicente Modolell, hace gran fruto en la mision de Buena Esperanza, II, 110.

Valdivia, fúndase de nuevo. Hácense tres fortificaciones. Fúndase casa de la Compañia de Jesus para la conversion de los indios, II, 183.

Virjen Santísima, Nuestra Señora, favorece a los nuevos cristianos de Arauco con una grande maravilla, II, 301. Su santa Imájen Araucana en una peña, cosa prodijiosa, II, 305. Huyen a su presencia los demonios, II, 312. La eficacia de la devocion a su santo rosario, II, 316.

Varones ilustres de la Compañía de Jesus en Chile, II, 333 y sigts.

Venegas. Padre Melchor Venegas, insigne varon de nuestra Compañia, II, 348.

Volcanes, I, 27; en la cordillera de Chile, I, 28.

X

Xavier. San Francisco Xavier favorece a sus devotos, cuéntase un caso raro y nuevo, II, 213.

Xara. Juan Xaraquemada, gobernador de Chile, II, 96.

Y

Yerbas, su abundancia y virtud en Chile, I, 8, 9, 10.

Yucatan, su descubrimiento. Es su adelantado don Cristóbal de Solis, caballero de Salamanca, I, 227.

Yanaconas era cierto jénero de indios, que eran como esclavos de los otros, I, 252.

Yanequeo, muger del cacique Guepotaen trata con su hermano Quechuntureo de vengar la muerte de su marido, sale en persona al ejército, y muestra estraordinario valor, I, 33, 31.

Z

Zúñigas, Zegarras, valerosos en la guerra de Chile, I, 356.

INDICE DEL SEGUNDO TOMO

LIBRO SESTO.—EN QUE SE CONTIENEN VARIOS SUCESOS DE LA GUERRA EN TIEMPO DE LOS OTROS GOBERNADORES DE CHILE QUE SUCEDIERON A LOS PASADOS.

CAPITULO I

Págs.

Va de España por Gobetnador de Chile don Alonso de Sotomayor y comienza su gobierno 7

CAPITULO II

Vuelve Andres al real de los enemigos, y dan éstos en el de los españoles. . . 13

CAPITULO III

Prosiguense otros sucesos de la guerra 15

CAPITULO IV

Acomete Cadeguala a la ciudad de Angol, pónela fuego, embiste al fuerte de Puren y muere en el desafio 21

CAPITULO V

Dan la paz algunos caciques y prosiguen varios sucesos de la guerra 27

CAPITULO VI

Del nuevo levantamiento y traicion de los indios que habian dado la paz; trátase de la venganza que Janequeo determinó tomar de la muerte de su marido. . 33

CAPITULO VII

Va el Gobernador en busca de Quechunturco; prosigue Janequeo su venganza y dan la paz algunos caciques 37

CAPITULO VIII

Envia el virey don Garcia Hurtado de Mendoza un buen socorro y sale con él el Gobernador a Arauco, donde tuvo una muy reñida batalla 43

CAPITULO IX

Fabrícase el fuerte de Arauco, hacen junta los araucanos para ganarlo y dan la paz 49

CAPITULO X

Tiene el Gobernador una buena victoria en Tucapel, rebélanse los araucanos, y acaba don Alonso de Sotomayor su gobierno. 53

CAPITULO XI

Comienza el gobierno de don Martin Garcia Oñez y Loyola 59

CAPITULO XII

Fúndase la ciudad de Santa Cruz de Loyola y cuéntanse otros sucesos de la guerra 63

CAPITULO XIII

Pone cerco Pelantaro al fuerte de Puren; socórrele el Gobernador y pondérase la causa de las calamidades de Chile. 69

CAPITULO XIV

Matan los indios al Gobernador y rebélanse de nuevo contra los españoles . . 73

CAPITULO XV

Contiene la ruina y pérdida de las seis ciudades de los españoles 77

CAPITULO XVI

Lo que han padecido los españoles en el duro cautiverio que han tenido en poder de los indios mas de cuarenta años. 83

CAPITULO XVII

Dáse fin a esta materia y pondérase el mas inconsolable trabajo que han padecido los españoles en este su cautiverio. 87

CAPITULO XVIII

Del estado en que quedó Chile despues de la pérdida de las ciudades en tiempo de otros gobernadores. 93

LIBRO SETIMO.—DE LOS SUCESOS Y ESTADO DEL REINO DE CHILE HASTA EL ÚLTIMO GOBERNADOR QUE HA TENIDO.

CAPITULO I

Del segundo gobierno de Alonso de Ribera y la paz que por órden del Rey pretendia entablar el Padre Luis de Valdivia con los indios 101

CAPITULO II

Lo que pasó al padre Luis de Valdivia estando con los indios de guerra, y de las misiones que entabló en Monterey y Arauco 107

CAPITULO III

Habla el padre Luis de Valdivia con Anganamon y el suceso de la huida de sus mujeres 113

CAPITULO IV

Determina el padre Luis de Valdivia enviar a los dos padres Horacio Vechi y Martin de Aranda a los indios de guerra, y las circunstancias y razones que probaron esta determinacion 117

CAPITULO V

Suspéndese la entrada de los padres; sale el Gobernador con su campo a Paicavi y llegan los caciques de Elicura y Puren a dar la paz 121

CAPITULO V[1]

Entran los dos padres Horacio Vechi y Martin de Aranda a predicar el Evanjelio a la tierra de guerra y las circunstancias que hubo para esta entrada. . 123

CAPITULO VI

Del suceso de la entrada de los Padres y su dichoso fin 131

CAPITULO VI[2]

Llévanse al fuerte los cuerpos de los dichosos padres Martin de Aranda, Horacio Vechi y Diego de Montalban.—Refiérense algunas circunstancias que realzan su felicísimo fin, y vuélvese el padre Valdivia a España. 137

CAPITULO VII

Del estado en que quedaron las cosas de la guerra de Chile despues de la muerte de los padres 145

CAPITULO VIII

De los gobiernos de otros Gobernadores. 151

CAPITULO IX

Del gobierno del Marques de Baydes, conde de Pedroso 157

1 Repetido este capítulo en el orjinal.
2 Tambien está duplicada esta numeracion.

CAPITULO X

Del estado con que quedó y está el reino de Chile despues de las capitulaciones referidas de la paz y sujecion de los indios a nuestro católico Rey 171

CAPITULO XI

Prosigue la mesma materia. 177

CAPITULO XII

Conclúyese esta materia, y dáse razon de la nueva fundacion de la ciudad y puerto de Valdivia. 183

LIBRO OCTAVO.—DEL PRINCIPIO Y PROGRESOS QUE HA TENIDO LA FEE EN EL REINO DE CHILE.

CAPITULO I

Qué noticia tuvieron de Dios los indios ántes de la entrada de los españoles. . 191

CAPITULO II

De lo que sienten y practican los indios de Chile acerca de la relijion 195

CAPITULO III

De la felicidad con que se plantó la fée en la América, y de los progresos que en ella ha hecho. 199

CAPITULO IV

Del modo con que se plantó la fée en el reino de Chile, y de los progresos que en él ha hecho. 205

CAPITULO V

De la primera entrada de la Compañía de Jesus en el Reino de Chile 211

CAPITULO VI

De los ministerios en que la Compañía de Jesus se ejercita y puede emplearse en el Reino de Chile. 217

CAPITULO VII

Prosigue la mesma materia, y trátase de los ministerios con indios y negros, . 223

CAPITULO VIII

De los baptismos de los negros. Trátase juntamente del Seminario Convictorio de San Francisco Javier 229

CAPITULO IX

Cuéntase algunos casos de edificacion para ejemplo, consuelo y enseñanza de todos 235

CAPITULO X

Prosigue la mesma materia y dáse fin con dos sucesos que acreditan la devocion de nuestro P. San Ignacio y San Francisco Javier 211

CAPITULO XI

Trátase de los ministerios de la segunda y tercera clase de las misiones de Chile 217

CAPITULO XII

Del fruto espiritual que se coje de estas misiones para el bien de las almas, y algunas cosas de edificacion que refieren los Padres misioneros. 253

CAPITULO XIII

Refiérense otras de estas misiones y cuéntase algunos casos de edificacion . . 259

CAPITULO XIV

Refiérense algunos casos que acreditan el valor y capacidad de los indios chilenos para la virtud 263

CAPITULO XV

Trátase de los ministerios que pertenecen a la cuarta clase de nuestras misiones 271

CAPITULO XVI

Contiene la terribilidad de los indios de guerra y la crueldad con que matan a los principales que cojen en ella 277

CAPITULO XVII

Refiere lo que tocan las ánuas de estas misiones 283

CAPITULO XVIII

De la gran mudanza que los indios araucanos han hecho desde el año de 27, abrazando las cosas de la fée, a que tantos años habian resistido 287

CAPITULO XIX

Del fruto que se ha hecho y hace en estas misiones.—Refiérense algunos casos de edificacion 291

CAPITULO XX

De la prodijiosa imájen de Nuestra Señora que se vé en Arauco. 305

CAPITULO XXI

De las misiones que pertenecen a la quinta y sesta clase. 307

CAPITULO XXII

Contiene lo que de estas misiones de Chiloé refiere la ánua de 1633 y 34 . . . 315

CAPITULO XXIII

De lo que la ánua de treinta y cinco y treinta y seis refiere de esta mesma mision de Chiloé 325

CAPITULO XXIV

Hácese mencion de algunos varones ilustres de la Compañía que ha habido en el reino de Chile 333

CAPITULO XXV

Prosigue la narracion de otros varones insignes de las misiones de Chile . . . 343

CAPITULO XXVI

En que se pone el memorial en que el padre Alonso de Ovalle, de la Compañía de Jesus, procurador de Chile, representó a nuestro muy reverendo padre Mucio Vitelleschi, de buena memoria, prepósito jeneral de la mesma Compañía, la necesidad que tienen las misiones de aquel reino de sujetos para los gloriosos empleos de sus apostólicos ministerios. 351
SEGUNDA PROTESTA DEL AUTOR 371
ÍNDICE DE ALGUNAS COSAS MAS NOTABLES 373

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO